JUAN ESLAVA GALÁN

Últimas pasiones del caballero Almafiera

Planeta

JUAN ESLAVA GALÁN

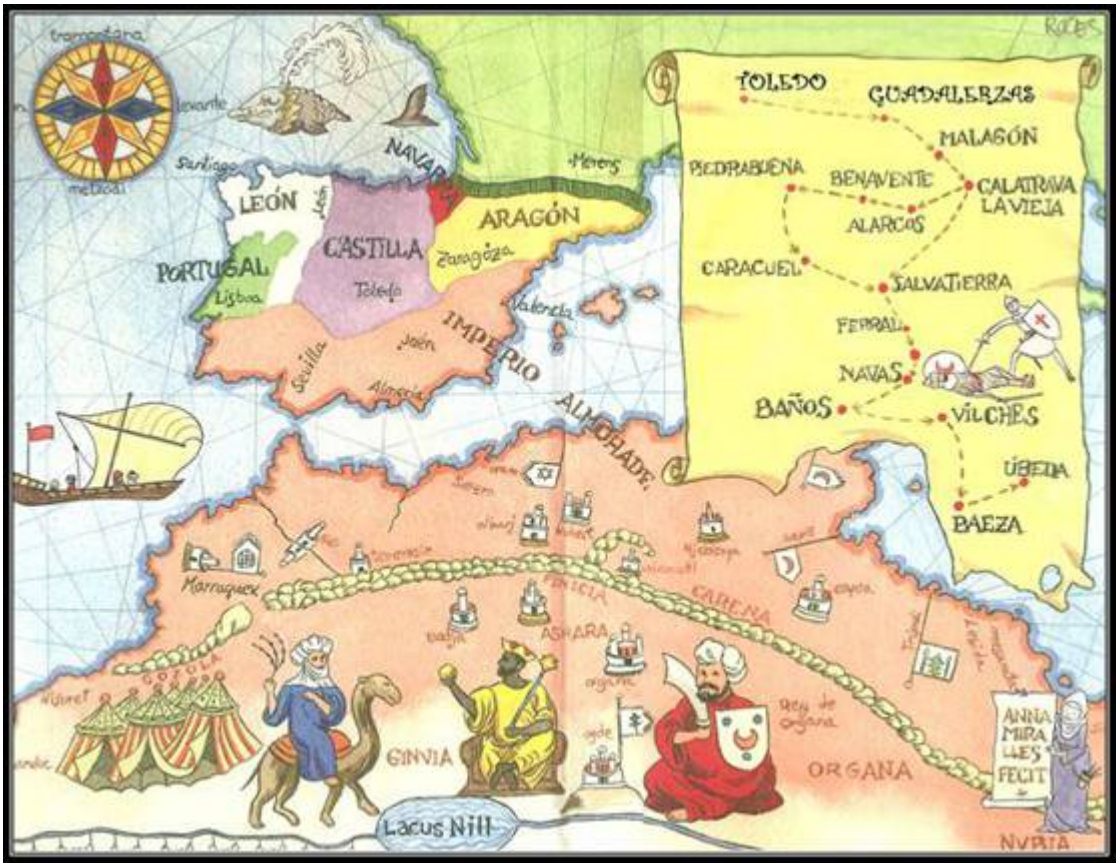
ÚLTIMAS PASIONES DEL CABALLERO ALMAFIERA

Autor: Eslava Galán, Juan
©2012, Planeta
ISBN: 9788408110736
Generado con: QualityEbook v0.39
Digitalizado por: Romano
Generado por: E.P.A., 08/10/2012

Argumento

Año 1212. Almafiera, un caballero de oscuro pasado, regresa de las cruzadas para reclamar el feudo que le han confiscado. En España se enamora de doña Eliabel, la esposa de su mayor enemigo. Enrolados en la expedición contra los moros, que culmina en la batalla de las Navas de Tolosa, Almafiera y doña Eliabel vivirán una ardorosa historia de amor y sensualidad entre reyes y arzobispos, trovadores y pícaros, ballesteros y mesnadas.

Juan Eslava nos ofrece una épica novela de aventuras magníficamente ambientada en la que la recreación de la barbarie deja, sin embargo, un amplio espacio al humor.



TOLEDO
GUADALERZAS
MALAGÓN
PIEDRABUENA
BENAVENTE
CALATRAVA LA VIEJA
ALARCOS
CARACUEL
SALVATIERRA
FERRAL
NAVAS
BAÑOS
VILCHES
ÚBEDA
BAEZA
LEÓN
NAVARRA
ARAGÓN
CASTILLA
PORTUGAL
Lisboa
Toledo
Zaragoza
Valencia
IMPERIO
ALMOHADE
Sevilla
Almería
Marruecos
GINVIA
ORGANA
Lacus Nill
ANNA MIRA LLES FECIT
NVBIA

GENEALOGÍA DE LOS REYES DE CASTILLA Y LEÓN

ALFONSO VII el Emperador (1105-1157)
Rey de Castilla (1126)
Emperador de León (1135)
1128 Berenguela de Barcelona

SANCHO III el Deseado (1133-1158)
Rey de Castilla (1157)
1151 Blanca Garcés de Navarra

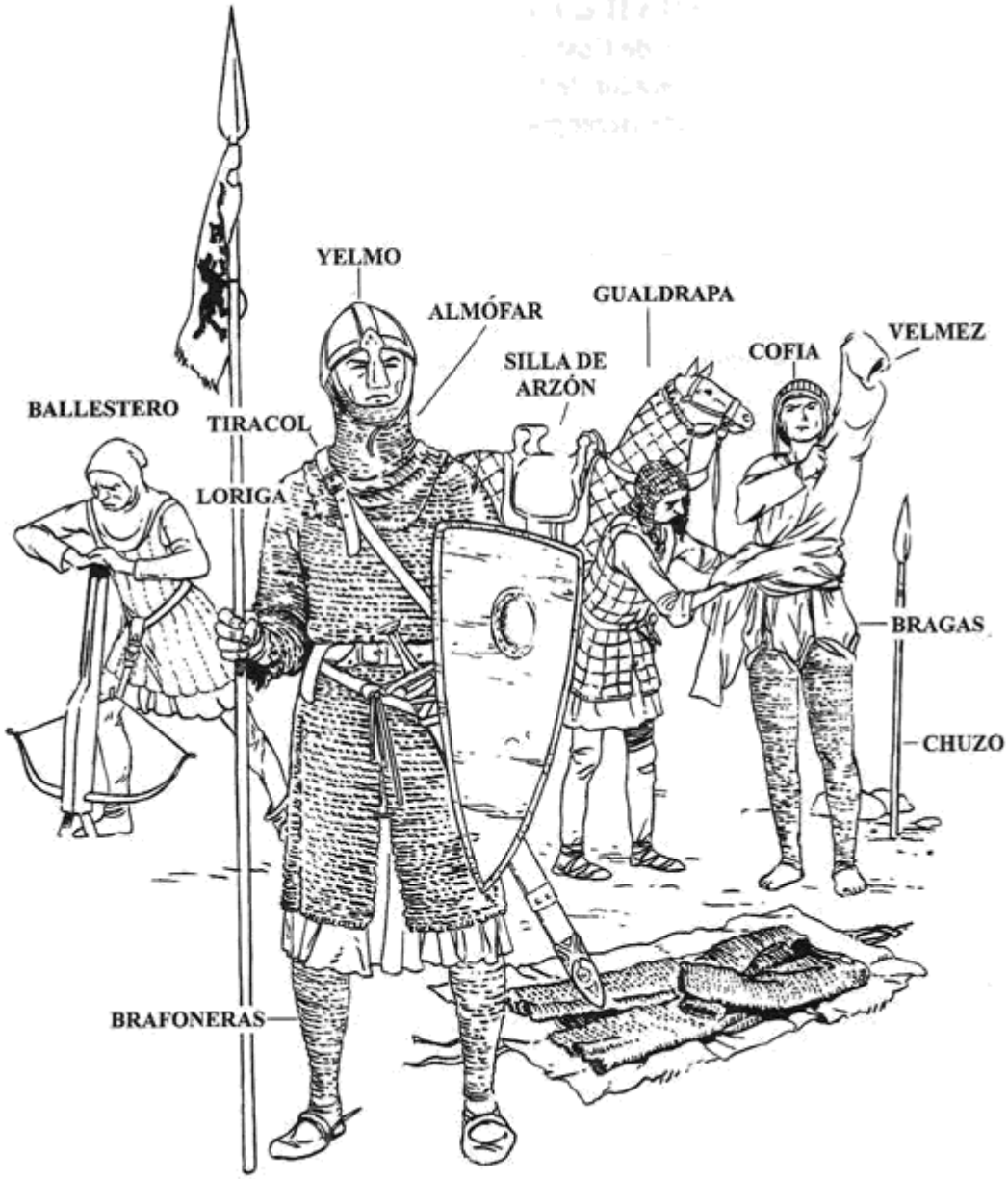
FERNANDO II (1137-1188)
Rey de León (1157)
1165 Urraca de Portugal

ALFONSO VIII el de las Navas (1155-1214)
Rey de Castilla (1158)
1177 Leonor de Plantagenet

ALFONSO IX (1171-1230)
Rey de León (1188)
1197 Berenguela de Castilla, hija de Alfonso VIII, el de las Navas

FERNANDO III el Santo (1201-1252)
Rey de Castilla (1217)
Rey de León (1230)

ATUENDO DEL CABALLERO CRISTIANO



LOS MOROS

Capítulo I (1)

De cómo el caballero menesteroso disputó a dos follones la puente de Font Frida[1]

¿Qué vemos en el retablillo de nuestro cuento? Cien o doscientos títeres: reyes, arzobispos, caballeros, mesnaderos, trovadores, moros, ganapanes, putas y otra gavilla menuda.

Empecemos por este viajero que desciende por el puerto de la Vella, en los montes Pirineos, una radiante mañana de abril del año mil y doscientos doce.

La tez pavonada por el sol, el atuendo raído, el escaso hato, las desfondadas botas militares y el jamelgo encanecido y flaco que cabalga revelan a un caballero menesteroso que viene de lejos.

El caballero se recrea honestamente en el olor del espliego, en los lirios en flor que la brisa agita, en el fresco y verde prado que despliega sus gramíneas y se salpica de amapolas. Son campos lindos de mirar y cabalgar, cuando florece el olivo y canta el cuco, cuando la rana de san Antonio atruena el arroyo con su ronco canto y el lucio desova entre las piedras pulidas del claro riachuelo.

Poco le va a durar el gozo al caballero. En la puente de piedra que cruza el barranco de Font Frida, dos hombres de aspecto ruin, un cincuentón barbudo y un treintañero imberbe, disputan una partida de ajedrez.

El barbudo, que es ancho de cara y recio, medita la jugada mientras se rasca, distraído, la pelambre del pecho.

—Viene gente —le avisa el otro.

Levanta los ojos del tablero. Mira al viandante. Le parece un peregrino de los que van a San Yago, a postrarse ante la tumba del apóstol, lo que es de mucho beneficio para las ánimas. Repara en la espada de cinco palmos de la manzana a la punta que pende del hatillo. Un peregrino armado no concuerda, más bien discuerda.

—Vamos a ver lo que nos trae éste —dice el barbudo.

Los truhanes empuñan sus chuzos y salen al encuentro del viajero.

—Dios guarde —saluda el barbudo. Y levanta la mano como diciendo: «No pases de ahí.»

—Que El os guarde —responde el caballero tirando de la rienda. Y descabalga, que es señal de humildad y buena crianza.

Es el caballero alto y membrudo y no aparenta más de treinta y cinco años. Se lee en su semblante reposado que antes quiere tranquilidad que bullicio. Este caballero ha padecido muchas labores de guerras en mares hondas y en tierras paganas. Esas tristuras de pobre y apretada vida otorgan al hombre pausada condición y lo hacen desaprobador de pendencias y ruidos.

El barbudo del puente, como no sabe con quién se las ve, se echa el chuzo al hombro, displicente, y dice, con mucha desfachatez, como si su pelaje no descubriera el embuste: «Somos criados del conde de Foix.» Y luego añade: «Su señoría nos tiene aquí para cobrar el pontazgo. ¿Adonde vais?»

—A Zaragoza —responde el caballero.

—Aflojad dos maravedíes y todo el camino es vuestro —le dice el follón—. ¿Eso que lleváis ahí es una espada? —añade señalando el arma que, por mengua de funda, va envuelta en un pañizuelo encerado.

El caballero menesteroso la mira y asiente.

—¡Uy, qué miedo! —se burla el barbudo, y se vuelve hacia su compinche a ver si le aprecia la gracia.

El otro la celebra con una risita amujerada.

El caballero mira al bellaco. Una cara más larga de lo prudente con un belfo bermejo y salivoso, lo que denota alguna imbecilidad cuando no burricie, según la fisiognomía del sabio moro Avicena. Además, se apoya en el chuzo como un pastor en el cayado, cosa que un soldado sabedor de su oficio jamás haría. Dos truhanes miserables, piensa resignado el caballero, dos bautizos que malgastó el cura, carne de infierno, que a lo mejor me quieren jorobar, con el día tan bueno que hace.

—¿En qué posada has robado la espada? —le pregunta el barbudo.

«Además de mal encarado, insolente y faltón», piensa el caballero.

—Es mía —declara. Y, en tono humilde, como si se disculpara, añade—: Soy caballero.

—Caballero, ¿eh? —dice el barbudo. Y al reírse enseña dos incisivos amarillentos y un canino negro, podrido—. ¿Y no te da apuro montar ese rocín anciano?

El del belfo colgante emite otra risita nerviosa y se limpia la baba con el dorso de la mano.

—*Rozagante* se llama —informa el caballero. Palmea con afecto el pescuezo de la bestia y añade, resignado—: No puedo comprarme uno mejor.

El barranco y el puente están en medio de una verde pradería salpicada de flores blancas, gualdas y bermejas, entre las que revolotean moteadas mariposas. Huele la brisa a lavanda, a tomillo y ajara. Al caballero no le importa prolongar la parla. No tiene prisa ninguna por estropear tan lindo día de primavera.

—Vengo de ultramar —declara—. Vendí cuanto poseía para pagarme el pasaje en la fusta veneciana que me devolvió a mi tierra, sorteando vientos del segundo cuadrante.

El barbudo lo mira burlón, perdonavidas.

«¿No estaré malgastando la prosa?», piensa el caballero.

—Mi historia es la de una larga peregrinación que no os concierne —añade.

—Nos gustan las historias —asevera el barbudo—. Cuéntala y, si es buena, te dejamos pasar de balde.

Y mira a su secuaz, pavoneándose.

El caballero ha reconocido el pesado acento con que los francos pronuncian la parla occitana. «Dos brabanzones —piensa—, o quizá sólo sean dos chusmeros venidos de la Isla de Francia, la región donde los capetos tienen su reino.»

Al Languedoc acuden, como buitres a burro muerto, la caballería y la truhanería de la Cristiandad desde que el papa decretó, dos años atrás, la cruzada contra los herejes de la Cataria. Numerosos caballeros de la Isla de Francia y otros lugares de las Galias han testado ante escribano, se han despedido de los suyos y concurren a la cruzada con una cruz de cintas en el hombro.

Capítulo II (2)

En el que prosigue la historia y lo entenderá quien lo oyere o leyere

Unos meses atrás, el caballero habría castigado la insolencia de estos tuercebotas, pero en el momento presente ¿quién quiere meterse en disputas? Recién regresado de diez años de fatigas, trabajos y desventuras en ultramar, el viajero se esfuerza en ejercitar las virtudes caballerescas, una de las cuales es la paciencia o *mansuetudo.*

A los cruzados no se les cobra pontazgo ni otras gabelas de paso y nuestro caballero menesteroso, escaso como anda de dineros, ha tomado por costumbre hacerse pasar por cruzado. Es un embuste venial ya que en otro tiempo fue cruzado y derramó su sangre por la causa de Cristo o por lo menos eso pensaba él, ahora ya no está tan seguro.

Capítulo III (3)

De las cualidades del caballero

Los que ignoréis las virtudes que cumple poseer a un caballero sin reproche habéis de saber que la primera es la paciencia o *mansuetudo* (otros la llaman mesura o *moderatio*), en la cual se comprende la paciencia para tratar con los innumerables tontos que en el mundo son y la clemencia con los vencidos. La segunda es la facundia, o *elocuentia*; la tercera, la *facetia*, o humor e ingenio; la cuarta, la limpiedad o *decorum*, que tanto nos aleja de los moros malolientes como de los cristianos menguados de higiene; la quinta, la gentileza o *affabilitas*, y la sexta, la largueza. De ésta usó san Martín, el patrón de los caballeros, cuando, impecune, partió su capa con un mendigo. De la clemencia usó Ricardo Corazón de León, el hermano de vuestra reina Leonor de Plantagenet, cuando un niño le acertó con una flecha en el hoyuelo de la clavícula, hará de eso doce años o así. «Es un rasguño», se dijo, porque la flecha iba sin fuerza, y no se clavó apenas, pero el rey venía sudado y la herida se gangrenó y le acarreó la muerte. En su agonía, Ricardo convocó al niño causante de su desgracia y le preguntó: «¿Cómo te llamas?» Y el niño, que estaba asaz compungido, le respondió: «Fourmil, *messire.*» Ricardo advirtió que Fourmil, en la lengua de Francia, es hormiga, y recordó que una adivina le había pronosticado: «La hormiga matará al león.» Eso le dijo después de observar la caída de un puñado de hojas secas, como en Tierra Santa se estilan las adivinanzas por agüero (acá sin embargo buscamos águila en el cielo o corneja). Ricardo le dijo al niño: «Vive y sigue viendo amanecer cada día, ya que yo no podré.» Y encomendó a sus

escuderos que le entregaran cien monedas y lo soltaran, pero tan pronto como el rey murió, su capitán, Mercadier se llamaba, despellejó al niño y colgó la piel rellena de paja en una almena. No le dio las cien monedas, claro, a ver para qué quiere un muerto cien monedas.

Capítulo IV (4)

Que regresa al asunto que traíamos entre manos

Me he distraído de mi cuento. Atentos, que vuelve la burra al trigo. Decía que el caballero menesteroso quería superar aquellos años de malaventuranza, como si el río del tiempo pudiera remontar las aguas. Ya dijo el sabio Boecio que es tontería bregar con el tiempo: lo pasado nos habita y es parte de nosotros, bueno o vil. Por eso nuestro caballero don Gualberto razona con los truhanes y les explica, con mucha *mansuetudo*:

—Soy señor de Marignane, vasallo del conde de Provenza y, por lo tanto, del rey de Aragón. Me encamino a Zaragoza para unirme a la mesnada real. ¿No os habéis enterado de que el papa ha convocado una cruzada contra los sarracenos de allende el Pirineo?

—Estamos al tanto —miente el truhán de la barba.

—Entonces sabréis que los cruzados estamos exentos de pontazgo y de cualquier otro tributo. Es privilegio pontificio que debe respetar todo buen cristiano, como lo sois vosotros, sin duda.

El truhán mira a su socio como diciendo: «Otro que se resiste a aflojar la bolsa.» Se rastrilla con las uñas quebradas y negras la sarna del pecho, y le dice al caballero:

—Sin estipendio no cruzas el puente. Aunque me jures que vienes de parte de Cristo Dios, no pasas. —El compinche le jalea la ocurrencia con otra risita—. Ahora bien, si no tienes con qué pagar, puedes desviarte hasta el vado más cercano, barranco abajo, a tres leguas de aquí. Por allí pasarás de balde, tan ricamente, y de paso

puedes coger una ramita de hinojo y la vas mordisqueando, que te quite el hambre.

El caballero acoge la insolencia con gran *temperantia*, una actitud en la que el truhán entiende erróneamente que sé amilana. «A ver qué hago —piensa el caballero—, acato el quebranto y pago el pontazgo, o busco el vado y pierdo la jornada. Claro que también puedo olvidar la *mansuetudo* y desengañar a este par de imbéciles.»

Dos dineros. La tarifa no es abusiva. En otras circunstancias, don Gualberto la hubiera satisfecho gustoso por evitar pesares, pero en este preciso momento anda apurado de caudal. Además, la insolencia del pícaro empieza a incomodarlo. Mira al suelo y remueve un canto con la puntera de la bota.

—Os lo juego al ajedrez —propone—. Si gano, paso de balde; si ganáis vos, os pago el doble.

El barbudo lo observa con una sombra de duda en el semblante. Otra risita de su compinche lo encorazona, no vaya a parecer que le tiembla la barba.

—Venga.

Se sientan en una peña. Disponen las piezas sobre el tablero. El caballero menesteroso gana la partida a las pocas jugadas.

—Jaque mate.

—¡Has hecho trampa! —le grita el truhán.

—¿Qué trampa he podido hacer? Aquí no hay naipes ni dados.

—Pero me has ocultado que sabes mucho de esto —replica el otro, amenazante—. Vienes de ultramar, ¿no? Allí conocen trucos y hechicerías. Te advierto que de mí no se burla nadie.

Se levanta de un salto y desenvaina el cuchillo que lleva a la cintura, pero el caballero se le adelanta y lo descalabra con el canto del tablero, que es de roble, dos dedos de grueso. Unos trebejos caen al barranco y otros al empedrado del puente.

El truhán se desploma con la cabeza abierta como un melón pisado por un buey.

Ved ahora cómo el caballero se vuelve hacia el otro bandido justo a tiempo de esquivar su lanzada. Trastabilla el baboso al dar en vacío, lo que su contrincante aprovecha para aporrearlo con el plano del tablero. Crujen la madera y el cráneo, dos o tres escaques y una porción de sesada saltan por los aires y el de las risitas se desmorona, sin un gemido, muerto cabal.

Vuélvese el caballero hacia el barbas, que agoniza laboriosamente, tendido boca arriba.

—Que Dios te acoja, hermano —le dice—. Nada de esto era necesario.

Al bandido, ya que menearse no puede, le placería insultar por lo menos a su matador, mentarle la madre o cagarse en sus muertos, caballeretes de mierda que vais por el mundo atropellando a la gente honrada, pero no le salen las palabras, que tiene la lengua trabada y obtuso el entendimiento. Pasa de este mundo al otro con esa pena.

—¡Vaya estropicio! —se duele el caballero.

El caballo *Rozagante*, que todo lo ha mirado, resopla como diciendo: ¡A ver!

Observa don Gualberto el campo en derredor por si hubiera mirantes. Nadie. La mañana tranquila sigue su curso con su cielo azul, su prado esmeralda, que tapiza los cerretes hasta la linde del bosque, y la sierra ceniza a lo lejos. El caballero registra la faltriquera del barbudo y encuentra un par de monedas de plata y alguna calderilla de cobre.

—No nos demoremos —le dice a *Rozagante*, y despeña a los difuntos la puente abajo.

En el verde prado pasta el penco de los truhanes, tan viejo y flaco que se le señala el costillar. El caballero le acerca la palma de la

mano a los ollares. El animal la ventea y baja la cabeza como diciendo: «Tú hueles mejor que los otros amos.»

—¡Buen jaco! —le dice el caballero—. Tú también padeces lacería, ¿eh? ¿Cuánto hace que no ves la cebada? A poca suerte que topemos, te remediaré. Como te veo más taciturno que alegre, te llamaré *Cascabel.*

Apareja el caballero a *Cascabel* con el despojo cobrado en la fiera batalla: un cuchillo mediano, los hierros de los chuzos, una manta harapienta, una calabaza mediada de mosto, un poco de tocino, los atalajes del caballo y un perpunte remendado y astroso, antiguo, de los que alcanzan a media pierna. Con los caballos en reata, pasa la puente, y prosigue su camino, a paso un poco más vivo que de costumbre.

Capítulo V (5)

Donde el caballero menesteroso ajusta por criado a un mancebillo

A nuestro caballero le anochece poco antes del lugar que dicen Merens, media docena de casuchas miserables, en la vía que asciende al puerto de la Vella. De no humear las chimeneas pensarais que están deshabitadas porque a esa hora las buenas gentes se han recogido y hacen la sopa.

Delante de la iglesia un muchacho como de trece años padece prendido por el cuello en el cepo de la justicia. Descabalga el caballero y se le acerca. ¡Cómo hiede a meados cocidos al sol! Allá como acá es costumbre que las buenas gentes penitencien al penado meándosele encima y bautizándolo con ceniza caliente y cieno de porqueriza.

El caballero le pregunta:

—Muchacho, ¿qué vileza has perpetrado para verte de esta guisa?

Desde el cepo, que lo fuerza a mirar al suelo, el muchacho, que ya se tenía por meado de nuevo, levanta la cabeza para catar al samaritano que se apiada de él.

—*Messire* —le dice—. Mi pecado es sido entrar en la iglesia por la puerta mayor.

—Entrar en la iglesia es propio de buenos cristianos —observa el caballero.

—Es que soy agote, *messire.*

El caballero menea la cabeza asintiendo. Sabed que los agotes son una casta leprosa y maldita de la que los buenos cristianos se apartan. No son muchos, apenas cien familias desterradas en los lejíos del Pirineo. Es obligado que entren en la iglesia por la puerta chica de los perros, y que se queden al fondo, sin osar traspasar el arco del coro. Los curas les dan de comulgar en el extremo de un palo, los bautizan en una pila reseñada, no en la de los otros cristianos, y los sepultan fuera del camposanto.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta el caballero.

—Gahete, *messire.*

—Yo soy el caballero Gualberto de Marignane. Y dime, ¿por qué entraste por la puerta prohibida si eres agote?

—Entré tras un muchacho que me restregó una boñiga por la cara, *messire*. El sacristán me priso y me puso en el cepo.

—La ira nos pierde —comenta don Gualberto con gran pensamiento.

Parece que, satisfecha su curiosidad, el caballero va a proseguir su camino, pero actúa como persona piadosa: empapa un pañizuelo en la fuente y limpia de inmundicias la cabeza de Gahete. No le importa contaminarse con su cuerpo impuro de agote, advierte el muchacho agradecido. Quizá proviene de una tierra donde no hay agotes. El caballero le palpa los brazos y los hombros y le mira los dientes, que encuentra buenos y enteros. Tienta las manos encallecidas, hechas a cortar leña, a trenzar sogas y canastas, a herbear, a segar y a los más diversos menesteres.

—Estás fuerte y sano —le dice—. ¿Y tu padre?

—Sólo tengo madre, *messire* —responde Gahete. No le dice que ni su madre sabe de quién lo engendró. Por Merens pasan muchos

arrieros a los que, con un cuartillo de vino en la barriga, no les importa holgar con una agote.

La campana parroquial, poco más que un cencerro, tañe a cubrefuegos señalando el término del día. Ved al sacristán, un anciano patibulario que sale de la iglesia con su tintineante manojo de llaves, y libera al penitenciado.

—No os apiadéis de él, *messire* —le advierte al forastero—. Es un agote, más vil que el demonio y perito enseñado en pillerías. ¡Antes de que le salga el bozo se mecerá en la horca!

El caballero no mira al sacristán. Con *Rozagante* de la rienda, acompaña a Gahete, torrente abajo, a donde moran los agotes, chozas de barro con techos de hierba en los vanos de una cantera agotada.

La madre que los ve llegar prorrumpe en lamentos:

—*Messire*, no puedo con él. ¡Ay, qué desgracia tan grande y qué desapacible vejez me espera en cuanto pierda la lozanía de estas carnes!

—No vengo a quejarme de nada —le advierte don Gualberto—. Necesito un paje y me parece que tu muchacho, puliéndolo un poco, me servirá. Te advierto que hasta que mude mi fortuna no podré pagarle, tan sólo el conducho, pero no lo maltrataré, le enseñaré cosas de provecho y yendo conmigo por lo menos estará a salvo de los buenos cristianos de Merens.

A la madre de Gahete le parece un trato razonable.

—Os lo presto por un año…, o dos —concede.

Capítulo VI (6)

Donde sabremos el linaje y vida del caballero don Gualberto

Sabed que don Gualberto de Marignane es infanzón de la nobleza chica de Provenza, desheredado por las leyes de mayorazgo que entregaron la heredad familiar a su hermano Carlos, primogénito de la estirpe. No penséis en una gran fortuna: sólo un castillo medio derruido, y unas tierras esquilmadas por aparceros codiciosos, cerca de Marsella. A don Gualberto sólo le quedó el apellido y el entrenamiento militar, base de la educación de un noble. Con ese bagaje, recién cumplidos los veinte y cuatro años, marchó a Italia, donde contendían güelfos con gibelinos y un hombre de armas puesto a sueldo podía hacer fortuna.

Don Gualberto entró al servicio de Bonifacio, marqués de Monferrato, en calidad de sargento de armas aspirante a caballero, y después de la pescozada, acompañó a su señor a la fallida cuarta cruzada, la que saqueó Constantinopla en el año del Señor de mil y doscientos cuatro.

Mientras su hermano Carlos terminaba de dilapidar la casa, don Gualberto amasó una mediana fortuna con la que recompró a unos banqueros lombardos el hipotecado feudo familiar. Finalmente, tras diez años de ausencia, movido del amor y buena voluntad que todo hombre debe a la tierra de la que es natural, regresó al hogar, cansado de guerrear, para retirarse a sus propiedades. Las calamidades pasadas en tierras de paganos las había sobrellevado con el pensamiento de regresar a Provenza algún día para restituir su blasón familiar a la prosperidad de sus antepasados. Tomaría

nuevos aparceros, y con prudente gobierno y prudente intendencia, Marignane le daría para comprar algunas vacas y para restaurar los techos del castillo. Eso le bastaba además de una lumbre de encina en la chimenea, una docena de libros de trovas y devoción, y un par de perdigueros con los que salir de caza en otoño, pero si la fortuna lo trataba con largueza quizá pudiera aspirar, además, a adecentar la vivienda señorial con tarimas, esteras, tapices de Flandes, y una capilla con un San Jorge y una Santa María pintados al fresco en el testero del altar.

En su imaginación, don Gualberto se veía feliz y asentado después de tantos tumbos por el mundo.

¡Ah, los sueños terrenales de prosperidad y dicha, qué prontamente topan y se desvanecen cuando los contrastamos con la realidad! Cuando don Gualberto desembarcó en Marsella, halló su país de Oc invadido por los barones de la Isla de Francia, de Germania y de muchos otros lugares en los que el papa había hecho predicar su cruzada contra los albigenses. Habéis de saber que, aunque el motivo era santo, la defensa de Jesucristo y Santa María y las veraces doctrinas romanas, los cruzados hacían muchos daños y cometían muchas maldades no distinguiendo a los herejes de los buenos cristianos obedientes del papa. En fin os diré, por abreviar el cuento y excusar prolijidad, que los títulos de propiedad sobre la heredad de Marignane que el caballero don Gualberto traía en un canuto de hojalata, registrados por los Tolomei de la oficina de Pera, con todos los sellos legales, no valían más que una nuez vana. Los taimados banqueros le habían ocultado a don Gualberto que la heredad de su linaje estaba confiscada porque el inquisidor la había decretado propiedad de un hereje. ¡Ved el descalabro del caballero! Para liquidar la deuda de su hermano había entregado todas las ganancias de su vida y pignorado hasta la loriga persa, que era su posesión más preciada.

¿Qué fue de su hermano Carlos?, os preguntaréis. A don Gualberto le contaron que había muerto en deshonrosa reyerta tabernaria, sin caballería ni grandeza. En cuanto al feudo de

Marignane, el legado papal se lo había adjudicado al conde Hugo de Tours, uno de los barones franceses que comían a la mesa de Simón de Monfort, el caudillo de la cruzada.

Sabed que en el tiempo que estamos contando, la guerra del Languedoc proseguía muy enconadamente, pero don Gualberto, siendo buen cristiano y obediente del papa de Roma, prefirió no involucrarse. En su conciencia hallaba igualmente doloso combatir contra los cruzados, como contra sus vecinos y parientes, los barones del Languedoc. Viéndose en tan gran tribulación y sin cosa de la que yantar que no fuera su espada, decidió seguir el camino de la justicia y reclamar sus derechos al conde francés que usurpaba sus tierras.

Con ese propósito don Gualberto se encaminó a Marignane, el castillo familiar donde había pasado su infancia. Allí supo que don Hugo de Tours, el nuevo propietario, era partido a la cruzada de España.

Preguntó don Gualberto:

—¿Qué cruzada? ¿Es que hay otra?

—¿Es que no atendéis a las predicaciones de los legados del papa? —le espetó el mayordomo—. Los que abominamos de la herejía y atendemos a misa como fieles hijos de la Iglesia estamos sobradamente informados de la cruzada contra los sarracenos de España. La han pregonado en todas las iglesias de la Cristiandad. Saldrá de un burgo llamado Toledo para la octava de Pentecostés. El papa ha comisionado al arzobispo de Narbona, don Arnaldo Amalarico, para que reparta los despojos y tesoros del sarraceno, aparte de administrar los beneficios espirituales, naturalmente.

Capítulo VII (7)

Donde el caballero Gualberto habla de caballos

Estos pensamientos desvelan a don Gualberto mientras pasa la noche más velando que durmiendo. Con las claras del día, recoge a Gahete en la cantera de los agotes y se remonta el río Ariela, por donde el camino asciende, entre hayedos y helechales, hasta el collado del Pimorent.

Ved a caballero y escudero sentados bajo un roble en el primer vagar, mientras *Rozagante* y *Cascabel* pastan la hierba tierna de las riberas.

—Si has de ser mi paje y escudero —encomienda don Gualberto al muchacho—, tu primera labor será limpiar mi espada y velar por ella cuando repose y no la lleve al cinto. Mírala aquí: se llama Melipicra. También cuidarás de los caballos, y mirarás por ellos más que por mí. ¿Sabes algo de caballos, Gahete?

—He visto algunos, *messire* —responde el muchacho—, pero nunca me he acercado a ninguno. En Merens no hay caballero alguno y tan sólo el cura tiene un asno.

—Pues ahora aprenderás de equinos —le dice el caballero—. Debes saber que el caballo es un animal fino y de mucho carácter y que tu obligación como escudero es conocerlo para reforzarle las buenas inclinaciones y corregirle las viles. De estos dos que desde hoy estarán a tu cuidado, el alazano se llama *Rozagante*, y el morcillo, *Cascabel*. Son, como ves, buenos caballos, nobles y valientes, aunque algo ancianos. Viendo más equinos por donde

pasemos te ampliaré las enseñanzas, pero por ahora bástete saber que existen tres clases de caballos; el *destrier*, o caballón de gran alzada, potente, bueno para la guerra, pero asaz caro de mantener; el *coursier*, más ligero, que es el mejor para la caza, y el *rouncey*, que sirve para todo, aunque menos que los otros.

—*Messire* —dice Gahete—, ¿y estos vuestros qué son? *¿Destrieres?*

—¡Pluguiere a Dios que lo fueran! —responde el caballero menesteroso con señas evidentes de pesar en el semblante—, pero sólo son *rounceys*, mansos y obedientes, no muy buenos ni jóvenes, me temo, aunque el apaño lo hacen. Aguardemos tiempos de más fortuna.

Reanudando el camino, el caballero Gualberto amplía la lección al muchacho:

—Has de saber que los caballos, como las personas, quieren agradar. Háblales amistoso, ve a ellos despacio, ya que de cerca ven mal, por eso ladean la cabeza queriendo distinguir quién llega, acaríciales los ollares, que resoplen y te huelan, ráscales debajo de la quijada, en la carne tierna, háblales con voz amistosa y los tendrás sumisos y prestos a aprender.

En otro descanso le enseña a Gahete a almohazar: se frota el pecho y los lomos del animal con puñados de hierba fresca y eso le evita los calambres y, al calentarle la sangre, disipa los humores malignos.

—Otro día te enseñaré a montar.

—Señor, soy agote. Nos está prohibido montar en bestia.

—En adelante no se lo dirás a nadie. Olvídate de lo que fuiste. Ahora eres mi paje y vienes conmigo de Provenza. Si aprendes, serás un buen escudero.

Mira Gahete al caballero menesteroso y le parece que es el padre que le hubiera gustado tener.

Caballero y escudero almuerzan en un alcor soleado y herboso. Mientras las cabalgaduras pacen, el caballero Gualberto saca del zurrón un tasajo de tocino rancio y media hogaza de pan de la que corta dos rebanadas medianas.

—*Fames optimus est cocas*, el hambre es el mejor cocinero —murmura, como si hablara consigo. Tras bendecir el pan, lo comen en silencio.

Gahete advierte que el caballero Gualberto cuida más del bienestar de los caballos que del suyo propio. A menudo descabalga y hace el camino a pie, por preservar a los rocines. Si encuentran un prado de buen pasto, allí vagan.

En una arboleda se les hace de noche. Acampan al resguardo de unas peñas, junto a un arroyo que baja cristalino de la montaña. Con Melipicra, el caballero siega un montón de helechos y hace el camastro.

Arrebujado en su manto de viaje, el caballero se duerme enseguida; Gahete, despierto, se regocija por haber dejado atrás su pueblo y a los buenos cristianos que lo martirizaban a diario. Se abre delante de él un mundo novedoso. En su fantasía de mozo querría ver gentes, visitar ciudades, recorrer caminos, conocer el desierto y el mar… Con esas ensoñaciones se adormece y no despierta hasta que, con las primeras luces de la alborada, don Gualberto le toca el hombro y le dice:

—Arriba, hijo, o nos tomará el sol en la cama.

Ese día alcanzan la cima de la Cabaneta y faldean la montaña hasta la Fuente Negra, el abrevadero de los corzos y los osos. Gahete, que nunca se ha alejado de su aldea más de una legua, se asombra de la grandeza del mundo: subes a una montaña y detrás hay otra, y otra. Don Gualberto se sonríe de sus ocurrencias.

—Esto no es nada, hijo. El mundo es ancho sobre toda ponderación. Ningún hombre vive tan larga vida que pueda conocer todas las tierras: caminarás años hacia oriente y no le verás el fin.

Lo único que sabemos es que empieza en el Finisterre del Campo de la Estrella, donde los peregrinos visitan la tumba de san Yago.

—¿Y vos habéis estado en esos lugares, *messire*? —le pregunta.

—He conocido a gentes que han estado y a otras que se han postrado ante el Santo Sepulcro de Nuestro Señor, en Jerusalén. Algunos viajeros incluso conocen el río de Libia, el de las pirámides, que abraza la tierra por el meridión.

El arroyo que discurre al lado del camino se empoza en una alberca. Espejea el sol caliente sobre las aguas cristalinas iluminando los guijarros del fondo. Brillantes libélulas se posan en la quietud del agua, con sus luengas patas, antes de reemprender el vuelo. Don Gualberto decide vagar allí, se desnuda y se mete en el agua. Sentado en la hierba de la ribera, Gahete advierte que el caballero tiene el cuerpo señalado con cicatrices de antiguas heridas.

—¿Y vos adonde habéis llegado, *messire*? —le pregunta.

Don Gualberto se abisma en gran pensamiento, como si una nube ensombreciera su semblante.

—A Bulgaria —responde—. Una tierra bañada de anchos ríos donde se crían grandes yeguadas.

Sale el caballero del agua y se tiende en los helechos, al sol. Tiene el cuerpo muy blanco, pero los brazos y la cabeza los tiene atezados.

Capítulo VIII (8)

Donde se habla del mundo y sus naciones así como de España, y dícense cosas de mucho aprovechamiento al discreto aunque no viaje

Sabed que el caballero don Gualberto vivió un tiempo en Constantinopla, la mayor ciudad del mundo. Allí, en la sala del palacio Bucoleón, existe un mosaico que representa el mundo que el Criador hizo en siete días. A los que nunca habéis salido del terruño donde os criáis, engendráis vuestros hijos o los del vecino y luego morís y volvéis a la tierra, os diré que el mundo tiene forma de anillo. No un anillo redondo, sino chato de dos lados y luengo de los otros dos, como la velorta que abraza la telera y el timón en el arado. En medio de ese anillo largo está el mar de los romanos, con sus islas y sus sirenas, por donde navegan las fustas, las galeras y los otros barcos chicos y grandes. La tierra que lo rodea está poblada de gentes, más numerosas cuanto más se acercan al agua, porque en alejándose del mar ya no se puede vivir pues hay inmensidades de arena o de nieves a las que nadie ha visto el fin. De ese anillo que os digo, los sarracenos ocupan la mitad del meridión, y limitan con desiertos de arena y piedras donde se padece tanto calor que el que se aventura a cruzarlos muere del sofoco. La mitad que ocupamos los cristianos, el septentrión, limita en montañas tan frías que el agua se hace piedra, como cuando graniza, y vivir no se puede. Eso en cuanto se refiere a los lados más chatos del anillo, pero si nos vamos a los anchos, donde sale el sol, más allá de Tierra Santa, hay otros desiertos habitados de grifos,

unos monstruos carniceros con cuerpo y garras de león y alas y pico de águila. Y por el opuesto lado, donde se pone el sol, en el Finisterre, se extiende la mar océana, un espacio infinito de agua amarga, habitado por el pez Leviatán, grande como una montaña, el engullidor de naves, sólo sujeto a Dios.

Sabed ahora que los vivientes estamos encerrados en ese anillo, la tierra que da el pan, la leña y la caza. Poca y trabajosa tierra es porque los vivientes somos muchos. Por eso hay tantos conflictos y guerras. La tierra pertenece a los sarracenos en la parte de Libia y Marruecos. En la parte opuesta, cruzando el mar romano, es toda de la Cristiandad. Cada uno codicia la tierra del otro, pero no son ésas las únicas guerras que se riñen en el mundo. Los príncipes sarracenos contienden con otros sarracenos, y los cristianos, con otros cristianos. La codicia nos mueve por igual tanto a los moros seguidores del falso profeta como a los cristianos. ¿Qué afán tiene el hombre en su fugaz existencia sobre la tierra? Sólo uno: juntar, tener más, arrebatarle los bienes al vecino, ganar más contento que los otros en haberes y en cuanto hace la vida deleitosa: ésa es la única verdadera pasión del hombre, sea pagano o cristiano.

Ved ahora a nuestro caballero pararse y mirar lejos con los ojos que tanto rieron.

—Esta tierra que hay detrás de esas montañas se llama España —le dice a Gahete.

—*¿Messire* la conoce? —pregunta el niño.

—No, es la primera vez que la piso, pero algo sé de ella. Dicen que son tierras yermas y pródigas en garrapatas; tierras de mala entraña en las que el viajero camina con la barba al hombro, por si lo asaltan golfines, pernocta en malas posadas, en camas no menguadas de chinches y liendres y bebe en hontanares amargos nadados de sanguijuelas. Ese yermo que nunca vio un verdor se reparte entre cinco reyes cristianos desavenidos, envidiosos y enconados, que contienden por un almendro o una oveja y se borran las lindes, como labriegos miserables. Están emparentados, lo que

envenena más aún sus querellas, porque, debido a las herencias enrevesadas, cada uno reclama derechos sobre la tierra del otro. Al meridión de esa tierra disputada se encuentran los sarracenos que ganaron España hace muchas generaciones, pero los reyes cristianos no se conciertan para echarlos y reconquistar la herencia de sus bisabuelos. Quizá lo consigan ahora que el papa ha declarado la cruzada.

—Por Merens, estos días han pasado algunos hombres de armas con la cruz en el manto —dice Gahete—. ¿Cómo es que vos no lleváis la cruz, *messire*?

—No soy cruzado ni he venido a guerra alguna. Solamente busco a un caballero al que debo reclamar mi hacienda. Me han dicho que lo encontraré en la corte del rey de Aragón, nuestro señor.

Pasadas las montañas, el caballero y el paje descienden a los valles y buscan el camino de Zaragoza.

—El rey de Aragón —explica don Gualberto— es feudatario del papa y, como tal, se ha cruzado para la guerra contra los sarracenos.

En la escasa talega del caballero, que ahora alimenta a dos bocas, las viandas menguan. A un labriego le cambia don Gualberto dos hierros de chuzo, de los que bien podría hacer una azada, por un saquete de manzanas agrias y algunas cebollas.

Cae la tarde. Don Gualberto ha montado su ballesta cervera y ha cazado un corzo. Los dos caminantes comen carne sangrienta hasta hartarse y, tras sestearlo, prosiguen el camino por la senda del bosque. Gahete, que camina detrás, sobre *Cascabel*, mira a su benefactor con aprecio. Si no fuera por la pobreza de su atuendo y la modestia de la cabalgadura, le hubiera parecido que su amo no tiene que envidiar a aquellos héroes valerosos y arrojados cuyas hazañas cantan los juglares. Don Gualberto es piadoso y generoso, eso le parece, pero sus largos silencios en el camino o frente a la hoguera nocturna inducen a pensar que arrastra consigo una gran congoja del alma, y que no tiene a quien abrirle el corazón.

Capítulo IX (9)

Donde gentes diversas se juntan para la cruzada, cada cual de su pelaje, y no todos por santidad ni devoción

Mirad Ainsa, la villa fuerte y castillo del rey de Aragón. Mucha tropa se ve vivaquear en los ejidos mientras las chimeneas humean. Acá acampan poderosos señores de pendón y caldera. He aquí las mesnadas de unos caballeros francos que concurren a la cruzada.

Don Gualberto y su paje discurren por la rúa mayor, entre tenderetes, los caballos de reata. Don Gualberto mirando poco, como el que sabe, y el niño Gahete mirando mucho, como quien está en la edad en que todo causa asombro (algún día se desinteresará de casi todo, no lo dudéis).

¡Guerreros de muchas trazas y señas, que parlan lenguas distintas, se allegan acá para la cruzada del papa! En todos los pulpitos de la cristiandad se ha predicado remisión de los pecados y un asiento en el paraíso de los santos a aquel que tome la cruz y haga armas contra los sarracenos de España. Los que perezcan en batalla se sumarán con la palma verde al número de los mártires dioclecianos, los que murieron bajo la cruz de Cristo. Muchos francos de Simón de Monfort han desamparado la cruzada contra los cataros para acudir a ésta. ¿Creéis que vienen por devoción, porque anhelan librar su alma de las penas del infierno? ¡Si pudiéramos leer en sus intenciones veríamos cuántos de ellos acuden por la codicia del despojo! Los acólitos de los predicadores, los que van de pueblo en pueblo, después del sermón, en la taberna, los mueven a codicia.

Cuentan que los sarracenos de Sevilla y de Marruecos duermen en lechos de oro guarnecidos de perlas. Cuentan que en sus despensas guardan serones de canela y pimienta, junto a cajas de azafrán y algalias. Cuentan que llevan consigo muchas yeguadas de caballos finos, ligeros como el viento, y carromatos de muchachas de orondas caderas y ojos negros y profundos con la natura depilada y perfumada de esencia de nardo.

Don Gualberto, al cruzar el campo, se sorprende de unas tiendas rastreras, pardas, sin mástil ni manzana, sostenidas por chuzos: «Brabanzones», murmura. ¡Bien los conoce como quien un día los comandó! Sabed que los brabanzones son gentes depravadas, apenas cristianas, que viven de la guerra y no conocen lindes ni señores. Uno de ellos, Valmor se llama, el que lava en vinagre tripas de oveja para el guiso, ve pasar a don Gualberto y le da con el codo al compañero, llamado Corbario, que se entretenía haciendo nudos: «Mira quién está aquí y qué mal jamelgo cabalga.»

El otro mira a don Gualberto, lo reconoce, y comenta: «Lo que son las vueltas de la fortuna: el que tanto tuvo entonces ahora parece que no tenga nada.»

En el fuego del campamento, al caer la tarde, se cuentan historias sobre las fabulosas riquezas de los sarracenos.

—Acumulan los tesoros de Roma y de Bizancio —cuenta el trovador Guillem de Cabestany a los embobados mesnaderos y muleros que hacen corro para escucharlo—. Habéis de saber que, felones como son de natural, los sarracenos no se fían de nadie, menos aún de los deudos y amigos que dejan en su tierra. Por eso cuando marchan a la guerra llevan consigo sus oros y caballos, sus tapices y joyas, y hasta sus mujeres y sus hijos. Otros dicen que no lo hacen por recelo de sus parientes, sino porque así se lo impone su señor, el rey de Marruecos, que de esa guisa los obliga a esforzarse más en la lid, por miedo a perder todo lo que estiman si el enemigo los vence.

Los chusmeros se regocijan mucho de escuchar estas nuevas del trovador. Uno se vuelve a sus compadres y dice:

—¿Habéis oído? Si les tomamos los hatos, volveremos ricos a Francia, tendremos criados, comeremos y beberemos de lo mejor y hasta las más remilgadas damiselas nos recibirán a porta gayola.

¡Ah, el trovador! ¡Cómo brillan los ojos de los que lo escuchan! Sabed que Guillem de Cabestany es hermoso y guapo y habla con una voz modulada como de ángel, ora grave, ora más fina, según requiera el cantar. Embobados lo escuchan como si ángel fuera y las soldaderas le miran las calzas cómo abultan y piensan: «¡Ay, yo se lo haría de balde!»

En otro corro nocturno, Pietro Pitaluga, capataz de los ballesteros genoveses, hombre asaz viajado que tiene parientes en Roma y en la mar, les dice a los suyos:

—Las tierras cristianas de España solían estar protegidas por una gran fortaleza nombrada Salvatierra, «la que salva la tierra». Los sarracenos no osaban acercarse a ella, tan fuerte era, pero hace un año reunieron un gran ejército y la tomaron, lo que llenó de pesar al Santo Padre y lo decidió a convocar la cruzada. Desde Salvatierra, los paganos que rezan con el culo en pompa tienen a su merced los reinos cristianos de España y la Cristiandad toda. El rey de Castilla, en cuyas tierras se perdió Salvatierra, ha convocado a los otros cuatro reyes de España, sus primos y vecinos.

Uno de sus ballesteros le pregunta:

—¿Cómo es que son primos los reyes?

—Es la costumbre de los que se coronan —responde Pitaluga—. Todos los príncipes de la Cristiandad son parientes y no hay más que ver la cantidad de tontitos y tarados que resultan de esas bodas, menos mal que las reinas de vez en cuando refrescan la sangre con la de algún mozo de cuadra o con la de un capellán verriondo.

Es domingo y la iglesia de Ainsa está atestada de guerreros que han tomado la cruz. Mientras Gahete guarda los caballos y el hato,

don Gualberto, como caballero, entra a oír el sermón. Desde el altar predica la cruzada un fraile calvo de estameña y báculo, los ojos como dos tizones encendidos en la oquedad de la calavera.

—¡Hermanos que os cruzáis para la gloria del Criador, perseverad en vuestra fe! ¡No os habéis puesto en camino por una ciudad o un territorio! ¡Esta cruzada se encamina a quebrantar el espinazo de Mafomede y su falso dios, a quemar el Alcorán estofado de mentiras, a restaurar, en sólo un día memorable, la gloria de Dios! ¡Vais a ganar la redención de vuestros pecados en un *praelium*, una sola batalla campal como nunca se vio en el mundo desde Moisés y el santo rey David! ¡Dios aplastará las entrañas del maligno, crujirá bajo vuestra planta la cabeza de la serpiente islamita, la alancearéis por la boca hedionda como ese san Miguel de las pinturas alancea a su bestia! ¡Ved que os encamináis a una sola jornada de sangre tras la que resplandecerá como nunca antes el imperio de Dios! ¿Quién puede hurtarse a esa gloria, quién no ganará el cielo ese día memorable? ¡Yo os juro debajo de estas bóvedas, en presencia de los santos, que los mártires que perezcan comparecerán en la presencia divina antes de que acabe el día!

Una batalla campal. Don Gualberto comprende por qué sólo encuentra carros de vianda ligera. Nadie concurre con engranajes de ingenios de asedio ni se ven herramientas ni peritos para fabricarlas: sólo armas y caballos, ballesteros, muleros y peones. Los peritos de la guerra evitan las batallas campales. Sabed los que me escucháis que una batalla campal, aunque se gane, resulta demasiado onerosa. Una generación entera puede perecer en ella. Un reino puede quedar desprovisto de defensores y a merced de sus enemigos durante muchos años. ¿Quién puede permitirse tal locura? Solamente bárbaros aquejados de hambre y cargados de hijos como los que don Gualberto conoció en los desiertos de Bulgaria, donde el que tiene cuatro cabras es príncipe y el que no tiene un caballo es un mendigo miserable.

Capítulo X (10)

Donde don Gualberto conoce a una dueña de gentil continente que ahincadamente lo mira

No os contaré los días de camino que discurren sin suceso de nota. Salto hasta el día en que los caminantes ven, a lo lejos, un burgo grande defendido de altos muros y muchas torres que se levantan al cielo. Tamaña ciudad está bañada por un río caudaloso y apacible por el que discurren fustas y barcas de diversas hechuras y grandezas.

—¡Zaragoza! —señala un viandante—. Aquel palacio fuerte que veis, con una gran torre maestra en medio y otras torres altas alrededor, es la Aljafería, como acá llamamos a la posada del rey Pedro.

—Éste es el término de nuestro viaje —dice don Gualberto—. Ahí arreglaremos el negocio que nos trae y regresaremos a la Provenza.

Cerca de Zaragoza, en un ribazo de higueras que sombrean el camino, varias mujeres, así dueñas como doncellas en cabello, colectan higos. Catad que lo hacen más por divertimiento que por necesidad a juzgar por las risas descompuestas con las que acompañan sus labores, como las féminas suelen hacer cuando están solas y desmelenan las lenguas en despellejamiento de ausentes o encomio, detrimento o comparanza de calibres.

Ved a esta muchacha joven que pugna por derribar una breva temprana con ayuda de una caña. Llegando cerca en su camino, don Gualberto la contempla a su sabor, sin ser notado. No es muy alta,

pero se aventaja en armoniosas hechuras. Bajo la saya encordada se adivinan piernas y muslos gruesos, como son al gusto del caballero, así como la cintura angosta y las tetas más grandes que chicas. Hubiera sido de gran perfección si tallara un palmo más, pero los que bien conocen la ciencia mujeril saben que las dueñas chicas mejoran a las grandes en agudeza e ingenio y en que lo tienen todo más a mano.

Acercándose por el camino, mira don Gualberto la cara de la dueña, y le parece su rostro bello y sereno más en su conjunto que en sus rasgos particulares. Como mujer casada, lleva la cabellera recogida en una cofia, pero algunos bucles rubios escapan por la nuca y muestran la color del pelo. Don Gualberto, al pasar junto a ella, quiere cumplir una galanura y desviando el caballo se alza sobre la estribera y le alcanza el fruto que pretendía. Con la mano le ofrece la breva jugosa y negra al tiempo que le dice en la lengua de Francia:

—¿Me permitís, señora?

Ella lo mira a los ojos al tiempo que recibe el presente, sus dedos rozando brevemente los del caballero. Vedla azorarse y llevar la nívea mano al lindo cuello de garza, por recatar su garganta desnuda. La ayuda él a salir del rodrigón tumbado de la higuera sobre el que estaba y, al ofrecerle la mano, la encuentra caliente y la piel suave como las uvas, y ella, sofocada, quiere desasirse, pero mantiene la mano en la del caballero galán un punto más de lo necesario.

Don Gualberto le sonríe entre entregado y burlón. Ella se sonroja más cuando piensa: «Quizá crea que guardo melindres de doncella impropios de una casada que tiene ya recorridos los senderos del bosque del amor y ha bebido de todas sus fuentes y explorado sus recovecos.»

¡Ay, callados estremecimientos de la carne, cuánto estrago hacéis en las filas de los impensados amadores, los que se cruzan una vez

en la vida, se lanzan flechas en la mirada y en ellas dejan suspiros que caldean corazones!

Ved ahora a las otras mujeres que con la garrida están. Entre ellas destaca una dueña de más edad, cincuentona acaso, bella y de muy buenas hechuras bajo unas tocas que pregonan muy gentiles formas. Está dos higueras apartada, y recoge, en botecito de cristal soplado, la leche que destila del pezón de los higos, la cual, según el docto Dioscórides, aplicada con harina de trigo, limpia y purifica la sarna, cura las llagas manantías y borra los empeines.

Dejadme decir que tan alta dama no es sarnosa, que bien limpia parece. Antes bien quiere la leche para las cataplasmas de las úlceras y blanquear la tez de las moreneces del sol.

En las otras higueras, tres criadas recogen higos con muchas risas.

—Gracias, *messire* —dice la dueña de los botes mostrando quién manda en todas.

—A vuestro servicio, señora —la saluda don Gualberto—. ¿Os ayudo con las brevas altas?

—Si sois tan amable… —acepta ella—. Llegan las gentes de la cruzada y pronto no dejarán nada en el campo.

—¡Gahete! —ordena don Gualberto—: trepa hasta ese rodrigón y recoge las brevas maduras. Cuídate de las avispas.

Mientras don Gualberto supervisa la operación, la dama mayor se aparta unos pasos para mirarlo a su sabor. Lo encuentra hermoso, de anchas espaldas, culo apretado y firmes muslos, y no mal parecido. Lástima del atuendo desaguisado, de los caballos matalones y del hato escaso. Lo toma por un mesnadero en busca de amo, o un escudero de casa noble que ha aprendido cortesía de sus señores como los cuervos de lengua gorda aprenden a saludar.

Capítulo XI (11)

Donde conocemos a la abadesa de Fontevraud, doña Ermengarda de Mercia y sus saberes de plantas, cocciones y de la vida

La señora que con tanto interés mira a Gualberto se llama doña Ermengarda de Mercia y es abadesa del monasterio de Fontevraud, en el valle del Loira, donde también profesa de boticaria y física. No imaginéis una monja pálida y mustia, de esas amargadas porque dejaron pasar la flor de la vida y nunca pareció que el Señor se lo agradeciera. Antes bien, representaos a una lozana viuda de dos maridos, una mujer de muy buen ver, frondosa, risueña, mundana, conocedora de la vida e inclinada a los deleites que el Hacedor pone en nuestro camino para disfrute de sus criaturas. Pensad en una mujer briosa que gastó su primera juventud en la corte sin privarse de placer alguno. Si ahora invierte en un convento la segunda juventud, esa fogarada de vida que sigue a la viudez, lo hace más por voluntad libre que por sujeción.

Os referiré su historia. Huérfana en la más tierna niñez, la enviaron a Renania con una tía, la cual, como tuviera ya sus hijos casados, dijo: «No tengo ánimo para cuidar de infantes», y la ingresó más pronto que tarde en el monasterio de Rupertsberg, Bingen. No sé si habréis oído hablar de ese monasterio, que es de los más famosos de Germania. Allá reinaba a la sazón, más que un papa en Roma, la anciana abadesa sor Hildegarda Fonbingen,

también llamada, por su mucha sapiencia, la sibila del Rin. La señora, estando ya al cabo de la vida y no habiendo parido de su natural, le tomó mucha afición a la niña, como las abuelas quieren a sus nietas, y la instruyó personalmente en música, astronomía y todo lo tocante a boticaria y medicina, saberes en los que la anciana abadesa descollaba. A la muerte de su protectora, doña Ermengarda, que ya se había hecho mujer de sereno juicio y mucha belleza, dejó el convento y regresó a Francia, donde el rey la casó con un barón de su séquito el cual murió de una pedrada de trebuquete, noventa libras pesaba la peladilla, en el asedio del castillo de Le Vaudreuil, dejándola viuda y asaz rica, con veinte y cinco años y el ardor intacto. Entonces el rey la tornó a casar con otro de sus nobles, un duque de la Isla de Francia, que murió aplastado entre dos caballos frisones en la famosa justa de Verneuil por pavonearse ante una dama inglesa que le había enseñado, a gran favor, un tobillo rollizo. ¡Así castiga el Señor Dios las vanidades del mundo y sus jactancias: sin piedra ni palo!

Imaginaos a doña Ermengarda escandalosamente rica y reviuda a los treinta y dos años. ¡Bien me creeréis que le salieron muchos pretendientes que por alcanzar su mano importunaban al rey! Pero ella se les adelantó y manifestó a Su Majestad su vocación de retraerse del mundo y consagrarse a Dios en la abadía de Fontevraud, la de los bosques, jardines y fuentes, donde las damas nobles visten tocas monjiles y, aparte de alabar al Criador, reparten sus ocios en pasear y tañer vihuelas por los soleados claustros, en tejer punto de cruz y encajes, en escribir cartas a sobrinas remotas o a confesores contiguos, en pintar ángeles miniados, en dorar estampas, en hacer flores de trapo, en todas las labores nobles, en fin, que imaginar podáis, sin renunciar por ello al mundo ni dejar de profundizar en los placenteros misterios del amor. Es privilegio de Fontevraud, signado por nueve papas, que sus altas monjas puedan tener criados, cocineros y doncellas que las sirvan, y capellanes particulares que les lean vidas de santos y las atiendan en sus menesteres así espirituales como mundanos.

Doña Ermengarda tuvo de su primer marido una hija, casada en París, que murió de sobreparto, en la que a ratos piensa, y cuando lo hace profiere hondos suspiros. En el presente momento de nuestra historia vedla sin más familia que un hermano, el duque don Simón de Mercia, magnate de alta nobleza y señor de muy buenos estados.

Ha salido doña Ermengarda de su monasterio con dispensa papal para acompañar a don Simón de Mercia a la cruzada, porque es muy versada en boticas y medicinas, en triacas prepósitas, en píldoras de miel sedativa y otros remedios por los que será de mucha ayuda en el cuidado de los llagados y enfermos. Lleva con ella tres carromatos muy pintados de flores y ángeles, el primero para su ropa y vajilla, que viaja en arcas herradas; el segundo para la cocina de maese Marmite, su maestro guisador, que también la acompaña, por cuya ausencia queda el monasterio en mucha cuita; y el tercero para sus ungüentos y remedios, por dentro ordenado en anaqueles, cajones y botes en los que guarda los elementos de la espagiria natural.

Doña Ermengarda viste tocas marfileñas, limpias y sahumadas con hierbas de olor antes que con incienso («El incienso, para Dios», dice). Lleva al cuello una medallita en cuya orla pone: «*Amor omnia vincit*», regalo de una abadesa inglesa, íntima suya, sor Eglantine.

Es doña Ermengarda de muy buen trato, risueña y atenta, la voz fina, como de cristal, con un deje ronco muy agradable de oír, como el de la arena que arrastra la marola cuando paseas por la playa, nocturno y solo.

Doña Ermengarda lleva consigo a un criado mudo, un pollancón de dieciocho años, fornido, los brazos como palancas, las manos fuertes, y una natura tan cumplida como la de un caballo, lo que es de mucha admiración y envidia cuando se baña desnudo en el Loira y las lavanderas acuden a mirarlo y a mofarse de sus ausentes maridos. Gozo se llama el mozo, y es tan inocente que sigue a doña Ermengarda a todas partes, embobado de su belleza, y duerme a su puerta, a veces incluso dentro de la alcoba, cuando la abadesa lo requiere por susto a los ratones que con sólo entrar el mozo ya se espantan, asevera. A Gozo lo encontraron las monjas recién nacido

en la capilla del convento, expósito. Se sospecha que es hijo de una dama encumbrada a la que montó un ciervo en un desmayo. Ello se denota en que a Gozo lo sobresaltan los olifantes cuando convocan a los cazadores y en que se le saltan las lágrimas cuando mira a un ciervo herido en montería.

Gozo sirve a doña Ermengarda con devoción filial, le lava la ropa y en paraje fragoso o vado la toma en sus brazos y la pasa al otro lado como san Cristóbal a Jesucristo. Cuida de ella como un hijo cuida de su madre. Cuando la abadesa se baña, lo que hace cada sábado muy puntualmente, para entrar limpia en el día del Señor, entra con ella en la sala de tablas y le frota la espalda con mucha sutileza. Las novicias que pegan la oreja a la puerta la escuchan reír, por las cosquillas. Cada día, al término de la jornada, le refresca los pies en una palangana de plata sobrenadada de pétalos de rosas o de flores del campo. Gozo sabe algo de hierbas y acompaña a doña Ermengarda al campo y la ayuda a recogerlas y a secarlas. Suda poco, se sospecha que por la paternidad cérvida, y a veces huele a ambrosía. La abadesa lo premia a veces con un cubilete de letuario caliente de jengibre, abrojo verde, colleja, saxífraga, canela y miel, todo ello desleído en vino fuerte, medicina que, como se sabe por Hipócrates, vigoriza y aumenta mucho el joder.

Volviendo a lo del encuentro de don Gualberto, habéis de saber que las tres criadas de doña Ermengarda acuden a ver al forastero y cuchichean entre ellas ponderando su apostura. Dice una: «De buen talante le diera un unto de manteca, que debe de traer el culo escocido de la silla.» Y la otra: «Pues yo me avendría a darle una friega con agua sal en esos hombros anchos y redondos antes de bajar a aliviarle los bajos…» En fin, esas borricadas que a veces se dicen las mujeres cuando creen que no las oímos.

Sino que yo, el romancero, oigo todo lo que mis personajes dicen y hasta lo que piensan. Para eso es mío el cantar.

—Soy la hermana del duque Simón de Mercia, que concurre a la cruzada —se presenta doña Ermengarda a don Gualberto.

Nota las botas remendadas del caballero, las ropas raídas y sucias, la espada de cinco palmos envuelta en trapos, los caballos desensillados y matalones que entregarán los bofes a la más leve galopada, pero todas esas tachas las contrarresta en la balanza de su corazón la hermosura de cuerpo, la nobleza de la mirada y la gentileza de sus gestos. Por eso le dice:

—La mesnada de mi hermano, el muy alto señor don Simón de Mercia, acampa junto al castillo. Si os acercáis y le decís a un sargento que vais de parte de la abadesa doña Ermengarda, os proporcionará cena y cobijo. Y ahora habréis de disculparnos, que cae la tarde y hemos de recogernos a las oraciones y horas.

Don Gualberto ve alejarse a las mujeres secreteando entre ellas. La más boba de las criadas, aunque otras virtudes tendrá, se retrasa adrede, vuelve la vista atrás, profiere una risita y aprieta el paso como si huyera, coqueta, recogiéndose las faldas por delante para que se ajusten al culo y le marquen las formas. Cuando digo formas me refiero a un trasero orondo y bello como la luna, buenas caderas y una cinturita estrecha, lo aclaro porque siempre hay algún oyente que no se entera. A la picardía de la criadita, don Gualberto sonríe un poco, con algo de congoja, como quien, alejado de la verde juventud y de los afanes del amor, contempla una fuente fresca de la que no ha de beber. Le acude a la memoria, vaya usted a saber por qué, una lejana fortaleza búlgara, en medio de un desierto, en la que una guarnición olvidada teme, y al propio tiempo anhela, la acometida de los bárbaros.

Capítulo XII (12)

Donde se da noticia de doña Eliabel de Nemours, la malmaridada de esta verdadera historia

La casadita joven que se ha estremecido al tocar la mano del caballero se llama Eliabel de Nemours. De buena gana se hubiera vuelto a mirarlo, pues desde que lo vio siente un hormigueo en el vientre que no se le acaba de disipar. Ved cómo reprime el impulso, por no parecer alocada y ligera como la criadita boba de marras.

Camina doña Eliabel, muy erguida y señora, junto a doña Ermengarda y responde distraída a las preguntas de la abadesa. Don Gualberto, mientras, la mira alejarse y rememora su mucha belleza así como la blancura de su cara y de sus manos y piensa que, si tan bella es en lo aparente, no en menos se deben de estimar las partes encubiertas de su corporal naturaleza.

Sabed que doña Eliabel procede de una familia ilustre venida a menos. Dos hermanos asaz endeudados, y deseosos de ganar un valedor poderoso en la corte capeta, la han casado con un conde de la Isla de Francia, un hombre feroz del que se rumorea que mató a su anterior mujer de una patada en el vientre porque, después de seis años de matrimonio, no le daba un heredero que prolongara su esclarecido linaje.

¡Malhaya el que levanta la mano a mujer!

Capítulo XIII (13)

En el que se cuenta la querella habida entre don Gualberto y don Hugo de Tours

Ved la Aljafería donde posan los reyes de Aragón. Por fuera es un castillo guarnecido de torres y cercado por un foso de verdes aguas en el que nadan muchos galápagos. Por dentro es un palacio blanco donde no faltan salas amenas, baños y todos los agrados que una persona mortal pueda pedir.

Es Zaragoza una ciudad ilustre, de muy buenos linajes, poblada y habitada de gentes laboriosas y en todo contrarias a mudar de parecer. Muchos vasallos de Aragón acuden al apellido real de una parte y de otra del Pirineo con buenos caballos y armas de mucho lustre. Vedlos levantar muchas tiendas de buenos hastiales y paños en las riberas amenas del río y muchos chozos pastoreros en los ejidos, donde posa la chusma y el puterío que a la tropa sirve.

Acá llega don Gualberto. Ha dejado los matalones al cuidado de Gahete, no sea que algún desventurado más pobre que él se los robe, y se dirige a una tienda capaz sobre la que campea un pendón posadero con la cruz languedociana. Llégase al que guarda la entrada, que está espulgando sus calzas, a sotavento, como debe ser, y le pregunta por don Hugo de Tours.

—Ese que decís es franco, ¿no? —responde el doncel lendrero—. Entonces debéis buscarlo al otro lado del río. Acá posamos los del Oc, allá los del Oil. Se han apropiado con el mejor sitio, esos

cabronazos. E id con cuidado, que todos son de la estirpe de Caco, el ladrón.

El caballero se encamina al campamento de los francos. Le indican una tienda enorme, de anchos hastiales, de las de contubernio, plantada sobre un altozano despejado. Del interior de la tienda llega algún son de dados en cubilete y muchas risas y pesias de jugadores.

—Vengo a ver al barón don Hugo de Tours —le indica don Gualberto al que guarda la entrada.

El hombre entra a avisar a su señor. Un momento después, un manotazo aparta la cortina y aparece don Hugo de Tours, alto y robusto, la cara de caballo marcada por una cicatriz cárdena que le parte en dos una ceja y la nariz.

—¿Quién eres y qué quieres? —le pregunta a don Gualberto notando sus ropas de poco precio—. Abrevia porque me has interrumpido la partida.

A las narices del visitante llega un aliento a vinazo.

—Soy don Gualberto de Marignane —se presenta el caballero menesteroso.

—Quizá seas Gualberto, pero ya no eres de Marignane —replica don Hugo—. Marignane me pertenece ahora —añade señalándose con un dedo recio y peludo—. ¿No estabas en ultramar? ¿Has venido al entierro de tu hermano, el borracho? Pues vuélvete y que Dios te ampare.

Va a dar por zanjada la conversación y aparta la cortina de la tienda para regresar a los dados, pero don Gualberto lo retiene por el brazo. Bajo la manga se tensan unos músculos duros como pedernal.

—¡El feudo me pertenecía a mí, *messire*, no a mi hermano! —protesta don Gualberto—. ¡Yo lo compré a los banqueros lombardos que lo tenían hipotecado!

Hugo de Tours se suelta con un gesto brusco.

—Ahora me pertenece a mí —zanja la discusión—. Me cupo en el reparto de los bienes de los herejes. Si quieres, reclama al arzobispo Amalarico. No hay más que hablar. Largo de aquí.

Sin aguardar respuesta entra en la tienda. La pesada cortina cae tras él.

—Será mejor que vuelvas con los tuyos, hijo de Cataria —le aconseja el guarda, la mano distraída en la manzana de la daga.

Don Gualberto duda. «Entre tantos francos es tontería que bregue —piensa—: me apiolan, me entierran en un muladar y si alguien pregunta dirán que era hereje.»

Hombre prudente y trabajado por la vida, don Gualberto se guarda su ira para mejor ocasión y acopia *mansuetudo*. Regresa junto a Gahete con semblante resignado. «Vayamos al mercado a comprar viandas», le dice.

El mercado, una veintena de puestos al amparo de las murallas, está asaz concurrido. Oled en el aire el vinagre de los adobos fritos y la manteca de las calderas de sopa soldadera. ¿Tragáis saliva? Aguardad, que aún no menciono los tendales de tajadas de carnero y vaca, las ristras de salchichas, los madejos de tripas, los racimos de morcillas, todo ello negro de moscas, pero si las espantáis aparece debajo el color de cada vianda. Tampoco faltan los lebrillos de bofes y adobos, ni los pasteles de sobras y menudillos, ni los quesos y los panes calientes que salen del horno, unos de escanda y otros de cebada.

Sentados sobre un roquedo que mira a la caída del sol, don Gualberto y Gahete comparten un tazón de sopa de liebre y un pan coruscado con tocino derretido.

El caballero anda en gran pensamiento y habla poco. No le mintieron los que advertían que don Hugo de Tours es grosero y descortés, así como gran hacedor de yerros y desaguisados, el perro de presa del rey capeto, como lo llaman. ¿Servirá de algo reclamar

su feudo ante el arzobispo Amalarico? Sabe don Gualberto que este cisterciense bendice las tropelías de los cruzados en el Languedoc. No espera encontrar justicia en él, pero, a pesar de todo, acudirá en demanda de su feudo antes de apelar a otras instancias. Es lo único que le resta, la esperanza de que alguien atienda su justa causa.

Capítulo XIV (14)

En que don Hugo de Tours agasaja a su esposa como marido cumplido

Don Hugo de Tours, el asolador de aldeas, el taimado en la guerra y peligroso en la paz, se retira de la partida muy sañudo pues ha perdido cincuenta sueldos y un caballo. Vedlo regresar a su posada abriendo puertas a patadas y descerrajando postigos. Los criados se han retraído al pajar y se fingen dormidos. Sólo la joven esposa lo aguarda con la cena: medio pernil de jabalí, una jarra de vino, una rebanada de pan gruesa como el canto de una puerta y una fuente de brevas frescas que ella misma ha recogido por la mañana.

La dama ha pasado toda la tarde un poco ausente, recordando con placer el roce de su mano con la de don Gualberto, soñando fantasías y, al propio tiempo, sintiéndose muy desventurada del mal casamiento. Una dama malmaridada de tantas.

Cena taciturno don Hugo y apura dos jarras de vino. Un poco borracho, toma a su mujer de la mano y la arrastra por la angosta escalera que conduce al aposento, una cámara de techo bajo con una gran chimenea en la que crepita un tronco de encina. Don Hugo empuja a su joven esposa contra la cama doselada, la vuelve de espaldas, le levanta las haldas con rudeza castrense, se alza las suyas, que huelen a sudor y a cuero, y tras espabilarse el miembro hasta que alcanza la dureza de un cuerno, la posee violentamente.

—¡Préñate! —le susurra al oído mientras la aplasta y la lastima—. Préñate o te deslomaré a latigazos y dormirás con los lebreles. Si quieres que te trate como a una esposa, dame un hijo, bruja de la Cataria.

La Cataria, la tierra de los cataros. Habéis de saber que, para los barones del norte, los hijos del Languedoc son herejes y sus mujeres, aquellas damiselas que aprenden a leer y a tañer músicas trovadorescas en lugar de batir mantecas y manejar la rueca, no son muy de fiar. Más bien les parece que tiran a perdidas o brujas.

Otras veces, la esposa de don Hugo ha aguantado los maltratos y el forzamiento sin lamentos, pero esta vez el perturbador recuerdo del hombre gentil que ha conocido por la mañana la espolea a no conformarse con su destino. Se atreve a protestar y dice: «¡Si quieres que te dé un hijo, trátame como a una mujer!»

Vierais a don Hugo encenderse en toda su furia: «¿Como una mujer? —grita—. ¿Como una mujer, dices? ¿Quién te crees que eres? ¡Te he comprado, te he alimentado, te he vestido! ¡No eres nadie! ¡Si no te saco de la casa de tus hermanos estarías hambreada y putearías por un cacho de pan, bruja catara! ¡Muerde la mordaza!»

Tendida en la cama, Eliabel muerde la almohada y cuenta con gemidos los quince cintarazos con que don Hugo le castiga el albo trasero y los fastuosos muslos.

¡Cuánta saña! ¡Qué atropellada justicia! Notad cómo salta la sangre limpia en aquellas carnes blancas, hermosas, de perfección divinal, más aparejadas para holgarías y hozarlas en amorosa contienda que para atormentarlas ni lastimarlas.

Los entendedores de almas sepan que es la misma punición que el vil caballero recibía de su padre cuando era niño y cometía un yerro.

Capítulo XV (15)

De los pensamientos de don Gualberto de Marignane

Mientras doña Eliabel hipa y solloza y se unta las doloridas llagas con aceite de romero, vayamos a la linde del bosque, donde nuestro caballero don Gualberto, irritado por su encuentro con el tirano, no consigue conciliar el sueño. ¡Sombríos pensamientos acuden a su cabeza y entre ellos no es el menor desafiar al usurpador a limpia justa a todo trance, con armas de muerte, y en ella matarlo y descabezarlo!

Los discretos que me oís sabéis que cada hombre lleva consigo, como un zurrón constante, lo que ha sido en la carrera de la vida. En el zurrón de don Gualberto, junto a victorias y prosperidades ya olvidadas, pesan sinsabores y pesadumbres. Ha cumplido treinta años y, después de tantos padecimientos y trabajos, no tiene más hacienda que sus manos desnudas y la espada Melipicra. Por eso, a menudo, incluso en momentos de gran ceremonia, se abstrae y pone su pensamiento en disparatadas empresas de una juventud que ya ha gastado sin beneficio.

Aquella dueña joven que ha conocido por la mañana le ha recordado, después de mucho tiempo de renuncia, al que fue en otro tiempo. Sabed que el caballero menesteroso, y también desengañado, albergó en su día la vaga ilusión de tener una mujer, unos hijos, unos caballos, unos criados, unos lebreles, unos amigos, una casa, una vihuela y media docena de libros.

Luego de soñar, regresa al momento y se desengaña. Cuando siguió a la cruzada al marqués de Monferrato, la mudable Fortuna le prometía hacienda y honores. Después, se oscureció la vida, se desbarataron los planes, pereció su señor, naufragaron sus ilusiones. Ahora el adverso destino lo devuelve a su tierra tan desnudo y pobre como al principio. Con más experiencia si acaso y menos confiado en las promesas de los poderosos.

«No tengo más algo que mi espada firme y tajadora», se dice.

Mirad el cuadro: es abril, la noche está fría y, en el cielo, titilan las estrellas.

Noches como éstas le acuden a la memoria, noches de contento, debajo de una manta pelliza, en cama suave, perfumada y algaliada, el trasero ebúrneo de Arma Comnena, su vientre cálido, sus pendejitos suaves como marta cibelina, sus brazos abrazadores, don Gualberto despierto contemplando su sueño, acercando sus narices a las de ella, respirando el aire perfumado que exhala, el aliento embriagador de la mujer, cautivo de su cautiva, ciego amor, llaga de luz que lo alivia al quemarlo. Oíd suspirar al caballero: «¡Ay, Arma Comnena, en qué desamparo me dejaste! ¿Por qué pienso en ti, si estabas largo tiempo olvidada?» Mira en su ensueño la blanca garganta de Eliabel, cuando miraba a Gahete coger las brevas.

«Duérmete —se dice—. No pienses en una mujer, mucho menos si está casada. Dedica tus fuerzas a recuperar lo tuyo. Cuando tengas Marignane, ya veremos la deriva del vivir. Quizá el arzobispo Amalarico te compense.»

Rememora el caballero la carcomida torre de Marignane, que su hermano dejó arruinarse por mengua de reparos. Se asoma en su pensamiento a las cuadras vacías sin caballos, a los cabalhustes sin sillas, a los graneros saqueados, sin costales ni harneros, a los lagares secos sin olor de bodega, al muro aportillado del que los vecinos roban las piedras… Todo lo ve decaído y arruinado.

La dueña joven vuelve con reiteración a sus mientes embargando todo otro pensamiento. «¿Dónde estás, la bella?» Lo apena

imaginarla en aquellas tiendas de los francos, al otro lado del río, en un catre de campaña, la mano atezada y áspera de algún marido entre sus muslos de nácar.

Desvelado, rememora versos antiguos que en otro tiempo susurró en los oídos de Anna Comnena: «Más blanca, Galatea, que las hojas nevadas de la alheña.»[2]

¡Aquellos ojos grises de mirar brillante y terciopelo, los bellos ojos que expresaban viveza y hondura del ánima! ¡Oh, fugaz recuerdo que caldeas el corazón atribulado! Lleva el caballero en su zurrón la única pertenencia que trajo de ultramar, aparte de la espada Melipicra: un códice ovidiano hallado en un palacio de Pera, cuando el saqueo de Bizancio.

Gira la noche sobre el lucero y la memoria del caballero desvelado se abandona a los versos de Ovidio pronunciados por aquellos labios que nunca lo saciaron: «más suave que la concha pulida por el mar», «más dulce que la uva madura», «más suave que la pluma del cisne y que la leche cuajada».[3]

Si existe la comunión de las ánimas en la distancia, como aseguran los trovadores, esta noche dos almas velan soñando encontrarse. La esposa de Tours moja la almohada en quedos sollozos, ceñida por el pesado brazo del bruto que ronca a su lado. Con las primeras luces del alba concilia el sueño. Ya luce la luz del día cuando la despierta una caricia.

Don Hugo de Tours, resacoso y espeso de mente, acaricia delicadamente, con su áspera mano, los moratones de su mujer. Compungido, la besa en el hombro desnudo y reprime un sollozo. ¡Si olierais cómo apesta a sudor agrio en la cama algaliada!

—Bien que me pesa, esposa mía —le dice—. Aunque tenga la mano fácil, debes saber que te aprecio. Sólo deseo que aprendas a conducirte como la esposa de quien eres. Yo sé que eres buena y lista y que te vas a esforzar. Cuando destierres tus ínfulas provenzales seremos felices. ¿Te esforzarás? ¿Qué me dices? ¿Por qué me miras con desprecio?

—No os miro con desprecio, *messire.*

—¡Sí me miras! ¡Yo sé leer en la mirada! Ahora eres una señora de la Isla de Francia y tienes que comportarte como tal con tu marido. Pregúntale a doña Ermengarda, que estuvo casada con dos barones de mucha alcurnia. Ella te guiará. Ella te enseñará a servir y a desvivirte por tu esposo. Que te recuerde si no es el primer deber de una buena esposa dar al marido hijos robustos que perpetúen su linaje. Debes esforzarte en darme un hijo y después otro, uno por año, hijos fuertes y sanos, que alegren el castillo de Tours y me acompañen a las caballerías monteras.

Ella asiente, compungida.

—Ven ahora —la atrae hacia él con brusquedad—. Te voy a hacer ese hijo.

Tours la toma de nuevo, esta vez boca arriba. ¡Pobre mujer! Cada embestida conyugal aviva la quemazón de los cintarazos, aplastados los verdugones contra la colcha de lino. Le muerde los pezones como si quisiera arrancárselos con aquellos dientes grandes y amarillos. Eliabel soporta el dolor sin gemido. En tres meses de casada ha aprendido a no quejarse porque don Hugo confunde las quejas con gemidos placenteros y arrecia. Ved que la infeliz intenta aliviar la repulsión del acto rememorando escenas de su infancia o descifrando las figuras caprichosas que la luz de las contraventanas dibuja en el techo.

Cuando alcanza el espasmo placentero, don Hugo descabalga y abandona el lecho. Ved como llena la angosta alcoba con su desmedida humanidad, la cabeza inclinada por la bajura de las vigas. Se asoma al ventanuco mientras se ata las cintas de las bragas. Su torso poderoso tapa la lumbrera y deja la estancia en penumbra. Afuera, en las perreras, laten nerviosos los lebreles olfateando la caza. El ogro siente apetito de carne y sangre, como cada vez que desbarriga en hembra. Embutido en su coleto de cuero de búfalo, lo espolea el pensamiento de la caldera humeante, junto

al río, donde sus conmilitones almuerzan gachas y tocino antes de la montería.

—Volveré a media tarde —advierte a su esposa mientras se calza las botas militares.

Suena potente un olifante en la ribera. El paje de cámara, Denis se llama, tose al pie de la escalera. Desde la puerta, don Hugo se torna hacia la mujer, que permanece en la cama, la dolorida natura púdicamente cubierta con una toca.

—¿Lo has pasado bien? —inquiere.

No responde Eliabel. Se finge dormida, la cara oculta en el cabezal.

—En fin —suspira el conde—. Cuando media docena de robustos mamoncetes te den guerra alrededor te volverás menos melindrosa. Habla con la señora Ermengarda y que te explique las costumbres de la corte de Francia. El año que viene, por primavera, te llevaré a que te conozcan mis hermanas. Te enseñaré Tours, el feudo y el castillo, te llevaré a cabalgar por el bosque de Saint Bertevin y nos bañaremos desnudos en la poza de Bonasieux. Coserás y bordarás con mis primas, y cuando unjan a un rey nuevo me acompañarás a París, a Saint-Denis, con el vestido que mi madre llevaba en las solemnidades. Te gustará aquella vida. Allí somos verdaderos hombres y verdaderas mujeres.

Suena de nuevo el cuerno que convoca a los cazadores. Don Hugo sale y cierra la puerta. Bajo sus pisadas poderosas crujen los peldaños de la escalera.

Verdaderos hombres, ha dicho el conde. ¿Es ésa la vida que le espera a doña Eliabel en los feudos del norte, bajos cielos encapotados, sin sol? Pesarosa y vencida, la malmaridada piensa en colgarse de una viga o en cortarse las venas, aun a sabiendas de que llegado el momento le faltará valor. Después de rumiar sus miserias, se encorazona y muda de parecer. Vedla ahora en el semblante sereno y serio de la mujer despechada que ha determinado vengarse de ese marido zafio y de la vida desatenta

que le procura. Se buscará un amigo como otras hacen, entregará su cuerpo cuando un enamorado la corteje. ¿No es eso lo que más concome a los barones del norte, donde el amor cortés es traición y ramerío? Piensa de inmediato en el caballero menesteroso de la víspera. Entre hipidos, acurrucada bajo el pellote, los ojos cerrados y llorosos, se recrea en el deshonesto pensamiento y adorna a su enamorado con cualidades que no digo yo que no las posea, sino que son más producto de su imaginación inflamada que del conocimiento.

¡Ah, dama malmaridada, quizá te apiadarías de don Gualberto si conocieras el fardo de amarguras que carga su henchido corazón!

Capítulo XVI (16)

De los hombres de ingenio que acompañan a la tropa

Si escuchásedes ahora, me haréis merced delante de este cuadro que os señalo. Éstos son los hombres de ingenio que mucho habéis de honrar pues sin armas combaten y sin llagas ni cicatrices padecen en sus almas sensibles la suerte adversa de los héroes y las lágrimas de las doncellas desventuradas. Miradlos estar atentos los del mester de juglaría, el *jocularis* de gesta y voz, compositor y recitador, que divierte y ensalza, que lustra al bueno y maldice al malo, los juglares que saben tañer instrumentos, los segreles que saben trovar, los remedadores que fingen personajes altos o bajos y lo mismo prestan voz a Alejandro, el ilustre, que a César, el romano, o al rey David, el tañedor de lira. De los trovadores hablo, los que componemos con destreza y diligencia canciones, danzas, coblas, baladas, sirventeses y albas. No nos confundáis, por vuestra vida, con los cazurros, trasechadores y nigromantes, esos truhanes de vil conducta que al vulgo entretienen con chabacanas ocurrencias y burlas en plazas y tabernas, los que fingen mascar el fuego, o se meten cuchillos por la boca o hacen subir una cabra a una escalera sobre la que han puesto un almirez del revés como si mérito fuera que el maligno bicho junte las patas en concuño. Hablo de los que imitan pájaros o rebuznos, o hacen pedos de sobaco y pedorreta de labio y otras groserías que deleitan a nocherniegos beodos. Hablo también de los bufones que se fingen locos, mesan barbas, magrean escotes, disparan cohombros de sangre, ofenden a los menudos con el beneplácito de los poderosos y provocan altercados y riñas de sangre por haberse pasado de la raya. También meto en este saco a

los tontos como el bufón Zapatitos que se fingen listos y hablan parlas vacías y arengas que parecen sensatas haciendo burlas de la sensatez misma.

¡No es ese oficio de juglar ni de trovador! Nuestro menester es más elevado ya que nacimos para mover a los buenos a la alegría y al honor, para esclarecer lo oscuro, para guardar lo memorable de los pueblos, por hazañoso o por luctuoso en lo que los oyentes tiernos o talludos puedan tomar ejemplo y escarmiento.

Ved al juglar Guillem de Cabestany, parejamente diestro en el mester de Arturo de Bretaña como en el de Carlomagno de Francia, así como en los cantares de Alejandro y las proezas de Oriente. ¡Oyéraislo cantar los gozos y desventuras de Tristán e Isolda, la de las manos blancas, que mueven al llanto a los corazones duros! El rey de Irlanda la Verde concertó el matrimonio de la bella Isolda, su hija, con el anciano rey Marcos de Cornualles. Marcos, deseoso de consumar el himeneo, envió a buscarla a su sobrino Tristán, un joven apuesto y alegre, de talle fino, gran caballero y diestro en varias artes. Hubieran regresado en perfecta castidad, pero bebieron sin saberlo una pócima de amor y cayeron uno en brazos del otro. Enamorados, huyeron a las altas montañas a gozar de su dicha, pero el burlado rey les envió la desgracia y murieron en un abrazo.

Doña Eliabel escucha la trova y se siente Isolda, la de las manos blancas. ¡Cuan alegremente daría la vida por conocer el amor que enseña a los amantes ese huerto cerrado donde anida la verdad de nuestros cuerpos y nuestras ánimas!

Capítulo XVII (17)

Del encuentro entre don Gualberto y don Simón de Mercia en el trato del caballo

Mirad ahora cómo se levanta la mañana, cómo humean las chimeneas de la ciudad y las cocinas del campamento. En la torre mayor de la Aljafería ondea la enseña de Aragón.

Después de desayunar, don Gualberto deja a Gahete almohazando a los caballos y sale a pasear por entre las mesnadas.

En los rediles, junto al río, un noble franco de pelo cano y aventajada estatura examina un soberbio tordo rodado de gran alzada, un verdadero *destrier* capaz de llevar encima a un hombre corpulento cargado con todas sus armas. Le mira la dentadura, le palpa las carnes y los tendones y realiza cuantas operaciones conducen a comprobar el estado del animal. Mientras, el mercader que se lo quiere vender revolotea a su lado loando las altas cualidades del animal.

—*Venturero* se llama. Es un buen caballo, un verdadero *destrier* de batalla —lo alaba el tratante—: frisón, bien entrenado, bien cuidado, perteneció a las cuadras del conde de Gevaudan. Lo tuvo que vender para pagar su rescate, de lo contrario jamás se hubiera desprendido de él.

Don Gualberto se apoya en la empalizada del corral y contempla al caballo y a los que discuten su precio. ¡Bien conoce el cuadro! En Bulgaria ha tenido caballos tan buenos como aquél, nada que ver con los penosos rocines que ahora lo acompañan y de los que, la

verdad, se avergüenza. Tras el examen, el noble franco parece satisfecho y pregunta por el precio.

—Montadlo y después hablamos —le propone el mercader.

Un escudero se adelanta con la silla cocerá del señor y ensilla a *Venturero*. Los mirantes despejan y se arriman al redil. El escudero monta y cabalga un par de veces un buen trecho, primero a trote pausado, luego veloz, suelta la rienda, hasta que *Venturero* se pone a espuela hita. Prueba después cómo responde a la sofrenada, lo hace marchar a diestra y siniestra, con la sola puntera de la bota presionando el lomo. El caballo se muestra en todo obediente y disciplinado.

El probador regresa a donde aguarda su señor y con ligereza salta a tierra.

—¿Y bien? —pregunta el franco—. ¿Qué os ha parecido?

—Es un buen caballo, *messire*. Un poco bronco en la rienda, pero animoso y fuerte de las patas traseras. Tiene la arrancada rápida y parece equilibrado de carácter. —Le rasca en la barbilla y el animal se abandona a la caricia mansamente—. Es deliberado y firme, *messire*, pero dócil a la espuela.

—¡Ya os dije que es excelente! —corrobora el tratante.

Mientras el comprador vacila, el tratante le guiña el ojo a un criado suyo que apercibido está para que tome la rienda y haga trotar a *Venturero*, en corto, alrededor del corral, a fin de mantener despierto el deseo de poseerlo. Demanda una cantidad crecida. Mientras regatean, don Gualberto nota que, aunque buen caballo, *Venturero* hace a veces un extraño dificultoso de notar cuando apoya la mano derecha.

—No es nada barato, pero lo mercaré —decide por fin el noble.

—*Messire*, ese *destrier* tiene una tacha —interviene entonces Gualberto desde su distancia.

El comprador y el tratante se tornan hacia el entrometido mirante.

—¿Qué defecto? —pregunta el noble, amoscado—. ¿Por ventura creéis que no sabemos apreciar un buen caballo?

—De cerca no se le nota mucho, *messire* —prosigue don Gualberto acercándose—, pero de lejos sí. —Acaricia al caballo con mano experta en la quijada y se deja oler las manos—. Este animal se resiente de la mano delantera.

Altercan sobre ello él que sí, el tratante que no hasta que don Gualberto examina la pata del animal, la levanta hasta apoyarla en su muslo y tantea las coyunturas de la rodilla y del pie, sin hallar tacha. El casco está bien calzado, con herradura de siete agujeros, y la uña bien recortada, pero un poco raspada y untada de aceite frito con romero. El mismo tinte no parece tan intenso en los otros cascos. Don Gualberto lo deposita en tierra y con un guijarrito propina pequeños golpes en distintos lugares de la uña. Repite la operación con la uña de la otra mano. La diestra suena distinta, como a hueco.

Don Gualberto se incorpora.

—*Messire*: este animal padece hormiguillo en esta mano, debajo de la uña. El mal todavía está empezando y apenas se nota, pero si no se remedia, dentro de un mes sonará como un tonel vacío y cojeará al correr.

—¿Hormiguillo? —replica el tratante mirando al entrometido que le está arruinando el trato con dos ojos como venablos buidos—. ¿Estáis loco?

—No, no lo estoy —Gualberto se afirma—. Le habéis raspado la uña y la habéis teñido para disimular la caspa, pero el hormiguillo está ahí.

—No lo creáis, *messire* —protesta el tratante—. Este hombre no sabe lo que dice. Era el caballo favorito del conde de Albert. Se tuvo que desprender de él porque vino a la ruina después de perder sus

tierras. Tengo otros dos compradores que me lo quitarán de las manos.

—No me extraña que el de Albert perdiera el feudo si éste era su caballo favorito —dice el noble—. Quede el trato en suspenso. Os enviaré un albéitar que examine el animal más despacio.

Incomodado y frustrado, el noble se desentiende del datante y le dice a don Gualberto:

—Me habéis librado de comprar un caballo defectuoso. ¿Sois albéitar?

—No, *messire*, soy caballero, aunque no lo parezca con estos andrajos que la adversa fortuna me obliga a vestir. Me llamo don Gualberto de Marignane y provengo de una antigua familia enfeudada al conde de Provenza. Los Marignane no somos dueños de grandes estados, pero tampoco criamos liendres.

—Soy don Simón de Mercia —se presenta el franco—, vasallo de Aragón por mi feudo de Ajen, en el condado de Tolosa, aunque mis principales tierras las tengo en la Isla de Francia. ¿En qué mesnada servís?

—En ninguna, *messire*. No soy cruzado.

—¿Dónde habéis aprendido de caballos?

—En Bulgaria, *messire*. Entre los tártaros.

—Bulgaria, ¿eh? Pero vos sois occitano, si no yerro.

—Acertáis, *messire*. Serví a Bonifacio, el marqués de Monferrato, en la cruzada que no llegó a Tierra Santa. Con las vueltas de la fortuna terminé en Bulgaria.

Mercia lo mira con fijeza.

—La cruzada de Bonifacio de Monferrato… —evoca tristemente—. Algunos amigos perdí en ella… Fue un gran descalabro para la Cristiandad. Sabed que intenté alistarme, pero quiso mi desventura que me postraran unas fiebres cuando estaba a punto de partir. Y, decidme, ¿estuvisteis en lo de Constantinopla?

Se refiere Mercia al saqueo de Bizancio que acá llamamos Constantinopla.

—Sí, *messire*. Permanecí al lado de mi señor Bonifacio de Monferrato hasta su muerte en batalla con los búlgaros. Después serví diez años al rey de aquellas tierras.

—¿Puedo preguntaros qué hacéis en Zaragoza si no sois cruzado?

—He venido para reclamar mi feudo, que me han arrebatado contra derecho.

—¿Quién os lo ha arrebatado?

—Un barón del norte, *messire*, don Hugo de Tours se llama.

Simón de Mercia asiente, con grave semblante.

—No es por desalentaros, pero conozco algo a don Hugo de Tours. Es un hombre obstinado, un gran barón ejercitado en todas las guerras de Felipe Augusto. Me parece que si él tiene vuestras tierras, os va a ser difícil recuperarlas. Supongo que las habrá recibido por derecho, en términos legales.

—Yo les había comprado los derechos a los genoveses a los que hipotecó el feudo mi hermano, *messire*. Estaba ausente cuando me lo arrebataron y no pude reclamar mi derecho. Soy un buen católico, aunque haya nacido en la Cataria.

Mercia asiente.

—Quizá el arzobispo Amalarico pueda compensaros. Intercederé por vos.

—Os quedaré grandemente agradecido si lo hacéis, *messire.*

—Lo malo es que el arzobispo no está aquí sino en Navarra, en la corte del rey Sancho —reflexiona Mercia—. El santo padre le ha encomendado que persuada al rey a participar en esta cruzada.

—Iré a verlo a Navarra, entonces.

—Os será más fácil verlo en Toledo. Los cruzados estamos citados allí para la octava de Pentecostés. Si os interesa, podéis uniros a mi mesnada. Un caballero probado nunca sobra.

—No tengo armas ni *coursier, messire* —confiesa Gualberto—. Tan sólo mi espada.

—Yo os proveeré de cuanto os falta.

Los dos caballeros pasean por la ribera del río seguidos por el sargento y el paje de la escolta. Hablan de los pueblos que don Gualberto ha conocido en lejanas tierras y de las caballerías que allá se hacen. A don Simón le hubiera complacido viajar más, ver mundo, pero ésta es la primera vez que sale de Francia, cuando ya bordea las lindes de la ancianidad.

Capítulo XVIII (18)

Donde se explican los reinos de España y por qué en ella hay moros, siendo tierra de cristianos

En su conversación por las amenas arboledas de la ribera del Vero, don Simón instruye a don Gualberto sobre los reyes que se reparten España.

Hace cinco siglos, los sarracenos conquistaron el reino godo de Hispana. Los fugitivos de aquella morisma, nobles y villanos, sanos y llagados, se acogieron a las montañas satures, en el norte, unas tierras tan fragosas que malamente puede entrar en ellas un moro sin muchos trabajos, aparte de que llueve mucho y cuando sus albornoces se mojan hieden a guabo. Desde allí, poco a poco, los cristianos cobraron algunas tierras perdidas y en ellas fundaron los cinco reinos que ahora tienen, no todos a un tiempo sino primero el de León y después, como hijuelos suyos, los de Navarra, Aragón, Castilla y Portugal. Hermanos como son y creyentes en Nuestra Señora y en el Criador, sin embargo, siempre andan enzarzados en pleitos por fronteras y no es raro que dos que no lindan se concierten para repartirse las tierras del vecino común, de lo que resultan feroces enemistades que se guardan y alientan durante generaciones. Esta codicia de la tierra ajena los mueve tanto a la violencia como a la astucia.

—Traigo observado de Oriente que las tierras pobres son fértiles en reyes y condes marrulleros e intrigantes —reflexiona don Gualberto—. Quizá sea porque maquinar es más barato que guerrear.

—Tenéis razón, *messire*. Estos reyes españoles aprovecharán cualquier flaqueza del vecino para moverle cruda guerra y despojarlo, pero otras veces recurren a la astucia y conciertan matrimonios con la esperanza de heredarse. Por eso se han convertido en una misma y única familia en la que los primos se casan con primas, los tíos con sobrinas y los sobrinos con tías. Las ramas de esos árboles genealógicos se han enredado tanto que ya forman una selva inextricable, una sola familia unida más por los odios y la codicia que por el afectuoso parentesco. Ahora los que más se odian son los reyes de Castilla y León, los dos Alfonso. Y mirad que no hace muchos años eran tan estrechos parientes y amigos que el leonés se casó con la hija del castellano y prima suya, Berenguela, y le hizo cinco hijos.

—Si son consuegros, ¿por qué andan tan enemigos? —pregunta don Gualberto.

—¡Ahí está el daño! —dice don Simón—. Como el rey de León y Berenguela eran primos, el papa Celestino les otorgó la dispensa necesaria para casarse, pero el papa siguiente, Inocencio III, al que todos servimos, la ha anulado. No nos toca a nosotros decir si está bien o mal; eso es lo que hay.

Parlan los dos caballeros de otras mil razones de caballerías, contiendas, paces y reyes con gran provecho de los dos pues lo que uno sabe lo ignora el otro y ambos se complacen en aprender cosas y son muy emparejados de carácter y de buen talante. Antes de despedirse, don Simón le dice a don Gualberto:

—Esta noche don Pedro de Aragón, nuestro buen rey, celebra un festín en la Aljafería contando con que los que salieron a cazar aporten las viandas. Venid y os presentaré al monarca.

—Os agradezco tanto honor, *messire*, pero ved que no tengo ropas guisadas para comparecer dignamente ante tan alto señor.

—Eso no será impedimento —le dice don Simón—. Venid a mis tiendas y lo remediaremos. El sargento Pontoise os acomodará a vos y a vuestro paje.

Pontoise, un bretón fornido y colorado que sigue al conde de Mercia como una sombra, conduce a don Gualberto a las tiendas de la mesnada. ¡Cómo se regocija Gahete al ver y oler las humeantes calderas, al contemplar la abundancia de caballos y armas! ¡Más que por su suerte se alegra por la de su señor, al que de buen corazón tanto aprecia!

Vedlos ahora en una buena tienda con otros dos caballeros de la mesnada languedociana de los que, en discreta averiguación, don Gualberto viene a saber que don Simón de Mercia es uno de los principales magnates de Felipe Augusto, el rey Capeto, al que ha acompañado en sus conquistas normandas y él lo ha recompensado con extensas propiedades en Normandía y hasta le confió el mando de las mesnadas reales en la pacificación del valle del Loira y las expugnaciones de Poitiers, Loches y Chinon. Cuando el papa decretó la cruzada contra los cataros, el propio pontífice solicitó de Felipe Augusto que don Simón de Mercia acompañara a sus barones y evitara las rencillas entre ellos. En la toma de Béziers, don Simón de Mercia protestó por la matanza de la población y se distanció de Monfort. Por eso, de común acuerdo con el arzobispo de Narbona, don Arnaldo Amalarico, su amigo, ha accedido a combatir a los sarracenos de España dejando a Monfort la campaña contra los cataros.

Por la tarde, Pontoise acompaña a don Gualberto a las casas principales de Zaragoza, donde don Simón de Mercia tiene posada. Doña Ermengarda, la abadesa, a la que una doncella peina en el mirador, bajo el verde emparrado, lo ve entrar en el patio.

—¡Pero si es mi caballero menesteroso!

—¿Cómo es esto, hermana? —pregunta don Simón—. ¿Conocéis por ventura a ese caballero?

—Sí, por cierto. Ayer nos ayudó a recoger brevas en la ribera. Es un hombre de mucha gentileza y buena crianza, aunque, a lo que parece, no muy afortunado de bienes, casi pobre de pordiosear.

—Me alegro de oír bondades de él —dice Mercia—, porque lo he agregado a mi mesnada. Sabe mucho de caballos. Le diré que suba a saludaros.

Don Gualberto besa la mano de doña Ermengarda con gran placer de volver a encontrarla y de que sea hermana de su benefactor.

—¡Mi *chevalier servant*! —lo acoge ella con femenil agrado—. Ya me pareció ayer que vuestros modales no eran los propios de un ballestero. Ahora os pido perdón por no haberos tratado con mayor rango. ¡No consentiremos ni un instante más que andéis vestido tan humildemente!

Doña Ermengarda llama a su lencera y le encomienda que busque en las arcas la vestimenta que cumple a tal caballero: bragas, camisa, calzas, una saya encordada y un manto.

Ya vestido, con gran contento de todos de verlo tan lucido y gallardo, brindan con hipocrás y hablan de cortesanías y nuevas.

—¿Sabéis, hermana, que nuestro buen amigo asistió a la cruzada de Constantinopla? —dice don Simón.

—¿Es eso cierto? —pregunta la abadesa—. Tenéis que contarnos cosas de allí, de los palacios, las damas, el lujo… Las iglesias, naturalmente.

—Yo iba a alistarme para aquella cruzada —se lamenta don Simón—, pero unas inoportunas fiebres me dejaron postrado en el lecho, tan abatido que no podía ni levantar la cabeza para beber las tisanas de sor Ermengarda. Mi hermana sabe tanto de jarabes salutíferos como vos de caballos.

Don Simón estrecha amorosamente la mano de doña Ermengarda, que lo mira con ternura:

—Sí, querido hermano —dice—. Fue una pena que no acudierais a la cruzada, como algunos de vuestros amigos y vecinos. No todos murieron en Oriente —añade la abadesa con un punto de ironía—,

algunos regresaron, pobres como ratas y con un brazo de menos, como el de Bournet, pero regresaron.

Don Gualberto no está seguro de que la abadesa lamente realmente la ausencia de su hermano en tan alta ocasión, pero, como discreto, se abstiene de comentar que aquello fue una calamidad y no sirvió de nada.

Doña Ermengarda deposita en la bandeja su vaso de hipocrás, que apenas ha probado, y se dispone a marchar.

—Tendréis que excusarme ahora, mi gentil amigo, he de ir a buscar a doña Eliabel, la dama a la que ayudasteis ayer. La recordáis sin duda, ¿verdad? ¡Ah, qué ocurrencias tengo! Doña Eliabel atesora tan altas prendas que sería ofensivo que no la recordarais.

Don Gualberto asiente con cierta torpeza y se levanta cortésmente a la salida de la dama. Después él y don Simón tornan a sentarse y reanudan su conversación y amistad.

Capítulo XIX (19)

De las razones que han doña Ermengarda, la prudente y muñidora, y doña Eliabel, la cuitada malmaridada

Ved el patio de la casa principal donde la silla de manos aguarda con cuatro fornidos portadores.

Doña Ermengarda se dirige a la posada de doña Eliabel. El paje portero le franquea la entrada con una reverencia y le indica que la señora está en el cuarto de arriba.

Doña Eliabel está sentada en la penumbra de la alcoba conyugal, casi a oscuras.

—¿Qué es esto, mi niña? —se alarma la abadesa—. ¿Hay algún luto? Pensé que estaríais compuesta y guapa para comparecer ante la corte del rey Pedro.

Doña Eliabel, la desdichada, se cubre el rostro con las manos y estalla en sollozos. Acude doña Ermengarda a consolarla y deja que se desfogue en su hombro.

—¿Os ha maltratado nuevamente? —inquiere con suavidad.

Doña Eliabel asiente mientras se sorbe las lágrimas.

Doña Ermengarda cierra los ojos, abraza más estrechamente a su joven amiga, y le dice:

—Hija mía, mujeres somos y, como tales, sujetas a la obediencia y a los abusos de los maridos y padres tiranos, pero una cosa te digo: las mujeres tenemos dos potencias, una en la cabeza y otra en

el cono, con las que podemos redimirnos de esa servidumbre y hasta llegar a ser señoras de ellos con tal de que no se percaten.

No atiende a esas razones doña Eliabel sino que redobla el llanto. A lo que doña Ermengarda replica:

—*Fortitudo*, Eliabel querida. Ese mal vuestro no será eterno, creedme en poridad. Quizá se remedie antes de lo que pensáis. Dios provee. Anoche consulté a las cenizas y a las estrellas y unas y otras me dieron buenas nuevas.

Habéis de saber que las abadesas de Fontevraud tienen poderes de mucha fuerza, y así como los reyes ungidos de Francia curan la erisipela, ellas ven lo porvenir y muchas veces aciertan sobre pronósticos. También doña Ermengarda tiene algo de estrellera como todo perito en filtros, mixturas y boticas, por lo que muchas familias nobles de la Isla de Francia y aún de más lejos le envían a sus hijos recién nacidos para que los bendiga. Ella asegura que no es virtud del báculo abacial sino que le viene de familia porque su bisabuela fue hija de un noble franco y de una ondina del bosque, eso se cuenta, y a ella mucho le agrada porque así no le parece que esté sujeta a las contingencias de los comunes mortales.

Capítulo XX (20)

De la junta en la Aljafería donde habla el rey Pedro y de los eventos ocurridos entre el caballero menesteroso y la malmaridada

A media tarde, los magnates y barones, vestidos de sus mejores galas, con escuderos y pajes, dejan sus posadas y se dirigen al palacio de la Aljafería, donde el rey Pedro los recibe. ¡Oh, bullicio de mirantes, en calles, finiestras y tejados! Es cosa de ver cómo el pueblo llano, mujeres y hombres, dueñas y doncellas, niños y criados desamparan sus quehaceres por admirar y agasajar la grandeza de los poderosos, el boato, el lujo, la trompetería, los buenos corceles engualdrapados, los séquitos muy lucidos de pajes y escuderos y todo lo que, saliendo de sus pechos y gabelas, con el sudor de sus frentes pagan.

En el empedrado que conduce al palacio, los maestresalas del rey han mandado esparcir juncia y lirios ribereños que, aplastados por los cascos de los caballos y los borceguíes de los andantes, despiden verde y rico olor, si bien matizado por el del estiércol que algunas cabalgaduras, ajenas a la solemnidad del acto, inoportunamente exoneran de sus vientres. Ved las damas que comparecen muy adobadas de vestidos y afeites, redecillas y Crispinas en las cabezas, tocas y capiellos, sayas y briales, almejías y alquiceles de muy diversas hechuras y colores, con perlas y piedras de olor, unas en sillas de mano y otras en hacaneas, a lomo de mulas mansas, de paso reposado, mecedoras, conducidas por donceles.

Lucen los caballeros capiellos y sombreros, buenas galas de sayas y garnachas y mantos de mucho precio y buenas zapatas y estivales. Los más altos llevan sortijas y cadenas de oro que valen un patrimonio.

Ved ahora el palacio. ¡Quién pudiera describir cabalmente la belleza de la Aljafería, la posada ilustre de los antiguos reyes moros!: sus altos muros bermejos, sus blancas almenas, las macizas torres redondas que se duplican en el reflejo del profundo foso, en cuyas quietas y verdes aguas despuntan cabecitas los galápagos como si se asomaran a ver, entre las ovas, la grandeza y galanura que desfila por la orilla.

¿Cómo describir los adentros de tan ilustre posada? Mejor sería pintar que decir, las sucesivas salas y patios columnados, los paneles de ricos atauriques y yeserías, los alabastros y balaustradas, los jardines, huertos y albercas.

—No hay cosa igual en tierra de cristianos —alaba don Simón.

Don Gualberto, que cabalga a su lado, en un caballo presentable, asiente como discreto, aunque en su corazón tiene que no hay bajo la bóveda del firmamento palacios como los de Constantinopla ni ciudad como aquélla.

Llegados al apeadero, descabalgan y entregan las riendas al sargento Pontoise. Pasan por debajo del arco que da a la iglesia.

La ajada belleza del palacio no disimula, más bien pregona, que el rey de Aragón anda más sobrado de nobleza y alcurnia que de posibles y dineros.

Mirad los haces de juncia esparcidos sobre las losas partidas, arcones ferrados y esteras de trapo disimulando muros reventados por la humedad, remendados doseles bajo techos descoloridos por viejas goteras, desconchaduras raspadas y enjabelgadas la víspera, cuya cal impregna las sayas de los que inadvertidamente se rozan: todo muestra, al discreto que sepa ver, que Aragón, con ser reino tan ilustre y principal, ha conocido tiempos mejores.

—El reino no es rico, ni pasa por su mejor momento —murmura don Simón al oído de don Gualberto.

Llegan, atravesando patios y estancias, al salón dorado, el del gran protocolo, y allá se separan los entrantes, para unirse cada cual a sus pares, en las filas delanteras o en las zagueras. Don Gualberto, discreto, se rezaga al fondo de la sala y busca acomodo entre los infanzones de medio pelo y las mujeres.

Capítulo XXI (21)

Del rey Pedro y de lo pasado en el salón dorado, lo que es de mucho interés en esta verdadera historia

Mirad acá al rey Pedro de Aragón, de 35 años, en la flor de la edad y la potencia, alto, que a todos sus caballeros saca una cabeza, y bien proporcionado y no mal parecido. Recibe sentado al extremo en un trono forrado de terciopelo carmesí tan gastado que se ve más la trama de saco que lo rojo del tejido.

El salón dorado tiene altos techos y anchos muros. De los muros penden tapices venerables, ajados y descoloridos de la edad, juntos y hasta sobrepuestos, que, más que al exorno y boato, atienden al cubrimiento de paredes bofadas por la humedad.

Oled el incienso, el palo de olor y la alhucema que arde en los pebeteros para deleite de las narices y ahuyentamiento de la sobaquina.

Acá se congrega la flor de la caballería y la nobleza, en cantidad como no se viera desde la Liga de Aquisgrán, cuando fueron tantos que hundieron el suelo de la torre maestra sobre el pozo negro y ello esparció los lutos sobre las casas reinantes de la cristiandad toda.

Catad ahora el noble continente de los que cumplimentan al monarca de Aragón, sus ricos hombres de pendón y caldera y sus hidalgos venidos de las tierras a un lado y otro del Pirineo. Acá llega, entre dos maceros de sobrevesta barreada, el maestro de ceremonias, calvo y enjuto, con la librea de san Jorge y las cuatro cabezas de moro pintadas en ella. Vedlo acomodar a los llegantes

con muchas reverencias y graves cortesías. A los monseñores en los tres bancos de las primeras filas, asaz apretados, y a la nobleza menuda en las zagas y costaneras donde los corrales de cordones zogueros marcan las juntas por estirpes y naciones, acá aragoneses, allá catalanes, acullá montpellerinos, más allá de acullá narboneses y, en la acuitadísima lejanía, provenzales de caras coloradas y tolosanos de luengas narices. Y los francos de las Francias septentrionas heredados en la Cataria aragonesa, entre los que conoceréis a don Simón de Mercia y a don Hugo de Tours, éste sudado bajo su manto ceremonial que se embutió encima de la camisa de cazador.

¿Veis a doña Ermengarda y a doña Eliabel allá al fondo, en el estrado de las damas, acompañando a la amiga del rey, María de Monferrato, que muy gentilmente ha mandado quitar las celosías y bancos para ganar espacio y que nadie se pierda la ceremonia?

¿Veis aún más allá a don Gualberto? Miradlo entre los infanzones y sargentos, los postreros, los que alargan los pescuezos para ver al rey, los que poco faltó para que se quedaran fuera, en el patio, con los pajes y fámulos.

Notad ahora cómo, por un lance caprichoso de la traviesa Fortuna, sin pretenderlo, nuestro caballero menesteroso ha resultado cabe doña Eliabel. No la reconoce y la toma por dama aragonesa pues la mira de espaldas, la dorada cabeza cubierta con una coña de terciopelo granate guarnecida de abalorios, mucho más rica que la de cuando las brevas.

Doña Eliabel ignora también la vecindad del caballero. Mirad sus ojos henchidos del llanto de marras, catad el pecho que aún se levanta en callados suspiros, serenándose. Vencidas sus primeras congojas, ha encorazonado su corazón para acompañar a doña Ermengarda, y no alcanzando a ver la ceremonia ni entendiendo las palabras que los heraldos dicen en la lontananza de la sala, distrae sus pesares contemplando los atauriques y dibujos del muro. ¡Ah, las filigranas de yeso, primores intrincados y leves, labrados por

manos anónimas largo tiempo muertas que acudís a recordarle a la dama la fugacidad de la belleza y ligereza del vivir!

La nevada mano de doña Eliabel impensadamente acaricia el relieve coloreado de oro, azul y rojo de una bellota o una flor. A su espalda, casi a su oído, la voz del caballero que la mira susurra: «¡Palacio de la Alegría! ¡Salón Dorado! Por vosotros colmo mis deseos. No anhelo otra cosa sino lo que contenéis para mí.»[4]

¡Esa voz! ¡Él! Notad el estremecimiento placentero que le recorre la espalda al percibir en la nuca desnuda el aliento cálido del caballero de las brevas. ¡Y temía que quizá no lo vería más! Un calorcillo se le posa en el vientre.

—¿Vos? —murmura la dama sin volverse del todo.

—¿Me esperabais? —le susurra la voz.

Doña Eliabel se sonroja, baja la mirada, niega breve con la cabeza, como niña cogida en falta. ¿Qué le ocurre? Mira de soslayo a doña Ermengarda y a las otras dueñas que la acompañan. Para su alivio, atienden a las palabras del rey, que llegan, apagadas, desde la lejanía de la tarima real.

Catad, oyentes y mirantes, cómo el apetito y la voluntad de las mujeres se reparten de muchas maneras. A esta dama malmaridada la saca del hondo pozo de sus desdichas soñar con el galán que le eriza el vello de la nuca con su cálido aliento.

Os preguntaréis: ¿la ha buscado el caballero o un hado travieso los ha unido en medio de aquella muchedumbre? Eso mismo se pregunta ella: ¿es el destino que veneran los paganos o es Aquel que todo lo puede el que, atendiendo a sus súplicas y a sus ardientes lágrimas, lo pone en su camino como triaca de sus achaques y compostura de sus malaventuras?

La voz murmura a su oído nuevas invocaciones de paisajes, perfumes, colores. Aquella leve presión en su cadera, aquel roce en su espalda, ¿son producto casual de las estrechuras a que obliga la concurrencia o furtivas caricias del caballero? ¡Ay, menguada de

amor, huerto mal regado, jardín sin jardinero, noche sin luna, alberca sin nenúfar! Ved cómo le tiemblan las piernas a la gentil malmaridada, a la delicada flor provenzal que se ha criado soñando con endechas y finezas de trovadores antes de que sus hermanos codiciosos la entregaran a un rústico con cara de caballo que pretende domarla con trompadas, sevicias y malas palabras.

¡Ay, arrojo del amor, más osado que Alejandro, el que descendió los mares! Inflamada por la vecindad de aquella presencia turbadora que se aprieta contra ella, ¿o es ella la que se retrae y aprieta contra él, con el achaque de las angosturas?, lejos de hurtarse, doña Eliabel se complace y abandona a la alteración de los sentidos, los ojos entornados, el aliento arrebatado.

¡Ay, tormentos del cielo, cómo se engaña la cuitada! Don Gualberto no le está declarando su amor. Tan sólo lee, como para sí, en un susurro, los versos inscritos en los atauriques, las lisonjas y encomios que la letra morisca consagra a los placeres del rey que edificó un palacio, loores a la belleza, al amor y al placer que encerraban aquellos muros, atisbos de un mundo desvanecido en el que una vez reinaron la armonía y la dicha. La infeliz muchacha se apodera de las palabras del caballero y las vuelve en bálsamo de su desventura, en mensaje arrebatado de amor, en suave licor que te embriaga y te cautiva, inadvertido engaño sin el que ya no podría vivir lo que le reste de vida.

Leo el pensamiento de algunos de vosotros. Los rispidos de ánima y pajizos de tez pensáis que esta mujer putea. Si yo fuera un goliardo desvergonzado, cosa que no soy, antes que buen cristiano certificado y observador de todos los preceptos de la santa religión, os replicaría: en los pulpitos habéis oído *Fornicatio mulieris in extolentia oculorum et in palpebris illius agnoscetur*, lo que vertido al román quiere decir «la liviandad de la mujer se muestra en el descaro de su mirada y en el pestañeo de sus ojos».[5] Bien está que esta y otras tonterías se prediquen en latín, cuya virtud es ennoblecer como sabias sentencias los más roncos rebuznos. Si fuera goliardo, digo, os preguntaría en retórico: ¿no bulle la sangre

de la vida más verdadera y más palpitante que esos libros enmohecidos y caducos en los que justifican sus atropellos los que viven de no dejar vivir a los demás, los sepulcros blanqueados que visten faldas negras hasta el suelo y en las fiestas se adornan con albardas de seda y oro?

Pero como goliardo no soy, no lo digo. Que conste.

Capítulo XXIII (23)[6]

De las solemnes palabras pronunciadas en el salón dorado y otros extremos tocantes a la verdadera religión

Un clarinazo del heraldo quiebra el hechizo y retorna a doña Eliabel al presente de una sala húmeda abarrotada de cortesanos, toses, carraspeos y exudaciones de muchedumbre propensa a las habas con tocino. Un macero golpea tres veces el suelo en demanda de silencio. El rey Pedro, mirando por su patrimonio, constata que el elemento le ha partido en tres la baldosa golpeada, una de las pocas que quedaban enteras.

Se acallan las conversaciones. La voz engolada y solemne del canciller enumera los títulos del rey de Aragón. Pedro saluda a los cruzados de ultrapuertos, sean o no súbditos suyos, y exalta la hermandad de los allí concurrentes que se juramentan para servir al Criador y quebrantar el poder sarraceno. «Hoy todos somos parientes bajo el manto de Santa María —dice—. Todos somos de una misma voluntad: provenzales, catalanes, castellanos, navarros, leoneses, aragoneses, gallegos, ¿qué más da? Todos descendemos de los godos de Hispana a los que el moro usurpó su reino; todos formamos una sola familia, como los dedos que salen de la palma, todos formamos una mano, como las espigas de la gavilla, todos un haz sujeto por la ligadura ramal de la religión.»

El arzobispo de Tarragona asiente solemnemente a los asertos del monarca, los ojos cerrados, muy en su papel.

—El Criador ha querido que nos juntemos, como nunca antes, los reinos de España —prosigue el buen rey Pedro—, los animosos aragoneses, los esforzados castellanos, los… —En ese punto se interrumpe, dado que no es seguro que concurran a la cruzada navarros, leoneses ni portugueses, así que, por salir del paso, dice —: Y los otros que bajo el cielo alaban a Nuestra Señora.

El canciller emite un breve suspiro y le murmura al oído al arzobispo de Tarragona: «Ya erró. Menos mal que casi nadie se entera.» Alo que el arzobispo repone: «Están como en misa, cada cual repasando sus asuntos, la mente a muchas leguas de aquí, cuando no pecando de pensamiento, que en esas cortes de ultrapuertos se gasta mucho vicio.»

Termina el rey su arenga y le cede la palabra al arzobispo. El prelado acude a las sufridas Escrituras y loa muy elocuentemente a Sansón, el que mató a los moros filisteos; a san Jorge, a san Miguel, a san Mauricio, a san Bonoso y a otros santos militares, amén de san Bernardo de Claraval, el reformador del Císter ante los teólogos de Troyes.

—Recordemos, amadísimos hijos —dice—, que San Bernardo motejó a la orden caballeresca de gran error y de locura intolerable cuando contiende, a costa de grandes gastos y trabajos sin otra recompensa que la muerte, pero señaló que es gran virtud y seguro instrumento de salvación cuando su valor y sacrificio sirven a la santa religión. ¡Oh, camino de virtud y verdad que habéis abrazado cuando señalasteis la cruz en vuestros vestidos! Recordad y llevadlo siempre, como sello en vuestro corazón, para que en él fructifique, que la tierra que pisamos es propiedad de Jesucristo, que la administra a través del Santo Padre, su vicario en la Tierra. Por él se ordenan los reinos y los linajes; a él servimos todos, unos con su palabra que salva las almas; otros con la espada, que salva los

cuerpos; otros con el arado que procura los mantenimientos a todos. Ahora Jesucristo, a través del Santo Padre, os convoca a cruzada. ¡La Cristiandad no puede sufrir que la tierra de Dios pertenezca a los moros! ¡Militemos bajo los lábaros de don Pedro de Aragón, fiel hijo de la Iglesia, enfeudado con la Santa Sede, y abatamos el poder de los malos para beneficio de la religión y salvación de nuestras ánimas!

Terminada su plática, el arzobispo recupera el báculo que le sostenía un canónigo e imparte con él una bendición que los presentes toman de hinojos y en la cual promete la remisión de los pecados y el disfrute del Cielo al que perezca en la empresa.

Oíd ahora la plática del tesorero Chozalhombro, que es el más atendido de todos, sobre el reparto de raciones a los caballeros y peones de las mesnadas. Se cobrarán en Toledo, dice, con los aumentos y atrasos. Oíd el murmullo de reprobación y desencanto que se eleva del salón dorado, no os mentiré por mi ánima, aunque acá veo al cronista real que escribe en su tablilla «general satisfacción de los concurrentes». La murmuración entre los ricoshombres, los caballeros y los otros, cada cual con su igual, no alcanza a protesta para que no parezca que el interés por los conduchos, talegas y ganancia prevalece sobre el del beneficio espiritual que el prelado ha previamente explicado en todas sus excelencias.

Os diré lo que sólo los más avisados conocen: la insolvencia del rey de Aragón que si tiene con qué cenar es gracias a las diez mil mazmutinas de oro que le ha prestado Sancho de Navarra (contra el castillo de Trasmoz, que se queda en prendas). El papa, conocedor de sus apuros, como hurgador de todas las conciencias y bolsillos de la Cristiandad, le ha condonado el pago de su contribución para compensarlo por los detrimentos y quebrantos que le ocasiona la

cruzada catara en sus posesiones del ultrapirineo. Aun así, don Pedro padece gran mengua de numerario hasta el punto de que en las rúas de Zaragoza no se encienden luminarias de noche, y en su consecuencia préñanse las viandantas.

—Bastante es que no nos pida subsidios —oye don Gualberto murmurar a un noble catalán.

—Nada, nada, dejemos Zaragoza y marchemos cuanto antes a Toledo —dice otro—. De aquí no sacaremos más jugo que estrujando una piedra. Además tengo oído que las toledanas son muy femeniles y han muy buenas posaderas y muslos muy firmes y ejercitados de subir cuestas.

—Saldremos de aquí a dos días —anuncia el heraldo—. Primero los de allende el Pirineo, con los aposentadores del rey, y al otro día los de aquende. Y ahora, señores, vayamos en buena paz a nuestras posadas porque mañana celebraremos un comité de gran aparato.

Va a bendecir nuevamente el arzobispo, como es costumbre en las solemnidades de la corte, pero ha sido oír lo del convite y los allí estantes salen en tropel, estrujándose en las puertas, atropellando protocolos y finezas. A doña Eliabel, en el barullo, le palpan las tetas por encima del brial, lo que ella tolera gustosa pensando ser las manos de su enamorado, mas luego nota que son otras y se recata de ellas, como manda el pudor.

Capítulo XXIV (24)

Del convite y agasajo que el rey Pedro celebra en la amena orilla del Vero

Venido el día detrás de la noche estrellada, y, según los varios paresceres humanales, dormida, velada o folgada, acuden al famoso convite todos los campantes bajo viga o lona, engalanados en sus mejores hábitos.

Nunca se viera tan concurrida de gentes de buen comer la ribera rumorosa del Vero. Desde temprano humean calderones de volatería, salchichas y tripas al tiempo que, en candelas de encina, sobre rejas de ventana, se asan bueyes abiertos, ciervos, puercos, conejos, hurones y todo lo cazado la víspera en los cotos del rey que ha pasado la noche al oreo colgado de ganchos debajo de los corpudos árboles, con guardas embozalados; aparte de las polentas, migas y potajes de habas, garbanzos, lentejas, tocinos y otros manjares viles que hierven, asan, coruscan y cochan en las colaciones de las huestes, pajes y gente menuda.

Aquí el lucimiento de maese Marmite, que ha preparado para la mesa real un lechazo con caldo dorado de jengibre, canela, vinagre, miel y yemas de huevo del que la amiga del rey, doña María de Monferrato, que es de muy apacible y delicado gusto, ha exclamado al probarlo: «¡Grandeza de Dios! ¿No es esto lo que los ángeles gustaran en el Paraíso si allá hubieran cordero?» Y doña

Ermengarda, muy en abadesa, le ha respondido: «¡Oh, señora delicada a la que me place servir! ¿No ha de haber corderos en el Cielo? ¿Qué otra cosa sino cordero es el Agnus Dei, *Agnus Dei, qui tollis peccata mundi*, el que siempre acompaña a lo divino? Pues ¿cuál es el atributo de Juan el Bautista, el que vestido de piel de camello bajó del desierto a bautizar a Nuestro Señor? ¿Y qué me decís del recental que acompaña a santa Agnes en probanza de su virginal inocencia? Si tanto os agrada este plato, pediré al maestro Marmite que le dicte la receta a un notario designado por vuestra gracia para que la ponga en buena letra y vuestros cocineros la puedan preparar en gusto y sazón.»

¡Convite excelso tanto para los paladares finos como para los que buscan hartazgo! ¿Las jarras, decís? ¿Los cántaros y pellejos que allá se ven, henchidos e impacientes porque el catador los pruebe y designe cuáles han de servirse en las mesas reales una vez colados de los pizcos de la pez y otras grosuras? Ved el vino y el hipocrás y los otros gentiles beberes de uvas y endrinas preparados en las boticas de los vinateros y en las almunias del rey. Ved armadas y manteladas las mesas de Pedro y sus ricoshombres de pendón y caldera, así como las de la nobleza allegada a la ceremonia, y junto a ellas, por escalafón, las de la nobleza más menuda, los infanzones y la caballería, todos lavados y despulgados, sentados cada cual en el lugar de su rango, amigos con amigos, compadres con compadres, parientes con parientes, yernos con cuñados y consuegros con consuegros, la reina y sus damas juntas en el corral aparte a ellas reservado con cortinas de lienzo, bajo los copudos árboles donde el sol no las ofenda. Allá vierais a doña Ermengarda, a la que el criado Gozo lleva en custodia su plato de oro con su nombre cincelado en la cenefa del borde, en preciosa letra gótica picuda de Colonia, y un repujado que representa a Cristo en las bodas de Cana, con el puntito alegre que lo tomó y que lo arrancó al milagro.

Ved también el plato de plata de doña Eliabel, en figura de catino, con guirnalda de flores en el levantado de las alas. Ved, en fin, a las damas principales de Aragón, todas con sus vajillas de

alcurnia, sus cuchillos buenos y sus servilletas y toallas, a cual más preciada, compitiendo en boato como algunas hacen, que mirando a otra más aderezada luego se quejan al marido y se muestran las ofendidas y le dicen: «Vos me tenéis como una cualquiera, que doña Fulana tenía más apaños que yo.» Y no le pondrán cara buena al desventurado hasta que vaya al platero y se lo compre para la ocasión venidera.

Doña Ermengarda, ¡qué placentero es verla yantar con tanta etiqueta, sin mancharse ni abrir la boca, que tiene pequeña, suave y bermeja, y se limpia la pringue de los labios con una servilleta inmaculada, nunca con una miga de pan ni con el contrafilo del cuchillo. Y si un delicado eructo se le escapa, antepone la mano y murmura un perdón.

No diré más porque acá veo al mayordomo que señala a su faraute, el cual echa el alma en un trompetazo para que comience la colación. Ved llegar la variedad de condumios y yantares que abarca cuanto nada, vuela, camina o se arrastra, amén de cuanto crece encima de la tierra o debajo de ella, todo cuanto contiene los cuatro humores de Galeno, desde lo caliente a lo frío y desde lo seco a lo húmedo. Al momento aparece, ligera como en espolonada, una turba de talladores y sobrecocineros, que prevenidos estaban fuera de la carpa. Vedlos llevar en alto bandejas anchas como paveses, todas humeantes de olor a adobos y aliños, ajos y galilgales, vinagres y especiuras, lo que mucho aviva las glándulas y compulsa el tragar. Ved que al tiempo circulan pródigamente canastas de panes y tortas, así de espelta como de flor de trigo, y perolas y fuentes de tajadas y salchichas, lebrillos de salsas, jarras de hidromiel y vino, así como almojábanas y otras suertes de escogidos manjares.

Así da comienzo la tragantona mientras músicas, chirimías y zamponas alegran los oídos y amansan los humores que, como no ignoráis, se presentan en el ánimo por capas, como las vetas del tocino.

¡Oh, gran regodeo y hartazgo de los estantes y los llegantes, los que tomarán entripado y resaca! ¡Más de un sanguíneo y colorado amanecerá mañana en la tienda del barbero a que lo sangre y restituya en su salud!

Ved por contra el ceño adusto de don Pedro del Afán, el riguroso tesorero del rey Pedro. Mirad cómo tuerce el gesto, disgustado, asistiendo a la ricia y sin apetito no come sino que le comenta al maestresala, su compadre, que al lado tiene: «¿Sabéis qué os digo, don Celedón? ¡De estas prodigalidades no se repone el reino en un lustro! ¿Son acaso éstas bodas de emperador que han de ser notadas por cronistas en un milenio? ¿Quién decretó diente libre sin la firma del canciller ni el sello de este desventurado tesorero? ¿Dónde está Heliogábalo, que no me ha saludado? ¿Es que, por ventura, el Criador castiga nuestros pecados con plaga de gazuza viva? ¿Suspendió acaso el Santo Padre el pecado de la gula? ¿No es temperancia ya virtud? ¿Por ventura nos tomó a saco hueste enemiga? ¿Vos lo notasteis, don Celedón? ¿Qué clase de tropa hace este descomedimiento y daño so capa de acatamiento a su señor? ¿No advertimos en la convocatoria de la cruzada que los señores de pendón y caldera habían de traer talega y ración? Miradlos trasegar, don Celedón: miradlos cómo con una mano devoran y con la otra se alargan a la bandeja que pasa, miradlos hozar en las tajadas con la pringue en las narices y hasta las muñecas. ¿Habremos de proveerlos de cebaderas de mulo? ¿Qué hambres son éstas, don Celedón? ¿Somos lobos carniceros? ¿Hurones somos que devoran más que pesan? ¿Buitres acaso que rompen el hueso y toman hasta la médula? ¡Ay, cuitado, lo que habré de manejar el ábaco antes de repostar de nuevo el pósito real y la cilla del palacio? ¿Y a quién me quejaré si el rey no me escucha y me arguye que la prodigalidad es condición de caballero?»

Don Pedro del Afán, al que llaman Chozalhombro porque en un mismo año mudó cuatro veces de morada, siempre a una más barata, evalúa con ojos de gran desolación el estropicio que en su derredor cunde, las caras coloradas, las barrigas prietas, las hablas

disminuidas y los perros royendo huesos bajo las tablas. Descorazonado le dice a su compadre:

—Me excusaréis si el rey pregunta por mi persona. He de irme a mi casa y reposar en lo oscuro antes que me dé una estupefacción y pasmo de los nervios de presenciar tanto estrago. ¡Malhaya la orden de caballería que tales gulas consiente! Menos dañoso sería al rey nuestro señor entregarse a moros de aduar, chupados y famélicos, que a tales amigos y súbditos.

Capítulo XXV (25)

De la conversación habida entre don Hugo y doña Ermengarda tocando a preñeces por la escuela de Salerno y otros extremos cumplideros a esta historia

En esta viñeta ved a don Hugo de Tours que descabalga junto al carro de las medicinas y, con humildad manifiesta, se dirige a doña Ermengarda, que está atareada majando semillas de azafrán y cantueso en un morterillo de plata.

—Señora —dice don Hugo—. Os quisiera consultar una cuita por si, entre vuestras hierbas, hubiera remedio para cierto mal y carencia que me aqueja mucho.

Doña Ermengarda suspende el majado y le dice:

—Sentaos a mi lado, *messire*, y participadme vuestra cuita que si en mi mano está me desviviré por serviros y remediaros como amigo que sois de mi hermano don Simón, además de esposo de doña Eliabel, a la que quiero como a una hija, títulos que serían sobradamente suficientes si además no fueseis tan buen caballero, defensor de la religión y temeroso de Dios.

Don Hugo carraspea un poco, mira a los lados por ver que nadie lo oiga, se rasca nervioso la cicatriz blanquecina de la cara y, en voz humilde, gacha la mirada, empieza a decir:

—Es el caso, señora, que va ya a hacer un año que tomé a doña Eliabel por esposa, como sabéis, y desde entonces he desbarrigado en ella casi cada día, constante como el batán del arzobispo. Quiero decir que frecuento el himeneo matrimonial y siembro en ella grandes calderadas de mi viril simiente, ahondando hasta dentro de

sus entrañas con la longura de mi miembro, que es bien cumplida. Y si tocamos al grosor os puedo certificar que podría servir para calibrar lanzas azconas. Con ese aparato que os digo la monto y arremeto conyugalmente cada día, a veces dos o tres veces si se aparejan, y por más que me refocilo en sus carnes, sin embargo nunca la preño. En mis cavilaciones he dado en pensar si no habrá sortilegio malo de por medio porque por defecto de simiente y reiteración en el acto os puedo asegurar que no es.

Escucha doña Ermengarda con gesto serio y concentrado y dice:

—Sabed, buen conde, que no todos los momentos son buenos ni aparejados para el acto genésico, antes bien los hay malos y los hay del todo funestos, ya que, como reza el poema salernitano: «Cuando Virgo ve pasar la Luna, no te cases»; y aun hay otro que dice: «Durante Libra anda en sus pujos, deja en reposo tus bandujos»; y un tercero que señala: «Cuando la Luna cruza el signo de Piscis, si engendras varón saldrá epiléptico.» Ved a qué grandes fincamientos os sometéis al ejercitar vuestro derecho conyugal tan liberalmente.

—Ignoraba que hubiera tantos fincamientos en una materia de tan simple apariencia que hasta los más humildes siervos la hacen y dejan a sus mujeres preñadas, sin contar a los cerdos y a los asnos y a los gallos con las gallinas y no digamos ya a los conejos con las conejas, que cada poco paren. ¿Qué confabulación hay en los astros para que yo me salga de esos cauces naturales que hasta las propias bestias recompensan con progenie?

—Ninguna ciertamente, *messire* —dice doña Ermengarda—, mas ved que gallos y gallinas, conejos y conejas, y siervos y siervas, faltos de nobleza como están, quedan al margen de la atracción y retracción de las contingencias zodiacales, no como vos, que, debido a vuestra sangre ilustre, estáis sujeto a la nobleza de los planetas, que, en tratando de altas personas, se obligan por cauces más estrechos. Por otra parte, habéis de saber, buen conde, que el célebre médico Constantino el Africano, en su libro sobre el coito, determina que la reiteración coital empobrece la semilla de la mujer y dificulta su concepción. Pensad que el heredero que deseáis

dependerá de la semilla de ella tanto como de la vuestra. Dejad en reposo a doña Eliabel hasta que la conjunción astral os sea favorable y sin duda engendraréis un varón fuerte como vos que os alegre la vejez y prolongue y acreciente vuestra estirpe.

—¡No hay nada que desee más en el mundo, abadesa! —dice don Hugo.

—En este caso, conteneos, *mesure*, porque la excesiva frecuentación del coito elimina la humedad natural, debilita la vista, provoca calvicie y afecta a los riñones. ¿No habéis sentido molestias en los riñones últimamente?

—Sí —reconoce don Hugo—, pero las achacaba al mucho cabalgar.

Niega con la cabeza la abadesa y sigue:

—Sois un hombre vigoroso, don Hugo. Es el mucho cabalgar a vuestra esposa y quizá a otras mujeres lo que os afecta. Ya he atendido otros casos parecidos, incluso en lo más alto.

Doña Ermengarda, al decir esto, apunta con el índice al cielo y bajando la voz repite:

—En lo más alto. ¿Seréis capaz de guardarme un secreto, don Hugo?

—Mi boca está sellada, madre —responde el caballero besando la cruz que hace con sus dedos pulgar e índice.

Doña Ermengarda mantiene su tono confidencial, baja la voz:

—Vuestra cuita tiene el mismo origen que la de nuestro rey Felipe Augusto, al que Dios guarde. Después de enviudar de su primera esposa, de la que sólo engendró a Luis, el príncipe enfermizo, como lo obsesionara la idea de dar a Francia un heredero más robusto, capaz de soportar sobre sus hombros el peso de tan abrumadora corona, se casó con Isambur, la danesa, que procede de familia muy paridora, como es notorio. Se encontró con ella en Amiens, un catorce de agosto, hace ahora diez años, lo recuerdo

bien porque yo estaba en la corte e hice el pronóstico. Se casaron bajo el signo del León en Saturno y Marte en lugar de aguardar la conjunción favorable de Venus y Marte, planetas muy proclives a la fecundidad. Es fama, atestiguada por los físicos y los notarios de la corte, que aquella misma noche usó el rey del matrimonio seis veces con la rubia y hermosa Isambur. ;Qué ocurrió? Ya mi maestra, la abadesa Romina de Al-champs, se lo había advertido. En esa conjunción desfavorable no sólo se malogra la fecundación sino que el vientre, al probar el esperma amargo, debido a la adversa influencia de Saturno, se contrae y ya en adelante lo rechaza y el miembro del varón se inhabilita para esa mujer. Esa es la causa, y no otra, por la que tras la primera noche el rey misteriosamente rechazó a su mujer. También es la causa de que este Pedro de Aragón, cuya hospitalidad disfrutamos, haya rechazado a la suya legítima y ande con una amiga. A Felipe Augusto le recetaron sus ignorantes médicos dieta de buches de ajiaceite, tres al día, y no yacer con la mujer más de una vez por mes, menos en Cuaresma, y eso con cabalgadas contadas que no pasaran de quince las «riles arremetidas, y aun menos si antes vertiera la seminal sustancia. Como súbdito de Felipe, ved el trastorno que acarrea el mal uso de la legítima y la precipitación en la coyunda, que no sólo malquista al rey sino a Francia toda.

Asiente el conde, preocupado por lo que oye. La abadesa alude a lo que todo el mundo sabe: los problemas del rey de Francia con el papa. Después de aquella primera noche de amor emponzoñado por adversos planetas, Felipe Augusto encerró a su esposa danesa en un convento y se casó con otra, pero el papa invalidó el nuevo matrimonio y lo obligó a readmitir en su lecho a Isambur. Felipe tuvo que plegarse cuando el papa puso a Francia en interdicto, lo que invalidaba sacramentos y funerales en todo el reino.

—Ved, *messire*, los inconvenientes de usar indebidamente del coito —termina la monja.

—¿Qué he de hacer, sor Ermengarda? —inquiere don Hugo, francamente preocupado.

—Si deseáis que vuestra mujer conciba, no la fecundéis más que en la conjunción favorable de planetas —decreta la religiosa.

—¿Y cuándo será eso?

—Consultaré los astros esta noche y os lo avisaré. Mientras tanto, cuando el rijo os oprima, podéis darle al carrizo, en solitario, o solazaros con otras. Soldaderas no faltan en el campamento.

—Prefiero guardarme para mi legítima.

—No os guardéis, *messire*. Que ella guarde su simiente no acarrea de necesidad que vos tengáis que guardar la vuestra. Antes al contrario debéis prodigarla. Ved que sois blanco y velludo, lo que denota una complexión cálida y húmeda. Según la escuela de Salerno, la contención de esos humores os haría enfermar. Dad salida liberalmente a vuestros deseos con otras o acaso con una oveja y desaguaos de la humedad superflua. Ahora necesito vuestra orina para observar cómo opera en ella la conjunción astral.

Doña Ermengarda le tiende una vasija al conde.

Don Hugo, un tanto avergonzado, se vuelve contra el carromato y, levantándose la túnica, orina en la vasija. Terminada la operación se la entrega a la abadesa.

—También preciso la orina de doña Eliabel. Yo misma se la pediré. Marchad ahora a vuestras obligaciones, buen conde, y mañana os diré en qué día tendremos una conjunción astral favorable.

Capítulo XXVI (26)

En el que se prueba la vana simiente de don Hugo por la escuela de Salerno y por el sabio moro Aribensaide, con las razones que la abadesa da a la malmaridada

Doña Ermengarda pone un puñado de salvado de trigo en la orina de don Hugo y otro en la de doña Eliabel y moja en ellas dos hojas de lechuga. Al siguiente día observa que en la vasija de don Hugo han nacido gusanos mientras que en la de doña Eliabel el salvado conserva la limpiedad de la víspera. Mira las hojas de lechuga y encuentra la mojada en la orina de doña Eliabel lozana y la de don Hugo marchita.

—Lo que yo sospechaba —le dice a doña Eliabel—. Tanto la prueba de la escuela de Salerno como la del médico sarraceno Aribensaide muestran que vuestro marido es estéril, y vos fecunda.

—¿Estéril? —se extraña doña Eliabel—, pero si es muy potente.

—Su trebuquete puede que sea muy potente, hija mía, y hasta espantable si quieres, pero los tiros **que** lanza no aciertan en la torre de vuestra preñez ni acertarán nunca, si entendéis el símil. Eso le pasa a muchos otros caballeros de gran linaje. Hay más estériles entre ellos que entre los villanos y los pordioseros. Esto se debe a que del mucho cabalgar desde que son niños, con sus partes maltratadas contra la dura silla, se les malogra la capacidad genésica.

—Pues ¿cómo engendran los hijos? —pregunta doña Eliabel.

—Sois candida, hija mía. ¿Quién os asegura que los hijos son suyos? ¿Qué hacen con la mujer que les sale estéril? La repudian y la encierran en un convento. Las que no quieren acabar en un convento, y os aseguro que no todos son lugares tan placenteros como el de Fontevraud que yo regento con ayuda de Nuestra Señora, procuran quedarse preñadas de otro.

—¿De otro?

—Preñadas por amor, hija mía. ¿No habéis oído hablar del amor cortés? Algo más que cortesía hay en los trovadores que las sirven. No hay pecado en eso si se hace por amor a Diana, la dueña de los bosques, con permisión de Nuestra Señora, la que tampoco podía concebir de su anciano esposo, según enseñan los Santos Evangelios. Mujeres somos y hemos de defendernos en un mundo mal guisado por hombres turbulentos y menguados de raciocinio. De ese modo damos herederos al marido que perpetúen su linaje y criamos hijos nuestros aunque suyos no sean. ¡El linaje! Es en lo único que piensan los maridos, hija mía. Nosotras somos solamente vientres, moldes en los que ellos prolonguen sus sangres y la memoria de sus hazañas. Eso, folgar, cazar y batallar es lo único que les interesa. No nuestra felicidad ni nuestros cuidados. Más aprecian a sus caballos que a sus mujeres, bien lo sabéis.

Doña Eliabel queda silenciosa una gran pieza, ensimismada en sus pensamientos y después, despertando de ellos, le dice a doña Ermengarda:

—Madre, ¿en qué he de notar ese amor cortés que decís?

—La marca de ese amor, que no florece en el matrimonio, habéis de saber, niña mía, que es la bienaventuranza que contiene todo el bien y la perfección del ánima intelectiva, como declara el sabio León el Judío. Y el sabio Eurípides dice que el amante vive de lejos en el cuerpo del otro tirándole las saetas de sus ojos por las que van los pensamientos.

—Mas, señora, esas pasiones pecan contra castidad matrimonial.

Suspira doña Ermengarda con paciencia y dice:

—Sí, hija, eso predican los pulpitos porque así han de regirse las bobas del mundo, que son las más, y deste modo nos mantienen los hombres sujetas. Quebradiza es la fama de una dama, guardadla bien y en la vejez tendréis mucho orgullo de haberla guardado. Pero entonces descubriréis cuan vano y menguado es ese orgullo y os veréis al cabo de la vida sin ningún recuerdo que os caldee el corazón, ni la confortadora memoria de haberos perdido en el laberinto del deleite y de los placeres del amor cuando era el tiempo para ello y sentíais la inclinación y el hormigueo en la barriga.

—Señora, confundida estoy, siento yo eso que decís, que no me deja pensar en otra cosa.

—¿Sentís el irreprimible deseo de unión con el ser amado?

—Eso siento, madre, y me causa un gran ardor y sudores y desmayos.

—;Es un objeto ausente que dejasteis en Francia? —Bien presente es, madre, aquel caballero que me alcanzó la breva, don Gualberto de nombre. Suspira la abadesa y dice:

—¡Oh, venturosa conjunción de Diana! ¡Ay, señora nuestra, Diana de los Bosques, con qué suavidad y rigor siembras con actos sencillos tus altas pasiones! Veo, hija mía, que en tu daño se te apareja tu remedio. Ya puedes darte por muy venturosa y favorecida. Cuando más afligida estás, ella más te ayuda al pie de una higuera que es su árbol y con su rama desgajada fabrica su arco dejando en el tronco la cicatriz que es imagen de nuestra natura de mujer, la que gotea leche lunar de sus ramas tiernas. ¡Ese mancebo que decís os estaba destinado y en él encontraréis la felicidad y bienandanza que os traerán la preñez!

Capítulo XXVII (27)

De cómo don Hugo de Tours parte a Pamplona por recado del arzobispo Amalarico dejando a su desdichada esposa muy aliviada

Varios días pasados, la voluble fortuna apareja las cosas según la voluntad de doña Ermengarda, la cual, con fértiles conjuros, procura la felicidad de los que aman.

Es de noche y los caballeros cenan en el refectorio de la Aljafería mientras escuchan el sermón del capellán real, el cual, apercibido por don Pedro del Afán, el tesorero también conocido como Chozalhombro, zahiere mucho la gula y desordenado apetito de viandas. Escuchad sus razones, que son buenas también para vosotros:

—¿Acaso no somos cristianos los que hemos tomado la cruz para defender a la santa religión de los enemigos, malos sarracenos que pretenden imponernos su error? ¿Cómo, pues, vulneramos la palabra santa que nos advierte: «No estés con los bebedores de riño, ni con los comedores de carne; porque el bebedor y el comilón empobrecerán, y el sueño os vestirá de andrajos»?[7] ¿Cómo ignoramos que es la propia voz del Criador la que declara: «El que guarda la ley es hijo prudente; mas el que es compañero de glotones avergüenza a su padre»?[8] ¿Acaso ignoráis el dicho de Dios que proclama: «Y pon cuchillo a tu garganta, si tienes gran apetito»?[9]

Con este dicterio, apesadumbrados por el pensamiento de la perdición de sus almas, los caballeros refrenan el yantar y miran la rebanada de pan salseado que tienen delante para recibir las tajadas con la aprensión del que contempla una rata muerta despachurrada por la llanta de un carro. ¿Captáis la imagen o debo desmenuzaros los detalles de esa rata gris, grasienta, su manteca amarilla al aire, manchada de bilis verde y las tripas sanguinolentas esparcidas por el empedrado?

Notando el efecto, el tesorero Chozalhombro murmura a su compadre Celedón, la mano en su brazo:

—Esperemos que la palabra de Dios pueda más que el trabajo de Belzebú que los empuja a la gula.

—Querrás decir Belfegor, compadre —corrige Celedón, como hombre instruido.

—No, compadre. Ese Belfegor que decís es el demonio de la pereza. El de la gula es Belzebú. Llevo diez años por permisión del rey refrenando gastos y sé muy bien con qué demonios me las tengo tiesas. El más gastizo es Belzebú, como digo, aunque también Lilita se las trae, la demonia manirrota que induce a las damas a derrochar en lujos las haciendas de sus maridos y a sus amigos a regalarles para que, cediendo a sus ruegos, se les abran de patas. Precisamente le estoy preparando al rey un memorial sobre los gastos suntuarios que pondrá coto a esos desmanes.

Está la cena concluyendo, las caras circunspectas y las escasas escudillas rebañadas hasta desbarnizarlas, cuando un correo cubierto de polvo y sudoroso descabalga en el zaguán y se presenta ante el mayordomo, el cual, roto el sello, que era de cera morada y cinta de seda, lee el pliego y va a dar recado al rey.

—¿Qué pasa? —pregunta el monarca—. ¿Qué graves nuevas son esas que os apartan del pesebre?

—Señor, la carta es del arzobispo Amalarico, que os escribe desde Pamplona. El rey de Navarra no quiere oír hablar de la

cruzada y monseñor el arzobispo solicita la presencia del barón de Tours para ver si lo convence.

—Entiendo que Sancho no quiera ir a la cruzada puesto que es amigo del Miramamolín moro, del que, dicho sea de paso, recibe los dineros que luego me presta a mí a usura. Pero ¿qué fuerza puede tener en todo eso nuestro buen amigo el conde de Tours? —inquiere el rey.

—Señor, es que don Hugo de Tours tiene una hermana, de nombre Germana, casada con Gonzalo Gómez García de Agoncillo, el alférez real de Navarra. El arzobispo cree que puede hablarle para que convenza al rey, pues de toda su curia real es este Agoncillo al que más atiende.

El rey licencia a Hugo de Tours para que parta y le promete grandes mercedes y acrecentamientos en su feudo de ultrapuertos si logra que Sancho milite en la cruzada.

Vuelve don Hugo del recado real y le dice a doña Eliabel, su esposa:

—Prepárate, mujer, porque partimos a Tudela en cuanto amanezca.

Mirad en el rostro de doña Eliabel las señales manifiestas del disgusto. Tudela es un bello lugar, yo lo conozco, pero a nuestra damita, que no sabe de reinos ni caminos, se le antoja el fin del mundo, más lejos que si le hubieran mentado el país del Preste Juan o Samarcanda. ¿La separarán de doña Ermengarda, a la que reverencia como su nueva madre? Antes quisiera que le separaran la uña de la carne.

Pensad los pensantes. ¿No será que en su corazón arde ya, como el fuego ardiente de los griegos, la nafta que con agua se aviva, el ascua secreta de un ardor que ni ella misma sospecha?

Ved que doña Ermengarda, con la misma cuita que si a una hija perdiera, toma aparte a don Hugo de Tours y le dice:

—¿Qué mudanza es ésta, *messire*, hombre de Dios? ¿Y yo os tenía por persona prudente y de consejo? ¿Os ha de acompañar vuestra pobre mujer a todas partes como si hubieseis nacido pegados? ¿Vais a meter a esa flor que debe ser para vos más preciosa que la niña de vuestros ojos por la incomodidad de los caminos, las vías pedregosas, los vados fangosos, las angosturas de las calellas, los aguaceros fríos, los ardores del sol, las malas posadas concurridas de chinches, las sierpes y sabandijas de la tierra y las inclemencias del cielo? ¿Y aún pretendéis que se quede preñada y os dé descendencia? ¡Mal camino es ése para perpetuar vuestro linaje! ¿Tan poco entendéis de mujeres? ¿Qué pensáis, que somos ovejas que donde nos viene el ansia, parimos y luego seguimos detrás del pastor como si nada? ¡Ay, qué ciego estáis si así lo creéis! ¿Acaso lleváis a la galopada de una montería a vuestras yeguas preñadas? No, antes bien las dejáis en el establo, con la cama de paja nueva, regaladas, apiensadas y almohazadas para que el parto llegue a feliz término. ¿Y pensáis que una mujer, la vuestra, requiere menos cuidados? ¿No sabéis que las preñeces se malogran con las mudanzas? Yo, en confianza os lo digo, le veo ya ojeras de preñada y en la turbiedad del blanco de los ojos le noto que, o mucho me equivoco, o esta vez habéis acertado a preñarla como el otro día acertasteis al verraco jabalí y le partisteis el corazón con la azcona, la hazaña por la que todos os alaban. Dejadla a mi cuidado e idos norabuena a servir al rey y al papa y a acrecentar vuestra casa, que pronto tendrá heredero.

Don Hugo, al que la esperanza de tener un hijo inquieta más que ninguna otra cosa en el mundo, accede a que su mujer no lo acompañe sino que se quede en Zaragoza al amparo de doña Ermengarda. Todavía de noche, antes de que amanezca, cubre nuevamente a su esposa, como un trámite, mientras le murmura, en los espasmos del goce: «Más vale que sobre, que no que falte», y después parte con sus seis mesnaderos.

Capítulo XXVIII (28)

De la partida de los cruzados de Zaragoza en vista de que el conducho mengua

Dos días pasados desde el sermón de la gula, vista la merma del conducho, los cruzados venidos de allende el Pirineo determinan seguir hacia Toledo, que presumen más abastecido, de donde ha de partir la hueste junta por Pentecostés.

Abatidas las tiendas, recogido el fardaje y dispuesta la marcha, el rey de Aragón desciende al campamento con su curia y saludando a los magnates de la cruzada les dice:

—Bien quisiera reteneros en Zaragoza y de continuo agasajaros y honraros como merecéis, pero sé que os consume la impaciencia de partir contra el moro y ganar los sufragios de la cruzada al tiempo que reverdecéis los laureles de vuestro linaje. Partid, pues, sin más demora, con mi bendición real y la del arzobispo.

Mira el rey de soslayo a su canciller, el cual, al otro lado del arzobispo, cierra los ojos con asentimiento y se inclina un poco como diciendo: «Vais bien, majestad, ahora largad el resto.»

—No quiero dejar de observar una ancestral costumbre deste reino —añade el rey—: la de colmar de regalos al huésped ilustre que parte. Y yo os pregunto: ¿hay mayor regalo que el que se paga en honra? ¿No es el honor más valioso que todos los joyeles, cofres y carbunclos, finas sedas y raras perlas que pudiera ofreceros? ¡Claro que sí, me diréis! Bien, puesto que vosotros mismos lo escogéis de esa manera, os pagaré en honor. No os obligaré a

aceptar nada material. ¿Qué es el vil metal que cría cardenillo en la faltriquera, no engorda en la bolsa y alimenta la avaricia, ese gran pecado, qué es, digo, el oro batido comparado con los dones espirituales y los honores que ciñen la corona de la nobleza? Mi regalo será, pues, que os acompañaré con toda mi corte, a pendones desplegados, sin que falten trompetas, chirimías, atabales, músicas y coros, hasta una legua de los muros de Zaragoza, para que un día podáis contar a vuestros nietos que el buen rey Pedro os honró caminando a vuestro lado…

Cumplido caballero, don Pedro de Aragón mantiene su promesa y acompaña a los cruzados hasta una legua de Zaragoza, cuidando que ninguno se extravíe y quede atrás, y allá los bendice el arzobispo, antes de tornarse.

Habéis de saber que, después de marchados los cruzados, don Pedro se encamina a Lérida, donde lo reclaman quehaceres, y el arzobispo a sus palacios, a impetrar al Altísimo por el buen suceso de la cruzada.

Capítulo XXIX (29)

Del camino a Toledo y algunas juglerías que en él suceden

¡Días de camino por los eriales de Aragón! ¡Pegujal de los lagartos y las sabandijas! Lejos del Vero maternal, las tierras se muestran menguadas de verdores, abundosas de guijarros, desheredadas de cosechas, vanas de minas y escurridas de gentes. Tierras dominio de la cabra y de la oveja, aunque, de vez en cuando, encierren la verde sorpresa de un valle ameno con feraces huertas en torno a una fuente o a un riachuelo.

Vaga la hueste en algún higueral y don Gualberto se presenta ante doña Ermengarda por si se le ofrece algo, o envía a Gahete, que con mucho placer hace los mandados, que le lleve cual mata de hinojo para los aliños de maese Marmite, cual víbora cazada en el pedregal para sus cocimientos y medicinas.

La gentil abadesa bien acoge a don Gualberto y lo mira con aquellos ojos melados que parecen leer corazones y acaso le dice: «Ved de traerle una alcarraza de agua fresca y clara de alguna fuente a doña Eliabel, que parece sofocada debajo de las tocas.»

Leguas y campo. Cabalga don Gualberto en una buena yegua de nombre *Alferza* al lado de Simón de Mercia, conversando de lo suyo. Detrás, con los escuderos y el fardaje, vemos a Gahete, que ya ha aprendido a regir una mula y gusta de oír el recitado de los trovadores.

Os preguntaréis ¿qué se hizo de *Rozagante* y *Cascabel*, los dos rocines de don Gualberto? Sabed que quedaron en Zaragoza, al

cuidado de un monasterio, con buenas hierbas y pastos, de donde don Gualberto los recogerá a la vuelta de la cruzada, cuando, si Nuestra Señora así lo apareja por su bondad, derrotado el moro y cobrado el cuantioso despojo, pueda pagar a los monjes por la hospedería de sus bestias.

Don Gualberto mira atrás, más veces de las necesarias en el orden de la hueste, y su mirada se encuentra con la de doña Eliabel, que marcha a un tiro de piedra, en compañía de doña Ermengarda y de las criadas, todas en hacaneas, las cabezas envueltas en tocas para excusar el polvo y quitarse el sol caliente de la cara. Por la rendija de su toca mira doña Eliabel a don Gualberto y él siente en su espalda el repeluco placentero que infunden aquellos ojos grises y se yergue sobre su silla, echando los hombros atrás, por parecer más apuesto.

Mirad aquellos hombres vestidos de vivos colores con plumas en el sombrero. Ésos son los trovadores provenzales y catalanes, que acompañan a la hueste ultramontana junto con algunos bardos de la Isla de Francia y un juglar de Inglaterra. Conoced al anglo Layamón, que sabe los entresijos de la corte de Arturo. Oíd al castellano Giraute de Calanson, que provoca grandes risas con su *Fadetz juglar.*

Venida la noche, en los fuegos del real, entre las tiendas de las tabernerías, tañen laúdes, vigüelas y panderos y a su son recitan endecháis, cantos y cantares, según el repertorio de cada cual. El juglar de Inglaterra es gran conocedor de la materia de Bretaña, con las hazañas del rey Arturo, y sabe recitar las historias de los caballeros de la Mesa Redonda. Los bardos franceses dominan la materia de Francia y cantan en lengua de oil las hazañas de Carlomagno y sus ilustres pares. A un cantar de Roldán responde Layamón con otro de sir Gawain, con pendencia de trovas. Nunca se les agota la memoria ni el ingenio.

Imaginad ahora un caluroso mediodía, a la hora de la siesta, posando la hueste en un prado ameno de mucha hierba crecido. Don Gualberto, sentado a la sombra de una encina cercana, tañe la vihuela del trovador Guillem de Cabestany y rompe a cantar, quedo,

como para sí. En la encina frontera, doña Eliabel y doña Ermengarda, tendidas dentro del carromato de las boticas, las dos sin brial, en camisa, las teticas sueltas por excusar calores, están hablando en susurros de asuntos femeniles cuando, al oír el canto, interrumpen la parla y guardan silencio para escucharlo. Dice don Gualberto:

> *Amor, halagas e fieres / sin alguna pïedat, / lo peor es que bondat / pocas veces seguir quieres, / e si a alguno bien hecieres / es enfinta e ál non, / llagaste su corazón / al que más merced hobieres.*[10]

Otra noche, a petición de doña Ermengarda, Layamón recita la historia de los adúlteros amores de Lanzarote y la reina Ginebra. A medida que progresa el poema y delicadamente se narran los primeros encuentros de la reina Ginebra con Lanzarote, al que Layamón describe como potente y persistente en el amor, nota doña Ermengarda cómo, al resplandor de la hoguera, doña Eliabel disimula un sofoco y respira más profundo elevando el pecho de los aprietos del brial.

—Atended, *madames* y *messires* —recita Layamón modulando la voz para hacerla ora cavernosa, ora clara y musical, dependiendo del pasaje narrado—: En un castillo de Bretaña conocido como Tintagel, en la brumosa Cornualles, que se asoma al mar de las nieblas y los leviatanes, nació el rey Arturo, hijo del rey Gorlois, esposo de la bella Ingerna.

Atienden todos, cerrando más el cerco por bien lo oír, y doña Eliabel nota que don Gualberto contempla con disimulo su belleza teñida de fuego por los movidos ardores de la hoguera.

Capítulo XXX (30)

Que dice la historia del rey Arturo y de los amores de la reina Ginebra con el caballero Lanzarote

Imaginaos, como bordada en un tapiz, una hueste en marcha. A señas desplegadas y paso resuelto, la mesnada se encamina a la batalla, al heroísmo, al honor, a la gloria.

Eso parecen en el tapiz, pero si los veis de cerca y como yo los veo, sólo distinguiréis una caterva pendenciera, perros sin atraillar, lobos en manada. ¡Fragor de hierros, acompasado andar, relinchos, toses!

¿Qué es lo que amansa a esta chusma? Sólo dos cosas: las putas y los juglares.

Yo nací hombre (y sobrado, que conste), por lo tanto me metí a juglar. Soy el que os va a contar la historia. Que nadie se eche la mano a la faltriquera. No busco galardón. Este canto que os diré hoy es cosa santa y en las hojarascas de sus matas encierra frutos de virtud para el ingenio discreto que sepa hallarlos. No es para la plebe, sino para personas de espíritu.

Lo que os voy a contar ocurrió más o menos así, pero Dios, que todo lo ve, debe de saberlo mejor que yo.

Siete reyes hubo en la isla Inglaterra, en los días del pasado. Uno de ellos, llamado Garlois, rey de Tintagel, en Cornualles, tenía por esposa a Ingerna, la mujer más bella de la isla. Un día, en una fiesta, el rey vecino, Uther Pendragón, que era de natural fogoso y

aficionado a las mujeres bien provistas y reidoras, las que aguantan los embates y se retiran agradecidas sin pedir excesiva remuneración, se prendó de Ingerna y concibió un vehemente deseo de gozarla. Primero pensó en arrasar el reino de Cornualles, asediar su castillo, demoler sus torres, degollar a Garlois y violentar a Ingerna sobre el lecho conyugal con arremetidas tales que la cama se desbaratara y terminaran en el suelo mientras la forzada profería agudos lamentos, pero cuando comunicó este plan a su canciller del sello, el mago Merlín, éste lo persuadió de que resulta más placentero alcanzar a una mujer con el consentimiento de ella y no de esa manera tan basta, sin quitarse las espuelas. ¿Y cómo lo haré?, replicó Uther Pendragón, si ella es inquebrantable en su virtud y mis urgencias no consienten aguardar a que se quede viuda para pedir su mano y desposarla. Hay otro camino, le dijo Merlín, yo os conferiré con mi magia la apariencia del rey Garlois y podréis entrar en ella sin fuerza ni rebato. Así lo acordaron y el primer día que Garlois partió de caza dejando a su mujer en el castillo, Uther Pendragón se presentó en figura del esposo y la poseyó carnalmente, lo que la honesta Ingerna consintió sin sospecha ni nota de suplantación, si acaso que la natura de Uther Pendragón era más pugnante y enhiesta que la de Garlois y que le echó tres sin sacarla, hazaña inconcebible en su marido, lo que achacó a la intermediación de san Foutín, al cual, preocupada por las desganas conyugales de Garlois, había puesto una vela cirial de nueve libras de cera. Quedó preñada y, cumplidos diez meses, parió a Arturo, el que había de reinar sobre Bretaña. Al poco tiempo, feneció Garlois de unas fiebres malignas y de falta de calcio y Uther Pendragón desposó a la bella Ingerna y crió en la caballería al hijo de su sangre que todos, reina incluida, creían su hijastro.

Creció Arturo en el castillo familiar de Tintagel de Cornualles, un promontorio asomado al océano oscuro y encrespado cuyas olas, negras como el abismo, rompen furiosas contra las rocas en blancas espumas. Allá, al asomarte a las finiestras, te pega el viento unas marejadas que te llenan las pestañas de salitre, y las narices de yodo. Lo digo como el que ha dormido allí, en la torre que dicen

Gozo de Encuentro, sobre cama doselada, que así me premiaron los castellanos el recitado del viaje de Alejandro por el fondo de los mares, viendo los peces como nosotros vemos los pájaros, por encima de las cabezas.

Pues sabréis que en aquel lugar de Cornualles, la ínsula ventosa, creció Arturo. Tan robusto era que todos se admiraban de verlo justar, cazar y halconear de manera que, siendo aún niño, cumplía cosas de hombre.

Cerca del castillo, en un valle ameno muy pintado de flores y al resguardo del mar, había una espada de virtud llamada Excalibur, la cual alcanzaba los cinco palmos canónicos de la manzana a la punta. Es fama que el mago Merlín la había clavado por encantamiento en una piedra negra, redonda y grande como la rueda de ese carro, bajo promesa de muchas venturas y dominios al que rindiera la fuerza de la peña. Muchos reyes y caballeros peregrinaban al lugar y probaban a arrancarla, pero no podían. Cumplidos los catorce años, Arturo probó, la arrancó al tercer envite y Excalibur profirió un gran suspiro y le dijo: «A ti esperaba, rey.» Desde entonces la tuvo de su mano en las paces y en las batallas y parlaba con ella por las noches, retraído en su alcoba, pues la tal Excalibur era prudente en el consejo.

Otros cantares dicen que fue un hada, la Señora del Lago, la que entregó la espada a Arturo para que con ella cumpliera sus hazañas, yo en eso no me meto, pero más bien creo que fuera la peña pues la vi tajada y hendida como de espada y no ninguna Señora del Lago.

Esto diciendo tocan a cubrefuegos y la gente se retrae a dormir dejando el cuento para otro día.

Capítulo XXXI (31)

Donde el rey Sancho de Navarra se enfurece por el recado del rey

Ved ahora el palacio de Tudela, la sala magna del estrado, los tapices con figuras de santos, los pendones amarillos con el águila negra que en su parla inmemorial llaman *Arrano Beltza…*

Este hombrón que os señalo, entre corpulento y gordo, con mal color azufrado porque padece mal de higadilla, es el rey Sancho de Navarra. Lo reconoceríais entre mil porque siempre les saca una cabeza o dos a los que lo rodean: tres varas de alzada bien cumplidas alcanza, lo que hace ocho codos mamuni, medido en sarraceno. Lo malo de los enterados es que por su mucha corpulencia suelen padecer achacosa vejez y Sancho, que anda por los sesenta años, padece varices llagadas en las piernas. Por eso lo veis sentado en una jamuga, a la sombra del claustro de su posada, la pierna izquierda desnuda y encubertada de paños fríos que el físico y el ama le cambian cada poco.

El arzobispo que acompaña a Sancho es Arnaldo Amalarico. El papa le ha encomendado que convenza al rey para que participe en la cruzada contra los moros, pero Sancho se resiste. «¿Cómo he de acorrer a mi enemigo mortal, al rey de Castilla, que me ha agraviado tanto y me ha despojado de la mitad de mi reino? —protesta—. ¿Ahora quiere mi ayuda el que me robó mis estados aprovechando mi ausencia, en las guerras de África? ¿Y cómo he de luchar contra el rey de Marruecos, que, aunque sea moro, descomulgado de la buena religión y sin más bautizo que cuando llueve, me sentó a su

mesa, me honró, me socorrió en la escasez y se apiadó de mí cuando Castilla me despojaba?»

A lo que el arzobispo Amalarico responde:

—El Santo Padre sabrá recompensaros en su momento y verá de mediar en vuestras justas demandas, pero ahora no es el momento de discutir pasados agravios sino de unirnos los cristianos contra un fincamiento que a todos nos amenaza. Si el rey de Marruecos desbarata a Castilla, ¿pensáis acaso que estaréis salvo, que respetará a los otros reinos de España? No, mi buen rey. Muy al contrario. Asolará vuestras tierras y recuperará lo que sus predecesores perdieron y aún más. Sabed que ha prometido abrevar sus caballos en el río de Roma. Pasará por Navarra a sangre y fuego y no se acordará de amistad ninguna. Bien conoceréis, si habéis vivido tantos años entre ellos, cómo son de tornadizos e ingratos y poco de fiar, los moros.

Sancho, rencoroso y acaso cansado, no da su brazo a torcer. Ni siquiera cuando Amalarico le insinúa que el Santo Padre pudiera excomulgar a los reyes que se resistan a obedecerlo en este momento perentorio en que está en tablero el porvenir de la Cristiandad.

Malhumorado por la tozudez del navarro, Amalarico se despide hasta otro día, regresa a su posada y se encierra en su alcoba a escribir un memorial al papa. El rey Sancho, no menos agotado, se recuesta en su lecho, largo como el de Polifemo, y rezonga muchos pesias a la cruzada y a la madre que la trajo.

Ya llevan un mes discutiendo tercos sobre lo mismo y Amalarico no se cansa. Llama Sancho a su mayordomo y le demanda músicas e hidromiel aguado. «¿Le servimos la cena, señor?», le dice el maestresala. «La cena, no, que estoy muy gordo —rezonga el rey—. Ayunaré para que Santa María ilumine al legado papal y se lo lleve a Toledo de una vez, a ver si me deja en paz.» Se lo piensa mejor y concede: «Un caldito, si acaso.»

Mientras le traen el servicio en vajilla de plata con el águila martillada, Sancho medita sobre los pesares que las coronas dan a los reyes, a él por lo menos.

La tarde va sumiendo en sombras el claustro palaciego. Sancho contempla el cielo oscurecido, donde comienzan a encenderse las primas estrellas. Rememora el cielo negro, cuajado de luceros, del desierto africano. ¡Oh, aquellos años africanos, cuando era el capitán más apuesto y hazañoso de cuantos servían a sueldo del rey de Marruecos! Naila, la hija del sultán, se enamoró de él con tanta pasión que sólo de verlo se humedecía. A tal punto llegó su encalabrinamiento que amenazó con quitarse esta vida terrenal por su propia mano si no la casaban con Sancho.

El rey de Marruecos, adverso con sus enemigos y muy cruel con sus servidores, amaba a su hija con tanta ternura que no sabía negarle nada. Cediendo a sus súplicas, llamó a Sancho y le ofreció por dote todas sus tierras al otro lado del estrecho, lo que los moros llaman al-Andalus. Sancho no amaba a la princesa, aunque era bella y hermosa sobre toda ponderación, pero accedió a desposarla por la codicia de una tierra que es diez veces más extendida que Navarra y más rica, regada por el río Grande y muy abastecida de todos árboles y plantas. Estaban preparando los esponsales cuando el rey de Marruecos feneció. Su sucesor, pariente del finado, Mójame el Verde, llamó a Sancho a su cámara y, tras las zalemas que allá se acostumbran, le dijo: «Si vamos a ser parientes es necesario que antes te muestres muy esforzado en la defensa de esta familia. En el imperio han estallado revueltas, y he menester un general que las apague antes de que mis enemigos malos den con el reino en tierra.»

Eso le dijo, o tal se cuenta por verdad. Habéis de saber que, en lo tocante a alborotos, los moros tienen hartos por ser ellos de natural revoltoso y marrullero, gente esquinada y falsa que corridamente pasa de la adulación a la agresión. Cada vez que un rey transita desta presente vida, los moros principales prueban a ver si pueden despojar al heredero de su hacienda y el que lo sabe,

como bien se conocen entre ellos, debe afianzar el trono y tajar unas pocas gargantas de su familia y deudos antes de pensar que lo tiene seguro. Le dijo el rey moro:

—Parte, pues, don Sancho, al que ya quiero como a cuñado, con promesa de la mano y el resto de Naila, la de las buenas partes, y pacifícame a esos revoltosos con la persuasión de crucificarlos y tráeme las cabezas de los que menester fuera que, a tu regreso triunfante, tiempo tendremos de preparar unas bodas proporcionadas a vuestro rango principesco.

Don Sancho recelaba en su corazón que el moro quería dilatar la entrega de tan grande dote como le había prometido su antecesor y padre, pero aun así obedeció y marchó a lo que le ordenaban.

En esos años, Sancho desatendió Navarra, y Alfonso de Castilla y su primo el rey de Aragón se conchabaron para atacarla y tomarle la mitad del territorio, singularmente las Vasconias, con lo que Navarra quedó muy mermada, como ahora se halla.

¿En qué terminó todo? Cuando, después de años y trabajos que le estragaron la salud, Sancho dejó el reino moro pacificado y tornó a los palacios de Mójame el Verde a reclamar galardón, la mentada princesa Naila, la de las buenas prendas, y la dote de España, se encontró con que el moro fementido no le cumplía la promesa sino que lo engañaba con otros achaques y quería emplearlo en más empresas a las que no les veía el fin. Eso es lo que acaece a los que fían de moros. Si precisan tu servicio, se fingen tus amigos y te abruman de zalemas y lisonjas, pero si no hallan lo que buscan mudan de parecer en un suspiro y te manifiestan, ya sin tapadera ni zalema, su natural desleal y desagradecido, déspota y perjuro.

Contrariado en sus ambiciones, Sancho regresó a España a ocuparse de su hacienda, que tenía tan desamparada, y trajo con él los tesoros y haberes que había ganado por su espada. Sabed que, agarrado como es, los ha acrecentado con sabias prestadurías, menester en el que es astuto como florentino y sabido como

lombardo. Por eso se ha empleado en dar a usura, singularmente al rey de Aragón, que siempre anda empeñado.

Capítulo XXXII (32)

Donde se prosigue la historia del rey Arturo

Reanudemos el cuento del rey Arturo. A la muerte de su padre carnal, el mentado Uther Pendragón, Arturo mudó su corte de Tintagel al castillo de Camelot, en el interior de la ínsula, una decisión que sirvió de mucho alivio para sus cortesanos aquejados de reúma.

Sabed que en la corte de Camelot brillaban doce caballeros que se juntaban en torno de una enorme mesa: la Tabla Redonda, en la que, aparte de los doce asientos, cada cual con el nombre del caballero que posaba en él, había un sobrante vacío, el *siège perilous*, como lo llamamos, que viene a decir el asiento peligroso, o el asiento de judas. Sabed que sólo puede ocuparlo sin fincamiento un caballero probado e intachable.

¡Ah, ya lo veo escrito en vuestras caras!: ¿Dónde encontraremos un caballero intachable? Aguardad y lo sabréis.

Era feliz Arturo en su corte, pero habiendo alcanzado buena edad de casarse no tenía mujer y había de solazarse con las de sus vasallos, de los cuales, si muchos tenían a gran merced que el rey las gozara, otros torcían el gesto y no terminaban de acatar tan honrosa servidumbre y siempre andaban quejosos de que si las malacostumbraba a ternezas de rey o de que si les daba de sí a sus naturas con el real miembro y nos las dejaba holgadas en demasía para nuestro conyugal apareamiento.

Pensando en buscar mujer que fuera buena reina y paridora, Arturo mandó una carta al rey Leodegrance de Cameliard, su primo, solicitándole por esposa a su hija, la bella y discreta Ginebra. Accedió el rey y Arturo envió a buscarla una muy ilustre embajada y lucida escolta de sus caballeros.

Arturo y Ginebra se casaron y ella era tan bella y gentil que los caballeros hacían grandes caballerías para homenajearla. Tan cordial y amable se mostraba la simpar Ginebra que las damas de la corte, que a lo primero decían que era muy guapa pero tenía los pies feos y otras envidias, con el amable trato que ella les daba soslayaban malquerencias y se desvivían por servirla y pugnaban por tener las piernas gordezuelas como la reina, que eso era en lo que más gozaban los galanes, hasta el punto de que muchas, cuando los veían tan engolosinados con las pantorrillas o los muslos, tenían que advertirles: «Ya está el pan sobradamente cocido, subid al horno que se os pasará.»

La reina Ginebra, la de los muslos gruesos, suspiraba por las noches, desde que se pone el sol en un lado hasta que se levanta en el opuesto, cuando el corazón más se resiente de los amores. Pues sabed que se había enamorado del caballero Lanzarote y que, aunque muy enamoradamente se entregaba a los brazos de Arturo, en cerrando los ojos pensaba que era Lanzarote el que la acometía con la lanza del amor y la dejaba traspasada y dichosa. Esa pausa feliz duró hasta que, por cierto yerro, Arturo desterró de la corte a sir Guiomar, su sobrino.

Veo caras como preguntantes, ¿qué yerro? Os lo diré sin apartarme del cuento: este caballero, sir Guiomar, se había hecho amante de la hermana del rey, la famosa Morgana, la cual, por despecho de verse privada de su enamorado, se enemistó con Ginebra y desde entonces la quiso mal e hizo contra ella filtros y hechicerías, en los que era muy perita. Por este medio, echando piedras sobre el tablero, a la luz de la luna, en conjuro cierto, vino a saber que Ginebra estaba enamorada del caballero Lanzarote.

Imaginaos Camelot, la corte de Arturo, un castillo encaramado en su peña, coronado de fuertes muros. Imaginad a la reina Ginebra: gentil, vestida de blanca holganza, que desde una alta torre mira el cielo surcado de muchas avecicas, como bordado en tapiz, y levantando su tibio pecho suspira por quien suspira.

Morgana, la despechada, una mujer de cuidado, con una lengua como una aguja de enfardar, vase a ver a su hermano, el rey Arturo, y le dice: «Como nadie te lo comunica, te lo diré yo: tu mujer Ginebra, la mosquita muerta, te pone los cuernos con el caballero Lanzarote, al que tantas mercedes cumples.»

Arturo, que ya se barruntaba algo, entendió de pronto las miradas y bisbiseos que notaba en los cortesanos. A lo primero no dijo nada, por la *temperantia* de los caballeros, pero luego apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos y rechinó los dientes como si mascara arena. ¡Imaginadlo los cornudos que me oís, si alguno hubiera en la ilustre concurrencia! No duelen lo mismo los cuernos a un particular que a un rey. A un particular pueden ser como los dientes que al salir duelen pero luego te ayudan a comer, pero para un rey que ha de ceñir corona son un grave impedimento.

Convocó Arturo a sus caballeros y contándolos halló dos sitios vacíos: el de siempre, la *siège perilous* y el de Lanzarote, que, avisado por su madrina, el Hada del Lago, había partido de caza a algún lugar remoto. Tornó Arturo a contarlos, por si se había equivocado la vez primera y, en efecto, confirmó que había dos sitios vacíos, el de Lanzarote y el otro.

¡Ciertos son los toros!, dijo el noble rey, y convocó al notario del reino con sus tinteros y pergaminos. Apuntad, dijo, condeno a perpetuo destierro al traidor y a Ginebra, la cual, como mayor pecadora, por ser mujer y reina, morirá por la espada.

Veo gestos torcidos en la concurrencia, como diciendo: violencia de género. No habrá tal, sosegaos y aguardad que prosiga mi cuento. No pudo cumplir el rey su funesto designio porque Ginebra, avisada por una doncella de estas que escuchan tras las puertas, ya

sabéis lo que es el servicio, huyó de la corte y se refugió en Londres, en el seguro de la Torre Blanca, la de los cuervos negros y los lóbregos salones.

Mordred, el sobrino de Arturo, que ahora nuevamente traigo a mi cuento, juró que la llevaría ante su tío para que el verdugo ejerciera en ella su sangriento oficio.

Dejemos ahora que pase un poco de tiempo. Lanzarote, el hombre que vivía de su espada, mató a los hijos del rey Lot de Lotian, el cual, con gran cólera, dolido de tan rigurosa poda en su árbol familiar, apostrofó a Arturo con muy malas palabras y le reprochó: «Crías lobos y luego los echas al campo.» Eso dijo, metaforizando con apreciable acierto. Y juntando una hueste numerosa así en caballos como en peones, con sus carros y fardaje, fuese contra Camelot. En la llanura de Carmlann, donde crece fresca la hierba y hay setos con moras y fresas, allí se enfrentaron las dos fuerzas.

¡Batalla pródiga en sesos derramados, cráneos hendidos, carnes tajadas, huesos tronzados, caballos destripados, sin pensar en las innumerables viudas y huérfanos! Arturo y sus caballeros perecieron todos, así como el rey Lot de Lotian y los suyos. Se acabaron los caballeros de la Mesa Redonda que iban por el monte solos, están las viejas tizonas tiritando bajo el polvo, como dijo maese Lorca, el trovero, cuando miró la sarracina.

En su agonía, Arturo encomendó a su fiel caballero Bedivere que devolviese Excalibur, la espada portentosa, al lago encantado. Mas hete aquí que, cuando la espada se abatía sobre las aguas, una mano misteriosa emergió, la empuñó, la levantó tres veces y finalmente desapareció en el lago.

Supo Ginebra que Arturo era muerto, vistió lutos de viuda y se encerró en el convento de Amesbury, en el que moriría abadesa. Allá la visitó Lanzarote y tomó tal compunción de ver el desastrado final de sus amores que, después de verla, se hizo ermitaño. Pasaron los

años y soñó que la reina su amada había muerto y que debía recoger su cadáver. Así lo hizo y la sepultó junto al rey Arturo.

Terminado el recital, el trovador Layamón se retira a los carromatos. Un poco cansado y triste, se sienta en una caja y afloja las cuerdas de su vihuela. Doña Eliabel se hace la encontradiza y le dice:

—*Messire*, ¿vos leéis en las estrellas?

El asiente mirándola, serio.

—Entonces quisiera saber mi destino, si me hacéis merced.

—¿Os llamáis?

—Eliabel de Nemours.

—Sí, mi señora, vuestra estrella está en Casiopea, aquellas del ángulo del cielo que parecen unas narrias abiertas. Vos habitáis un castillo que en las estrellas se llama *Dolorus Garde.*

—*Messire*, eso en lengua franca quiere decir «guardia dolorosa».

—Lo sé, señora, es un lugar de muchas lágrimas y sinsabores y un erial seco de malas cosechas y vientre vano, pero muy pronto cambiará su nombre al de *Joyeux Garde*, «la guardia gozosa», gracias al caballero que no puede ocupar la *siège perilous.*

—*Messire*, ése es el asiento vacío de los caballeros del rey Arturo según vos habéis cantado.

—Ese es, señora. El ánima del caballero que no puede ocupar la *siège perilous* os dará la *Joyeux Garde*. Eso es lo que dicen las estrellas.

—Gracias, *messire*, ¿cómo podré pagaros?

—Las estrellas que en nosotros mandan me han pagado ya, señora —dice Layamón regresando a su tarea.

Notad que doña Eliabel no le quita ojo a don Gualberto y cuando, por azar, se cruzan las miradas, ella baja los ojos, azorada. Los

discretos que entienden del caso saben las maneras sutiles con las que las mujeres hablan con los ojos.

Capítulo XXXIII (33)

De las razones habidas entre don Simón y el caballero menesteroso

Don Simón y don Gualberto enhebran firme amistad en la vía de Zaragoza a Toledo. Vedlos cabalgar estribo con estribo, o sentados contiguos en la mesa de las posadas o en las hospederías de los monasterios. Con gran placer departen sobre los asuntos de la caballería, instruyéndose mutuamente. Podría bien decir que sin reserva se informan de sus vidas, si no fuera porque el caballero menesteroso guarda para sí ciertos aconteceres búlgaros y don Simón, notándolo, se guarda de indagar sobre ello. Hombre discreto don Simón que respeta los adentros dolorosos que cada cual lleva consigo y jamás abre, ni siquiera al amigo.

—La guerra es también un negocio —comenta don Simón—. Tiene alternativas buenas y malas. Vos habéis invertido en ella vuestros mejores años, creíais que teníais vuestro feudo y ahora resulta que no tenéis nada. Pero la nueva cruzada os puede redimir, los sarracenos llevan consigo todos sus tesoros. Si ganamos, obtendremos mucho despojo de su real y habrá hartazgo para todos.

Don Gualberto no es tan optimista.

—Ya he saqueado campamentos ricos —dice—, y sé que, cuando se paga el quinto del rey, se descuentan las cajas de viudas y huérfanos, se satisfacen los estipendios a los mutilados y a los heridos, se establecen las compensaciones por los caballos y los

arneses perdidos, y se abonan los sueldos de la campaña, queda muy poco para repartir. Nadie se hace tan rico que pueda vivir de las ganancias.

Don Gualberto, a pesar de su juventud, ha vivido más caballerías que don Simón, por haber combatido en Oriente, donde todo se extrema. Don Simón, frustrado cruzado a Jerusalén, sólo ha participado en los asedios y escaramuzas del rey Felipe Augusto, no hay comparanza. Nunca ha visto un campo de muertos despedazados tan espeso que no puedan andar los caballos ni ha asistido a una degollación de más de veinte cautivos. Nunca ha participado en una batalla o en un asedio que dirima la suerte de un reino ni ha tenido ocasión de cumplir hazañas memorables. Don Simón deplora, en lo más hondo de su corazón, haber desaprovechado sus años de pujanza en querellas vecinales que, a la postre, no dejarán asiento alguno en crónicas ni en memorias o romances. «Los sucesos de su vida son como las huellas de las gaviotas en las playas que el viento y el mar borran al otro día», gusta de repetir en sus horas melancólicas.

Mirando el fondo de su jarra, que es la tercera que apura, dice don Gualberto:

—Un lobo negro nos aguarda desde el mismo momento de nuestro nacimiento. Lo he visto algunas veces en la cabecera de mi sueño, otras a mis pies, a veces corriendo a mi lado, en medio del tumulto de la batalla, sin apartarse de mí, saltando sobre los obstáculos, a veces parado a mi puerta… Con el tiempo uno se enternece y el lobo negro que de ordinario te mira con los ojos fríos, desprovistos de vida, parece que se apiada de tu insignificancia.

Aquí los veis a los dos caballeros paseando por el campo, al atardecer, el caballero menesteroso y su noble amigo, mientras maese Marmite, igualmente ducho en los yantares de los días de carne como en los cuaresmales de pescado, prepara la cena.

Aquí tenéis a maese Marmite, el guisandero, en gran querella con su pinche Vulcano, que le ha presentado un plato de cocina

deconstruida —la carne por un lado y los adobos por otro—, pero maese Marmite, en viendo el agravante, le dice:

—¿Qué marranada es ésta, Vulcano? Ya estás volviendo al fogón y me lo arreglas. En la mutua impregnación y cochura de los elementos naturales es donde reside el gusto y el arte. Quede este dislate en secreto entre nosotros y no hables de ello con nadie, no sea que llegue a oídos de inquisidor, y lo tomen por lo que verdaderamente parece, inspiración de Satán, que por menos motivo he visto yo quemar herejes.

Dice esto maese Marmite y vuélvese a su carro, donde porta los trebejos y avíos de guisar de los cuales anda siempre bien proveído. Habéis de saber que doña Ermengarda cada día le dicta lo que debe hacer, fuera de algún plato que él imagine, porque los ve en sueños. Así ha conocido el hojaldre de Bizancio, una pasta rellena de viento en sutiles laminillas, y cuando para en puerto de mar no deja de preguntar si hay galera de aquella nación por si alguien le pudiera explicar su cochura.

Vayamos ahora a don Simón de Mercia, que está asaz melancólico. Al regreso del paseo, mientras sorben la sopa en compañía de las señoras, don Simón vuelve sobre lo hablado:

—¡Oriente, qué esplendor! Aquí, en estas felices tierras no hay lugar para Ulises ni Alejandro, hacemos de las caballerías un juego de infantes y ensayamos guerras que nunca reñimos. Escaramuzas, justas, torneos falaces, huesos quebrados, minucias despreciables… La batalla campal donde mil hombres fenecen en una hora, como en tiempos de los israelitas o de los romanos, ¿quién la ha vivido? Acaso nuestros abuelos. En esa frustración y en cuatro míseros asedios de castillos y otras escaramuzas veniales se nos gasta la vida, sin acrecentamiento de honra, pero vosotros, los que fuisteis a Oriente… ¡Ah, lo vuestro es otra cosa! Vosotros habéis conocido la gloria de la gran batalla, habéis segado cabezas como el segador siega espigas en los anchos campos infinitos cubiertos de negra morisma. Los que habéis ido al sarraceno… ¡Vosotros sí habéis conocido la gloria!

Doña Ermengarda mira a doña Eliabel y se encoge de hombros como diciendo: «¿Qué se puede hacer? Son así de simples. La paz los aburre a estos borricos que Dios nos dio por padres y maridos, labran con ahínco su desgracia, que es la nuestra, y la llaman con títulos pomposos: honor, victoria, fama, linaje…»

Los ojos de doña Ermengarda están curados de espanto: han presenciado matanzas, hambrunas, plagas, naufragios, ejecuciones y cuantas calamidades acarrean las guerras. La vida le ha enseñado que, en medio de tanto horror, lo más lícito, lo que nos hace criaturas de Dios, es la paz, la buena vecindad de los corazones, el juntamiento de los cuerpos en la armonía carnal, el placer y el amor.

La dama ha vivido largos años entre brutos que hacen profesión de la guerra. Ha aprendido a tasar a los hombres más allá de lo que parecen, penetra los corazones con su mirada sabia, a través de los ojos ahonda en las almas, por eso encuentra en los de Gualberto un resto de inocencia y ternura desvelador de bondades del alma que quizá él mismo ignora.

Los hombres callan. Acaso alguno piensa que todos queremos ser Alejandro, pero eso requiere su expiación, cuando la grita enemiga atruena el aire, cuando se te humedecen las manos antes de entrar en lid, se te seca la boca, te falta el aire, se descomponen las entrañas y sólo piensas en estar en otra parte.

Ahora Alfonso de Castilla, viejo y obsesionado con la batalla campal que perdió en Alarcos cuando era joven, quiere sacarse la espina enconada que lo acompañó toda su existencia y no lo deja vivir: desbaratar a los moros en una singular batalla y echarlos de España. Acaso se siente flaco de sus fuerzas corporales, ve que no le queda tiempo para ganar plaza por plaza, castillo por castillo y quiere jugarlo todo en un único y sangriento envite.

Eliabel mira con ternura al caballero menesteroso, el cual, abstraído, contempla el crepúsculo que se avecina. En su mirada encuentra la congoja del alma que ha sufrido algún implacable desgarro.

Esta noche honda y estrellada, nuestra señora doña Eliabel es feliz durmiendo en la cama de doña Ermengarda, que huele a algalias y aguas de olor. Mientras la abadesa ronca suave, doña Eliabel vela pensando en don Gualberto. Así pasa la vigilia de la noche, fantaseando y en mucha pugna con su femenil recato, pues lo que la natura le demanda, la virtud le niega.

Cuando las primeras luces del alba van apuntando en las rendijas de los postigos, doña Eliabel se rinde por fin al sueño sin que haya prevalecido la virtud.

Capítulo XXXIV (34)

De las razones que doña Ermengarda tiene con doña Eliabel

Doña Ermengarda, por el amor que ha cobrado a doña Eliabel, a la que quiere como hija propia, en la que mira el reflejo de sus años mozos, cuando la candidez y mengua de malicia la hacían más vulnerable, la aconseja y alienta a que no desaproveche la transitoria juventud ni se abandone a su desaliento y amargura de malmaridada. Por eso, mientras caminan en sendas hacaneas, un poco apartadas del sendero, donde nadie las oiga, le va diciendo:

—Hija, veintidós años tienes. Ya no eres joven. Con los trabajos de la vida y sus sinsabores, pronto tendrás las tetas colgonas, perderás la cintura y se te escurrirán las carnes. Un buen día te mirarás al espejo y advertirás que has desperdiciado la vida sin conocer amor. Cuando eso ocurra, que fatalmente a todas nos llega y siempre antes de lo que pensamos, ¿qué te quedará? Yo te lo diré: malos recuerdos de una vida vacía y la enojosa vejez que nos marchita y nos llena de arrugas y achaques. Un día te descubrirás durmiendo en una triste alcoba en la que has pasado media vida y notarás que todo lo que has acumulado, tus arcones, tus cofres, tus peines, todo sigue igual, queriendo quedarse para los que te hereden, mientras que tú te vas empequeñeciendo para la muerte. Te sacarás la camisa y al pasar la tela por delante de tus narices percibirás que huele avieja. Sé de lo que hablo, hija. Cuando me desvelo en mi celda, me pregunto cómo se han esfumado tan veloces los años. Todavía recuerdo, como si fuera ayer, mis primeros escarceos con el amor. Quince años tenía. ¡Ay, hija, qué pronto pasa todo y cómo malgastamos nuestra vida! ¡Que no te ocurra lo que a

mí por mengua de consejo! El día en que cumplí mis treinta años me dije: heme acá sentada en el caballete de mi vida como el tejador que compone un tejado: a un lado, la vertiente de lo vivido; al otro, la de lo por vivir. Ahora todo será cuesta abajo, me dije, dolores y cuidados y los placeres del tiempo de mis verdores quedarán detrás. Créeme, según envejecemos lo único que nos queda es la añoranza de lo que tuvimos y la amargura de lo que desaprovechamos y dejamos de vivir por seguir los consejos de monseñores y dueñas que nunca supieron la bondad de la vida, que tienen el alma seca y velan para que nadie alcance los deleites que ellos se negaron. ¡Aprovecha tu fruto dorado y degústalo antes de que se marchite, hija mía! ¡Plácete en los placeres que Dios ha puesto en este mundo y en nuestros cuerpos para que seamos felices gozando de ellos!

Doña Eliabel calla y aprende. Mira en doña Ermengarda a la madre que perdió de niña y de la que nunca conoció consejo ni amparo. Por la noche, mientras la abadesa duerme, doña Eliabel vela y piensa: «¿Adonde fueron mis sueños de mocita? Ahora soy mujer y me han casado con un hombre tirano y cruel. No quiero ser la princesa encerrada en la torre y custodiada por una sierpe que espera cada día a que un caballero probado venga a rescatarla. Soy una mujer capaz de amar, soy la caballera de mi propia vida que voy a acudir a mi propio rescate, sin otro socorro que el de mí misma. ¿Es que por ser mujer debo esperarlo todo sin obrar de mi mano? ;Me resignaré a mi desgracia? No me resigno. Seré mujer quieta y esperante, voy a dar aquello que quiero y deseo dar sin esperar a que me lo pidan ni mirar de recibir nada a cambio. No obraré sino en mi provecho y satisfacción, aunque ello sea dar sin esperar, si dar me place y me conforma conmigo y con mi corazón. Soy una mujer y voy a amar mis miserias y mis debilidades porque son mías y mi corazón seco que se quiere llenar de amor, de entrega y de sentimiento.»

Al decir esto, doña Eliabel piensa en don Gualberto. Por eso vela, mientras doña Ermengarda y los otros duermen. No la culpéis ni la tengáis por ligera. Es el caballero menesteroso de esos que las mujeres miran con ahínco mientras piensan dichosa la que lo tenga

encima. Os diré más, Andrés el capellán, en su libro *De Amare*, dice: «Ninguna ley impide a las mujeres dar el amor de forma espontánea a un hombre honesto. La mujer que siente amor hacia alguien y advierte que éste no va a declarársele puede invitarlo con gracia y cortesía a compartir su sentimiento. La hija de Carlomagno que pidió de forma clara ser amada por Hugo de Auvernia ofrece un válido argumento para mantener esta opinión.»[11]

Otra jornada, al mediodía. ¡Grandes sofocos de las calores! Notad cómo el salitre del sudor sale en las camisas que el sol destiñe y blanquea. Mirad las gotitas que se forman en la mejilla de doña Ermengarda, en su pelusilla de melocotón.

La hueste vaga y come en una arboleda, no lejos de un villar y unos corrales quemados y medio arruinados. Acude doña Ermengarda a atender a un caballero de Lyon que padece calenturas y cámaras.

Don Gualberto y doña Eliabel, apocados, la primera vez que quedan solos pasean por el huerto de altos muros, cabe el casal. En lo más apartado, entre unas paredejas, verdea una higuera potente. «¿Buscamos brevas, como en Zaragoza, cuando nos vimos la vez primera?», propone doña Eliabel.

Sólo ha pasado un decenario, pero parece que se conocieran de siempre. Crece espeso el yerbazal en torno al árbol. Doña Eliabel alarga el brazo para alcanzar un fruto alto y la saya le marca los pechos pequeños y firmes. No lo alcanza. Se estriba en la horquilla del tronco y se levanta, bella como el hada Diana. Don Gualberto la contempla, extasiado. Mira ella hacia abajo y sorprende la mirada del caballero a la altura de sus parejos encantos. Respira hondo, como si le faltara el aire, y se oprime con las cintas de la saya. Alarga una mano que él toma, para ayudarla a bajar, una mano cálida, pequeña y suave que retiene un instante más de lo necesario. Están muy cerca, casi tocándose. El va a dar un paso atrás, un poco menguado. Ella se encorazona, se abalanza, apoya la ardiente mejilla en su pecho y murmura: ¡Lanzarote! Él entonces torna a tomarle la mano y, llevándosela a la boca, la besa apenas y

aspira su perfume. Huele a verde, a savia y a mujer. La malmaridada eleva el pecho en un suspiro que es casi un quejumbroso lamento. Hay en sus ojos una sombra de turbación que el ardor de sus manos desmiente.

«¡Lanzarote…!», dice ella; «¡Ginebra!», responde él.

La rodea por la cintura y la atrae hasta que sus cuerpos se tocan. Eliabel no se resiste. Él contempla de cerca el rostro de la mujer, bellamente ovalado, los ojos entre azules y grises, las tupidas pestañas, las finas cejas, la nariz recta, un poco abultada en la punta, la boca jugosa y ofrecida, la barbilla firme. Explora morosamente las facciones que algunas veces ha evocado en sus sueños, las cejas finas, una de ellas partida por una pequeña cicatriz, el aliento a miel y canela…, torna a encontrarse con la mirada franca y expectante.

Entonces suena la voz del niño Gahete llamando a don Gualberto que si ha de apiensar ya a la yegua *Alferza*, que ayer sangraron porque venía un poco sobrada. Al oír tan cercanas las voces del niño, doña Eliabel, alterada, se separa del caballero y sale aprisa de la fronda higueral. Don Gualberto aguarda a que se aleje y entonces responde, con la voz un poco quebrada, a las voces del paje.

—Ya voy, Gahete —dice su voz contrariada, mientras piensa que alguna inoportunidad como ésta debieron de perpetrar en san Herodes los niños inocentes, aunque no se predique en los Santos Evangelios.

Capítulo XXXV (35)

De cómo la cansó que un hombre entona le hace saltar lágrimas a don Gualberto

Mirad el cuadro. En el ameno huerto de fresca hierba doña Ermengarda cuela, en lienzos finos, el agua de sus cocimientos. Aunque parezca absorta en su tarea, de vez en cuando mira de lejos, sin ser notada, a don Gualberto, que sentado en una banqueta repasa morosamente los filos de Melipicra con la piedra de amolar.

Por el camino que discurre bajo las bardas de la posada suena la canción que un hombre pasante canta, a cuyo sonido don Gualberto se embarga e inmóvil y suspenso la escucha atento, primero con lágrimas en los ojos, después con impensado llanto, una terneza que doña Ermengarda nunca antes le viera. Sabed que la canción dice así:

Kalendamaia / Ni fueills defaia / Ni chans d 'auzell ni flors de glaia /Non es qe.mplaia, /Pros dona gaia, / Tro q'un isnell mesagier aia / Del vostre bell cors, qi. m retraía / Plazer novell q 'amors m 'atraia / E jaia, / E.m traia / Vas vos, donna veraia, / E chaia / De plaia / .l gelos, anz qe.m n'estraia. / Ma bell' amia, / Per Dieu non sia / Qe ja.l gelos de mon dan ria, / Qe car vendría / Sa gelozia, / Si aitals dos amantz partia; / Q'ieu ja joios mais non seria, / Ni jois ses vos pro no.m tenria; / Tal via /Faria / Q'oms ja mais no.m veiria; / Cell dia / Morria, /Donna pros, q'ie.us perdria. / Con er perduda /Ni m'er renduda /Donna, s'enanz non l'ai aguda / Qe drutz ni druda /

Non es per cuda; / Mas qant amantz en drut si muda, / L'onors es granz qe.l n'es creguda, /E.l bels semblanz fai far tal bruda; / Qe nuda / Tenguda /No.us ai, ni d'als vencuda; / Volguda, / Cresuda / Vos ai, ses autr'ajuda. / Tart m'esjauzira, /Pos ja.m partira, /Bells Cavalhiers, de vos ab ira, / Q'ailhors no.s vira /Mos cors, ni.m tira /Mos deziriers, q'als non dezira; / Q'a lauzengiers sai q 'abellira, / Donna, q 'estiers non lur garira: / Tals vira, /Sentira /Mos danz, qi.lls vos grazira, / Qe.us mira, / Cossira / Cuidanz, don cors sospira. / Tant gent comensa, / Part totas gensa, / Na Beatritz, e pren creissensa / Vostra valensa; / Per ma credensa, / Depretz garnitz vostra tenensa / E de bels ditz, senes failhensa; / De faitz grazitz tenetz semensa; / Siensa, / Sufrensa / Avetz e coneissensa; / Valensa / Ses tensa / Vistetz ab benvolensa. /Donna grazida, / Qecs lauz' e crida / Vostra valor q'es abellida, /E qi.us oblida, /Pauc li val vida, /Per q'ie.us azor, donn' eissernida; / Qar per gencor vos ai chauzida / E per meilhor, de prez complida, /Blandida, / Servida / Censes q'Erees Enida. /Bastida, / Finida, / N'Engles, ai l 'estampida.[12]

Se desvanece el canto, porque el cantor se aleja en la distancia, y don Gualberto, sorbiéndose las lágrimas, prosigue su tarea de repasar el filo de Melipicra con la piedra asperón.

Doña Ermengarda llama a Gozo, que a su puerta está, y le dice: «Por tu vida que vayas a ese hombre que cantaba y me lo traigas porque he de hablar con él.»

Capítulo XXXVI (36)

En el que doña Ermengarda conoce los hechos de don Gualberto en Bulgaria

Mirad aquí a doña Ermengarda que viste sus severas tocas de abadesa para recibir al hombre que cantaba la «Kalenda Maia». Sabed que se llama Valmor y es un trudente brabanzón de la mesnada de Corbario, con los que vienen a talega, por la soldada y el despojo, las escorias de la Cristiandad, más bandidos y picaros que soldados; lo más aborrecible de cada nación, carne de horca.

Trudentes llaman a su almogavaría los germanos y los húngaros. Son gentes de pelea sin patria ni estandarte, cristianos dudosos, aunque se arrodillan ante Santa María y hacen preces con la otra tropa, pero luego se retraen y no quieren trato, porque cuando están en campaña comen carne de hombre, el animal de las dos patas, como ellos lo llaman. Ni entre los atroces moros se ha visto tal cosa, fuera de la permisión que el fuero concede a los alcaides de comerse a cualquiera, hijos incluidos, si en ello va la defensa del castillo.

Sabed que los príncipes y los prelados mandan regalos a su jefe Corbario y fingen ignorar las perversas costumbres de estos paganos. Esto hacen porque los trudentes son muy buena tropa y muy fieros. Cada uno de ellos vale por cinco o más de los otros. Venidos a las manos con los moros harán muy grande matanza de ellos y les pondrán pavor cuando griten *¡Huj, huj, hajrá!* y golpeen las blocas de sus escudos con el pomo de sus cuchillas.

Dicho eso para esclarecimiento de los que escucháis, regreso ahora al trudente que doña Ermengarda ha convocado. El hombre, que tiene cara de lo que es, y algún remiendo de cuchillada, se inclina a besar la orla del vestido abacial, lo que doña Ermengarda evita con un gesto amable al tiempo que le dice, perentoria:

—Antes pasaste por ese camino y cantabas una canción triste de sentimientos que al oírla mi ahijado don Gualberto ha movido a llanto. Por tu vida me digas qué misterio es ése. Si me satisfaces, te sabré recompensar.

El hombre, que bien conoce a don Gualberto, cuenta la historia que os diré:

—Sabed, reverenda madre, que esa canción, que se llama «Kalenda Maia», la compuso el trovador Raimbaut de Vaqueiras, y que no se conoce música ni melodía más fina así en las cortes griegas como en las latinas y menos en la Paganía. Este Raimbaut era del séquito del marqués Bonifacio de Monferrato y buen amigo de vuestro caballero Gualberto, al que en aquellos desiertos, cuando se hizo famoso, llamaban Almafiera.

—Por Dios que deseo oírlo todo con el detenimiento que sea menester —dice la abadesa.

—Sabed, señora, que el día que llamamos, los que lo padecimos, el de la Nube Oscura, el cuatro de setiembre de mil y doscientos y siete, los búlgaros emboscaron a las tropas de Monferrato y nos mataron a muchos. Raimbaut de Vaqueiras, el trovador, murió al lado del marqués, luchando como bueno. Sus cabezas cortadas y metidas en pucheros con agua de alcanfor las enviaron al zar Kaloyan de Bulgaria. Vuestro ahijado don Gualberto y yo mismo con otros veinte brabanzones sobrevivimos a la batalla y, llagados y maltratados como estábamos, nos cargaron de cadenas y nos llevaron, atados a las colas de sus caballos, a los presidios del búlgaro, donde a unos pocos nos curaron las llagas con vinagre y nos repusieron con gachas de avena y a los que estaban más quebrantados los macearon y rompieron las cabezas. Un día entre

los días llegó el alférez del zar, con una pluma verde en el gorro, y hubimos de escoger entre perecer por la espada o servir a su señor en los presidios del desierto por donde los bárbaros de ojos rasgados como los gatos, los que beben sangre de caballo, quieren entrarle los reinos.

—¿Bárbaros, decís?

—Sí, reverenciada señora, gente peligrosa tanto o más que nosotros. ¡Demonios parecen: chatos, pómulos saltones, ojos torcidos y hondos, los parpados bermejos del turbión polvoriento que de continuo barre aquellos desiertos! Se engrasan con manteca de caballo, por lo que apestan a distancia, y por eso atacan con viento contrario, por no ser olidos por los caballos que relinchan y avisan. Son muy certeros con el arco. He visto a uno matar a cinco de los nuestros mientras cruzaba el campamento al galope, que nadie lo notó más que los finados. En la lucha, cuando descabalgan, son temibles: tienen las piernas cortas y son más chicos de cintura para abajo pero membrudos de cintura para arriba, con brazos robustos y mucha fuerza en las manos. Con esta gente brava porfiamos en espantos y crueldades luengo tiempo, acomodados a sus costumbres y rudezas. Cinco años servimos al zar de los búlgaros, reverenda, en aquel desierto plagado de lagartos, sierpes y otras sabandijas y animalias viles, y tan encarnizadamente anduvimos en las armas, gracias al mucho ingenio y valor de don Gualberto Almafiera, que de esclavos pasamos a condes y aún nos hubiera levantado más de no ser por la desgracia que nos alejó de allí, de noche y pobres, como proscritos.

—¿Qué desgracia fue ésa, por tu alma me lo digas? —apremia doña Ermengarda.

—Habéis de saber, reverenda, que el caballero se prendó de una sobrina del imperante de Constantinopla, que estaba en rehenes de los búlgaros. La tal princesa, que se llamaba Anna Comnena, en memoria de una pariente suya que escribía crónicas,[13] estaba ingresada en un convento de altas damas donde gastaba sus horas en bordar mantos, pintar reliquias y entonar maitines.

—¿Tenía dulce la voz? —pregunta doña Ermengarda con un punto de nostalgia porque ella la tiene ronquilla, como si siempre anduviera en pasión.

—Dulce es decir poco, señora —responde el trudente enternecido —. Alguna vez alcancé a escuchar su voz y puedo certificaros que sus trinos y trémolos amansaban las ánimas y tremaban los vidrios de las consolas.

La abadesa suspira enternecida y entrecierra los ojos imaginando la voz de doña Anna Comnena. Prosigue el trudente su dictado:

—Y sabed que a aquellas altas damas de las Bulgarias no las recogen en el conventual encierro por devoción y arrepentimiento sino por tenerlas guardadas de las asechanzas malas del mundo y que, aunque sean doncellas las más, otras se avían con velas o amistan con capellanes garañones o con galanes que las entran con achaque de buhonerías y muestrarios de alfileres, perlas e hilaturas de oro. En fin, que están, aun en sus fieros encierros, muy aparejadas para las picardías.

—Os ruego que no divaguéis —dice doña Ermengarda tornando del ensueño—, sino id a la sustancia del discurso.

—Pues os decía que la doña Anna Comnena se arrebató la vida por amores de don Gualberto, el cual, por penitencia, cubierta la cabeza de ceniza, renunció a los honores y riquezas que gozaba y los dio a los pobres quedando en hábito de peón, tan pobre y desnudo como nació. No fue ésa la menor locura que ejecutó el cuitado. Sabréis que, pocos días después, cuando devolvían el cadáver embalsamado de su amiga a Constantinopla, para sepultarlo en el mausoleo familiar de los Comnenos, don Gualberto, loco y furioso, salió al camino y quería arrebatarlo a los que lo llevaban, sobre lo cual hubo grande disputa. Después de aquello, el zar Kaloyan, receloso de que loqueara y le arrebatara la vida, no lo quiso tener cerca y lo envío a la trastierra del desierto con otras gentes montaraces que allá habitan.

—;Oh, mal sino de mi caballero menesteroso! —murmura doña Ermengarda—. Ahora conozco por qué te duele tanto amor y por qué tanta resistencia opones a su suavidad y dulzura. ¡Pobre alma llagada que de la delicia recela y de la dicha se espanta! Tomad, buen hombre, la moneda prometida y no la gastéis en pecados ni habléis de esto con nadie.

El trudente toma la moneda, besa la orla del manto de la alta dama y se aleja contento con su ganancia pensando que a lo mejor si le hubiera contado más secretos del caballero Almafiera hubiera merecido más galardón.

Mirad al trudente Valmor esa noche en la taberna bebiendo solo y pensando en los recuerdos de Oriente que doña Ermengarda le ha despertado. En la plaza del campo, un capellán de los que acompañan a la tropa predica cristianismos, pero Valmor le replica en su corazón:

—¡Oh, asno que repites sin saberlo lo que otros, que tampoco sabían, escribieron! El mundo es como una plaza de mercado. ¿Creéis que contienden Cristo y Mahoma? No. Yo, que he comido carne de moro y carne de cristiano, lo sé. La causa de las guerras es la codicia de los poderosos cimentada en el fanatismo de los ignorantes. Unos y otros invocan a sus dioses, pero sólo los mueve la codicia, la mezquina ambición, la obsesión por rapiñar los bienes del contrario. En esta lucha, a la que he asistido toda mi vida, no espero ni deseo la victoria de ninguno. Yo no tengo patria, ni creo en Dios alguno. Los reinos de la tierra, los imperios, las provincias y las tribus me son indiferentes. Alquilo mi espada y me acomodo al que me da el yantar, y cuando me hieda la vida, por mis manos acabaré lo que otros no pudieron.

Capítulo XXXVII (37)

De lo tratado entre don Gualberto y doña Eliabel en el monasterio de Nuestra Señora de Huerta

Ved el monasterio de Santa María de la Huerta, donde nuestros viandantes van a pasar un día de vagancia y solaz. Bien se levanta la iglesia, con sus ábsides, sus torres, sus altas bóvedas y sus largas ventanas de vidrieras emplomadas. Ved los claustros monacales a los que las celdas dan, con sus fuentes de buenas aguas y sus largos cipreses. Rodean el monasterio prados amenos y herbosos, que las frías aguas del Jalón dividen, con sus buenos pastos y sus bosques y sus pomaredas y sus huertos de muchos y buenos frutales. Oíd las campanas que repican como en día mayor. Este fraile jocundo y colorado que muy sonriente y con los brazos abiertos sale a recibir a la hueste es el abad fray Martín de Finojosa.

—Amadísimos hermanos, que dejáis vuestros hogares para defender la fe de Cristo —les dice—. Tomad posesión de esta modesta casa que es la vuestra. Hoy es día de gloria y gran fiesta para este monasterio y como tal lo señalaremos con una minial de oro en el calendario. Sabed que mi sobrino el arzobispo de Toledo nos ha guarnecido de todo lo necesario para que repongáis vuestras gastadas fuerzas los días que permanezcáis entre nosotros.

El abad ha señalado muy buenas celdas para las damas y caballeros principales, aposentos techados para los sargentos, cobertizos con pesebres para los caballos así como un prado ameno

en la ribera del Jalón donde los mesnaderos y gentes de caldera puedan montar sus tiendas.

Ved cómo la tropa se desparrama por los prados y bosques a sus asuetos. Doña Ermengarda, tras muy provechoso coloquio con el fraile herbolario del monasterio, entre las redomas, botes y atanores de la botica, sube con doña Eliabel, con el niño Gahete y el mancebo Gozo, a un cerrete donde se crían muy buenas hierbas salutíferas para consuelos de aquejados y dolientes con las que piensa preparar emplastos y vinagres para las llagas de los batalladores.

¡Día de gozo y lucimiento! Don Simón y don Gualberto con los otros caballeros concurren, aviados con todos sus arreos, al alarde de la hueste, delante del monasterio, para que el prior, que tiene fama de santo, bendiga armas y caballos. A la tarde, desfallecidos y gastados de los juegos, regresan al cenobio los que subieron al cerro y los que anduvieron en juegos de caballerías.

La cocina de los monjes, que el cillerizo abre con la despensa para abasto del convite. Admirad esta cocina grande como iglesia, con su chimenea en medio, alta como una torre, que se distingue desde media legua. Ved el asador, sustentado entre cuatro columnas de hierro, sobre el que, sin estrechez, caben dos bueyes abiertos y aún sobra para treinta pares de conejos. Ved las pilas de piedra y las mesas de cortar y el horno de la panera, grande como una cámara, que se calienta con tres cargas de encina. Gozo maja en mortero de bronce muchos corruscos de pan tostado empapados en vinagre, con añadido de sal, jengibre, pimienta y granos de memencina, que maese Marmite, con mano sabia, va tomando de las talegas mientras gentilmente conversa y cambia recetas con el monje cocinero, un cisterciense gordo y colorado, Rodulfo de nombre, de cabeza rapada, con dos papadas delante y otra en la cerviz. Marmite agrega el majado a un caldo de carne, miel y vinagre y lo hierve en un puchero capaz hasta que reduce, y entonces le añade azafrán y leche de almendras. Tres ciervos se doran sobre el asador. Veinte mesnaderos y legos juntan fuerzas para voltearlos, con poleas de cadenas, cuando maese Marmite y el monje Rodulfo lo demandan.

En un rincón, sobre artesa de piedra, el pinche Vulcano purga sus desvaríos, pica cebollas y llora.

Al refectorio del monasterio acuden los ricoshombres y los hidalgos con muy buen talante y vestidos de buenas galas y van arrimándose a las tablas de la cena según la alteza de cada cual, a un lado los nobles, al otro los monjes que hoy quebrantarán sus cotidianos ayunos por honrar a los visitantes, de lo que se muestran resignados y de buen semblante.

En la mesa principal, la del abad y don Simón, se sienta también don Gualberto, al que don Simón ha convidado por complacer a doña Ermengarda. Don Gualberto toma su rebanada de pan gruesa y le ofrece media a doña Eliabel, que frente a él se sienta, según la usanza cortesana. ¡Ay, miradas de miel candente, qué mal disimulan los sentires! Doña Ermengarda, notándolas, se sonríe mientras alisa su rebanada encima del plato monacal que Gozo le presenta. «¿De qué sonreís, hermana?», pregunta don Simón, que con la cabeza en sus caballerías y las conversaciones con el abad nada nota de los amores que revolotean en torno. «De nada me sonrío, hermano —dice doña Ermengarda—, sino de una tontería de cuando era niña y mojaba pan a escondidas en la salsera de las monjas, en Rupertsberg.»

Los mirantes que tragáis saliva, ¡si pudierais oler en mis palabras lo bien que huele la carne jugosa con la salsa salvajina tan sazonada y rica! ¡Oh, narices y fauces que alcanzáis el arte sublime de maese Marmite, que, seguido de Gozo y un lego que le llevan el perol, va repartiendo cazos de su famosa salsa sobre las rebanadas de la gran mesa! Y a don Gualberto le sirve dos y le dice, en murmullo al oído, que nadie más oiga: «Alimentaos, ***messire,*** por los ejercicios que vendrán», en lo que don Gualberto piensa que se refiere a las caballerías y a la batalla.

Mirad atrás y apartaos que llegan pinches de la mesa del monje trinchante con bandejas de peltre grandes como puertas, y sobre ellas menudamente cortadas las humeantes y bienolientes tajadas de ciervo. Entre dos marmitones llevan cada bandeja y otro va

detrás sirviendo. Ved cómo reparten las tajadas sobre las rebanadas y las salsas. Hagamos lugar ahora a los escanciadores embozalados que van llenando cálices y cubiletes de sus jarras de vino.

¡Rumor de mascujes, agostamiento de conversaciones, vedlos comer con qué buenos apetitos tras la bendición abacial! Mientras, en el pulpito del lector, un monjecillo enteco lee la palabra divina que dice: «El Reino de los Cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo. Mandó criados para que avisaran a los convidados, encargándoles que les dijeran: "Tengo preparado el convite, he matado terneros y reses cebadas, y todo está a punto. Venid."»[14]

Agota el fraile la lectura y el abad levanta su copa y dice: «Hijos míos y hermanos, en este día señalado por la voluntad del Señor, hagámosle fiesta al Cielo y comamos sin parvedad de los manjares que nos ofrece el que no deja sin cena a las avecicas del campo ni a las criaturas de la creación. Hagamos colación de estas raciones de carne, huevos y lacticinios, así como los dulces de caldera que luego seguirán, y bebamos de estos caldos que la humilde tierra nos ofrece. Alárguenos Dios la vida para que lo alabemos en la tierra, tiempo habrá sobrado para las frugalidades y ayunos cuaresmales. Por una vez no sofrenéis la sed y pensad que los borrachos son bienaventurados porque verán a Dios dos veces. No seamos como Marción, el herético y protervo, que pretendía que la abstinencia durara todo el año, además de abogar por dos Cristos como si con el sufrimiento de uno no nos hubiéramos redimido sobradamente. Comed, pues, en paz y regocijaos con esta colación que el Señor en su infinita misericordia nos concede.»

Se sienta el abad y, tomando con las dos manos una tajada tamaña que le han puesto delante, hinca el diente en ella con gran empeño, no por gula, ciertamente, sino por la caridad de animar a los otros comensales que con él están a desembarazarse de remilgos y gozar del condumio.

¿Qué es de nuestra abadesa que en el otro cabo de la mesa está junto a doña Eliabel? Doña Ermengarda bebe vino rojo y dulce de su vaso de vidrio soplado y se lo ofrece a doña Eliabel:

—¡Tomad, hija, y regocijaos, de este vino bueno que hace sangre y contenta humores, que hoy es día de holgar y ensanchar corazones! ¡Tomad y reponed vuestras fuerzas con esta ambrosía ambarina, tan dulce y gustosa, que nos recompensa de las fatigas habidas en el monte herboso!

Bebe doña Eliabel, y don Gualberto, que está al otro lado de la mesa, la mira beber embelesado y casi espera ver bajar el vino por la transparencia del alto cuello.

Doña Eliabel, apurado su vaso, mira a don Gualberto a los ojos con alguna fijeza. ¿Quién soportará esas miradas que de pronto descubren y pregonan lo que encubrían los corazones? ¡Ay, tormentos del cielo; ay, parpadeo de pestañas que hieren como flechas; ay, suspiros que levantan los pechos enhiestos y apretados como si quisieran salirse del brial! ¡Ay, turbación del caballero que resiste heridas mortales en feroces batallas, pero no la mirada honda de esos ojos grises, abisales océanos, cálidos como el sol cuando calienta las altas montañas de la nieve!

Doña Ermengarda, acabada su colación, el rostro colorado y risueño, se monda los dientes con el hueso chico y afinado de la pata de un pollo que lleva engastado en manguito de oro.

Hecha la cena y levantadas las tablas, cada cual retorna a su posada, los principales a las celdas que el abad dispuso, otros a las tiendas, otros a los claustros y pajares y otros al raso, bajo las encinas, que es tiempo bueno y aparejado para ello. Don Simón y doña Ermengarda, con doña Eliabel y otra docena de caballeros, conversan en la almacería, a la sola luz de un leño que arde en la chimenea. Sentadas en la estera, las mujeres departen de amores ajenos más terrenales que divinos; los hombres, en banquetas, de la guerra y sus mudanzas.

Contempla doña Eliabel al caballero menesteroso y el amor inflamado en el pecho la distrae de las palabras de doña Ermengarda, la cual, notándolo, se sonríe en la oscuridad y recuerda

lances de sus años verdes con ternura y alegre tristeza. Así llaman a la melancolía.

Don Gualberto mira, a hurtadillas, a la bella malmaridada. ¿Acaso su corazón se abate porque la juventud y la belleza le traen a las mientes, como flecha fatal que golpea donde más daña, el recuerdo amargo a su boca y penoso a su memoria de la que perdió en la lejanía del mundo?

¿Quién resistirá al amor cuando embiste de recio falsando pensamientos, puertas y muros? Las horas de aquellas sobrecenas le van trocando en miel los amargores y mitigan los padecimientos de la penosa memoria. Así son las cosas terrenales. Como la raíz del árbol vence perseverante a la losa de piedra y la levanta y quiebra, así la vida se abre camino por los entreveros del infortunio y antes quiere que el amor triunfe que crezcan los estados y las grandes figuraciones de los hombres, con sus filosofías y sus teologías y sus enredos. Nada permanece cuando el amor arroja sus agudos y poderosos dardos contra el feble castillete de tablas de los reparos mundanos.

Vanse retrayendo los caballeros a sus posadas, quien con bostezos, quien con los achaques del vino que enturbia mentes y azuza audacias. Doña Ermengarda esta noche no comparte cama con doña Eliabel, que las de las celdas son muy estrechas y no consienten compaña. Dice buenas noches y se retira con Gozo, que dormirá a su puerta, por la parte de dentro esta vez, no la turben aprensiones.

Quedan solos don Gualberto y doña Eliabel frente a las declinantes ascuas de la chimenea. Después de un espacio sin palabras dice doña Eliabel, con la voz un poco enronquecida: «¿No es ya hora de retiro, *messire*?» Se alzan de los escabeles y recorren hacia sus aposentos el claustro interior, oscuro y solitario, la poca luna celada en cipreses de luengas sombras. Llegan a la celda de doña Eliabel. No se dicen palabra. Ella, la mirada baja, empuja la puerta y la entreabre. Dentro, una palmatoria chica difunde poca luz sobre la yacija angosta. El respira hondo, quieto. Titubean las manos

si tomarse, cerca las de él con las de ella. ¿Cuál de los dos piensa en el caballero Lanzarote, en la reina Ginebra; en el caballero Tristán, en la reina Isolda? ¿Es doña Eliabel, con un suspiro ronco apenas reprimido, la que toma a Lanzarote de la mano y lo hace entrar o es acaso Tristán el que dulcemente empuja a Eliabel al secreto de su alcoba?

¡Ah, la delicia del primer beso, quedo, dulce, tibio, en los labios tan mirados y nunca tocados por él, gordezuelos, cálidos! ¡Oh, los entrambos aires de las respiraciones que ensanchan los pechos y provocan dulces ahogos!

¿Qué os diré, escuchantes, que no podáis imaginar? Repetiré las palabras del moro Ibn Hazan: «La unión amorosa es la existencia perfecta, la alegría perpetua, una gran misericordia de Dios, Yo, que he gustado de los más diversos placeres, y que he alcanzado las más variadas fortunas, afirmo que ni el favor del sultán, ni las ventajas del dinero, ni el ser algo tras no ser nada, ni el retorno después del exilio, ni la seguridad después de la zozobra, ejercen sobre el alma la misma influencia que la unión amorosa.»[15]

Mientras esto pasa en el claustro, riberas del Jalón, donde fincan las tiendas, dos caballeros pasean en la bonancible noche por examinar si los vigilantes cumplen bien las velas detrás del mucho trasiego de vino y jolgorio. Uno es don Simón de Mercia y el otro don Pero González Mengo, castellano, primo de los Girones y hombre de mucha enjundia.

Dice don Simón:

—A lo que veo, buen amigo, en esta tierra usáis administraros de guisa muy pareciente a la nuestra en la Isla de Francia. Quiero decir que el rey y los magnates (que allá llamamos marqueses y condes y acá vosotros llamáis ricoshombres) ceden la tenencia de sus castillos y tierras a nobles de menor rango, los que acá llamáis hidalgos, caballeros o infanzones, a cambio del juramento de pleito homenaje que los obliga a fidelidad y a asistencia en la guerra.

—Eso es, *messire* —dice don Pedro—, mas reparad en que la ceremonia de homenaje no es como en Francia, donde el caballero, de rodillas, coloca las manos entre las del señor, que permanece sentado, según creo.

—Así es —afirma don Simón—: *immixtio manuum* la llamamos.

—En España —dice don Pedro—, el beneficiado se arrodilla y besa la mano de su señor mientras declara: «Señor don Fulan, bésovos la mano e so vuestro vasallo.» Otra diferencia es que en Francia vuestros feudos son hereditarios.

—¿Y no lo son aquí?

—No, *messire*, aquí las tierras y lugares entregados en tenencia lo son sólo por un tiempo o vitalicios, pero no se heredan, al menos no todos. Y otra cosa es que en Castilla el compromiso puede romperse si alguna de las partes quiere. Un vasallo sólo tiene que enviar al señor a alguien que se arrodille ante él y le diga: «Señor, bésovos la mano por Fulano y de aquí adelante ya no es vuestro vasallo.»

—¿Con eso se rompe el vínculo? —pregunta don Simón.

—Sólo con eso queda uno libre. El vasallo retorna al señor las armas y el caballo que tuviere suyos y queda libre y desnaturado. Sólo se obliga a no guerrear contra él, pero puede entrar al servicio de otro. El rey, por su parte, puede echar de su servicio a un vasallo si incurre en la *ira regis*, o ira real, y lo obliga a expatriarse o desnaturarse fuera del reino.

Reflexiona don Simón y dice:

—A lo que veo más libres sois en Castilla que nosotros allá.

Caminando bajo la luna, los caballeros aprenden estas y muchas otras noblezas.

—En Castilla —dice don Pedro—, cada ricohombre mantiene una compaña o mesnada proporcional a la importancia de su tenencia. Algunas veces pagan a sus hombres una soldada, otras con un lote

de tierras que permitan mantener a la familia, el caballo y las armas de guerra.

Mucho más departen los dos caballeros, que no traigo acá por no parecer prolijo ni serlo, aparte de que por las caras que os veo discurro que andáis esperantes de ver en qué termina lo de doña Eliabel y don Gualberto. Regresemos a ellos.

Capítulo XXXVIII (38)

De las razones de amor tenidas entre el caballero don Gualberto y doña Eliabel, la bella malmaridada

Ved a un hombre en la plenitud de su fuerza y a una mujer en la plenitud de su sazón a los que ha juntado la vida, los dos con la primavera en la sangre. Don Gualberto tiene la mano en el talle de la dama, sintiendo su calor bajo la suavidad del tejido. Atrae a la mujer con la fuerza de un abrazo y siente la morbidez del cuerpo pegado al suyo. Ahora, con la suavidad que el caso requiere, le recorre la nuca y el cuello con muchos besos quedos, pudorosos. ¿Quién podría contarlos? Ella respira alterada, los rubores subidos al rostro, que oculta en el cuello masculino, oliendo su fiereza animal.

Don Gualberto la atrae un poco más, con suavidad y terneza, hasta que siente los pechos pujar contra su cuerpo. Ahora le busca la mirada, y contempla el reflejo de sus ojos en los grises de ella. Doña Eliabel siente más calores. Incapaz de sostener la mirada, cierra los ojos y entreabre los labios mostrando una hilera de dientes parejos, blancos, que frota cada mañana con corteza de abedul. ¡Ah, la boca fresca y lozana como fuente donde apagar la sed de amor!

El brazo fuerte estrecha la leve cintura, la atrae, la besa quedamente en los labios, que ella entreabre, abandonada, los ojos cerrados, los pulsos alterados, el corazón palpitante y feliz. ¡Ah, del beso largo y suave al principio, sintiendo la saliva templada, ah del beso apasionado y mordiente después, mientras el mundo se detiene y el sol y las estrellas extravían sus horas y sus giros!

Abierta está la ventana al huerto y a la noche. El hombre y la mujer envueltos en el dulce ahogo de la tierra mojada.

Dos amantes en el amor engarzados. Callados, se miran de luengo, palpitantes los corazones, arrebatados los pulsos. Arde la hoguera secreta que consume el mundo y enciende los humores. ¡Dicha que ha puesto el Criador en sus criaturas y que el que no conoce no sabe lo mejor de la vida!

Mirad ahora. La mano que apresa la mano de ella y se desliza, brazo arriba, hasta el pecho. ¡Promontorio que atrae como la miel a los osos, como el cordero recental al lobo! ¡Teta firme y redonda que junto con el abombado trasero y la raja secreta es lo mejor que corporalmente tiene la vida! ¡Babilonia de los dulzores y los sentidos! Vedlo palpar los pechos marfileños de la dama por encima de la saya ajustada; vedlo abrir la encuerda con mano torpe, que ella ayuda presurosa temiendo que se la rompa; vedlo encontrar la carne firme y joven bajo la camisa, los pezones duros y henchidos. Mirad las orejas encendidas de la dama, ved el sudorcillo tibio que se le forma en las sienes y en el bozo, pelusa de melocotón, néctar trasudado y promesa de dulzuras. Ella, pudorosa todavía, le sostiene la mano, con más desmayo que firmeza, débilmente. Oídla murmurar: «Mancilladme, si os place.»

¿Si os place? ¿Puede alguien detener la tormenta cuando descarga su aguacero sobre tierras y bosques? ¿Puede alguien sujetar el agua de los ríos que desciende impetuosa por el caz del molino moviendo el rodezno? ¿Puede alguien mudar el viento que menea las altas ramas? Un beso más prolongado mientras la toma en brazos, la levanta entera y la reclina en la dureza del camastro. Ella lo rodea suavemente con sus brazos. Doña Eliabel ya no abre los ojos. Abandonada, se deja trastear.

La mano libre palpa las tetas pujando sobre la barrera del vestido. Después, sin dejar de besarla, sin mirarla a los ojos, desciende hasta las faldas que al suelo llegan pesantes y abundosas. Halla el dobladillo, lo levanta, se desliza entre los muslos, que ella separa un poco, como la inquieta trucha entre las ovas. ¡Oh,

ardimiento amoroso, licor caliente de las venas! El caballero menesteroso indaga en la fuente del dulzor. Ya levanta con mano versada las haldas de la dama, recorre los muslos de marfil, la tersura de uva de las nacaradas nalgas, hasta tentar la suavidad caliente de su natura, el dulce estuche de terciopelo que guarda la escondida perla, pequeña y húmeda. Ahora lo entreabre con expertos dedos, cae rendido, hoza el vellón dorado y restriega la cara en tan tierna almohada como el mamoncillo recién parido se aprieta contra la madre, por aspirar más golosamente su secreto aroma, lame los carnosos y calientes pétalos, los separa con la lengua, los muerde con los suyos con leves apremios. ¡Ah, raja caliente y mojada, pringuecilla que mana de la fuente de la vida, las desplegadas alas de carne que se abren como un capullo y exhalan el néctar de la dicha!

Ved la otra mano del caballero que desciñe sus viriles bragas, desliga experta los cordones que las afirman a las calzas y libera su miembro henchido y enhiesto, duro como mano de broncíneo almirez. ¡Ah, suavidad; ah, presteza; ah, voracidad del chorizo viril, aquel cuyo primer bocado no tiene pellejo! Vedlo rozar las suavidades de ella, y separar las tiernas veladuras que ocultan la abertura del goce incomparable. Dicha de Dios que Él mismo ha puesto en nuestros cuerpos, para regodeo de sus criaturas y multiplicación de su gloria. Ahora la penetra con deliberada lentitud, suavemente. «Que nunca transcurra este momento en que soy feliz», musita en su oído. Ella gime y se tensa al ser hendida. Ved, amigos, cómo don Lanzarote entra en la reina Ginebra, firme y suave. Ved cómo ahonda en ella, que se entrega y no acierta a explicarse ese dolor tan dulce. Mientras acalla en besos los suspiros, ved cómo irrumpe y sale de la placentera llaga. Contemplad los dos cuerpos en uno, deleite celestial sin linde ni costura, éxtasis divino cuando al unísono sobreviene el espasmo. Escuchad su agonía. Ahora es él quien gime mientras riega los más profundos adentros de su dama, el horno encendido de su vientre, con el chorro impetuoso de su semilla, mientras ella, sudorosa y vencida, lo contempla amorosa con tranquilos ojos de santa.

Se ha dormido el galán vencido al profundo sueño reponedor y ella queda velándolo y catando de cerca su rostro trabajado de la vida pero aún hermoso. Oíd su corazón al tiempo que estas cosas va diciendo: «¡Oh, amado por fin hallado en las amarguras del mundo! ¿Qué batán es éste con el que quiebras mi virtud, qué ariete es éste con el que demueles mis puertas, qué trebuquete es el que arrasa cuanto de recatado guardaba en mi corazón? ¡Desdichada de mí, que nunca sentí tal conmoción en mis entrañas, ni este escalofrío placentero remontar como un río mi cintura! ¿Cómo es que ha transcurrido mi vida sin tal conocimiento? ¿Y qué color han tenido mis días hasta hoy, desterrada deste paraíso deleitoso, ignorante deste fuego escondido de mi cuerpo en donde arde dolor tan placentero?»

Con estas razones aguarda la bella malmaridada a que despierte el caballero menesteroso por ver si repite y le hace un bis o un tris, lo que, en efecto, él cumple con los mismos ardores y ejercicios que la primera vez, pues no se cuenta en el número de los flojos que desfallecen y abandonan la justa tras quebrar la primera lanza.

Con tanta y tan capaz sementera, milagro sería que no germinase la tierra. ¡Preñada y bien preñada queda doña Eliabel! A la primera. Donde los discretos notarán que la buena tierra responde a la simiente fértil y amorosa, donde antes no había respondido a la vana y mustia de don Hugo de Tours, el flamante cornudo, el gran cabrón que la maltrata y malquiere. ¡Malhaya quien tal hace a cualquier hembra, tanto si es bella sin comparanza y hermosa como la luna, como si es membruda e hirsuta, pues sólo en ser mujer abunda en hermosuras!

¡Lasitud placentera, desmayo de amantes bien colmados tras el acto divinal! Así pasan los enamorados toda la noche en su deseado ejercicio, como suelen hacer los heridos de amor que antes desmayan en sus potencias que en sus ardores. Así reposan escocidos en sus partes y exhaustos de machihembrarse. Tan sólo se dan tregua y reposo cuando ya la mañana apunta sus primas luces derramando claridades por el campo.

Mira doña Eliabel la claridad que dibuja la finiestra y, volviendo a sus sentidos, un algo recompuesta de tantas conmociones placenteras que nunca antes sintiera por acto conyugal, recupera el seso y con él los pudores, aunque no todos, que dengue no es, sino mujer y muy entera. «¿Es esto amor —se pregunta, confusa y placentera— o mera agitación de los sentidos?» Se aparta de don Gualberto, y deshace con suavidad el persistente abrazo cuando la aurora llega y la luz aconseja discreción y tino. Al oído murmura: «Se hace tarde. Debes salir, *messire*, mi amigo.» No se atreve a mirarlo en su mirar. Ha reclinado la cara en el vientre peludo y ha visto alzarse la natura viril, que no desmaya. «¿Aún hay más? —murmura complacida—. ¿Es que nunca te agotas, amor?» Con atrevido gesto empuña el cetro, gustosa lo rodea en el cerrado anillo de sus dedos, en un impulso ingenuo se lo lleva a la boca y, asombrada de su misma osadía, exhala un quejido de plenitud y ahogo…

Con muchos abrazados besos se departen el uno del otro. Sale de la celda don Gualberto, secreto y sigiloso, aunque un poco temblón. Queda doña Eliabel transida en el sudoroso camastro conventual de palo y cuerdas. Yace llena de gozo como nunca sintiera y dice para sí: «Ahora sé qué es amor, que antes no sabía.»

Capítulo XXXIX (39)

Que trata de los pensamientos del papa de Roma y vicario de Cristo

Miradlo bien al Santo Padre y vicario de Cristo en una oscura noche sin luna. Pocas luces en las ventanas. Ningún resplandor de chimeneas. Huele el Tíber a cieno revenido y Roma duerme, sino las putas que ejercen su oficio, los dolientes que velan y las esculcas que en las torres están.

En los palacios de Letrán, los criados y pajes se han retirado a dormir, así como los capellanes y los niños castrados, que hacen voces angélicas en las misas cantadas. El papa se incorpora en el lecho, desvelado por las tribulaciones de su alto oficio. Su Santidad bien gana el pan blanco que en su mesa come. De sol a sol cumple sus jornadas como el más humilde arador de sus dominios: recibe y despacha correos, delibera con los cardenales, emite edictos, proclama bulas, recibe quejas, rige el gran imperio de Cristo, que abarca la mitad del mundo. ¿Qué cuitas desvelan ahora al Santo Padre? De una parte tiene la cruzada en la Cataria, de la que llegan funestas noticias: los herejes, inspirados por el demonio, resisten ciudad por ciudad. De otra, tiene la cruzada de España, donde los reyes de León, Portugal y Navarra se niegan a ayudar al de Castilla contra el poder del rey de Marruecos, que avizora las tierras de Cristo como la hiena acecha, goteante el colmillo, al rebaño descuidado y disperso. El es el pastor que debe concordar los ánimos y componer las paces entre los reyes de aquella tierra, persuadirlos para que junten sus fuerzas contra el moro, aunque sea

por breve tiempo, el de una batalla campal, para luego volver a sus habituales querellas.

Desvelado e inquieto, Inocencio descorre la cortina de su lecho, mete los pies en las bordadas pantuflas, se echa un manto de armiño sobre los hombros y se sienta en una contraventana de la cámara, a mirar la luna.

A la luz de las palmatorias encendidas delante de su oratorio, en el fondo de la cámara, brillan los mosaicos que decoran la estancia. A la oscilación de la llama, azotada por la brisa ventanera, cobran vida las figuras musivarias. En tres de ellas, Jesucristo encomienda la Iglesia a sus Apóstoles, entrega las llaves a San Silvestre y otorga el Labarum a Constantino. En otra, San Pedro impone la estola al papa León el tercero y el estandarte a Carlomagno. Las mira el papa y asiente en su corazón, melancólico.

¡Malos tiempos! Decae la espiritualidad cluniacense y nuevas herejías corroen la Iglesia: los cataros, los valdenses, los patarinos. Fuera de la cristiandad, el poder del islam amenaza las fronteras.

El peso de su cargo abruma al papa. Han pasado veinte años desde que recibió la cátedra de san Pedro, a los treinta de su edad. Durante ese tiempo ha pastoreado la Iglesia con mano firme, pero ahora no se siente tan joven ni tan seguro como al principio; desfallece a veces. Mirando al cielo dice:

—¡Dios mío! ¿No he cargado demasiado peso sobre mis débiles hombros? ¿Será posible restaurar en sólo un pontificado el esplendor de la Iglesia? ¿Podré, con mis menguantes fuerzas, culminar la tarea de ordenar la Cristiandad? Los reyes se me resisten, rebeldes e inobedientes, pero ¿acaso no confirió Jesucristo Nuestro Señor las llaves del Reino de los Cielos a Pedro y a sus sucesores los papas, como consta en el evangelio de Mateo?

Recuerda lo que tantas veces ha defendido en sus escritos: al papa, rey de reyes, vicario de Cristo, le compete administrar el mundo en nombre del Creador. Está por encima de los reyes, que deben obedecerlo. Ostenta *plenitudo potestatis* sobre toda la

Cristiandad, pues el imperio procede de la Iglesia en su origen, *principaliter*, y en sus fines, *finaliter.*

Inocencio se ha propuesto, y va camino de conseguirlo, someter a los reyes al arbitrio de la Iglesia como en los primeros tiempos del cristianismo, cuando los cesares obedecían al obispo de Roma. Ése es el orden divino de las cosas. Que el pontífice decida sobre los pecados de los reyes, las *ratione peccati* merecedoras de excomunión.

Inocencio echa de menos a un Carlomagno que defienda la Iglesia. La Cristiandad que pastorea está más dividida que nunca entre príncipes que se odian y reyes indóciles al paternal yugo del pontífice, monarcas de mente estrecha y pensamiento ralo, sólo codiciosos de lindes, que desobedecen sus mandatos y mueven cruel guerra entre ellos en lugar de aunar sus esfuerzos contra los sarracenos.

Aúlla un perro lejano. Discurre lenta una balsa por las dormidas aguas del Tíber. Suspira Inocencio aspirando los pestilentes miasmas del río. Mercaderes písanos han informado a su cardenal camarlengo de que el rey de Marruecos ha jurado abrevar su caballo en aquellas aguas.

No le preocupa la baladronada del sarraceno, o al menos no es lo que más le preocupa. El cardenal le ha dicho aquella tarde: «Santo Padre, dos cruzadas en el mismo pontificado parece excesivo.» A lo que él ha respondido:

—La romanidad peligra, y con ella todo cuanto trabajosamente levantaron los romanos y nuestros abuelos heredaron y acrecentaron: la Cristiandad. Nosotros cometemos yerros y los enmendamos, porque nuestros errores admiten corrección, pero con el sarraceno no hay arreglo posible porque en su doctrina anida el mal.

La víspera ha departido largamente con fray Ismael de Alejandría, que nació sarraceno y se trocó en cristiano, el cual le ha explicado menudamente los preceptos de la secta de Mahoma.

«Santo Padre —le ha dicho—, para los que la profesan, el mundo se divide en dos porciones: la casa del islam, que en aljamía se dice *Dar-al-islam*, y la casa de la guerra, *Dar-al-harb*. Los musulmanes habitan la primera casa y se obligan, por religión, a conquistar y sojuzgar la segunda casa, por eso llamada la de la guerra. Y esto lo deben cumplir sin darse tregua hasta que todo el mundo habite la *Dar-al-islam* y reconozca la verdad de Mahoma. Ésa es la esencia de la doctrina de mis antiguos correligionarios, Santidad: la conquista y el sometimiento de los que no piensan como ellos. Creen que los países, las personas y los bienes de la Cristiandad, la casa de la guerra, les pertenecen por derecho y los reclaman como suyos. Son, dicho en aljamía, *harbiyun*, sus posesiones. Jamás nos darán tregua. Allá donde tienen fuerza, atropellarán a los cristianos y allá donde sean más débiles los halagarán con zalamerías y simulaciones, lo que ellos llaman *taqiyya*, mientras aguardan al momento de arrebatarles lo que tienen.

Graves pensamientos provocan en el papa estas noticias.

Capítulo XL (40)

En el que veremos más pensamientos del Santo Padre mientras mira amanecer en los tejados de Roma

Mirad acá al Santo Padre en la ventana de Letrán, los palacios de altos muros, la iglesia alhajada de torres con campanas de bronce, en cuyos miradores zurean las palomas y excretan su estiércol blanco, que es bueno para las macetas.

Clarea la luz del alba. El papa, sumido en sus graves pensamientos, mira más allá de las murallas y los cipreses de Roma, más allá de sus ruinas donde Virgilio habitó, y los Césares y Augusto, hoy solamente pobladas de lagartos y margaritas. ¿Qué ve el papa en el retablo de su pensamiento que lo apesadumbra y le hace fruncir el ceño con muestras manifiestas de pesar?

Ve el lugar de Tierra Santa que llaman los Cuernos de Hattin, dos cerros pelados en el desierto pedregoso donde no se cría ni un matojo de esparto. En ese yermo, hace veinticinco años, los sarracenos desbarataron a los cristianos en una batalla sangrienta, tras de la cual se desplomaron los muros que guardaban a la Cristiandad en Tierra Santa: Jafa, Jerusalén y los otros parajes donde vivió, predicó y padeció su pasión Cristo Nuestro Señor.

¡Hattin! ¡Sabed que ese nombre terrible evoca días de llanto y esparcimiento de ceniza sobre cabezas y cervices! Sabed que en tal quebranto no quedó fuerza cristiana en Oriente para contener el poder de los sarracenos. ¡No diré más sino que el papa Urbano el tercero murió del disgusto!

En aquella aflicción y malaventura, la Cristiandad precisaba una señalada victoria. «En Tierra Santa no hay que pensar —se dijo el Santo Padre—, que allá estamos asaz desaguisados. Probemos al otro lado del mundo, a ver si le podemos saltar algún diente a la secta de Mafomede y nos vuelve la confianza. ¿No es acaso Dios el que otorga la victoria y permite que venzan los sarracenos cuando ha de castigarnos? Ya nos has castigado, Señor. Ahora, puesto que prometemos rigurosa penitencia y enderezamiento de los pasos en la virtud, danos una victoria.»

Así lo pensó el papa y, como vicario que era de Cristo, se impuso la cruda penitencia de no probar milhojas ni cuajada con miel en Viernes Santo. Dando con ese sacrificio por sobradamente expiados los pecados de la Cristiandad (ya conocéis el dicho: el que a sí mismo se capa, buenos cojones se deja), tomó un pergamino dorado de becerro y le escribió al arzobispo de Toledo que persuadiera a los reyes de España a hacer las paces entre ellos y a juntarse contra los moros, que esta vez el vencimiento estaba más que asegurado.

¿Tendré que decir qué ocurrió? Los ruegos del papa fructificaron en una alianza de Portugal, León, Castilla, Navarra y Aragón para conquistar y repartirse las tierras que el rey de Marruecos usurpaba en España. ¡Ay, cuitados los que llamándose cristianos desobedecen los dictados de la cordura! Sabed que de tan buen principio se derivó un mal final, por la codicia del rey de Castilla, Alfonso octavo, quien ambicionando toda la gloria para sí, sin aguardar a los otros reyes sus primos, se enfrentó a los moros con sus solas huestes y Dios permitió que lo desbarataran. De este modo, en sólo un decenio, el Santo Padre cosechó dos derrotas en los dos cabos de la cristiandad: el Hattin en Tierra Santa y Alarcos en España.

Capítulo XLI (41)

Donde se cuenta lo acaecido a los judíos y por qué los ultramontanos acampan extramuros

Acá deja el libro de hablar del papa de Roma y, saltando sobre mares, montes y valles, regresa a los caballeros y damas cuyo camino hacíamos.

Pasan otros días sin nada de relieve que contar, sino que en algunas posadas, llegada la noche con sus negras galas, doña Eliabel deja las colchas que comparte con doña Ermengarda, la cual finge dormir sueño profundo, y va a donde don Gualberto la aguarda con ansias de amor y allá se abrazan y él le siembra su semilla impetuosa mientras ella, sintiéndola en sus adentros como las boqueadas de un pez, contempla el rostro agradecido con sus tranquilos ojos de santa.

Llegan a Toledo las huestes de Aragón y las ultramontanas que las acompañan. Vedlos alcanzar las riberas del Tajo ondeando estandartes y tañendo zamponas y vigüelas occitanas con alegres músicas y cantos. Distinguid a don Gualberto y a don Simón, estribo con estribo, que tras mucho camino en amigable charla han amistado tanto que no parece sino que se conocieran de toda la vida y no pudieran pasar el uno sin el otro. Mirad a Gahete, el servicial mancebillo, atento a todo, mirando las novedades del mundo con ojos espantados, y a doña Ermengarda, lozana y riente, con doña Eliabel, feliz como el pájaro en la rama, porque tiene al amigo cerca y al marido a muchas jornadas, y no parece que regrese pronto.

¿Quiénes son estos que aparecen por este lado? Los aposentadores del rey Alfonso, sayas largas y solemne continente, que saludan y reciben a los que llegan y con muy corteses razones los guían a las huertas, en la parte llana donde el Tajo dibuja sus meandros. «Aquí, cerca del agua, bajo la fresca arboleda, posaréis tan ricamente, a salvo de las grandes calores», les dicen.

A cualquier cosa llaman en la meridional Castilla una arboleda. ¿Qué arboleda, desgraciados, si los atroces moros la talaron casi toda tras lo de Alarcos y ahora que rebrotaba la van a arrasar los cruzados, dañinos como pedrisco, como nube de langosta, como buey por tejado?

Yo os diré lo que ellos callan. El rey, en consejo real, ha deliberado que los cruzados no acampen dentro de Toledo, no sea que terminen la ruina que empezaron los moros.

Os contaré lo acontecido. Un día de los primeros, una cuadrilla de cruzados borrachos, tedescos pongamos, o francos, qué más da, se mete en la aljama donde los judíos moran, mercadean y hacen sus sinagogas y gorigoris. En nombre de Santa María, los forasteros saquean las tiendecillas de los plateros y sederos, patean las de los olleros con gran quebranto de alcarrazas y pucheros, beben o derraman el aceite y el vino en las de los taberneros, repelan las barbas a los viejos, desorejan a unos pocos jóvenes que se resisten, degüellan a tres de los más insolentes y, al calor de la sangre, meten a sacomano unas cuantas casas principales y de paso fuerzan a algunas dueñas, desvirgan a varias doncellas, que a ver ahora cómo encuentran marido, con esa dote fea, y hasta le maman la leche de las tetas a una parida lactante. Criadas o señoras, pobres o ricas, angostas o ensanchadas, las atropellan a todas sin mirar alcurnias, que la soldadesca verrienda no distingue entre culos siempre que sean partidos, hemisféricos y firmes, como el carnal deleite aconseja.

¡Mal asunto! Y aún peor cuando resulta que una de las forzadas es nieta de Ibrahim ibn al-Jaffar, un judío notable de la cámara del

rey, que fue de embajador a Marraqués para negociar las treguas el año mil doscientos y tres.

Diréis: bien empleado les está a los judíos, que mataron al Nuestro Señor, y todo eso que decimos cuando los aperreamos y los robamos. Por esa parte no os diré que no; pero por la otra, consideremos que los judíos llenan las arcas de los reyes y les conciertan muchos trabajos necesarios. Es notorio que para la presente campaña los judíos de Toledo y de Zorita han entregado una elevada suma, con buena voluntad, sin intereses ni garantías.

Como viajado que estoy os diré que a donde quiera que vayáis encontraréis judíos entre la gente de pensamiento y, aunque nos contraríe, necesarios son la cristiandad como la levadura en el pan. Son los judíos, por su condición errante, grandes sabedores de lenguas y usos, y han ingenios muy despiertos para los saberes y pensamientos que hacen progresar al género humano. Por su inclinación al trato son regateadores capacitados para venderle agua a un nauta y arena a un africano. ¡Mal andarían los reinos si no fuera porque los judíos se desloman en sus labores! Judíos de manopla, ¿no son acaso hombres con corazón, penas y sentimientos como nosotros? ¿No aman a sus hijos, no aman a sus padres, no se enamoran, no padecen enfermedad, no mueren y dejan viudas llorosas, huérfanos desventurados? Los judíos antes aprecian la riqueza de los conocimientos que la del oro, como sabedores de que aquélla no se la pueden arrebatar y con ella se consiguen haberes. Son industriosos, acrecientan cuanto tocan, llevan las cuentas de los monarcas y de los condes, les recaudan los tributos, les administran los haberes, les prestan a crédito, son duchos en menesteres de sutil entendimiento que los cristianos no practicamos, son trujimanes versados en variadas parlas, son médicos que curan con ungüentos y melecinas, con sahumerios y sangrías. Cuando estamos malos, bien que recurrimos a ellos y los llamamos amigo y buen vecino.

Veo vuestras caras. A ninguno nos gustan los judíos, lo sé, que aunque no se rían en nuestras narices te miran como diciendo: «Mira este pardillo tan simple que cree que el pan y el vino son

carne y sangre de aquel carpintero embaucador al que mataron nuestros bisabuelos», pero aun así hemos de acatar, en buena paz, que respiren de nuestro aire y moren entre nosotros, aunque en sus aljamas. Si no lo hacemos por gusto, hagámoslo por el acrecentamiento de los reinos.

Eso lo entiende también el caballero don Luis Coronas Tejada, perito muy honrado del consejo real de Castilla, que en la presente coyuntura de los ruidos y desórdenes de la aljama, va a ver al rey y le dice:

—Rey Alfonso: los judíos os sirven bien, favorecen al reino y no se merecen tales tropelías.

Y le cuenta lo acontecido en la aljama.

Alfonso hunde la barbilla en el pecho con evidentes señales de pesadumbre. «¡Ay, los judíos! Gracia no nos harán, pero son necesarios para el buen gobierno. Por eso los protegen los reyes. Hay que ser muy necio para matar a la gallina que te da huevos, ¿no?»

—Tenéis razón, don Luis —dice el rey—, haced vos mismo el escrutinio de los daños y estragos para que se restituyan de las arcas reales.

En eso que entra otro caballero, don Cosme de Concurbión, con no menos sofoco, y le dice al rey:

—Rey Alfonso, los ultramontanos siguen el jolgorio y las chanzas. Las orejas que cortaron en la judería las llevaban en un cartucho y lo han vaciado en la sartén del churrero García, el de la plaza de Zocodover, el que le hace los buñuelos a la reina, vuestra mujer. Al churrero le ha dado un pasmo del disgusto pues, aunque asevera que cambiará el aceite y fregará la sartén bien fregada, teme que la clientela se retraiga por no comer buñuelos ni porras fritas donde se frieron orejas de judío.

Alfonso tuerce el gesto como diciendo: «Ya me están tocando los genésicos», pero es caballero y usa de su *temperantia*, aparte de

que la ira le está mal al rey fuera de la batalla. Cuenta hasta catorce, por no meterse en más aritméticas, y lo consulta al consejo comenzando por los más ancianos. «¿Qué hacemos?» «Echarlos de la ciudad», dice don Gonzalo Rodríguez, el mayordomo mayor. «Enforcar a unos cuantos para que escarmienten los otros», dice don Pedro Fernández, el merino real. «Enforcar a los principales causantes del alboroto», propone el justicia mayor. Discute la curia real los pros y los contras de cada propuesta, con mucha temperancia al principio y después con mucha animosidad y levantamiento del tono, como siempre acaece en estas juntas. Os diré lo malo del consejo: que todo el mundo tiene que dar una opinión aunque no la tenga, y los necios estorban continuamente el discurso de los sabios llevando la contraria por decir algo que parezca que han pensado cuando todo el que los conoce sabe que no son pensantes ni nunca defendieron opinión que no hubiera pensado otro.

En esas deliberaciones se levanta de su sitial el arzobispo, don Rodrigo Jiménez de Rada, hombre de mucho entendimiento y finas maneras, aunque nada convidador y muy guardián de su bolsa, el cual exhorta de este modo a los que porfían: «Sutileza, señores. No malcontentemos a los que vienen de ultrapuertos habiendo dejado sus haciendas y menesteres por la cruzada, no sea que se nos espanten y se tornen a sus lugares antes de lidiar contra el moro. Hemos menester de ellos y no es cosa de sembrar malquerencias. Saquémoslos de Toledo con algún halago, y aposentémoslos en las huertas donde no hagan daño. Que acampen allí y, me pesa recomendarlo, que no les falten putas de amplias posaderas fluctuantes al andar, ni tabernas bien abastecidas de vino e hidromiel, ni juglares, saltimbanquis y otros placeres con que se distraigan honestamente.»

Por eso, atentos escuchantes, cuando llegan nuestros caballeros aragoneses, los aposentan fuera de la ciudad, con los otros. No por otra cosa.

Ya os oigo pensar: ¿y ahora qué? ¿Nos quedaremos sin saber cómo es Toledo?

Nada de eso. Os llevaré a Toledo, en aladas palabras, y haceos cuenta de que la veréis en mi dicción mejor que si anduviéredes por sus calles y mirarais por vuestros ojos. Atentos.

Capítulo XLII (42)

Donde se cuenta cómo es Toledo

¡Toledo! ¿Quién no ha oído ponderar la perla de Castilla, la espinela brillante que adorna y reluce en la corona de la Cristiandad?

¡Toledo! ¡Ciudad atareada de misterios, cuevas y escondrijos! Un curcuño de casas aferradas a la peña como el halcón a su percha, contendiendo por no despeñarse por las abruptas laderas de un cerro que parece cortado a pico. Una ciudad tal no ha menester murallas, pero ella las tiene, por no ser menos que otras, y en el hondón de su abismo, rebañando la peña, por eso lo llaman el Tajo, un río profundo de aguas frías y oscuras que hace de foso y defensa.

¡Mirad acá y allá la ciudad! Distinguid los campanarios, los jardines arbolados, las torres señoriales. Ved ahora el campo en derredor, por el que el Tajo serpea y se derrama, los cerros pastizales y las besanas y, en lo más llano, las huertas y las alquerías y las casas de placer. A lo largo de las acequias y bajo las umbrías, los ultramontanos han levantado gran muchedumbre de tiendas, chozas y cobijos.

¿La ciudad? Un laberinto de barreduelas y callejones empedrados o terrizos, tan estrechos que sólo puede pasar una persona, los aleros se tocan y los viandantes gordos con dificultad transitan. Casas de ladrillo y tapial apoyadas unas en otras. Solares y ruinas godas en las que habitaron los Rodrigos, los Ataúlfos y las Florindas, hoy llenos de inmundicias y gatos sarnosos.

¡Toledo! Peña viva. Por mengua de pozos, los borricos suben el agua del río en cántaros de barro. Van solos, peludos, orejones, la cabeza gacha, mirando los guijos del suelo, porque cada cual sabe el camino del pesebre a la fuente. Lo malo es que de las aguaderas sobresalen dos palmos de vara con los que, al doblar una esquina, pueden ensartar a algún transeúnte distraído. «Cornada de burro» llaman los toledanos a ese lance infamante. No se conoce muerte más indecorosa si el corneado es caballero.

No. Entre las cuestas pinas, los escalones y las cornadas asnales no se puede decir que la ciudad sea para pasearla con regalo y descuido, como si uno estuviera en Roma, la del papa, o en Santiago, la del apóstol, o en Jerusalén, la del Santo Sepulcro. Pero la arriscada peña es muy militar, o sea peliaguda de tomar y fácil de defender, por eso les place al rey Alfonso y a los castellanos, gente esforzada y sufridora de trabajos y más inclinada a la milicia que no a convites ni puterías.

Alfonso, rey de Castilla, el esforzado, quiere a Toledo como a la niña de sus ojos. Los lujos y el regalo los deja para Burgos; los trabajos, los trae a Toledo. Aquí terminó el reino godo y aquí ha de comenzar el de España, dice el rey, y el arzobispo don Rodrigo cierra los ojos, asintiendo.

Es Toledo ciudad de mucho pensamiento y ciencia. Aquí moran los eruditos que vierten del árabe al latín los libros de conocimiento que los moros tomaron a los griegos y a los persas; aquí, también, lo diré bajando la voz para que quede entre nosotros, se aprende el arte de la goetia en el nefando gimnasio. Acá se vierten los libros arábigos al latín por mano del famoso trujamán Al Faris Ibn Iaqim al Gazilí, al cual, si aguardáis allá a la luna plena, cuando él se pone melancólico de mares e islas, oiréis declamar, con mucho sentimiento y donaire, las historias de Sinbad, el persa, y de Orestes, el greco. A la sombra de los arzobispos y de los reyes, más luce Toledo en ciencias y saberes que la Casa de Sabiduría de Bagdad y las cortes de Oriente. Yaparte de eso, sus aguas son de gran virtud para templar el acero de las espadas.

«Que los cruzados se junten en Toledo por Pentecostés», ha dicho el papa. ¡Concurrencia y muchedumbre! De toda la cristiandad llegan caballeros y peones, de Castilla, de Aragón, de Germania, de Inglaterra, de Toscana, de Gascuña, de Provenza, del Languedoc, de Pomerania, de Bohemia, de Lyon, de Vienne, de Valentinois, de Austria, de Poitou, de Génova…

Mirad: estos de las calzas ajustadas, marcando paquete, ballesta al hombro y faltriquera a la cintura son los genoveses de la compañía de Pietro Pitaluga. En el gorro llevan, a guisa de adorno, un prendedor que representa tres virotes chicos en recuerdo de las tres barras del número de Inocencio tercero, el papa que les ha levantado la excomunión y dado bula para combatir en la cruzada. Habéis de saber que el anterior papa que se llamó Inocencio, el segundo, excomulgó a todo ballestero que usara tan dañino ingenio contra cristianos. Eso fue en el Concilio de Letrán, el año mil ciento y treinta y nueve, pero el Inocencio de las tres barras rehabilita las ballestas para que auxilien a la Cristiandad con sus tiros largos y certeros que ningún moro flechero iguala.

Eso no lo entienden los caballeros, por lo que, al paso de un ballestero, algunos escupen al suelo, mostrando desprecio, de lo que se han derivado algunas pendencias. El rey Alfonso ha pregonado, por sus farautes, que el caballero que mate a un ballestero perderá su caballería, perderá sus haberes y colgará de una horca infamante. Os preguntaréis por qué los caballeros guardan tanta saña a los ballesteros. Es porque con tan diabólica arma un plebeyo innoble y cobarde puede matar de lejos a un caballero noble y valiente, lo que trastoca el orden de la Cristiandad en el que, por voluntad de Dios, los caballeros contienden, los clérigos rezan y los más bajos labran, cada uno en su estado, sin querer alterar el orden de las cosas.

¡Ballesteros de Génova! No los hay mejores en tino ni en esfuerzo, con sus buenos arcos de acero y sus bastidores de leño y sus ganchos a la cintura para tirar del alambre y tensar el aparato. Hacen rancho aparte y no quieren trato con los otros ballesteros ni con arqueros. No queráis saber su soldada. Son gente que, en

sonando una bolsa, acuden a donde se les requiere, contra cristiano o moro, sin temor de excomunión ni de Dios.

¡Toledo y las vegas del Tajo en acampada! ¡Gentes y más gentes como piojos en costura! Las vegas y huertas repletas de tiendas donde los aposentadores del rey han asignado a cada mesnada noble o municipal un corral marcado con sogas tendidas entre árboles y cobijas colgadas. A pesar de este desahogo, no queda en Toledo aposento sin cama, ni cama en la que duerman menos de tres, ni camastro con menos de cinco, ni pajar, ni iglesia, ni cobijera donde no ronquen treinta, sin contar a los sanguíneos y colorados que, por los grandes calores, prefieren dormir al raso, bajo las estrellas. ¡Y cada día arriban nuevas mesnadas!

Como si todo el orbe concurriera a la voz del pontífice, en Toledo, nueva Babel, pululan forasteros de variadas parlas, raros atuendos y armas de variada guisa. Los taberneros hacen su agosto y las putas nunca se vieron más cortejadas. Muchas anidan sueldos debajo de las baldosas, en cavas de corral o en escondrijos de tejado para los tiempos menguados de la vejez. Hasta la Palazona, esta que veis aquí gordifofa, con unas lorzas entre las que podría esconderse un celemín de trigo, los pelos de la cabeza pocos y alheñados, la nariz chica y aguileña, boca desdentada y felatriz, pulso pajillero, hasta ésa, os digo, ha puesto tenderete de placeres detrás de tapias derruidas, retretes de pellejerías y otros lugares desaguisados.

El mayordomo mayor de la cámara del rey que ha de administrar los dineros de la cruzada, don Manuel López Payer, anda como loco con una cuadrilla de contadores y notarios llevando las listas de los bastimentos, los conduchos y las talegas. ¡Tanta boca que mantener! Y no penséis que se conforman con lo que obtienen de la mesa del rey. En los cerros sólo veréis almendros sin allozas, algarrobos sin algarrobas, madroñeras sin madroños; en las huertas, granados sin granadas, higueras sin brevas, manzanos sin pomas: la hueste se come la fruta verde y antes de sazón. ¡Cagaleras y cámaras por los rincones, en los zaguanes, en las callejas angostas!

Algunos toledanos ganan sus dineros de la concurrencia, pero otros se quejan que ojalá volvieran los tiempos idos. Las gallinas, las liebres y los conejos nadie recuerda cómo eran; gatos y perros andan por las perolas y aún se teme que faltarán.

¡Toledo aprestándose para la batalla! Vierais sus callejas, sus plazas y altozanos llenos como en romería con gentes de toda condición y menester en gran mezcolanza y hermandad: caballeros, clérigos, mercaderes, peones, armeros, herreros, lorigueros, silleros, cesteros, carpinteros, sederos, pasteleros, barreros, albardoneros, carreteros, recueros, coimas, tratantes, mercaderes, ruanos, labriegos, guarnicioneros, pajareros, descuideros, mirones…

Vierais pasar a los arzobispos de Burdeos y Narbona y al obispo de Nantes, el que lee con cristal de aumento, con sus séquitos de curas rollizos y pajes damiselos, sus sombreros granates y sus cordones y motas colgando de las sienes por el pecho, desparramadas por la panza. Los vierais en mulas mansas y engualdrapadas con los colores episcopales; los vierais con grave continente, acaso bendiciendo, guantes de seda rojos, anillos pedreros, dedos amorriñados, gordos, gruesas cervices manifiestas de buena crianza. Vierais detrás de las dignidades aquellos séquitos de pajes y coperos y doncelicos en flor, tiernos esfínteres, capones que loan a Dios con voces blancas en las capillas catedralicias, que suspiran entrados en las cerradas sacristías.

¡No penséis que todo es excelencia y boato! Antes bien, al calor de la cruzada, la ciudad se ha llenado de chusma y con ella de maleantes que malean. Casi todos los días pregonan y ahorcan a alguien, con gran concurrencia de mirantes, y luego reparten sus cuartos por las puertas de la ciudad.

Capítulo XLIII (43)

De cómo don Simón y la compaña entran en Toledo y van a ver a la reina Leonor, la gentil

¡Mañanita de mayo, soleada y pajarera, cuando florece la rosa y encaña el trigo, cuando incuba el martinete en las riberas y las cetonias sobrevuelan las flores! ¡Mañanita tempranera cuando los hornos huelen a pan reciente y se perfuman quemando tomillo antes de la nueva hornada!

¡Cerrad los ojos! ¿No percibís, en la fresca brisa, los aromas del verde cañaveral? Abridlos ahora para ver a nuestros amigos que van a Toledo a besar la mano de los reyes. Don Simón delante, departiendo con don Gualberto, en dos buenos jacos, muy señores, la mano en el cuadril, bonetes de terciopelo, dagas al cinto. Detrás, las damas en sendas mulas, a mujeriegas, chapines bordados en los pies, doña Ermengarda con un brial de terciopelo y perlas, tapada por un manto de cabalgar; doña Eliabel de saya y garnacha escotada. ¡Qué hermosas van, arrastrando con ellas miradas y pensares de pecado!

Ved al niño Gahete graciosamente vestido de paje con capilluda y zapatos que les lleva las riendas, feliz y risueño con su buena mudanza. Ved con él a Gozo, con su pelado de bacinete, que le deja ver el cogote blanquecino sobre la potente cerviz.

¿Oiremos qué dicen? Don Simón y don Gualberto parlan de caballerías y países lejanos donde una mujer hermosa vale una libra de pimienta; doña Ermengarda alecciona a doña Eliabel sobre amores divinos y humanos. La joven dueña la escucha como el

discípulo al maestro y a ratos muestra la color subida de un sonrojo pues la abadesa, con mucha intimidad, le abre el cofre de la ciencia galana. Torna don Gualberto la cabeza para mirarla y la encuentra más descansada, casi feliz. ¡Noches blancas de amor, cómo se manifiestan en la lozanía de la piel y el brillo de los ojos y la bermeja color de las mejillas y los labios!

Por los ojos del caballero pasa, como una sombra leve de congoja, el recuerdo de aquella otra, en tierras lejanas, los desiertos, las montañas, los bosques que en el recuerdo palidecen pero nunca acaban de borrarse.

Acá pasan la puente de Toledo, memorable obra de romanos, de piedra sillar, que salva las aguas bravas del Tajo en un único ojo de cincuenta brazas de ancho. ¡Cómo abre los ojos el niño Gahete para ver la noria colosal, aguas arriba! Creedme si os cuento que el machón que la sostiene es alto y robusto como la torre de una catedral de cuatro campanas. ¡Su rueda de cangilones sube el agua a noventa codos y alimenta dos fuentes de tres caños!

Dejad que vierta una lágrima este pobre juglar cuando rememora el sonido de aquella noria que acompañó sus noches en un tiempo más feliz, la noria en sus vueltas, crac, crac, crac, día y noche, constante. Notad que por el bullicioso día apenas se sobrepone al vaho sonoro de los ruidos artesanos que envuelve la ciudad y sus fraguas, el golpeteo de los yunques, el suspiro de los fuelles, el chirrido de los hierros candentes al entrar en el agua, el traqueteo de los telares accionados por mujeres bajo la supervisión del maestro tejedor, los pregones de los vendedores, la algazara de los mercados, las imprecaciones de los que discuten. En medio de esa barahúnda, los guarnicioneros cosen sus sillas y albardas en los zaguanes; los sogueros trenzan sus sogas en las plazas; los caldereros martillean sus cobres; los rotarios encajan sus ruedas de tres tablas; los olleros cuecen sus ollas; los pelaires adoban sus lanas; los armeros y lorigueros trabajan a destajo, de día con sol y de noche a la luz de fraguas y faraones.

Mirad cómo maese Pedro Lirio, el mallador, remacha los anillos de un almófar babero mientras cuenta al aprendiz las virtudes del viento zamor, que metido en fuelles aumenta la sutileza de las mallas sin restarles fortaleza; mirad cómo maese Andrés de Cañuelo, el espadero, dispone los arriaces y calienta las hojas que ha de engastar en los puños encordados; mirad cómo don Ferrán Tereñes, el *magister yelmorum* del rey, alinea los yelmos bruñidos, brillantes en la tabla del armero, y los compara con la muestra que trajo de Milán. Talleres en concierto, el uno hace las puntas de las flechas, el otro los astiles y los empluma. ¡La corte está en Toledo, donde hay tarea para todos y los perezosos han de volverse diligentes!

Pasan nuestros amigos por el mercado bullicioso de mercaderes, caballeros, labriegos, mozas de mirada intensa, pajes pavones, esportilleros cargados. Las damas curiosean en las abigarradas tiendas, o compran meriendas a un buñolero que acomoda su industria en un hueco abierto en el muro en el que apenas caben una sartén y el escabel alto, un cántaro de agua, un costal de harina y el lebrillo de amasar.

¿No olfateáis los olores de las especias, el de la manteca frita, el del cuero mal curado, el de las lanas mojadas que en madejas teñidas cuelgan de sus altos tendederos de un lado a otro de la calle?

Ved la alcaicería de Zocodover, la hermosa plaza y el mercado de los plateros y de los sederos, un rebullir de ricoshombres, prelados, escribanos, alguna litera llevada por mulas o por fornidos porteadores, oficiales reales seguidos de pajes con arquetas de cuero donde portan los pergaminos y los tinteros. Ved los azafates de los mercaderes, las tiendas de bordados y dijes, de nácares y broches, de pasamanería y terciopelos, de rasos y jametes, de camelín y cendal.

Ved las damas, unas casadas con toca y otras doncellas en cabello, cómo palpan y manosean la mercancía, cómo regatean, cómo se hacen mostrar otra prenda, la prueban, y al final no se quedan con nada sino que dejan el puesto patas arriba.

Mirad esta, que al pasar don Gualberto cerca, enhiesto y caballero en la yegua *Alferza*, le da con el codo a su vecina y le dice, que nadie más la oiga: «Mirad el mozo, dichosa la que lo sienta encima.»

Llegan nuestros amigos al alcázar de al-Mukarram, la posada del rey Alfonso. Descabalgan en el patio enlosado recién barrido y sembrado de juncias que aminoren el olor a meados. A una señal de doña Ermengarda, Gozo le quita de los hombros la capa de cabalgar. Ved cómo resplandece la gentil abadesa y qué bien parece en sus hábitos de terciopelo y perlas más prietos que holgados, donde se denote que bajo ellos hay carnes firmes y bien conformadas. Hoy lleva la cadena de oro por fuera con el dije del «*Amor omnia vincit».*

Pasemos a donde la reina doña Leonor recibe: una sala amplia, gruesas vigas en el techo pintadas de torres pardas sobre fondo bermejo, tapices en los muros, esteras en el suelo. Está doña Leonor rodeada de sus damas principales, las más linajudas del reino, doña Pilar Sicilia de Miguel, bella y muy habilidosa en la danza, doña Soledad Lázaro Llamas, doña Amparo López Aranda, doña María Sánchez Lozano, muy prudentes las tres, y doña Isabel Sancho Rodríguez, la preceptora de los infantes, mujer de muchas letras, discreta, la que enseña a leer al príncipe Enrique, de nueve años, heredero del trono.

No os diré por lo menudo las otras damas de la corte, todas acomodadas y de mucha alcurnia y algunas de muy crecida beldad, aunque otras son feas como pollo de buitre y, en lo tocante a humor, unas bonancibles y reidoras y fácilmente contentas; otras sañudas de natural e inexorables, de las que por cualquier fruslería se enojan y castigan al marido, por muy ricohombre, conde o marqués que sea, a luengos días y aún meses, de continencia, durante los cuales no les consienten que las toquen y menos aún la entera y ardorosa consumación himenea.

Ved a la reina doña Leonor, cómo resplandece en su belleza y majestad no embargante sus muchos partos y trabajos conyugales. Doña Leonor cubre la rubia cabeza con un capiello de armazón de

raso azul y una ajustada toca granate con flores bordadas que sólo deja al aire el contorno del rostro, desde la firme barbilla hasta las finas cejas. ¡Qué excelencia en la belleza! Un brial de fino paño, muy florido como la toca, le baja hasta los pies y por las escotaduras de los brazos asoman unas mangas color trigo que le llegan a las muñecas y aun al dorso de la mano.

Después que el mayordomo los introduzca, la reina sonríe con mucha bondad y dice, en la lengua de Oil, la de los francos, en que se crió de niña:

—Sed bienvenidos a mis reinos y tierras y en esta mi corte y si algo deseáis para vuestra honra o placer os ruego que lo digáis, que prestamente os haré servir de muy buena voluntad.

Palabras que los visitadores acogen con muchas muestras de reconocimiento.

—Señora, ¿me recordáis? Soy Simón de Mercia —le dice el conde.

La reina entrecierra los ojos y examina las facciones del noble caballero.

—Ha pasado mucho tiempo —añade él.

—¡Pues claro! —exclama la reina. Y la alegría ilumina su semblante—. ¡Vos veníais en la embajada que me trajo a bodas!

Al caballero Simón se le llenan los ojos de agua. Murmura:

—Ha pasado mucho tiempo, señora.

La reina le ofrece las manos, finas, blancas, surcadas de venas azules, que el caballero besa de nuevo. La reina tiene ásperas las puntas de los dedos, de los alfilerazos, de bordar.

—¡Más de cuarenta años, mi buen amigo! —dice la reina—. Yo entonces tenía diez y vos…

—Quince, mi señora. Me asombra vuestra memoria.

Contempla don Simón a la reina conmovido. Los continuos embarazos le han ensanchado las caderas y le han extraviado unos cuantos dientes cuyos huecos disimula, coqueta, con otros de almáciga que le talla un orfebre judío. El postizo le imprime a su habla cierta blandura extraña que a don Gualberto le parece musical y agradable.

—Un séquito como un ejército —se ríe la reina—, ¿recordáis? Así se hacían las cosas antes. El arzobispo de Burdeos, los obispos de Poitiers, Cantón y el Perigord, acompañando a una niña.

—Y los de Bazas y Dax, señora.

—Y no sé cuántos caballeros de Normandía, Bretaña y Gascuña —ríe la reina—: un ejército. La buena de Sancha nos miraba con preocupación calculando el gasto de alimentar a tanta gente. Pero sentaos a mi lado. Traed un escabel —ordena a sus damas.

—Señora, mi hermana Ermengarda, abadesa de Fontevraud, me acompaña, y doña Eliabel de Tours, esposa del conde don Hugo de Tours, que concurre a la cruzada, y el caballero don Gualberto de Marignane, que ha luchado en Oriente…

Besan la mano de la reina que los hace sentar en almohadones. El resto de la tarde, la reina y el caballero don Simón comparten los recuerdos de los días lejanos.

Al despedirse, ya de noche, con hachones encendidos en los aposentos reales, la reina le regala a don Simón un buen caballo y dos mulas de carga.

Capítulo XLIV (44)

Donde el rey Alfonso conversa con su alférez mayor

A dos leguas de Toledo, por los montes de encinas, acebuche, algarrobo y zarzal, el rey Alfonso de Castilla regresa de una partida de caza, gran matanza de bestias montesinas, con el gerifalte cetrero en el puño y los lebreles de presa y otros canes y sabuesos alrededor.

Vedlo en su apariencia terrenal: un hombre maduro y fornido, no mal parecido, colorado de tez, de frente amplia y poderosa nariz; el cabello entrecano y la barba corta, a usanza militar. El rey de Castilla es hospitalario y dulce, juicioso y valiente, cortés y experto caballero. No ha sido ungido ni consagrado, como los reyes de Francia o Aragón, pero está coronado de méritos, de buen juicio, de lealtad, de valor y de arrojo.

¿Habrá en la Cristiandad o en la paganía un hombre tan probado de trabajos como éste? Huérfano desde los tres años, creció sin afectos, en manos de ayos poderosos, los ricoshombres del reino, primero los Castro, estevados y naso-luengos como ellos son, después los Lara, rubiascos y cabezones, grandes estirpes de Castilla, rivales a muerte, que se disputaron su tutela, más por las riquezas y mercedes que la regencia entraña que por amor del niño.

No hace falta que os recuerde, puesto que os veo gente discreta y avisada, que el que tiene el mando favorece a sus parientes y en

su cámara duerme el arcón del tesoro; ahí está maese Chávez que no me dejará mentir.

Vedlo cabalgar al rey. Cuando sale de caza no usa la silla viajera sino la de arzón alto, por descansar los riñones. Diréis que Alfonso ha cumplido cincuenta y siete años, edad más que sobrada para quedarse al calor de la lumbre, con una nieta que le guise sopas de vino. Lo sé. Pero es el rey y tiene una cuita que le corroe el corazón: vengar la rota de Alarcos, el mayor descalabro de cristianos jamás visto en los reinos de España desde que los moros desbarataron a Rodrigo, el godo. No piensa en otra cosa el buen rey, haga frío o calor. Hasta cuando se solaza con la reina, no puede apartar de su pensamiento aquel día aciago y su recuerdo lo destempla y le pone la natura morcillona y no dura y pétrea como corresponde a la varonía de un rey.

No quiere don Alfonso abandonarse a la apacible y achacosa vejez hasta que desbarate a los moros en una batalla campal que borre el recuerdo de aquella que le ganaron. Para eso vive y no para otra cosa. En medio del jolgorio, mientras los otros ríen o huelgan, él se entristece con ese pensamiento que no lo abandona en sus días ni en sus noches. También pudiera ser que se duela de la muerte de su heredero, Fernando, al que mucho amaba, aunque a veces se consuela pensando, en su corazón, que quizá Dios se lo ha arrebatado a cambio de la victoria que va a darle.[16]

El duro Dios es, algunas veces, difícil de entender, el que mandó a Abraham degollar a su hijo Isaac.

Ese es el rey de Castilla. Mirad ahora al que cabalga a su lado, el de las espaldas anchas, la barba rojiza entrecana y la nariz y los ojos de águila. Es el alférez mayor de Castilla, don Diego López de Haro, que también lo era cuando la rota de Alarcos, que muchos le achacan. Don Diego, que mandaba las tropas el día del desastre, padece en el ánima la misma espina que el rey.

Tiene don Diego una de las mejores mesnadas de Castilla, gente áspera y sufrida que se dejará matar por él. Los ricoshombres de

Castilla, incluso los Castro y los Lara, aunque sean más poderosos, procuran congraciarlo porque es mal enemigo. Cuentan las lenguas que una vez una diablesa quiso ayuntarse con él, con don Diego. La cosa es que estando un día en la parada del monte, aguardando jabalí, oyó cantar muy melodiosamente a una mujer en somo de una peña. Le preguntó quién era y ella le dijo que de muy alto linaje, mas no su nombre ni condición. Don Diego le pidió bodas y ella accedió con la condición de que le prometiese que no se santiguaría nunca jamás delante de ella ni ausente. Lo prometo, dijo él, y con eso le permitió entrar en ella muy deleitosamente. Esta dama era muy hermosa y muy bien hecha en todo su cuerpo, salvo que tenía un pie de cabra. Vivieron gran tiempo juntos y concibieron dos hijos, varón y hembra, y llamóse el hijo Íñigo Guerra. Luego ella se departió con sus hijos y no volvieron a aparecer.

El rey ha cabalgado un rato en silencio. Oiréis ahora lo que le habla a don Diego:

—Me duelen las rodillas, Diego, y los cojones se me han descolgado y me estorban cuando cabalgo y hasta cuando me vuelvo en la cama.

—Señor, eso nos pasa a todos con la edad —le dice don Diego.

—Cuando era joven —sigue el rey—, podía perseguir a un jabalí hasta agotarlo. Ahora, me cansa.

—Ya no somos jóvenes, rey.

Don Alfonso se abisma en sus pensamientos. Pasan por delante de Mazarabeas, el lugarejo donde buenos ajos se crían. Yo lo conozco. Por eso lo he pintado así. No es más que unas pocas casas de barro en torno a una iglesia de piedra.

Los labriegos que ven llegar la comitiva con estandartes en las lanzas, señal de gente poderosa, interrumpen la labor y se quitan la gorra. Algunos se arrodillan, por si entre los monteros fuera algún obispo.

—No pasa día sin que piense en Alarcos —dice el rey al cabo de un rato—. Aquel día aciago, huyendo; aquella noche negra, por caminos inciertos. Cualquier cosa que veíamos nos parecía el moro que nos alcanzaba. Desde entonces no he tenido ni un día de paz, lo juro. Han pasado tres lustros, pero lo tengo clavado aquí —se señala la frente—, como un clavo al rojo. Como si fuera ayer, sin olvido, y cuando lo pienso me sabe la boca a sangre.

El alférez real no dice nada. También él piensa en la desbarata de Alarcos, cuando huyeron del campo. Sonroja a don Diego el recuerdo de la huida, dejando en la estacada a muchos buenos caballeros, abandonando los muertos insepultos a los perros y las alimañas del campo. Ahora, por la cruzada del papa, van a enfrentarse en batalla campal al nuevo rey de Marruecos, hijo del que los desbarató y les llenó la boca de polvo. Han planeado la campaña muy menudamente, pero a pesar de todo, las dudas sobre la batalla los reconcomen. ¿Qué corazón, por animoso que sea, estará libre de zozobra al barruntar que pudiera repetirse lo de Alarcos?

—Aquel día debí hacerte caso —se reprocha don Alfonso—. Debimos esperar a que se nos unieran las tropas de León, que estaban ya en Talavera.

—Y a las de Navarra y Aragón, rey —añade don Diego, áspero.

El rey asiente y suspira.

—Me precipité. Cuando supe que los dañinos moros habían pasado el Congosto, que estaban ya en Castilla haciendo sus racias y sus ricias, me pareció que mi honor no podía sufrirlo. Ahora mi honor lleva dieciséis años sufriendo que estén detrás de esos montes. El Criador ha castigado mi soberbia.

Don Diego López no dice nada. Malos recuerdos despiertan. La vergonzosa huida hacia el castillo, que tuvo que rendir a los pocos días, el abusivo rescate por su libertad, los caballeros muertos en la florida edad, muchos de ellos sus amigos y parientes.

Camino de Toledo, el rey y su alférez no tornan a cambiar palabra. Cae la tarde y el horizonte se abermeja. Mira el rey, sin verlos, los campos de su reino, las aldeas miserables, las chimeneas sin lumbre, la vida escasa y trabajosa de sus súbditos. Piensa en Alarcos y ante sus ojos pasa, como ante los vuestros ahora, la pintura de los maltrechos fugitivos de la batalla, mira a los que se retiran abatidos y contritos, mira los carros de heridos, escucha los gemidos de los dolientes, los ayes de los moribundos, rememora el pavor de sus súbditos, cuando, a la llegada de las tristes nuevas, los pueblos se vaciaban, los caminos de largas caravanas huyentes a Toledo.

Quedó el reino indefenso y entregado. Los moros, en pocos días, le tomaron Malagón, Benavente, Calatrava, Caracuel y hasta veinte castillos.

Rememora el rey los trapos verdes de los moros, las mulas con cascabeles y motas, los turbantes, las caras demacradas, oscuras, los dientes lobunos, las faces torvas llenando los altozanos a la vista de Toledo. Quiso Santa María que no atacaran la ciudad, pero ¡ay, del campo y de las huertas, las despensas y el solaz de reino! Estos los estragaron a su sabor. Desde los muros, los refugiados contemplaban la devastación llorando amargas lágrimas, ¡lleno el cielo con el humo que se elevaba de los pueblos y de los campos que incendiaban los paganos!

Alfonso dolorido. ¿Quién o qué sosegará su pena? Después de todo, se reconforta, Santa María veló para que no asediaran Toledo porque, de haberlo cercado, con tantas bocas que alimentar, no hubiera resistido más de un mes. Hartos como buitres después de una batalla, los moros se retiraron a Sevilla, a celebrar su triunfo, y el vencedor se tituló al-Mansur Billah, que en romance viene a decir «el victorioso por Alá». Mientras, Castilla se lamía las heridas y no había casa sin luto, pues la flor de los caballeros había perecido o estaba cautiva en Marruecos. Los feroces moros señorearon el valle del Tajo, devastaron Extremadura y La Mancha, quemaron y

saquearon Montánchez, Trujillo, Plasencia, Talavera, Escalona y Maqueda.

Cada uno de esos nombres es un dolor para el rey.

Capítulo XLV (45)

De las razones que tienen doña Ermengarda y doña Eliabel

—Hija mía —dice doña Ermengarda—, los hombres lo enredan todo y sólo nosotras lo desenredamos y arreglamos. Mira a la reina doña Leonor: se casó con el rey de Castilla y, cuando vino de Francia, se encontró en una casa envenenada por la enemistad entre los dos primos, los dos Alfonso, el de Castilla, su marido, y el de León. ¿Qué hizo? La razón principal de la pelea eran las villas y castillos del Infantazgo, las mejores tierras de pan que tiene Castilla, si es que no son de León (un pleito antiguo, enquistado). Ella convenció al rey, su esposo, para que acordara el matrimonio de su hija Berenguela con el rey de León y llevaría como dote los castillos en litigio y la tierra del Infantado. Así se arreglaba la calentura, sin guerras, en la cama.

¿Qué pasó? El papa Celestino III, que, aunque vistiera falda no dejaba de ser otro hombre, desautorizó el matrimonio, y su sucesor, el presente Inocencio III, lo volvió a desautorizar y no contento con ello, como don Alfonso y Berenguela seguían viviendo juntos y tenían ya varios hijos, lo excomulgó y puso el reino en entredicho. ¡Testarudez de los reyes y testarudez del papa! De los papas porque ¿qué más da que los consortes sean primos, si son hombre y mujer y se entienden? De los reyes porque ¿qué trabajo les hubiera costado sobornar al papa y ganarse su voluntad? Los papas están hartos de autorizar bodas entre primos. Solamente hay que untarles las manos con una cantidad proporcional a la importancia de los demandantes. Un soborno al Santo Padre será siempre más barato

que esas guerras en las que los reyes consumen sus energías y el dinero y la sangre de sus súbditos.

Doña Eliabel asiente a las palabras de la abadesa, con el pensamiento distraído. Esta noche duerme aparte y recibe en sus brazos a don Gualberto. ¿Se bañarán en el río cuando todos duermen, en el remanso que hace detrás de los palacios de la Galiana? Los dos desnudos en el río, sus manos inquietas como truchas y la voz de él en su oído susurrando requiebros. ¿No es éste el paraíso? «Estar contigo, en mis cueros, dentro de ti, ser tuyo, ser tú yo. Si fuera cera, si pudiera derretirme en ti, esfumarme, abrirme el pecho, meterte dentro, que te alimentaras de mi corazón.» Don Gualberto la enseña a amar con muchos deleites nuevos acá ignorados que aprendió en Oriente, no sólo el mentado en que los labios del amigo besan y se solazan con los labios de la natura de la amiga.

Capítulo XLVI (46)

Del pagador real don López Payer y de sus cuitas

Noche de luna creciente. La chopera del Tajo simula formas fantasmales. Cantan las ranas. Resuenan los cascos de la tropa en el empiedro oscuro del arrecife. Alfonso, agotado de la jornada, pero derecho en la silla, los riñones apretados contra el arzón, mira las altas luces de la ciudad, estrellas amarillas que fingen un firmamento en lo oscuro de la peña.

—En la batalla campal hay mucha incertidumbre —se dice pensando en lo único que ocupa sus mientes—, pero ésa es la memoria que dejaremos de nosotros, una victoria que redima Alarcos o una muerte honorable.

Don Diego le adivina el pensamiento. En lo oscuro, sus palabras suenan como un lamento del hombre de gran ánimo que jamás se lamenta:

—Me duele tanto como a ti, rey.

Ninguno pronuncia la palabra Alarcos. No es menester. Con el dolor de ella se despiertan y se acuestan cada día.

Llegando a Toledo, noche ya cerrada, se une a la partida real el aposentador y pagador López Payer, que ha salido a recibir al rey y darle nuevas de sus muchos agobios.

—Dos mesnadas de ultrapuertos, de los del rey de Aragón, señor, ya están aposentadas en el río.

—¿Y de Castilla?

—Siguen llegando, señor. Más no podemos hacer.

Don López Payer, grande y colorado, caballero de fina nobleza, dirige la oficina de los contadores del rey. Hoy mismo le ha llevado las cuentas al mayordomo real don Gonzalo Rodríguez, el cual lleva meses que, en hablando de dineros, el ojete se le tensa como piel de tambor y es ver asomar a don López y palidece como si viera al demonio. «¿Más cuentas traéis, don Manuel?», se le queja. Y don López Payer le dice: «Más cuentas, don Gonzalo, y sabed que las batallas las ganan las cuentas sobre conduchos y arreos, antes que las armas.»

—Bien lo sé, don Manuel, pues con enojosa frecuencia me lo recordáis, pero ¿qué otra cosa podemos hacer?

—Refrenar los desmanes —dice don López Payer—. Muchas expensas se van en fiestas, en convites, en partidas de caza, regalos y lujos superfluos. ¿Qué me decís de los nobles desdinerados que no tienen más heredad que un linaje huero y sus tripas vacías, aunque se resisten a admitir que sólo vienen por la ganancia, no por devoción? ¿Cuándo hubo tantas fiestas en Toledo? Esto se ha llenado de trovadores adamados, todos comiendo a mesa y mantel a costa del rey. El tesoro mengua y a este gasto no se le ve el fin. Temo que tentemos el fondo del arca antes de que Pentecostés llegue y salgan las huestes al moro.

Estas y otras cuitas desgrana el contador mayor, que lleva meses sin dormir, o durmiendo poco en la procura y pesadumbres de su oficio. No hallaréis en la curia real un oficial más cumplidor y puntilloso, por eso el rey lo aprecia y lo recibe con agrado. Sabe el rey, aunque su munificencia caballeresca aparente ignorarlo, que antes de moverse de Toledo, ya la hueste cruzada ocasiona enormes gastos y el tesoro real anda menguado y en quebranto. Don Alfonso ha amonedado cuanto oro y plata tenía y ha cambiado prestaciones por tributos en grano o caballos, pero aun así no basta.

Se han requisado los caballos aptos para la guerra, otros se han comprado en León y en Portugal, así como innumerables mulas y

jumentos para el transporte. Cada día llegan a Toledo carros cargados, y don López Payer los asienta y guarda en los corrales del rey, sordo a los reclamos. Toda acemilería será poca para cargar la impedimenta de tanta hueste.

Habéis de saber que el noble rey de Castilla, don Alfonso, es hombre generoso y sufraga con largueza los gastos y consumos de cuantos llegan de ultrapuertos como si fueran propios suyos, los del Poitou y de Gascuña y de Provenza y de otras partes, como los del rey de Aragón, su pariente y amigo, gente de mucha andorga y diente libre, poco usada a la continencia y austeridad que en Castilla se estila. Es tal la cantidad de oro que se gasta de continuo en sueldos, pesebradas y bastimentos de boca que los contadores apenas dan abasto a contar y pesar las monedas. Además de los consumos cotidianos, el rey ha mandado mucho numerario a su primo, el rey de Aragón, para redimir sus muchas deudas y obligarlo más.

—Las mesnadas de los nobles de caldera se mantienen a sus expensas, pero no imagináis el gasto de las milicias concejiles que llegan de las ciudades. Y aún me avisan de que quedan por pregonar el fonsado en los lugares chicos de los que puede venir otro tanto —se lamenta López Payer entrando con el rey por la puerta de la Bisagra—. Temo que no haya bastimentos ni pastos para tanta gente y bestia.

—Yo avisaré que anden con tiento, Manuel —le concede don Diego, que no se despega del estribo del rey—. No necesitamos gente inútil a la que alimentar, que luego ya sabemos lo que pasa: llegado el combate, los flacos embargan a los fuertes y los cobardes de poco esfuerzo arrastran a los buenos en su fuga. Piensas que tienes algo y resulta que no tienes nada. A estas tropas que no valen nada, mejor cobrarles su fonsadera y librarlos de venir a entorpecernos.

—¡Ahí está el daño, don Diego! —dice don López Payer—. Que se ha corrido que pagamos veinte sueldos diarios por caballero y cinco

por peón y muchos se alistan por la ganancia, más que por devoción.

—Os designaré más sargentos de armas que examinen a los voluntarios —dice don Diego—. Los inútiles que se queden en el campo trabajando por los que faltan o, si quieren, que vengan de herberos, pero a sus expensas. De la talega del rey que coman sólo los jóvenes y fuertes y aun así despediremos a los que, después de una semana de brega, se vea que desfallecen.

El aposentador asiente y demanda licencia para retirarse, que el rey le otorga.

Capítulo XLVII (47)

De don Gualberto y doña Eliabel, que ahondan en amores

¡Día del gran deleite para marcarlo con una roja minial en el calendario de las fechas! Don Simón está en una junta del consejo de los francos, al otro lado del río; Doña Ermengarda ha ido a Toledo, con Gozo, a buscar salfumán en las boticas del rey, pero antes ha enviado al niño Gahete que avise a don Gualberto para que no deje sola a doña Eliabel, con tanto truhán suelto, pues las tiendas de los acampados llegan ya a las Azucaicas y a las Ramabujas.

Doña Eliabel se ha puesto hoy sayo encordado de tafetán verde para que su amigo la vea en su belleza y disipe cualquier tristeza del corazón. Miradla en el aposento de la Galiana, el que da al huerto, bajo la tamizada luz de la higuera. Busca en secreto afán que su amigo pueda admirarla en su belleza y alegrar su corazón. El día se engalana juntamente en otras hermosuras. Sólo rompe el silencio el piar de la pajarería y el zumbido de los alados insectos, entre las brevas maduras. Don Gualberto ha despedido a Gahete, que gusta de estar donde los trovadores, escuchando cantares que pone en su memoria y luego recita como ellos. Cansado de los armados ejercicios con que los caballeros madrugan el día, se pasa una toalla húmeda por los sudores y se tiende en el lecho, la cabeza rendida en el regazo de ella, que blandamente hurga y despioja con desvelo materno y ternezas de amante.

Salen luego al devastado huerto y un nuevo beso más hondo los arrastra al lecho de hierba. Se olvidan de tomar los frutos. Allá queda el cestillo abandonado. ¿Qué mejor y más dulce miel que la que en sus almas llevan? ¿Qué mayor alimento que el de sus cuerpos saciados? ¿Qué mejor alfajor que el espasmo placentero? ¿Qué dicha excelsa puede compararse?

Arremete en sus besos don Gualberto y descuerda la saya de su amada. Con devoción de jubileo le recorre el cuerpo demorándose en las partes más secretas y en las blancas orografías parejas. Descansa un poco en las colinas de nieve, comparando los pezones rosicler con sus delicadas areolas de nardo. ¡Oh, prado del amor tan verde y florido que ni pintándolo podría mejorarlo!

¡Ved las potencias del amor: las ruinas de las casas de la Galiana, tornáronse en palacios esplendentes! ¡La retama seca reverdece en deleitoso prado florecido!

Terminada la misa del amor, la dama se ajusta la saya, se sacude las haldas, se compone el tocado desatacado. Con finos dedos aún trémulos remete en su apretada cofia de dueña las guedejas doradas escapadas en los ardores del fornicio.

En la cámara beben los dos hidromiel que pasan de boca a boca. Luego de la segunda lanza ardorosa en la liza del amor, aplacados los cuerpos, ella dice:

—¿Qué será de nosotros? Pronto vendrá don Hugo y no podremos encontrarnos.

Silencioso, don Gualberto le acaricia la nuca sudorosa.

—Mirad, hermana y esposa mía, tras la campal batalla nada será igual. No sabemos lo que la ventura nos destina. Aguardemos y después decidiremos lo más cumplidero.

Doña Eliabel mira a su amigo con los ojos arrasados de agua.

—¡Después de conoceros no soportaré vivir junto a don Hugo! ¡Ahora he aprendido lo que es amor y vivir a pleno corazón y no me acomodaré al infortunio pasado! ¡Huyamos a esas tierras que vos

conocéis, donde no sepan qué es Francia, donde nadie pueda buscarnos!

Don Gualberto, silencioso, piensa en las estepas búlgaras, en las tierras del kan, en los palacios y en los jardines donde una vez fue feliz, con Anna Comnena, la princesa tan triste y tan hermosa, a la que mantuvo presa en una jaula de oro hasta que su sangre real se rebeló y voló de su lado.

Capítulo XLVIII (48)

Donde el arzobispo Jiménez de Rada conversa con el canónigo donjuán Higueras

Afanes y cuidados, sueños y esperanzas, ¿de qué otra sustancia se compone la trabajosa vida del hombre sobre la tierra? Apenas nacemos, ya hemos crecido y en ganarnos el pan gastamos la vida y en hallar corazón que nos ampare, ¿hay otra cosa que mueva el mundo?

Dos clérigos de mucho lustre y gran tonsura pasean por el arrabal de Toledo, orillas del Tajo, donde los baños de la Cava. Van solos y confidentes, los pajes siguiéndolos con las mulas a veinte pasos, donde no oigan lo que conversan. Este hombre cenceño, de buen porte y anillo de mucho precio es el arzobispo don Rodrigo, gran señor al que el rey escucha y estima en el consejo; el otro es el canónigo donjuán Higueras Maldonado, su secretario de cartas latinas, maestro de la escuela catedralicia, hombre muy versado en escrituras antiguas, y de recto juicio, además de bien parecido y de trato agradable. Oíd qué dice don Rodrigo:

—Castilla es más que León, pero esa grandeza que ya resplandece en su nobleza no es todavía visible en su Iglesia. El arzobispo de Santiago, cabeza de la Iglesia de León, tiene una gran catedral, la tumba del apóstol y las rentas del voto de Santiago, mientras que nosotros ¿qué poseemos? Poca cosa. Una antigua mezquita medio derruida, en la que no queda una losa sana, es lo que yo llamo mi catedral y las escasas rentas de unas pocas tierras que dan apenas para reparar los tejados. Los canónigos de Santiago

son grandes señores en arreos y criados, vosotros, los de Toledo, bien me importunáis porque queréis ser como ellos, pero ¿de dónde hemos de sacar cuando no hay? Yo me he propuesto que no seamos menos, para lustre de Castilla y de nuestra Iglesia: que tengamos un gran templo, dotado con famosas reliquias, una gran archidiócesis y un saneado patrimonio. ¿Sabéis lo que anhelo? Construir una catedral semejante a las que levanta el arzobispo de París. Me han traído trazas de las que se están construyendo en la Isla de Francia y en Normandía: ¡Templos maravillosos en los que resplandece la grandeza de Dios!

Donjuán Higueras, tras ardua reflexión, objeta:

—Eso requerirá grandes cuentas de dinero, monseñor.

—¡Lo tendremos! —dice don Rodrigo—. ¿De dónde crees que los francos costean sus catedrales? De la cruzada contra los cataros. Están conquistando el Languedoc y la Provenza. Nosotros conquistaremos la tierra de los moros. Nos cuesta de nuestro numerario, lo sé, y sé que la clerecía de Castilla, las canongías y los monasterios andan quejosos conmigo porque he decretado que cedan a las arcas reales la mitad de sus rentas de este año. ¿Hemos de quedarnos acaso al margen mientras los caballeros ponen sus vidas en el tablero y el pueblo padece hambruna para mantener la guerra? ¡Es una cruzada predicada por el papa! ¡Mal estaría ver a los clérigos retraerse y no esforzarse! ¡Por la salvación de mi alma que tal no ocurrirá en mi pontificado! Nosotros también somos caballeros y pueblo, y como tales hemos de esforzarnos. Esta cruzada no es para tomarles dos o tres castillos a los moros, no es una espolonada que luego queda en nada, cuatro vacas y unos costales de escanda. ¡Esta vez el esfuerzo es mayor! Con la ayuda de Dios, desbarataremos a los moros en batalla campal, les tomaremos toda Hispana, como nos pertenece, recuperaremos cuantas tierras fueron de los godos y la archidiócesis de Toledo crecerá hasta el mar. ¡Nuevos pastos de hierba fresca para las ovejas, los encinares del Guadalquivir para criar cochinos, ciudades bien abastecidas donde fundar ricas parroquias, Juan! Si ganamos esa batalla, nos sobrará

dinero para levantar aquí la más hermosa catedral de la Cristiandad. ¡Seremos más que Santiago, como debe ser, así como Castilla es más que León!

—Nuevas diócesis y nuevos obispos… —observa don Juan—. Si Dios se sirve permitir que ganemos la batalla.

El arzobispo se detiene. Mira a su canónigo con una mirada paternal. Confía en él más que en ninguna otra persona.

—¡Hagamos virtud para que así sea, Juan, pero si la perdemos habrá también nuevos obispos! En una batalla campal se renuevan los escalafones. En la de Alarcos perecieron Ordoño García de Roda, el obispo de Ávila, Pedro Ruiz de Guzmán, el de Segovia, y Rodrigo Sánchez, el de Sigüenza, aparte de maestres, abades y canónigos en número notable. ¡La Iglesia debe dar su sangre cuando es menester!

Con esto se despide el canónigo Higueras y marcha a sus menesteres mientras don Rodrigo, mudando su camino, anda a la iglesia de Santa María y entra en el escritorio en busca del maestro de obras don Luis Berges Roldán, hombre muy perito en edificios y labores de piedra, y de maese Pedro Galera Andreu, sabedor de todas las trazas del arte, así de España como de los otros rincones de la Cristiandad y aún si me apuráis de la morería, a los cuales señores los encuentra abismados sobre las mesas de labor, cogitando y poniendo en traza las ideas. El arzobispo los saluda y se va derecho, ellos tras él, a un tablero de piedra cubierto de una lechada de yeso sobre la que, con cartabones, compases y bramantes, están dibujados los trazos de la catedral. ¡Cómo se recrea don Rodrigo en los dibujos mirándolos como si ya estuvieran levantados en piedra! ¡Imaginaos una catedral digna de la sede del reino, en estilo francés!

—¡Esto es lo que quiero! —exclama don Rodrigo—. ¡Belleza y grandiosidad para la casa de Nuestra Señora! Un edificio que esplenda y alumbre más que ninguna otra obra de cristianos en los reinos de España.

A lo que maese Luis Berges Roldán, conocedor, como discreto, de la famosa avaricia del prelado, avisa:

—Eminencia, esta catedral de Toledo, tal como me habéis mandado trazarla, valdrá una millonada.

—La madre del Redentor, Nuestra Señora, no se merece menos —replica el arzobispo.

Capítulo XLIX (49)

De lo que escribe el arzobispo don Rodrigo en su cámara

Ved acá esta cámara austera de paredes desnudas si no fuera por el Cristo sangrante que pende del muro y el estrecho camastro arrimado a la pared y la mezquina mesa en la que el arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada escribe: «Y comenzó la ciudad regia a atiborrarse de gentes, sobreabastecerse de lo necesario, significarse por las armas, diferenciarse por las hablas, distinguirse por los atuendos, pues el ardor de la batalla hacía confluir en ella una diversidad de pueblos de casi todos los rincones de Europa.

«Aunque no era fácil gobernar una muchedumbre tan abigarrada, tan distinta, tan opuesta, ni siquiera para el más paciente, sin embargo, el noble rey, con su gran corazón, todo lo llevaba con tranquilidad, todo con quietud, todo con justicia, de manera que el aburrimiento lo trocaba en virtud, superándolo con alegre semblante; las palabras desmesuradas tornaba en mesura con su mesurada respuesta; la ceñuda charlatanería de la ambición la transformaba en alegre discurso con su generosa mano; con simpática camaradería participaba en las paradas militares, sin que se resintiera un ápice la gravedad del porte real.»

Capítulo L (50)

De cómo don Gualberto se emplea en adiestrar a la peonada

Mientras el arzobispo de Narbona viene a Toledo y media en su pleito, don Gualberto no quiere ser gravoso a la hacienda de don Simón, su amigo, del que tantas mercedes recibe. Por eso se ofrece como maestro de armas para entrenar a las mesnadas de labriegos y artesanos que de continuo llegan de los pueblos, ayunos de milicia y más hechos a la mancera del arado que al puño de la espada. En el llano de La Peña, cabe los palenques donde justan los caballeros, queda un campo despejado para que los sargentos del rey instruyan a los peones en los rudimentos de la lid, unos para piqueros y otros, los que más tino tienen, para arqueros y aún algunos para caballeros montados, los que, aunque más hechos a rústica albarda, muestran alguna habilidad en la silla de arzón.

Los hombres trabajan de firme con las lanzas y las espadas hasta media mañana. Aprenden a clavar el chuzo en el haz de cañas, girar la muñeca, sacarlo; tirar el venablo, esquivar el golpe, estorbar al adversario y cuantas tretas son necesarias para tratar con el moro enfurecido. Los sargentos se desgañifan abroncando a los torpes y de vez en cuando les descargan un planazo de espada en las costillas. Ardua tarea es la de convertir en guerrero a un ganapán en un mes o poco más.

A media mañana, estando el sol alto, suena la corneta de ración, cesan las armas y se acoge cada cual a su mesnada para el yantar. Repartido el pan, el vino y el tocino por los oficiales de mantenencia,

los hombres se retraen a la sombra de los árboles hasta que otro trompetazo los devuelve al palenque.

Vierais a don Gualberto en jubón y calzas ordenar las haces e instruir a los lanceros, viéraislo enseñar las artes del cuchillo, los golpes corporales y sus paradas; viéraislo mostrar los golpes mortales en las venas madre del pescuezo y el muslo dentro, las añagazas de tirar a los ojos para que el adversario levante el escudo y deje espacio para entrarle por el vientre. Viéraislo enseñar a armar el arco en un instante: con la mano derecha lo agarráis, así, apoyáis la punta encordada en el pie derecho, que no se mueva, así; y apretáis hacia abajo para que se curve, más que con la fuerza del brazo, con el peso del cuerpo, así, como el que se apoya en un bastón, ¿lo veis? Mientras tanto, la otra mano ha sacado una flecha de la aljaba, así, con las plumas entre los dedos índice y corazón, toma el extremo del cordel y lo lleva al engarce, así; ahora desciende hasta el centro del arco, cambia la flecha a la mano derecha y si los pies están bien afirmados en la tierra ya podéis disparar, así.

Vierais partir la flecha del arco que empuña don Gualberto y la vierais clavarse en el saco de paja a treinta pasos.

—A ver, Fulano, sal aquí; toma el arco, encuérdalo y tira. Esto hay que practicarlo mucho, naturalmente, así que vamos a ello. Hay que hacerlo en un santiamén.

Otra vez les dice:

—El peón debe combatir en los entrenamientos como si ya estuviera en la batalla. Sólo de esa manera pelearéis en la batalla como si estuvierais entrenando. Que aprendáis o no hará la diferencia entre morir o sobrevivir el día de las cuentas con Dios. El que quiera regresar a su casa salvo, ya lo sabe.

Don Gualberto, ducho en todos los ejercicios de la milicia, enseña a sus arqueros a disparar flechas a distancia contra la turba de enemigos, elevando el tiro una cuarta sobre el horizonte. Les muestra en el polvo del suelo la trayectoria. Vedlo aquí, la flecha

apuntada al cielo pierde ligereza, pero al caer a tierra ha adoptado la misma inclinación que le diste y su propio impulso es suficiente para que hiera al que la recibe. La flecha herirá. Sólo los moros principales, que andan en caballería, visten lorigas o perpuntes. Casi todos sus peones van descalzos y llevan sólo albornoces.

Mirad el cuadro: fuera de Toledo en la huerta amena y desarbolada de Azucaica, junto al caz donde se refrescan caballos y caballeros, dueñas y doncellas bajan cada día a ver a sus esposos y amigos como demuestran bizarría y buenas armas con el caballo y la lanza o la filosa espada.

Mirad en este lado de la liza el estafermo, un muñeco recortado en hierro en figura de moro espantable, con los brazos abiertos. En la mano diestra tiene un escudo con un Majomete pintado, muy fiero, con ojos de tizón y barbas bermejas. En la siniestra, como contrapeso, una cadena que acaba en plomada de hierro de hasta dos libras. Está el estafermo montado sobre un mástil muy untado de manteca para que, al golpearlo en el escudo, gire ligeramente como una veleta. Cuando el caballero lo embiste con su lanza, a espuela hita, el muñeco gira y golpea de retrueque al alanceador. No penséis que es juego fútil: algún caballero ha fenecido del golpe de la bola en el cogote, pero los diestros y avisados saben evitarla. Cuando un golpe afortunado hace girar el estafermo varias vueltas, sin que la cadena alcance al justador, los mirantes aplauden.

Otros caballeros jóvenes contienden a caballo con espadas blancas y sus maestros, todos sargentos y caballeros de más edad, les señalan las tachas y les indican cómo se balancea el cuerpo sobre los estribos, para acrecentar la fuerza del golpe, así como a moverse con destreza sobre la silla de arzón alto.

Capítulo LI (51)

De los deleites de don Gualberto con su amiga y de otras cosas cumplideras a esta verdadera historia

Ved a Arma Comnena, como a veces asalta con su recuerdo las duermevelas de don Gualberto. Blanca de tez y ojos entre grises y azules. No era muy alta, pero estaba bien formada, con pechos llenos y abultados, cintura estrecha, hermosas caderas y bajo el brial tachonado de hilo de oro y guarnecido con carbunclos, a usanza bizantina, un culo respingón, apetecible, y torneados muslos.

Contempla don Gualberto a doña Eliabel, a su lado dormida, con un roncor de niña, plenitud de luna llena cuando pasa por el cielo sin nubes, el cabello revuelto y sudado de la pasional refriega.

¡Oh, ardimiento del amor, placer más seguro que los paraísos aplazados nunca vistos ni sentidos por nadie que embaucan a los incautos en los pulpitos, en las mezquitas y en las sinagogas! «¿Sois mi Ginebra?», pregunta él. «¿Y vos mi Lanzarote?», responde ella, y en el juego del amor ya no son don Gualberto, el caballero menesteroso, y doña Eliabel, la malmaridada y triste, sino Lanzarote y la reina Ginebra que se encuentran secretos al fondo del jardín, donde la espesura huele a savia, a verde y a tierra mojada y sobre un camastro pasan lentas las siestas sin sobresalto, tan lejos de las gentes como las estrellas que pueblan el cielo. Mirad a Lanzarote que en su mayor empeño presenta su miembro constante como el batán del abad Luengo. Mirad a doña Ginebra encelada y ciega, que suda en su sobrelabio y en el espinazo y en los sobacos un sudor viscosillo, señal de remoción en la mujer, miradla agitarse

impaciente, miradla mirar con fogosos ojos al favorito de su corazón, entregada en su entraña, ardiente, miradla suspirar con roncos suspiros, entreabrir la boca para acoger los besos, mirad cómo él se apercibe y sin pensarlo ejecuta en el cuerpo de ella los usos paganos del amor que aprendió en Bizancio y en Bulgaria con las mujeres de la corte, y con las amesadas y soldaderas, las peritas en placeres, los ardides del fornicio que luego ejecutaba con la princesa Comnena cuando ella le gritaba entre gemidos y espasmos soy tu puta, tómame, destázame, desmiémbrame, consúmeme, aniquílame, mátame y semejantes ternuras que entre amantes no son palabras de ofensa sino encono en el ardimiento del amor.

Miradlo a Lanzarote, las damas que me oís entornad los ojos como doña Ginebra y sentidlo, su boca sobre la vuestra, los labios arrimados como flor que recibe el rocío, despacio, su saliva dulce y caliente, sentidlo cómo mete y saca la lengua en la vuestra como si su miembro entrara en vuestra natura y recorriera ese pasaje suave, ora quedo, ora intenso. Sentid cómo se retrae, por prolongar el gozo con la impaciencia de la plenitud, y tú, que haces de Ginebra, ansiosa, con tu lengua adentras la boca de él y le lames los labios con los tuyos finos y suaves.

Mirad ahora, o sentidlo, cómo don Lanzarote acaricia la raja de la reina Ginebra y mientras le lame las orejas rozándolas apenas con el ápice de la lengua, quedo al oído, con voz enronquecida por la apetencia, le susurra dulces razones y ocultas enseñanzas: ¿quieres matarme de dicha?, ¿sí? Pon esta mano aquí y se la lleva al arranque de su natura enhiesta, allá donde los muslos se juntan y la piel es más fina, le toma la mano, le moja la punta de los dedos en el aceite templado del candil y le dice, dame aquí una untura, suave, y ella lo hace con no aprendida destreza mientras él se abandona boca arriba, las piernas separadas. Ahora, le dice, con la otra mano mueve mi natura así, como los hombres solos hacemos, de arriba abajo, lenta, apurando su largueza sintiendo la cabeza redonda, las venas henchidas, la carne prieta. Varios días ella lo hace así, hasta que alcanza maestría. Entonces él le dice: ¿Quieres saber más? Y ella, ruborizada, se le abraza para que no la mire a los ojos y le

susurra al oído: enséñame cuanto sepas, hazme lo que quieras, riégame, siémbrame, rómpeme. Quiero servirte, señor mío, dueño mío, mi vida, mi cielo, mi infierno, mi amo. Y él entonces la enseña a darle placer en su natura enhiesta con ambas manos una arriba girando a un lado y la otra abajo al opuesto y encontrándose en medio según la una baja y la otra sube, que es gran enseñanza de lupanar bizantino para los días de la púrpura. «Lo harás el tiempo de una oración y luego poniendo las manos en sus palmas derechas como si rezaras harás lo mismo por espacio de otra oración y vuelves a lo primero, cuatro o cinco veces y hazte cuenta que es como rezar porque así se alcanza el cielo verdadero, no el mentido, y cambiarás de una acción a otra hasta que la leche brote del miembro y te salpique los pechos y la cara y se derrame por tus manos suaves.

Otro día le dice: ¿quieres aprender más?», y ella: sí, y él le dice: ahora harás la duna del desierto perfumado. Se sienta don Gualberto desnudo con las piernas cruzadas y pone a doña Eliabel en su regazo y entra en ella, que le rodea la cintura con las piernas mientras respira el aire de su boca y le da a respirar el aire de la suya, sus ojos en los de ella, los de ella en los de él. Ya no apartas la mirada, le dice. Y ella, mirándolo más fijo: tuya soy y fuera de ti no quiero vivir, tú eres mi señor, mi dueño, mi patria, mi familia, mi estirpe, mi casa, mi mesa, mi iglesia, mi dios, mátame si quieres porque soy tuya.

Decidme los que me escucháis. ¿No es amor cuanto junta a Lanzarote con Ginebra, hagan lo que hagan con sus cuerpos? ¿Qué leyes terrenales podrían contradecir tan esplendente ventura sin dobleces ni engaños? ¿No es amor el único sustento verdadero que eleva y enaltece a la doliente humanidad, los gusanos miserables que en este mundo vagan y no los celestiales goces que nos prometen los embaucadores?

Capítulo LII (52)

De las palabras entre el rey Alfonso y el caballero Gualberto

Mañanita madrugada, cuando las golondrinas vuelan tras el arador en busca de hormigas de ala y gusanos de la tierra. Por la puerta del Sol sale el rey, con sus caballeros lustrosos en barbas y armas, a revisar las tropas de las milicias concejiles, las villas y ciudades del rey, que en los huertos campan. Allá posan los hombres de la Transierra, le va señalando el aposentador don López Payer, los concejos de Madrid y Guadalajara, allá los de Huete, Cuenca y Uclés, allá los animosos cofrades de san Antón con su prioste al frente, Pedro Casañas Llagostera, hidalgo inquieto y emprendedor al que el rey ha prometido heredamientos para él y sus cofrades en tierras de Jaén, así se conquisten. Don López Payer le dice al rey:

—Aquí están las fuerzas del reino, señor, hasta donde era discreto vaciar los pueblos de hombres enteros y animosos. Sólo faltan los concejos que quedan en la defensa de la frontera y se nos unirán al paso, cuando bajemos al moro.

El rey los ve en sus ejercicios y ellos, que nunca vieron la efigie del monarca en moneda alguna, no saben que es el rey el que los está mirando. Don Alfonso se torna a don Diego, el alférez mayor, y le dice con desplacer: «Demasiados plantadores de coles y mozos de arado, mirad qué torpes son. ¿Qué haremos con ellos?»

—Queda un mes, señor —objeta don Diego—. Algo mejorarán. El día de la batalla los más despabilados acorrerán a la caballería, tres por jinete, cuidando los flancos.

Don Diego y otros peritos llamados en consejo han dispuesto que cada hombre se ejercite en un arte; el lancero, la lanza; el arquero, el arco, y los arqueros que se muestren más diestros, que pasen a la ballesta. Maese Pietro Pitaluga, el genovés, está enseñando a algunos.

Asiente el rey a las palabras de don Diego. Los dos deliberan lo mismo, sin decirlo. En batalla campal con moros, no basta la caballería. Son menester peones que auxilien a los caballeros y flecheros que alejen a los flecheros turcos. Que no se repita lo de Alarcos, cuando la caballería se adelantó y los moros la pasaron por el flanco, le enturbiaron la embestida y le embarazaron el avance mientras sus flecheros ligeros, los turcos, sembraban la confusión con el tornafuye.

Prosiguen la inspección hasta el extremo del palenque, el sitio donde don Gualberto entrena a veinte peones del concejo de Madrid. Don Alfonso los nota más ágiles y atentos, más sueltos con el chuzo, más mañosos en el embeleco, amagando por un lado y entrando a muerte por el otro. «¿Qué novedad es ésta? —pregunta —. ¿Son acaso mesnaderos de oficio?» Don Simón de Mercia, que se ha unido a la comitiva, se adelanta y le dice: «Señor, no son sino milicias concejiles, los de Madrid. Ved allí, arrimado a la encina, el estandarte con el oso. Su maestro de armas es el caballero del que os hablé, don Gualberto de Marignane, el provenzal, el que estuvo en la cruzada de Constantinopla. No es cruzado en ésta, y si está en Toledo es porque aguarda la venida del arzobispo Amalarico para presentarle un pleito que tiene con sus propiedades de Provenza.»

El rey de Castilla se demora otro rato, muy a su sabor, contemplando la escuadra que manda don Gualberto. Los mira contender en el poste, hendiendo y estoqueando con las espadas romas y con palos, atiende a don Gualberto que, con palabras y acciones, les muestra cómo parar el tajo adversario, absorbiendo el golpe y recuperando el brazo y cómo devolverlo en el mismo movimiento en aquella parte que el atacante desamparó para herirte.

El rey escucha a don Gualberto impartir órdenes claras y tajantes a los reclutas menos avisados: «Usa tus armas, guarda la formación, así como los dedos se juntan en la mano, así el lancero se junta en el pelotón. Los moros son ligeros y querrán meterse entre nuestra caballería para desjarretar a los caballos y derrocar a los jinetes: hay que andar ligero para adelantarse y herir al que se cuele, cerrad las brechas que se abren al paso del lancero. De cada manojo de diez, mientras los cinco más frescos combaten, los otros rescatan a los caballeros derrocados y a sus caballos, y los llevan fuera de la liza donde se repongan. Así trabajaréis, cinco delante encarando al moro y cinco en reserva, turnándose cuando el cabo lo disponga. Así se combate sin desmayo hasta que el moro quiebra y desampara el campo y el Criador te concede la victoria.»

El rey descabalga y se acerca a don Gualberto.

—Norabuena, caballero. Nunca he visto un maestro de armas más sabedor de su oficio y de cómo instruir a sus peones.

Don Gualberto, al ver a don Simón sonriente en el séquito, reconoce que el que le habla es el rey de Castilla y va a besarle la mano, rodilla en tierra, lo que el rey impide alzándolo.

—Me dice don Simón que no vendréis al moro.

—Así es, *messire* —afirma don Gualberto—. Sólo quiero pedir justicia al arzobispo de Narbona por mis tierras que entregó a otro caballero contra fuero.

—Pensad si queréis venir con nosotros y sabed que os quiero hacer merced como a caballero destacado —le dice el rey.

Vase el rey a ver otros palenques y queda don Gualberto muy reconocido y honrado por la deferencia real.

Capítulo LII (53)

Donde conocemos a Antón de Cuenca

Este que veis sentado en el pupitre delante de una fila de labriegos cuyos nombres asienta en la lista de las pagas es Pero Abad, escribano de la cámara de cuentas. El que tiene delante, alto y seco, el que se ha destocado y retuerce el gorro entre las manos grandes y callosas, es Antón Gonzo, de Cuenca, pastor de ovejas.

—A Cuenca no le toca todavía —le advierte el escribano—. ¿Cómo es que no vienes con los tuyos?

—Es que me he adelantado con los carreros —dice Antón.

—No te podemos pagar hasta que lleguen los de Cuenca. Ve a donde los sorianos y yantas con ellos.

En pocos días, Antón Gonzo aventaja a los otros con la lanza. Caudales no tendrá, ni alcurnia, pero le sobra el ánimo valeroso. Cuando sus compañeros vagan tumbados debajo de los árboles, él merodea por el palenque de los caballeros, lleva agua, hace mandados, mira y aprende los adiestramientos con espada, el poste, las fintas, las paradas, las tretas del escudo, los ejercicios de caballería. Antón tiene pensado que cuando llegue la batalla matará a un jinete moro, y así tendrá caballo y armas. Si puede mantener el caballo y las armas y comparecer en las campañas y los alardes del rey, lo inscribirán en las listas de Cuenca como caballero villano. Tendrá que trabajar de firme para mantener el caballo y afrontar las obligaciones militares, pero, a cambio, estará exento de muchos pechos y tributos, y alcanzará algunos privilegios.

Antón Gonzo sueña con ascender de estado, una mudanza que raramente se ofrece a un labriego. Habéis de saber, los que no lo sepáis, que existen tres estados. El más elevado, el de los pugnatores o guerreros, es el de los ricoshombres, hijosdalgo e infanzones que heredan el valor con la sangre y defienden con sus armas a la clerecía, al pueblo inerme y a la fe cristiana. El segundo es el de los oratores, los clérigos, obispos y monjes que divulgan la religión y con sus plegarias atraen sobre el pueblo los favores del cielo. El tercero es el de los *pecheros*, los campesinos que labran el campo y los burgueses o ruanos de las ciudades, los que se ganan la vida con sus manos. Os supongo enterados de que los pecheros tienen que producir para mantener a los pugnatores y a los oratores. Ése es el orden de la vida, que del trabajo y la sangre de los de abajo vivan los de arriba.

Antón Gonzo ha deliberado dejar de ser pechero que guarda las ovejas de otros y pasarse al estado de los gananciosos. Eso se alcanza mostrando gran valor en la batalla, otra manera no hay. Se lo ha confiado a su mujer: «Voy a ser como mi vecino Vicente Lozano, el del Villar, que guardaba marranos y ahora gasta zapatos.» La mujer lo mira como si estuviera loco: «¿Qué decís? ¡Desdichada de mí! ¿Viuda me queréis? ¿Ir a moros a que os maten, marido mío? ¿Vicente Lozano, decís? ¿Qué probanza de caballero hizo, aparte de ser hombre de mucho empeño que gana apuestas en la taberna de apagar un candil a regüeldos? ¿No habéis oído que su caballo lo encontró abandonado y el adalid Blas Yáñez, su cuñado, testimonió que había matado al moro que lo montaba? No penséis locuras, marido mío: pastor era vuestro padre y el mío y pastores nuestros abuelos y los abuelos de nuestros abuelos. Cada cual nace donde nace y tiene que conformarse con su suerte.»

—Yo no —le dice Antón—. ¿No predica el cura que todos somos hijos de Adán y Eva? Sabed, mujer, que hubo un tiempo en que todos éramos iguales, condes, marqueses, monjes, ruanos, aldeanos, caballeros o pecheros. Los tatarabuelos de los señores y de los nobles eran como nosotros, labriegos hartos de cebollas y nabos, pero mataron a un moro y se hicieron caballeros villanos,

después sus hijos fueron infanzones y, creciendo sus linajes, ellos son ahora hijosdalgo. ¿No queréis mejorar de estado, calzar zapatos, vestir enaguas, ir a la iglesia como una señora, yantar pan blanco y no de comuña, y otras golosías?

—Eso sí lo quiero, marido, pero ¿y si me dejáis viuda?

—Os casáis con otro más conforme que yo. No quiero más servir a otros, sino buscar que me sirvan. Mi linaje empieza conmigo.

Después se lo dice a su hermano Sebastián, pastor como él, dos años mayor, pero menos corpudo. Nació en un año malo, de mucha escasez, la madre apenas tenía teta que darle y ha crecido medio redrojo. Sebastián admira a Antón porque es fuerte y trabaja por los dos. Lo mira con ternura:

—¿Sabes que si te haces caballero villano tendremos que mantener un caballo de silla, con lo que come, y armas de fuste y tendrás que servir al rey un mes al año, o tres si te lo manda?

—Lo sé, hermano. Mientras ando fuera tú te arreglarás con las ovejas.

—El caballo se nos comerá la poca hacienda que tenemos.

—Pecharé menos. Vaya lo uno por lo otro.

—Aun así, Antón, es locura.

Locura o no, cuando Antón supo que el rey preparaba una hueste, se ajustó con unos arrieros para servirlos hasta Toledo a cambio del mantenimiento y se ha plantado en corte del rey.

Capítulo LIV (54)

Donde veremos al rey Alfonso y su aya en la sala de tablas

Ved aquí al buen rey don Alfonso desnudo como lo parió su madre, así nacemos todos, chicos y grandes, en una cuba de agua caliente, en la sala de tablas de su palacio. En la chimenea arde un tronco de encina que caldea la estancia y calienta el agua de la caldera de hierro que alimenta el baño. Un olor a resina, a humo y a esparto mojado se extiende por la estancia, lo que es complaciente a las narices.

El rey de Castilla no tiene por costumbre bañarse solo. De ordinario comparte el baño con la reina o con algún ricohombre de confianza, pero en esta sazón está solo. Es primavera, la puerta del tiempo, cuando la luna en cuarto menguante aleja el frío y con orto ahuyenta el calor. Abstraído y pensante, el rey contempla las llamas mientras la anciana Aldonza, su aya, le frota la espalda con un estropajo y le amasa las carnes, que le desfallecen con la edad. Sobre el hombro derecho, donde el rey tiene la cicatriz de una antigua llaga, Aldonza suaviza el frote.

Aldonza vio nacer al rey, cincuenta y siete años atrás, cuando ella era una mozuela. Lo ha acompañado en sus penas, en sus alegrías, en sus bodas, en el nacimiento de los infantes y en la muerte. Lo ha visto llorar abrazado a la reina un año atrás, cuando falleció el príncipe Fernando, que había de heredarlos.

—Hoy estás muy distraído, rey —le dice mientras le frota el pecho fláccido, cubierto de vello canoso.

—Sí, Aldonza —suspira el rey—. Por los trabajos que se nos aparejan.

—Con la ayuda de Santa María, saldrás de ésta como has salido de todas.

¿En qué piensa el buen rey que ni a su aya confía sus pensamientos? Miradlo aquí pintado: en los moros carbonientos, espesos como el pelo del jabalí que se cría en el monte, la mala raza que le corre sus tierras, mata a sus vasallos, cautiva a sus doncellas, roba sus trigos, tala sus árboles, emponzoña sus pozos, quiebra sus iglesias.

Cartas tiene el rey de sus enacidos que le cuentan los aconteceres de la corte del rey de Marruecos. El rey de Marruecos, al que llaman el Miramamolín, el hijo del que lo derrotó en Alarcos, gobierna sobre las tierras del África, más dilatados que toda la cristiandad junta, pues por lo ancho abarcan desde las arenas líbicas criadoras de alacranes negros que los naturales muelen con sus gachas, hasta las aguas de la mar océana donde resopla Leviatán, y por lo largo, desde las tierras de los negros, donde las bichas y enormes serpientas ahogan a los elefantes y crían el oro en cuevas, hasta los montes de Toledo, que nuestros son. El rey de Marruecos dos años ha que convocó a sus huestes en Marraqués, y allá acudieron las tribus que él amistó después de que pelearan sus abuelos por un pozo o una cabra, gentes mal encaradas y repulsivas, feas y sucias de natural, que se embadurnan la cara de azulete y chamullan parlas ásperas como rebuzno, con las cuales apenas se entienden, puesto que cada clan tiene la suya, gentes de guerra, de las cuevas de las montañas y de las chozas de los llanos y las jaimas de los arenales, la morisma toda que venera el zancarrón de Mafomede, la de los ríos y la del desierto, los que viven en aduares y los del pedregal que llevan la casa a cuestas, y hasta negros retintos, gente dispar, que parlan algarabías enrevesadas, unas gargajeantes, otras ladrantes, revoltijo de cabilas, unas de apellido y otras de chusma, a ver lo que cae, sean sus raciones de la mesa del Miramamolín o nuestras despensas y nuestras mujeres. Miradlos

aquí: los de más arriba se llaman bérberos zanatas; los que van de blanco, masmudas; los de más abajo, gomaras, y estos de caras secas y ojos fieros, masmudíes. Los que siguen, estos negros tizones, son los retintos de Sudán, gente sucia, cojones criadores de cascarria, turba cuyo olor a rancio espanta a los caballos y mucho ofende las narices del personal.

El rey de Marruecos, como no se fía de sus parientes ni amigos, que todo moro es de natural avieso, mantiene una guardia personal que llama Ábid al Mahzan, formada de muchos negros africanos retintos, con cuarteles en palacio, donde viven regalados y criando grandes cervices, no como en las tierras selváticas de donde vienen, donde es fama que no comen sino lagartos y bichas y han de trepar de continuo a los árboles por miedo a los leones que por el suelo andan y aun así perecen en las garras de los grifos, que allá vuelan como aquí los gorriones.

Mirad ahora estos arqueros turcos que gobiernan sus caballos chicos pero muy corredores, de largas crines, sin menester de riendas. Es cosa de ver que los rigen con los talones o con las rodillas. A un silbo se echan en tierra, con el jinete encima echado sobre el pescuezo y ya no los ves. Cuando te acercas aprietan las rodillas y el caballo se levanta de golpe y galopa. Antes de que te apercibas te han pasado con una flecha. Diestros en el tornafuye, flechan a rienda suelta con sus arcos fieros de tendón y hueso, y tanto matan al que encuentran de frente como al que los persigue volviendo las espaldas. ¡Gentes de mucho riesgo! Los conoceréis también porque gastan tupidos bigotes con la guía diestra más corta que la siniestra para que no se enrede en el cordal cuando tensan el arco.

Aún veréis en el cuadro, por esta esquina, a otros guerreros con almófares en lugar de turbantes. Éstos son los cristianos a sueldo del rey de Marruecos, unos por la ganancia, otros porque se desnaturaron de sus señores naturales en los reinos de España, otros, ¡el Criador los confunda!, porque trocaron la fe verdadera por la falsa de Mafomede. ¡En el pecado llevan su penitencia porque

habéis de saber que ahora no comen cochino ni vino beben, y bien que lo echan de menos y vierten sobre ello muy amargas lágrimas!

Capítulo LV (55)

De lo que conversan el arzobispo Rodrigo con don Simón de Mercia mientras pasean por la muralla de Toledo en la mañanita abrileña

En este cuadro conoceréis al obispo don Rodrigo Jiménez de Rada, el prudente en el consejo, el laborioso, el virtuoso, el estreñido de bolsa también si quiero ser veraz, como requiere el cuento, que no soy yo de los que halagan al poderoso por alcanzar su regalo, bien lo sabe Dios.

El sitio es la muralla de Toledo, por eso veis que de vez en cuando tiene escalones trabajosos de subir. Este que acompaña al obispo y pasea con él, las manos a la espalda, el gesto serio, el ceño fruncido, es don Simón de Mercia, el hermano de doña Ermengarda y amigo de don Gualberto.

Me arrimo a ver de qué platican: ¡Ah! Don Rodrigo ha recibido cartas de don Arnaldo Amalarico, el arzobispo, el legado papal, que está en Estella. Parece que el rey de Navarra se mantiene en sus trece. No quiere acorrer a Alfonso contra el rey de Marruecos. Ni siquiera el consejo de don Amalarico y las cartas papales que le lleva, llenas de bendiciones y advertencias, bastan para vencer su rencor ni torcer su obstinada voluntad. Lo natural, si pensamos que el rey de Castilla aprovechó que Sancho estaba en África, a sueldo del moro, para arrebatarle toda Vasconia y le ha dejado sólo Navarra. Hablando en metáfora: ¿a quién le place ser puta y poner la cama?

Lo más seguro es que el de Navarra no concurra a la cruzada y se quede en su reino, a ver qué pasa. Se refocilará si el castellano muerde otra vez el polvo, como antaño. Aparte de que si vencen los moros o si ve débil a Castilla, la atacará e intentará recuperar lo que Alfonso le arrebató.

Don Rodrigo y don Simón dan unos pasos callados, meditabundo cada cual en el negocio, hasta que don Simón se para y pregunta:

—¿Y el rey de León? ¿Qué se sabe de él? ¿Vendrá en nuestra ayuda?

—Es dudoso —responde don Rodrigo—. Aunque los reyes son parientes, hay entre ellos diferencias difíciles de salvar.

—¡Cono! ¡Vaya con los españoles, todos peleados con todos! —observa don Simón.

—Algo de eso hay —corrobora don Rodrigo—. Ofensas viejas, memorias vivas, rencillas, envidias, comezones… A poco que estéis en Toledo oiréis el cantar del Cid que ha compuesto el notario Geraldus, en el que dice:

> *Castellanos y leoneses tienen grandes divisiones. /El conde Fernán González y el buen rey don Sancho Ordóñez / sobre el partir de las tierras ahí pasan malas razones / llámanse de hijodeputas, hijos de padres traidores / echan mano a las espadas y danse de mojicones / no les pueden poner tregua cuantos en la corte sone.*

—Notables versos —corrobora don Simón.

—Sí, es un cantar de mucha enjundia. Acá no tenemos Arturos ni Roldanes como tenéis en ultrapuertos, pero la materia de Castilla está sobrada de moros no inventados ni fingidos y de cristianos peleados a muerte.

Pasean de luengo y descienden hasta el Tajo, donde los baños de la Cava, con las lavanderas restregando los trapos en sus piedras de

lavar y los ociosos detrás catándoles los muslos cuando se arremangan las haldas para entrar en el agua a aclarar.

Don Rodrigo, como es cronista y hombre de letras, está al tanto de lo pasado como de lo presente. Le cuenta a su amigo franco lo que acá todos sabemos. Que durante la minoría de nuestro rey Alfonso los leoneses le arrebataron a Castilla muchos lugares y castillos de la Tierra de Campos, la de los buenos trigos, la de los palomares redondos. Lugares y castillos que luego Alfonso, en cuanto le salió barba, recuperó por las bravas y aún siguió con otros pocos de León. Eso les duele a los leoneses.

Conviene don Simón en que son motivos más que suficientes acá o en Francia para sacarle los higadillos al vecino, por muy pariente que sea. «Pero aún hay más —prosigue don Rodrigo—. Lo que más escuece a orillas del Benesga y el Torio es que Castilla, acá donde la veis, era, en sus comienzos, un condado vasallo de León, y ni siquiera de los más notables. Entonces se llamaba Bardulia y era una comarca fronteriza, tierra peligrosa y pobre, en la que sólo hombres esforzados y bravos podían vivir porque era el camino natural que los moros escogían para atacar León, remontando el valle del Vero. Finalmente la repoblaron los belicosos vascos, quienes, para defender sus tierras, levantaron tantos castillos que terminó llamándose Castilla. Aquellos primeros pobladores montaraces desarrollaron sus propias leyes y hasta su propia parla y se distanciaron de León, donde la vida era más cómoda y las leyes, más laxas. Los primeros condes de Castilla obedecían al rey de León, pero, con el tiempo, se apartaron de él hasta formar su propia dinastía. Como sabéis, las tierras cambian de manos a tenor de testamentos o de casamientos, como arras de la novia. En virtud de una de estas herencias, el condado de Castilla se transfirió a los reyes de Navarra.[17] Tiempo después, Castilla ascendió de condado a reino en virtud de otro reparto patrimonial.[18] Así creció Castilla, con las conquistas hechas a los moros y a los vecinos cristianos, y aunque León no menguó, Castilla se hizo más grande. A lo que hay que añadir, por mucho que escueza, que al rey que hoy reina en

León, Alfonso se llama también, lo nombró caballero el de Castilla. Yo asistí a ello y lo vi con estos ojos, en Santa María de Carrión, veintidós años ha. Figuraos: ¡el rey de León arrodillado delante del de Castilla y besándole la mano! Para remate —añade don Rodrigo— está el asunto imperial, un privilegio que los reyes de León heredaron de los visigodos. En Castilla pensamos que ese título corresponde al rey de Toledo, la capital de los visigodos, en este caso Alfonso de Castilla. He solicitado del papa que el rey de Castilla sea ungido como el de Francia o el de León, pero todavía se lo está pensando. Los de León no atienden a estas razones y sostienen que la dignidad del imperio les corresponde a sus reyes, por ser el suyo el primer reino que nació tras los moros. Alegan, además, que tienen los cuerpos de san Isidoro y el de Santiago, pero nosotros tenemos el de san Ildefonso, que no es menor. ¡En fin, don Simón, demasiados conflictos larvados! ¡Ojalá sea servida Santa María de que la cruzada nos ayude a superarlos y nos hermane en una empresa común!»

Esa noche comida don Simón al arzobispo. En la sobrecena, satisfechos, salen a conversar de materias ligeras en el frescor de la noche y a respirar los perfumes de la huerta. Comentan la gran querella habida entre maese Marmite y el cocinero de don Rodrigo sobre cuál sea la sopa mejor. Defendía don Abundio, el cocinas arzobispal, su sopaira gallega que se hace con tocino, cecina de cola de castrón, ajo, pan, berza y hojas frescas de nabo. Por su parte, maese Marmite alegaba su sopa de manteca, queso y verduras majadas, molidas y especiadas. Las dos probadas mutuamente, hicieron paces pues ambas a par resultaron buenas y ninguna mejor que la otra. Para celebrar el empate han hecho capirotada, un cocido de carnes sobre lecho de pan y queso rallado, nuez moscada y pimienta cubierto de huevos estrellados. ¡Gran manjar!

Luego, en el sueño nocturno, don Abundio se remueve inquieto soñando con fuentes de plata sobredorada con peladillas y almendras garrapiñadas y mazapanes y otras fruslerías que hace el francés. Despierta sudoroso y piensa: «¡Pasatiempos de dama, galgucerías maricas: donde se ponga el torrezno metido entre dos

rebanadas que al apretarlo exude la pringue hasta que te brille la mano y la barbilla, que se quite todo!»

Con esa conformidad torna a dormirse.

Capítulo LVI (56)

Del sermón que da en Santa María de Toledo el canónigo don Domingo Pascual

Mirad los mirantes. Ésta es la iglesia de Santa María, toda de piedra, la iglesia mayor donde los hijosdalgo tienen túmulo y los santos, urna y lamparicas. Si miráis bien, notaréis las paredes raspadas de alcoranes porque antes fue mezquita, cuando los moros tenían Toledo, y aún antes catedral visigoda.

Ved que es domingo y hay misa mayor, consagrada, en la que el pan y el vino se tornan carne y sangre como es sabido de nosotros e ignorado de moros paganos que no acatan el prodigio sino que a causa de él nos toman por ignorantes, crédulos y menguados de seso.

El templo está atestado de cruzados, cada cual con su mesnada, los capitanes delante, vestidos de alarde. Gran muchedumbre. Cabezas como melones en montón. Tres sacristanes van y vienen por los corredores altos con brasericos de inciensos y alhucemas, por mitigar los hedores humanales.

En el coro alto están las mujeres, detrás de celosías, murmurando y oteando a los galanes; el cabildo y los hombres del rey, cada cual en su tribuna, asisten al oficio con mucha reverencia y religión. Oíd lo que predica desde la grada el canónigo don Domingo Pascual, la recia voz que echa a temblar los pábilos de las lámparas cuando sube tenante a las bóvedas:

—¡Amadísimos hermanos! —dice mientras esparce la mirada sobre los escuchantes—. ¡Escoria y cieno de la humana flaqueza, eso es lo que sois! ¡Pecadores todos! ¡Mirad a Jesucristo, miradlo aquí y catad lo malamente que lo han dejado sus enemigos malos: clavado en el madero, desnudo en sus cueros, azotado, escupido, pellizcado, lacerado, insultado, burlado, y taladrado de espinas punzantes que casi lo entuertan! ¡Mirad sus manos y sus pies traspasados por clavos, mirad su costado alanceado y sangrante! ¡Ha muerto por vosotros, grandísimos pecadores, cieno, estiércol del mundo que no otra cosa sois! ¡Ha finado para redimiros del mundo y de vuestros yerros! ¡Fornicadores, glotones, homicidas, viciosos nefandos sin esperanza de salvación! ¡Vedlo crucificado por vosotros y sangriento más que un conejo en la boca del lebrel, más que una curiana bajo la abarca pisante de un molinero cebón! ¡Qué menos se os puede pedir sino que toméis la cruz por El y por la redención de vuestros muchos pecados! ¡Sí, hermanos! ¡Todos somos pecadores, todos hemos enlodado nuestras almas con el fango del pecado, pero ahora se nos apareja la ocasión de saldar las cuentas con el Criador, de liquidar nuestra trampa, de abrirnos de par en par las puertas del Reino de los Cielos! ¡El que muera en batalla irá con los ángeles; al que quede lisiado le guardarán un sitio de honor, a los vivos, después de las honras y despojos morunos terrenales, les espera un ángel sonriente que les dirá: tú defendiste a mi Iglesia, pasa, pasa al seno del Padre y no te demores!

Capítulo LVII (57)

En el que doña Eliabel sueña amores en la duermevela de su alcoba

Noche cálida en la almacería del cigarral de la Galiana. Don Gualberto ausente, porque don Simón lo ha mandado a catar ciertos caballos que un tratante ladino trae de Portugal. Doña Eliabel, engolosinada en la galantería, malacostumbrada a los deleites que su caballero pródigamente le dispensa, padece ausencias. ¡Ay, sueña con él, mientras se acaricia, con la sudada sábana pegada a la espalda, vestida sólo del rubor del deseo, y se abanica con las plumas venecianas! «¡Oh, amor añorado, oh, mi divino arador, el que con su reja me hiende y me siembra, tu mirada me caldea los muslos y me incendia los barrancos del vientre! ¡Tú y yo solos, abandonados en el mundo! ¡Solos tú y yo con nuestros cuerpos! ¿Por qué hoy no vienes nocturno a visitarme, mi amigo añorado? ¡Cuánto temo y qué desamparada cuando tú no estás! ¿Qué sinvivir es este que me angustia? ¿Sólo estoy bien al alcance de tus caricias? ¿Qué muros, qué torrentes, qué distancias me separan de ti, amado, si todo me lleva a ti, si me derramo como un río buscando el mar que tú eres, añorando perderme en ti, ser tuya y ser tú?»

Duerme y sueña doña Eliabel, satisfecha al fin de su corporal carestía. ¡Noche tierna, noche cálida, noche de goces y secretos infinitos! Ginebra se mira dormida con la cabeza en el hombro de su Lanzarote. Una ráfaga de viento esparce sus cabellos por las mejillas atezadas del caballero. El, aún dormido, entrecierra los ojos y gira un poco la cabeza para oler la de la mujer. Acaso distingue un eco

lejano al agua de rosas que usaban las damas bizantinas. Besa Lanzarote los rubios cabellos y suspira.

¡Fértiles llanuras, festines con esclavas tracias de largas cabelleras endrinas que se adornan con zarcillos de cobre y danzan con los pechos al descubierto y no te hacen remilgos a nada si les pones dos monedas de plata en el cuenco de la mano! ¡Ay, las soñadas damas de Oriente, las que se depilan sus partes con ceniza de nuez, como las moras, y si la entregada no es muy membruda te parece que lo haces con una doncella tierna!

Los dos desnudos en el río, Lanzarote y Ginebra, las manos inquietas como truchas. «¡Esto debe de ser el cielo —murmura él—, estar desnudo dentro de ti, ser tuyo, ser tú, si fuera cera, si pudiera derretirme en ti, fundirme, desaparecer, abrirme el pecho, meterte dentro de mi herida que te alimentaras de mi corazón…!»

Capítulo LVIII (58)

De las boticas de doña Ermengarda

Mirad en estos aposentos la botica de doña Ermengarda, donde la abadesa cuece sus mixturas y prepara sus botes y melecinas. Este que veis es el alambique de cobre donde se saca la quintaesencia de las cochuras, las gotas de mucha virtud que en las plantas y yerbas yacen, éste es el perol de cocer los cocimientos y la yerba falacia, éste el del baño de María la judía, éste el cordial de Borgoña, éstos los fuelles y las panetas de avivar la lumbre de los atanores, éstos los cucharones y los ganchos que en la chimenea y en los hornillos cuelgan, éstas las miciones puestas a secar en tablas y en baldas, donde el sol les da, éstos los lienzos encerados que recogen el rocío de la mañana al baño de la luna y el agua de la salud, éstos los morteros de piedra, los almireces de bronce, las botellas de vidrio, los botes de barro vidriado con la tarja de cada cosa escrita de su mano.

Doce mujeres tiene doña Ermengarda trabajando, con pagas del rey, y otros tantos herboristas con los que sale al campo a recoger yerbas, frutos, cortezas y alimañas. En potes sellados con cera va guardando doña Ermengarda las melecinas que serán necesarias a hombres y monturas tras la batalla.

Doña Ermengarda, cuando cae la noche, está agotada y se retrae a vagar en su posada con el criado Gozo, que atentamente la sirve. Lleva en su limosnera un botecito con una pomada que ha hecho para curar su dolencia de dueña sola que mira la vida con desapego y amor y conoce las virtudes de las cosas que el Criador puso en el

mundo no para servirnos sino para acompañarnos en las soledades de la muerte cotidiana que es el vivir. Doña Ermengarda, sola en su cámara, tiende una zalea delante de la lámpara de aceite y se despoja de los hábitos quedando en sus cueros bellos y firmes, que no deslucen los años. En una funda de badana saca un godemiche y lo unta de pomada que ha hecho con manteca fina de cordero y cocedura del hongo claviceps purpúrea del ovario del centeno fermentado. Se unta los sobacos y se pasa el godemiche grasiento por su natura. Al rato apaga las velas y a la luz de las ascuas, echada en la yacija, siente que se disipa la niebla que ordinariamente no nos deja ver la servidumbre de la humana condición y mira la luz que brilla más que el sol y que nace del entendimiento mismo, la cara de Dios, en el principio y el fin de las cosas, se adentra en ella misma y siente los pulsos de la vida, pausadamente, sin tiempo ni mesura, hasta que entorna los ojos de la luz de sus adentros y llama a Gozo, que, en el aposento contiguo, tendido en un camastro junto a la puerta de su ama, vela por ella y, como cada noche, aguarda su llamada, que no siempre llega. Al rato percibe la campanilla de plata que lo convoca, como siempre que quiere su compaña, y él entra y la contempla a la débil luz de la lamparilla, desnuda y hermosa, cuerpo duro de veinte años y ojos tiernos de cuarenta. Sin palabra se quita la camisa por la cabeza y al quitarse las bragas muestra su natura grande, dura y enhiesta como un cuerno. Gozo se mete en la cama y entra en su señora a usar de la vida y del deleite que el Señor nos da a sus criaturas para que nos recreemos en él.

A esa hora en que todos duermen, don Gualberto vela y rememora escenas de Bulgaria que nunca olvidará, el doloroso secreto que persigue sus soledades.

Capítulo LVX (59)

De las nuevas que la reina doña Leonor recibe, que mueven sus humores a melancolía

Mirad la reina Leonor en su dicha. Ríe con lágrimas en los ojos ceniza y oro y se lleva las manos a la boca porque un caballero galés que viene a la batalla le ha traído cartas lacradas de su tía María, abadesa de Satesbiuri. ¡Noticias de Inglaterra, la brumosa y verde! ¡Nuevas de sus primos y parientes, de las cortes de Londres y de Normandía, las tierras verdes de donde salió niña para reinar en la gentil Castilla! Dicen las cartas cosas de maravilla: que cien ballenas (cuyas colas pertenecen por derecho al rey) han ido a morir a los vertiginosos batientes de Dover, que han encontrado los huesos del rey Arturo en la abadía de Glastonbiuri con una cruz de plomo inscrita con su nombre, por eso lo conocieron.

La reina Leonor, que ha leído muchas veces la carta, se asoma a una ventana, se sienta en el poyete y suspira mirando las palomas blancas que cruzan el cielo azul. La mira el rey Alfonso, su esposo, y al contraluz nota la pelusilla de melocotón que los años han puesto en su mejilla blanca y colorada. La acaricia. ¿Piensa mi reina en Fernando, el hijo que murió, la esperanza de Castilla, el que engendraron en Cuenca, recién conquistada, una noche de intenso amor? ¿Cavila acaso sobre su condado de Gascuña, que Alfonso tiene olvidado porque piensa más en los moros que en recuperar la dote de su mujer? Sonríe Leonor con tristeza a la caricia de don Alfonso. Piensa en su hermano, Ricardo Corazón de León, tan alto,

guapo, en sus ojos azules, en su bronca barba rojiza. A él se parecía su hijo, el finado Fernando. Ricardo amaba la memoria del rey Arturo. «En Domfront, el castillo de nuestra infancia, jugábamos a veces a la corte de Arturo. El era el rey y yo era el Hada del Lago, que le entrega Excalibur, la refulgente espada de cinco palmos de la manzana a la punta. Mi prima Casilda era la reina Ginebra.» Calla Leonor y suspira recordando a su hermano, el cumplido caballero, tan fuerte que abría herraduras con las manos, tan refinado que componía delicadas canciones y decires que su trovador y amigo Blondel vino a cantarle cuando el rey murió. Piensa Leonor en la muerte de los que más amó, su hijo Fernando y su hermano, los que tanto se parecían. Don Alfonso mirándola mustia, lamenta la culpa de sus muchas ausencias y quiere alegrarla, que note su amor. «Esposa mía —le dice—, ¿cuándo se vieron en la militar Toledo tantos trovadores juntos, los de Provenza, de Aragón y de Castilla, todos los que acuden al calor de la cruzada? ¡Ofrezcamos un convite en el que contiendan en canciones y premiaremos con una jarra de plata la que más os agrade!» Leonor se anima algo, toma la mano fuerte de su esposo, la aprieta y sonríe.

Capítulo LX (60)

De la concurrencia al palacio de Toledo

Ved el palacio de Toledo, noche esplendente de luminarias, la gente asomada a ventanas y terrados. Descabalgan los ricoshombres e hijosdalgos, los infanzones y caballeros, de mucha gala vestidos, los que se llaman por sus nombres y los que se tratan de vos. ¿Quién podrá contar las espinelas, las perlas y los oros que brillan en los tocados y en los vestidos de estas dueñas de cofia y de estas doncellas en cabello que con ellos llegan en mulas enjaezadas o en sillas cerradas? Se miran ellas tasando hermosuras y las hechuras de los mantos, las repulidas que pasaron la tarde frente al estaño del espejo ¡qué bien huelen los conos lavados, los briales sahumados y los cabellos aclarados con vinagre de rosas! Notad que hasta algunas traen uñas fechizas hechas de ámbar y miel cocida.

Mirad a esta dama que, apretada de ganas, aprovecha un momento en que ha quedado sola en el zaguán empedrado donde se apean las sillas de mano, se alza un poco las haldas, se abre de piernas, mea de pie y se limpia con la propia falda apretándola contra la entrepierna, según es uso.

Mirad los hijosdalgos patanes cómo se acomodan a la cortesía de los pulidos; mirad los corros de aragoneses, francos, portugueses y prelados que se van congregando por naciones, cada cual con sus negocios y sus parlas.

Acá descabalga el canciller don Diego García con don Álvaro Núñez, que fue alférez, acá los notarios del rey, el maestro Geraldus

y el maestro Mica, con sus garnachas y sus capiellos, acá don Arnaldo el Anglo, físico del rey y embajador, vestido en cuerpo, siempre de negro; acá don Nuño Alquer, hombre de criazón, al que llaman Comeocho no por fiereza con moros sino por lo tragaldabas; acá el cronista maese José Rodríguez Molina, caballero muy perito en las cosas de la frontera, que gentilmente departe con maese Ferrán Antúnez, el de la escuela de traductores; acá Domingo del Estero, el que por contentar a la bella Blancaflor subió a sus lomos un caballo a la torre de la iglesia mayor de Ávila, lo que le tomó tres días, sin descanso, por la escalera angosta, y llegado arriba, donde las campanas, supo que ella había aprovechado su atareada ausencia para huir con un especiero a llevar la vida de errancia y aventura que se le acomodaba en sus querencias.

En fin, tantos y tantos caballeros probados y de mucho linaje y servicio que no nombro en pormenor por excusar prolijidad.

Oíd a los notarios y juristas cómo parlan falacias de doctrinos en román empedrado de latines. Tan peritos son en fueros que muy bien probarán que una burra es una pava si de ello les deriva ganancia. Más de un cristiano cabal terminó en la hoguera empapelado en sus pleitos siendo mejor con mucho que el menos dañino de ellos.

Entrad conmigo y catad el salón espacioso, los techos altos pintados con dorado y añil, los gruesos tapices en las paredes donde se ve al gran don Alfonso sexto, el emperador, entrando en Toledo y al abuelo del rey, Alfonso séptimo, entrando en Almería. Mirad las lámparas de cien luminarias que refulgen colgadas de cadenas, mirad los aparadores, las mesas montadas y manteladas, los estantes con los vasos y las jarras, algunas de plata, otras de estaño. Oíd las músicas acordadas que en la tarima del fondo tañen laúdes, salterios, morachas y dulzainas al compás que les marca maese Pedro Jiménez Caballé, el afamado maestro de música, componedor de piezas polifónicas de voces paralelas a intervalos de cuarta y octava con movimientos contrarios y oblicuos al final de las frases, lo cual hace un efecto que da mucho deleite al oído y sosiego

al ánima. En ello lo ayuda el físico de las llagas Federico Soria, que mucho ama la música y es perito en armonías por la escuela de París.

Atended acá. Don Nuño de Ucero, maestresala pulido, anuncia a sus majestades. Entra don Alfonso llevando a doña Leonor muy gentilmente de la mano. Con mucha gravedad y gentileza, la real pareja se dirige a la cabecera de la mesa. Saludan con un gesto amable y una sonrisa a los mirantes, que hacen reverencias y abren calle a un lado y a otro.

Capítulo LXI (61)

De los manjares, yantares y momos habidos en el convite real

Acá vierais a los porteros de maza estar a la puerta para espantar perros y gorrones. Ved a los reposteros y coperos, a los botilleros y talladores y a los camareros y sobrecocineros adobados y prestos a servir la mesa con mucha limpiedad y orden.

Los escuderos de criazón acomodan a los invitados según jerarquías y noblezas: los ricoshombres más cerca del rey, empezando por los Castros y los Laras, sin juntarlos, dado que son mortales enemigos; después, los caballeros de cuatro cuartos, como llamamos en Castilla a los que tienen linaje por sus cuatro abuelos; luego los caballeros de tres o de dos cuartos y finalmente, en los puestos menos eminentes, a los hijosdalgo de poco lustre y a los infanzones de buena estirpe pero aún no probados en pelea.

Se saludan los amigos que compartirán mesa y se interesan por los ausentes; los desconocidos intercambian cortesías, tanteando rangos y jerarquías, antes de indagarse las mutuas nacencias; los deudores esquivan a los fiadores; los groseros fingen crianza; los ricos que caen al lado de insolventes enseguida comentan sus apuros temiendo al pedigüeño. Mirad la suavidad y el orden con que se conducen los nobles caballeros, los más rústicos dejándose guiar por la limpiedad y apostura de los más pulidos.

El arzobispo don Rodrigo dice la oración y bendice la mesa. El despensero, el repostero y el escanciador están atentos; los maestros cisorios en sus aparadores, bien provistos de trinchantes y

brocas, de forquetas de hincar y cuchillos de cortar; los coperos, con sus jarras y coladores; los paneros, con sus rebañadores. Pasan pajes de toalla con aguamaniles perfumados de verbena y menta. Notad acá este glotón venido para hincharse a saciedad que no atina con los dedos en el agua porque anda pendiente de las puertas por donde han de llegar las viandas.

A una señal del maestresala empiezan a venir de las cocinas los manjares en su orden, primero los delgados y sutiles y luego los espesos y duros. Ved las bandejas y los potajes, las carnes cochas, sobrecocidas antes de asadas, las ensaladas y las tartas, los hojaldres, las jarras de vino y las cestas de pan blanco candeal que huele a espliego y laurel. Mirad a los salseros como traen salsas especiadas humeantes que llenan la sala de incitante aroma. En fuentes y soperas, pucheros y calderetas, llega cuanto en yantares delicados puede desear tanto el hambreado al que se le señala el costillar como el harto de gruesa cerviz que come por deleite más que por mantenimiento y empoza en sus carnes humores gordos que ha de sangrarle el barbero.

Llega retrasado y jadeante don Ataúlfo Rodríguez, hombre de mucha grosura, afecto al cocido de garbanzos, y se sienta pesadamente al lado de su compadre Íñigo Cotrufe:

—¡Esas escaleras apestan a meados añejos! —rezonga—. Ya podían vigilar que la gente no se mee cuando hay recepción real. Las he subido aguantando el resuello y por poco me ahogo.

Mirad a doña Ermengarda, que ha amistado con la reina del mucho coloquio que suelen hacer en lengua de Oil cuando la reina borda, por las tardes, en el mirador del palacio. Comparten las dos la misma tela de boca o servilleta, alto honor que le envidian otras encopetadas señoras. Catad que la abadesa toma la carne con tres dedos, casi sin mancharlos, rebañando la salsa muy graciosamente con la misma tajada, la masca luego con la boca cerrada y vacía la boca antes de hablar. Las otras damas la miran con gran admiración, y algunas, las más pulidas, se limpian con disimulo en el mantel y se esfuerzan en copiarla.

Doña Eliabel, a su lado, bella como una maya, lucero resplandeciente, huerto regado agradecido. ¡Cómo ha hermoseado desde que en su persona habita una doña Ginebra prendida de amores con el caballero Lanzarote! Su tez de ordinario marfileña de pronto se torna colorada. ¿Qué la azora? ¿Qué la hace desviar la mirada de sus ojos tiernos y bajarla a la blanca rebanada de candeal que tiene delante? Os lo diré: es que ha vuelto la cabeza, como si la moviera la piedra imán, sin voluntad suya, hacia la mesa de los infanzones, al fondo de la cámara, y ha visto que don Gualberto miraba hacia el estrado de las damas.

¡Oh, misterio del amor que, al tiempo que da la vida, mata! ¿La buscaba a ella u ojeaba a las otras dueñas y doncellas, altas y chicas, entre las que abundan las de buena crianza, las de posaderas amplias y grávidas, dotadas de grácil talle de palmera y pechos grandes y turgentes, prendas todas que invitan a la refocilación venérea? ¿Acaso caldea el corazón de este Lanzarote alguna toledana de ojos garzos, intensos, la melena prieta suelta por la espalda y el cónico apretado y mollar como maceta de albahaca?

¡Ah, punzada de celos, esa ponzoña que apesadumbra en el gozo, que clava espinas en la blandura del deleite, que malogra la dicha, daga que falsa y penetra las lorigas y perpuntes del amor!

Acá llegan los servidores, cada cual con su bandeja que el maestresala toca con su vara. El maestre de los talladores y sobrecocineros lleva la primera bandeja, de plata, a la mesa del rey. Hace la salva el mayordomo en su plato de peltre, vedlo paladearla mirando las vigas con los ojos cerrados, como gallina en bebedero. Tras chascar la lengua un par de veces, encuentra el manjar bueno y sano. El rey hace una venia al maestresala y éste licencia a los talladores para repartir las viandas. El maestre de cámara sirve el plato al rey. El mosqueador real le espanta las moscas con un abanico de plumas perfumadas de algalia.

A las tablas del fondo, donde los infanzones se apretujan muslo contra muslo en bancadas corridas, llega el carnero asado en espetón y especiado con ajo, vinagre y tomillo y el puerco jabalí

cocido con castañas y manzanas. Notad que los matrimonios comparten la misma escudilla y beben de ella a sorbos hasta que, acabado el caldo, pueden tomar el picadillo del fondo con la cuchara o con los dedos. Ved que las carnes se sirven sobre gruesas rebanadas de pan, duz blanco en las mesas principales y de centeno, moreno y tiznado, en las ordinarias. A las primeras arriban manjares delicados, lechazos y lechones en sus jugos, adobos de lomos y salchichas de piñones y pasas. Oled la salsa blanca que maese Marmite ha elaborado a la manera normanda, con caldo de buenas gallinas y leche de almendras peladas y coladas sobre pechugas de ave enternecidas, desmenuzadas y majadas por sus dos pinches, Gozo y Gahete, en morteros de mármol hasta hacerlas una pasta sin grumos que luego se condimenta con vinagre blanco, jengibre remojado y canela. ¡Tragad saliva! ¡Sí, así se come en las mesas de los reyes y los altos prelados! ¿No os conmueve saber que nuestros bienamados príncipes se humanizan y se sienten próximos a vosotros cuando aprecian esas delicias como vosotros mismos las apreciáis con el pensamiento al oírlas referir por lo menudo aunque jamás las catéis? ¡Comed, comed a saciedad, que también en la imaginación se come!

Si no habéis tenido bastante, mirad ahora las bandejas de peltre y las de plata y los pucheros de cobre pulidos como si de oro fueran, en los que llega la salsa camelina, elaborada con leche, hígados de gallina y vino de granadas y especias. Mirad los variados sofritos de liebre, de cabrito, de buey. Mirad las grullas asadas en salsa salvajina, la que se elabora con caldo de carne, vinagre y jengibre. Catad los adobos, los almodrotes, los morteruelos, las asaduras, las porrudas, los callos picantes y las tripas de cordero enmadejadas en palitos de hinojo.

Qué contento da ver los caballeros viejos, cómo sorben las sopas de vino con miel y mastican las gachas de almorta y caldo de cocer carne que sus despobladas encías consienten. Ya cumplieron lo que les cupo en la vida y ahora aguardan la hora que a todos llega con la paz de ver crecer sus progenies a la sombra del rey. Mirad a don Nuño Pérez de Guzmán, el que perdió media quijada en el asedio de

Álava, cómo se las arregla con la otra media para cuscurrear las ternillas de sus costillas de cochino en miel y acaso deja escapar una lágrima emocionada cuando su compadre Gonzalo Ruiz de Villalobos le recuerda que en su mocedad fue el mejor diente de Castilla y aun de España. «¿Te acuerdas, Nuñillo, cuando nos apostamos con los de Madrigal a ver quién comía más capones y tú le ganaste al campeón por capón y medio?» El caballero Teobaldo de Blasón, franco del Poitou, pregunta: «¿Pues cuántos capones comió el de Madrigal?» «Nueve», le responde Villalobos. «¿Y decís que el de Guzmán comió diez y medio? ¿Cómo pudo cumplir tal hazaña?» «A fuerza de pan», le responde Villalobos.

Capto en vuestros semblantes que gustaríais de pasar a otro capítulo de menos yantares. Bueno. Ya termino: concluido el convite, los servidores retiran el servicio, levantan los manteles y despejan el salón de tablas, caballetes y bancales haciendo espacio para que entren los brincadores a hacer sus cabriolas y volatines, los contorsionistas deshuesados a descoyuntarse, como si de trapo fueran, y los momos con cascabeles en las canillas a fingir que son batanes o campanarios, o almiares o grullas.

Ved que, mientras los entretenedores cumplen su oficio, muchos ricoshombres y curiales del rey se desentienden y apartándose del bullicio se retraen a las galerías y cámaras de las casas del rey a tratar materias de gran reserva.

Ved cómo los infanzones propensos a falsar doncellas ojean el estrado mujeril buscando presa sensible. Con gran cortesía se arriman a las damas, excusando las de alcurnia, que están guardadas de rodrigones más vigilantes que Argos. Ojean en los medios vuelos, buscando presas tiernas y las requiebran con parlas delicadas y galantes desenvolturas, por si se dejaran ir y consintieran más privadas carolas. Los que no hallan acogida a su gusto, se conforman y prueban suerte con las más trajinadas, con tal de retozar con alguna y no perder la jornada.

Don Ferrán de Calanda agasaja a una dama de crecida hermosura y la convida a subir a la torre que dicen de la Panera, la

más alta del alcázar, si quiere admirar desde arriba una posesión suya muy preciada; la dama, pensando que es rico en estados y quiere enseñarle sus campos y alquerías que desde las almenas se divisan, se deja llevar tentada por la codicia de gran casamiento. Vedlos subir los peldaños pinos de la torre, ella delante y el palpándola bajo las faldas muy a su sabor. En un descansillo la apalanca contra el vano de una saetera y la trajina como hombre a mujer con gran sabor de entrambos. La dama, cuando terminan y él hace propósito de volver al banquete, le dice: «Catad, don Ferrán, que me ibais a enseñar vuestra posesión más preciada desde la azotea de la torre.» A lo que él replica: «No ha sido menester llegar a la azotea, señora, que la posesión que yo más aprecio ya la habéis visto en el camino y la habéis tenido dentro de vuestro introito.» «¿Eso era? —dice la dama desengañada—. Pues sabed que otros caballeros tienen más que vos.» «Lo sé, señora —responde don Ferrán—, pero yo me sé conformar con mi mediana fortuna y por eso sigue siendo mi posesión más preciada.»

Ni Boecio se hubiera expresado con mayor sabiduría.

Vuelvo a la sala real. Doña Eliabel atiende a los cómicos. Un contorsionista se arquea hasta que la cabeza le aparece por debajo de trasero. Otro camina con las manos, cabeza abajo, y con los pies voltea veloz un chuzo adornado con cintas de colores que al girar parece una rueda. Otro tropieza y da costaladas provocantes a risa ante doña Leonor, la reina, y sus damas.

Ved el que, mimando gestos de beodo, se encarama en una silla de alto respaldo para hacer el gallo, cacarea, rebuzna, hace el mono, relincha, muge y copia los ruidos de las distintas avecicas con mucha propiedad. Finalmente hace pedos de vieja, de monja, de dueña, de doncella y de vaca con la boca o ahuecando la mano en el sobaco y aleteando el brazo. Los presentes se carcajean, algunos hasta las lágrimas, con una mano en la barriga y la otra en el pecho, el rey y los monseñores mesuradamente así como las damas de alcurnia, algunas de las cuales hacen como la reina, se ponen una mano en la

boca para que no se noten los dientes que faltan o por disimular los podridos.

Un caballero joven, de los venidos de ultrapuertos, don Welf Fonapenn, mira fijamente a doña Eliabel y no puede apartar los ojos de ella, fascinado por su beldad. Ella se sonroja, desvía la mirada y busca con los ojos a don Gualberto, pero no lo encuentra porque ha salido al patio de abajo, donde mean los meantes.

Entorna los ojos doña Eliabel. ¿A qué mujer no la halaga sentirse mirada por un doncel alto y guapo? Pero está tan perdida por su Lanzarote que no queda espacio para ningún otro afecto. Cuando él no está, le guarda ausencias, ve pasar los pájaros, mira los almendros florecidos, las listadas avispas en la fronda de las higueras, en busca de los higos neblíes más altos, ya podridos, que nadie recogió, y suspira esperando verlo aparecer a la caída de la tarde, hechos los éntrenos, sudado como un caballo y polvoriento, pero también ansioso de ella, a que lo lave con un paño mojado y le dé una friega y luego, ya limpio y almohazado, la cubra como el caballo cubre a la yegua. ¡Ay, placer de mis ojos, de mis manos, de mi boca, de mi cuerpo, de mi cono!

Capítulo LXII (62)

Del sueño que tiene el rey de Marruecos y del entendimiento dél que hace su estrellero

¡Contemplad Sevilla la llana, orilla rumorosa del Guadalquivir! Una cinta de fuertes muros festoneados de altas torres bermejas abraza muchos palacios y casas, muchos huertos y jardines que, sobre las altas tapias, dejan asomar palmeras y cipreses.

¡Sevilla de noche, la que huele a azahar y a bosta fresca de camello, la que gusta de músicas y placeres más que de labores! En la torre más alta, que se abre a una terraza con emparrado de dulces uvas, duerme el rey de Marruecos, la cabeza vendada aunque esté sana, a usanza mora, que no parece sino que cotidianamente recelan descalabros. Treinta negros con los dientes blancos y los ojos amarillentos le guardan la puerta. En el piso de arriba, veinte capados le guardan las mujeres, noventa tiene el ladrón despojador de virgos y las goza sin concierto, como el que cata melones, palpa acá una teta, palmea allá una nalga, mira un parpadeo de ojos garzos y al desgaire, como si le costara decidirse, señala a una y manda a las amas que se la adoben para el fornicio.

El rey de Marruecos vela esta noche. Ha tenido un mal sueño, se ha despertado sudando, seca la garganta. ¡Mal presagio! Tantea en su cabecera en busca del cordón y tira de él. Acude presuroso el jefe del diván, el cual, informado del caso, convoca a su estrellero para que le interprete el sueño: «Veo venir una cigüeña del lado del mar. Al llegar a mi torre choca con las tres manzanas doradas del remate y se desploma muerta a mis pies. La miro blanca y grande, caliente,

con un bulto en el pescuezo. Resulta que no ha muerto del golpe sino de una bellota y un sarmiento de vid que le obstruyen el gaznate. Por tu vida, estrellero, me digas qué significa.»

El moro estrellero se echa a los pies del rey de Marruecos y le dice: «¡Por tu vida, gran rey, comendador de los Creyentes, luz del mundo, flor garrida del árbol del paraíso, que no me hagas decir tal cosa porque después de decirla me aborrecerás y a lo mejor llamas al verdugo que me desgracie!»

A lo que el rey de Marruecos responde: «Di-di-dilo porque si-si-si-si no lo dices va-va-va a ser peor.»

Habréis notado que el rey de Marruecos es tartaja. Aparte de eso tiene la cara como un pan de centeno, gorda y morena, y es un rubiasco azafranado de treinta años, ni alto ni bajo, poca barba y rala, no mal parecido y más aficionado a los cojines y a la vida regalada que a la milicia y sus fatigas.

Un quídam si no fuera porque es el rey. Su padre sí era un hombre, Abü Yüsuf Ya'qüb al-Mansür, el que hizo morder el polvo a don Alfonso en Alarcos, el que partía nueces con el miembro, casi nada.

—Rey poderoso, por tu vida te ruego que no me lo hagas decir —le suplica el estrellero, que por nada del mundo quisiera despedirse de la apacible existencia ahora que tiene a los hijos colocados y acaba de adquirir una esclava nubia, virgen intachable si no estuviera un algo magreada, los opulentos pechos duros como manzanas, y sólo aspira a una vejez descansada y sin sobresaltos.

—Di-di-dilo que me-me-me estás cabreando —lo conmina el Comendador de los Creyentes—. No te-te-te pasará nada, fíate de mi-mi-mi-mi-mí. No temas, que so-soy el padre de mi-mi-mi pueblo, el misericordioso, el jus-jus-jus-justo, el magnánimo, el bon-bon-bondadoso.

Estas razones convencen al estrellero, que se franquea con el rey y le dice:

—Has de saber, excelso señor, ¡oh, Comendador de los Creyentes!, que la bellota y el sarmiento representan a Castilla, la inmunda criadora de cochinos, la borracha cultivadora de viñas. ¡Abominación sobre los cristianos, los infieles contumaces, los devoradores de jamón curado, los bebedores de vino añejo!

Ved ahora a los treinta negros de la guardia, los pollancones de anchas narices anilladas, que detrás de la puerta arriman las orejas y escuchan cuanto en la cámara se parla. ¡Por el movimiento de los gaznates al tragar saliva se infiere que la evocación del cochino y el vino les causa desagrado!

—Buen rey, altísimo Comendador de los Creyentes —sigue el estrellero—, la cigüeña es tu reino, de donde cada año llegan muchas cigüeñas a la tierra de los cristianos en migración estacional. Tú mismo puedes ver lo que el sueño significa.

—¿Que se-se-se me van a atra-atra-atragantar los cristianos? —pregunta el rey, el de la cara de pan trigal.

—¡Eso parece, oh, Comendador de los Creyentes! —le confirma el estrellero.

El rey de Marruecos, que no se para en minucias, convoca al verdugo Mojamma y le dice: «A este mal es…es…estrellero, meador de moral y ce…ce…cenizo, me lo retambufas y después le cor…cor… cortas la lengua de hablar, le sa…sacas los ojos de estrellear y le cor…cor…cortas la cabeza de pensar.»

—¡Oír es obedecer! —responde el carnífice. Y se lleva al estrellero, que lloriquea y dice que, ahora que se lo piensa mejor, pudiera ser otra cosa lo de la cigüeña muerta y lo del gaznate obturado. ¡A buenas horas!

Capítulo LXIII (63)

Donde doña Eliabel le demanda a su caballero que le hable de la princesa de Bulgaria

En el huerto de las enredaderas, las higueras y las horas felices, nuestros amantes yacen fatigados, entrelazados, calurosos, después del ardimiento. La postura reposada es como os la pinto: ella con un muslo de nácar encima de él, los pendejillos rubios de la entrepierna femenina enredados todavía en el vellón azabache del varón. La simiente colmada que del introito de la dama se derrama y fluye moja el desfallecido émbolo del amigo y le cosquillea al bajarle licuada por el muslo. Ginebra contempla a Lanzarote, rubio y bello, dorado como el trigal maduro, al amor mirado, le sopla con sus labios bermejos un aliento que huele a canela tostada, le aventa los sudores con un abanico de pergamino y le pregunta si en Bizancio los gastaban así las encopetadas damas y si ellas eran fáciles de contentar. El entorna los ojos saliendo de la modorra del ensueño, satisfecho y feliz, sin peso ni duelo, como si en el cielo flotara, y la mira con terneza. «¿Bizancio? ¿Las damas de Bizancio, tan lejanas? Sí —le dice—, sólo en sus alcobas tienen abanicos con seda coloreada y varillas de marfil, finos, porque fuera tienen esclavos tracios, musculosos y depilados, con flabelos de pluma y pasta de ángel como allá llaman a una lámina sutil. A la mesa son remilgosas como doña Ermengarda y comen las tajadas en unas púas de plata que llaman tenedor.»

Doña Eliabel hace un gesto de asco:

—¿Y no se pinchan?

—Nunca. Aquellas damas son muy peritas en su manejo, porque aprenden de niñas. Así no se manchan los dedos al tomar la tajada sino que la pinchan y se la llevan a la boca. Y del cuello o de un broche del hombro traen en cadenilla o cinta de terciopelo un mondadientes para escarbarse las briznitas de carne que les quedan en la boca. Unos mondadientes tienen forma de sierpe dragona, con las alas abiertas y la cola aguzada que sirve de escarbador; otros parecen una libélula con las alas de vidrio de varios colores emplomados en oro.

Doña Eliabel se sonríe de las extravagantes damiselas de Bizancio.

Se abrazan otra vez los amantes. Se huelen, se lamen los sudores y las partes deleitosas, serpean el uno contra el otro entre suspiros quedos y dulces requiebros. Tras la placentera cabalgada, y van tres, se quedan dormidos. De pronto, don Gualberto abre los ojos, pero sigue inmóvil, la cabeza de doña Ginebra pesando en su brazo. Ha soñado que no había salido de Bizancio. Los ojos se le enturbian recordando. Cuando regresa de la rememoración, mira a su Ginebra cómo reposa y duerme con un roncor joven, inocente y pura. Huele a miel caliente y canela. Cierra don Gualberto los ojos y detrás de los párpados, en medio de la confusa felicidad del presente, se ve otra vez en sus años de Oriente, más joven, en medio de aquel horror remoto cuyo recuerdo nunca lo abandona del todo. Ve las calzas de los peones y las herraduras de los caballos resbalando sobre la sangre medio cuajada que cubre los mármoles, los mosaicos y las taraceas de los palacios, cuando el brazo duele de matar y las narices secas del humo de los incendios y de las fatigas del combate clavan espinas agudas debajo de los ojos y hay que llenarlas de agua para seguir matando. ¡El despojo de Bizancio! Una semana de francachelas y crueldades de borrachos, de rapiña y estropicio. ¡Bebían, comían, folgaban, alardeaban de ricas vestimentas, de cadenas de oro, de armas magníficas, de brocados, dormían sus borracheras en grandes lechos, bajo magníficos doseles de cendal! ¡Todo el despojo de los palacios, la ilustre ciudad en almoneda! Con los corpiños de las mujeres, cortada la seda, se

hacían collares y bandas de mesnada. Algunos envolvían la funda de la espada con sedas de Oriente que en Roma valdrían un patrimonio. Lo derrochaban todo, un poco borrachos y un poco conscientes de que nada vale nada cuando no sabes si al otro día, o dentro de dos horas, te vas a encontrar con la muerte.

Capítulo LXIV (64)

Donde se cuentan juglarías de mucho entretenimiento

Mirad este cuadro, regresados al palacio de Toledo, en la sobrecena del convite del rey Alfonso, ya escurridas las barricas por las canillas. Catad las barrigas orondas y las caras bermejas de los convidados sino la del interventor don López Payer, que está echando cuentas a ver por cuánto va a salir la liberalidad del rey y se le encoge el ombligo cuando piensa en la cifra. El trovador Guillem de Cabestany demanda licencia a la reina, y ella se la otorga, para cantar con su vihuela de mano una cansó sobre los amores de Giraut de Bornell y la bella esquiva doña Alamanda del Estanco.

Prestad oído, porque aquí se destila la quintaesencia de la caballería, del amor y de la galanura. Pues este garrido caballero Giraut, que os imaginaréis de buen talle, cerrado de barba y blanco de piel, está enamorado de doña Alamanda, una bella dama gascona discreta de entendimiento y muy lozana de cuerpo, y con mucha leña delante de la cabaña, como allá aluden a las bien tetadas, por lo que es muy rondada de galanes y músicos y envidiada de damas desventajadas. Es el caso que ella se complace en el trato de don Giraut, por el gran ensalzamiento que él hace de su persona en canciones y endechas que luego los juglares cantan en castillos y plazas, pregonándola de beldad sin tacha y la más lozana del reino. Mucho tiempo dura el cortejo y el requiebro, con cansancio del enamorado trovador, que aspira a galardón más consistente que miradas y suspiros, pero ella no consiente más que buenas razones sin darle lo que todos buscamos, ese erizo abierto tan deleitoso que

ellas guardan en la entrepierna, no sé si me explico o si estoy trovando clus.

Id y buscad «trovar clus» en el glosario que al término del libro aparece, que yo espero aquí vuestro regreso sin adelantar en el cuento.

¿Ya sabéis lo que trovar clus significa? Sigo entonces. Como decía, la dama no facilita prenda alguna si no es un guante de terciopelo, fatigado ya, con el que el pasionado don Giraut se conforma algo hasta que, con el alargamiento del tiempo, empieza a parecerle poco, pero no lo trasluce, no sea que la bella se amohíne y mude sus favores a otro enamorado, que así de volubles son cuando se ven agasajadas de muchos.

Ved aquí que, en un viaje, galopando, el atento Giraut pierde el hato donde lleva el guante de la dama. Lo advierte ya en la posada y tornando sobre sus pasos desanda el camino y lo busca enconadamente por cerros, llanos y vados, mas no lo halla, de lo que le sobreviene gran abatimiento y melancolía. Alamanda se entera del suceso y le reprocha: «Falso amigo y traidor, ¿así me guardabais la prenda? Escarmentado he de vuestros amores. En ello se prueba que vuestros requiebros eran fingidos. No quiero saber de vos.»

El pobre Giraut, desesperado, demanda consejo a la discreta Agamina, doncella de doña Alamanda, la que mejor conoce los humores de su señora. Éste es el momento en el que comienza mi trovar al son de la templada vihuela para que oigáis sus vivas palabras:

Pulsa Guillem de Cabestany en la vihuela muy dulces y acompasados sones al tiempo que canta:

> *Si os pido consejo, bella amiga Agamina, no me lo neguéis, puesto que es un hombre atribulado quien os lo demanda, porque me ha dicho vuestra mendaz señora que me he alejado mucho de su voluntad. ¿Qué me aconsejáis? Pues el corazón se me consume, tan apenado estoy.*

Oíd ahora lo que Agamina le dice:

> *Por Dios, Giraut, si os dice que una alta montaña es un llano, creedla, y os plazca bien el mal que os manda, pues así seréis amado*.

A lo que Giraut responde:

> *No puedo evitar gruñir ante el orgullo, aunque seáis vos, doncella, bella y rubia. Una pequeña pena os perjudica, y una pequeña alegría os mejora; pero no sois la primera ni la segunda. Ya mí, que temo que esta pena me confunda, ¿por qué me aconsejáis, si temo perecer, que me interne más en las olas? Mal creo que me guiáis.*

Así discurre la velada, con melodioso canto sobre los amores del galante Giraut hasta que la criada lo anima a abrir su corazón a la voluble señora que lo acogerá muy amorosamente. Confortado con esta promesa va Giraut a la dama de sus pensamientos y le dice:

> *Señora, tanto os he rogado que, si os place, me améis, que soy vuestro doméstico, pues sois noble e instruida y concedéis todo buen mérito; por ello me place vuestra amistad. Como sois cortés en todas las acciones, mi corazón se ha afianzado en vos más que en ninguna genovesa, por lo que será favor si me amáis; y luego quedaré mejor recompensado que si fuera mía la ciudad de los genoveses, con las riquezas que hay allí reunidas.*

Pero doña Alamanda del Estanco, la alta señora, la requebrada, le responde:

> *Juglar, no sois cortés al requerirme esto, pues no haré nada. ¡Ojalá os ahorcaran! No seré vuestra amiga. Ciertamente os degollaré, maldito provenzal. Os diré estos insultos: sucio, tonto, pelón. Nunca os amaré, porque tengo*

marido más bello que vos, bien lo sé. ¡Fuera, hermano, no quiero perder el tiempo!

Así termina el recuento de estos desdichados amores, por el que el trovador recibe mucho aplauso y parabién, sólo que las damas más sensibles le hubieran rogado que terminara en bodas y gustoso himeneo. «Así lo haré otra vez, altas señoras… —promete don Guillem de Cabestany y, retirándose del estrado, piensa—: … que sois todas unas burras, con el gusto maleado por los romances blandengues.»

Capítulo LXV (65)

Del regreso de don Hugo de Tours, que estaba en Navarra con el arzobispo don Arnaldo Amalarico, y de las razones que tiene con doña Eliabel, su mujer

Ardores del estío, cuando florecen la crísula, el martagón y la costilla de Adán, cuando los boticarios salen al campo y hurgan en los pedregales para cazar la esquiva víbora con la que cuecen sus triacas; cuando los polluelos de la tórtola rompen el cascarón y las arañas salen de los arañeros.

Tres de junio en las calendas. Día de grandes calores que a los gorriones ahogan en los nidos. Doña Eliabel, afligida y sin consolación, por más que disimule su pesar. Sabed que ha entrado en Toledo, con gran pompa obispal y trompetería, don Arnaldo Amalarico, el legado del papa que fue a Tudela a persuadir al rey Sancho de Navarra que milite en la cruzada. Treinta lanzas trae en su séquito, pagadas de sus rentas, amén de recuas de vajilla y ornamento, mantenimiento y boato. Con él, estribo con estribo, muy honrado y ufano de las mercedes que alcanzará por sus buenos acuerdos, regresa don Hugo de Tours, el fiero esposo de doña Eliabel, el de la jeta partida por una cicatriz cárdena que le baja de la ceja y le hiende la nariz. ¡Malencarado y grosero, amén de mal tratador de mujeres!

Catad a doña Eliabel, la cuitada, en la cámara de su marido, el cual, verriondo como llega por la forzada ausencia, la derriba sobre la mullida estera y, sin sacarse siquiera las espuelas, le levanta las haldas, se refocila en sus carnes, la barrena con su miembro y se

vacía en ella con ganas contenidas de cuatro semanas, en las cuales ha guardado continencia por más esforzar su semilla viril (pero nosotros sabemos que es vana, que ya la gentil esposa está preñada del feraz don Gualberto).

Catad ahora a don Gualberto, que vela sin sueño, en congoja de enamorado despechado, sorbiendo sus amargas lágrimas. ¡Quién lo consolara diciéndole que doña Eliabel se conduele más que él, la Ginebra entregada sólo a su corazón, la que ha soportado el trance del mal marido con los dientes apretados y sangre en la boca, la que ahora llora hacia adentro, el alma en carne viva, los ojos secos, mientras el franco cruel ronca a su lado, satisfecho, ya sin espuelas, que mirad el estropicio que hizo con ellas en las sábanas y el colchón!

Notad como don Gualberto rechina los dientes con ira de ciervo en celo, ni *mansuetudo* ni leches. Quiere matar por sus manos, abrir en canal y sacar los hígados a puñados de don Hugo de Tours, que, sobre arrebatarle su feudo, le quita ahora su recobrado amor, el que lo redime de los espantos de su memoria, de la llaga doliente del recuerdo de Comnena, la princesa búlgara.

Cielo ceniza, con la luna menguante. Parece que se resiste a amanecer por refocilarse en el daño de los amantes. ¡Qué larga se hace la vela cuando los crueles astros ruedan lentos por la bóveda del cielo! ¡Ay, cuan distintas y remotas se ven las verduras del huerto de la Galiana en la distancia, doña Eliabel la desventurada desde su cámara y don Gualberto el infortunado desde su tienda de nueve paños!

A la mañana, don Hugo, rodillas flojas del mucho cumplimiento conyugal, se viste de saya encordada y pellote con ricos bordados en las mangas y acompaña al arzobispo Amalarico a dar cuenta al rey que Sancho, el navarro, en buen acuerdo por fin, aunque a regañadientes, ha convocado a su mesnada y vendrá camino a Toledo en cuanto junte los hombres y apreste las armas.

Doña Eliabel va a ver a doña Ermengarda y se echa a llorar en sus brazos.

—¡Madre, si realmente me tienes afección, dame una ponzoña que me mate porque no soporto más dormir al lado de mi marido, el tirano y cruel! —le suplica.

A lo que doña Ermengarda, abrazándola con mucha terneza, le responde:

—Hija mía, esa cuita tuya ¡cuántas mujeres la tienen! Consuélate, sé paciente, soporta y disimula tus pesares. Por tus ojeras cárdenas noto que no has dormido y que has tenido que sufrir lo que más sufre una mujer, las caricias y acciones del marido aborrecido y desatento. No es ésta hora de mudanzas, sino de paciencia y aguardar alteraciones. Dentro de poco se reñirá la batalla que a todos nos convoca. Muchos caballeros morirán y otros saldrán guarnidos hasta el fin de sus días, sin contar que algunos pueden perderse y no parecer: sea como fuere, la cruenta batalla acarreará grandes mudanzas. Aguarda con paciencia a que ese momento sea llegado y después, sobre los tiestos resultantes, veremos lo que puede hacerse para que enmiendes tu vida y seas tan dichosa como mereces.

Capítulo LXVI (66)

De la morisma magrebí que se junta en Sevilla bajo las señas del rey de Marruecos

Pensaréis: ¡acá se le derramó el tintero! ¡Nada de eso! Este cuadro lo veis todo negro porque he dibujado la apretada muchedumbre de moros carbonientos. ¡Afluencia y gentío! ¡Los moros que vinieron de África, en las gordas naves! ¿Quién sabría contarlos? ¡Ni mil contables genoveses provistos de ábaco, tinta y papel sacarían la cuenta dibujando palotes con un peine! Pensaréis: ¿serían mil? ¡Frío, frío! ¿Cinco mil? Nada: ¡frío! ¿Diez mil? Más, muchos más. ¿Os lo digo? ¡Dieciocho mil, moro arriba, moro abajo, forman esa muchedumbre descalza!

¡Ah, los desandaliados porque se han gastado todo el cuero en tambores para atronar Castilla! ¡Moros en multitud, gente mal ordenada, moros sucios de natural que no saben de limpiedad ni apostura, chusma mugrienta, hijos del pedregal requemado por el soletazo, los cueros atezados, casi todos a pie, otros en caballos chicos o en dromedarios grandes! ¿Qué hace tanto moro en la tierra española, diréis? ¿Qué han de hacer, desgraciado? ¡A por lo nuestro vienen, a robarnos, a remediar su indigencia con nuestro patrimonio, a vivir a nuestra costa!

Fuera de Sevilla, orillas del Guadalquivir, el río de mansas aguas pobladas de esturiones y plateados peces de muchas hechuras, el que riegajardines de nenúfares en los que los enamorados se aparean tras los verdes setos, al compás de la vihuela y la zampona, a orillas del río, digo, se ha juntado la muchedumbre del rey de

Marruecos, los que rezan con el culo en pompa y tienen un callo en medio de la frente, los sabios y prudentes arrebujados con los menguados de entendimiento, una tropa como jamás se viera otra igual en los días del mundo, más de quince mil moros de turbante y cara tostada o carbonienta, según pedigríes y castas. ¡Mirad la nube de polvo, que se levantan al cielo sus huestes en marcha o cuando remedan tornafuyes, con sus trotones ligeros, albardas de muchas motas bermejas, negras y grises, ronzales trenzados de varios colores!

Moras de espléndidas grupas, las criadas con garrapiñadas y pástelas, se asoman a verlos detrás de las celosías de sus almacerías y comparan aposturas y fierezas. ¡Cómo se embelesan con el negro Zolas, el coloso de la guardia del rey, alto como una lanza y con una natura tan descomunal que cuando exonera el vientre, agachado en el campo, es fácil que se cague en ella!

Los moros andalusíes, sus hijos y maridos, miran los alardes de los africanos desde las azoteas y desde los antepechos de las torres. ¡Dolor de la tierra! ¡Ay de la garza andalusí, aplastada entre el percherón cristiano y el dromedario magrebí! Los tontos aclaman a los magrebíes y los llaman hermanos nuestros, pero los prudentes menean la cabeza con desplacer como diciendo: «No sé, no sé, mucho pavoneo y mucho atabal, pero esta grosera gente africana, que es como plaga de cigarrones que arrasa los trigales, no se determina a levantar el campo e ir contra los cristianos. ¿No habían venido a eso, no iban a llegar a Roma corriendo la tierra enemiga? Entonces, ¿a qué tanta demora? Mientras, aquí estamos nosotros alimentándolos, alojándolos y padeciendo sus arrogancias y sus abusos. ¡En el campo, y no en los alardes, se manifiestan los guerreros!»

Capítulo LXVII (67)

De la llegada de don Pedro de Aragón con sus mesnadas

Dieciséis de junio. ¡Día señalado con roja minial en el calendario de los gozos! Un heraldo polvoriento y abundado de caminos va gritando por la plaza de Zocodover: «¡Toledanos, vestid vuestros ornatos, sacad colchas a las ventanas, esparcid juncias por las empedradas calles, vestíos de fiesta, salid en alborozo a las puertas, asomaos a las finiestras y tejados, tañed músicas porque entra en Toledo el rey Pedro con los caballeros aragoneses, los aguerridos justadores, los buenos batalladores!»

Ved a los ricoshombres de Aragón, quinientos caballeros de loriga y lanza muy bien guisados de muchas armas y de muchos y buenos caballos, con muchos peones y ballesteros: Tras ellos, en las recuas de la impedimenta, entre las muy esforzadas señoras, de mucho linaje y alteza, vienen doña Gloria Abad, muy docta en emplastos y medicinas, esposa del ricohombre donjuán del Sol, caballero de altos vuelos, y doña Rosa Ruiz, doncella muy gentil y piadosa que mucho sabe de la sanación de las llagas corporales que en la batalla cobran los hombres y sólo no cuida ni cura, antes bien acrecienta, las llagas del ánima enamorada que con su dulce y modesto continente inflige a muchos infortunados amadores.

¡Suenan trompetas y atabales y chirimías y músicas! Con mucha solemnidad y tañido de campanas salen el rey y la reina y los arzobispos y muchos ricoshombres a recibir a los aragoneses a una legua de Toledo en los prados arbolados donde posarán. Se encuentran los dos reyes con gran caballería y gentileza,

descabalgan y se abrazan estrechamente entre parabienes y bendiciones.

—¡Hermano y amigo —dice don Alfonso con los ojos llenos de agua—, lo que hoy empieza juntará nuestros nombres en perduración cuando ni huesos seamos sino polvo y olvido!

Capítulo LXVIII (68)

De la justa que el rey don Alfonso ofrece para honrar al rey don Pedro de Aragón

Los heraldos y reyes de armas se esparcen por las plazas de Toledo y por los campamentos que en el río están para convocar a los caballeros, en diferentes parlas que sean de todos entendidas, a una justa que, por quitar de ociosidad a la tropa y dar entretenimiento de armas, se celebrará el día tal por orden del rey y con dispensa del arzobispo. Sepan los que esto escucharen que será blanca, sin armas de muerte, por lanzas quebradas o caballeros descabalgados, y que a ella podrán concurrir cuantos caballeros quisieren salvo los bastardos, herejes, perjuros, adúlteros, felones, forzadores o ladrones y que a cada caballero corresponde una dama de honor y se jurará sobre el Evangelio no recurrir a sortilegio alguno que ayude a vencer.

¡Mirad el día señalado cómo amanece radiante! Desde la mañana los músicos de maese Pedro Jiménez Caballé y maese Federico Soria recorren las principales calles y plazas de Toledo tocando la fanfarria que convoca a las gentes al prado. Los talleres huelgan ese día y la festiva ciudad se vacía: ruanos y burgueses, mujeres y hombres, mancebicos y doncellas, todos concurren a las amenidades del río. ¡Qué alegre algarabía, qué variedad de capiellos y garlandas, qué de gorros y tocas que guarden de sol bajan a la ribera del Tajo por holgar y ver justar a los famosos caballeros!

Catad, en el palenque armado, el lujo de los vestidos y las armas, de los trajes y los caballos, de los paramentos y arneses. Admiremos la cerrada liza armada, frente a los baños de la Cava. Dos días han tardado los carpinteros en levantar los nueve cadalsos, que los pajes han adornado con telas y tapices, guirnaldas y ramos de olor. Detrás de ellos, han levantado doce tiendas para vestirse y vagar los mantenedores, así como chamizos de ramas para los herreros, lorigueros, silleros, talabarteros, cirujanos, albéitares, armeros, sastres y caballerizos. En los extremos del palenque, donde las carreras acaban, se levantan las salas de armar, bajo lienzo, y los corrales de las cuadras, señalados con estacas y sogas. Los mantenedores han sorteado los puestos, las parejas y el sol. Han signado los pliegos de amistad para que ninguno se empareje con su notorio enemigo, ni busque el daño del adversario.

¡Trompetas llaman a las armas! En el cadalso real, bajo las hermanadas enseñas de Castilla y Aragón, está el rey don Alfonso, que tiene a su diestra al rey don Pedro y a don Arnaldo Amalarico, y a su siniestra al arzobispo de Toledo, don Rodrigo, y al embajador de Navarra. Alrededor, los ricoshombres del reino así como los designados jueces, uno por cada nación, don Simón de Mercia por los ultramontanos, todos asistidos por farautes, trompetas y escribanos.

En el cadalso frontero, cubierto por una enramada que lo guarda del sol y con el parapeto adornado con tocas azafranadas y guirnaldas de mirto y laurel, doña Leonor, la reina, con sus damas y ricashembras de alcurnia, todas ataviadas de gran gala con muchas sayas encordadas y garnachas en los cuerpos y en las cabezas muchas crespinas y capiellos. Ved a doña Ermengarda, risueña y atenta, y a doña Eliabel, a su lado, sentada en un escabel, más bella que el sol si no fuera porque su gesto contrito revela las amarguras de su corazón.

Sabed que las damas han designado, como es costumbre, un juez de paz que vele por el cumplimiento de las leyes caballerescas en virtud de las cuales la justa se hará con lanzas sin hierro y con

espadas corteses, las que en Francia llaman graciosas porque están desprovistas de corte y no hieren. El rey de armas pregona que no se hiera de punta ni al caballo y que el descabalgado se da por vencido.

Un juez recorre la liza mirando que todo esté en su punto. Dos puertas tiene el palenque, una para los mantenedores y otra para los caballeros. El rey de armas pregona los nombres de los mantenedores: hasta diecisiete caballeros de distintas naciones, francos, aragoneses, castellanos, un inglés y un germano, todos de linaje parejo y noble palmares.

Echadas las suertes por el maestre del campo, comienzan las justas, a las que don Gualberto asiste con indiferencia. Nuestro caballero está muy gastado de la agitación que vivió en Oriente y no gusta de estos juegos. Pensemos que pasaron ya los verdores de su edad, cuando le placía lucirse, o que la enseñanza de los años lo inclina a soslayar trabajos sin fruto y meros lucimientos.

Trompetas. Aplausos. El rey muestra su pañuelo. Suena la música acordada de maese Pedro Jiménez Caballé en la tarima de los tañedores. En la primera ronda de justas, don Hugo de Tours, el fiero marido de doña Eliabel, contiende con el caballero don Welf Fonappen, de nación germana, el cual, aunque no ha cumplido dieciocho años, es ya ducho en las siete probidades del caballero, que son cabalgar, nadar, flechar, cazar pájaros con red, jugar a las tablas, narrar sucesos heroicos y componer versos.

Es don Welf alto y membrudo, tan hermoso que las doncellas lo miran arrobadas y por él se muestran dispuestas a perder su condición natural. Es ya famoso porque gana todos los torneos en su nación, pero de guerras guerreadas no sabe. Su heraldo ha plantado en la tienda real un cartel escrito en latín, en lengua de Oil y en castellano por el que desafía a cualquier caballero que quiera medir sus armas.

Corren don Hugo y don Welf dos lanzas, en la primera los dos la quiebran sin derrocarse y a la segunda don Welf da con don Hugo

en tierra muy estruendosamente. Se levanta don Hugo, haciendo lástimas, con el hombro desconcertado, dolorido por el cepazo, de lo que doña Eliabel, sin ser más mala de lo que ellas suelen, se alegra en su corazón, aunque finja grandes pesares, porque piensa: «¡Ah, marido abusador y desatento: esta noche no estarás para ruidos ni folgorios!» Sus escuderos lo llevan al concertador de huesos, que en las tiendas aguarda faena, para que le componga el brazo con tablillas y vendas. Recompuesto y la color quebrada por el dolor, don Hugo no consiente en retirarse y regresa al estrado del rey, con doña Eliabel solícita a su lado.

Prosigue el torneo. Otras cinco lanzas rompe don Welf como si fueran cañas y descabalga a otros dos caballeros francos, lo que levanta sornas en el lado de los germanos y sonrojos entre los que vienen de Francia.

—¿Han de prevalecer los tudescos sobre los francos? —dice don Simón de Mercia, con serio semblante—. Tal descalabro no se vio desde que Carlomagno perdió a Roldán, en Roncesvalles, pero aquellos torneadores eran vascos de Bilbao, lo que disculpa la afrenta.

Así llega la hora del refrigerio y los caballeros y las damas se juntan en la liza a tomar fuerzas con pastelitos de ajonjolí y sorbetes de granada y agua de cebada que ha preparado maese Marmite con ayuda de Gozo y las dueñas sobredichas de Argenteuil. Doña Ermengarda, avisada por Gozo de que su hermano don Simón ha pedido licencia al rey para justar con don Welf, se encara con él muy enojada y le advierte: «¡Qué locura es ésta, hermano! ¿Pensáis que vuestros huesos están firmes para competir con la juventud? Creí que veníais a la batalla con el sarraceno y ahora encuentro que no venís sino a jugar con la mocedad como si mozo fuerais. ¡Mejor cabeza pensé que teníais! ¿Para esto he dejado yo mi convento y mis devociones, con gran dolor de mi corazón, como la carne se separa de la uña, abandonando a mis hijas de clausura, mal pastor que se distrae de su virginal rebaño y lo deja a merced de capellanes verriondos peores que lobos? ¡No, por cierto! ¿Y es éste

el pago que me dais por mi abnegación? ¡Oh, tiempos desagradecidos y sin piedad de corazón! ¡Hermano: tened cabeza y considerad que donde yace la honra y la prez es en la batalla verdadera, no en la fingida! ¡Allá se esclarecerán los linajes, no aquí!»

—¡Ya se lo he dicho al rey de armas y me he inscrito en el rollo! —se excusa don Simón—. Ahora no puedo desdecirme sin que sufra mi honra.

—¡Con estas mismas razones que os digo se lo desdecís, hermano! —responde doña Ermengarda con firmeza que no admite réplica—. ¿Acaso no podéis designar entre vuestros mesnaderos a un campeón que os represente? ¿No vienen de Francia caballeros de linaje de tanta limpiedad o más que ese tedesco?

Rendido por estas razones, don Simón acepta que un campeón lo represente y encomienda el caso a don Gualberto.

—Vos conocéis la guerra y sabréis justar mejor que cualquier otro franco —le dice—. Montaréis mi *coursier Redoute* para que rememore cómo es un combate. Así cuando llegue la batalla estará más tranquilo y sin resabio. Además de que sois hábil en las armas, si concurrís le daréis más lucimiento.

Don Gualberto acepta justar por los francos aunque sea provenzal, tanto se obliga con don Simón. Se inscribe en la lista. No es que le gusten las justas. En Bulgaria participó en algunas, pero allí no eran juegos con armas graciosas sino duelos con armas de todo trance y puntas sangrientas como acá llamamos a las que matan.

Aquí tenéis a don Gualberto, en la corraliza de los caballos, en compañía de Gahete, el niño, que no se aparta de él y lo mira ya como un hijo miraría a su padre, entre orgulloso e inquieto. De lejos catan al caballo *Redoute*, la cabeza altiva, la crin nerviosa, un *coursier* veloz, fuerte de las patas traseras, lo que certifica un trote breve y un galope mantenido.

Don Gualberto, el diestro en la doma, se encamina al caballo, con paso resuelto pero sin agobio. Deja que el trotón le huela las manos, le acaricia la frente, que tiene señalada con un lucero de pelo blanco, le tira un poco de las crines, le palmea el cuello y le acaricia el lomo hasta la grupa. *Redoute* cabecea y se rasca contra el pecho de don Gualberto, señal de que lo admite por jefe de la manada. Don Gualberto llama a Gahete, para que, a su vez, acaricie a *Redoute*. Habla quedo al caballo: «Este es Gahete, mi escudero, te tratará bien, siempre lleva algarrobas en la bolsa.» Se sonríe don Gualberto: «Ahora no extraña —le dice—. Se dejará llevar a la batalla. Buen caballo, deliberado y firme, no vacilará cuando corra a lo largo del paño.»

Suenan las primeras trompetas para atalajar. Ensillan a *Redoute* con la silla cocerá desarzonada, la que deja suelto al justador. Monta don Gualberto y, apartando la cortina, sale al sol esplendente de la liza. ¡Cuantos lo ven con silla cocerá se dividen entre los que lo consideran gran locura y los que lo tienen por mengua de entendimiento! ¿A quién se le ocurre aparejar con una silla sin arzón, que no sostendrá al jinete cuando reciba el encontronazo de la lanza del oponente?

Capítulo LXIX (69)

De la justa entre don Gualberto y don Welf de Germania

Sol esplendente en el cielo azul. Gentío que se entusiasma con las suertes de los mantenedores. Oíd las trompetas que anuncian la salida, el tambor del galope pesado sobre la tierra apelmazada, el chasquido siniestro del fresno de las lanzas al astillarse, los chillidos asustados de las damiselas que se cubren los ojos con las manos y ven entre los dedos, la costalada de los caballeros que ruedan por el polvo, los clamores de la chusma excitada…

También el pregón del que vende altramuces, Manuel Zurita Villamanrique se llama, gorrón certificado. Tres veces lo han echado los guardias y tres veces ha tornado, molesto y constante como mosca cojonera.

Comparece don Gualberto, caballero en el corcel *Redoute* llevado de la rienda por Gahete. En su extremo de la liza empuña la lanza que le tiende Gozo, el mozo garrido de Fontevraud. En el otro extremo, don Welf Fonappen de Germania embraza el escudo y baja su fuerte lanza listada de rojo, blanco y negro. Atentos al clarín. ¿Lo oís agudo y claro? Parten los caballeros al trote, cada cual por su lado del lienzo. Los mirantes contienen el aliento. Vedlos galopar, aguijados los caballos, las duras herraduras levantando sartas de polvo y piedras. ¡Mirad cómo galopan a chocar y encontrarse entre el cadalso real y el de las damas! Don Welf acomete con la lanza bajo el brazo, apretada en el sobaco, al uso latino. Don Gualberto lleva la suya al modo de Oriente, sobremano, más suelta, la muñeca hacia arriba, el asta sobre el antebrazo, lo que consiente moverla

más ligeramente. En el santiamén del choque, cuando las varas se cruzan, el caballero Gualberto se desliza de lado, como si desfalleciera, y una exclamación se levanta de las gradas. ¡Ved a doña Eliabel angustiada que se lleva la mano al pecho! ¿Amortece el caballero por miedo o flaqueza? ¡No, por cierto! ¡Catad la celada del que mucho probó suertes de guerra en tierras extrañas, con crueles trudentes y bárbaros resabiados! El caballero menesteroso, pero también ardidoso, hurta el cuerpo a la lanza del contrario, que resbala por su escudo sin daño ni fuerza, y, girando la suya como el rayo, golpea al germano en la cruz del cogote, donde las paletillas se juntan. Don Welf, aturdido del espaldarazo, se desploma caballo abajo, da dos tumbos en la lid, prendido de la estribera, se suelta en el segundo, y queda inmóvil en tierra, la cara pálida empolvada, hecho una lástima. Un clamor se eleva de las gradas, con la gente levantada. ¿Ha muerto o se menea? Los escuderos de don Welf apenas se refrenan de correr a auxiliarlo. ¡No, no está muerto sino pasmado!

Don Gualberto regresa al paso, ya derecho en su silla morisca, y toca con la punta de su lanza en el pecho del vencido, no por ofensa sino por reanimarlo. Don Welf, vuelto a su acuerdo, abre los ojos, suspira resignado y levanta una mano en señal de entrega.

En la tribuna real, los jueces y los que no lo son discuten reciamente si el lance es bueno o malo. Don Hugo, que se ha sentado en el extremo con el brazo dolorido sujeto por varas y colgando de un cordón, arguye que no ha sido noble combate de caballero, sino artero golpe de sarraceno. Altercan unos que sí, otros que no, cuando, ayudado de sus escuderos y pajes, se levanta el vencido don Welf Fonappen a defender a su oponente y dice:

—Excusad, ilustres señores y prudentes jueces, si traigo a la palestra la opinión de quien, como vencido, quiere noblemente dar su parecer. No veo yerro en la manera en que el caballero de Marignane me ha derrocado, antes bien miro en él la más alta virtud, la que a la fuerza aúna el entendimiento y la astucia. Recordaos del ilustre Ulises, la flor de la caballería de Archines, el

que entró en Troya y terminó la guerra costosa con un caballo de madera y después venció al gigante monóculo Polifemos con un palo tostado al fuego; recordad, ilustres episcopos, al caballero David, el rey santo que derribó al campeón Goliat, sin armas de caballero, con una honda de pastor… Yo, por mi parte, considero justo que la victoria quede por mi oponente y gustoso le entrego mis armas, como es costumbre.

Los jueces deliberan otro poco y son del mismo acuerdo. Ya tiene don Gualberto el trofeo, pero ¿y la prenda? Ya sabéis que es costumbre que cada justador reciba una prenda de una dama y la pierda o la gane según su valor y pericia.

Don Hugo de Tours le había pedido prenda a doña Eliabel de Nemours, su mujer, y ella se había arrancado la manga siniestra de la saya de terciopelo verde, que ya traía descosida al efecto, según la costumbre de las justas.

Don Gualberto se acerca al cadalso real y tiende la lanza intacta hacia doña Eliabel. ¡Cómo disimula el sofoco la que tanto se le ha entregado! ¡La blanca tez se torna bermeja como la grana cuando se tira de la manga, el suave terciopelo, la arranca de los pespuntes y la introduce en el astil de fresno como la varonía penetra en el introito de la mujer! ¡Oíd los vítores! ¿No escucháis la trompetería y el clamor de los mirantes? Antón Gonzo, el conquense que quiere ser caballero villano, tras la soga que contiene a los concurrentes, aplaude con entusiasmo la gloria de don Gualberto, al que mucho aprecia por sus buenas enseñanzas. El niño Gahete llora emocionado. Doña Ermengarda y don Simón se refrenan de batir palmas y atemperan su regocijo por no descubrir sus privanzas y afectos hacia el vencedor.

La reina Leonor sonríe, discreta, y se complace.

¿Hay rosa sin espinas? Don Gualberto, al notar el rencor de don Hugo, el del brazo dislocado, toma la manga tibia y perfumada de doña Eliabel, la besa y la retorna a su dueña con mucha gentileza.

Así pasa lo cumplidero a esta historia en las justas del rey. Los otros sucesos omito por abreviación.

Capítulo LXXX (70)

De las noticias del moro Miramamolín

Los que jugáis a las tablas y en ello gastáis tiempo y haberes, ¿habéis notado que los cuadros del tablero reproducen las noches y los días, las congojas y las alegrías, los infortunios y la suerte?

Ya veo que sí. Es materia que a los sabios da causa de mucho pensamiento y a los ilustrados, de honda cogitación. Eso es lo que emerge cuando se aplica el raciocinio según filosofía: que los opuestos y encontrados rigen el mundo. Así también mi cuento. Al júbilo de los cristianos que en Toledo celebran la vida y se refocilan con gran refocilación os opondré a los moros que en Sevilla andan inquietos y quejosos.

¿Qué congoja los atribula y consterna? ¿Qué cuita los sume en profunda pesadumbre? La caterva voraz que el rey de Marruecos trajo de África; bajo capa de defenderlos de los cristianos.

Esa muchedumbre harapienta acopiada en aduares polvorientos y en el pedregal de los cerros pelados, esa chusma astrosa y descalza, esos peones secos como el alambre, las mejillas hundidas, los pómulos huesudos, los dientes saledizos, han engordado en al-Andalus sin jamás hollar tierra de cristianos fuera de aquel castillo, Salvatierra, que tardaron un año en cobrar, como si fuera la misma Roma.[19]

El caballero don Suero Téllez de Meneses, la faz polvorienta y la ropa sudada, descabalga en el corral del alcázar y en esa guisa desaseada va a besar la mano del buen rey Alfonso.

—¡Albricias, señor, que las nuevas que traigo alegrarán tu corazón!

El rey lo hace levantar y, mientras llega el arzobispo don Rodrigo, manda traer un paño mojado, con el que don Suero se alivie el sofoco, y un cuartillo de vino templado que le críe sangre y le restituya las fuerzas.

Llegado el arzobispo, en una apartada cámara del palacio, el echadizo da su embajada:

—Sabed, señor, que vengo de tierra de moros en la que, en hábito de pellejero sordomudo, he recorrido las tenerías de Quesada, Córdoba, Sevilla, Niebla y Andújar, donde he andurreado mezquitas y zocos, arrabales y cantones, ermitillas y posadas, mancebías y atarazanas amén de los doquieres donde los moros hacen sus juntas, y en todos he puesto oído a cuanto se decía. Sabed que los moros de aquende andan muy quejosos y descontentos de los de allende. Ello es por las muchas violencias con que los que vinieron de allende el mar apremian a las gentes pacíficas de acá y por el demasiado gasto con el que quebrantan y dilapidan las haciendas de los ricos, sin dar a cambio, nada de lo que prometieron. Sabed que el regalo y la abundancia de bastimentos los ha vuelto viciosos y sin milicia. Aquellos sargentos descalzos y harapientos que pasaron la mar ahora calzan zapatos de cordobán sobresolados y visten alcándoras de seda y aljubas de algodón. Los gerifaltes, que antes vivían en jaimas y bebían agua en un pellejo de cabra cuando no en la pisada de un camello, ahora moran en casas con patio, beben en copas de cristal y mantienen barraganas lustrosas de estupendas nalgas oscilantes al andar a las que visten con gilalas transparentes, cendales y otras telas sutiles. ¡Ved qué mudanza en los que llegaron hambreados del desierto, que en su vida habían conocido más mantenencia que un cucharón de cuscús rancio, ni más alivio amoroso que con cabras y camellas!

—¿Y de todo eso qué opina la gente principal? —pregunta don Rodrigo.

—Los principales son los más lastimados, monseñor. Porque los oficiales que trajo el rey de Marruecos usurpan los cargos y hacen muchos tuertos sin mirar noblezas ni linajes. Los moros de aquende que los sufren como plaga se lamentan en las juntas de discretos. Unos dicen: «¿No son nuestros primos de África mayor calamidad que las espolonadas de los cristianos?» Otros dicen: «Éstos nos despellejan a tributos y llenan la tierra de castillos y guarniciones, que tenemos que alimentar, pero llegado el peligro no atajarán a los alfonsos.» Y en lo tocante a los moros de alta condición, aunque algunos confraternizan con los africanos por el interés, todos los desprecian en su corazón y se burlan de sus zafias costumbres cuando los ven bostezar y simular interés, en los largos recitados de poesía. El número de los quejosos cunde incluso entre los principales de Marruecos ahora que el Miramamolín ha ejecutado al gobernador de Fez y a muchos recaudadores de tributos de Alcazalquivir y Ceuta.

Marcha don Suero a ver a su mujer doña Endrina, una morena gorduela y chica, muy habladora, que en la cocina no pone mano, y quedan el rey y el arzobispo trazando las cosas cumplideras para el reino.

Capítulo LXXI (71)

De las razones que han don Gualberto y don Welf Fonappen

Pensad en una mañanita temprana de verano, antes que empiecen los sudores, cuando florecen el castaño y la higuera, cuando los sementales se separan de las yeguas después del apareamiento.

Ved a don Gualberto enamorado. Mal dormido y ojeroso, afligido de amores contrariados como el que ha pasado la noche en imaginaciones de tormento, sabiendo que a dos tiros de ballesta está su doña Ginebra en brazos del rey Arturo. ¡Ésa es la dudosa razón de los enamorados, que en ahondando la pasión, el amigo es el cornudo y no el marido!

Ved a don Welf Fonappen que espera a don Gualberto sentado en una canasta vuelta, a la puerta de su posada. Cuando lo ve aparecer se levanta a saludarlo. Don Gualberto, pensando que viene a reclamar reparación por el vencimiento del otro día, le dice:

—*Messire*, así Dios os salve. Apartémonos vos y yo y, si venís a demandar justa, yo os la daré de grado.

—No vengo a eso, *messire* —le dice Welf—, sino muy en paz, a solicitar vuestra amistad y vuestra enseñanza. Me han dicho que habéis peleado con sarracenos largos años, así en Constantinopla como en Oriente. No quiero sino ensayarme con vos para que seáis mi maestro de armas y aprender de vos si queréis sacarme de mis carencias pues todo lo que sé lo he aprendido en justas y torneos y estoy verde y poco cocido en la verdadera guerra, donde se ganan

las honras y resplandecen los linajes. Con humildad y acatamiento os lo pido.

—Pero vos sois caballero —objeta don Gualberto—. No sois nada menos que yo.

—No me importa, *messire*. Andaré el camino con vos y seré vuestro escudero si necesario fuera pues el que se humilla ante el mejor resplandece más a los ojos de Nuestra Señora. No será desdoro que Héctor tome lecciones del Archilles que lo venció en buena lid.

Asiente don Gualberto y toma las manos del caballero Welf en señal de amistad, lo que entre ellos durará hasta la muerte como si las sangres hubieran juntado.

Vedlos acá contender en el campo donde ensayan las tropas concejiles. Don Gualberto, siempre bien seguido de Antón Gonzo, el que quiere ser caballero villano, enseña a don Welf, el esforzado, mañas de daga y palo, de chuzo y lanza rota, mil maneras de muerte, cómo se desconciertan los huesos del enemigo debajo de las mallas y cómo se ataca antes por los pies desembarazados que por la cabeza envuelta en capacetes y almófares, porque en la lucha no se deben guardar composturas y caballerías y menos aún contendiendo con moros impíos que por muchas engañosas pericias buscan perderte.

Advertid las palabras de don Gualberto, con las que, al enseñar a su tropa, especialmente se dirige a su amigo Welf: «No esperéis encontrar con los moros leyes de caballería, sino combate franco a degüello. En Oriente, el arco no es arma que deshonre al caballero. Sabed que los moros lo usan con artera destreza y no por ello rehúsan morir con honor, como nosotros, si el lance lo exige. Allí cada cual sigue sus propias normas, demostrar valor, auxiliar al compañero, obedecer al jefe de la mesnada y no arriesgarse por necedades ni por alardear que eres mejor que el vecino, antes bien se guardan y fingen cobardías y tornafuyes para llevarte a la celada donde otros o ellos mismos te maten.»

Otro día don Gualberto se hace prestar un arco turco de los almacenes del rey y lo encuerda para que todos lo conozcan bien. «No hay mejor herramienta en la batalla y los moros lo usan pródigamente —avisa—. Aprended que entre los paganos de erradas doctrinas los hay de un linaje que llaman turco que desde chicos, antes que anden, saben ya cabalgar muy cumplidamente y en lugar de los juegos de infancia y buscar nidos y trastear mozas se ensayan en tirar con estos arcos hasta que adquieren una maestría que nadie puede igualar, de lo que se sigue mucho daño a cristianos y a cualquiera que con ellos contienda según los usos de la caballería. Mirad cómo se maneja: los turcos extienden el brazo hasta la oreja, no hasta el pecho como nuestros arqueros, lo que bien pueden hacer sin quebrar el arco pues es más fuerte y flexible que el nuestro, de tejo bien curado el medio, de tendón por fuera y de cuerno por dentro, tan unidos con almáciga y engrudos que nadie los podría apartar.»

Don Diego López de Haro y el rey pasan a lo lejos mirando las carreras de los peones concejiles y los juegos de los caballeros, a veces hablando de muchas cosas, otras callados, anudando recuerdos. Turbas de moros en albornoces recorren sus sueños, con lanzas y mazas, con escudos de tablas y acaso alguna adarga forrada de antílope, el ciervo africano que se endurece más que el acero.

Han llegado a Toledo noticias del Miramamolín. Ha salido de Sevilla con un ejército y es tan numeroso que avanza en cinco cuerpos que acampan separadamente por no estorbarse: en vanguardia, los magnates moros con sus mesnadas; detrás los zanatas, masmudíes, gomaras y demás cabilas; luego los mujaidines, que buscan el martirio en la batalla, seguidos de los andalusíes, y en la zaga de todos, barriendo la tierra, los almohades.

Dice don Diego al rey:

—Señor, no podemos demorar la partida. Se nos echarán encima las calores y se agostarán los pastos. Sancho de Navarra y los que todavía no han llegado, que nos alcancen por el camino.

Convoca don Alfonso en consejo a don Pedro de Aragón y a los ricoshombres y prelados de los dos reinos y deliberan salir al moro de allí a dos días y bajar ordenadamente, en etapas de tres leguas, que es el paso de los carros, para cargar en ellos la impedimenta y llevar descansada la caballería.

Terminado el consejo torna cada cual a su posada sino don Pedro de Aragón, que habita en las casas del rey Alfonso. Aquella noche, después de zahorar, salen a una azotea a mirar los astros y conversan.

—¡La vida se va con la vejez, primo! —dice don Alfonso—. Tú eres joven aún y no lo ves, pero llega un tiempo en que notas las piernas cansadas y los pies hinchados; otro, no distingues la lectura en tu libro de horas; otro, no oyes lo que el notario te lee. Vas trocando los alegres cuescos por folloncillos y la que antes era dura y enhiesta como para partir almendras, como mucho se te pone morcillona…, ¡un asco! Mejor sería morirse a tiempo que vivir para asistir a las mermas de la vida.

—Dios nos llama cuando le parece, primo —reflexiona don Pedro.

—Sí. Eso predican los curas —suspira el rey de Castilla—. Por eso los alimentamos.

Capítulo LXXII (72)

De cómo las huestes cristianas salen de Toledo y se encaminan contra el rey de Marruecos

Diez y nueve días de junio, martes, doblan las campanas de Toledo antes que amanezca. Despierta la ciudad y acude a la misa mayor muy solemne que dicen los arzobispos con muchos blandones de cera ardiendo en el altar y las urnas de los santos: ved la muchedumbre arrodillada que llena la iglesia y las losas del claustro y las calles adyacentes.

El obispo Tello Téllez de Meneses, el más perito del reino en Escrituras y elocuencia, el que ilumina con su proverbio y letras el estudio general de Palencia, el ilustrado en los siete saberes, sube al estrado y glosa los padecimientos de Jesucristo Nuestro Señor en la cruz, lo que, en otros labios, resultaría más eficaz pues el obispo es gordo y colorado, viste caparazones de sedas bordados y lleva al cuello una gruesa cadena de oro de la que pende su sello episcopal, más grande que el crucifijo, los dos adornados con carbunclos y gemas de precio. Ved a muchos ricoshombres e hijosdalgo cómo lloran de sus ojos movidos en sus corazones por las palabras del prelado, sino los arzobispos don Rodrigo y don Arnaldo, que se saben la lección, y don Álvaro Núñez, quien, por más que se lleve la mano a la oreja, no oye el sermón, ni lo oiría aunque el pregonero Heliodoro se lo gritara al oído, sordo como es debido a un mazazo que recibió en Alarcos.

En las tiendas de los oficiales del rey, don López Payer pone a los pagadores y pesadores en buena ordenanza bajo su mando. A cada jinete dan sus veinte sueldos diarios, y a cada peón, cinco. Al menguado de montura o de armas lo proveen de ellas con largueza.

Los hombres acuden a las tabernas y a las putas, a despedirse antes de partir, unos más tristes, otros más alegres, otros con buena cara que no pinte pesadumbres del corazón. Mucho vino y viandas corren con las pagas nuevas, lo que acrecienta la alegría de los de natural alegre sin quitar melancolía a los tristes.

Cuadrillas de mancebicos y aprendices que a la batalla no irán recorren calles y plazas cantando, chanceando y entonando coplillas sucias y melindrando a las dueñas y doncellas en cabello, tanto a las compuestas como verde palma, como a las que asemejan saco de cebollas, e igual dicen a las cortesanas que a las honestas, las que no cederían su virtud por menos de quinientos dinares.

Ventanas adornadas con colchas y paramentos. Juncias esparcidas en el suelo por donde ha de discurrir la comitiva. Gentío agitando ramas y gritando vivas a las huestes ultramontanas que parten al moro con don Diego López de Haro y don Arnaldo Amalarico y sus mesnadas.

¡Barahúnda y barullo! Todo Toledo baja como un río a las huertas de la Galiana a despedir a la hueste que sale a moros. En el casal sólo quedan las emparedadas de las casas santas, los gatos de los tejados, las recién paridas y los enfermos que no están para ruidos.

Henos aquí en la puerta del Sol, la de los buenos adarves, mirando abajo como salen los caballeros y se aprestan en la ribera las carretas de la impedimenta y los mulos del fardaje. Parten los caballeros camino del mediodía levantando una gran nube de polvo que de lejos se divisa. Allá, entre los muchos, don Simón de Mercia, estribo con estribo con don Gualberto, seguidos de don Welf Fonappen y tras ellos, en una mula buena con las alforjas, el niño Gahete, que va pendiente de las parlas y recitados del trovador Guillem de Cabestany.

Más retrasado, con otros de su collera, vemos a don Hugo de Tours, y detrás de todos, con los fardajes y las mujeres y los contadores, a doña Ermengarda en su carro de las medicinas, y a doña Eliabel, la triste, y en el carro de las viandas a maese Marmite con otros guisanderos de diversas casas que a él se arriman por aprender: «Acá todo lo componéis con ajo, miel y vinagre», les va riñendo.

Un séquito y chusma de malleros, silleros, cordeleros, cuchilleros y oficiales de otros oficios acompañan a la hueste, sin que falten cantoneras bajas que solacen a la tropa, ni rameras altas que sosieguen a los armados caballeros.

Otro día de mañana, miércoles veinte y un días de junio, amanecen en alarde las huestes de Castilla y de Aragón y con ellos, en buena hermandad, parientes con parientes y amigos con amigos, los caballeros llegados de León y Portugal. ¡Oíd el tumulto y la barahúnda, prestad atención a las chirimías y músicas, ved las colchas de vivos colores y las verdes ramas en ventanas y tejados y la juncia de olor renovada en las calles!

Los ruanos desamparan quehaceres para correr alborozados a despedir el cortejo. Las mujeres se asoman a las puertas a decir adiós a sus maridos con lágrimas en los ojos, unas sinceras, otras fingidas, las que piensan: «Id en hora-mala, marido tirano, y plugo a dios que no volváis con vida para dármela a mí tan mala como me la dais.»

Los hijos chicos besan a padres, que refrenan el llanto sin saber si los verán crecer.

Cumplido el alarde de la hueste real, los reyes de Castilla y Aragón rodeados de sus ricoshombres, dice don Alfonso:

—Amigos, todos nosotros somos españoles. Los moros entraron en nuestra tierra por fuerza y nos la conquistaron, y fueron muy pocos cristianos a los que no desarraigaron y expulsaron della. Y los pocos de nosotros que quedaron en las montañas se revolvieron matando a los moros y muriendo y fueron así venciéndolos y

ganándoles las tierras hasta hoy.[20] Ahora bajemos a ellos a recuperar lo que es nuestro y a restituir la honra de aquellos a los que robaron sus casas y sus tierras.

Parten al camino. Delante de la tropa, los reyes, estribo con estribo; tras ellos un bosque de lanzas. ¿Quién sabe los que tornarán? Gran polvareda levantan por el sendero que ayer siguieron los de ultrapuertos.

Las huestes cristianas en camino, caballeros, peones, carros, mulos de carga, rebaños de mantenencia. Cerrándolo todo, la zaga armada y aún más atrás la chusma que sirve a la hueste y toma despojo en la batalla. Amigos hablan con amigos, parientes con parientes. Los jurados enemigos que un día han de matarse se vigilan con disimulos. Bajo graves penas guardarán las paces mientras permanezcan bajo la cruzada.

Mirad los carros de los físicos y maestros de las llagas que saben sajar, hender, sangrar, sacar huesos, quemar y melecinar con letuarios, emplastos y brebajes. Don Alfonso los honra mucho y les paga el sueldo de un caballero con otros gajes sobre las ganancias para que, tras la campal batalla, curen las llagas y atiendan las quebrancías de huesos y los cosidos de tripas y el sajamiento de abscesos y otros trastornos propios de la guerra.

Vaciado de la hueste, Toledo se sosiega y los gallos de los corrales, que mucha congoja padecían, recobran el ánimo y tornan a cantar al abrir el día.

Capítulo LXXIII (73)

Donde la hueste hace su jornada y acampada con gran concierto y sabor

Mirad a doña Ermengarda y a doña Eliabel que hoy marchan en mulas mansas, a mujeriegas, las cabezas tapadas con tocas por soslayar del sol, Gozo detrás, en un caballo bueno, atento a guardarlas. A su vera, en el carro de las viandas de los catalanes, el trovador Cerverí de Gerona, que tañe su vihuela y canta una serranilla:

> *Entre Lérida e Belvis, /pres d'un riu, entre dos jardis, / vi ab una pastorela / un pastor vestit de terlis, / e jagren entre flors de lis, / baysan sotz l'erba novela. / E anc pastora pus bela, / plus cuynda ne pus ysnela, / no crey que fos, ne no m'es vis / c'a mos oyls tan plazen ne vis / en França ne en Castela.*

En la vanguardia, los buenos caballeros don Íñigo de Mendoza, primo hermano de don Diego, y don Sancho Fernández de Cañamaro, hermanastro del rey de León y sobrino de don Diego. Como prudentes capitanes del día, han enviado adalides y anteguardas que previenen de celadas y avisan si avistan enemigo para que, llegado el caso, la hueste que anda descuidada se enlorigue y componga en ordenanza de batalla. Regresa un jinete de los jóvenes que hacen sus primeras armas para avisar que la tierra está salva hasta el río Guajaroz, y don Sancho Fernández, después de tomar el parte, se sacude el polvo del manto y le advierte:

—Don Ferrán, oíd lo que os digo: ya sois caballero y lidiar sabéis y no sois de los malos, pero cuando cabalguéis a contramarcha de la hueste debéis hacerlo a sotavento para que los polvos que levante vuestro caballo no nos ofendan a los que profesamos ser vuestros amigos.

De lo que don Ferrán queda muy confundido y se excusa mucho, pero don Diego López de Haro le dice: «Con esas minucias y todo seréis buen caballero cuando demos en los moros, que del león que fue vuestro padre no se espera menor cachorro.»

Sabe don Diego dar a cada uno lo suyo y contentar a su tropa, de la que es muy querido porque el que con él va llega seguro. Salvando la pifia de Alarcos.

Así hacen el camino todo el día, dejando atrás lugarejos de pastores donde los naturales han escondido los rebaños por miedo a la hueste. Llegada la tarde, cuando declina el sol, el aposentador don Martín Muñoz de Finojosa avisa que la albergada donde montarán las tiendas es el cerro de las Mimbreras, orillas del río Guajaroz, donde hay buenas aguas y pastos y no se padece mengua de leña.

Designadas las guardas y las velas, se prepara el campo antes que descabalgue la hueste, como es costumbre. Los maestres de día acotan la tierra y la dividen con sogas. Tras ellos, el caballero aposentador, que el jefe de día ha nombrado entre los más prudentes, asigna los lotes a las mesnadas, cuidando de juntar a los parientes o amigos y de separar a los adversarios y enemigos. En septentrión pone a los Castro y a mediodía a los Lara y aún se quejarán los quisquillosos de que están más lejos que los otros del agua o de que les han dado el peor aire, según el viento sople.

Los escuderos levantan las tiendas en su orden, la real en medio con los reyes y, en derredor, las del alférez y los arzobispos, las de López Payer, los contadores y el vocero que da los pregones. Mucha hueste duerme al raso, que es más placentero en noches calurosas,

así como la chusma que pernocta fuera del campamento a más de dos sogas de distancia, como es norma.

Dispuestas las posadas, los caballeros se juntan a hablar del día según sus naciones, castellanos, aragoneses, leoneses y lusos. De los que vienen de ultrapuertos, los francos, que son más, ocupan el centro y en su derredor los anglos, los germanos y los brabanzones de linaje.

Mirad a los escuderos, atentos a almohazar y adobar a los caballos y a los peones atender sus menesteres, los herberos por hierba, los ramoneadores por leña y los aguadores por agua. Oíd ahora cómo el vocero pregona con su trompeta la vianda para que cada mesnada envíe a un caballero con tres escuderos a tomar los víveres.

El furriel reparte las raciones del conducho con justicia y ordenanza, tanto bizcocho, tanta cebada, tanta manteca, tanto tocino y tanta carne según las bocas de cada compaña, cuidando de que no caigan dos jamones o dos paletillas juntos. Después del reparto, los escuderos se afanan con calderos, trébedes y espetones preparando la cena.

Ved a Marmite cómo se esmera en guisar deleitoso para doña Ermengarda y la compaña mientras ventea, con semblante reprobador, los potajes de alubias y guisantes que hacen otros y no digamos las gachas de harina de avena mal molida y tocinada de las mesnadas.

Notad que muchos castellanos y leoneses están emparentados y hacen rancho común, sin que los divida la enemistad de sus reyes. Muchos linajes leoneses tienen tierras en Castilla y viceversa y por sus parlas se ve que quisieran los dos reinos unidos, como antaño, mejor que separados.

Capítulo LXXIV (74)

De lo acontecido a la **hueste el viernes día XXII de junio**

Antes que se levante el alba alumbrando el día, suenan olifantes convocando a las mesnadas. Unos escuderos abaten las tiendas, otros bajan al río a abrevar los caballos, y otros ordenan el fardaje, los carros y las acémilas. Almorzados, antes que el sol caliente ya están en camino según dispone el jefe del día, la tropa animosa cantando coplas desvergonzadas y tabernarias. Oídlos y creeréis que van diciendo:

El Miramamolín la tiene /como un arbejo / y nuestro Alfonso folla /como un conejo.

De lo que el propio don Alfonso, cuando lo oye, desarruga el ceño, espanta el mal pensamiento que tuviera, se sonríe y encoge los hombros como diciendo: ¡A ver!

Don Gualberto, por tener que hacer y no ir con la hueste, anda con don Welf en las anteguardas. A la vuelta, en el campamento, hace por ver a doña Eliabel, aunque sea de lejos, y ella mira si lo ve a él. Quedaron en que cuando él se pasara la mano por el pelo sería señal de amor y ella la haría poniéndose la mano delante de la boca. Lo que cumplen como entregados enamorados, aunque don Hugo esté presente, siempre de malhumor por las calores, que sufre mal, y barruntando insidias.

Llegada la tarde, cuando declina el sol, el aposentador don Alvar Ruiz de Castro, caballero probado, avisa a los otros que pernoctarán

en el cerro del canto Melonero, orillas del río Guadacelete,[21] donde hay buenas aguas y pastos y no se padece mengua de leña.

—¡No es mal despulgadero! —aprueba don Gonzalo Núñez de Lara.

Lo que muchos achacan a milagro de Nuestra Señora porque los Laras y los Castros no se pueden ver. El arzobispo don Rodrigo sonríe y lo tiene a buen agüero de fortuna.

Capítulo LXXV (75)

De lo acontecido el sábado a veintitrés días de junio

¡Sol alto, luz cegadora que llena el cielo azul sin una nube ni una corneja! Los atalayadores pasan un casal despoblado y unas rastrojeras tomadas de zarzales, malas yerbas y vides bravas, sin cuido.

—Por acá andan las lindes con los moros —avisa don Juan González de Ucerlo—. Por eso no vive nadie y los pozos están cegados. De aquí delante lo que queda es tierra de pastos y algo de encina, seca y triste, pero llana.

Don Hugo de Tours mira aquella miseria y piensa en los campos verdes de la Isla de Francia a los que quiere retirarse con su mujer, a vivir descansadamente cuando salga de estas guerras. Un capellán, un mayordomo que administre a los aparceros y siervos y una buena traílla de perros para salir al jabalí y al ciervo es cuanto quiere. En la cruzada contra los herejes ha acrecentado sus haberes y en ésta, según dicen, se podrán enriquecer porque los sarracenos llevan consigo a la batalla sus tesoros y sus mujeres. A eso los obliga el rey de Marruecos para que el miedo a perderlos los esfuerce más en la lid, como os dije.

Mientras don Hugo y donjuán aguardan sobre una loma, los atalayadores se adelantan a registrar un casal y unas tapias míseras, aportilladas, donde pudieran ocultarse moros en celada.

—¿Por qué habéis traído a vuestra mujer a la cruzada, *messire*? —le pregunta González—. Me parece que estas solaneras y estas

fatigas no son guisadas para mujeres de tanto rango. Mirad que los castellanos dejamos las nuestras en los castillos y moradas, administrando los haberes y cuidando de los hijos.

—Vos tenéis carnada hecha, don Juan —responde don Hugo—. Yo aún estoy por hacerla. No tengo un hijo que perpetúe mi linaje y herede el patrimonio que estoy amasando. Doña Eliabel, mi mujer, es joven, pero yo he cumplido cuarenta y dos años. Si no la preño pronto, el hijo que tenga será como un nieto. Estaré demasiado viejo para entrenarlo y hacerlo un gran señor y un gran guerrero que merezca heredar el linaje y lo que le dejo. Para eso he de llevar a mi mujer conmigo y entrarla cada noche, a ver si concibe. Si sólo la viera cuando no estoy en campaña, no la vería nunca. Llevo cinco años en guerra perenne, sin parar jamás en mi castillo. Si la fortuna nos acorre en esta empresa, quizá me retire y deje las armas. Me dedicaré a cazar y a administrar mis estados.

Cae la tarde y los cruzados acampan en un altozano que dicen el cerro de las Perdices, junto al río Algodor, pero don Hugo acompaña a la mesnada de don Amalarico, que adelanta y acampa en la ribera del Guadalferza, junto al castillo de los freires de Salvatierra.

—Éste es el castillo más frontero de Castilla —le dice González a don Hugo—. Pasando de aquí, es tierra de moros. Cumple que tomemos las cautelas que hacen al caso.

Don Hugo lamenta en su corazón que esta noche no yacerá con su mujer, que ha quedado en el campamento del río Algodor, al cuidado de la abadesa doña Ermengarda, con las otras mujeres.

Después de la cena, doña Ermengarda y doña Eliabel pasean a orillas del río, el paje Gozo con ellas en la confianza de que un sordo no puede oírlas. Algunos peones y mancebillos, metidos en la corriente, unos en bragas otros en sus cueros, cazan ranas con mucha algarabía y contento.

En la ribera, las mujeres ven venir a don Gualberto, que las ha seguido desde el campamento. Por dejarlos solos, doña Ermengarda y Gozo se apartan a una espesura a cortar tallos de hinojos.

¡Ah, el amor que aparta a los enamorados y los colma de desventura! En una semana es la primera vez que se hablan con palabras de la boca. Dice don Gualberto:

—¡Dueña mía! Sabed que no vivo por estar con vos y entraros. Os sigo en la hueste, os miro a distancia y me atormento de veros sin teneros.

—¿Pensáis que yo sufro menos, *messire*, mi amor y mi único bien? Por las rendijas de mis tocas os busco en cada jinete que pasa a nuestro lado y cuando os veo me aletea el corazón y padezco la dulce congoja de ser vuestra.

—¡Me mata pensar que dormís con el franco!

Vosotros los que me oís: mirad la ceguera del amor, que no piensa que ella también es franca, de la misma nación que él desprecia.

—Más me duele a mí, amor —dice doña Eliabel—. No pensemos ahora en eso. Disfrutemos de este momento, aquí donde nadie nos vigila.

Mira doña Eliabel alrededor. Nadie parece. Doña Ermengarda y su paje están lejos, de espaldas, cortando tallos. Toma de la mano a don Gualberto y con él entra en la espesura, los pies en el barro. Mirad moverse las cañas mientras ellos hacen lo que hombre con mujer y se entregan al deleitoso ejercicio con un ardor nunca antes alcanzado, hambres de amor pasadas, sufrimiento de los apartados corazones que ya no saben vivir lejos el uno del otro. ¡Ah, los oyentes, asombraos de los palacios que el amor levanta en la inhóspita charca donde anidan las sabandijas y las culebras de vibrante lengua!

Capítulo LXXVI (76)

De lo acontecido el señalado día de San Juan, cuando los planetas danzan y los verdores se conmueven

¡Domingo de San Juan, el día señalado en que la natura se esfuerza, cuando grana el helecho, el lino se fortalece y el trébol aumenta; el día que doña Ermengarda aguardaba para tender sus lienzos y recoger el salutífero rocío, para tomar la verbena que mata el veneno y cocer las hojas de nogal que curan las llagas!

Mirad las candelicas del campamento donde al calor del vino se entonan cantares y chanzas. El arzobispo de Narbona se queja al de Toledo de que los caballeros jóvenes son idos al campo con las chusmeras, entre las cuales es dudoso que alguna no putee.

—*Messire* y amigo —responde el de Toledo—: dejemos que los mozos huelguen norabuena con chusmeras y mozas de partido y den paz a las ovejas y a los pajecicos. Venid a mi tienda y bebamos vino y regocijémonos que Dios ayuda y los augurios son buenos.

Antón Gonzo forrajea y busca leña con los otros de su mesnada. Teniéndolos lejos, se sienta detrás de una peña a lamentar ausencias y piensa en su mujer, en su hermano y en su hijo Roque, cómo se las habrán compuesto para sacar la parva en la era, y en sus vecinos que estarán ajustándose con los amos para el nuevo año, unos de pastores y otros de labriegos.

—Si Dios me da con qué, y yo le ayudo, no ha de pasar un mes sin que tengamos caballo y hacienda para salir de pobres —dice a

las piedras del campo como si lo pudiera oír su mujer.

Piensa Antón en su pueblo, donde, por San Juan, las mujeres quemarán a las puertas ramos de tomillo regados para que el humo entre en las casas a espantar la sarna y a echar los aojamientos del año venidero. Piensa en su mujer llevando en la madrugada a la cabra y el mulo para que pisen la ceniza caliente frente a la puerta y cómo luego la barre y la recoge y la pone en agua que será de mucha virtud. Piensa Antón en los pastores, sus parientes y amigos, que andarán en los agostaderos y esa noche sacarán de sus apriscos a las ovejas y las cabras para que apuren la hierba de la salud, piensa en la fresca lucera y la marea del pardeal que esa noche quitan la modorra del ganado.

El rey don Alfonso hace junta con sus contadores y con don López Payer. Los bastimentos escasean y las raciones menguan, le dicen. En el campo hay menos mantenimientos y pastos de lo que pensaron. Esta mañana han ahorcado a dos escuderos que robaban el grano de los caballones para hacer pan y después han colgado los cuartos y las tripas en las cuatro partes del campamento para escarmiento de sisadores. Al rey no le faltan diversos motivos de hondo pesar que lo mantienen pensativo, la barba sobre el pecho: enacidos llegados de los moros avisan que en Calatrava, el lugar más fuerte de la frontera, han puesto de alcaide a Abencadis, un conde moro andalusí muy perito en la guerra.

Doña Ermengarda ha roto un huevo puesto por una gallina jara el día de la Pasión del Señor y lo ha echado en el cuenco de agua. A la mañana mira la forma de la clara y en ella, por su virtud, lee lo porvenir. Mira una cruz que indica la muerte cercana, mira una espada y mira una cuna. Llegada a doña Eliabel, la abraza y le dice con lágrimas de contento: «¡Hija mía y amiga, como pensabais estáis preñada!»

—¿Puede ser eso? —dice doña Eliabel.

—Mirad la señal de la cuna en el vaso. ¡Lo estáis!

—¿De don Hugo? —pregunta la muchacha.

—No, hija mía, vuestro marido tiene la simiente vana —suspira la abadesa—. El hijo que viene es de don Gualberto.

Capítulo LXXVII (77)

De la expugnación de un castillo fuerte que hacen los ultramontanos con asaz matanza de moros

Mientras de esta manera departen las dos mujeres ved a don Hugo, el falso padre de lo que venga, que con los otros ultramontanos llega a Malagón, castillo fuerte de los moros que guarda las lindes del rey de Marruecos. La fortaleza tiene cuatro lienzos fuertes cercando un corral, con un torreón en cada esquina y una torre más enhiesta dentro del cuadro.

Allá posan las huestes cristianas y se juntan los peritos de la guerra. Deliberan los caballeros mientras los peones registran las cuatro casuchas de barro medio derruidas que quedan fuera. Las encuentran vacías y desamparadas, sin cosa que robar, porque cuantos allí vivían se han acogido a la fortaleza.

Don Diego López de Haro manda al maestro de obras, maese Pardo Crespo, que mire las hechuras del castillo, a ver cómo se puede expugnar. Acá veis al entendedor que reconoce la fortaleza en su contorno, cuidando de no acercarse más de lo que es menester, por si los moros tuvieran ballestones de muro. Desde las almenas, unos mozalbetes moros insultan a los cristianos apellidándolos hijos de cien leches, cabrones comemarranos, hideputas, chupadores de miembros y otras cortesías de ese jaez. Uno más alto, ya mozancón criado, se levanta la chilaba y les muestra el culo.

Oíd lo que murmura don Ferrán Olmedo:

—¡Sí, ríete tú, que por ahí te la vamos a hincar!

Regresan los peritos a don Diego López de Haro. Maese Pardo sentencia: «Dos días.»

—Dos días, ¿qué? —le dice don Diego.

—¿Qué va a ser? En dos días trepamos el castillo —afirma maese Pardo—. Es fuerte, de piedra y cal, pero hacedero. Comenzamos la mina allí, detrás de la muralla, donde la tierra parece más afable, apuntalamos los cimientos con maderos, ahondamos la cava, metemos yesca que arda, se viene abajo la esquina y asaltamos el castillo por la brecha. ¡Ea! Que para luego es tarde. ¡Que traigan zapapicos, porros, gatos y demás trebejos!

Don Diego se torna al furriel real, don José Martínez Castillo.

—¿Tenemos de todo eso, verdad?

—¿Qué vamos a tener, ni pollas? —responde el furriel encogiéndose de hombros—. A mí me dijeron que íbamos a una batalla campal y peleada y no he echado material de asedio. Ni una mala soga. ¡No iba a cargarnos de herramientas cuando nos faltan acémilas para llevar el forraje de los jacos!

—Además es domingo, día del Señor, y San Juan, fiesta señalada —apunta don Tancredo Tahoz, canónigo de Burgos, que se ha alistado a la cruzada para hacer méritos a ver si lo elevan a obispo —. Deberíamos honrar el día y celebrarlo con preces y salmos cantados a diafonía, con una voz principalis y otra organalis que yo traigo proveídos de mi coro, y eso hecho, mañana ya veremos.

—¿A cantar venimos, mosén? —le replica don Diego, enfadado—. ¡Me voy a cagar en todo lo que verdeguea!

—Voces traemos —dice el canónigo—, ya que no picos ni martillos ni herramientas ningunas.

—¿Que no hay herramientas? ¿Y esa novedad? —bufa *messire* Weissbrod de Colonia, rubiasco, grande, de nación germana, y les dice en su lengua a sus mesnaderos que saben entenderla—: ¡Españoles habían de ser! ¡Con esta gente no hay quien haga carrera!

Don Diego, que entiende en tono, pasa por alto la impertinencia. Se rasca la calva morena metiendo los dedos debajo de la cofia mugrienta y le da vueltas al magín a ver lo que cumple hacer. Luego dice:

—Sin apaños para asediar el castillo no hay más remedio que disimular que andamos menguados de todo y darles la impresión a los moros de que venimos en plan razonable. ¡A ver, gente y sogas, que se ha caído la marrana al pozo!

—¿De qué pozo y de qué marrana habláis? —dice don Weissbrod.

—Hablo en metáfora, por decir que me acorran aprisa en lo cumplidero que es presentarme un paño blanco, que lo vean los moros, y un heraldo que no sea muy lerdo para parlamentar con ellos.

—Mejor así —rezonga el furriel.

—Y montamos las tiendas —añade el de Haro—. Para que los moros vean que los cercamos sin prisa ninguna y se descorazonen, aparte de que esto puede que vaya para largo.

Al rato se presentan don Hugo de Tours y don Federico de Burguiñón en consulado de los ultramontanos.

—Los que venimos de ultrapuertos hemos deliberado asaltar el castillo —declara don Hugo.

Don Diego tuerce el gesto. Piensa las palabras antes de decirlas.

—El castillo no se podrá tomar antes de que se haga de noche —objeta.

—¡Combatiremos de noche! —dice el de Burguiñón—. A la luz de las candelas, sin estos calores de horno.

Don Diego ve que los ultramontanos vienen decididos y que será en balde discutir con ellos. Bien conoce que todo los malcontenta desde que salieron de Toledo y aún antes: que si el calor, que si las moscas, que si la poca agua y maloliente, que si las viandas mal cochas que huelen a podre, que si el pan bizcocho está duro, que si

la cebada de los caballos viene vana, que si las putas cantoneras se remilgan…

Don Diego piensa: «A ver si os rompéis los cuernos de una vez y os enteráis de cómo se guerrea aquí, que los moros que acá se estilan no son esos herejes amariconados que acogotáis en el país de Oc.»

—¡Muy bien! Ahí lo tenéis el castillo —les dice—. Pero no contéis con las tropas de don Alfonso. No moveremos un dedo hasta que llegue el rey y disponga.

Escuchad la grita que levantan los ultramontanos como fieras salvajes en celebración de la batalla que don Hugo les anuncia. Los carreros desarman diestramente los carros: con las pértigas y los varales hacen escalas para subir los muros y con los tableros hacen tarjas tras las que los ballesteros se acerquen a salvo a los muros.

Mientras, don Hugo y los otros caballeros, aullando lenguas que acá no son entendidas, arrasan el casal con mucho encono, queman chozas y aportillan los corrales. Maese Pietro Pitaluga dispone a su ballestería frente al muro. Empiezan los tiros espesos, los tiradores genoveses abajo, detrás de las tarjas, y los arqueros moros arriba que se defienden con saetas y piedras. Atinan más los ballesteros, flaquean y desmayan los moros cuando ven la cabeza del más bravo de ellos pasada de parte a parte por un virote que esquivó el merlón.

Ved ahora los peones de perpunte, cómo arriman al muro sus escalas de palo: suben sujetando la espada en la boca, las mazas colgando del brazo, se llegan al parapeto y hienden y aporrean a los moros, saltan las dentadas almenas y ganan el muro hasta la puerta. ¡Jornada feroz que al propio don Diego espanta por la cruda guerra que los ve hacer en la que los ultramontanos no cuidan de sus mesnaderos, como si perros fueran en montería, dejados a la cuchilla del cochino furioso! Así combatiendo, los francos ganan los cuatro muros con sus torres y puerta, en medio de una lluvia de flechas y piedras tan recia que les inflige mucha lacería. Tres peones

pasan desta presente vida y otros siete quedan bien llagados que valerse no pueden. Mirándolos, el caballero don Weissbrod de Colonia parece menos seguro que antes.

—Se defienden bien, los cabrones —concede.

—Ya os lo advertí —dice don Diego.

—La torre fuerte no va a ser fácil tomarla sin apaños —opina don Hugo de Tours.

A lo que don Diego responde:

—Ya he enviado un enlace a la hueste real para que busquen zapapicos. Don Pardo dice que, en habiéndolos, lo del castillo es cosa de dos días.

—No hay poliorcético mejor en todo el reino —comenta el caballero Aponte Marín, que lleva media vida en el oficio.

—Sí, pero mientras nos romperán los dientes a los que tomamos las torres chicas —dice don Gaifer de Olmos—. De la grande no dejan de tirarnos peladillas de honda.

No están los cristianos de norabuena, pero sabed que la pérdida del corral y sus torres le ha bajado los humos al alcaide moro. Mirad que de la alta puerta salen dos moros, uno joven imberbe y el otro venerable anciano de barba blanca que renquea de una zanca. Lléganse a don Diego y en buen castellano le dicen que los manda el alcaide a tratar la rendición del castillo en los términos y capítulos que allá suelen y son que, como los moros han matado a unos peones cristianos, salven la vida pero queden cautivos.

Salen los moros, que son muchos, más que don Diego ni ninguno de los mirantes pensaba que cabrían en un castillo tan chico. Van algunos con sus familias, mujeres, niños y muchachos y otros solos con sus cuerpos, cuáles altivos y cuáles humildes. Los mozalbetes que hicieron burlas desde la muralla muéstranse cabizbajos y el que enseñó el culo, más apesadumbrado que ninguno. Don Ferrán Olmedo, que bien lo reconoce, lo saca de la fila y lo arrastra, el otro

suplicando, detrás de unos bardales, a platicar de lo suyo. Fray Francisco de Ortíz, que lo ve, tuerce el gesto, pero no dice nada.

Don Diego manda a sus criados que maniaten a los otros moros y los lleven muy a su salvo, sin maltrato ni abuso, a un corral cercano que les servirá de ergástula y prisión. Eso piensa el alférez, pero a medio camino, una mora que ha recibido una patada en el vientre se pone de mal parto y, en riéndola, las otras moras prorrumpen en alaridos y denuestos muy gruesos y ululan las lenguas dentro de las bocas, como ellas suelen cuando se muestran felices o malcontentas, e imprecan a los que las llevan pidiendo a Mafomede que les rebane las criadillas a los perros cristianos hijos de setenta leches, cornudos, sarnosos, capones (así nos llaman ellos, no es que yo lo diga).

Don Hugo de Tours, el malcontento del trato, toma a brujería y conjuro lo que las moras ululan, escupe al polvo, se santigua y grita muy fuera de sí en la lengua franca:

—¡Las brujas nos maldicen con sortilegios!

Los otros de su nación y los germanos y brabanzones y lombardos que con ellos están, enfurecidos como andan por la voluntad de don Diego de que los moros salgan salvos cuando han matado a tres de los suyos, no aguardan más y lanzándose contra ellos los pasan a cuchillo muy crudamente hendiendo las cabezas y tajando y pinchando barrigas. Sólo se salvan el alcaide y sus dos hijos, que están todavía con don Diego platicando el trato.

Don Nuño Arruga, que mandaba la escolta de los moros muertos, mira la sarracina y torna a dar parte a don Diego.

—Los ultramontanos han matado a los moros, compadre.

Le explica los pormenores del suceso y añade: «Las moras tenían que haberse callado, pero siguieron perturbando y no repararon en que no estaba la masa para rosquillas.»

Don Diego, hechos los ojos dos venablos buidos, se vuelve hacia don Hugo de Tours, el cual le sostiene la mirada.

—¡Esa matanza inútil va contra las costumbres de Castilla! —le advierte secamente—. Los moros habían entregado la fortaleza para salir salvos de sus vidas.[22]

Don Hugo de Tours se señala la cruz negra que lleva cosida en el velmez. Doña Eliabel, su mujer, la cosió.

—Somos cruzados —responde—. Dejar que vivan los infieles es pecado. Preguntadlo si no al arzobispo.

Don Weissbrod de Colonia y otros ultramontanos, viendo las palabras altas, se acercan a ellos, quienes con las manos en las espadas, quienes con las dagas empuñadas. Los castellanos y aragoneses, de suyo poco sufridores de estos plantes, se les encaran de la misma guisa. Por medio se mete don Diego, quien, como prudente, no quiere que el desplacer aumente ni levantar querellas sobre hechos ya pasados que no tienen remedio, antes bien lo deja estar hasta que el rey venga y disponga. Cayendo la noche, manda a su hijo Cabeza Brava, el aposentador del día, que ponga guardas dobladas y que esculcas probadas tienten el terreno mientras se levantan las tiendas. Eso hecho y repartida la vianda y el vino, los ánimos se serenan y cena la hueste.

Desde un alcor lejano, los enacidos moros que cuentan las lumbres del campamento perciben, con el cierzo nocturno, el rumor que levantan los ultramontanos en sus ranchos: músicas y voces, chanzas y risotadas. Así celebran el vencimiento y matanza de los primeros sarracenos. Los castellanos y aragoneses quedan tan mohínos como don Diego. Se guardan de mostrar contento y comen y beben en silencio.

Sabed que el alférez de Castilla ha dispuesto que los muertos queden sin enterrar hasta que lleguen los reyes y vean. La noche viene antes y acuden perros asilvestrados y otras alimañas que se ceban en los cadáveres. ¡Ay, la morita doncella que de mañana lucía bella como un mayo y a la tarde le come un raposo sus pechos blancos!

Capítulo LXXVIII (78)

De lo acontecido cuando los reyes llegan a Malagón y de la quema de dos sodomitas

Lunes veinte y cinco días de junio llegan los reyes con su gente a Malagón y ven el castillo tomado, la cruz en la torre alta, y el casal quemado.

Don Alfonso pregunta: «¿Y esto?» A lo que don Diego dice: «Los ultramontanos, señor, que queman y quiebran como si fuera tierra de moros. Ya les he advertido que de aquí hasta el mar es Castilla y aún al otro lado del mar lo que fuera de los godos, pero ellos, cuando se calientan, no miran al provecho del que les da el yantar.»

Don Diego muestra a los reyes los moros y moras muertos cuando se habían dado a merced, suceso del que don Alfonso y don Pedro toman mucho desplacer.

Suspira don Alfonso, el rey prudente, y le dice a su alférez:

—Paciencia, don Diego. A ver si damos batalla que los ultramontanos se puedan volver a sus tierras muy honrados y nosotros podamos administrar las nuestras. Bien nos están haciendo purgar su ayuda con sus alborotos. Por lo pronto quemad los difuntos antes que los caliente el sol y hagan hedentina.

Montan las tiendas como cada día y las mujeres de alcurnia, con doña Ermengarda y doña Eliabel, toman posada en el castillo, donde hay un pozo de agua y una alcoba buena para sala de tablas.

Marmite lleva allá su caldera grande y maese Pere Furnielles, el cocinero del rey don Pedro, la suya. Calientan agua para que Doña Ermengarda y doña Eliabel y las otras mujeres se laven enteras en sus cueros, que de los sudores del camino vienen muy empolvadas y el femenil torrezno les hiede.

De la torre alta, donde está el atalaya, baja don Gualberto y topa en la escalera con doña Eliabel que sube. ¡Ah, desdicha de los amantes que deben verse a escondidas, en pasillos lóbregos y meados, los que antes retozaban en huerto deleitoso y fresco, con la hierba verde y la pajarería! Don Gualberto la besa en los labios a doña Eliabel y chupa su lengua que sabe a menta y romero. Metiendo la mano bajo las haldas le tienta su natura y ella a él la suya y entre jadeos y murmullos de amor, el oído despierto por si alguien viniera, se satisfacen como conejos en la madriguera sin que la urgencia y la ocultación mate el amor dulce que se profesan y que los mantiene en mutuo pensamiento, las horas del día y de la noche. «Tengo que partir», le dice ella, mojada y ansiosa, el pelo sudado otra vez, la boca colmada de besos y sintiendo descender muslo abajo los jugos del amor.

Ved el campo donde los caballos pacen la poca hierba. Allá se han juntado a platicar don Hugo de Tours, el marido ignorante, don Weissbrod de Colonia y los otros magnates de ultrapuertos que andan muy quejosos con el repartidor de las viandas porque escatima las raciones y así no se cría sangre para guerrear con el sarraceno.

—Para vosotros los españoles, que sois de poco yantar, puede que baste —concede don Hugo—, pero a nosotros, que venimos de tierras más abundadas, nos parece poco.

Se lamenta don Rodrigo:

—¡Estos cabrones llevan un mes vaciándonos la despensa, como si saqueadores fueran y no socios, y ahora se quejan porque un día escaseó el pan!

Manda don Alfonso comparecer a don López Paver, el alcalde de las viandas.

—¿Qué es esto, hombre? ¿Hace sólo cinco días que salimos de Toledo y ya se padece mengua de bastimentos?

—Hago lo que puedo, señor, y no gano para sofocones. La hueste marcha más aprisa que los carros y las acémilas no bastan para trasegar los panes.

—¿Por qué no trajisteis más, entonces?

—Señor, hemos rebañado cuanto había en Castilla. En los pueblos no quedan sino asnos y mulos matalones. Todo lo que había está aquí, quitando lo que dejamos en Toledo para socorro de los navarros.

—¡El rey Sancho! —rezonga don Alfonso—. Si es que acude… ¿Se sabe algo de los navarros?

Lo dice y mira al arzobispo don Arnaldo Amalarico, el legado papal, porque don Sancho de Navarra no le escribe a él sino a don Arnaldo. Así muestra que participa en la cruzada por mandato del papa, no por acorrer al rey de Castilla.

Habla el arzobispo Analarico y dice:

—Vienen de camino más de doscientas lanzas, y quizá mil peones, lo que Sancho ha podido juntar con la premura del caso. Y tras ellos, aún llegarán algunos caballeros austríacos que se retrasaron.

Don Alfonso suspira como hombre descontento. Mira a don López Payer.

—Pues dime, Manuel, ¿qué pasará cuando estemos en tierra de moros y no podamos socorrernos?

—Señor, los ultramontanos comen como pupas vivas. Dadles una carretada de viandas a la mañana y al mediodía no les queda qué yantar. Esto pasa porque en los países donde más verdor y riqueza hay, allende los Pirineos, se usa yantar en más abundancia que en

Castilla o Aragón. De Navarra y Vasconia no hablo, que por estar cercanos a los francos son del mismo parecer.

En esto interviene el arzobispo de Toledo, don Rodrigo, el mesurado, que dice al rey:

—¡Suframos con paciencia, señor! Cuando nos embarcamos en la cruzada, ya sabíamos que la empresa le vendría larga a los escasos recursos del reino. Ved que nunca Castilla ha juntado una hueste tan numerosa, ni siquiera cuando lo de Alarcos. Lo que hemos de hacer es administrar juiciosamente los bastimentos y dar la batalla tan pronto como se apareje. Si Santa María nos acorre y quebrantamos el poder del rey de Marruecos, les tomaremos las huertas y corrales y no padeceremos mengua alguna de bastimentos. Hasta andaremos sobrados de todo.

Dice don Manuel:

—Señor, mirad que más de cien acémilas y carros vienen de camino con cargas de grano y si vagan poco, como les tengo mandado, llegarán mañana.

—Pues entonces fincaremos acá hasta que lleguen. A esta gente extranjera hay que contentarla. Mientras tanto, demos lugar a que nos alcancen los navarros.

Los heraldos pregonan que la hueste reposará en Malagón un día antes de penetrar más en tierra de moros.

Esa noche, en un cerrete a sotavento de los corrales, queman, con bando pregonado y gran concurrencia, a dos bujarrones aprehendidos cuando practicaban el nefando vicio: un contador de cuentas de nombre Alfonso Parrado de Andújar, bardaje, y el maestro de latines Roque Peña, bujarrón dador. Los contadores sienten gran pesar por maese Parrado, que, aunque consentidor y vicioso de atrás, era muy chistoso y los hacía reír.[23]

Capítulo LXXVIX (79)

De lo acontecido cabe el río Guadiana ancho y pantanoso

Caminan otro día, tras el descanso, y van a posar no lejos de los chortales del llano. ¡Mala noche de sudores viscosos y tumbos en el camastro! ¡Nube negra de mosquitos sarracenos que, en espesa y bullente muchedumbre, oculta las estrellas! ¡Noche resonante de reniegos y pescozones! ¿Será ésta la plaga del faraón?

Mirad los reyes, los ricoshombres, los fijosdalgo, los caballeros, los mesnaderos, los taberneros, las putas cantoneras, los mercachifles de la chusma… ¿Quién parará? Ninguno pega ojo, ni el bajo ni el alto. ¡Ved que hasta los centinelas velan!

Mirad a don Gualberto, que tampoco duerme. Al calor sofocante y a los mosquitos agrega las memorias amargas como tueras, el tenaz fantasma del amor pasado y la pena encendida, viva y quemante, del amor presente. ¡Conocer que su amiga está tan cerca, en los brazos del cruel esposo y pensar que el tan aborrecido velará por causa del calor y usará de ella mientras aguarda los clarores del alba!

Amanece por fin y, al toque de trompeta, almuerzan y desmontan las tiendas, entre las quejas de unos y otros, si lo sé no vengo y qué nos aguardará más abajo si llegamos a donde los negros. Un hervor del aire en la claridad del día anuncia que la tierra va a ser un horno cuando el sol levante. Los caballeros de ultrapuertos se quejan de la mala noche y de las calores que no dejan dormir. Los de las Españas callan, sufridores y esforzados como son.

La hueste en camino. Caballeros desnudos bajo sus camisolas, pañuelos y fieltros en las cabezas. Abatidos, discurren por una tierra que gusta de pesar sobre los pechos de los héroes. El llano sin árbol ni sombra es un horno encendido que calienta los pies y los rostros, quema los hombros debajo de las tocas, abrasa el aliento en los bofes y calienta los hierros. El niño Gahete ha tocado un estribo ardiente y se ha quemado los dedos.

Cuando más apremiantes irradian las calores, dos leguas y media mal andadas, la hueste se topa con el río que dicen el Guadiana. Tan ancho es que se derrama por el llano y tan calmo que más parece laguna o marjal.

Los reyes y los arzobispos lo están mirando desde un altozano, padeciendo mucho del soletazo, las cabezas liadas en tocas mujeriles, pues árboles no hay en aquellas riberas ni se cría nada que amparar con su sombra pueda, sino marjales de aneas, bayuncos, castañuelas y juncos. Acá vuelven los atalayeros de tantear los vados.

—Señor, mirad lo que hemos encontrado, que nos ha encojado un caballo bueno. Los tres vados que hemos tentado están sembrados de estos cardos.

Y le tiende al rey un abrojo de hierro de los que sembrados en los pasos con malignidad yacen con un pincho agudo para arriba con el que lastiman y encojan los pies de hombres o caballos.

El rey mira el abrojo en la palma de la mano y lo piensa un poco.

—Paciencia —dice, como si se aconsejara consigo mismo—. No será esto lo que nos detenga. Que vayan cien peones de los más dispuestos y limpien de abrojos el vado más ancho.

—Ya habéis oído al rey —dice don Diego palmeando por espabilar a la hueste amodorrada—. ¡Gente y sogas que cayó la marrana al pozo!

Don Weissbrod de Colonia cierra los ojos, entendiendo esta vez.

Peones montañeses y asturianos peritos en natatoria meten las cabezas debajo del agua y, tanteando entre guijos y lodos, limpian de abrojos los pasos del río. Más abajo, en la corriente mansa, se bañan, con gran algarabía, muchos caballeros y peones, así como chusmeros y recueros, lo uno por refrescarse, lo otro por escamondarse los cuerpos y sacarse de sus partes pudendas las cascarrias criadas en el camino. Algunas chusmeras lavan la ropa de los caballeros; otras ejercen sus ramerías entre las matas de las riberas. Unos pocos se enfangan en el barrizal y tienen que sacarlos tirando con mulos. Esto acontece porque en tal lugar, que yo lo he visto, las orillas son lodosas y el que entra en ellas no ve que debajo de la corteza de tierra que el sol seca está el fango muy blando y apestoso al removerlo.

Limpio de abrojos el vado, los adalides, algunos ballesteros genoveses y peones escogidos cruzan el río y se esparcen por la otra ribera, unos con perpuntes y otros con lorigas encamisadas, atentos a las cuadrillas de moros que han aparecido a caballo en lontananza. No combaten. A lo que parece vienen más a mirar y tasar la hueste cristiana que a estorbar el paso.

Cruzan las huestes el vado con mucha ordenanza, el agua por las rodillas, sin salirse de entre unas banderolas clavadas que señalan el camino sano.

Ved que los duques don Weissbrod de Colonia y don Federico de Burguiñón van a ver al rey. Y el duque don Weissbrod, en su medio latín, que el trujimán Samuel Lebanaza traduce, le dice:

—Señor, habéis de saber que estos calores y el rigor de esta tierra no son para mover huestes como las que en Tierra Santa estuvieron. Con tanto ardor del aire y tal cúmulo de hombres y bestias fatigados y mal comidos pronto sufriremos la enfermedad de la hueste[24] si es que no la padecemos ya, pues hay dos criados nuestros que andan aquejados desde ayer. A uno se le han secado las piernas y el pellejo se le cae en escamas y al otro se le han ablandado las encías y ha perdido dos dientes que salieron con un bocado de pan. El físico don Suezer dice que si esta sequedad del

aire, la mala agua salobre que bebemos y la errancia por tierra infame se conjugan con los astros, con Saturno sobre Marte, padeceremos la peste tredentuda.

A esto el rey de Castilla, discreto, replica:

—Don Weissbrod, sé que sois esforzado y que no es remisión a batallar con el moro lo que os desanima, sino que, como bueno y proveedor, miráis por el buen alcance de esta empresa que el papa y la Cristiandad a todos nos encomiendan. Sólo os pido que os esforcéis y consoléis a vuestra hueste pocos días, mirando más que los trabajos, las muchas señales ciertas de victoria que se ven cada día en las aves, las que nunca yerran el pronóstico, pues desde que salimos de Toledo hemos tenido la corneja a la diestra así como los naipes que anuncian victoria pues en tres consultas siempre han salido de la misma opinión.[25] Ahora considerad que estamos a menos de una legua de una ciudad grande y próspera, Calatrava, en la cual, con el auxilio de Santa María, esperamos encontrar muchos bastimentos y ganancias.

El marqués marcha, sin contento ni pesar, como el que ha de aconsejarse en los suyos antes que dar opinión buena o mala.

Terminan de pasar los hombres y las recuas, los carros y la chusma, y prosiguen camino hasta avistar la ciudad de Calatrava, ya declinando el sol. Antes que fenezca la luz, el maestre de día busca un lugar sano donde posar a salvo.

Adalides y enacidos registran el campo en cuadrillas numerosas, mas no encuentran moro alguno, que todos los que vivían en los entornos de la ciudad han recogido los haberes, las ovejas y el ganado y se han refugiado tras los muros, con sus moras y moritos. Los barbechos hace días que los quemaron para que no puedan pastar los que vienen ni hallar con qué encender una candela, según es costumbre de los sabedores de la guerra. Algunos ultramontanos beben de las fuentes y los pozos antes que don Arnaldo el Anglo haga pregonar si el agua está herbada con ponzoñas. Suerte es que

los moros no la hayan dañado por el pensamiento de que la hueste pasará de largo y el campo quedará por ellos.

Posan los aragoneses en un sembrado de cebollas tiernas, apenas brotes. El cocinero del rey, maese Pere Furnielles, arranca las cebollas entre las tiendas antes que los caballos se las coman y las pone a cocer sobre un par de tejas en la candela viva. Mientras se hacen, machaca en su mortero de bronce ajos, romero, almendras, pan, zumo de granada, aceite, vinagre y sal.

—¿Y esa salsa? —le pregunta maese Marmite.

—No sé, lo que tengo a mano. Probad a ver.

Maese Marmite toma un brote de cebolla, le pela la parte quemada y moja en el mortero el cabo blanco sudado y meloso, lo levanta al cielo, goteante, y se lo introduce en la boca. Muerde, mastica, saborea.

—¡Umm…, no está mal, maese Fournielles!

El catalán moja a su vez otro brote tierno pelado y le toma el gusto.

—Algo le falta…, no sé. Esto se puede mejorar, pero rico está, ¿eh?

—Muy rico —conviene maese Marmite—. ¿Tenéis cebollas tiernas en vuestras tierras del Ebro?

—Muchas. Allí no se padece mengua de nada, pero nunca se me había ocurrido comerlas tan tiernas ni que estuvieran tan ricas. ¡Todos los días son de aprender!

Capítulo LXXX (80)

De las razones habidas entre don Gualberto y el niño Gahete sobre las razones de la milicia

Regresa don Gualberto de la anteguarda, cansado. En el campo hay adalides moros que vigilan de lejos a los cristianos y a veces escaramuzan con ellos, molestan a los herberos y ramoneros, lanzan sus flechas y huyen. Desde la mañana han matado a dos peones.

En el campamento, Gahete se hace cargo de *Alferza* y aun niño lo desensilla con tanta maña como lo haría un escudero corpudo. Don Gualberto lo mira almohazar al caballo.

—¿Qué has hecho hoy, rapaz? —le pregunta—. ¿Has dado una vuelta por ahí?

—He estado con don Guillem de Cabestany, *messire*, escuchando unas trovas de batalla. Da miedo oírlo, tan vivo lo pinta todo.

Peina Gahete un poco más, distraído, el lomo de *Alferza*, brillante de sudor, y pregunta:

—*Messire*, si los moros se hicieran cristianos, ¿se acabaría la guerra?

—¿Por qué dices eso?

—Por los muertos de Malagón, *messire*. No los puedo apartar del pensamiento. Yo nunca había visto tantos, gente como nosotros, hasta niños, que han muerto por ser moros.

Don Gualberto asiente, comprendiendo.

—No —dice—, si los moros se hicieran cristianos, no se acabarían las guerras. Vivimos de ellas. ¿Qué harían los reyes y los caballeros sin guerras? Esos ballesteros genoveses ¿qué harían? La guerra es un oficio.

—Podrían arar y segar, criar ovejas.

—Ya hay otros que aran y siegan y crían ovejas por ellos. De las guerras vive mucha gente, Gahete. No se acabarán aunque los moros se tornen cristianos. Por el mismo motivo podíamos nosotros hacernos moros, ¿no? —Dios nos acorre a nosotros.

—Y otras veces a ellos, Gahete. Dios acorre al más fuerte. Siempre.

Gahete baja la voz y dice:

—Yo le rezo para que en la batalla os preserve y para que no preserve al que os arrebató el patrimonio.

—¡Será lo que Dios quiera! —responde don Gualberto. Se sonríe el caballero de la ingenuidad del niño. El caso es que también él desea, en lo más cerrado de su corazón, la muerte de don Hugo de Tours. Más que por recuperar Marignane, por ganar a su viuda.

Va el caballero a las tiendas de don Simón de Mercia, más que por ver a su amigo franco, por la esperanza de toparse con doña Eliabel si acompañara a doña Ermengarda. No las encuentra y regresa a su posada.

Doña Ermengarda y doña Eliabel han ido al mercado de los chusmeros por mercar botones de cobre y cuentas de coral. Después han paseado hasta el final del campamento y se han sentado en una piedra a contemplar la puesta de sol. Mirad a Eliabel, la malmaridada, la enamorada que sólo piensa en su amor nuevo.

Contempla la llanura en la hora del crepúsculo y en su imaginación le dice a su amigo: «¿Qué nos aguarda, amor? Cuando esto acabe, ¿qué nos quedará? ¿Volveremos a vernos o nos separaremos para siempre y sólo nos quedará el recuerdo, el abatimiento, la añoranza?»

Capítulo LXXXI (81)

De la ciudad de Calatrava y de sus trazas

¡Noche de vigilia y más mosquitos que la víspera, como si acudieran a la sangre nueva, aunque los calores se atemperan por la cercanía del agua!

Oíd a don Ruy Díaz de Yanguas, maestre de Salvatierra, que instruye a los más jóvenes freires de la orden:

—Hermanos, quiera Dios que recuperemos esta ciudad que da el verdadero nombre de nuestra orden, Calatrava y no Salvatierra como ahora usamos por penitencia de haberla perdido. Sabed, hermanos, y recibid y prolongad esta memoria, que hace más de sesenta años el buen rey Alfonso, abuelo del que ahora rige Castilla, plugo empeñar a los freires del Templo en la empresa de ganar las tierras al moro que antes fueron de los godos y para encorazonarlos más les entregó esta ciudad, Calatrava, que aunque la veáis en medio de estas solaneras es de las más principales desta tierra porque está a medio camino entre Córdoba y Toledo y en el cruce de las vías que van de Mérida a Calatayud y a Cartagena. Sabed que, a los pocos años de tenerla, los freires se la retornaron al rey porque no la podían defender del moro. Lo supo el abad de Fitero y se ofreció para guardarla. Ése fue el origen de nuestra orden, que se ha llamado de Calatrava y ahora se llama de Salvatierra hasta que, con la ayuda de Dios, recobremos nuestra casa madre y con ella nuestro nombre.

Amanece el jueves veinte y ocho de junio. Los dos reyes y muchos buenos caballeros castellanos y aragoneses así como ultramontanos y don Arnaldo y don Rodrigo y los otros obispos cabalgan con muy lucido séquito de hombres de armas, así ballesteros como jinetes, y reconocen Calatrava en derredor, a prudente distancia del muro, donde los ballestones no alcanzan, en lo cual gastan toda la mañana, deteniéndose en algunos sitios y mirando las trazas de cómo mejor y con menos daño se pueda combatir y entrar el lugar.

Habéis de saber que Calatrava es un burgo de los más fuertes de España porque, aunque no esté en eminencia por ser el terreno llano y despeñascado, suple esa carencia con un buen alcázar y una cerca fuerte de piedra y cal guarnecida de cuarenta y cuatro torres. El Guadiana, que se ensancha y derrama a sus pies, le procura por un lado un fangal de aguas quietas y barro y por el otro entra en un foso cavado en la piedra de quince varas de hondo y casi tanto de ancho, por donde las aguas la rodean y luego, al discurrir, se llevan las inmundicias de la ciudad.

Del mismo río son mucho de admirar dos norias fuertes, no menores que la de Toledo, con muchos arcaduces en medio, plantadas por corachas. La una da agua a las fuentes del castillo, que es fuerte y está plantado en un lado del casal, y la otra lleva sus aguas al centro de la ciudad, donde alimenta las fuentes y los baños.

Los cristianos rodean la ciudad, como digo, y don Rodrigo, el arzobispo, tan entendedero de latines y teologías como de las cosas cumplideras de la guerra, dice:

—La ciudad es fuerte de fosos, muros espesos y altas torres. Va a ser dura de tomar sin ingenios y máquinas de apedrear y derrocar muros, y, como no las traemos, habrá que minarlos.

A lo que el maestre de Salvatierra, que ya tiene la ciudad por suya pues don Alfonso le ha prometido restituírsela, dice:

—Si derruimos los muros, ¿cómo podremos defenderla después?

Replica don Aznar Pardo, nombrado «el del pozo».

—No será fácil entrarla sin derruir muros. Pensad que la defiende Abencadis, que bien conoce el oficio y nos hará mucho daño.

Ahora que sale en el román don Aznar Pardo os contaré por qué lo conocen como «el del pozo». Es fama que una vez este caballero, que cuanto tiene de osado lo tiene de menguado seso, saliendo a correr perdices al campo, no lejos de Calatayud, donde tiene su heredad, cayó a un pozo hondo donde habitaba una ondina en palacios de oro con cendales de perlas en las finiestras y empedrados de rubíes en los suelos y techos de oricalco. Y es el caso que la dicha ondina, que era hermosa y bella sobre toda ponderación, se ofreció a llenarle los serones de las mulas con preseas de oro y carbunclos legítimos si se avenía a servirla con su cuerpo y contentarla en fornicio, sólo que había de hacerlo por el orificio prepóstero, porque ella traía promesa de guardar doncellez a un elfo con el que estaba matrimonialmente comprometida. Don Aznar Pardo no consintió y negó el favor con gran cerrazón: antes quiso volverse pobre y cascársela debajo de un almendro que cumplir con la dama por donde los moros ejecutan su vicio, lo que sabido por el arzobispo lo tuvo a gran virtud loable y lo refirió en el sermón de la misa mayor. Los demás caballeros, que de hinojos asistían al oficio, sus mujeres al lado mirándolos de reojo y catándoles las caras, afirmaron, con grave semblante, haber obrado don Aznar Pardo como prudente y cristianísimo mientras pensaban para sus adentros: ¡Qué gran mastuerzo tontoelhaba!

Es fama que aquel invierno tuvieron asaz quehacer los concertadores de huesos de Calatayud pues numerosos caballeros cayeron a pozos saliendo a correr perdigones, mas no volvió a aparecer la ondina, que, como es sabido por Aristotil y los siete sabios de Grecia, sólo comparece a milagrear una vez en cada generación. La pena es que no siempre le toca al que sabe aprovecharla.

Capítulo LXXXII (82)

De los tratos habidos entre el rey Alfonso y el moro Abencadis

Ved los ricoshombres y arzobispos que, con grave continente y ceños fruncidos, acuden a la llamada de los reyes para tratar de lo hacedero con la ciudad, si atacarla y tomarla o pasar de largo, y sin dilación buscar la hueste marrueca.

Recibidos y sentados todos, don Alfonso notifica lo concerniente al caso: «Por un lado, los enacidos venidos del moro aseguran que la guarnición de Calatrava es chica y siendo de moros de aquende, que están muy descorazonados por los agrarios recibidos del rey de Marruecos, es de considerar que no quieran resistirse a ultranza y se entreguen por trato. Del otro lado, está que andamos muy menguados de bastimentos así de hombres como de caballos y si afincamos unos días en el cerco, no nos quedará mucho con lo que pasar las sierras en busca del marroquí. Por otra parte, hay que pensar que, si tomamos la ciudad por fuerza de armas, perderemos hombres y bastimentos y cuando lleguemos a la batalla campal iremos cansados y menguados. Ahora decidme vuestro consejo.»

Don Álvaro Núñez, hombre muy esforzado y prudente que ya fue alférez real, se levanta y dice:

—Señor, lo que decís es gran verdad y en ello creo que todos somos de un acuerdo, pero también hemos de considerar que si pasamos adelante y dejamos a los moros en una ciudad tan fuerte nos cortarán el camino de los bastimentos y refuerzos con Castilla y

acaso se encorazonen para venir sobre nosotros y atacarnos en la zaga.

A estas palabras se alza gran murmullo de los presentes, según las diferentes opiniones, hasta que el arzobispo don Rodrigo demanda silencio y dice:

—Pensad, señores ilustres, que nuestro principal pensamiento es la batalla campal, por lo que la hueste no viene prevenida ni guisada de trebuquetes ni los otros apaños para asediar ciudades. De otra parte, si la batalla nos es adversa, de nada servirá haber cobrado Calatrava, que volvería a los moros como tantos castillos y ciudades volvieron tras lo de Alarcos. Los que tienen edad saben de qué hablo.

Estas y otras palabras oídas, el consejo decide enviar a don Arnaldo el Anglo y al trujamán don Semuel Lebanaza para que parlamenten con el alcaide Abencadis y lo conminen a entregar la ciudad.

Mirad al trujamán don Semuel Lebanaza, los sudados rizos descendiéndole por las mejillas gordezuelas, y al físico del rey, maese Arnaldo el Anglo, seco y alto, la tez colorada. Con ser tan disparejos de semblante, en los tratos arduos se ajustan y combinan como si uno fueran y, con buenas palabras y sutiles razones, allanan y concitan voluntades donde otros fracasarían. El judío sostiene en la mano una rama de olivo en señal de paz.

Ven llegar a los embajadores y les abren los moros una poterna chica que entren. Los llevan al castillo donde, tras parlamentar mucho en castellano, que Abencadis conoce bien como adalid de frontera, él les dice: «Comunicadle a vuestro rey que de muy buena gana está en mi voluntad franquearle el camino y dejar que encuentre al rey de Marruecos y abata su soberbia, pues los moros de allende que vinieron a al-Andalus bajo capa de amigos va para dos años que como mortales sanguijuelas nos chupan la sangre a los de aquende y hacen más daño a nuestras gentes y ciudades del que los cristianos enemigos podáis hacer. Así como os franqueo mi

corazón y os digo esto, debo también deciros que el rey de Marruecos tiene a mis parientes en rehenes así en Sevilla como en Jaén y que si entrego la ciudad sin resistencia los degollará a todos. Que venga contra nos mañana y haga algún daño en las fuerzas y pactaremos pasado mañana cuando los que defendemos la ciudad hayamos salvado la cara delante del marrueco.»

Capítulo LXXXIII (83)

De cómo los cristianos atacan Calatrava y los moros la defienden

Mirad a Antón Gonzo, que antes que amanezca ya está afilando el hierro de su chuzo. Le dice a Ramón de Samboal, peón del concejo de Segovia:

—Por este tiempo sacaba yo la miel de unas colmenas buenas que tengo.

Dice el de Samboal:

—Y yo bajaba al arroyo, a coger moras.

Permanecen un rato callados, cada cual pensando en lo suyo, y después dice el de Samboal:

—Hoy va a ser buen día de cigarras en cuanto salga el sol.

«Y de muertos», piensa Antón Gonzo.

El sábado día treinta de junio amanece con los primeros calores que tan malamente sufren los de ultrapuertos.

La hueste cristiana se apresta a tomar Calatrava por fuerza de armas. Mientras los escuderos limpian las lorigas, humean las calderas con las gachas de tocino.

En Calatrava, los muecines se tapan las orejas y pregonan el alacabar en los alminares. Al oírlos rezan sus alcoranes los moros que han dormido en los adarves del muro y en las torres, con las

armas a mano. Las moras de luengas tocas y zaragüelles suben a las azoteas altas que sobre el muro asoman y miran con angustia la dilatación de las tiendas cristianas en los campamentos, que se les antoja infinita. A las madres y a las hermanas se les encoge el ombligo de ver delante de sus muros y detrás de sus fosos las ordenadas haces cristianas, las mesnadas juntas y los arqueros y ballesteros delante con muchos paveses sacados de las tablas de los carros y de cañas y varas que la chusma trenza apretadamente para que no los pasen saetas ni pedradas.

Ved a los ballesteros que a son de trompeta meten el pie en el estribo y tensan el bramante hasta engancharlo en la nuez.

Los arqueros encuerdan; los peones y chusmeros que antes fueron pastores ceban sus hondas pedreras.

A la voz del sargento tiran a las almenas mientras los peones avanzan con sus cobijeras de tablas, a cuyo amparo quieren cegar el foso, allá donde más angosto parece, con espuertas de piedras y haces de leña verde.

Oíd los gritos y los denuestos que de una parte y otra se lanzan. Ved el granizo de flechas y piedras que cruzan el cielo encontrándose. Tantas son que matan aves al vuelo. Tan de recio tiran los genoveses y los otros cristianos, y con tanto tino, que los moros flaquean y no cuidan ya de asomarse a las almenas.

Ved a los caballeros que fieramente atacan el castillo por el lado del río, aragoneses, calatravos y ultramontanos de Vienne. Con canastas de barro que empozan en las aguas quietas y escalas de palo y cuerdas toman la coracha de la noria y con palos y piedras la atollan que no se mueva. Cesa su fragor la rueda y se seca la fuente del castillo. Enardecidos cuando miran parada y silente la rueda amedrentadora, los cristianos redoblan el esfuerzo. Unos corren sobre el canal hasta la torre alberca; otros escalan las albarranas y las toman y en ellas ondean sus estandartes, con la virgen Nuestra Señora y las cruces.

Flojean los moros. Titubean. Se acogen a las otras torres.

Así pasa ese día, con alguna sangre de una y otra parte hasta que la oscuridad de la noche trae la paz.

Capítulo LXXXIV (84)

Donde don Arnaldo el Anglo y el trujamán Semuel Lebanaza tornan a los tratos con Abencadis de parte del rey de Castilla

Un adalid moro, de barba negra y labios gordos, los ojos alcoholados del mucho velar, se asoma al cadalso del muro y pregunta a los embajadores con voz destemplada:

—¿Otra vez venís a importunar, perros cristianos, devoradores de jamón curado y torreznos corruscantes y costillas en adobo que mordéis el calcañar de los fieles de Alá, los destinados al Paraíso? ¿No tuvisteis bastante con los muertos que os hicimos ayer? Tornad a la piara de la que escapasteis antes que os pasemos de un ballestazo o con una maza os partamos la madre porque habéis traído el duelo a esta ciudad pacífica y las viudas están aullando por sus difuntos por lo que bien puede decirse que hoy no está el barro para pitos.

A lo que el trujamán replica en aljamía moruna:

—Se te saluda con el corazón y la boca, honrado milite de la garrida horda sarracena. No mentemos al abominable cochino y haya paz en esta fiesta. Ya me conocéis del otro día: soy Semuel Lebanaza, amigo de vuestro alfaqueque Abd al-Majid, el ilustre, el componedor, el amigo de sus amigos, el que a salvo va de moros a cristianos sin que nadie le toque un pelo de su barba ni una fibra de su chilaba. Venimos en pacífica embajada de parte del rey de los alfonsos a ver al ilustre alcaide Abencadis que con tanto acierto rige los destinos de esta bella ciudad calatraveña pendiente del bienestar

de sus gentes y del progreso de sus retoños. Anunciadme con presteza no exenta de premura porque el ilustre Abencadis nos está esperando.

Farfulla el adalid moro un par de denuestos y manda dar el recado. Aguardan los embajadores en la raya de sombra que dan los muros, tan fresquita, y, a poco, se abre un postigo y asoma un heraldo que los invita. Pasan los embajadores de don Alfonso y por largo parlamentan con Abencadis hasta que, después de muchos regateos, acuerdan los capítulos que habrán de observarse en la entrega de la ciudad, con lo que regresan al campo, donde don Alfonso los aguarda en la tienda real.

Dice don Arnaldo el Anglo:

—Señor, Abencadis se aviene a entregar Calatrava bajo condición de que sus moros salgan libres con sus hatos y treinta y cinco caballos, pero antes habéis de prometer de firme que la hueste de ultrapuertos no hará con ellos como con los de Malagón, descalabro del que quedan tan informados como quejosos, porque allá salieron parientes suyos a salvo y luego los pasaron a cuchillo.

—Tornad y decidle a Abencadis que no sólo prometo eso sino que el propio alférez mayor de Castilla, don Diego López de Haro, aquí presente, los acompañará por la tierra hasta ponerlos a salvo para que nadie ose cometer yerro en ellos.

Mientras esto ocurre, don Weissbrod de Colonia anda en conversación con don Simón de Mercia al amparo de un sombrajo de mimbres secos desde el que miran la llanura horneada por un sol restallante:

—¡No es sol —dice don Weissbrod—, es fuego quemante! Decidme si puede sufrirse este horno pleno que derrite los sesos y calienta las gargantas y seca los mocos en las narices. Ya ello agregad los tábanos y las muchas suertes de moscas reticentes, las que llamáis cojoneras y las otras que en yéndose porque la noche es llegada vienen los mosquitos con su trompetería a molestar el sueño y a asaetearnos de ronchas.

—Quejoso os veo —le dice don Simón, que es más sufrido.

—Es que yo vine a lidiar con los sarracenos, no a padecer los tormentos del África, ni estas lacerías de hambres que aquí sufrimos que ni en las mazmorras de Saladín se pasa más gazuza.

Capítulo LXXXV (85)

De las recias teologías habidas entre los arzobispos de Narbona y de Toledo

Domingo uno de julio, en mitad del día, el sol en su cénit, cuando ni abrir los ojos deja. La hueste oye misa muy devotamente postrada de hinojos y los obispos oficiantes la dicen con gran presteza por salir de las calores de las casullas. A tres ultramontanos de los más colorados y sanguíneos, como poco usados a las grandes calores, les da un tabardillo y han de llevarlos a donde doña Ermengarda, la cual los hace sangrar por el cirujano y luego les pone emplastos de anís frío en las sienes y en las venas de las muñecas y los tobillos.

Tornan las mesnadas a los negocios propios de la hueste real sobre una ciudad sitiada. Los desocupados van a los tenduchos de la chusma, a las tabernas y a las putas. Algunos tornan borrachos con cantos de poca juglaría.

Morisma sin campanas / y sin badajos / os vamos a capar / cien mil carajos.

Y coplillas de ese jaez que importuna repetir.

Los ultramontanos, con mal semblante, se echan en sus tiendas resoplando y sudando. Tres congojas sufren los venidos de allende

los montes que los de la tierra soportan con más paciencia: la mucha calor, las moscas abundosas que de continuo molestan en las bocas y narices y las raciones cortas para su costumbre, aunque se acomoden a la frugalidad de los españoles.

Ved que se abre la poterna del castillo y salen de ella los cónsules don Semuel Lebanaza, el judío, con don Arnaldo el Anglo, que traen a don Alfonso el tercer recado del moro Abencadis, el cual entregará la ciudad sin daño ni resistencia, ni quebranto de lo que dejen, ni emponzoñamiento de fuentes, ni conjuro ni daño alguno. Por lo que el rey de Castilla, en compensación, se obliga a dejar a los moros ir en salvo, sin mal alguno, junto con lo que puedan llevar consigo, siempre que por un mismo camino y en derechura marchen a la transierra donde el rey de Marruecos tiene sus gentes.

La noticia pone en gran contento el campamento cristiano, sino que los ultramontanos de allende el Pirineo protestan que tales tratos quebrantan los usos de la cruzada. Con esa cuita acuden al rey el arzobispo don Arnaldo Amalarico y los obispos de Burdeos y de Nantes, los cuales, por su mucha grosura, sufren mal las calores y denuestan mucho de las inconveniencias de la campaña. Con ellos van los duques don Weissbrod de Colonia y don Federico de Burguiñón y otros más menudos, a cual más quejoso.

Dice el arzobispo:

—Rey Alfonso, porque os apreciamos con paternal afecto, hemos acogido con estupor la noticia de que pactáis con el sarraceno mientras muy esforzados caballeros vuestros y nuestros trabajan por expugnar esta ciudad y esclarecidos linajes perecen en sus muros en servicio vuestro y de la verdadera religión. He de avisaros que al obrar de esta manera vulneráis la palabra de Dios cuando en las Santas Escrituras dice: «En las ciudades que el señor tu Dios te da como heredad no dejarás ni un alma con vida. Los consagrarás al exterminio.»[26] Y también dice: «Despierta, ven a mi encuentro y mira, pues tú eres el Señor de los Ejércitos, el Dios de Israel: levántate para castigar a todas esas gentes, no tengas piedad de los pérfidos traidores.»[27] Por eso, cuando Josué entró en Jericó, las

huestes del Señor, dice la Santa Escritura, «exterminaron a hombres y mujeres, jóvenes y viejos, bueyes, ovejas y asnos, pasándolos por el filo de la espada».[28] Sabed, rey de Castilla, que así obraban los campeones del Señor a los que debemos parecernos en el celo y así obraron los cruzados nuestros antecesores que ganaron Jerusalén en tiempos de Urbano el segundo y exterminaron a los sarracenos sin perdonar ninguno hasta el punto de que la sangre corría por las calles y dentro del Santo Sepulcro llegaba por los tobillos. Así también obramos nosotros el año pasado cuando entramos en Beziers y pasamos a cuchillo a la población, que eran todos herejes malditos del Señor. ¿Contrariarás tú los designios de Dios y el espíritu de la cruzada que el papa en tus manos encomienda?

En esto el arzobispo de Toledo, don Rodrigo, se adelanta y, antes que el rey hable, dice estas comedidas razones:

—Mi buen amigo y hermano don Arnaldo, el rey y cuantos en su casa estamos bien apreciamos vuestro celo en pro de la religión y del restablecimiento de la Cristiandad en estas tierras, lo que os honra como prelado y como milite de Cristo, mas habéis de considerar que también Dios a veces perdona a los paganos y pecadores que con sus quehaceres favorecen sus designios. Recordad que en esa ciudad de Jericó que mencionáis perdonó y salvó la vida de la ramera Rajab y a su familia.

—Eso está muy puesto en razón y hay que reconocer que el Dios Nuestro Señor y sus Santas Escrituras andan sobrados de prudencia —interviene don Otón de Carlsberg, el cual asiste a la lección con gran voluntad de aprovechamiento—. Exterminemos, pues, a los sarracenos pasándolos al filo de la espada y dejemos con vida a las que ejercen el oficio de la Rajab esa, sean putas, pajilleras o mamadoras. Tengo entendido que en la ciudad hay muchas, por ser lugar de gran comercio, y que se ponen aretes de cobre en las manos y en las orejas que al entrechocar en el acto producen mucho placer al oyente, así como otras diabluras de mucho contentamiento.

El arzobispo Amalarico fulmina a don Otón con una mirada glacial y le replica:

—En el juicio de la ramera Rajab, señor marqués, se da el caso de que merecía vivir porque había acogido con benevolencia a los enviados de Israel.

—¿Y cómo sabremos si nos acogen a nosotros con benevolencia si aún no hemos entrado en la ciudad? —replica don Otón—. Entremos en ella sin más dilación, pasemos a cuchillo a los sarracenos y comprobemos si las putas nos acogen o no con benevolencia. Así sabremos si merecen o no el exterminio que decreta el Señor.

Se impacienta el arzobispo y dice:

—Señor marqués: dejad la interpretación de los textos sagrados a los que profesamos en la Iglesia y limitaos a vuestro honroso oficio de la guerra.

A lo que don Otón le replica:

—Sea como decís, señor arzobispo, yo sólo pretendía ayudar en lo que es cosa de discernimiento y pensamiento antes que de enrevesados latines y de retruécanos teológicos.

El de Carlsberg se retira con gesto amohinado. Torna a hablar el arzobispo don Rodrigo:

—Reparad, mi buen amigo don Arnaldo, en que también dicen las Santas Escrituras, en el Evangelio de Mateo: «Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino»,[29] y hasta nos demanda que tengamos miramientos, por eso añade: «Cuando cayere tu enemigo, no te regocijes, y cuando tropezare, no se alegre tu corazón; no sea que Yahvé lo mire, y le desagrade, y aparte de sobre él su enojo.»[30]

Amalarico asiente y replica:

—Bien está eso que decís, arzobispo, pero no es menos cierto que también dice la Sagrada Escritura que cuando los israelitas llegaron a la ciudad de Hay «acabaron de matar a sus moradores en el campo y en el desierto hasta donde los habían perseguido, y cuando todos hasta el último cayeron a cuchillo, todo Israel se volvió

a Hay y pasaron a cuchillo a sus moradores y Josué no retiró la mano que tenía extendida con la lanza hasta que todos los habitantes de Hay fueron exterminados».[31]

A lo que don Rodrigo, el de Toledo, que conoce la teología como un hurón su madriguera, objeta:

—Bien está lo que decís, arzobispo venido de Narbona a auxiliarnos sin fastidiar, pero tampoco es menos cierto que la Escritura dice: «Dios es amante de la vida y, si no amase algo, no lo habría creado»,[32] y por boca del profeta Ezequiel dice que «Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y así viva».[33] Decidme ¿cómo vamos a dar espacio a los moros a que recapaciten y salgan de sus yerros y alcoranes si los matamos ahora? Por eso en el Evangelio de Lucas se refrenda que «el seguidor de Cristo no puede desear que caiga fuego del cielo para destruir a los que no reciben al Señor».[34]

En esto andan las razones de uno y otro arzobispo ante el rey y los otros ricoshombres presentes así de una parte como de otra, los cuales ora miran a un mitrado, ora al otro, el ánimo suspenso, sin saber a qué marañas llevarán los caminos del intrincado Dios, el que ara derecho con surcos torcidos. Van a proseguir los arzobispos su disputa teológica cuando don Weissbrod de Colonia, que ha dado muestras sobradas de impaciencia, adelanta un paso y en un tono más aparejado para denuesto que para razonamiento le dice al rey de Castilla:

—*Messire*, dejemos los enredos de estos venerables padres y hablemos como hombres de guerra, con palabras claras que de todos sean cabalmente entendidas. Lo que haces nos parece gran felonía. ¿Nos traes a este pegujal seco y desabrigado sólo para que te lo conquistemos? ¿Qué depravación es esa de pactar con sarracenos, enemigos de Jesucristo, y dejar que salgan horros con sus vidas y sus tesoros? ¡Ciertamente no son ésos los usos de la cruzada que el papa predica, sino entrar la ciudad a hierro y a fuego y pasar al filo de la espada a toda la chusma herética enemiga de

Dios que la habita, como ellos harían con nosotros si en su poder estuviera, y no dejar a nadie la vida si no es para esclavo o concubina!

A lo que don Alfonso de Castilla, con la paciencia que a tan esclarecido caballero corresponde, dice:

—Sabed, altos señores, que en cada país la guerra se acomoda a usos distintos y que en este que pisamos, que es la tierra de Hispania, no se acostumbra a matar al que se entrega a gracia, sino antes bien se le compadece y compensa. Así solemos hacer en esta tierra con el enemigo que se somete a clemencia, sin mirar que sea moro ni cristiano.

El de Weissbrod, echando lumbre por los ojos, levanta una gran voz y dice:

—¡No incurriré en felonía, ni pondré mis armas a tu servicio un día más! Hemos abandonado nuestros lares y haciendas y hemos tomado la cruz para matar sarracenos, no para ensanchar tus reinos. ¡Nos has traído aquí con engaños y ahora pactas con los enemigos de Dios, quebrantando la fidelidad que debes al Criador! No seré tu cobertera para esos malos actos y debes saber que hablo de parte de muchos caballeros que en mí fían y por mí vinieron a tu reino.

El rey don Alfonso empalidece y mira al germano con dos ojos como venablos buidos. El noble rey de Aragón nota la ira del castellano, que aprieta la diestra sobre la empuñadura de la daga hasta que los nudillos se tornan blancos. Lo contiene con una mano en el brazo y le murmura sin ser oído de los otros: «Sosegaos, primo, *temperantia.*» Don Alfonso se contiene, más como amigo que como rey.

Don Federico de Burguiñón, el otro marqués de ultrapuertos, dice con pausada y conciliadora voz:

—Rey Alfonso, los que estábamos en la Cataria dejamos la batalla de los herejes para venir contra los paganos del rey de Marruecos. Hace tres días ya que entramos en su tierra y él no aparece. Por ahí se comenta que nos llevas con dolo contra el rey de

León para conquistar su reino y no contra el moro. Has de saber que no hemos venido a luchar contra cristianos sino a degollar sarracenos.

Don Alfonso le dice, entonces:

—¿Contra el rey de León? Ésa es una calumnia y una gran bellaquería. La cruzada es contra el rey de Marruecos.

A esto torna a hablar el de Colonia, con voz más calma que antes, y dice:

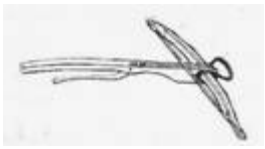
—Es igual, rey. No seguiremos tostándonos en estos calores y pasando hambre y trabajos para conquistar castillos pelados y pegujales resecos en los que hasta los escorpiones andan hambreados. Sabed que hemos deliberado regresar a nuestros lugares.

Se abre un silencio turbador. Unos y otros miran al suelo delante de sí. Al cabo torna a hablar el buen rey de Castilla, y dice con voz clara, no sañuda:

—Si ya lo habéis deliberado así, podéis ir en paz. No haré nada por reteneros.

Responde el arzobispo don Arnaldo:

—Sabed que yo, aunque desacuerde, quedaré con vos y combatiré a vuestro lado pues estoy aquí en nombre del papa y soy su enviado, al que pedirá estrechas cuentas de la cruzada. Conmigo quedarán otros caballeros que así lo han deliberado.



Capítulo LXXXVI (86)

De la defección de los ultramontanos

Dicho esto salen el arzobispo y los obispos, los duques y caballeros de ultrapuertos, marchan a sus posadas y allá se allegan a debatir.

Unos deciden tornar a sus tierras y otros, los menos, perseverar con don Arnaldo Amalarico y lidiar contra el sarraceno como hicieron sus padres y sus abuelos en Tierra Santa. En amaneciendo el tres de julio pártense los malcontentos a desandar el camino, quejosos y muy mal encarados y llamándose a engaño.

Míranlos ir en buena hora los reyes de Castilla y Aragón con la consolación de que en los días venideros habrá menos querellas y sin sus bocas tan voraces la hueste restante quedará más abastecida y conforme. De los llegados de ultrapuertos quedan menos de la mitad, cien y treinta caballeros con algunos servidores, muchos de la diócesis de Vienne y del Poitou, con don Teobaldo de Blazón, el amigo del arzobispo. También permanecen los principales de nuestro román, don Simón de Mercia, don Hugo de Tours y don Gualberto de Marignane. En cuanto a don Welf Fonappen, el joven caballero duda cuando mira partir a los de su nación con don Weissbrod de Colonia, salvo él, que por la mucha amistad y afición que tiene a don Gualberto decide quedarse y seguir a su lado.

Sabed que de los que fueron idos, el arzobispo de Burdeos y el obispo de Nantes y otros muchos tornan a sus estados sin dilación,

pero don Weissbrod de Colonia y don Otón de Carlsberg se conciertan para ir a Toledo, sabiéndola desguarnecida, para saquearla y matar a los judíos, lo uno por la ganancia y la lujuria de tomar cautivas y lo otro por vengarse del rey de Castilla, al que han cobrado mucho encono. Lléganse a Toledo y topan la gente hortelana recogida con sus aperos y sus animales y las puertas cerradas y las torres defendidas. Los toledanos les han adivinado la mala intención. Asomados a las almenas los denuestan y los motejan de desleales, follones, traidores y descomulgados.[35] El duque don Federico de Burguiñón, buen cristiano y temeroso de Dios, no queriendo hacer tan gran tuerto a un rey cristiano, prosigue su camino y con algunos de su mesnada peregrina a Compostela a saludar al santo y ganar sus perdones. Y ya no sigo desmenuzando los aconteceres de los que se fueron sino que regreso a los que quedaron con buen ánimo y fortalecimiento de la fe para lidiar al rey de Marruecos y recuperar la perdida tierra de España.

Capítulo LXXXVII (87)

De la entrada de los cristianos en Calatrava y de lo que en ella hallaron

¡Día de gracia y de gozo como para inscribirlo en la pupila con la punta de una aguja! Ved que se abren las puertas de Calatrava y los moros salen de ella en gran caravana, llorosas las mujeres, cariacontecidos los hombres, con sus mulas y sus pollinos aparejados con serones y abrumados de enseres y viandas, cuanto pueden llevar, y ellos mismos con bultos y alforjas a la espalda. Toman el camino del mediodía y marchan a juntarse con los otros moros, sus parientes, allende las sierras. Los escolta alguna tropa de don Lope Díaz, el hijo de don Diego, que ha de ponerlos en salvo.

Gatos en los tejados de la ciudad desierta y gorriones debajo de los aleros, es lo que ha quedado. Mirad entrar a don Ruy Díaz de Yanguas, el maestre de Calatrava, con los ojos en aguas, a poner guarnición en el alcázar que vuelve al poder de la orden, la cual recupera y restablece su antiguo nombre, dejando el de Salvatierra.

El maestre le escribe una carta al papa que acompañará a otra del arzobispo don Arnaldo, en las que se comunica la señalada victoria.

Ingresa don Alfonso en la ciudad con séquito lucido a repartir el despojo con su magnanimidad de caballero, la mitad a los ultramontanos que quedaron a combatir y la otra mitad a su amigo y pariente el rey de Aragón que bien lo necesita. Guarda sólo los cereales y la cecina de carnero, para bastimento de la hueste, y

manda pregonar que al otro día seguirán el camino al encuentro del moro.

Al reparo de las norias torna el agua a las fuentes. El mayordomo de la hueste, don López Payer, registra las viandas hasta el último grano de trigo y las reparte y custodia. Sólo que ese día, para celebrarlo, aumenta las raciones de carne y pan recién cocido en los veinte hornos de la ciudad. Vino, no, sino el de todos los días, que los moros no gastan y en la ciudad no se halla sino vinagre y mucho mosto y miel para refrescos.

—¿Qué haremos con tantos higos secos, don Manuel? —le consulta el peón Andrés Mora—. Sé yo hacer un licorcillo de higos cocidos y alambicados que es medicina salutífera para el cuerpo y reconforta mucho el ánima.

—¡Ya te estás quitando de mi vista, so borracho! —le responde don López Payer amagando patada.

Ese día no hay más sino que ahorcan a un arriero hallado en amorosa coyunda con una burra, sobre lo que hay encontrados pareceres pues argumentan algunos clérigos que, según los cánones y el Fuero Juzgo, no se debe ahorcar sino quemar y por esta cuita levantan gran ruido hasta que don Rodrigo, el buen arzobispo, los manda callar y los amonesta:

—¡Con ahorcado basta y *noli me tangere scrotum*!

Voces curiles que son cabalmente entendidas por los afectados, pero no sabidas por los otros caballeros flojos de latines, por lo que ruegan al trujimán Semuel Lebanaza que se lo vierta al román paladino. Dice maese Semuel: «Monseñor ha dicho "dejad de tocarme los cojones".» Lo que, considerado con gran pensamiento, a todos parece de gran autoridad y enseñanza.

Capítulo LXXXVII (88)

De lo que el felón don Osorimuñoce trata con el rey de Marruecos

Saltemos la sierra apretada de peñas, espesa arboleda de bosque mediterráneo, jaras pringosas de flores unas blancas y otras amarillas, amén de adelfas en los barrancos. Volemos, como el vilanillo alegre, a donde posa el Miramamolín de Marruecos con sus cabilas y sus numerosas mesnadas carbonientas. Sabed que ha hincado su jaima bermeja de cueros cordobanes entre Úbeda y Baeza, a la sombra del olmo machadiano y allá posa, en torno suyo, como pollos con gallina clueca, el dilatado aduar de sus huestes africanas.

¡Llanto de moros y desgarramiento de chilabas y espolvoreo de cenizas sobre cabezas no aseadas al conocerse las nuevas de la caída de Calatrava! ¡Mirad al santón Abu Madyan Yaza, al que llevan la noticia en pleno sermón sobre el desprendimiento de los bienes terrenales y le sobreviene un pasmo de los de quijada torcida, babeo y ahogos! Devotos lo angarillan al hospital, a ver si vuelve en sus mientes con tisanas de cáscara de alloza y él, vuelto a su ser con el traqueteo, se ajusta la quijada y dice:

—¡La ruina del islam y la mía! ¡Sabed que allá tenía una posada buena y un melonar y rentas sobre las pellejerías!

Mirad al Miramamolín y a sus visires que mucho fiaban en que los cruzados no pasarían de Calatrava. Ahora les tiembla la barba y entran en gran pensamiento cuando los fugitivos de la ciudad les

aseveran que la hueste de los Alfonsos es tan dilatada que no se le ve el fin pues cuando llegaban los primeros al chortal del Guadiana, los postreros aún no salían de Toledo.

—¡Oh, Comendador de los Creyentes, lo más majo que paren madres! —le dice el alfaqueque Abd al-Majid, el ponderado—. ¡Numerosos y sin cuento son los perros cristianos que se abaten sobre nosotros como nube de langosta, como granos de arena en la duna, como estrellas en el cielo, como liendres en hospicio! Al marchar levantan una nube de polvo que oculta el sol y cubre el horizonte.

—¿Tantos son? —inquiere el visir, con signos ciertos de preocupación en el semblante.

—¡Innumerables, sidi, como para no caber en guarismo alguno! —le responde el alfaqueque—. Tantos que parece mentira que puedan allegarse más en el día del Juicio Final.

Míranse con grave semblante los moros notables que en torno al rey de Marruecos fincan, todos de chilabas blancas y babuchas de tafilete bordado en seda. Los encogimientos de ombligo se perciben debajo de las camisas.

En cuanto a los moros menudos, los que días antes chanceaban animosos y se prometían despojo de cristianos, vuélvense taciturnos y flaquean en su fe. Los menos esforzados se despiden, en su corazón, de los hijos, del asno, de la mujer y de las otras cosas que dejarán atrás, pensando que no volverán a verlos. ¡El acrecentamiento y la prosperidad que codiciaban se truecan en vehementes plegarias para que Alá los deje como están!

Llegan a la tienda bermeja los enacidos del campamento cristiano a informar de lo acontecido y dicen que los cristianos se han remediado mucho con los bastimentos de boca y camino cobrados en las despensas de Calatrava. El Miramamolín, con sobrada cólera, manda ejecutar al alcaide Abencadis, el que dio la ciudad a los cristianos, y que la cabeza cortada se la traigan en un odre de salmuera para mandarla a Sevilla. Que todos sepan el

galardón que espera al que flaquee y no obedezca estrechamente sus mandatos.

Habéis de saber que el rey de Marruecos contaba con que los cristianos no dejarían atrás Calatrava sino que la cercarían y estarían sobre ella un año antes de tomarla, el tiempo que a él llevó ganar Salvatierra, lo que descorazonaría a muchos cruzados y los retornaría a sus tierras.

—¡Catad el desastre, oh, Comendador de los Creyentes! —le dice el visir—. Se nos ha venido el aparejo a la barriga de la burra, hablando en metáfora, naturalmente, y los que trazábamos que de aquí a un año, llegado el tiempo seco, con refuerzos del África, pasaríamos la Sierra Morena, socorreríamos Calatrava, tomaríamos Toledo, Zaragoza, Barcelona, Génova y Roma, así como las otras tierras cristianas, por doquier quemando y matando, nos vemos ahora en la angustia de contener a los alfonsos, que vienen crecidos y con ánima muy esforzada.

Con señales de gran compunción en el semblante así le responde el Comendador de los Creyentes y rey de Marruecos.

—¡Vedme a mí, visir, que en mis nocturnas ensoñaciones me veía ya en Roma, abrevando mi caballo en las aguas del Tíber y durmiendo en la cama del pontífice, debajo del baldaquino dorado donde monjas clausuradas de coño intacto le han bordado los goces del Paraíso, la cama amplia mullida de cuatro edredoncillos colchoneros del plumón más suave, el que pega al culo del ave! ¡Qué cabeza de pontífice enviaré ahora a Marraqués si ni siquiera la mía está segura!

Así se lamenta el rey de Marruecos, el alelado vicioso, con plantos que de no venir de tan taimado sujeto nos desgarrarían el ánima.

Sobre esto sabed que en el mentado Marraqués tienen los moros una plaza que llaman de la Junta de la Muerte donde cuelgan las cabezas de los justiciados para escarmiento de los osados y reafirmación de los prudentes.

Abundando los días, el rey de Marruecos no pone cara buena hasta que recibe a don Osorimuñoce, el mal cristiano, el felón fementido, el desigual y traidor, el falso y desleal, el vendido al moro, el perjuro, el sujeto, en fin, del cual bien decir podemos que no hay rata más vil en el mundo humanal ni nacida ni por nacer. Vedlo que echado a los pies del moro se esparce dos puñados de tierra sobre la cabeza, le babea la babucha bordada y le revela que don Alfonso pasará las montañas por el puerto del Muradal, por ser la sierra allí menos ancha y mejor adobada para el paso, así de personas como de recuas. También le da cumplidas nuevas de la mengua de bastimentos, así como de otras lacerías y fatigas que la cristiana hueste padece.[36]

Con estas noticias el rey de Marruecos se repone un poco del disgusto, encorazona su ánimo y convoca a la junta a sus notables y ancianos, los cuales, tras larga deliberación, acuerdan avanzar su hueste hasta Sierra Morena y posar en el puerto del Muradal.

—Siendo así habrán de pasar la Losa —dice uno que conoce aquellos parajes—. Hay un desfiladero tan estrecho que pocos hombres puestos sobre las peñas lo defenderían de un numeroso ejército.

Lo que alivia pesares de los malos y causa no poco contento entre los más animosos de ellos.

Capítulo LXXXIX (89)

Que trata de la venida del rey de Navarra con pocas tropas pero bragadas, vaya lo uno por lo otro

Al día siguiente, hace alarde la hueste. Maese López Payer, el atribulado, calcula las raciones para los tres mil caballeros y seis mil peones que restan después de idos los ultramontanos. «Contando el grano y los bastimentos tomados en Calatrava, nos quedan viandas para siete días, señor —le dice al rey—, las cuales, si menguamos las raciones, se pueden alargar para diez días, no más. Hay muchos higos secos y muchas almendras, que es lo que yantan los moros para criar sangre e ir ligeros cuando andan en campaña, nosotros podríamos hacer lo mismo…»

—Seguiremos comiendo gachas y tocino y tasajo, maese López Payer —le dice el rey—. Y si se acaban, ya veremos si Santa María nos provee como hasta ahora.

Cuatro de julio, miércoles, los aragoneses y los ultramontanos del arzobispo Amalarico quedan en Calatrava para tasar el despojo de la ciudad y repartirlo. Mientras, el rey don Alfonso prosigue camino de Alarcos con los castellanos. Creeríais que es por el ansia de llegar al lugar de su derrota y hurgándose en la herida acrecentar el deseo de venganza si no fuera porque obedece al consejo de don Rodrigo de sacar a los castellanos de Calatrava para que no se sientan agraviados por no recibir despojo alguno habiéndose esforzado tanto o más que aragoneses y ultramontanos.

Mirad cómo cabalgan don Alfonso y don Diego López de Haro al frente de su hueste. Vedlos más callados y cabizbajos según se acercan al lugar donde, diecisiete años antes, el rey de Marruecos alcanzó sobre ellos gran victoria y metió a cuchillo a tantos buenos castellanos en la flor de la edad.

En medio del camino llega Ibn Yudan, moro renegado, perseguido por los almohades, que milita en la hueste aragonesa y le dice al rey:

—¡Albricias, señor! ¡El rey Sancho ha llegado a Calatrava con doscientos caballeros navarros y sus escuderos y peones!

Antes de regresar, el mensajero yanta con la hueste en la caldera de la gente de su amigo, el justicia Almansa.

—Gente bragada, estos navarros, Rufino —comenta—. Nada más llegar, un peón de los que venían les ha robado una oveja a los ultramontanos y llevado ante Sancho ha mandado que se le aplique el fuero de Navarra.

—¿Y qué manda ese fuero? —pregunta Almansa.

—Bien nos hemos enterado porque al hurtador le han llenado la boca de mierda en la plaza, delante del castillo donde pusiste la horca real, y un oficial del rey ha leído en la sentencia «llénese una campaneta de mierda de home hasta que esté rasa, y hagan implir en la boca del ladrón con aquella mierda».[37]

—Fuerte cosa es de oír —dice don Rufino—, y más cuando estamos comiendo. Quiero pensar que en el reino de Navarra no se hurtan muchas ovejas.

—Y yo quiero pensar que eso hace Sancho por demostrar más firmeza en Navarra que en Castilla —comenta el rey don Alfonso, que paseando ha llegado a ellos a tiempo de oírlo.

Don Diego espera un poco a proseguir el paseo para disentir del rey sin que nadie los oiga.

—Señor, os diré lealmente que pienso que erráis al guardar rencor al navarro y que, aunque sea por pocos días, hemos de condescender si queremos acabar esta empresa con buen fin, como cumple a vuestro servicio y al de la Cristiandad y así yo os ruego que guardéis la misma largueza y generosidad con don Sancho que con don Pedro y con los que de ultrapuertos lleguen, esos austríacos que dicen que han de venir.

—¿Vos creéis que don Sancho viene a acorrerme a mí, don Diego? —pregunta el rey—. Antes espera que muera en la batalla y todavía no estoy seguro de que en lo más recio del combate no se pase al rey de Marruecos, a cuyo servicio estuvo. ¡No me fiaré de él por mucho que viva!

Vosotros que me oís, sabed que los españoles son así, raramente unidos si no es en sus mutuos odios, envidias y rencillas pajoleras. Esa tacha llevan en la sangre como una lepra mala que se les pegó de los moros y la pasan de padres a hijos como en testamento, con las posadas que habitan, los pegujales que aran, los yermos que pacen sus ovejas y los cochinos que guardan sus porqueros.

Oíd ahora lo que dice don Diego:

—Señor, debo deciros que no soy en esto de un acuerdo con vos. Antes bien, creo que el navarro tiene sobrada inquina, él solo, a los moros. El tiempo que pasé con él convenciéndolo me repetía muchas veces que la cuestión no reside en que sea amigo dellos sino antes bien que es enemigo vuestro por las villas y castillos que le tomasteis mientras él estaba ausente en Marruecos. A los moros más les guarda inquina que no amor pues de haber vivido entre ellos sabe que son fementidos y falsos y de maleadas costumbres, y cómo se fingen amigos pero son tornadizos que en un suspiro pasan de la más abyecta adulación al encono y a la puñalada. ¡Tantas veces me dijo que son gente crudelísima, y raza disimulada y desleal, maguer que se cubran la mugre y la falsía con mantos de oro y seda!

Capítulo XC (90)

De la cuita del rey Sancho con los moros, del tiempo que estuvo con ellos

Ved a don Sancho de Navarra en su tienda. Doña Ermengarda ha examinado su pierna ulcerada por una variz que le mana agüilla sanguinolenta y le ha prescrito emplastos de carne de gallina. Echado en su yacija, la pierna en alto, el filete de pechuga sobre la llaga doliente, Sancho cierra los ojos y piensa en sus años marroquíes.

No; amor a los moros no les tiene, aunque el Santo Padre lo excomulgara una vez por esa causa. A nadie han dañado tanto los moros como a él. Más débil que Castilla, fió en un alfaqueque almohade y se alió con Yusufe Almanzore al Mansur, el que derrotó a don Alfonso en Alarcos.

¡Marraqués! La ciudad de los cien palacios y los mil palmerales y huertos conclusos donde manan fuentes y discurren arroyos en cuyas claras aguas se reflejan los ciruelos, los perales y los cerezos. ¡Cómo le fascinó Marraqués y los esplendores de la corte de Yusufe Almanzore!

¡Marraqués! Los altos muros bermejos, de tapial de tierra, guardan harenes secretos, la promesa de las beldades de ojos rasgados y sedosas pestañas que hieren como flechas cuando te miran como diciendo: no te imaginas los placeres que escondo debajo de estos velos y estas tocas.

También es cierto que en tales tierras morunas se padecen grandes escarmientos. Has de saber que cuando, tras muchos empeños y trabajos sin cuento, que ni Hércules los padeció más grandes, consigues, por fin, descabalgar un velo muchas veces hallas detrás a una dueña hirsuta, la nariz de caballete, fea como trueno, que te sonríe con unos labios marchitos y unos dientes más negros que pardos.

Por eso os digo que enamorar a mora es como tirar la taba: unas veces te saldrá beldad y otras adefesio. Allende las Áfricas otra cosa no hay. Muchos moros prudentes lo que resuelven es mercarse una esclava, de las que allá se hace muy buena feria, y las hay muy apañadas y de muchas cataduras. Tenéis de un lado negras retintas de pelo ensortijado, teticas duras y pubis ni te cuento, tan angostas y apretadas en su natura que, en entrándolas, padece el varón. Del otro lado, tenéis mujeronas frondosas de pelo dorado, ojos claros y cuero lechoso, bien tetadas y de grupa percherona. A éstas las traen de las tierras del norte, donde el ámbar se cría, del país de los Varegos y los Daneses. En pagando estipendió al que las guarda, puedes verlas desnudas en sus cueros, mas sólo te dejará palparlas contra señal que te restan del precio si al final la compras y si no la pierdes. Desta manera te cobran la palpación que has hecho. Son cautelas que han de seguir por tratarse de moros. Antes, cuando la palpación era de balde, acudían todos y al final aquello era un tumulto y el mercado daba asco que hasta moretones les hacían a las bellas, de los pellizcos y palmadas.

Estaba en que don Sancho de Navarra pensó que comerciando con los moros se enriquecería y podría enfrentarse a Castilla y a Aragón. Cuentan que amistó con uno de los hijos del califa, de nombre Rachid Benkirán, y que un día, en un convite de oveja y alcuzcuz, sin vino, le dijo el moro: «Mi hermana Naila cumple ya doce años, buena edad de desbravarla. Mi padre, el Comendador de los Creyentes, está pensando en casarla, pero los notables que demandan su mano no son convenientes. ¿A quién se la daría sin malquistarse con los otros pretendientes? Ya hemos padecido esa mala experiencia con otras hermanas mías y no queremos repetirla

que si se la das a uno de tal tribu, los pretendientes de las otras tribus se ofenden. Yo, movido del amor que te tengo, le he propuesto a mi padre que la case contigo mirando que eres un rey poderoso en la tierra de los cristianos y así los jeques que pretenden su mano no se sentirán agraviados, antes bien pensarán que ganan un buen aliado y que al integrarte en la *Yemaa* de los almohades podrás mediar entre los muchos conflictos que los clanes y las tribus padecen pues no perteneces por sangre a ninguna. Mi padre te nombraría gobernador de toda la tierra de al-Andalus. ¿Qué me dices?»

¿Qué iba a decir? Don Sancho estuvo encantado hasta dilatársele el esfínter y pensó que lo había venido Dios a ver. ¡Casarse con una princesa almohade bella y mollar y emparentar con uno de los reyes más ricos y poderosos de la tierra!

¿Os he contado cómo lo engañó el moro? Lo retuvo dos años al servicio del Miramamolín, su padre, con la promesa de que, cuando pacificara a los rebeldes de las Tunicias y otros pedregales, se casaría con la princesa Naila. Don Sancho, codicioso, se vio de pronto dueño de dos reinos, Navarra al norte y al-Andalus al sur y pariente del rey de Marruecos con el que comerciaría en sal y oro, lo que le reportaría inmensas riquezas.

—Sancho, hermano —le decía el taimado Rachid—, tú te casarás con Naila y seremos cuñados de la misma sangre y el hijo que tengas se casará con mi hija y así nos fundiremos en un mismo tronco. Yo reinaré en África, cuando mi padre ascienda a donde Alá lo espera, y tú en al-Andalus y emprenderemos juntos prósperas empresas. Sacaremos oro de Sudán, con mis caravanas de camellos y tus guerreros navarros, comerciaremos con los estados cristianos que mucho ambicionan el oro. Tendremos cónsules parejos, uno moro y otro navarro en Pisa y Génova, en Venecia y Marsella, mandaremos a Islandia una embajada de capados que nos traigan concubinas rubias de culos redondos como la luna en su mayor creciente. Yo te ayudaré a derrotar a Castilla y tú me ayudarás a derrotar a los Hafsíes de Túnez. Tú derrotarás a Aragón y yo

derrotaré a los Abdalwadíes de las montañas del Magreb. ¿Quién será tan fuerte como nosotros que se nos pueda enfrentar? ¡Tus hijos y los míos, de la misma sangre, prolongarán nuestra amistad por las generaciones y serán invencibles!

Sancho deseaba a Naila, a la que había visto sin velo en el palacio de Rachid Benkirán. Cuando esto aconteció quiso cubrirse, púdica como era, pero su hermano Rachid Benkirán se lo vedó y le dijo: «No te tapes. Sanchuelo es como de la familia y muy pronto será tu esposo y concebirás hijos tan altos y fuertes como él.»

Esto complacía mucho a Naila, la cual, con precocidad de mora, ya había notado que era guapo y apuesto y tan alto que le sacaba una cabeza a los más altos de la corte. También notaba la niña que el cristiano la miraba con deseo, como diciendo: a ti me gustaría enseñarte lo que vale un peine.

Durante dos años, don Sancho combatió a los rebeldes del imperio fiado en que, cuando pacificara sus provincias, lo casarían con la princesa. ¡Quién podría contar los peligros y fatigas que pasó en aquellos aduares!

Las empresas del moro lo ocuparon en Marruecos mientras Castilla y Aragón le arrebataban media Navarra. Cuando regresó, burlado, sin princesa y sin al-Andalus, encontró su reino mermado y sin fuerzas para recuperar lo perdido.

¿Cuántas veces ha soñado don Sancho encontrarse con Rachid Benkirán, su mal amigo, en batalla? ¿Cuántas veces ha deseado lidiar con el traidor y matarlo de su mano con la más cruda muerte imaginable, que así pague su felonía? ¿No sabe acaso Rachid Benkirán que él, Sancho, está allí con sus tropas? Debe de saberlo por los enacidos y los desertores que al campo del moro van. Cuando llegue el momento decisivo, ¿se atreverá a vestir su loriga dorada persa para señalarse en la batalla?

Capítulo XCI (91)

Del encuentro que hubieron el caballero menesteroso y la ardiente malmaridada en los baños de Calatrava, lo que en ellos puso mucha consolación y en este que lo cuenta no poca melancolía como el que conoce lo porvenir de este cuento

La junta de almocadenes llama a los jefes de mesnada al alcázar, para el reparto del despojo. Don Hugo de Tours, más codicioso que celoso, desampara la vigilancia de su esposa para acudir a los contadores del rey, quienes, con el arzobispo Amalarico, han medido, pesado y dividido los lotes: esto para los caballeros, esto para los peones, esto para los obispos y capellanes, esto para los maestros armeros, esto para los servidores, esto para los carreros y así con todos, hasta los más humildes.

Los beneficiados sacan los lotes y los sortean, quienes con pajas largas y cortas, a usanza de los francos, quienes revolviendo garbanzos blancos y negros en una bolsa y tomando un puñado sin mirar y el que más negros saca escoge antes.

En ese tiempo, don Gualberto, el caballero menesteroso que se consuela en su pobreza, no quiere estar allá mirando a su interés sino que, avisado por el paje Gozo, va a los baños que a la otra parte de Calatrava están, donde doña Ermengarda y las otras mujeres se han metido en las pilas habiendo mucho placer de chapotear en las aguas perfumadas con algalias y esencias. Mirad a don Gualberto que entra en el aposento donde doña Eliabel lo aguarda y toma mucho embeleso en verla lavarse.

Mirad a doña Eliabel, bella sobre toda ponderación, desnuda como bandeja de plata, sentada en una tina grande. Catad cómo se echa agua con un jarrillo por las tetas y la natura y su enamorado caballero, por mostrarle acatamiento y amor, allegándose a la tina, llena de ella el jarrillo y bebe en él, golosamente, el agua que remoja e irriga las beldades de su amada. ¡Oh, miradla sonrojarse y vedarse las tetas con las manos y cerrar los muslos sobre la parte secreta pensando que a palparla venía y a gozarse en ella! Y en bebiendo el segundo jarrillo, ella le dice con brasas en los ojos y risas en los labios: «Señor caballero, ¿por ventura tomaréis solamente el caldo y no la carne?» Y él, con mucho apasionamiento, le dice: «Bien tomaría la carne y lidiaría mi amor en ella, mi señora, si me dierais licencia.» Con lo que doña Eliabel, con miedo a que los hallen, aparta al caballero y le dice: «¡Esperadme allá, en aquella cámara discreta!»

Aguarda el caballero donde la leña de la caldera se guarda. ¡Ah, cuan mayor el placer que los enamorados toman a furto cuando todo se les torna contrario!

Mirad ahora el abrazo de los enamorados cuando ella viene con el sayo descordado y abrazando a su amigo esconde el rostro en el pecho de él y llora de sus ojos muy gran llanto. El le bebe las lágrimas con sus labios despellejados del mucho patrullar en las calores del día y acoge su densa hermosura en su pecho poderoso y latiente; la consuela y cambia con ella muy dulces razones demandando paciencia que después de la batalla veremos lo que la mudable fortuna dispone de nosotros. «Yo no sabré vivir sin vos», dice ella, y él la besa de sus labios nuevamente, lamiéndole la lengua, tomando sabor a su saliva dulce y templada, y le susurra quedo mientras le entra el brial y le acaricia los pezones, duros como aceitunas: «Por mi vida que os rescataré de vuestros enojos presentes o moriré.» Y en esas caricias y razones le alza las faldas y le sube por los muslos calientes hasta acariciar con la palma de la mano la raja de ella, que encuentra mojada y rendida. Doña Eliabel se acomoda para que mejor llegue y, reclinada encima del agrio lecho de palos, lo guía para que entre en ella y se cebe en la ternura

que le tiene remansada desde la postrera vez que se tuvieron el uno al otro. ¡Con cuánto apasionamiento se traban los cuerpos con ahondamiento de naturas y abundamiento de jugos! ¡Oh, amor que nos remedia de las malas fortunas, de las estrecheces y de las amarguras y acíbares de la vida!

Capítulo XCII (92)

Donde el rey de Castilla piensa y llora muy amargas lágrimas en el campo de Alarcos

Se acuesta el sol del jueves cinco de julio en la llanada enfrente de Alarcos. Antes que entre la noche, los mesnaderos rozan el solar de la albergada y montan sus tiendas mientras los forrajeros allegan leña y pastos. Las calderas humean; los caballeros parlan o huelgan donde el chusmerío.

Ved al rey de Castilla, más que nunca solo. Recorre el campo sin caminos delante de los muros donde fue la famosa derrota. Se para en medio del ejido y le parece oír los lamentos de aquellos caballeros muertos en la florida edad, que la brisa trae en las retamas y los chaparros, entre las mismas piedras que vieron el desastre. El rey esforzado contempla, con los ojos arrasados de agua, las cárcavas del suelo señaladas por el sol rasante, donde los muertos yacen sin cruz ni responso, en el lugar mismo en que perecieron. ¡Tanta juventud inmolada sin que sus vidas siguieran el curso natural, la alegría, las justas, las fiestas, las monterías, las cabalgadas donde se gana honra y hacienda, los apasionados amores con amigas, el gozo de los nacimientos de los hijos, verlos crecer, el acrecentamiento de las haciendas, el apacible declinar con los nietos! ¡Quién puede saber todo lo perdido por tantos hombres valientes que en él confiaban en aquel día tan aciago!

Está el rey de Castilla tan solo y angustiado como si no hubiera nadie más en el mundo. Con el dorso de la mano se enjuga las lágrimas, arrebatado ya por el llanto, y cae de rodillas sobre la tierra

sagrada. Así permanece luengo rato. Después, elevando los ojos al cielo, besa la cruz de su espada y jura a Santa María que acá morirá sin huir como la otra vez si no resplandece la victoria en el lado de Jesucristo Nuestro Señor.

De lejos lo contempla don Diego López de Haro y a don Álvaro Núñez, que viene a hablar al rey, lo detiene y le dice:

—Dejad reposar al rey, y habladle cuando torne para la cena, que ahora no nos podría recibir. Lo que hayáis de decir decídmelo a mí.

Dice don Álvaro:

—No es sino que un renegado de los moros ha llegado al real y cuenta que el castillo de Ferral que guarda los pasos de la sierra está mal guarnecido.

—Traed a ese hombre a mi tienda, que quiero saberlo de su boca, y ver si sirve al rey de Marruecos o a nosotros. Ya sabéis que de moros no hay que fiar, que son muy ladinos en celadas y engaños.

Capítulo XCIII (93)

De las fuerzas y castillos que el rey Alfonso toma y de cómo llegan a Salvatierra con la querella de los reyes de Castilla y Navarra en el consejo

Vierais lo que ven los pájaros del aire, remontando las nubes, vierais tanta cuadrilla castellana de cincuenta lanzas ir allá y acullá por la llanada de pan y pastos, los caminos que conocieron sus abuelos, cuando Alfonso el emperador priso estas tierras. Vierais al rey animoso ir de castillo en castillo a Caracuel, a Benavente, a Piedrabuena, y a los otros menudos fuertes de aquella tierra llana y encontrarlos todos desocupados, las puertas quemadas y las salas desastradas, palos quebrados y tiestos esparcidos por los suelos, posadas que sus moradores dejaron con precipitación dañando cuanto pudieron para que no aproveche al que venga.

Sabed que los moros de aquella provincia, cuando tienen nuevas de que Calatrava se da a los cristianos, temiendo ser muertos como los de Malagón, desamparan sus haciendas, llenan los caminos y se retraen detrás de la sierra, a Ubeda y Baeza, donde dicen las hablas de los trajinantes que el rey de Marruecos ha juntado toda su fuerza.

Amanece el seis de julio, viernes. De Calatrava salen muy descansados y contentos los aragoneses y los navarros con los ultramontanos y el chusmerío que a las huestes sirve. Encaminan sus pasos a Alarcos, a juntarse con el buen rey Alfonso y los suyos que allá los esperan.

Alegres van: unos cantando, otros conversando, otros callados, pensando. Al presente día, la campaña parece fácil y la ganancia cierta, sino que saben, y ello empaña el contento, que no es campaña de tomar castillos sino de batalla campal con las fuerzas del moro juntas allá donde se encuentren. Quienes, por chancear y quitarse de pensamientos malos, van contando con grandes risas lo acaecido la víspera a un mesnadero de Ocaña que apostó con otro comerle el coño a la Palazona, la cual, sobre ser puta de mucho uso, tiene fama de guarra, el cual mesnadero, en pleno acto, iba a desmayar del tufo de solfatara que la natura della despide, cuando la cuitada, al notar el placer, dejó escapar de su cuerpo un follón pestoso que, al llenarle a él las narices, lo despabiló y volvió a su juicio, y diz que dijo agradecido: «¡Ah, menos mal, un soplo de aire fresco!»

Ved acá, en el cuadro que sigue, cómo se hace de noche en el camino. Los carros de doña Ermengarda van a posar a Caracuel, donde hay fondas y tiendas por ser camino fundado de mercaderes, pastores y postas reales. Doña Eliabel y don Hugo de Tours posan esa noche en el chozo de un aprisco. Mientras el marido duerme después de desbarrigar en ella, doña Eliabel contempla desvelada la luna. «¿Qué nos traerás, Fortuna?», se pregunta. Sólo saber a su galán cercano, y notar que su semilla le va creciendo en el vientre, la consuela de las desdichas cotidianas. Mirando la luna redonda dice una oración a Santa María y un conjuro a la dama Diana que remedien su vida y la devuelvan a quien bien la ama.

Otro día de mañana se acaba lo llano y las mesnadas cristianas llegan al pie de la sierra donde está el castillo de Salvatierra, que el rey de Marruecos tomó a los cristianos el año antes. Sabed que este fuerte se llama Salvatierra porque estaba metido en tierra de moros y desde él se alertaban los cristianos antes que les viniera el daño.

En llegando al pie de la peña del castillo, los aposentadores montan el real muy ordenadamente y así les cae la oscuridad del sábado siete de julio, en la que duermen con guardas dobladas una

apacible noche bien oliente de las brisas de la sierra, que traen aromas dejara y romero.

En amaneciendo el domingo, hecho el almuerzo, los arzobispos y los obispos dicen muy solemnes misas que los moros miran desde las almenas del castillo y esta vez no hacen burla como suelen de nuestra verdadera religión, que si adoramos palos, que si creemos que el pan y el vino son carne y sangre del profeta muerto, sino que los más avezados en la guerra han mucho pavor pues nunca vieran tantos cristianos de pelea, ni tan bien guisados de armas, ni tan denodados a combatir, por lo que mandan cartas al rey de Marruecos diciendo cómo quedan allí, y que los alfonsos (como ellos nos llaman) no han sitiado el castillo, ni ellos esperan dárselo como se diera Calatrava.

Capítulo XCIV (94)

De la conversación que tiene doña Ermengarda con el trudente Valmor sobre las hazañas y rigores del caballero Almafiera en Constantinopla

Ved al trudente Valmor que, aquejado de mucha sarna en los brazos y muñecas, va a donde doña Ermengarda y le dice:

—Madre abadesa, no sé si me recordáis que una vez os conté la amargura del caballero Almafiera que vos llamáis don Gualberto.

—Por Dios, que os recuerdo —le dice doña Ermengarda.

—Ved, santa señora, que ando muy aquejado del arador, mirad las caspas de mis brazos, y aunque me lo saco con alfileres, quedan debajo de mis cueros más gusanos picantes de los que yo mato. Me han dicho que tenéis un emplasto que remedia este mal.

—Venid, que yo os lo curaré, y mientras me habláis del caballero don Gualberto, de quien, por el mucho afecto que le profeso, quiero saber todos los secretos a fin de conocerlo y servirlo mejor.

—No sé, señora, si lo amaréis más al saber sus secretos.

—Dejad eso para mí, que yo os aseguro que no hay en el mundo cosa que me espante.

Se sienta Valmor en una banqueta, descubre sus brazos que son pura escama levantada y mientras la abadesa se los va empapando con una muñequilla mojada en agua de tueras y vinagre para que brote la gusanera, él le dice:

—Señora, esto que os diré no es por recompensa de la curación que me hacéis sino antes bien por apaciguar mi alma con la confesión a tan alta abadesa en vísperas de la batalla de la que nadie sabe si saldrá. Lo que os diré no quiero descubrirlo a persona del mundo sino a vos. Yo estuve con vuestro don Gualberto en el tiempo en que aún no se llamaba Almafiera, antes de Bulgaria y del kan, cuando los cruzados fuimos contra Constantinopla. De eso hace ocho años, y fue un lunes de Pascua, el día santo y señalado. Habéis de saber que un mes antes los griegos nos habían hecho en las murallas muchos muertos y lisiados, buenos amigos y hermanos nuestros, sin que pudiéramos entrar la ciudad. Fincamos allí, en nuestras tiendas, lamiéndonos las llagas y maldiciendo de la mala fortuna, hasta que, a los pocos días, se aparejó otra ocasión y acudimos al asalto con escalas por varios sitios. Este caballero que desde entonces se llamó Almafiera, porque así le pusimos sus mesnaderos por su crudeza en la batalla, nos mandó contra un barrio que se llama Blanquerna, lo más rico de Constantinopla, en el que moran duques y barones, ricos mercaderes y grandes prelados con otras gentes de la mayor alcurnia que podáis imaginar. Por allá entramos, asaltando el muro, muriendo y matando, y, tomándoles algunas torres, abrimos las puertas que entraran los otros y la caballería. Creedme, señora: por mucho que vivamos nunca tendremos ocasión como aquélla. En la ciudad, que era como cien ciudades, llana y rica, entre dos mares, fincaban los tesoros del mundo. Nunca viérades bazares tan grandes ni abastecidos ni en ellos tiendas tan ricas, ni casas de mercader tan enjaezadas con tapices de precio y muebles de marfil y de oro, ni conventos tan bien alhajados, ni iglesias tan abundosas en imágenes santas y relicarios de oro y pedrería, ni pósitos con tanto trigo, ni despensas tan abastadas, ni gente tan guisada y tan bien vestida de brocados, terciopelos granates y cadenas de oro, ni, si me perdonáis la crudeza, mirándolo con los ojos de soldados tan trabajados y sañudos, conos tan jugosos ni tetas tan duras y suaves como las de sus mujeres que toda la vida han pasado en gran regalo sin más trabajo ni tarea que acrecentar sus hermosuras con friegas de pomadas y afeites… Con todo arramblamos sin perdón ni piedad y

durante nueve días tuvimos diente libre que nuestros capitanes nos concedieron por lo mucho que habíamos padecido antes y el mal invierno que habíamos pasado. Así anduvimos a placer y no quedó sagrario sin hollar, ni monja sin forzar, ni mayordomo sin atormentar hasta que declaraba dónde había escondido las vajillas y los oros. Al más mendigo de la tropa lo veríais adobado como un príncipe, de brocados y sedas vestido, y alhajado de muchos joyeles al cuello y en las muñecas y anillos muy ricos en los dedos. Algunos se hacían llevar en palanquín por grandes señores temerosos de su vida y hasta el más humilde peón de chuzo tomó una buena casa, cuando no un palacio, para morar metido en aquellos lujos y se hacía servir de sus dueños como de esclavos y se acostaba de noche con el ama y con las hijas, como pluguiera, y ahorcaba a un cocinero porque no había hecho el guiso a su gusto, o le cortaba las orejas a un palafrenero que se había demorado en ensillarle el jaco.

Mientras doña Ermengarda saca los gusanos y los arrastra con un pañizuelo que luego enjuga en la zafilla de agua enherbada, donde mueren, el trudente prosigue su confesión:

—Este don Gualberto que llamábamos Almañera, habiendo sido de los más bravos en la pelea, fue después de los más crueles y señalados por su saña con los vencidos, a lo que se me alcanza no porque fuera así de natural sino por el encono de haber perdido al amigo con el que abría su corazón. Loco de ira, en el funeral sin curas que le hizo aquella noche, degolló a veinticinco mancebos de buenas familias para que las lágrimas de tantas señoras ilustres, las madres y las hermanas de los muertos, acompañaran al finado al otro mundo. Ni aún con eso halló su alma la paz, sino muy al contrario. Yo lo vi aquellos días desafiar a muchos buenos caballeros griegos, francos, húngaros, sirios y de toda nación. Donde ellos querían juegos, él ponía veras y con demasiada soberbia los retaba a todo riesgo o puntas sangrientas, armados o desarmados, y les daba crueles muertes sin ganancia alguna, por el placer solo. El se dice cristiano y ahora lo veis ponderado y paciente, como si otro fuera, pero yo tengo para mí que es fiero león y en su corazón está atormentado de muchos tormentos y pensamientos sutiles que saca

de los libros. También creo, si os soy sincero, que es más inclinado a los usos paganos, como tantos que saben y gustan de leer sin ser clérigos ni haber necesidad de ello. Sólo os digo que uno que miró sus excesos de aquellos días comentó, y yo lo oí, que el matar a tantos mancebos en el entierro de su amigo no estaba haciendo sino lo que un príncipe pagano de nombre Aquilón hizo en otro tiempo cuando los enemigos malos le mataron a su amigo. Cuando los deudos de los muertos fueron con quejas al duque Bonifacio, el señor natural de don Gualberto, el dicho duque, que buscaba alzarse como emperador de Constantinopla y no quería malquistarse con las familias, lo desterró de la ciudad y lo envió a Pera, la otra ciudad frontera con Constantinopla, donde se calmara de sus furias. Allá lo desafiaron tres capitanes venecianos, a los que mató en justas de muy crueles maneras, pues no parecía saciarse de guerra. Al final, cuando alzaron por emperador a Balduino, nuestro señor Bonifacio de Monferrato, despechado, tomó a sus hombres y se proclamó rey de Tesalónica y de Creta y llevó con él a don Gualberto sacándolo de sus destierros.

Va a proseguir el brabanzón su cuento cuando suena el cuerno del almuerzo. Ahora que lo advierto, yo también ando hambreado, que llevo toda la mañana peñolando esta historia sin levantarme del escritorio, así que iré a la manduca.

Dejo aquí lo de don Gualberto en Bizancio, ahora que llegaba a lo más principal. Bien que lo lamento, porque era de mucha enseñanza.

Capítulo XCV (95)

De cómo don Alfonso decide dejar Salvatierra y proseguir su camino en busca del moro

Otro día de mañana, antes que despunte el día, el rey y don Diego con otros hombres diestros en la guerra rodean la peña donde Salvatierra se alza, y la encuentran muy arrisca y defendida.

Don Diego le dice al rey: «Señor, me malicio que aquí no pasará como en Calatrava, que se dio de sólo ver las grandes fuerzas con que concurríamos. Los que este castillo tienen no son moros andalusíes de poco aliento y quejosos del rey de Marruecos, sino masmudas cabileños, gente correosa mandada por el alcaide Abellinut, cuyo apodo, puesto en romance, es *el peleón*, de donde habéis de sospechar su fama.»

A lo que añade el trujimán don Semuel Lebanaza:

—Y es de los más obcecados en las mentiras de sus alcoranes. Para mayor abundamiento tiene con él al santón Abu Madyan Yaza, hombre inflexible y riguroso, el que emitió una *fatwa* a los hortelanos del imperio que los pepinos se vendieran a las viudas cortados en rodajas.

Don Diego asiente y añade:

—Antes se dejaran matar de cruda muerte que rendir la plaza, por eso el rey de Marruecos les ha confiado el castillo que tanto le costó ganar. Si lo sitiamos, me parece que antes que lo podamos cobrar padeceremos estrechez y mengua de bastimentos.

Esto es gran verdad pues los dichos Abellinut y Abu Madyan Yaza pertenecen al número de los que se han juramentado sobre el zancarrón de Mafomede de conquistar los estados latinos de aquende, abrevar sus caballos en el Tíber, empalar al santo padre y a sus obispos y echarles sus higadillos a los perros.

Los poco instruidos que me escucháis sabed que el zancarrón de Mafomede es un hueso del falso profeta que los sarracenos adoran en La Meca.

En esto están tratando el rey y sus consejeros cuando descabalga sudoroso y polvoriento un emisario de la reina doña Leonor con nuevas de que el rey de León ha atacado con su hueste las lindes de Castilla y ya lleva tomadas las villas y castillos de Roda, Ardón, Castrotierra, Villalugán, Villagonzalo, Alba de Aliste, Luna, Gordón, Argüeso y Alión. De lo que el rey tiene tanta alteración que piensa en salir de su seso y con mucha ira manda convocar consejo en su tienda real al que comparecen los reyes de Aragón y Navarra, don Diego López de Haro, los arzobispos de Toledo y Narbona y los maestres de las órdenes. Levántase Alfonso en pie, en medio de la asamblea, los ojos como ascuas, y dice:

—Señores, fuerza es que vayamos contra el rey de León, porque el traidor fementido, mi yerno y súbdito que fue, al que di mi hija, el que me besó la mano en vasallaje y recibió de mí la espada y el cinto, ataca crudamente mi reino mientras yo tomo la cruz y voy a moros y pongo en el tablero mi vida, mi hacienda y la de mis buenos vasallos por la salvación de todos los cristianos así de las Españas como de allende los Pirenes y el papa de Roma.

Todos sienten gran pesar de oír aquello, salvo don Sancho el navarro, que mira ásperamente a don Alfonso como quien no cree nada que salga de su boca. Dice Amalarico, el arzobispo:

—¿Qué nuevas son ésas? Explicadlo, por caridad.

Dice don Alfonso:

—Acabo de recibir carta de la reina, mi mujer, donde todo lo explica por detalle: el rey de León ya me ha tomado no sé cuántos

pueblos que estaban desguarnecidos en la confianza de la palabra que había comprometido al papa. Acordaos vos, arzobispo Amalarico, de lo que dijisteis con mucha solemnidad y avisasteis a todos los reinos: que el papa excomulgaba a aquel que atacara Castilla mientras durara la cruzada. Ahora el traidor me ataca de acuerdo con el moro y me toma los estados mientras yo ando en la guerra por defender lo de todos. ¿Qué decís a esto?

—¿Qué pruebas tenéis de que se haya aliado con el rey de Marruecos?

—¿Qué mayores pruebas que atacar mi reino cada uno por un lado? ¿Acaso hemos olvidado sus buenos acuerdos con los moros en tiempos pasados, por los que el papa Celestino lo excomulgó y le puso el reino en entredicho?

En esto se alza el rey de Navarra, que tan gran malquerencia siente hacia don Alfonso, y dice:

—De eso hace veinte años. Las cosas han cambiado mucho desde entonces.

Al oír esto, don Alfonso se revuelve contra él.

—¿Acaso os falla la memoria, rey? ¿Ya os acordáis de unas cosas y de otras no, como los senectos? ¿No guardáis memoria de que cuatro años después de lo que decía atacó Castilla con el oro que el rey de Marruecos le mandaba? Vos, arzobispo, lo habéis de saber. El papa lo forzó a pactar con Castilla y yo, con demasiada benevolencia, le di en matrimonio a mi hija Berenguela para anudar un pacto de buena vecindad y por evitar más querellas entre nosotros.

—¡Vos incumplisteis primero el pacto! —le reprocha don Sancho —. ¡Teníais que restituir unos castillos que habíais cobrado cuando entrasteis en sus tierras y le tomasteis plazas que nunca han pertenecido a Castilla!

—¡Mientes, Sancho, que sólo tomé lo que era mío!

—Valencia de Don Juan y Valderas nunca fueron vuestras, bien lo sabéis, y aquí hay personas de orden que lo testimoniarán.

El rey de Castilla, don Alfonso, a grandes voces y muy alteradas dice:

—¡En vano se discute con vos! Bien conozco que también sois amigo del moro y por eso defendéis al traidor.

Esto dice el rey, pero antes de que don Sancho le replique, se levanta el arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada, y dice:

—¡Oídme, reyes: yo, además de ser voz de la Iglesia, soy tanto navarro como castellano! Vuestra pendencia es dañosa no sólo para vuestros reinos sino para la salvación de vuestras almas. Rey Alfonso, sabed que la excomunión decretada por el papa sólo afecta a quien ataque Castilla, pero por lo que veo el rey de León, vuestro primo y pariente, sólo ha tomado aquellos lugares linderos que están en litigio, los que vos mismo le tomasteis antes.

—¡Pues no le han de valer sus astucias de raposa! —clama el rey —. Como capitán de esta hueste dispongo que primero vayamos contra él, como aliado de los moros, y después que lo hayamos derrotado tornaremos contra el Miramamolín.

Nuevamente se levanta airado don Sancho de Navarra y reprocha al arzobispo de Narbona, Amalarico:

—¡Os lo advertí, *messire* arzobispo: por eso me resistía a intervenir en este asunto! Mi primo no es de fiar. No mantendrá su palabra. Ahora quiere que le ayudemos a expoliar al de León, que no hace sino reclamar lo que le pertenece.

Y mirando al rey de Castilla prosigue así su parla:

—Has de saber, Alfonso, que no he traído mi hueste hasta estos pedregales para enfrentarme a Alfonso de León, al que has agraviado de tantas maneras y has rapiñado buenos castillos, como a mí. Yo estoy aquí no por vos sino por el papa, y si nos desviamos de ir contra el moro, mañana mismo me retiro con los míos y desde

ahora me considero desligado de la promesa que hice a don Arnaldo Amalarico, aquí presente, de guerrear contra el rey de Marruecos.

Dichas estas vehementes palabras, don Sancho abandona muy airadamente la tienda del consejo. El arzobispo don Rodrigo, conciliador, le dice al rey de Castilla:

—Bien entiendo vuestro enojo. Empero, si miráis a vuestro interés más menudamente, y al de la empresa en la que estamos concertados, fácilmente entenderéis que es más cumplidero ir contra el moro sin dilación antes de remediar lo tocante a León. Al moro lo tenemos a un día o dos de camino, con los castillos de la sierra desguarnecidos y las huestes malcontentas y poco guarnidas. ¿Qué mejor ocasión para obtener una señalada victoria? Desbaratado el Miramamolín, no será difícil tomar la tierra y llegar al mar, a Tarifa y Algeciras y Almería, donde podremos defender que no vengan más moros de África a perder a las Españas. Pensadlo, rey. La ganancia inmensa al alcance de vuestra mano frente a unos pocos castillos que tome el rey de León, y que restituirá si el papa se lo manda bajo graves penas canónicas y otras penitencias que sin duda va a merecer por estorbarle la cruzada.

Discuten sobre ello mirando la mengua de bastimentos que la hueste va a padecer si no llega pronto a la batalla y, finalmente, con razones y ruegos, don Alfonso de Castilla y don Sancho de Navarra, acordados por una vez en muchos años, deponiendo sus rencillas, se conciertan para seguir contra el moro y aplazar las cuitas con el rey de León.

Capítulo XCVI (96)

De cómo hacen alarde delante de Salvatierra antes de pasar adelante al sitio de la batalla

Sabed que el lunes, habiendo llovido por la noche, amanece una fresca mañana un poco nublada y solazadora. El rey determina que la descansada hueste haga alarde, cada hombre guisado de las armas que en la batalla lleve, de manera que se muestre la fuerza del ejército y que se amedrenten los que en el castillo están y al contarlo a los otros moros ponga pavor en ellos y los descorazone.

En la llanada entre los dos montes, a la sombra de unas encinas espesas, levantan los carpinteros un tablado sobre el que los reyes y las altas personas, clérigos y damas asistirán a la procesión de las huestes. Viérades pasar, bien adobados y guarnecidos de armas así ofensivas como defensivas, a los mil aragoneses, a los doscientos navarros y a los más de cien caballeros de ultrapuertos y tras ellos, dejando espacio que se asienten los polvos, los mil quinientos jinetes castellanos, en buenos caballos engualdrapados, todos con sus mesnadas, estandartes y enseñas al frente, la seña de Nuestra Señora en alto recortada sobre un paño blanco que sostiene Juan Espinilla Lavín. Mirad los castellanos de la cofradía de san Antón, con su estandarte que lleva Martos García, los que con gran concierto van entonando alabanzas a cierto harén con luz de sol en que cautivo se deshoja el corazón y loores a una dama que es más radiante flor, gentil sultana favorita del amor y otras ternezas así como promesas de una tierra con brazos de mujer, que quieren heredar en la hacienda de los moros por la promesa que les tiene hecha el rey.

¡Catad qué bien parecen los que irán a la batalla! Nunca se vieran juntas tantas buenas lorigas de malla y brafoneras, tantos almófares y yelmos ni tantos lorigones de cuero remachados o almillas de lino burdo estofado de algodón, con sus abarcas y polainas.

Tras la caballería llega la muchedumbre de hasta seis mil peones. Mirando venir las apretadas lanzas de distintas hechuras y larguras pensaríais que es un bosque el que anda. ¡Qué polvareda levantan hasta el cielo y cuánto desfallecimiento de ánimo en los moros del castillo que los ven tan bien guisados de chuzos y cuchillos, espadas y escudos! ¡Pluguiera Dios que también entendieran las chanzas guerreras que van cantando en detrimento del Mafomede;

Pasan finalmente los arqueros con sus aljabas emplumadas y los genoveses de maese Pietro Pitaluga, las ballestas al hombro y una zalea en lo alto de una pértiga, por devoción a san Juan Bautista.

Ese día, por la tarde, llegan al real moros tornadizos que declaran que el rey de Marruecos se ha movido de Ubeda y Baeza y ahora posa con su hueste detrás del puerto del Muradal, en la sierra.

Capítulo XCVII (97)

De cómo llega la hueste a la Fresneda y el rey Alfonso sale a pasear con gran sentimiento

¡Alivio de la hueste tras las caminadas jornadas en la apaisada Castilla y en las Manchas, donde caminas un día aplastado por el sol, sin un mal árbol de sombra, y mirando los remotos montes parece que no te has movido, lo que descorazona al más corazonado! Ved ahora las montañas grises que se alzan delante, los cerros de Sierra Morena, menos soberbios yendo a las Andalucías que viniendo de ellas por estar La Mancha de los calatravos más alta.

Con ánimo alegre, los cruzados levantan el real de muy buena mañana y toman el camino de los cerros, por el que, después de andadas cuatro leguas, llegan a los parajes que se dicen de las tres Fresnedas, a saber: la baja, la de en medio y la somera. El rey Alfonso manda establecer el real y dormir esa noche en la Fresneda del medio, a orillas del río.

Sin más compañía que dos escuderos, abandona don Alfonso el real y se interna por ásperas veredas de animalias hasta arribar a un prado agostado de espartos y cantos. Vedlo remontar el cascajar en derechura a una encina grande que en somo del cerro se divisa. Antes de llegar a ella torna a los escuderos que detrás lo siguen y les manda que aguarden allí y no pasen adelante.

No quiere don Alfonso, melancólico en su corazón, sino estar solo para hablarle al ánima de su abuelo, que feneció de agotamiento debajo de aquella encina recia que está señalada con tres piedras grandes.

—Tú que pacificaste tus estados —le dice a su abuelo—, tú al que nadie igualó en virtud ni en merecimientos, tú que fuiste rey de Castilla y de Galicia y León, emperador de las Españas, tú que ganaste Almería y Córdoba, y muchas tierras hasta el Ródano, allende los Pirineos, tú a quien besaron la mano el rey de Navarra, los condes de Barcelona, los de Tolosa y Urgel, así como Zafadola y otros reyes moros, mira, abuelo, con cuánta humildad acudo a tu ánima, apiádate de la cuita en que me hallo y concédeme tu claro entendimiento para juzgar lo oscuro de las cosas. Mira qué triste es que ahora tus dos nietos alfonsos contendamos por privilegios, y el de León me ande robando las villas mientras yo me esfuerzo por cumplir los trabajos que nos dejaste a tus hijos y nietos, echar a los moros de las Españas y restaurarnos en el trono de los godos.

Don Alfonso, puesta su mano diestra sobre la piedra grande, dice:

—Juro por mi ánima que no tendré reposo hasta conseguir ese galardón si tan sólo me da vida Dios y fuerzas para cumplirlo. Dame tú fuerzas corporales y encorazóname para quebrantar a la morisma y echarla de España. Que me recuerden mis nietos por eso y no por lo de Alarcos, como los tuyos te recordamos a ti en tu grandeza.

Capítulo XCVIII (98)

De lo acontecido a un golfín que en la sierra vive

Sabed que en las asperezas de Sierra Morena no hay villas ni ciudades ni quien labre la tierra ni quien allí viva la dura vida serrana salvo unos pocos golfines y gentes fugitivas de la justicia, quienes, por tener la cabeza pregonada por el verdugo, allá se retraen y viven más como alimañas que como hombres de lo poco que cazan y de los frutos que los árboles dan, bellotas y nueces, moras de las zarzas y trufas del suelo que so las hojas muertas crecen, manjar muy asqueroso e impropio de persona humanal.

Sabed que de estos golfines algunos se juntan en cuadrillas y hacen espolonadas por tierra de infieles donde roban ganado y cautivos, pero otros son más ermitaños y viven solos de lo que cazan y de lo que el monte les da o, si se ven menesterosos, de saltear a los que se aventuran por los caminos de la sierra, sin cuidar si son cristianos o moros.

Uno de estos golfines, un hombre ya de edad, muy trabajado por la vida, de nombre Martín Halaja, tiene muchas trampas de hilo de hierro en las espesuras de la sierra y con ellas caza conejos y animalias silvestres y de eso vive en mucho menester y pobreza, sin más casa ni techo ni lar que una cueva al lado de un arroyo del que bebe cuando lo aflige la sed.

Este día, Martín Halaja, asomándose a la altura de un cerro, ve llegar tan gran copia de morisma que piensa que todo el mundo se ha allegado allí. Mirándolos más de cerca, sin ser visto de ellos, los

ve montar las tiendas y levantar un real muy lucido. Busca luego por sus trampas del monte y encuentra cinco conejos prendidos en ellas con los que resuelve bajar a la aguada de los moros y venderles los conejos o cambiarlos por sal y otras cosas necesarias. Así hace y, bajando a los moros, un adalid de ellos que tiene un jabeque cárdeno en la mejilla derecha le toma los conejos en buen trato. Martín Halaja le dice, en aljamía de la que ellos hablan, que se los pague. El otro lo mira con asco y parece que no se entera. Martín Halaja, por hacerse entender, frota el pulgar y el índice como diciendo: págamelos. El moro se echa a reír enseñando unos dientes grandes y amarillos y mirándolo con ojos de sorna se encoge de hombros como si no entendiera. Los otros moros que con él van se mofan del desgraciado que les ha llevado la cena. Martín Halaja reclama otra vez el pago, a lo que el adalid lo empuja y lo tira al suelo y cuando va a levantarse lo tumba de una patada en el trasero. Martín Halaja se retira acobardado no sea que siguiendo la mofa lo maten. Monte arriba sube a su cueva muy ofendido y sin qué yantar.

Dejadlo allá con su cuita al desgraciado y atended a los de la hueste de los tres reyes que han caminado dos días por las Fresnedas de en medio y la sierra de las Atalayas, al pie de los montes, y llegando a las Fresnedas bajas aposentan el real el miércoles día onceno del mes.

Don Gualberto mira de lejos a doña Eliabel y ella lo mira a él, sin osar buscarse por recelo del marido. Anda don Gualberto en cuadrillas de adalides y a veces deja señales a su amiga como los enamorados hacen. Se retrasa de su cuadrilla y quedando atrás taja una corteza de alcornoque o la rama de una carrasca y mete en la raja una mata dejara con sus flores blancas porque doña Eliabel la descubra al pasar por allí y sepa que la tiene siempre en su pensamiento.

Cincuenta adalides de Castilla remontan los cerros y cruzan las fragas de los montes camino del Muradal, el puerto por donde don Alfonso ha determinado pasar la sierra. Al frente van el hijo de don

Diego, llamado Lope Díaz Cabeza Brava, sus primos, el infante don Sancho Fernández y don Martín Muñoz, y, de parte de los ultramontanos, don Gualberto y don Welf.

Allí están los moros. Vedlos en la cima del puerto, las primeras huestes del rey de Marruecos, hasta veinte caballeros en caballos ligeros enjaezados de muchos colores azules, bermejos y negros que destacan entre el verdor de las encinas y la negrura del granito. Manda Cabeza Brava a dos de los suyos a mirar si fuera celada y, viendo que no hay más enemigos encubiertos sino los de la cuadrilla que ven, los acomete, pero ellos rehuyen el encuentro y antes que los hieran pican espuelas y ligeramente se esparcen por los caminos de la sierra.

Mientras estas escaramuzas acaecen, el grueso de la hueste que fincaba en el real se ha levantado, todavía a oscuras, y prosigue el camino del puerto, monte arriba, con mucho ánimo, por malos senderos que los carros salvan con muchas penas.

Capítulo XCIX (99)

De cómo pasan las Fresnedas y se meten en las sierras fragosas

Mirad los mirantes, los que por gracia de Santa María tenéis luz en los ojos. Mirad las cumbres dentelladas de la Sierra Morena, asomaos a los precipicios y hondones entre rocas grises pintadas de líquenes amarillos y bermejos, que se elevan como torres.

Ésa es la barrera que corta las Españas del levante al poniente, cien leguas de cerros trabajosos de andar, hendidos de hondos barrancos, tierra de fieras y lobos donde no habita nadie, cristiano ni moro, sino remontados y malsines como Martín Halaja que viven fuera de las gentes, con la cabeza pregonada.

En la primera cuesta, la reiteración de cantos grandes y arroyamientos hondos fuerza a dejar los carros, que son muy impedidos de pasar, entre ellos el de las melecinas, en el que doña Ermengarda y doña Eliabel muy a sabor viajaban sin que el sol las ofenda y les broncee la tez, que eso es de pobres.

Manda doña Ermengarda pasar sus medicinas, botes y ungüentos a costales y a los serones de las mulas y con ello prosiguen el camino, ella y doña Eliabel en sendas hacaneas, sobre burras zamoranas, grandes y mansas.

Mira doña Ermengarda su carromato, que queda a un lado del camino, cerrado, con promesa de retomarlo a la vuelta y profiriendo un suspiro monjil dice:

—Lo que más siento es que vamos a echar de menos la trampilla esa que tiene en el tablero, por la que tan cómodamente vaciábamos las necesidades de nuestros cuerpos sin mostrar las naturas ni los albos panderos a la concurrida hueste y luego, a la noche, cuando vos os regresabais a vuestra marital tienda, con don Hugo, yo tendía el colchón y hacía mis oraciones y los otros deberes y disciplinas que la carne y la devoción demandan.

Y al decir esto mira a su paje Gozo, que delante cabalga con las alforjas, más corpulento y abultado que la mula que lo lleva.

¡Vierais a la hueste cristiana subir aquellas angostas y empinadas sendas, como carreras de hormigas, malos caminos de cabras, rotos y sin empiedros! Viéraisla cruzar arroyos de aguas frías, que caen a chorro en el hondón de las peñas, haciendo nubes de agua en los que, al dar el sol, luce el arco iris. Los contempla doña Eliabel, embelesada, y gira la cabeza por si cerca estuviera don Gualberto y hubiera placer de verlo con ella. ¡Pobre niña que tras días sin hablarse ni gozarse con su amigo siente que fuera de él le falta el aire! La mira doña Ermengarda y suspira recordando sus propias penas de amor, tanto tiempo pasadas.

Arrea Gozo las burras y las mulas del equipaje, que suben con traqueteo de cachivaches. ¡Qué caminos!

Parado en un altozano, don Gualberto escudriña las espesuras de los montes. Los barruntes moros espían desde la fronda y hacen ahumadas de leña húmeda para avisar a los suyos de la llegada de los cruzados o para amedrentarlos. También espían el paso de la hueste dos cochinos jabalíes de los cuales uno le dice al otro: «Se acabó la paz que hubimos con los moros. Cristianos llegan que nos montearán.»

Con trabajo asciende la gente esa floresta espesa. Don Hugo de Tours, impaciente, saca a los suyos de la senda y los mete por la espesura de alcornoques y encinas, quejigos y acebuches, labiérnigos, jaras pringosas, madroños, brezos, coscojas, lentiscos, mirtos, y todas las otras matas de espinas y zarzas, las cuales,

aunque mucho regalan las narices del oliente, también estorban el caminar e impiden ver el suelo. Torna al rato a la fila don Hugo, contrito y mohíno, después de padecer algunas costaladas y un venial despeño.

Suben la cuesta y el mal camino sin empiedro los dos arzobispos, en sendas mulas mansas de ancho lomo, y por entretener la hora van tratando de teologías de Bolonia; tras ellos, los obispos, discurriendo de rentas y beneficios cuando no de barraganas y nepotes; tras ellos, los cocineros clericales y Marmite, que hablan de salsas; don Welf, que se ensimisma mirando el verdor familiar de las cumbres y sueña lances de honor; don Otón de Carlsberg, que piensa en las moras que va a gozar, rozagantes, negras zainas, mollares, peludas, moras de culos prietos, bien mandadas y nada respondonas; Gahete, que no se aparta de don Guillem de Cabestany, el trovador, y le cambia cestillos de madroños por romances que pronto memoriza y corrige de instinto si estaban mal medidos, o los adoba y los mejora.

Ved allá a Antón Gonzo, el que quiere ser caballero villano. Marcha animoso sobre sus abarcas de mulo, contando las jornadas que le faltan para verse dueño de un caballo que lo redima del estado llano. En fin, la hueste numerosa para los que nombres no tengo, aunque algunas caras recuerdo, mesnaderos esforzados, ojos que han visto muertes, soldados concejiles que llevan al hombro el chuzo con el mismo gesto que ayer llevaban el azadón o la aguijada, hablando poco, acaso soñando la ganancia si les dará para mercar un pegujal o una mula; la chusma y la gente menuda que tira de los carros chicos, unos empujando, otros jalando con sogas, los que atienden a las acémilas, los que al pasar toman una varita de hinojo que quita la sed y la van chupando.

¿Quién no se descorazonaría de tantas fatigas si no fuera porque santa María acompaña y siembra esperanza en los corazones? Miran las cumbres que han de remontar y se animan a subirlas pensando que donde acaban las asperezas aguardará el rey de Marruecos y, detrás de su vencimiento, las ciudades bien abastadas, los verdes y

amenos pastizales, los ubérrimos rebaños, las huertas de muchos frutos y pan, las moras de carnes firmes.

Varios portillos naturales cruzan la sierra pero don Alfonso, por seguir los pasos de su abuelo, el emperador, cuando fue de Toledo a Córdoba, ha escogido el de la Losa, del cual dicen que es más llano y afable que otros, quitando una parte donde se estrecha tanto que incluso se hace dificultoso para los equipados a la ligera.

Mientras la hueste cristiana, caballos, lanzas y carros, remonta las malas trochas serranas, mirad a don Gualberto con Cabeza Brava, mirad a don Nuño Arruga, el que en los vuelos y meneos de las aves sabe leer si habrá fortuna, mirad a don Ruy García, con el estandarte de los Girones, y a Gutierre Hermengildo, gran prior de la Orden de San Juan, con dos acólitos, y a muchos otros. En cuadrillas rociadas, registran las costaneras del monte en prevención de celadas. Los tres reyes y los arzobispos y obispos, en medio del espeso cañaveral de las lanzas, tantean el camino entre las breñas aromadas dejara, romero y tomillo.

Vierais recios mesnaderos que nunca salieron de la llana Castilla mirar con pasmo las corpudas encinas y los fresnos, los robles y los enebros que allá brotan de la peña viva agarrados a una grieta del despeñadero, colgados en el abismo.

Subido lo más agrio de la cuesta, parece que la senda mejora y los mesnaderos van contentos dejados los agobios del sol y lo llano por la sombra de los chaparros en las cortadas umbrías. Algunos cantan procaces cancioncillas como la que reza:

La mujer del herrero / de Talavera / con el coño calienta / la fragua entera.

Y otras trovas leves de escarnio del moro que no diré yo aquí por si atendieran doncellas no catadas ni sabedoras del rijo.

A la hora nona ya han subido las vanguardias hasta el río Magaña y allá montan el real, en el paraje que desde hoy se llamará Cerro del Rey.

Así pasan el día santo, oyendo misa devota, vagando, ensayando las armas y platicando. Don Gualberto capitanea una cuadrilla de las que salen a guardar el campo. Entre los herberos que acopian forraje para las bestias reconoce a Valmor, el trudente que militó en su hueste los días de Bulgaria.

—Dios te guarde, Valmor —le dice—, ¿estás bien?

—No hay queja, *messire.*

—¿Qué harás cuando termine la campaña?

—No tengo donde ir, *messire*, a lo mejor me enrolo en la cruzada de los cataros.

—¿Para servir a quién?

—Soy pobre, *messire*: al que mejor pague.

Asiente don Gualberto, como el que bien entiende de penurias.

—Si me cambia la suerte —le dice—, a lo mejor te puedo dar oficio para tu vejez. Después de la batalla veremos.

Prosigue don Gualberto su camino y detrás queda herbando el brabanzón, el cual, al verlo alejarse, le dice a un amigo con el que comparte secretos:

—Ese es Almafiera, un caballero sin fortuna, pero de mucho valor. Aunque ahora lo veas mudado y gentil, por los desengaños de la vida, yo lo he conocido más joven, muy cruel. Será bueno combatir en su bando y no en el contrario. Ese tiene silla en medio del infierno.

Capítulo C (100)

De cómo los cristianos lidian por la cuesta y echan a los moros della

Don Diego López de Haro, atento a la subida, manda adelantarse a su hijo Cabeza Brava con sus sobrinos Sancho Fernández y Martín Muñoz y una cuadrilla de buenos adalides que tienen enderezada la proa de su deseo al peligroso puerto del honor, como dice maese Martorell.

La encomienda que les hace es que, con pasos de cautela, por ser la sierra muy aparejada para celada de moros, ocupen los altos antes que los moros se los embarguen.

Tarde acordaron llegar: en el recuesto que termina en los muros del castillo Ferral se ha asentado una escuadra de cien o más moros, así de a pie como de a caballo, a estorbarles el campo. Oíd los alaridos que profieren según es costumbre de su raza, que más vocinglera y escandalosa no se encontrará ni registrando los confines de la tierra.

Estos moros son gente de sobrados redaños y certificada fiereza, los mejores del Miramamolín. Apenas ven descrestar a los primeros cristianos, vanse a ellos derechamente y escaramuzan con denuedo con muertes de las dos partes.

Don Hugo de Tours, calmo, los ve venir y muestra como lobo el colmillo goteante cuando dice a los suyos: «Ballesteros delante, caballos en línea, tirad a los caballos, descabalgadlos.»

Al otro lado del praderío chico que allá se forma, los adalides castellanos, con don Lope Díaz Cabeza Brava y los otros que con él están, embrazan los escudos, abaten lanzas, pican espuelas y hieren en los moros tan de recio que les toman la cuesta dejando tras de ellos un rastro de muertos y dolientes. No se paran hasta el somo del monte sin que moro alguno ose retarlos. ¡Gran victoria que anuncia futuras venturas!

Extienden los llegados la vista y desde allí divisan, blancas y pardas, una legua lejanas, las tiendas del real de los moros en torno a la del Miramamolín, más grande y bermeja.

Cabeza Brava, no fiando de fortuna, manda cuadrillas que exploren las delanteras. Torna don Gualberto con la suya avisando que muchos enemigos han tomado las peñas altas, encima de las angosturas del desfiladero de la Losa, por las que es fuerza pasar antes de alcanzar lo llano. También han puesto fuertes guardas en el castillo Ferral, que custodia el camino, desde el que fácilmente atacarán el flanco de la hueste pasante. Esto oído, Cabeza Brava propone: «Espantemos estos moros de la vista, antes que vengan otros a socorrerlos.» Sus primos y los otros son del mismo acuerdo. Forman la fila sin más razones y, en viendo que ninguna cabeza de caballo sale más que otra, Cabeza Brava abate su lanza, pica espuelas y grita:

—¡Herid en ellos, por caridad!

Tras el ímpetu de la cabalgada, chocan a primeras sangres: matan diecisiete moros, todos magrebíes de tez oscura y dientes amarillos, y toman vivo a uno al que el navarro don Íñigo de Zúñiga interroga en aljamía.

—Dice que el castillo Ferral está muy reforzado de tropas y bastimentos y que el alcaide es tío del rey de Marruecos. Dice también que los moros que han tomado el paso de la Losa han allegado muchas piedras y saetas para estorbar el paso en las angosturas por donde es fuerza que pasemos en hilera de dos o tres caballos y que no es sitio aparejado para carros sin antes romper

muchas peñas con martillos y porros, por lo que nunca podremos llegar a donde los moros están.

El moro se ríe mientras el navarro vierte sus palabras al castellano.

Don Hugo de Tours, con ira, le dice: «¿De qué te burlas, cabrón?», y le abre la garganta de un tajo. Don Íñigo de Zúñiga no se altera. Arranca del suelo un puñado de hierba seca, se limpia la sangre que le ha salpicado en la cara y pregunta:

—¿Qué hacemos?

—Esperar a que suban los otros y mantener el campo —decide Cabeza Brava—. Éste es sitio muy aparejado para el real.

Los mesnaderos descabezan a los moros muertos y clavan sus cabezas en estacas altas que se vean bien desde el castillo Ferral. Cortan un par de enramadas para aguardar a la sombra que suba el grueso de la hueste.

A una legua de allí, el rey convoca en la tienda real a don Diego López de Haro y al arzobispo don Rodrigo para discutir sobre las nuevas que los adalides traen. Esa noche, aparejada la cena, que es muy abundosa de carnes del ciervo grande que ha matado el ballestero Sancho Antúnez, se recogen a dormir.

El rey de Castilla vela mirando las estrellas frías por el boquete del mástil de su tienda. Piensa en su abuelo, el emperador, que tantas veces cruzó esta sierra por los mismos pasos. Piensa en los caballeros y mesnaderos perdidos en Alarcos, cuyas caras tantas veces lo visitan en sueños. Le acude a las mientes el infante Fernando, su heredero, muerto el año de antes, que hubiera hecho muy buena caballería en estas jornadas, a su lado, aprendiendo a ser rey. Con este pensamiento y el de la reina Leonor, a la que imagina haciendo muchas oraciones en la capilla real, se traspone y, derrengado del cansancio, se duerme.

Capítulo CI (101)

De las muertes habidas en el Collado de las Matanzas

Pasada la noche y amanecido el día trece de julio, viernes, con las primeras luces del alba, las huestes recogen el real y ascienden a la sierra donde sus adalides los esperan con el campo ganado.

Ved a lo lejos el castillo Ferral. En medio, la torre fuerte de calicanto; en derredor, un albacar murado, de tierra y piedras. Los tres reyes y sus ricoshombres del consejo deliberan si cumple asaltar el castillo. Regresa don Hugo de Tours de su cabalgada con la noticia de que los moros que lo guardaban lo han desamparado muy ordenadamente y se han retraído al real de los suyos, detrás de los pasos de la Losa.

—¿Qué novedad es ésta? —se extraña don Diego López de Haro, y se pasa la mano por la calva morena y a trechos rosada, allá donde el sol la despelleja—. ¿Nos ceden los moros el castillo antes de que vengamos sobre ellos? Si eso hacen, es porque preparan una gran celada. Mientras lo pensamos, que cien lanzas y veinte ballestas lo ocupen.

Se allegan los cristianos al castillo y lo encuentran bien adobado, sin que los moros hayan quemado puertas ni andamios, ni aportillado muro alguno, como se usa en la guerra.

Don Diego entra en gran pensamiento. «Nos están adobando una mortal celada», piensa. Dice a su hijo Cabeza Brava: «Mirad de registrar bien el camino de acá al desfiladero de la Losa, sin dejar de

escudriñar los cerros y las cuevas, así como las breñas donde más espesos sean los árboles, que me recelo que habrá gran morisma y por eso han desamparado el castillo, para llevarnos a la perdición con malicia e industria.»

Así lo hacen las cuadrillas y una torna diciendo que en un llanete que se hace al lado del camino, pasada una angostura con muchos árboles, encuentra una batalla de moros en escuadrón que aguardan con mucho aparato de brega. Mientras esto ocurre, algunos adalides moros andan por la sierra mirando el parecer de los cristianos y contando su número.

En esto irrumpen moros vociferantes de entre la floresta, donde nadie pensaría que hubiera tantos, y matan a muchos chusmeros y peones que habían bajado por agua al arroyo. Don Diego, viendo el estrago, con gran enojo envía a doscientos peones que registren el monte al otro lado del arroyo donde los caballos no pueden transitar, tan espeso es el matorral. Haciéndolo sale de las brañas una batalla de moros que da sobre ellos con mucha furia y matan a algunos. Maese Pietro Pitaluga y los ballesteros tiran desde la bajada del arroyo y alcanzan a tantos que los otros se retraen. A docenas salen de la espesura, como bandada de gorriones, y por huir más desembarazadamente toman el camino del Muradal, donde son perseguidos por don Hugo de Tours y otros caballeros del Vienne y del Poitou que guardaban la vía. Los caballeros alancean a muchos y hacen en ellos gran mortandad no tomando a ninguno a merced más que a dos más jóvenes noblemente vestidos que cautivan pensando en los rescates. Este es el paraje que hoy se llama Collado de las Matanzas por los muchos que allá murieron. Más abajo, por el camino del Muradal, está el Cerro de las Calaveras por las más de cincuenta cabezas de moros que allá se ponen clavadas en postes, que los puedan ver los otros moros que por allí vengan de su real y tomen de ello espanto.

Capítulo CII (102)

De la cena que apareja Marmite a las señoras, refrescante y deleitosa

En el castillo Ferral se retraen doña Ermengarda y doña Eliabel y las otras mujeres altas que a la hueste acompañan, por cumplir las cosas que pertenecen al vaciamiento de lo superfluo de sus cuerpos desembarazadamente, sin ser miradas por la tropa, lo que hacen en una estancia apartada del castillo, detrás de una cortina.

Es el caso que los moros han desamparado allá, entre cajas de higos secos y otras viandas no menos groseras, dos tinajas grandes de aceite de oliva que doña Ermengarda festeja mucho por ser cumplidero en muchas melecinas y emplastos salutíferos y maese Marmite porque del pueden sacarse muy buenos adobos y yantares. Lo que pone en ejercicio del siguiente modo: en un mortero de bronce machaca diez ajos y un puñado de sal y cinco puñados de habas secas descascarilladas y el migajón de dos panes de harina candeal muy blanca horneados en el horno del castillo y ello, bien tranado hasta formar una pasta, lo deslíe en un cántaro de agua fresca recién traído del arroyo, todo en la caldera grande, y le añade medio jarro de vinagre y remueve mucho con el cucharón. Esto concluido, pruébalo, hállalo rico y lo miga de pan que se hinche y remoje.

—¿Es por ventura manjar blanco? —pregunta doña Ermengarda al verlo, que parece leche.

—No, mi señora, sino ajo blanco. Así lo llamaremos en razón de su blancura y de su aroma si vos queréis que en adelante lo haga.

Llena maese Marmite un tazón y se lo ofrece a doña Ermengarda, que bebe de él primero un sorbito, que paladea con mucha delectación, y luego un trago más generoso.

—¡Rico está y muy apetitoso! —aprueba la abadesa pasándole la escudilla a las otras mujeres que beban de ella—, sino que luego apestaremos a ajo y los hombres no querrán requebrarnos —ríe la abadesa su ocurrencia con su risa cantarina que cautiva a los oyentes y añade, seria—: Me refiero a las damas, claro, que yo me debo a Dios y hace tiempo que dejé esos certámenes.

A lo que maese Marmite muy gravemente replica:

—Dejadlos a ellos con su guerra, señora, que según de locos andan con ella más parece que les atrae que folgar con vuestras excelencias. A eso debo añadir, señora, sin faltar al respeto ni al decoro que os debo, que más valoro yo un buen regüeldo a ajo, en su doble cualidad de oído y olor, librado al silencio de la noche dormida, que el perfume empalagoso del mirto ventanero y que el iterado trino melodioso del ruiseñor.

Así llega la noche de ese día en que, mientras el real de los cristianos duerme con fuertes guaitas y escuchas, don Gualberto y don Welf, con otros pocos cuadrilleros probados, van a descubrir el real de los moros. Marchan a pie, ligeramente armados de chuzos y puñales, sin cotas ni escudos, por no ser notados de ningún ruido. Se acercan a unas peñas altas a tres tiros de ballesta de las tiendas y contemplan muy a su sabor, echados de pechos en tierra, entre las matas de esparto, el cerro encendido de hogueras que no parece tener fin, como si muchas estrellas del cielo hubieran caído a la tierra. En algunas tiendas grandes encendidas como faroles, con luz dentro, se ven las sombras de los escribanos y mensajeros del Miramamolín que día y noche asientan las órdenes del califa para informar de sus labores y triunfos a todo el imperio.

El navarro don Íñigo Urbasa, el que vivió con los moros y hasta tuvo esposa de ellos, Faye se llamaba, acerca la boca a la oreja de don Gualberto y le dice: «Esos que allá mean, los de las chaquetas de cuero de búfalo con placas de hierro cosidas, son los flecheros turcos, gente del diablo que tiran desde el caballo, a espuela hita, y aciertan siempre.» Don Gualberto asiente, como quien bien los conoce, que en Oriente y en Bulgaria solía combatirlos. «Aquellos de allá —prosigue don Íñigo— son los andalusíes, nacidos aquende el mar. Se conocen porque hacen fuego grande y se sientan lejos; mientras que los masmudas y otros venidos del desierto hacen muchos fuegos chicos y se sientan en derredor cuatro o cinco, lo más.»

Capítulo CIII (103)

Cómo la hueste cristiana se ve en grave aprieto y dudosa entre seguir o tornarse con la querella de si el águila augur es imperial o culebrera

Otro día, probando a amanecer, Cabeza Brava y algunos aragoneses salen a buscar un paso por donde cruzar la sierra sin tentar la Losa, donde los moros están en celada. Encuentran barrancos angostos, farallones de piedra musgosa verdigris, en los que nunca da el sol, torrenteras de piedra suelta, unas grandes como tinajas, otras como cántaros, ninguna más chica que una buena jarra de cinco azumbres. Mal camino para las caballerías, que no andarán en ellas por no quebrarse las patas. Levantan la vista encima, y en lo alto del farallón se ven descrestar las cabezas de los moros, chicas por la distancia, que se asoman y presto se quitan cuidando que no los vean. Echa pestes don Lope de las morismas pertinaces como moscas que parecen llenar estas sierras. Con estas malas nuevas se tornan al real, donde los esperan en consejo los reyes, los arzobispos, don Diego López de Haro y los maestres de las órdenes militares.

—Los pasos están tomados y desde allá con piedras los moros pueden ofendernos mucho sin que nos podamos defender —dice Cabeza Brava—. Un solo hombre podría defenderlo contra todo un ejército.[38]

El rey Alfonso asiente con manifiestas señales de pesar en el rostro. Cada hombre de la curia real que se le acerca le trae un desplacer nuevo. Hacer la aguada es dificultoso porque el arroyo es

hondo y lleva poca agua; los forrajeros andan quejosos de la hierba mala y poca, casi todo matas y espinas; y maese Pérez Payer ronda con rostro de mucha tribulación porque los bastimentos escasean. «Señor, los arrieros se están comiendo la cebada de los caballos. Hemos ahorcado a cuatro, pero el hambre pierde el miedo, como dice el sabio.»

—¿Y los augurios?

Don Alfonso hace venir a don Martín Muñoz de Finojosa, el sobrino de don Diego, que otras veces le ha dado augurios buenos.

—Por vuestra vida que nos digáis lo que veis en los pájaros, si hemos de tentar el paso de la Losa o qué haremos —le dice el rey.

Don Martín abaja los ojos con sonrojo y viendo el aprieto confiesa:

—Señor, a decir verdad, el que me dice mis agüeros es Nuño Arruga, sargento de mi mesnada.

Buscan a Nuño Arruga, que indaga frambuesas por el monte vecino. Lo traen. Besa la mano del rey:

—Señor, vigilaba que no vengan moros —se excusa.

—Mirad si hay augurios.

Nuño Arruga escudriña el cielo azul y despejado, sin pájaro bueno, sólo zorzales, charlos, gorriones y otras avecicas de Dios que nadie conoce ni saben noticiar a los prudentes que entienden de señales. También se ven buitres de pescuezo pelado, pero esos pajarracos no sirven para el augurio porque acuden de oficio donde ven mucha gente arrebañada sea romería, bodas o batalla peleada y cuando andan hambreados igual les da procesión santa que burro muerto.

Al rato de mirar, aparece el águila y Nuño Arruga le cata el vuelo y pronostica:

—¡Malo, señor: ésa es águila imperial y vuela siniestra! ¡No es buena hora para nada!

Interviene don Juán González de Ucero:

—No me parece a mí que sea imperial sino de las culebreras, que no sirven para augurio.

—¡Es imperial! —se reafirma Nuño Arruga.

—No es, sino culebrera —insiste, terco, González de Ucero.

Tercia don Pero Maza de Corella, el augur de los aragoneses:

—Yo no creo sino que es águila perdicera, ¿no veis que es chica y vuela como con sobresaltos?

Porfían unos que sí; otros que no. El rey, molesto, media en la querella y dice:

—Entremos y hagamos consejo, que los augurios ya saldrán más ciertos cuando demos combate a los moros.

Quedan fuera los augures porfiando si el águila era imperial, perdicera o culebrera y al final acuerdan poner a testimonio el infalible augurio del gargajo, como se usa en situaciones de milicia extrema. Lo echan a suertes y le toca a Nuño Arruga, el cual se sorbe los mocos con gran inspiración y regurgita de la garganta un gargajo poderoso, lo gargariza un poco, con mucha expectación de los presentes, que asisten gravemente al lance, y, cerrando los ojos, lo lanza al cielo con fuerza lo que provoca gran dispersión de los mirantes, como si se abatiera flecha turca. El gargajo, al caer a tierra, acierta en el ojo de un perro alano de la rehala del conde don Gonzalo Núñez de Lara, el cual, me refiero al perro, mueve el rabo creyéndolo caricia. Ved a la concurrencia ir tras el perro, el cual se aparta y retrae, mirando para atrás, receloso de las caras ansiosas que lo siguen, hasta que el gargajo se descuelga al suelo. Acuden Nuño Arruga y el de Corella a examinarlo y sobre ellos se forma una corona de cabezas mirantes.

—¿Veis maese Corella estos tonos verdosos que se hacen en medio de las irisaciones grises, con los festones más espesos de la flema? —señala Nuño Arruga el gargajo.

—Los veo, compadre —responde el de Corella otorgándole la confianza que le inspira el buen augurio.

—Según esto, por el pronóstico aragonés, yo diría que se apareja gran victoria.

—También lo diría yo por el pronóstico castellano y lo mantendré donde haga falta —dice Nuño Arruga—. Imperial era el ave, entonces, aunque quizá chica para lo que suelen en las sierras que yo frecuento. Aguardemos que salgan los reyes y démosles la buena nueva que bien merecerá conjuntas albricias.

Capítulo CIV (104)

Del consejo real y los graves asuntos en él tratados

En la tienda del rey, sobre almohadones y jamugas, se allega el consejo de guerra. Los tres reyes con sus consejeros, el alférez don Diego López de Haro, los arzobispos y los maestres de las órdenes atienden el recado de los adalides que salieron a reconocer el campo.

—Monseñores —dice Cabeza Brava—, el real de los moros está en un cerro por el que discurre un arroyo de aguas bastantes. Hemos visto moros innumerables, los más vestidos sólo con paños, y en las puertas de las tiendas escudos y lanzas. También divisamos un regimiento con cotas de malla y buenos caballos engualdrapados que no se distinguirían de nosotros si no fuera por sus señas y estandartes verdes, escritos en algarabía. La tienda bermeja del rey la guardan muchos negros con picas fuertes, mazas y punzones. Una tropa innumerable hormiguea por doquier hasta donde la vista se pierde en el vuelco de los cerros. También hemos visto muchos caballos chicos en corrales y rediles.

El rey y los que son con él reciben estas nuevas con manifiesto pesar y malos semblantes. Don Pedro Fernández de Castro dice:

—Mirad, cómo estamos: de aquí a los moros está la ratonera de la Losa, por donde no es cumplidero pasar sin gran daño de la hueste y los que lo consigan se darán de bruces con el rey de Marruecos, que no les dejará formar los escuadrones sino que los

espera en lo ancho con toda su fuerza para degollarlos y hacer gran carnicería en ellos. Propongo que tentemos el paso de la Alcudia.

—En eso no se puede pensar por la mengua de bastimentos —dice don Diego—. Gastaríamos lo que nos queda antes de arribar y no tendríamos qué yantar.

Por un buen espacio, el consejo discute si tentar la Losa y afrontar el daño o tornando salir de la sierra y buscar otro paso.

A esto replica don Gomes Ramires, el maestre del Templo.

—Si nos retiramos, pasar otra vez la sierra menguará mucho a los caballos. Mejor forcemos la Losa yendo derechos al moro y vayamos con el divino auxilio de santa María.

—Santa María acorre a los prudentes y avisados —tercia don Rodrigo, el arzobispo—. No la carguemos con el trabajo que a nos corresponde.

En eso, don Guido de Pertignon, el anciano consejero de don Arnaldo Amalarico en lo tocante a milicia, se levanta y discurre de esta manera:

—*Messires*, no repitamos otros Cuernos de Hattin.

—Por vuestra ánima que expliquéis lo que queréis decir —lo anima don Alfonso.

—Sabed los nobles *messires* acá juntos que cuando los sarracenos aniquilaron a la hueste cristiana en Tierra Santa yo era paje de Raimundo de Trípoli, y por eso no me mataron, sino que me tomaron cautivo. En aquella infausta jornada, el calor era tan sofocante como hoy y los arqueros turcos nos acosaban con esa argucia que acá llamáis tornafuye. Nos faltaba agua y nos moríamos de sed. Muchos caballeros habían perdido sus cabalgaduras. Entonces los barones fueron a Hattin, donde había un pozo capaz con su abrevadero, pero Saladino nos cortó el camino. Cayó la noche calurosa y sedienta. Nos echamos a dormir muy contristados, sin despojarnos de las lorigas ni los perpuntes, porque a cualquier hora los sarracenos podían venir sobre nosotros. Los oíamos cerca con

sus groseras chanzas y sus cantos que tanto ofenden al arte. Cuando amaneció Dios, reanudamos la marcha. El pozo del agua estaba detrás de dos cerros escarpados, los que llaman los Cuernos de Hattin. Allá fuimos, bajo el sol agobiante, siempre acosados por las flechas de sus jinetes. Finalmente decidimos plantarles cara, al pie de los cuernos, pero los sarracenos le prendieron fuego a la hierba seca y el humo nos cegó y acrecentó nuestra sed. Tosíamos sangre. Desesperados y dispuestos a vencer o morir, acometimos, pero ellos se abrieron para dejar pasar a los primeros escuadrones y después se cerraron sobre nosotros. Divididos en dos batallas nos aniquilaron primero a una y luego a la otra. En desbandada, algunos intentaron dirigirse a Tiro, pero no llegaron muy lejos, afligidos por la sed. Otros se acogieron a la montaña, pero al llegar a la cima resultó que por el otro lado estaba cortada a pico: los sarracenos los acorralaron, muchos se despeñaron, otros perecieron por el cuchillo. Los que habían huido hacia el otro cuerno, el del meridión, no corrieron mejor suerte, acometidos por Saladino. Los sarracenos se apoderaron del campamento, y profanaron la Vera Cruz en la tienda del rey de Jerusalén. ¡La cristiandad no ha vivido mayor descalabro!

Después de escuchar al herpético anciano, algunos miran al suelo apesadumbrados.

—No permita Dios que por nuestros pecados triunfen nuevamente los bárbaros paganos —dice Amalarico.

—No por nuestros pecados, sino por nuestra imprudencia —alega don Sancho de Navarra—. Ved, arzobispo, adonde nos conduce dejarnos en manos de este loco ofuscado que sólo piensa en vengarse.

Don Alfonso de Castilla cierra los puños con ira y va a replicar con un denuesto cuando don Rodrigo, que no se aparta de su lado, lo contiene con la mano en el brazo.

—No es momento de reproches —dice el arzobispo—, sino de pensar lo más cumplidero para la religión.

—¡Qué va a ser —replica don Sancho, airado— sino desconvocar la hueste y que cada cual regrese a su casa!

—Yo no daré un paso atrás —avisa don Alfonso—. Aunque tenga que ir solo contra el rey de Marruecos. Moriremos otra vez los castellanos antes que regresar sin haber lidiado con el moro.

Mientras esto acontece en la tienda del rey, a dos leguas de allí, en el real de los moros, hay mucho júbilo, panderos y chanza. Visto que los cristianos no se determinan a tentar el paso de la Losa, los moros piensan que es por miedo y no por prevención y enardecidos por ese pensamiento comienzan a tañer panderos y a vibrar las lenguas, como suelen, y a aporrear parches y a gritar alcoranías.

Capítulo CV (105)

De cómo el pastor Martín Halaja se presenta delante del rey

Así se aparejan las cosas en la tienda real, el consejo dividido con gran pesadumbre de los discretos, cuando aquel Martín Halaja que más temprano en este cuento fue a vender los conejos al adalid de los moros, ¿lo recordáis?, mira el real cristiano desde sus altas fragas y se pone en gran pensamiento. Vedlo andando la mañana cómo desciende del monte de sus pellejos vestido, la indócil barba recogida con un ramal y llegándose a las guardas del real, tras darles la paz, anuncia que viene a ver al rey por un recado muy cumplidero a su servicio. Un sargento lo mira con asco primero, que huele asaz chotuno, y después lo lleva, tomándole el barlovento, a la tienda del justicia mayor, don Rufino Almansa, al cual el golfín le dice:

—Señor, soy Martín Halaja, castellano de Castrojeriz. Muchos años he sido escudero de don Pedro Fernández de Castro, primo carnal del rey, quien, si aún vive por gracia de Dios, dará testimonio por mí. Conducidme ante él porque lo que puedo decirle redundará en mucho servicio suyo y de la religión.

El justicia mayor, notando con su prudencia que aquel golfín parece decir verdad, entra en la tienda real y al oído de don Diego López de Haro, por no incomodar a los que hablan, le dice que salga para un recado. Sale don Diego fuera de la tienda y ve a Martín Halaja vestido de tan viles hábitos, con unas polainas de ciervo por botas.

—Ha pasado luengo tiempo, don Diego —le dice el andrajoso.

—¿Quién eres?

—¿Tanto he cambiado, don Diego? ¿No recordáis al que os acompañó cuando abandonasteis el castillo de Alarcos sitiado por los moros? Yo llevaba el pendón de mi señor don Pedro Martínez de Castro y los moros se apartaron y nos dejaron pasar. Os puse a salvo en un cerrete, y antes de despedirnos me quisisteis dar unas monedas que yo rehusé. Os dije: Tenedlas vos que quizá os serán más necesarias.

Diego López de Haro asiente con la cabeza al caso verdadero.

—Tú eres… —busca en su cabeza un nombre largo tiempo olvidado.

—Martín Halaja.

—¡Claro! ¿Cómo voy a olvidar aquel día? Tu señor don Pedro Martínez me permitió abandonar el castillo sitiado con los dos condes, mis yernos, y cuidó de mis doce caballeros rehenes del Miramamolín. Eso nunca lo olvidaré.

El rostro de don Diego se ensombrece al recordar aquellos doce caballeros que confió en rehenes al rey de Marruecos bajo palabra de entregarse él mismo en Marraqués al término de seis meses. Faltando a su palabra no compareció y el Miramamolín los hizo degollar como había prometido, lo que le pesa grandemente en el ánima.

Martín Halaja le adivina el pensamiento. Asiente con gravedad:

—Cuitas del pasado, señor. ¿Qué importancia tienen? Todos erramos y sin la misericordia de Dios no mereceríamos perdón. Yo me desnaturalicé de mi señor y he pasado muchos años en estas sierras, entre golfines, pecando mucho y cometiendo yerros infinitos. Hoy vengo a ofrecerme al rey de Castilla, mi señor natural.

—No es momento de homenajes ni cortesías, Martín —le dice don Diego—. La curia real está discutiendo un asunto grave.

—Don Diego, yo sé la cuita en la que estáis: el paso de la Losa tomado de moros y sin camino cierto. Con la ayuda del Criador puedo mostraros un camino sano por el que traspaséis la sierra sin tentar el desfiladero, un camino a donde los moros no se guardan.

A lo que don Diego, sintiendo que dice verdad, lo toma de la mano y le dice:

—Venid conmigo, Martín.

Entran en la tienda real. Afuera la luz es tan viva que los ojos se ciegan al pasar a la penumbra. A lo primero, Martín Halaja sólo distingue los bultos de los curiales. No reconoce al rey hasta que don Diego lo lleva ante él.

Mirad a Martín Halaja catando la cara del rey, tras tanto tiempo, un poco más grueso, un poco más calvo, la barba encanecida.

—Señor —dice don Diego—: éste es Martín Halaja, que fue escudero de vuestro primo don Pedro Fernández de Castro. Vive en estas sierras, con los golfines, y asegura que conoce un camino franco y seguro para la hueste.

—¿Es eso cierto? —inquiere el rey.

Dice Martín Halaja: «Non estedes en este cuidado, porque yo vos mostraré muy buen lugar por donde paséis sin peligro a los moros, porque yo sé muy bien las sendas e los pasos por esta tierra y os llevaré por lugar donde hayáis buenos pastos y mucha agua fría y sana.»[39]

Diciendo esto Martín Halaja se despoja de la cofia mugrienta que cubre su cabeza e hinca la rodilla ante don Alfonso. El rey contempla la calva pavonada por el sol, el cuello arrugado, la cicatriz blanquecina que le cruza el mentón.

—Ahora te conozco, Martín —dice el rey.

—Señor, yo acompañaba muchas veces a vuestro primo, cuando monteabais por Castrojeriz. Una vez rematé a un jabalí herido que

iba por vos. Vos me donasteis una daga que perdí en Marruecos, cuando serví a los moros.

Don Alfonso de Castilla entrecierra los ojos, haciendo memoria.

—Cierto, escudero. En la floresta de los Caños, cuando mi primo comía en mi mesa y me era fiel.

—Han pasado diecisiete años, señor. La postrera vez, os vi en Alarcos.

—Doy fe que en Alarcos se portó como un caballero cabal —aboga por él don Diego— y que por su piedad salieron con vida mis yernos los condes don Álvaro y don Gonzalo.

Don Alfonso le tiende la mano y Martín Halaja la besa.

—Álzate, hombre, y háblanos de ese camino que conoces.

—Es una vía sana que os puede llevar al otro lado de la sierra sin tentar la Losa.

Dice don Rodrigo, el arzobispo:

—Los adalides han tentado estas sierras por muchos lugares y no han encontrado paso alguno.

—No está aquí, monseñor —dice Martín Halaja—. Tendréis que tornar sobre vuestros pasos legua y media. Lo pasasteis ayer, sin advertirlo. Hay que tomar la cima de la sierra, a poniente.

Don Juán González de Ucero abre los brazos y dice:

—¿Quién nos asegura que no sigues al servicio de los moros y que el rey de Marruecos no te manda a meternos en celada? No es la primera vez que los Castros traicionan a su rey.

La ira asoma a los ojos de Martín Halaja, pero el rey se interpone y dice:

—Haya paz. Decidnos, Martín, ¿qué garantías tenemos de que lo que decís es verdad y hacedero?

—Ninguna, rey poderoso de Castilla, sino mostraros yo mismo el camino y pagar con mi vida si no es cierto. El camino se hace en menos de una jornada. Que vuestros adalides vengan conmigo y juzguen si es bueno o malo.

—Yo os acompañaré, Martín —dice don Diego.

Avisan a los adalides, traen caballos, el peor para Martín Halaja, por descorazonarlo de huir, y marchan por donde él los guía a reconocer el paso. Van delanteros Martín Halaja con don Diego y detrás don Gualberto, don Welf, don García Romeo y otros cinco castellanos con otros tantos ballesteros. El peón Antón Gonzo, en el que mucho fía don Gualberto, los sigue con la mula de las viandas. Martín Halaja va delantero señalando por dónde discurre el camino, que es ancho y bueno, y cuenta lo que van a encontrar por mostrarles que bien lo conoce: «Allá toparemos, faldeando ese cerrete, la calavera de una vaca que me comieron los lobos cuando era pastor.»[40]

Pasada la huesa vacuna, don Diego, que cabalga al estribo del golfín, le pregunta por qué se desnaturalizó.

—Señor, maté al capellán de real xenodoquio de San Antonio Abad, allá en Castrojeriz, que se acostaba con mi mujer y pensé que la justicia del rey no sería tan piadosa conmigo como había sido con el padre de mi señor don Pedro por el mismo delito. Por eso tomé dos caballos, huí de tierras cristianas y me establecí en estas fragas, donde he vivido de la almogavaría y del trato.[41] Y nunca quise pasar a moros como cuando estuve con mi señor don Pedro sirviéndolos, por parecerme que me deshonraba con ellos.

En esa plática los adalides caminan hacia poniente por la umbría del monte Magaña, delante de la peña de Malabrigo, lo que hoy comúnmente se llama Puerto del Rey. Hecho aquel camino, sin mucho trabajo, salen a un cerro alto, con la cima lisa en la forma de la letra ese que hoy llamamos, por memoria de don Alfonso, la Mesa del Rey.

¡Mirad el gozo de Don Diego cuando recorre la meseta y mira las disposiciones de los cerros que la circundan y reconoce que el lugar es bueno y soberbiamente aparejado para instalar un real, defendido como está por su altura y regado a sus pies por dos arroyos buenos en los que hacer aguada, de un lado el del Rey y del otro el de la Campana. Yo os digo que los he andado algunas veces y he refrescado mis pies padecidos de la caminata en sus aguas frías, por eso sé de qué hablo, no de oídas.

Don Diego, cuando ve el favorable aparejo que aquello tiene, mira a su hijo y dice: «Lope y don Gualberto, volved al real y avisad que el camino es bueno y despejado mientras los demás quedaremos aquí vigilando y mirando que no vengan moros.»

—¡Oír es obedecer! —dice don Lope.

Don Lope y don Gualberto desandan el camino y llegan aprisa, ya cayendo lo oscuro, a la tienda donde el rey espera. «¡Dadnos albricias, señor! ¡El paso es bueno y don Diego queda en una mesa alta muy bien aparejada para asentar el real!»

Avisados por la trompeta, los cristianos desmontan las tiendas, recogen el ganado, desamparan el Ferrai y desandan el camino, guiados por don Gualberto y don Lope.

Capítulo CVI (106)

Del contento del rey de Marruecos por la retirada de los reyes

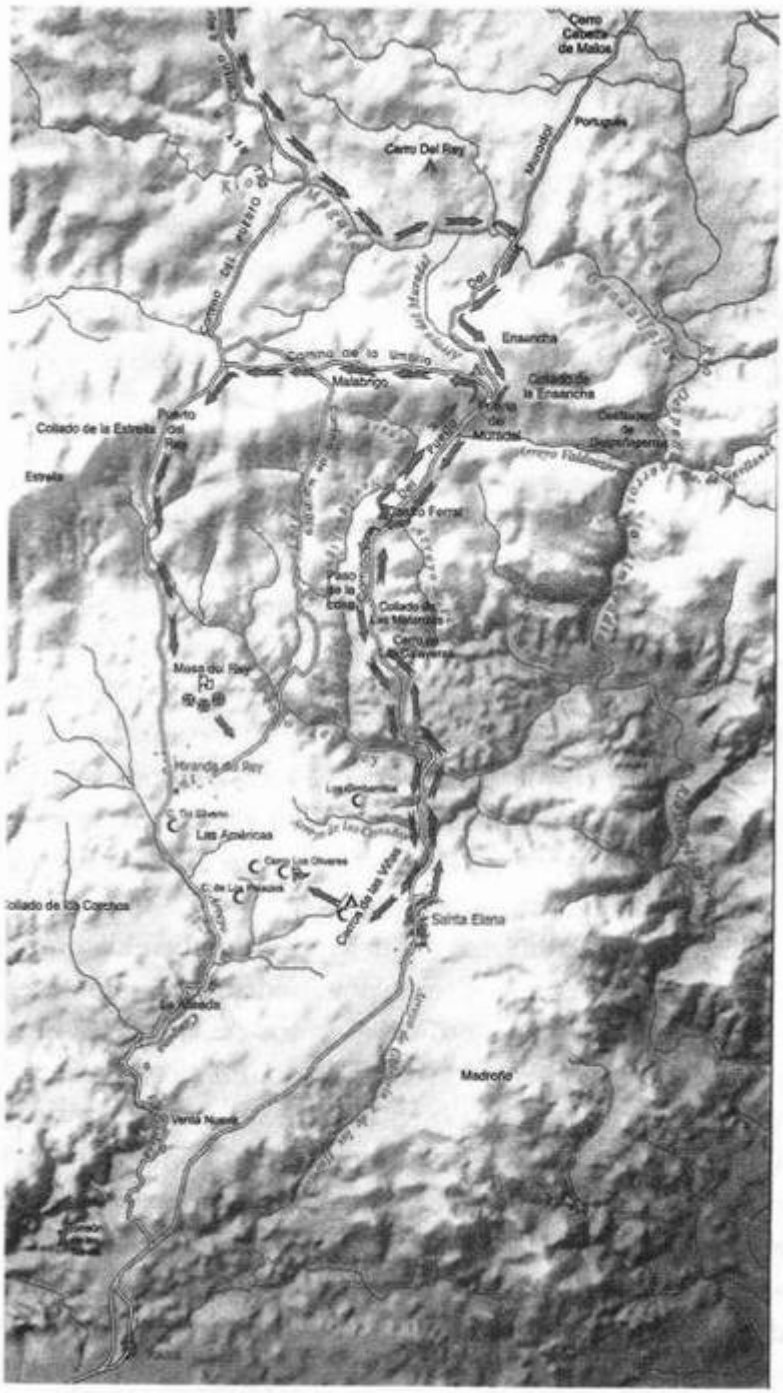
¿Quién dijera el gozo y el contento de los moros cuando ven que los cristianos levantan su real y desamparan el Ferral al otro día de ocuparlo?

Los que encima de las peñas están bajan de ellas triscando como cabras, haciendo muchas fiestas, y corren al castillo con grandes contentos. Otros desclavan de los palos las cabezas de los moros muertos y las entierran con sus oraciones y oficios y a los cristianos muertos sacan de sus tumbas, descabezan y llevan los trofeos con mucho contento al real de los suyos, donde las moras los reciben con grandes alaridos y panderos, las lenguas vibrantes, como ellas suelen.

Mientras esto sucede, los adalides moros certifican que los cristianos son idos y pensando que se tornan vencidos a Castilla corren a avisar al rey de Marruecos, el cual tiene muy gran contento y les otorga buenas albricias.

Oíd lo que el santón Abu Madyan Yaza, más nombrado como «el fatídico», les predica:

—¡Oíd los creyentes! ¡La ignorancia es como una encumbrada montaña rodeada de vertiginosos abismos!



Itinerario de los cruzados en Sierra Morena

Se miran y asienten abrumados por la sabiduría del venerado. El asiente y prosigue:

—Anoche el profeta me reveló en sueños que los alfonsos desmayarían cuando vieran cerca la muerte y se retirarían a sus casas muy acobardados. Hora es de que, saliendo en pos de ellos, hagamos gran mortandad y triunfe el rigor del que está en lo alto. ¡Oh, Comendador de los Creyentes! Persíguelos y extermínalos para que no seas menos que tu padre, el ilustre Abü Yüsuf Ya'qüb al-Mansür, el que en Alarcos aplastó a los perros cristianos y tiñó el campo de su sangre maldita.

Oído el santo, se reúne el consejo de los moros y unos dicen que sí y otros que no, porque los sabedores de la guerra ven más guisados para la victoria a los cristianos que no a ellos, pero, con todo, como prudentes, callan su pensamiento por no malquistarse con el santo que tanto los atosiga, ni con el rey.

Dice el rey de Marruecos sentado en su cojín de camelote y vestido de sedas:

—Mu-mu-mucho aprecio lo oído en esta a-a-asamblea. Ahora m-m-me retiro a la tienda bermeja donde leeré mis al-al-alcoranes y de-de-determinaré lo que cumple ha-hacer cuando luz-luz-luzca otra vez el día.

¡Misterios de la humana ánima! Ahora bebe el licor de su soberbia el que hasta ayer temblaba medroso. Hogaño piensa que los cristianos han huido temerosos de su poder el que hasta ayer se creía perdido y aniquilado. Palmea convocando al mayordomo y éste, que bien conoce sus aficiones y sus horas, le trae manjares y yerbas de placer, así como mujeres de redondas asentaderas y macizos pechos, rientes y en todo dispuestas. Vedlo pasar así un par de horas o tres hasta que la noche cae y, cuando está medio privado por causa de los reiterados placeres, la mente turbia y mal dispuesta a la recta cogitación, convoca amanuenses y les dicta sendas cartas bermejas para sus gobernadores de Baeza, Jaén y Sevilla en las que se ufana de tener cercados a tres reyes de gran alteza a los que apresará antes de tres días y enviará sus tres cabezas barbadas que las vean los creyentes por las plazas y aduares del imperio.

Ajmed Acaimo, el moreno, el entendedor de la guerra, el prudente, oye las palabras del rey y se retira sin decir nada. Un compadre suyo, Mójame Doramas, de la tribu y familia de los Sin tata, va en su busca y le reprocha su reserva:

—¿Por ventura no te alegras cuando todos celebramos que los alfonsos son idos?

A lo que Acaimo, tomándolo del brazo, en voz baja que no sea oída de otros, le responde:

—Sabrás lo que no digo por temor a malquistarme con el Miramamolín y porque no quiero ser aguafiestas como esos que cuando llegan a una reunión todo el mundo se dispersa alegando inaplazables quehaceres. Ahora oye lo que te digo para ilustración de tus orejas: la hueste de los perros se ha retirado con mucho orden y diligencia. Eso no es propio de gente descorazonada. Temo que no desistan de la batalla. Antes pienso que nos han descubierto la celada y han rehusado tentar ese paso de la Losa por buscar otro, que la sierra es luenga y tiene muchos. Y en lo que toca al Miramamolín, la bendición de Alá sobre él, te diré que pedirle esfuerzo es como pedir a un alcornoque que eche aceitunas.

Capítulo CVII (107)

De cómo la hueste cristiana llega al Cerro del Rey y arma allí su real y de los trabajos y boticas de doña Ermengarda

Ved la trasnochada de la hueste cristiana por la senda que Martín Halaja mostró. Con las claras del sábado catorce de julio van arribando al Cerro del Rey, primero los caballeros y luego los peones con la impedimenta. Desde la eminencia de su real, los caballeros miran, a la distancia de una legua corta, el real de los moros, con su tienda bermeja en medio, y celebran una gran grita tirando bonetes y abarcas al aire al notar cómo son bien aposentados y fuera de las angosturas y fincamientos en que la víspera estaban, de lo que dan muchas gracias al Criador y a Nuestra Señora. Y don Alfonso, notando que las cosas se aparejan para su bien, se encorazona más que nunca y manda posar allí el real con mucha ordenanza y concierto.

Vierais a los cuadrilleros talar los árboles y a los algareadores y herberos ir por yerba mientras los peones montan las tiendas y hacen los corrales de los caballos con tan buena disposición que nadie quiere holgar ocioso sino que unos hacen lumbre y otros bajan a los arroyos de la aguada o almohazan las bestias deslucidas del paso por la sierra fragosa. Viérades a Gahete, buen escudero, cómo limpia de herrumbre la loriga de don Gualberto. La ha metido en un tonelete lleno de arena hasta la mitad al que hace rodar por el suelo hasta que la cota queda pulida como si de plata fuera. Viérades a don Ferrán Tereñes componer yelmos, a los flecheros emplumar flechas y encuerar virotes, a los peones aguzar lanzas y chuzos, a

los ballesteros ensebar ballestas, a los carreros desmontar tablas para componer las tarjas. Viérades, en fin, la admirable disposición con que don Arnaldo el Anglo organiza el corral de las curas, cerca del arroyo, donde curarán a los caballeros llagados. Allá se acopian, según el uso, los vinagres de lavar, los bizmas, las vendas y todo lo otro necesario al hospital. Los físicos y cirujanos afilan sus cuchillas, serrezuelas, agujas y aparejos de aserrar huesos y de sajar y de coser llagas. Los enfermeros enceran los bramantes, acomodan mesas de amputar, con sus ligas y mordazas. Doña Ermengarda, junto a los serones de sus remedios, dispone emplastos, con Gozo a su lado, que maja hierbas en el mortero, sin cansancio. Viérades a doña Eliabel y las otras altas damas cortando vendas y frazadas con sudor en sus frentes que los pajecicos enjugan de cuando en cuando con las puntas de sus tocas blancas.

Sabed que las llagas de la lucha se inficionan con el sudor y fácilmente una llaga chica acarrea muerte desastrada como aconteció al rey Ricardo Corazón de León, el hermano de nuestra reina Leonor. Si tan alto señor hubiera tenido al lado en aquella ocasión a doña Ermengarda, quién sabe si no hubiera muerto.

Mirad a doña Ermengarda, la sabia abadesa de Fontevraud: en talegas reservadas guarda muchas hierbas hemostáticas que curan las hemorragias y sanan las llagas. Abramos una, ¿qué vemos? Este polvo son raspaduras secas de la hierba que llaman zurrón del pastor, la consuelda o dínfito, que tiene en la raíz mucho almidón, azúcar, tanina y mucílago gomoso. Espolvoreada sobre la llaga, restaña la sangre y baja la hinchazón. Mirad en esta orcilla mucha resina del pino que cierra llagas y estanca sangres, y en esa otra la benéfica milenrama.[42] Primero se derrama sobre la llaga el jugo de sus hojas y flores machacadas y luego se aplica la pasta como cataplasma. También veréis apósitos con musgo esfagnáceo seco y con las esporas del bejín o cuesco de lobo.[43] En esta orcilla vidriada guarda nuestra abadesa muchas sanguijuelas con las que se reduce la sangre acumulada en una contusión o en un ojo hinchado que no se puede abrir después de un golpe. Para indicarle a la sanguijuela

dónde debe morder, doña Ermengarda pondrá una gota de leche o de sangre.

Viérades, en fin, con qué admirable disposición se ejecuta cuanto es menester sin que nadie se hurte de la faena, sino que todos, altos y chicos, encarecidamente acuden a ser mandados y con gran diligencia obedecen.

Capítulo CVIII (108)

De cómo el rey de Marruecos ha gran pesar de ver a los cristianos en su vecindad

Ese día, con las primeras claras del día, los moros que en el campo andan, unos por recoger los caballos que dejaron al pasto nocturnal, otros en la cagada mañanera que hay que ver cómo dejan el campo, notan a poniente un fragor de acampada, con tala y abatimiento de árboles, levantamiento de tiendas, cantares y relinchos.

¡Los cristianos han pasado la sierra!

Llenos de estupor corren con la noticia a Ajmed Acaimo, el moreno, el cual, tras comprobarlo por sus ojos y haber gran congoja, se encorazona para informar al rey moro de la gran mudanza. En la tienda bermeja, échase a los pies del Miramamolín, que ha dormido vicioso y contento de creer que los cristianos son idos, además de ahíto de folgar con dos esposas de reputada belleza, la una trigueña y la otra azabache, a cual más nalguda. Dispensad si al aparecer moras de buen acatamiento y hermosas naturalias me aparto de la gravedad del tema y tomadlo a achaques de la edad, que va siendo la provecta en que uno gasta más en intenciones que en actuaciones. Decía que entra el moro, le hace la zalema al rey de Marruecos y le dice:

—¡Señor, piedad con el mensajero de la triste mensajería!

—A ver qué fa-fa-fatiga me vas a con-con-contar ahora —dice el Miramamolín con fastidio mientras toma de una bandeja de plata una golosa pástela de miel y se la echa entera a la boca.

—No es sino que los alfonsos han pasado la sierra de noche y ahora fincan con todo su poder a menos de una legua, a poniente, en somo de un monte muy bien aparejado.

Viérades al rey de Marruecos atragantarse, y espurrear el bolo alimenticio rociando de carbohidratos al visir, a los ministros y a toda la moruna concurrencia que de la ubre del Estado pende.

Acude un pajecillo sudanés de renegrido bozo a asistirlo del ahogo con una gárgara de agua de rosas.

—¿Que-que-que los cris-cris-cristianos han pa-pa-pasado la sierra? —pregunta el Miramamolín, pajizo como este papel en el que escribo.

—¡Sí, sidi, alto Comendador de los Creyentes, por nuestros pecados eso parece! —confirma Ajmed Acaimo sin levantar las narices de la alfombra—. Los marranos están a esta parte con todo su poder.

Lo cual, oído por el santón Abu Madyan Yaza, que del rey no se aparta, dice con voz profunda y sentenciosa: «El viento pasa, pero el mar se queda. La altiva palmera da el dátil, pero el humilde melón crece en una mata. ¿Encontraréis melones en la palmera, dátiles en la mata?»

Los ministros y ministriles del rey de Marruecos se miran, sobrecogidos en sus ombligos, ante la sabiduría del sabio y componen semblantes certificativos de haber entendido un profundo mensaje en sus palabras.

—¿Encontraréis uvas en la encina, peras en el olmo? —prosigue el santo sus interrogaciones—. ¿Acaso la inquieta grulla pare conejos o la coneja grullos?

Algunos niegan con la cabeza. Mira el santón en derredor, acogiendo los mudos elogios de la entregada concurrencia, y

prosigue:

—En verdad que el profeta nos ha avisado de ese mal, ¡oh, Comendador de los Creyentes!, pues esta mañana acudía con gran diligencia a decirte que la noche pasada, después de caer rendido por mis oraciones, he soñado otro sueño que corrige el de anoche y es que los cristianos, por brujería y encantamiento de Satán, el que les inspira esa idolatría de la Trinidad de la que tanto fían, han saltado los abismos de la sierra y han venido a nuestras manos. ¡Es designio del Clemente y Misericordioso, que así premia nuestros desvelos en defensa de lo suyo, para que no tornemos a Marruecos sin una gran victoria como retornó tu padre, que goza por ello de redoblados deleites en el paraíso! ¡Motivo es de contento más que de llanto así que debes recompensar al mensajero con buenas albricias!

El rey de Marruecos, no enteramente convencido, manda a su mayordomo, el de la bolsa estreñida, el quejumbroso, que le dé galardón al santo.

El sabedor de la guerra, Mójame Doramas, no dice nada. Aguarda a que el santón salga de la tienda a pregonar la oración de la mañana y le dice al rey:

—Señor, la victoria no está tan aparejada como en los sueños del santo aparece. Ved que Alá acorre sólo a los que mucho se esfuerzan y sacrifican. Y menester es que tomemos acuerdos como la ocasión lo demanda.

El rey se conforma en ello y manda convocar al consejo o *yemaa* de los Cincuenta jeques.

En ésas, suena el *alakbar* de la primera oración y los despiertos sacuden a los durmientes, arriba gandul que está el sol en las cumbres, y toda la morisma saliendo a sus esteras y capazos échanse de hinojos en tierra y rezan como suelen, levantando los brazos y allegándolos al suelo con gran gimnasia y devoción.

Capítulo CIX (109)

En el que los moros salen a la batalla, sin que los reyes se la otorguen

Mirad la hueste marroquí cómo se muda del acecho de la Losa al cerro de los Olivares y en él forma sus haces, a media legua de la Mesa del Rey, encarando a los cristianos. Así aguardan los moros, formados para la lid, en escuadrones muy extendidos y abiertos, como boca de infierno, los de a pie en el centro, con los más fieros guerreros, que son la guarda del rey, y los otros a su diestra y a su siniestra, ordenadamente, y los jinetes en las costaneras. ¡Oíd los atabales y cajas que suenan de continuo, según costumbre del moro, para quebrar los corazones de los cruzados y amedrentarles los caballos, que cuando no vienen avisados aguzan las orejas y se espantan!

Así obra el rey de Marruecos por consejo de Ajmed Acaimo, el moreno, el sabedor de la guerra:

—Altísimo señor —le dice—, apremiemos a los cristianos a combatir sin darles espacio a que reposen el camino ni a que duerman el cansancio de la trasnochada, caso de que no hubieran llegado por encantamiento, saltando montes, como el santo asevera.

El rey de Castilla siente los tambores que atruenan el aire y ve renegrear las filas de los moros como se extienden por las faldas de los cerros fronteros. Como león hambriento, siente el apremio de la

pelea y de la venganza. «Ahora os tengo a mi alcance, cabronazos», piensa, y le dice a su alférez:

—Don Diego, si Dios así lo quiere, formemos las haces y salgamos al campo, y miremos a quién otorga el Hacedor la victoria.

—¿Vos recordaréis, señor, lo de Alarcos? —le pregunta don Diego.

—¿Cómo he de olvidarlo, don Diego, si lo tengo presente cada día que amanece?

—Recordad, rey, aquel día de julio que yo tampoco olvido y aún me escuece como a vos. Salimos al campo armados y formamos bajo el soletazo que derretía las piedras, y así nos estuvimos medio día sin movernos mientras el moro al-Mansür vagaba en su real, entregado a sus vicios, y se burlaba de nosotros.

—¡Bien me acuerdo! —dice el rey—. Regresamos al real agotados y mohínos y eso pesó mucho en hombres y bestias al día siguiente cuando emprendimos la batalla y ya íbamos cansados de la víspera.

—Recordad entonces qué hizo el moro. Aquella noche, antes que amaneciera, dispuso a su hueste para el combate sin ser notado por nuestros velas.

Asiente el rey gravemente con la cabeza.

—Bien lo recuerdo —dice—. Aparecieron delante de nosotros con las claras del día, en el mismo campo donde en balde los habíamos esperado la víspera.

—Eso pasó, buen rey. Hagamos ahora nosotros con el hijo lo que el padre nos hizo y la venganza será más cumplida. Talega nos queda para varios días y en la sierra no faltará carne que ballestear. Ahora venimos padecidos de la caminata por tierra tan fragosa y prolija de cuestas y quebradas. Demoremos la batalla hasta que estemos descansados y repuestos. Que los caballos y los infantes coman y vaguen hoy y mañana y salgamos a bregar y pelear pasado mañana.

Calla el rey y mira otra vez los escuadrones de los moros que cubren el verdor de las navas. Respira hondo con el pecho henchido y se vuelve hacia su alférez.

—Don Diego, ¿no os hierve la sangre en el corazón? ¿Cómo podremos vagar un día, mano sobre mano, viendo a los moros retarnos y no salir a ellos?

—Señor rey, esa contención que pido se alcanza con paciencia y mesura. Somos caballeros probados y a vos os nombró no otro que el Apóstol Santo que está en Burgos. No caigamos en el pecado de la temeridad, que tan crudamente se paga en la guerra, y atengámonos a lo que la prudencia demanda.

En estas razones están cuando el rey moro, visto que no ve moverse a la hueste cristiana, dice a sus tambores que pasen delante de la tropa y ofendan más el oído llenando la tierra de su trueno, que no parece sino que el cielo se desplomara sobre los montes. ¡Ni pájaros se atreven a pasar por los aires! ¡Ah, esta vez no les vale la musical argucia porque los cristianos llegan muy habituales del diario parcheo que desde Toledo los acompaña, el cual, si molesta y sobresalta un rato, en prolongándolo horas y horas uno se acostumbra y no le ofende, y lo mismo acontece con los caballos!

Formados en batalla aguardan los moros desde el mediodía, y cuando se cansan de estar de pie se acuchillan en corros, como suelen, a hacer sus hablillas y a comer higos secos y bellotas, sin vino ni nada que alegre el corazón sino unas yerbas que mastican y los privan, y de esta guisa dejan pasar el día, los jinetes descabalgados también, sujetando las riendas y tirando la taba sobre los escudos. ¡Holgad, holgad, mala canalla, que pronto alcanzaréis el falso paraíso!

Capítulo CX (110)

De las labores de los cristianos por mejor adobar el combate

Ved el campo sin mudanza, como los dejamos en el capítulo precedente: allá los moros mohínos retadores y acá los cristianos a lo suyo. Acá un real de muchas tiendas y sombrajos de ramas y rediles de soga, laborioso como hormiguero en mayo: los carpinteros, con hachuelas y sierras, componen canastas y paveses para resguardo de la ballestería; los escuderos frotan las herrumbres de las lorigas, cosen perpuntes, afilan las espadas, enseban cueros y cabruñan moharras y hachas. La chusma acarrea agua del arroyo, allega leña y obedece a los sargentos por complacer al amo y merecer los gajes de la batalla.

Cayendo la tarde, los moros notables del consejo de los Cincuenta, los sabedores de la guerra, deliberan y demandan al rey de Marruecos que quite a sus huestes del campo. Ya ves, le dicen, que este día no saldrán a lidiar los perros cristianos. No quebrantes más a los fieles de Alá con el sol y la espera. Aplaza al día venidero la probanza de nuestro valor y esfuerzo.

Viendo esto dice el santón Abu Madyan Yaza:

—La luna reina en la noche; el sol en el claro día. ¿Puede el león volar en el cielo? ¿Puede el águila caminar por el arenal? ¿Le pediremos a una mula que ponga huevos de dos yemas? El viento abate al árbol, pero no demuele la montaña de firme roca. ¡Bien se ve que mi pronóstico se cumple, Comendador de los Creyentes, rey invencible: con la ayuda del que está en lo alto! Ved que a los

alfonsos les tiembla la barba y no se deciden a lidiar por sospecha de que encontrarán la cruda muerte en nuestras filosas espadas.

A lo que el moro Ajmed Acaimo, el sabedor de la guerra, que pocas veces dice palabra, piensa: «Antes bien lo hacen mejor que nosotros: se han tomado el día para descansar a los caballos y a los hombres que han sufrido mucho en la travesía de los montes. Mañana vendrán con todo su poder bien comidos y descansados.»

Pues sabed que mientras los moros aguardan en el campo formados para la batalla, en el real cristiano se convoca el consejo en la tienda del rey para ordenar la hueste.

Ved a don Diego y, don Berenguer de Peramola, un anciano templario, caballero probado en Tierra Santa, de cuyo consejo fían mucho. Hablan de la guerra con mutua admiración y coincidencia. Dice don Berenguer:

—En Tierra Santa, nuestra pesadilla eran los arqueros montados que aparecen de pronto al galope de sus caballos ligeros, te rocían de flechas y prestamente desaparecen sin que puedas alcanzarlos con los percherones, antes bien aguardan a que lo hagamos y cuando nos ven dispersos en su seguimiento, vuelven grupas y nos atacan pasando entre nosotros como rayos, sin acercarse, y flechando a bulto e hiriendo a hombres y caballos.

Asiente gravemente don Diego y dice:

—Esa misma manera, que acá llamamos tornafuye, la practican nuestros moros. Cuando crees que escapan y das por vencida la jornada, ellos tornan, te atacan de súbito y huyen cuantas veces sea necesario. Sin lorigas ni armas que les pesen, sus veloces caballos los hurtan de nuestras acometidas. Desaparecen y nos dejan alanceando el aire.

Asiente gravemente don Berenguer y añade:

—Esa misma facilidad para moverse de un lado a otro les permite presentar batalla en terrenos quebrados donde no hay manera de organizar una arrancada coherente, y el combate se desmenuza en

escaramuzas desconcertadas que nos resultan adversas. Se infiltran en nuestras líneas con sus caballos ligeros y sus peones y arqueros y mientras un caballero está luchando con el moro que tiene delante, otros lo acometen aviesamente por los flancos o por la espalda, nunca por derecho, y dan con él en tierra o le laceran al caballo para descabalgarlo y matarlo, siendo ellos más ágiles porque van ligeramente armados, sin cota que los abrume.

En eso entran en la tienda los otros convocados al consejo, el postrero de todos el rey de Navarra, que ha de agachar mucho la cabeza para pasar por la puerta, tan alto es. El rey don Alfonso los recibe con mucha cortesía y les ofrece asiento en frazadas y cojines en derredor, lo que ellos hacen de muy buena gana de la manera siguiente: don Alfonso tiene a su mano diestra al rey don Pedro de Aragón y a su siniestra al arzobispo de Toledo. Al lado del arzobispo de Toledo se sienta el de Narbona, don Arnaldo Amalarico, con don Simón de Mercia, que lo asiste, y del lado del rey de Aragón se acomoda el de Navarra, don Sancho, el que más bulto hace de todos por su altura y grosura, con una pierna extendida y una pechuga de gallina sobre la pierna varicosa.

Notad que don Sancho está mohíno. No mira ni quiere compañía con el rey de Castilla. En su corazón contienden el deseo de derrotar al moro y la secreta esperanza de que el moro humille otra vez al castellano, su mortal enemigo que le robó sus estados. Al lado de don Sancho se sientan los maestres de las órdenes militares, Calatrava, Santiago, San Lázaro, San Juan y el Temple y don Berenguer de Peramola. A continuación está el alférez real, don Diego López de Haro, al cual concede voz el rey para que explique las trazas de la batalla. En esto sigue el consejo del arzobispo don Rodrigo, el cual, con gran prudencia, le ha avisado que no mande mucho por no incomodar más al rey de Navarra, al cual no se le ha visto cara buena desde que llegó a la hueste sino que todo le parece mal guisado y de todo protesta, pero aunque traiga pocos caballeros son muy buenos, como navarros, y no sería prudente malquistarse con él y darle motivo para retirarlos.

Luego don Alfonso concede la voz a don Diego, que dice:

—Señores, ya sabemos cómo pelean los moros. Esta vez no cometamos el yerro de Alarcos, cuando empeñamos a la hueste toda en la brega sin dejar cuerpo de reserva.

Habla el arzobispo don Rodrigo y dice:

—Bien sabemos que aquel día, cuando los moros nos rodearon con su caballería, no hubo nadie que lo remediara. ¿Cómo los estorbaremos esta vez?

—Lo primero pregonando grandes penas a los derramadores que abandonen la formación para ir tras los moros. Luego despleguemos la hueste en varias líneas para que la de atrás vigile a la delantera y la guarde. Los moros no osarán envolver a la primera por miedo a la segunda, ni a la segunda por miedo a la tercera.

A lo que el rey de Navarra objeta:

—Pero eso nos estrechará mucho en el campo y combatiremos por tercios, nunca todos. Dice don Diego:

—Pensáis con mucha cordura y conocimiento de la milicia, don Sancho, pero considerad que el campo no es muy ancho, sino que está limitado a ambos lados por dos arroyos embarrancados, así que fácilmente lo cubriremos con un tercio de los caballos sin que los moros osen entrarnos por los flancos. Las tropas costaneras llegarán hasta los barrancos de los arroyos del Rey y de la Campana, sin dejar espacio para que los moros lo traspasen. También de esa guisa daremos un seguro al que combate: cuando la primera línea esté cansada, dejará espacio para que pase la segunda, como suelen hacer los ballesteros cuando los que recargan ceden su lugar a los que tiran.

Don Sancho sacude la cabeza y dice:

—Los ballesteros no montan caballos ni combaten tan prietos como los caballeros. ¿Cómo haremos para que los que se retiran no estorben a los que avanzan?

A lo que don Diego responde:

—Avanzaremos en varios haces, el central, más potente, y dos costaneras en sus flancos. Entre los tres habrá espacio bastante por el que pueda retirarse la caballería y el peonaje cuando las trompetas y las enseñas llamen al relevo. Los haces seguirán ciegamente al estandarte, se moverán con él y se detendrán cuando se detenga, sin osar sobrepasarlo. El estandarte señalará a la mesnada dónde acudir o por dónde retraerse y los mesnaderos lo seguirán, aun cuando se retire, sin pensar que sea cobardía sino concertamiento, para que otros más frescos tengan su parte delante en las heridas.

—Eso parece puesto muy en razón —dice don Arnaldo Amalarico.

—Y los ballesteros acompañarán a los peones, juntos con ellos y cuando sea menester se adelantarán para flechar a los arqueros montados que son los más de temer.

El rey de Navarra, que bien conoce la manera de los moros como quien ha vivido con ellos, conviene en que está bien trazado. Entonces dice don Diego:

—Y cuando una arrancada dé en los moros y se atasque, debe retirarse. Hagamos cuenta de que una batalla campal es guerra guerreada, no un torneo ni una justa en la que hayamos de crecernos y mostrar caballería parados en el campo. Lo más cumplidero es que no puedan los peones moros entrarnos entre los caballos a derrocarnos como pasó en Alarcos. Que cada arrancada se retire cuando su adalid lo demande, antes de enturbiar los haces, guardando el debido orden, y deje espacio a la trasera. Así iremos tomando el campo y llegaremos descansados al real del moro, donde daremos la última, arrebatados, y cada cual mostrará quién es.

Mientras los reyes cristianos andan en estas deliberaciones, el rey de Marruecos, viendo que no quieren combatir ese día, desconvoca a sus gentes que se retiren y dejen el campo. Allá van, unos mohínos por no haber combatido y otros aliviados, los creyentes que

aunque mucho vociferen de boca afuera en lo recóndito de su corazón no tienen prisa alguna por entrar a gozar las setenta y dos huríes asignadas a los mártires de la fe.

En el camino de vuelta se juntan los dos moros sabedores Ajmed Acaimo y Mójame Doramas. Dice el primero:

—La batalla de mañana pudiera sernos adversa. He consultado al astrólogo y por ese y otros signos así parece que será. Y tanto si lo es como si no, hay muchos riesgos de que llevemos la peor parte, por lo cual yo pudiera alcanzar el galardón de ser inscrito en el número de los bienaventurados que gozan del Paraíso. Si eso acaeciera, en tus manos dejo a los míos.

—Así lo haré.

Capítulo CXI (111)

De lo acaecido el domingo, con los menudos sucesos que toda víspera de grandezas acarrea

Amanece el domingo, pajaritos piando, niebla en los barrancos, buitres coronando en los cielos claros. Las huestes cristianas oyen muy devotamente, rodilla en tierra, las misas que los arzobispos, obispos y capellanes ofician.

Dicha la misa mayor, el rey de Aragón nombra caballero a su sobrino don Nuño Sánchez. Tras el espaldarazo en entrambos hombros, que señala la postrer ofensa que el aspirante consentirá, es costumbre, como sabéis, que una doncella virginal ciña el cíngulo y las espuelas al nuevo caballero, pero en el real no se encuentra doncella alguna sino dueñas ensanchadas por lo que el propio rey, con sus manos reales, ciñe el ceñidor y su sobrino, con los ojos velados de emoción, le promete que en la batalla lo guardará con su vida, al rey quiero decir, que el cíngulo no se merece tanto. La ceremonia cumplida, almuerzan con muy buenas ganas las raciones dobladas que les da el aposentador don López Payer por consejo de don Arnaldo el Anglo, para que los que han de combatir críen sangre y robustezcan. ¡Oh, lucimiento de Marmite que lleva a la mesa real, sobre un pavés, un pastel de jabalí cocido en su caldera con su añadido de tocino, manteca, cebolla, manzanas secas, zanahoria, enebro, riño, miel y pimienta! Comen todos con hartazgo de la mucha carne ballesteada la víspera y rebañan calderas los pinches. ¡Día de abundancia que precede al día de la sangre! También se da pienso sobrado a los caballones que habrán de combatir.[44]

Repuestos los cuerpos y las ánimas, cada cual atiende a sus menesteres. Muchos caballeros huelgan y juegan a las tablas, y los peones a la taba y a los dados. Algunos que pueden morir se hacen mutuos juramentos; otros, aunque no se les demande, salen al campo en cuadrilla a guardar el real y a escaramuzar con los moros que quieran estorbar a los herberos, de lo que se siguen ciertas querellas y algunas muertes de los dos lados. Algunos tornan llagados a donde doña Ermengarda está con los cirujanos y concertadores de huesos.

Si pudiéramos mirar en las conciencias como miramos las camisas despulgando veríamos cuántos buscan herida leve que los excuse de comparecer en la batalla. Sobre esta argucia se han pregonado penas severas y nunca falta un ahorcado en los cinco patíbulos que se levantaron en el sotavento del cerrete vecino.

Los ballesteros de maese Pietro Pitaluga se apostan en las faldas de los arroyos y espantan a los arqueros turcos que pasan de un collado a otro buscando resquicios por donde ejercer sus tiros arteros. De los cuales tiros fenecen tres infantes y un caballero villano de Alarcón, pero los que salen contra ellos también atrapan a un sargento turco y con mucho contento pasean su cabeza en una pica, la barba adornada de tirabuzones. El mesnadero que cobró su arco, que es de cuerno, hueso y tendones, corto y gordo, lo ofrece al obispo de Cuenca para que lo cuelgue por voto en la catedral que ahora labran allá por querencia de la reina doña Leonor. Algunos acuden a tensarlo y tirar con él, por curiosidad, pero pocos de los que prueban consiguen armarlo, tan duro está.

Ved a don Gualberto y a don Welf que con otros caballeros han remontado el cerro Miranda por ver mejor a los moros. En la distancia distinguen a una muchedumbre de cavadores con azadones de peto y canastas de mimbre, afanados como hormigas en ahondar una cava. Vedlos azuzados por sayones que endiñan varazos en las espaldas a los que escaquean. A la vuelta, van a don Diego y le dicen:

—Sabréis, señor, que los moros están labrando un corral fuerte con una cava honda toda alrededor en aquel cerro más alto que delante de nosotros queda y en las partes acabadas ponen una estacada encima del montón de tierra y canastas prietas de tierra y otros impedimentos.

—Es el corral que suelen labrar los moros —informa el alférez mayor—. No es cosa que nos deba acongojar. Allá se refugia la caballería a descansar de los tornafuyes y en él meten sus tesoros y la tienda del califa.

Enterado el rey de Navarra, dice:

—Yo les he visto muchos corrales en las Áfricas. Si Dios me asiste he de entrar en ése entre los primeros y despacharé cierta deuda que tengo con el Miramamolín.

Diciendo esas palabras, llegan otros caballeros muy alterados, que los moros están tomando el campo con todo su poder. Arrastra la brisa el rumor creciente de los tambores. Mancebos novatos lo avisan por las calles del real y a sus voces salen muchos de las tiendas o desamparan sus quehaceres por ver el alarde de la morisma.

Los escuadrones paganos ocupan la cuesta de los Olivares, por debajo del palenque, como hicieron la víspera. Así se están hasta el mediodía, cuando el sol más ofende, en que entendiendo que tampoco ese día combatirán los cristianos cesan los tambores y los moros se retraen a sus tiendas.

Desde la Mesa del Rey bien se distingue la tienda bermeja del Miramamolín, plantada en medio del corral, con dos mástiles altos y un quitasol de brocado delante, en el que el rey de Marruecos recibe a sus notables y desde el que divisa muy bien el campo donde reñirán, todo en luengo, hasta el real de los cristianos que queda en alto, con el valle ele la cuesta en medio.

Mediada la tarde, los reyes cristianos salen del real, sin aparato ni estandarte, con don Diego y una poca compaña de caballeros probados, y reconocen el campo por donde atravesarán para

acometer a los moros. En aquellas navas hay pocas encinas que estorben a la caballería sino mucho monte bajo. Los barrancos que lo flanquean son hondos y muy aparejados para resguardo de las costaneras.

El rey Alfonso, que con gentileza y humildad quiere congraciarse con don Sancho, se vuelve a él y le dice:

—La disposición no es mala. No tendremos el sol a la espalda, pero tampoco de frente, y parece que nos lo partiremos bien y a la caída de la tarde, si tanto dura la batalla, nos favorecerá más que a los moros.

Don Sancho no responde, sino que tira de la rienda y aparta su caballo para desairar al castellano. Lo nota el arzobispo de Narbona, don Arnaldo, y responde, conciliador, como si el rey le hubiera hablado a él:

—Así es, señor, y tengo para mí que no se apareja mal la jornada. Sólo que la cuesta parece empinarse más allá, como a media legua, y convendría llegar allí descansados antes de acometer contra el corral de los moros.

En esto interviene don Diego, que se ha quitado el yelmo y se mete la mano bajo el almófar y la cofia para enjugarse la calva sudada:

—Los moros tendrán ventaja en luchar cuesta abajo mientras nosotros atacamos cuesta arriba, pero también tendrán el quebranto de no poder ejecutar bien su tornafuye porque ocuparemos el ancho entre los dos barrancos y no nos podrán entrar. Valga lo uno por lo otro.

—Y el viento que sopla no es malo —añade don Pedro de Aragón —. Si Santa María lo mantiene así, quedaremos contentos.

Mientras estas cosas pasan, don Hugo de Tours torna del campo muy ufano porque ha escaramuzado con un pelotón de moros que alanceaba las ovejas en los corrales y ha matado al que los mandaba. Su escudero trae colgando del arzón la cabeza del

muerto, llena de cuajarones a los que muchas moscas acuden. La clava en la picota del campo, con las otras.

Descabalga don Hugo y entra en su tienda a que doña Eliabel lo descalce y le ayude a sacar la loriga. El velmez trae empapado de sudor, la cara hinchada del calor y la cabalgada. Doña Eliabel le refresca el cuerpo y la cara con un paño mojado y él la agarra por la muñeca y la sienta en sus rodillas. Le pone la mano en el vientre, donde se está horneando el hijo que tanto desea. Con voz afable le dice:

—Mujer, mañana será la batalla y ninguno sabe qué saldrá de ella, aunque, con la ayuda de Santa María, venceremos. Sabe que en estos días de cabalgadas y patrullas he tenido espacio para mucho pensamiento. Siento el amargor en el ánima de no ser buen marido, por este carácter mío sobradamente impaciente y no siempre amable que me da la casta. Quizá no he sabido ver que sois muy joven y necesitada de cortesías. Yo os prometo mejorar en lo porvenir y ser el mejor marido del mundo y no volver a poneros la mano encima si no es por acariciaros. Lo que más deseo ahora en este mundo es serviros y procuraros felicidad y alegría. Quiero que os envidien las otras mujeres pues, de ser vuestro marido, me tengo por el más afortunado caballero de cuantos conozco.

Calla doña Eliabel y mira al vacío con sus ojos velados, fría y seria. Piensa él que guarda rencores de las tundas pasadas, y en esto yerra porque el pensamiento de ella no es de rencor sino de amor, aunque puesto en don Gualberto, en el que se refugia por huir de las desatenciones y amarguras de la vida. Don Hugo la besa despacio y como no encuentra correspondencia afloja el abrazo y la deja ir. Esta vez no se descontenta sino que toma el desaire con humildad y penitencia. Se levanta, se despoja él mismo de las brafoneras y de los estivales, se pasa el trapo mojado por los sobacos y sale de la tienda a respirar el aire caliente del día.

Hay entre las tiendas mucho trajín de escuderos preparando armas y monturas. En el anhelo del monte, a la sombra de una encina, don Hugo se junta con otros caballeros de su carnada. En

Tours estarán los campos verdes, piensa, mientras el que tiene al lado le habla de halcones neblíes y de monterías en Poitou.

—Mañana bregaremos —oye decir.

Capítulo CXII (112)

En el que los reyes y los sabedores de la guerra trazan cómo será la batalla

Vueltos a la tienda, los reyes y sus adalides discuten el plan de batalla. Sobre el tablero del ajedrez vuelto del revés, don Diego López de Haro dispone dos torcidas de candil y dos piedras.

—Esta cuerda es el arroyo de la Campana y ésta el del Rey —explica—. Este canto es nuestro real y éste el del moro. La batalla se dará en este cuadro. Según vayamos ganando el campo, se irá empinando la cuesta. Lo peor vendrá al final.

—¿Y si avanzan los moros? —inquiere el arzobispo Amalarico.

—No harán tal, monseñor. Por las nuevas que nos traen los enacidos, los moros están muy divididos y menguados de ánimo. Los de aquende andan quejosos porque el Miramamolín los ha esquilmado mucho desde que pasó el Estrecho, hace más de un año, con esa chusma africana. Yo creo que se esforzarán poco. Más bien se dispondrán donde suelen y aguardarán a que avancemos nosotros para que cansemos los caballos cabalgando media legua cuesta arriba. Por eso nuestros haces deben moverse juntos, con los caballos al paso. No los forcemos y llegarán frescos hasta la acometida final.

—Saldrán a provocar los arqueros montados —avisa el rey de Aragón.

—Y nosotros los atajaremos con la ballestería. Los ballesteros y los peones marcharán pegados a los caballos con la fila delantera y

adelantándose a trechos para espantar a los que vengan a enredar. Es muy cumplidero que nadie responda a las provocaciones. Finalmente asaltaremos el corral de los moros, en lo alto del cerro. Parece fuerte, pero en dos días la tierra no ha podido asentarse. Llegados a él echaremos garfios a las estacas y a las canastas y que cada cual entre por donde pueda a herir dentro, a rebato degüello.

El consejo de los reyes aprueba el plan.

—Ahora sólo falta disponer a las tropas —dice don Alfonso.

Tras mucha deliberación, los reyes acuerdan formar tres cuerpos y que el central, donde se ponen los castellanos, sea el doble de ancho que las costaneras laterales. La hueste aragonesa combatirá en la derecha y la navarra en la izquierda, reforzadas con caballeros y peones concejiles castellanos. Cada cuerpo se dividirá en vanguardia, medianera y zaga. En cada haz irán tres filas de caballeros y sargentos seguidas de ballesteros, escuderos y peones, entreverados los de mesnada y los concejiles para que los más bisoños se encorazonen al ver cómo lidian los versados y no desmayen.

Mientras los ricoshombres y los peritos de la guerra discuten la disposición del campo y las trazas de la batalla, los adalides y sargentos alertan a los caballeros más inexpertos sobre las mañas de los moros:

—Catad que son despiertos y ágiles con la lanza, que cuando huyen atacan, y puestos en fuga, cuanto más vencidos los ves, más cruelmente se revuelven y dañan.

Antes de dispersarse, el rey encomienda a los heraldos el pregón de la batalla con las mandas que la hueste debe observar. El arzobispo de Toledo ha excomulgado al que meta sacomano en los despojos del moro antes que se conceda licencia.

—Además de perder sus ánimas en condenación eterna —advierte el pregón—, a los tales se les degollará en sus cuerpos por ser cosa conocida que la demasiada presteza en celebrar la victoria a menudo acarrea el rompimiento y la derrota.

Cae la noche. Tras la cena quedan los hombres en torno a las hogueras. En la mesnada de Castilla, los trovadores Guillem de Cabestany, Aimeric de Peguilhan y Giraut de Calanson acompañan con sus vihuelas al juglar Panchumán, que recita los versos de un antiguo cantar:

Todos los que gran fecho quisieron acabar / por muy grandes trabajos habieron a pasar; / non comíen cuando quisieron, nin cenan nin han yantar, / los vicios de la carne hubiéronlos de olvidar. / Mon cuentan de Alejandre las noches ni los días; / cuentan sus buenos fechos e sus caballerías; / cuentan del rey David que mató a Golías; / de Judas el Macabeo, fijo de Matatías. / Carlos e Valdobinos, Roldán e don Ogero, / Terrin e Gualdabuey, Amoldo e Olivero, / Torpin e don Riballos e el gascón Angelero, / Ercol e Salomón e el otro su compañero. / Por tanto es menester que los días contemos; / los días e las noches en que los espendemos; / cuantos días en balde pasan, nunca los cobraremos; / amigos, bien lo vedes qué mal seso facemos…

—Canta lo que el cantar dice de los moros —le solicita Antón Gonzo, que ya conoce el poema.

Panchumán apura el vino de un cubilete que le tienden, templa la vihuela y recita:

Veníen ahí destas gentes sin cuento e sin tiento, / non eran de un logar nin de un entendimiento, / más feos que Satán con todo su convento / cuando el infierno deja sucio e carboniento. / Los moros, bien sabedes, que se guían por estrellas, / non se guían por Dios, que se guían por ellas; / otro Criador nuevo han fecho ellos dellas; / dicen que por ellas ven muchas de maravellas. / Hay aun otros que saben muchos encantamentos / e facen muy malos gestos con sus esperamentos / de revolver las nubes e revolver los vientos; / muéstrales el diablo estos entendimientos. / Ayuntan los diablos con sus conjuramentos; / allegasen con ellos e facen

sus conventos; / dicen de los pasados todos sus fallimientos, / todos facen consejo los falsos carbonientos. / Algún moro astroso, que sabe encantar, /fizo aquel diablo en sierpe figurar; / por temor que podiese a vosotros espantar / con este tal engaño cuidáronse nos tornar. / Como sodes sesudos, bien podedes saber / que non han ellos poder de mal a nos facer, / que quitóles Jesucristo el su fuerte poder; / véades que son locos los que lo quieren creer.[45]

Escuchan las mesnadas, en silencio, los versos del cantar. En la noche oscura brillan las lumbres del real de los moros, amedrentador y grande, como si ocupara toda la sierra y en ella no cupiera.

Capítulo CXIII (113)

De cómo pasan la víspera de la batalla

Después de zahorar, entra la noche oscura y el real se sosiega, la hueste dormida en la tierra caliente, bajo la noche perfumada de jara y romero. Hace calor y en las tiendas, a faldón levantado, velan los reyes y los ricoshombres e hijosdalgos, los caballeros probados y los por probar, los que mañana pondrán al tablero más que sus vidas, sus linajes y cuanto sus abuelos allegaron para ellos.

¡Noche de vigilias, noche cálida de merodeantes paseos, noche de gran pensamiento! ¡Quién volviera a vivirte, noche aquella, con la sangre joven corriendo impetuosa por los caños del cuerpo, los corazones latiendo! ¡Poca gente dormía!

Las dueñas no se desnudan estas vísperas. Vedlas allá, en camisa, en la tienda de las medicinas, hablando de muchas cosas, comunicando ensalmos ciertos, temorosas del mañana, y haciendo oraciones y rogativas porque no ganen los moros.

Don Hugo esta noche duerme con la mesnada, no con su mujer, como en los caballeros es costumbre antes de la batalla. Dichas las oraciones y ungidas las espadas, unos dormitan echados en la tierra oscura y otros velan parlando en susurros por no incomodar a los durmientes. ¡Cómo abren los corazones, cómo dicen lo que nunca dijeron, los malos pasos del ánima, las amarguras nunca receladas, los recuerdos de súbito recordados!

Después de cenar con su mesnada, don Diego reúne a los más jóvenes, los que hacen sus primeras armas y aún no son caballeros.

En la lengua vascuence de sus abuelos les dice: «Nuestro señor, el rey, nos concede mañana las heridas primeras. Nuestros fenecidos desde el cielo nos estarán mirando cómo os ganáis las espuelas. Advertid que el miedo vendrá a tomaros en el encono de la batalla. Esforzaos en no darle entrada. El que se abandona al miedo piensa solamente en sí, no en el camarada, y emprende la huida sembrando el desánimo y el pánico entre sus hermanos y los arrastra a que desamparen la lucha. Así se ganan y se pierden las batallas peleadas: sentir miedo no es malo ni vergonzoso; abandonarse al miedo es el deshonor y la muerte. En cuanto carguemos contra el sarraceno, os encorazonaréis y alejaréis miedos. En lo recio del combate, cuando la fila se enturbie, metidos en la muchedumbre de enemigos como el segador en la mies, vendrá de nuevo. Lo venceréis con ayuda de María y de los santos. Hermanos sois y cada cual responde de la muerte y del deshonor del otro. Nos llamamos Lope porque somos lobos[46] y mañana iremos como manada a saciarnos en la sangre de la morisma detrás de ese pendón que siguieron nuestros abuelos y los padres de nuestros abuelos. No hay más que decir. Ahora id a vagar y a esperar que amanezca.»

El campamento se sosiega. Con alas de terciopelo vuelan murciélagos en lo oscuro.

Don Gualberto y don Welf, echados en el mismo camastro, al raso, embozados en sus mantos, contemplan las silentes estrellas. Antón Gonzo echado en su zalea, el brazo por cabezal, siente palpitar sus pulsos en la oreja, le dice a Samboal, que se echa a su lado:

—Alguna vez tenemos que morir. ¿Qué más da hoy que dentro de veinte años? ¿Qué vejez nos espera a los pobres cuando estemos baldados del reuma, los huesos secos y no sirvamos para trabajar? ¿Aguantar a una nuera? ¿Alargar la escudilla al caminante o a la puerta de una iglesia?

—O un ramal y un árbol —dice Ramón de Samboal.

En la ribera del arroyo de la Campana, el juglar Panchumán tañe quedo la vihuela y canta a media voz, para una docena de caballeros jóvenes, el cantar del conde de Castilla. Se le quiebra la voz y los ojos se le llenan de agua cuando llega al pasaje que dice:

> *Venceremos los poderes del moro Almanzor / sacaremos a Castilla de apremio y de error; / él será vencido, yo seré vencedor. / Amigos, de una cosa soy bien sabidor / que venceremos sin duda al moro Almanzor*[47] */ de todos los de España farédes de mí el mejor / será grande la mi honra e la vuestra mayor.*

Capítulo CXIV (114)

De los pensamientos del rey Alfonso en la soledad de su tienda

Vedlo pensativo al rey de Castilla, solo como nunca antes estuvo, tan metido en sus pensamientos: «Tanto luchar, tanto penar, tantos trabajos. ¿De qué valen? ¿Acaso no nos espera la tumba y el olvido? Los reyes nos enterramos en sepulcros de piedra, pero ¿acaso no topan los que aran el campo sepulcros de príncipes antiguos vacíos, sin nada dentro que luego acaban de abrevaderos del ganado? ¿Quiénes fueron los allí enterrados? ¿Qué estados tenían, qué labios besaban, qué sueños poblaban sus vigilias? Nadie lo sabe. A todos nos espera el olvido. ¿Qué más da que me olviden mañana o dentro de cien años? Pero ese tiempo que esté en la memoria dirán de mí: fue aquel desventurado soberbio que quiso derrotar al rey de Marruecos y llevó a la perdición a tantos jóvenes caballeros y perdió la herencia que le había dejado su abuelo.»

En la vela tercia, todavía noche cerrada, don Diego López de Haro penetra en la tienda real. A la débil luz de un pábilo que arde a los pies de la imagen de santa María, echado en su camastro, sudando, con un brazo sobre los ojos, el rey de Castilla vela y padece, como Nuestro Señor la noche del huerto. La memoria de Alarcos, más viva y lacerante que nunca, lo tiene sumido en gran meditación. Don Diego tose. Don Alfonso se aparta el brazo de la cara y lo mira.

—¿Qué hay, mi buen alférez?

—Señor, es la hora. Ya los sargentos han repartido la cebada.

El rey se incorpora. Sentado en el camastro, se restriega los ojos inflamados por la fatiga.

—¿Y los heraldos? —pregunta.

—Aguardan afuera, señor.

El rey de Casulla se cubre con su manto raído de caza y batalla. Salen de la tienda. Allá aguardan los arzobispos, los hombres del consejo y los heraldos. No sopla una pizca de viento en la calma noche. El rocío matinal que asciende de los arroyos se posa sobre los yelmos, las lorigas y las sillas de arzón. Huele a bosta de caballo y a hierro mojado, a herrumbre y a cuero viejo engrasado.

En la distancia, las hogueras del moro parpadean como estrellas caídas de la noche. Alfonso aparta la mirada y la esparce entre la docena de hombres que aguardan.

—Ha llegado la hora —anuncia—. Llamad a penitencia. ¡Que los hombres se armen para la batalla y preparen sus ánimas para el juicio de Dios!

Esto dice el rey con gran sabiduría y humildad pues, como sabéis, las campales batallas se ganan si Dios quiere cuando mira los pecados de los reyes y de sus pueblos, si debe castigarlos o premiarlos. De las armas se sirve el Criador para castigarnos por nuestros yerros y pecados.

Capítulo CXV (115)

De las misas y devociones que los cristianos cumplen antes de la batalla

Se esparcen los heraldos por el real y llaman a la hueste. Recogen las mantas y acuden al apellido o llamada. Los capellanes ofician misas, absuelven y bendicen. El arzobispo don Rodrigo dice la suya frente a la tienda real, con el de Narbona y algunos obispos hispanos y francos. Estando en la consagración, rompen a sonar los tambores de los moros, distantes, como una tormenta lejana. No cesarán hasta pasado el mediodía, mientras dure lo enconado de la batalla.

Los capellanes reparten el pan mojado en vino a caballeros, escuderos y peones que se confesaron unos a otros la víspera. Los parientes y amigos se besan tres veces en la boca en honor de la Santísima Trinidad.

Celebrados los misterios de la Pasión del Señor, los capellanes prometen que el que perezca en la jornada irá al paraíso, sin sufrir los tormentos del infierno ni del purgatorio, por muchos y graves pecados que tuviera.

Cada cual se retrae a su mesnada para almorzar y armarse. Los cocineros han despabilado las hogueras y guisan calderas de gachas y carne en adobo. Circulan talegas de higos secos y ciruelas pasas de las que cada cual toma lo que quiere. Con pellejos de vino al hombro, los despenseros llenan pródigamente los cubiletes. Amigos buscan amigos, comparten los alimentos sentados en tierra, en las

sillas de montar o en el fardaje, sin chanzas ni alborotos, hablando poco.

Doña Ermengarda atiende solícita la ceremonia de vestir de combate a don Simón, que realizan sus escuderos. Cuando está compuesto lo mira con orgullo y le acaricia la barba canosa.

—¡Qué bien parecéis en vuestros arreos de batalla, hermano! ¡Si os viera nuestro padre, qué orgullo sentiría de saberos dignos de él! He rezado mucho a Santa María para que salgáis con bien y acrecentamiento de la honra —le dice—. Mas dejadme mirar este ojo. —Le baja el párpado y mira la carne dentro—. Esta color no me gusta —dice—. A ver, echadme el aliento. —Le tira un poco de la barba y le olfatea la boca abierta—. Cierto es lo que sospecho: creedme, hermano, que estáis a punto de sufrir una descomposición de vientre. Aguardad que preparo una hierba que os lo remedie.

Se va doña Ermengarda a donde Marmite para preparar su medicina, lo que don Simón aprovecha para marchar a su puesto. No quiere demorar su comparecencia por vanas aprensiones de mujer.

Cerca de allí, don Íñigo de Mendoza, el primo hermano de don Diego López de Haro, escruta el cielo y comenta:

—Cuando levante la mañana tendremos el sol sesgado.

Don Lope Díaz, su sobrino camal, se encoge de hombros.

—Hoy será lo que tenga que ser, tío. Cuando estemos en faena no notaremos el sol ni la madre que lo parió. ¿Veis los lobos?

Mira don Íñigo los dos lobos recortados que ondean en el estandarte de los López de Haro.

—¡Que salgan ahítos de moro, que más parezcan puercos! —dice don Lope.

Los amigos que tanto han cabalgado juntos, así en escaramuzas de sangre como en monterías y placeres, se encomiendan los unos a

los otros y testan sobre palabra lo que olvidaron poner por escrito ante escribano.

Callados y serios, los mozos de cuadra almohazan a los percherones, los ensillan y emparamentan. ¿Quién no piensa qué será de él si muere su señor o si queda lisiado y el amo lo despide?

¡Mirad cómo siente el peligro venidero *Alferza*, la buena yegua obediente: tasca el freno, escarba la tierra, dilata los ollares! Gahete la ensilla, ajusta el arzón alto, cincha fuerte apoyándole el pie en la panza, desata los estribos.

Las armas, listas. Lanzas de fresno aguardan clavadas en tierra por la contera.

—Vamos, hijo —le dice don Gualberto.

El escudero viste al caballero: primero las brafoneras, las calzas de cota de malla guardadas por dentro con sus estivales, que alcanzan al muslo. Gahete pasa las trebujeras por el cinturón, y las ata firmes, que no se descuelguen, en la brega. Luego el velmez de lino que llega a media pierna. Don Gualberto sostiene sobre su cabeza la loriga, que Gahete le despliega cuerpo abajo, hasta las rodillas. Se cubre el caballero la cabeza con la cofia acolchada, cuyo barbuquejo le ata Gahete con una lazada doble. Le añade el almófar, y se lo despliega hasta los hombros. Le ciñe el cinto, le ajusta las hebillas. Don Gualberto desenvaina Melipicra, la miel amarga, y la besa en la cruz del arriaz, que se lleva a la frente, antes de restituirla a la vasera.

Armado su caballero, Gahete hinca la rodilla en tierra para la bendición. Don Gualberto le pone las dos manos sobre la cabeza y contempla al niño agote de Merens les Vals que en tres meses tanto ha crecido. Le habla en su corazón, sin palabras de boca. Gahete lo siente en las manos que sobre su cabeza se demoran.

—Ahora, vamos —le dice.

Don Gualberto monta su percherona *Alferza*. Gahete le ajusta los faldones de la loriga, que cubran los muslos sin estorbarle los

meneos. Cuelga el caballero sobre su hombro derecho el tiracol del escudo que Gahete le tiende. Empuña la pesada lanza.

—Sirve siempre a las mujeres —le dice al muchacho—. Y endereza tu vida a la honra.

—Sí, señor —asiente el niño reprimiendo un sollozo.

Bulle el real como hormiguero con el sol de primavera. Caballeros y peones se agregan armados a sus mesnadas. Se despiden los amigos con los ojos velados.

El caballero Gualberto va a donde don Simón de Mercia allega a sus gentes. Enlorigado, el anciano caballero arrima su caballo *Redoute* al tocón de una encina que le sirve de banqueta. Sus escuderos Pontoise y Volcano lo ayudan a acomodarse en la alta silla arzonada.

—¿Estáis listo, Marignane? —saluda alegremente a don Gualberto.

Doña Ermengarda aparece con la taza humeante de una tisana.

—Tomad, hermano —le dice—. Es para lo que ya sabéis y os dará fuerzas, que el día es largo.

Don Simón de Mercia mira a sus conmilitones y esboza una sonrisa embarazosa como diciendo «¡Estas mujeres…!», pero apura el brebaje de un trago, se enjuga los labios virilmente, con el dorso anillado de la manopla, y vuelto hacia sus escuderos ordena:

—¡Adelante! No hagamos esperar a los sarracenos, que están locos por volar al Paraíso para inflarse de folgar.

Antes de ponerse en camino, santiguan las sillas en la manzana del arzón delantero, donde algunos posan la imagen chica de Santa María; otros abrazan la espada, besan su cruz y murmuran un conjuro.

Se van juntando en una parte y en otra los distintos escuadrones y unos pasan delante de los otros en admirable concierto hasta los lugares asignados por los maestros de armas.

Amanece. Las luces del sol se esparcen por los montes y los llanos.

Los adalides moros han tocado al arma, viendo que los cristianos bajan a lo llano a dar batalla. El real de los moros se pone en pie, desasosegado. ¡Carreras, voces, barullo!

Moros y cristianos se ordenan según la costumbre de cada cual, a uno y otro extremo del campo.

Cabalga don Alfonso de Castilla con sus parientes, los reyes de Aragón y de Navarra, con los maestres de las órdenes y el consejo de los sabedores de la guerra. Don Diego López de Haro imparte las últimas órdenes a los almocadenes y éstos a sus adalides.

Al frente de la hueste, don Alfonso, mirando las escuadras cómo se allegan a los estandartes, se alza sobre la estribera y con la cabeza destocada pregona de su voz estas palabras:

—¡Hijos míos y hermanos, ha llegado el día del esfuerzo que el Criador nos demanda! Mucho os encomiendo, como padre y hermano vuestro, que seáis valentísimos y con esforzado ánimo queráis combatir por la tierra y por la libertad, para que nuestros hijos y nietos sean como nosotros y no moros sujetos a tiranías. Ahora marchemos con el Criador y Santa María. ¡Castellanos probados, esforzad: éste es vuestro día, vengad a vuestros padres los de Alarcos! ¡Que Lesmes y Millán os esfuercen en la lid! ¡Aragoneses y navarros, lidiad como sabéis![48] El que desfallezca y huya sepa que será preso y hecho cuartos como oveja y la vergüenza y la deshonra mancharán su linaje.

En su costanera aragonesa don Lope Ferrén de Luna y su compadre don Artal de Foces, estribo con estribo, llevan un rato callados, abismado cada cual en su pensamiento. Al final dice don Artal:

—Más ventajas le veo yo al paraíso de Mafomede que no al nuestro.

—Entonces ¿por qué no os hacéis moro? —le replica don Lope.

—No sé. Será porque no creo en ninguno de los dos.

Capítulo CXVI (116)

De la disposición de los moros en la batalla de la Cuesta, como ellos la llaman

Ved ahora cómo se disponen los moros, a un cuarto de legua de la caballería cristiana, vedlos acudir a sus lugares con gran tumulto de gritos y tambores, levantando polvos altos que encubren su zaga. ¡Nunca viéredes tanta infinita muchedumbre de nacidos, aquel hervor de hombres y bestias que anega montes y collados, como si un cielo nublado ensombreciera la tierra!

Mirad sus vanguardias, ¿quién podrá contar los jinetes ligeros con azconas afiladas, los escudos redondos, los paveses, las albornoces pardos, las caras tostadas y huesudas, los turbantes más claros que al compás del paso cabecean? Como río sin madre se derraman por el seco praderío, debajo de las carrascas de las Cañadillas del Calvario. Donde sus almocadenes los retienen, allá se agitan como si el campo no les bastara y blanden en alto con mucha saña e impaciencia los cuchillos tajadores, las porras, los chuzos y cuantas armas traen. La brisa cambiante lleva a las vanguardias cristianas el repique de los hierros en las blocas de los escudos, los alaridos que profieren por encorazonarse y espantar miedos.

Detrás de esa muchedumbre, en los charcales de las Lagunillas, secos por el estiaje, y en el llano de las Méricas, los moros asientan muchas filas de guerreros pertrechados, barreando el campo, peones con perpuntes buenos, escudos grandes y picas luengas. Detrás se forma una muchedumbre de arqueros, pedreros de honda y otros corredores con azagayas y bohordos. Aún detrás de éstos,

dejando alguna tierra vacía, se disponen dos espesas batallas de jinetes, los más en caballos ligeros y ligeramente armados, los que fácilmente rodean y confunden al enemigo que ataca de recio; otros, armados con lorigas, escudos largos y lanzas fuertes, en buenos percherones, formando filas ordenadas a usanza cristiana. Con ellos vienen algunos cristianos desnaturalizados de sus señores y otros farfanes que viven entre moros a sueldo del rey de Marruecos y aún otros tornados moros tras apartarse de la vera religión.[49]

Ved a los moros abrirse en dos alas, la *maimana*, como ellos llaman a la siniestra, y la *maisara*, que así llaman a la diestra, porque compitan en caballería y valor. Acá distinguiréis, por sus mejores armas, a la nobleza andalusí, con pesadumbre traída al combate, después que el Miramamolín ejecutara la víspera a Abencadis, el alcaide de Calatrava, al que todos muy buena amistad guardaban. A éstos los veréis más pertrechados, espadas tajadoras de cinco palmos a la cintura, escudos buenos con bloca y cantel, y cada cual con su escudero que les lleva un caballo de refresco. Mirad detrás de éstos la turba fervorosa de los descalzos mujaidines, turbantes de todas guisas y camisas buenas o harapos, devotos allegados desde remotas regiones que guardan obediencia al Miramamolín: los de Harga, los del Tinmallal, las numerosas tribus. Todas las provincias del imperio hallaréis acá franqueadas por dos costaneras de caballos inquietos.

Si el polvo que los delanteros levantan nos la dejaran ver, allá, en lo más lejano, donde se eleva la cuesta que conduce al cerro del palenque, veríais agruparse, en diferentes escuadrones, según sus tribus y clanes, a las cabilas Hintata y Rumia; Gomara y Yadmiwa; Yanfisa y Haskura. Y la de Tinmallal, los que se untan la cara con barro de ceniza y se adornan los dientes con espinas de acacia. ¡Temibles guerreros que desde chicos aprenden las armas y la muerte! Ved cómo agitan las lanzas y las desnudas espadas. Vedlos cómo desentumecen sus monturas en veloces carreras que terminan en súbitos quiebros. Pasa delante de todos ellos, con su guardia de almocadenes y tamboreros, el visir Yamí, el que se sienta a la

derecha del Miramamolín, en un caballo grande, con atalajes de seda rojos y verdes y muchas tachuelas de acero.

¡Mala jornada o gloriosa, sólo El de arriba lo sabe!

Capítulo CXVII (117)

De la traza de la tienda bermeja del rey de Marruecos y del sermón que hace

Los espesos polvos que caballos y peones levantan no nos dejarán ver el corral y palenque del moro, pero yo os lo he de pintar como el que lo vio con estos ojos cuando habían luz. En lo más alto del cerro de los Olivares, habían plantado la tienda bermeja del rey de Marruecos, que es la enseña mayor de su hueste, la que todos miran y reverencian. Imaginadla, grande y ancha, de cuero azafranado bien curtido y oliente a algalias y rosas, no esas curtidurías que hieden a perro muerto que os imagináis los viajados al moro.

Miradla toda alrededor, ¿quién podría enumerar las excelencias de los alcoranes y cenefas morunas marroquinadas y pintadas de ricos colores? Si miramos dentro, ¿quién sabría describir las riquezas y maravillas que encierra? ¡Gran portento es que una tienda que se lleva de un lado a otro, hoy acá, mañana allá, al albur de la campaña, dividida en separados paramentos, a lomos de camello o de mula, pueda acarrear tanta o más riqueza y sosiego al mirarla que los palacios de Salomón o las casas del papa? Dentro de ella bien cabrán cien hombres sin estrecharse mucho, tan grande es. El suelo en el que se asienta, después de rozado de matojos y escarbado y barrido de guijarros, bien podría ser el del salón de la corte del soldán de Egipto, tan llano y rico está, encubertado de ricas alfombras de mucha labor, unas sobre otras tapándose, a cual más bella, y encima, pendiente de barras que recorren los techos

separando aposentos, muchos hastiales de paños finos, tapices de la India y colchas de seda. Y en las estancias así formadas, que bien llenarán un palacio, muchos colchones de raso y cojines de seda, y asientos de tafilete estofados de lana y mesas morunas de nogal, unas taraceadas con ámbar, marfil y maderas de olor, otras con tableros redondos de oro y plata, cincelados con muchas rayas, y en todas ellas muchas bandejas y azafates de pasteles y golosinas, así como frascos de leche de camella y mieles de distintas hechuras y otros cocimientos que sosiegan la sed y dan placer.

¡Tanto caudal y riqueza que se sustenta sobre guerreros mal comidos y pésimamente adobados para lidiar, fiados sólo en su número innumerable, sin lorigas ni perpuntes los más, sin buenas tajadoras, sino taparrabos, chuzos y palos!

Ved al Miramamolín, rubio, gentil y adamado, como el que pasa la vida descuidado y horro de trabajos. Sale de la tienda rodeado de sus consejeros y sabios, el santón Abu Madyan Yaza a su diestra y el sabedor de la guerra Ajmed Acaimo a su siniestra. A la puerta de la tienda, debajo del palio que le da sombra, se sienta en un cojín de seda carmesí que le han dispuesto sobre aquella alfombra bermeja que hoy cuelga en las Huelgas, muy labrada, de pelo de camello y lana. El Miramamolín va vestido de mucha ceremonia con una chilaba de seda bordada, sin armas, con sólo un mosqueador en la mano. Sobre la magnificencia de su vestido resalta más la pobreza de la capa descolorida y rota, llena de hilachas, que trae sobre los hombros. Sabed que esa capa es gran reliquia que los Miramamolines sacan sólo en contadas ocasiones pues perteneció al profeta Ibn Tumart, el santo fundador de los almohades, y con ella ganó Marraqués y muchas batallas.

Los jeques de las cabilas se arrodillan delante del rey de Marruecos y le besan la mano blanca, gordezuela y pecosa. Tras ellos hacen la misma reverencia los almocadenes mayores que regirán la caballería. El marrueco respira hondo y los ojos se le enturbian cuando mira en derredor la muchedumbre de guerreros y jinetes que ordenadamente se extiende en las laderas del cerro y

por las navas hasta donde la vista se pierde. ¿Habrá mayor fuerza en la tierra?

El visir Ajmed el Mani, solícito a su lado, asiente levemente animándolo a pronunciar el sermón.

—¡Creyentes! —grita el Miramamolín—. Lo que nuestros abuelos ga-ga-ganaron por el filo de la espada en guerra santa y justa, los inmundos cris-cris-cristianos pretenden arrebatárnoslo con execrable vio-violencia y abuso y atropello. ¡La ira del que todo lo puede cai-caiga sobre ellos, los malditos de Satán, los borrachos que se alimentan de inmundicia y adoran ídolos de palo! ¡Creyentes de pro-probado valor que sentís hervir la sangre enardecida! ¡Este es vuestro día de gloria y victoria! ¡Ensanchad la casa del islam con los aposentos de la casa de la guerra! ¡El día de la gloria del musulmán y del escarnio del perro politeísta ha llegado! ¡Al fin resplandecerá en el mundo la voluntad de El que Todo lo Puede! ¡Combatid a los infieles hasta el exterminio! ¡No haya piedad con los perros! ¡Alá está con los que le temen! ¡Que no crean los infieles que van a escapar! ¡No podrán! ¡Id contra ellos, con toda vuestra fuerza, perforadles los cuerpos, sajadles las carnes y trituradles los huesos! ¡Que cuantos enemigos sean de Alá tiemblen y conozcan su poder en el poder de los creyentes! ¡Vedlos allá cagados de miedo a esos perros hijos de setenta leches que se postran ante ídolos de palo y los adoran y engañados por sus obispos se hacen un lío con el acertijo de la Trinidad que si es uno o son tres! ¡Creyentes que me escucháis: sabed que las puertas del paraíso se están abriendo ahora…!

Así discurre el Comendador de los Creyentes, enardecido y sin un tartamudeo, prodigio no visto ni por ver, en el que algunos ven una señal de que el Cielo protege a los creyentes y otros piensan que lo trae muy ensayado y por eso recita sin tropiezos.

Abu Madyan Yaza, el santo, carraspea con mucha carraspera, por indicar que está invadiendo su terreno y lo está dejando sin sermón, lo cual notado por el rey de Marruecos, como discreto, termina

diciendo: «Y ahora oíd al hombre santo que os dirá las venturas del paraíso.»

Abu Madyan Yaza, el santo, se adelanta y, al borde del tapete bermejo, alzando una voz potente y ejercitada del alminar, pregona:

—¡Oíd los oyentes, en nombre del Clemente y del Misericordioso! El pozo del desierto da agua y la palmera del oasis da sombra. Ved esta mi mano que elevo al cielo: catad cómo los dedos se doblan hacia adentro, ¿los veis? Os los pondré de lado que se distingan mejor. No los hizo El que Todo lo Puede para que se doblaran hacia afuera, sino hacia dentro y de esta manera forman el puño, como es bien sabido. Y yo os pregunto: ¿Acaso los dedos de la mano pueden doblarse hacia fuera? No, diréis con sobrado buen juicio. Igualmente puedo preguntaros: ¿Acaso vuela la serpiente? ¿Acaso el halcón se arrastra por el polvo? ¿Acaso el escarabajo pelotero corre tras la liebre? ¿Teme el lobo carnicero a la cordera mansa? No, no y no, responderéis. Bien. Allá abajo están los perros y acá los venturados; allá la canalla cristiana maldita de Satán, regida por curas avarientos y menoreros; aquí los que el cielo espera; allá los cabronazos hijos de la gran puta, cornudos, borrachos, comedores de carroña impura, porqueros, sucios, calumniadores del profeta, que valen menos que una reseca mierda de camello, acá los venturados y ricos en temor de Alá y acatamiento del Alcorán. ¡Vedlos allá a los que morirán como puercos! ¡Les tiemblan las rodillas a los cagados de miedo, les castañetean los dientes, les duele el esternocleidomastoideo de sólo pensar que se las verán con los valerosos hijos del profeta! ¡Miradlos bien! Han venido, por voluntad de El que Está en lo Alto, forzados por sus reyes, como ovejas que al matarife acuden conducidas por los pastores. ¡Aprestad vuestros cuchillos porque éste es el día de vuestra gloria en que haréis en ellos lo que vuestros padres hicieron en los suyos: una sarracina que os dará tema para contar a vuestros nietos las glorias de este día y andarán en escritos y en los recitados de las tribus! ¡Que las espadas derramen la sangre de los infieles! ¡Que las agudas perforen los cuerpos de los impuros! ¡Que los curvos cuchillos seccionen sus carótidas! ¡Que las mazas quebranten sus fémures y sus peronés además de sus costillares! ¡Id a ellos con

encarnizamiento de corazón, sin miedo a su poder que parece y no es! ¡Pensad que los llagados no sentiréis dolor, antes bien calma y placer y que vuestras heridas exhalarán aroma de almizcle y rosas! ¡Pensad que el que se inmole será santo! ¡Las venideras generaciones lo venerarán en un morabito! ¡La sumisión al Clemente y al Misericordioso! Cuando cabalguéis vuestros caballos y encaréis al enemigo, las huríes de negras pupilas se engalanarán de seda verde y se ceñirán con una sarta de perlas para mostraros sus pechos ubérrimos con los pezones renegridos o rosados, de guisante o aceituna, la areola grande o pequeña como un diñar, según gustos. Luego cabalgarán las yeguas del paraíso, estirpe santa de *Lazlos*, el caballo del profeta, con las patas de jacinto, para correr a ponerse detrás de vosotros, y cuando uno de vosotros caiga, ellas acudirán para enjugar su sangre y para limpiar el polvo de su rostro y dirán: «Hoy se acaban para ti el mundo y sus penas, ven junto al Señor, el generoso, a beber vino sellado y a escoger esposas entre las huríes de negras pupilas, a comer cordero recental asado en su punto justo, no muy hecho, a beber tibia leche de camella recién ordeñada en vasos de cristal tallado.» Vosotros, los que alcancéis el martirio en defensa de Alá, sabed que estaréis libres del tormento de la tumba, que no seréis castigados por yerro alguno tras el interrogatorio de los ángeles, que no padeceréis el Gran Terror del Juicio Final, antes bien desde el campo de batalla pasaréis directamente, coronados de jacinto, a las praderas del paraíso donde cada cual será atendido por setenta y dos huríes de ojos de gacela, grupa de popozuda y muslos tersos y macizos, sin rastro de celulitis. Sabed, finalmente, que vuestros miembros viriles no conocerán la flaccidez ni la escocedura consecuente del acto, que podréis ayuntaros con las huríes, cuya virginidad les será restituida tras cada prestación, a la sombra de los palmerales del paraíso donde corren los ríos de leche y vino, entre lagos de miel en los que se refleja el rostro del Altísimo. ¡Y ahora corred a vuestros puestos y que vuestras espadas se tiñan con la sangre vencida de esos perros politeístas y cabrones!

Capítulo CXVIII (118)

Del mal encuentro entre don Hugo y don Gualberto y de las razones que cambian

Pasan las escuadras cristianas, unas delante de las otras, con mucho orden y concierto, buscando cada una su lugar según las enseñas van indicando y, tras ellas, las escuadras de los concejos, cada cual con su seña. Se apresuran los de la primera línea y se despliegan por el campo diligentes y atentos, para salvaguardar el despliegue de las otras dos.

Ved a don Hugo de Tours, que batalla en la medianera navarra, junto a su cuñado don Gonzalo Gómez García de Agoncillo, alférez del rey don Sancho. Vedlo pasar delante de la vanguardia de don Diego. En la fila de lanzas castellanas distingue dos lanzas francas emplomadas, con sus hierros aguzados y su gordura de mástil, y prendida en una de ellas reconoce la liga de Holanda que mercó en Estella y regaló a doña Eliabel, su mujer. Con mucha palidez en la cara no atiende lo que el de Agoncillo le habla sino que desvía la rienda por ver quién lleva por talismán la liga de su esposa. Cuando descubre que es don Gualberto, lo reconoce y entra en gran pensamiento diciendo para sí: «¡Ciertos son los toros! ¡Esa puta de la Cataria me pone los cuernos con el pordiosero!» En ese instante, el hielo frío que le corría por los caños de las venas se torna fuego quemante. ¡Ved cómo los caballeros que se quieren mal, el uno porque el otro le ha quitado su castillo y su tierra, el otro por vehementes sospechas de que el uno le ha levantado la esposa, han

venido a juntarse otra vez por el destino que así de caprichosamente apareja los aconteceres!

Don Hugo se para delante de don Gualberto y, mirándolo con ojos de lumbre, con gran alteración le dice:

—¡No me contentaré hasta que combata con vos, caballero de los hechos negros, y os mate como maté a vuestro hermano, el perro de la Cataria, el cobarde hereje! ¡De la misma sangre sois, la misma leche habéis mamado y sois tan desigual caballero y fementido, tan reprobado y traidor y no en nada mejor que aquél!

Eso dice y otros desenfrenos y gruesos denuestos de su boca que no son para ser repetidos ante escuchantes tan ilustres. A lo que don Gualberto notando como don Hugo mira la liga de su lanza entiende lo pasado y que lo encubierto es ahora patente y dice:

—Puesto que vos, caballero fementido, tanto me requerís y forzáis, dejemos esa cuita, y las otras que entre nosotros haya, para tiempo de más menester. Por cosa del mundo dejaré de aceptar vuestra batalla y requesta cuando esta jornada pase y el rey nos dé licencia para batirnos. Y ahora abreviad, que nos espera el sarraceno.

Ved ahora a don Gualberto que caballero en la yegua *Alferza* pasa muy bizarro por la carrera entre la zaga y la medianera con la lanza fuerte de fresno apoyada en la estribera. Mirad a don Rodrigo vestido en sus mallas, el báculo fuerte en la mano, cómo bendice las señas. Mirad las más delanteras ondeadas por los alféreces reales, con los menudos estandartes, las tres con una imagen de la Nuestra Señora[50] y detrás, más pequeñas, las de los ricoshombres y concejos, cada cual con su santo, muchas con barras, lobos, osos, águilas, puentes y cabezas de moros, por las que se entienden lugares y linajes.

En eso están cuando don Simón de Mercia, que tiene su puesto en un costado de la medianera, siente un retortijón en las tripas y con mucha prisa le demanda a su escudero que lo ayude a apearse. Haciéndolo, quiere agacharse detrás de unas jaras cuando le vienen

de recio unas cámaras que, sin tiempo a desatar las correas ni de bajarse las bragas, le llenan de pringue de su vientre las brafoneras, de lo cual el honrado caballero se muere de vergüenza. Se le acerca don Fernando García de Villamayor, el jefe de su mesnada, a inquirir por qué se ha salido de la fila. Don Simón, que no sabe decir en castellano «flujo de vientre», le dice: *Intestinorum dolor* y se lleva las manos a la barriga. Asiente el otro, más informado por el olfato que por el oído, con la gravedad que el caso requiere, y le dice: «Por merced, retiraos a los haces de la zaga que no intervendrán en la batalla por ahora y dad lugar a que el vientre se os componga.»

—Esto va a ser de las gachas que cenamos anoche —se excusa don Simón, avergonzado y contrito, aún sintiendo cómo el flujo le desciende por las canillas.

—Eso debe de ser —conviene don Fernando tirando de las riendas para volver a su puesto. Cuando llega, su sargento pone cara de preguntar: «¿Qué le pasa a ése?», a lo que el adalid de fila responde: «Nada: los franceses, que se están cagando. Mucho caballo, mucho paramento y mucho cuento, pero anda que no son delicados.»

Capítulo CXIX (119)

Donde vemos cómo es el corral de los moros que famosamente asaltaran los tres reyes

Mirad ahora la meseta del cerro donde la tienda bermeja del rey de Marruecos se levanta y con ella otras en derredor donde los furrieles guardan canastas y arquetas de flechas y piedras para las hondas y otros bastimentos de batalla, además de escribientes, santos y cortesanos que, por no blandir armas, se acogen a seguro y más entorpecen que ayudan en la hora decisiva.

¡Vierais gran castillo de torres almenado y no pensarais tan grande fuerza como ésta! En todo el contorno del cerro, los peones han cavado una zanja ancha y honda como una lanza. En el parapeto de la tierra sacada han clavado un antepecho de estacas altas trabadas con sogas y aguzadas en sus puntas. A su resguardo hay una muchedumbre de negros talludos, no más cubiertos en sus personas que con taparrabos que sujeten los badajos de su natura y armados de escudos grandes de cuero de un ciervo africano que llaman antílope, el cual es duro a maravilla, y con trabajo lo entrará un pasador. Es fama que estos escudos meten unas calendas de luna llena en el estiércol de sus corrales y luego los secan y con ellos revisten unas tablas de corazón de roble, y así las llevan a sus santos que les hagan bendiciones pues en el escudo piensan que está la virtud del dios de palo que ellos en su gran ignorancia y paganía adoran. Estos negros guardan al rey de Marruecos que, como mal rey y tirano, no fiándose de sus gentes, trae negros de gran distancia, comprados cuando son niños a los tratantes de

esclavos, y luego los cría en sus cuarteles con mucho regalo y abundancia de yantares y guisos, para que salgan grandes y membrudos. Es de admirar la mucha disciplina y fidelidad que guardan al moro estos negros, los cuales darán la vida antes que nadie toque un pelo de la ropa de su rey, pues desde chicos los encorazonan a morir como bravos, y no tienen más ligamentos en el mundo ni conocen más familia ni pariente que el Miramamolín.

Ved estos otros moros que con los negros están vestidos de blancos sudarios y en la cabeza toallas blancas, las vestimentas de los fenecidos. Las vísperas de la batalla se han lavado y escamondado y untado de aceites y hecho sus responsos como si fenecidos ya estuvieran. Estos rigores los extreman hasta el punto de que por su propia voluntad, sin fuerza de ninguno, se dejan trabar de los pies con cadenas para vedarse la huida si la batalla fuere adversa. A estos llaman los moros *imesebelen*, que es tanto como decir benditos porque son los donados de los moros a los que les hiede la vida y más quieren abreviarla por entrar derechamente a gozar de las rentas del paraíso, el rebaño de huríes, el vino, la miel, la leche y los demás vicios que sus santones embusteros prometen. A éstos vemos armados de lanzas, hondas pedreras, arcos y espadas, según la maestría de cada cual.

Con este corral de estacas y este muro de pechos robustos como peñas quieren los moros salvaguardar a su rey al que los nuestros se han juramentado en matar de la más cruda muerte.

Ved ahora al rey de Marruecos: partidos a sus lugares los generales y santos que con él estaban se retrae a la sombra del palio y asienta en el cojín de seda, los pies doblados debajo de las asentaderas como ellos suelen, sobre la alfombra gorda, la que os dije que pende en las Huelgas, entre almohadas, y a su mano tiene el escudo bermejo bellamente taraceado que vale un reino y la espada victoriosa que su padre, el gran Yusufe Almanzore, llevó en Alarcos. Un paje lampiño, turbante de seda, chapines de tafilete y ojos alcoholados y de largas pestañas, le pone delante un facistol muy recamado y rico; otro paje de las mismas señas le abre el

Alcorán de Ibn Tumart, la reliquia muy venerada de la morisma que suele estar en la mezquita Cutubía, en Marraqués, como nosotros tenemos en Compostela la huesa de Santiago.

El rey de Marruecos comienza a recitar los salmos del Alcorán que hablan de victorias y, de vez en cuando, levanta los ojos a la destellante claridad del día y murmura de sus labios: «Sólo Alá es vencedor.»

Capítulo CXX (120)

De cómo se ordena la hueste cristiana

Mirad el torrente de lorigas, lanzas y estandartes que faldea el Cerro del Rey, camino del llano, por el lado del meridión, donde la cuesta es más afable. Los aragoneses de la costanera pasan el arbolado de los Quiñones de Miranda y ordenan sus haces cerca del barranco del arroyo del Rey; los castellanos del centro y los navarros, leoneses y gallegos de la opuesta costanera buscan sus lugares señalados por los maestros de campo. ¡Cuántos ojos que no verán más los verdores de sus valles miran impávidos, pero los corazones laten como el batán, el agostado campo de la sangre!

En lo llano, algunos jinetes calientan el caballo para la galopada alternando paso y trote; otros de contraria opinión paran quietos donde están, los que piensan: carrera que no da el caballo, en el cuerpo la lleva.

Mirad ahora los moros más fronteros. ¿No oís el parchear de los tambores, como un trueno lejano, no percibís los alaridos y jaculatorias de las cabilas, los aullidos de las mujeres con vibración de las lenguas? Los santones de barba crecida y cana recorren sus filas recitando Coranes y convocando al martirio.

Grande es la algarabía de los moros, pero todavía distan media legua y los caballeros pueden hablar entre ellos sin levantar la voz, aunque no muchos conversan. Los más piensan, como es humanal, que van a mirar la faz de la muerte y al que más al que menos se le

encoge el ombligo al pensar que quizá ha llegado al término de sus días. ¡Sólo El de Arriba sabe quién verá anochecer!

Los cristianos ordenan sus batallas de la manera que os diré: en la delantera, que dará las primeras heridas, un haz de hasta quinientos castellanos, los más esforzados y sabedores de la guerra, al mando de don Diego López de Haro, al cual compaña su mesnada, los vascos parientes y vasallos de don Diego, su hijo don Lope Díaz Cabeza Brava, y su sobrino, el infante don Sancho Fernández. Ved que con ellos van don Gualberto y don Welf, que en los días pasados de mucho patrullar las sierras amistaron con don Lope Cabeza Brava y él los ha convidado a lidiar en la delantera de más peligro y honor. Detrás desta caballería van hasta quinientos peones castellanos, los del concejo de Madrid, debajo del estandarte del oso rampante sobre la madroñera. La otra enseña trae pintado a san Antón, con su cochino, y en su defensa van los cofrades de aquella famosa cofradía nietos de los que don Alfonso, el emperador, prometió heredar en Jaén, con don Pedro Ruiz Casado a la cabeza. En esta vanguardia, la costanera siniestra, que no tiene menos de trescientos caballeros, entre aragoneses y castellanos, la manda don García Romero y detrás traen hasta quinientos peones de los concejos, entreverados con mesnaderos de criazón. Al otro cabo, la costanera diestra, que trae detrás otros quinientos peones de criazón y concejo, la manda el arzobispo de Narbona, con hasta ciento cincuenta caballeros castellanos y otros tantos ultramontanos, entre ellos don Hugo de Tours, estos muy en voluntad de lidiar más que ninguno y no dejar moro a merced. Esos paños mojados que llevan como alforja delante del arzón son para refregarse las faces y chuparles el jugo porque el arzobispo les tiene dicho: «No bebáis mucha agua que luego habréis de sudarla, que éste ha de ser día de grandes calores y de abrirse las liendreras con la sequedad del aire.»

Detrás desta delantera que cubre el campo del arroyo del Rey al de la Campana, sin dejar resquicio a moro, viene la medianera con el haz de en medio partido en dos batallas, la diestra de doscientos jinetes al mando del conde don Gonzalo Núñez de Lara y la siniestra, de otros tantos, bajo el pendón de don Ruy Díaz de Cameros, con su

hermano don Álvaro Díaz. Acá veis a los freires templarios y hospitalarios y a los calatravos y santiaguistas, los que tienen convento en Uclés, cada uno en su hábito y bajo sus enseñas, y con ellos hasta ochocientos peones de criazón y de los concejos de Cuenca, Huete y Alarcón. En esta misma medianera, la costanera diestra, de hasta trescientas lanzas, milita debajo del mando de don Rodrigo Díaz de los Cameros, al que guardan su hermano don Álvaro Díaz y su compadre donjuán González y unos ochocientos peones de criazón y de los concejos de Soria, Almazán, Atienza, San Esteban de Gormaz, Berlanga, Ayllón y Medinacelli, todos de gentes sufridas y de asaz esfuerzo.

En la costanera siniestra, ved dos haces, mandados uno por don Jimeno Cornell y el otro por don Aznar Pardo; con los mismos peones que la diestra.

Detrás de todos, en la zaga, veréis a los tres reyes de España: en el centro don Alfonso de Castilla; en la costanera siniestra, don Pedro de Aragón, con los ricoshombres de su reino y tres escuadrones de treinta hombres cada uno de las milicias castellanas. En la costanera diestra cabalgará don Sancho de Navarra, con los suyos y otros tres escuadrones de milicias de Segovia, Ávila y Medina del Campo, además de muchos caballeros portugueses bajo las enseñas de don Alfonso Téllez de Meneses, yerno del extinto rey de Portugal, don Sancho, y hermano del obispo de Palencia.

Ved que con el rey de Castilla van el arzobispo de Toledo, los obispos de Palencia, Sigüenza, Osma, Plasencia y Ávila, todos muy guisados de defensas y rodeados de guerreros esforzados que los sabrán guardar, y don Gonzalo Ruiz Girón, con sus hermanos don Rodrigo Pérez de Villalobos y don Suero Téllez, así como don Fernando García y otros. El alférez real don Álvaro Núñez de Lara lleva la seña real. En esta zaga cabalgan también los concejos de Toledo, Valladolid, Olmedo, Arévalo, Cuéllar, Coca, Plasencia y Béjar.

Capítulo CXXI (121)

De las parlas que han los caballeros antes de lidiar

Como todas las haces se ordenan, algunos caballeros bajan al arroyo a registrar peñas y zarzas, cuidando que no haya moros ocultos en celada. El caballo de don Gil Manrique ventea el agua y hace por llegarse a la orilla.

—¡Quía, *Imperante*! —le riñe Gil Manrique tirando de las riendas —. Agua no, que te empanzas y luego no corres. ¡Sangre beberemos hoy, si el Criador nos acorre!

Le palmea el pescuezo y lo sosiega. Le habla al caballo con más amor que a su mujer, doña Guiomar, la voz tranquila, la mano bajo la gualdrapa, tocando la capa sudorosa. Caballo y caballero son hoy en uno, a morir o a honrarse.

Al lado de don Gil, su compadre don Gómez Manrique mira la fuga de un conejo en la ribera. Dos moros montados aparecen arriba, en la otra orilla del arroyo, que es empinada. Demasiado lejos para alcanzarlos. Los miran un poco, tiran de las riendas y desaparecen.

—Soy malaventurado —comenta don Gómez con voz apagada que parece sonar dentro de un cántaro—. Presiento que voy a morir. Me echo en un pajar y me clavo la aguja.

Don Gil lo mira, serio.

—Lo que sea hoy está en las manos de Santa María. Esforcémonos y no demos posada al desánimo.

En la vanguardia de don Diego López de Haro, los caballones tascan el freno y escarban la tierra, nerviosos. Delante de ellos, el terreno se eleva en ondulaciones verdigrises que acaban en la compacta morisma, oscura y moviente, como un inmenso campo de habas, que cubre el cerro de los Olivares.

Los jóvenes jinetes de don Diego intercambian bromas cuarteleras y se azuzan con baladronadas.

Don Welf, pálido y ojeroso del mucho velar, aprieta las piernas contra el caballo no sea que le noten que tiembla.

—Está un poco fría la mañana —se justifica.

—Es por el hierro de la loriga —dice don Gualberto—. Hay que calentarlo. Cuando apriete el sol, nos asaremos.

Calla un momento, mirando el campo de los moros, y añade, como si hablara consigo:

—La aprensión, antes de lidiar, es natural. Estos pollancones inquietos que tanto chancean también la padecen.

—No se les ve —murmura don Welf—. Parecen tranquilos, incluso alegres…

Don Gualberto deja el escudo pendiente del tiracol, afirma la lanza sobre la estribera y corrige una correa de la gualdrapa del caballo de su amigo. En voz baja, que no oigan los otros, le dice:

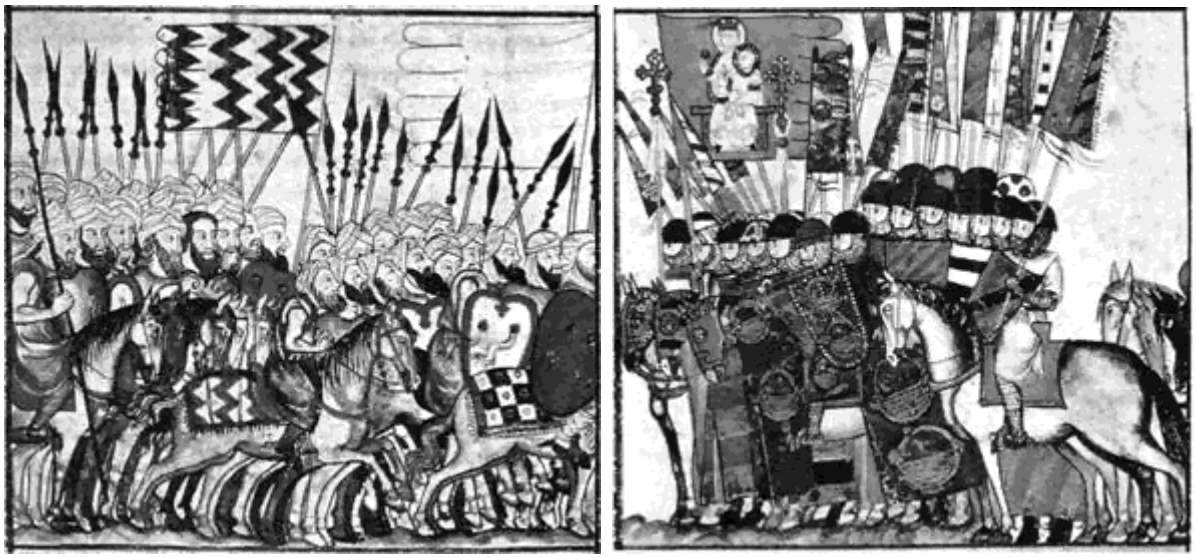
—Los moros están cagados de miedo, como éstos. Ese griterío y la tamborada lo hacen por el pavor de nuestras lanzas. En la batalla nos cubrimos y nos mantenemos cerca.

Don Welf asiente.

—Encorazona tu corazón, hermano —le dice don Gualberto—. Éste es el día de tu caballería. Ganarás mucha honra. El cuerpo tiene su pensamiento en el miedo al dolor, pero el ánima esforzada prevalece porque su calidad proviene del linaje que busca honor y acrecentamiento de la fama. Dios protege esos sentimientos en el

valiente y no ayuda al cobarde, allá lo notarás, ese amargor en la boca.

En la costanera diestra, don Fito de Cózar, hijodalgo nacido en Marruecos y ganado por la afición al mosto para la religión verdadera, mira sin aprensión la muchedumbre de moros que como nube negra se derrama el campo adelante.



—Va a correr mucha sangre —observa con gran pensamiento.

Respira hondamente don Fito. Cuando anda en batalla le sudan las manos. Piensa que los peones pueden tomar un puñado de polvo con la excusa de afirmar mejor el chuzo, pero él sólo puede restregar las palmas con disimulo en el forro de badana de las manoplas, antes de calzárselas.

—Sí —conviene su compadre don Arturo Pérez Reverter, caballero probado que cabalga a su lado, espuela con espuela—. Sería un día difícil si fuéramos escribanos o sastres, pero somos lo que somos. Éste es nuestro oficio.

—¿Recuerdas lo del paso de Alquézar? —le pregunta el de Cózar.

—¡No me he de acordar!

Pasan un rato corto pensativos, el de Cózar ajustándose las llaves del castillo que lleva colgadas en manojo del costado, en especial la de la bodega.

—¡Buenos tiempos aquéllos! —dice don Fito—. La sangre nos chorreaba por el codo y al término de la refriega estábamos tan cansados que nos dormimos en el prado sangriento, las mallas puestas y el sol en la cara.

—Y los escuderos, apurados por si venían más moros —se ríe Reverter—. Éramos jóvenes. Hemos tenido buenos ratos, juntos. ¿Te acuerdas de don Iván?

—¡No me he de acordar si éramos inseparables! ¡Quién iba a decir que colgaría las armas para ingresar en religión y acabar de capellán y maestro de novicias!

Suena la trompeta del pregón.

—Bueno, basta de charla —dice don Reverter—. Buena montería, hermano.

—Lo mismo para ti, don Arturo. ¡A la mies y cada cual siegue su parte!

A la trompeta del rey responden otras en los escuadrones centrales y poco después, según se esparcen los sones, otras más en las costaneras. Los jinetes que estaban recalcados en las sillas se yerguen buscando el centro. Los que apoyaban la lanza en tierra la suben a la estribera.

Don Diego, al que todos miran, abate su lanza para dar la marcha. La fila echa a andar con mucho reposo, las lanzas enhiestas.

Avanza la caballería al paso, sin levantar polvos, guardando las filas cada escuadrón. Algunos conversan todavía, pero la mayoría guarda silencio y mira la turba enemiga que tapiza los cerros fronteros. El sol ardiente empieza a caldear la mañana.

Pesan los yelmos. Va a hacer calor. Los pajes y el chusmerío tienen prevenidas muchas calabazas de vinagrillo, como llamamos al agua avinagrada con un poco de sal. Eso aplaca la sed de los guerreros que tanto sudan debajo de sus hierros y perpuntes. Don Diego aviva el paso hasta llegar al trote, calentando las monturas, y luego al galope corto.

¡Vierais tan grande concierto que no sobresale la cabeza de un caballo más adelante que la del otro!

Andado un tiro de ballesta, o poco más, la trompeta de don Diego avisa parada y las tres filas se aquietan para dar lugar a que los alcancen los peones que detrás vienen y a que avancen un poco los otros dos haces. Cada escuadra se aparta de la otra alejándose un tiro de piedra por dejar espacio a los traseros que lleguen. Todo el movimiento se hace con admirable concierto.

Capítulo CXXII (122)

De la singular pelea entre el gigante moro Zolas y el caballero don Íñigo de Zúñiga

Ved ahora que de la vanguardia cristiana se destaca don Íñigo de Zúñiga, con licencia de don Diego, y se adelanta solo, con un trotecillo suave, la lanza en la estribera con el *Arrano Beltza*, el águila de Navarra, en la punta del astil. A medio camino entre las dos huestes, donde sea bien notado por unos y otros, refrena su caballo y, alzándose sobre la silla, por dar más ímpetu a sus voces, grita denuestos gruesos a los adalides moros que en el campo adelantados están, tanto en aljamía como en romance, y clava la lanza en el suelo para liberar la mano y pasarse el índice por el cuello y por las partes como avisando os vamos a capar y os vamos a degollar. Así está un rato y los moros lo denuestan mucho, pero ninguno sale a él. Esto viendo, se crece, se arrima más a ellos y hace corcovear al caballo y, puesto con la grupa a los moros, le levanta la cola para enseñarles el ojo del culo. El caballo, que se llama *Garridoabril* y está bien enseñado, no tarda en defecar copiosamente.

¡Escuchad el clamor y las risas que se elevan de la hueste cristiana! ¡Ved a los alféreces y señaleros tremolar estandartes! ¡Oíd a la hueste repicar los escudos con gran clamor!

Así va la cosa cuando otro clamoreo se eleva de la morisma. Un moro principal ha aceptado el reto y sale a castigar el insulto. En la

distancia se le ve alto y membrudo, montado en un destrier de mucho precio. En cuanto don Íñigo lo ve, abate su lanza y se lanza contra él picando espuelas. ¡Día de gloria para los buenos y de aflicción para la paganía! El moro apenas acierta a levantar la lanza cuando don Íñigo lo alcanza y lo ensarta por los pechos, falsados el escudo y la loriga. La moharra le sobresale un palmo por la espalda, con un chorro de sangre súbita, y el moro se desploma sin señal alguna de contento por gozar en el Paraíso de los placeres reservados a los mártires.

No penséis que ése es todo el estropicio. Don Íñigo recupera la lanza y torna a insultar a los moros con voces y gestos, con lo que el desaliento cunde en las filas del rey de Marruecos y muchos se muerden el labio y bajan la vista abochornados. Empero, un nuevo clamor se alza en el campo de los moros y los delanteros empiezan a corear «Zo-las, Zo-las, Zo-las», lo que es respondido por los cristianos con «Mi-llán, Mi-llán, Mi-llán».

Zolas, un negro descomunal que al hombre más alto de la hueste sacará tres palmos, ha salido de las filas del moro y camina pausado hacia don Íñigo. Una loriga de escamas grande como gualdrapa de percherón le cubre el cuerpo, pero los brazos los lleva al aire y son como muslo de posadera.

Don Íñigo también descabalga, por luchar a pie, como iguales, según manda la caballería, y se acerca al negro llevando dos bohordos en la mano. Zolas se cubre con un escudo grande como la rueda de un carro, y en la diestra empuña una maza de tal peso y magnitud que dos hombres no la levantaran.

A seis pasos de distancia, los contendientes se detienen y giran en círculo, algo agazapados, escudriñándose. Ved que es astuto don Íñigo, en cuanto se pone de espaldas al sol, cuidando de que le dé a Zolas en la cara, lanza un bohordo con la celeridad de un rayo.

Zolas, con agilidad que desmiente su corpulencia, levanta un poco el escudo y desvía el tiro, pero mientras lo hace ya ha lanzado el cristiano su segundo bohordo, que le atraviesa la pantorrilla y se clava en tierra. Zolas, con un rugido más de león que de persona, desampara la guardia para arrancarse el dardo. No conoce que el cristiano se le ha puesto detrás y trabándolo de la trenza grande como maroma en la que trae recogida la melena, le echa la cabeza atrás y le pasa el cuchillo con la otra mano. El tajo de la garganta parece una tajada de sandía. ¡Creedme si os digo que la tierra tiembla al recibir el corpachón del gigante! Luego don Íñigo le corta la cabeza con la destreza de un carnicero que destaza un novillo, y regresa a sus filas, mostrándola en alto, el escudo de Zolas colgado del arzón. ¡Cómo lo vitorea la hueste!

Capítulo CXXIII (123)

De la batalla propia con sus suertes varias

Acá comienza la batalla, la de las honras y los grandes dolores. Oíd el clamor del campo, los gritos, los relinchos, los tambores llenando con su trueno creciente valles, sierras y collados que no parece sino que el cielo se desploma sobre la tierra. Percibid el latido apresurado de los corazones que van a herir y morir.

Avanzan al paso, las tres filas de la vanguardia cristiana, estribo con estribo. Tras ella, la turba de peones, de ballesteros, de escuderos jóvenes con caballos y lanzas de repuesto. El lugar que dejan van a ocuparlo los haces medianeros.

Los moros no se mueven. Tamborean, gritan inchalas, patean la tierra, baten escudos y lanzas, levantan jabalinas, pero no avanzan.

Desde el palenque del Miramamolín, como está alto, se divisan bien las escuadras cristianas. Viéndolas acercarse al paso, un moro viejo, de los entendidos que rodean al visir, le dice:

—Señor, no hacen la espolonada. Reservan los caballos hasta que estén cerca.

Dice el visir:

—¿Qué hemos de hacer?

—Conviene que lleguen cansados —propone el moro sabedor—. Adelantemos nuestra vanguardia hasta casi llegar a ellos y así los constreñiremos a acometer. Que los piqueros queden donde están,

pero que algunos cientos de jinetes ligeros y de peones adelanten el campo y cuando los alfonsos arremetan contra ellos corran a refugiarse detrás de las picas.

A los otros sabedores moros que con el rey están les parecen esas palabras de gran prudencia y conocimiento. El visir envía heraldos a los jefes de la caballería, los cuales, enterados del plan, responden:

—¡Oír es obedecer!

Ved cómo se apartan los piqueros y dejan pasar a los peones y a los jinetes ligeros, que salgan al campo.

Don Diego López de Haro entiende la maniobra y dice:

—Los moros nos quieren obligar a una espolonada larga. Que se mantengan los pendones hasta que estemos a un tiro de flecha y entonces amagaremos como quieren.

Los pregoneros llevan la voz de don Diego a las costaneras: haremos una espolonada corta, para espantarlos, que nadie sea osado de perseguir a los moros cuando se retiren, bajo pena de traición y desobediencia.

—¿Que los dejemos escapar? —protesta don Welf.

—Eso mismo —corrobora don Gualberto—. Dejamos que escapen. ¿No veis que quieren fatigarnos antes de tiempo?

Así lo hacen. Siguen avanzando los moros. Los cristianos, sin alterar el paso, acortan el campo. Cuando están a treinta pasos y las primeras flechas y piedras comienzan a caer, sin fuerza, a los pies de la primera línea, don Diego abate su pendón. Las tres filas bajan las lanzas y embrazan los escudos, el centro y sus costaneras, de arroyo a arroyo. Piafan los caballos, nerviosos.

Don Diego mira a sus parientes y les dice:

—Hijos míos, los que de mi pan coméis, los de Haro. Ahí delante tenéis a los que vienen a despojar a vuestros hijos y a gozar a vuestras mujeres. ¡Heridlos, por Dios y Santa María!

Aúllan los de Haro como los lobos de su enseña.

Pican espuelas y arremeten como hombres rabiosos cada cual mostrando su denuedo.

—¡Dios ayuda! —grita Cabeza Brava ondeando el estandarte.

—¡Esforzad castellanos! ¡Dios ayuda! ¡Millán! ¡Yago, Castilla, Alfonso! ¡Heridlos por caridad! ¡Cierra, cierra! —resuenan las voces mientras la tierra tiembla bajo tanta galopada.

Las costaneras, al ver acometer a don Diego, no se quedan atrás.

—¡Aragó! —grita García Romero, picando espuelas.

Lo siguen los suyos, las lanzas abatidas, aragoneses, catalanes y provenzales, estribo con estribo, gritando a grandes voces: «¡Aragó, Aragó! ¡Jorge, Jorge! ¡Pedro, Pedro!»

En el otro cabo del campo, acomete don Hugo de Tours, los dientes apretados. ¡Cómo se reconforta al pensar en los despojos que va a cobrar, las arquetas de oro amonedado y en grano, los frascos de pimienta, las sedas, los vestidos de púrpura, las espadas de la India que aderezarán la sala de su castillo, lo que contará de esta batalla al hijo que le va a nacer!

No duda don Hugo de que el hijo sea suyo. Ha pensado matar a doña Eliabel, su mujer, en cuanto lo destete, como mató a su mujer anterior. Se buscará otra que no done ligas a caballeros menesterosos.

Al picar espuelas aparta estos pensamientos para derramar en los moros la saña que le inspiran.

Los moros delanteros, cuando ven que tiembla la tierra y se abate sobre ellos el huracán de acero, desamparan el campo y se acogen al resguardo de sus piqueros, los cuales, según están avisados, los pares dan dos pasos al frente mientras que los nones no se mueven, y así abren la hilera para recibirlos. Pasados los fugientes, ellos retornan y cierran la fila.

Sabed que cada pueblo lidia y combate a su guisa y que los moros tienen la suya ajustada a su ser, cuando en menos de un pensamiento mudan de bravos a cobardes de poco esfuerzo, por eso en la lid dan la espalda y emprenden veloz huida, a veces dos en un caballo, aullando con la lengua vibrante, como suelen, mas si ven ocasión harán tornafuye y herirán muy de recio en los que les dan alcance y antes que te des cuenta ya estás finado, así son de alevosos. Cuando don Diego y los suyos alcanzan el punto donde los moros estaban no encuentran en quién herir. Don Diego grita:

—¡Sofrenad! ¡Alto la hueste, alto, que nadie los alcance! ¡Rehaced la línea!

Don Lope Díaz tremola el estandarte.

—¡Sofrenad, sofrenad! ¡Tornafuye! —avisan pregoneros y adalides a lo largo de la fila—. ¡Que nadie acometa!

—¡Tornafuye! —gritan los jefes de mesnada, conteniendo a sus hombres—. ¡Sofrenad! ¡Que nadie acometa ni ose sobrepasar el estandarte!

Como están aleccionados de la víspera, los caballeros sofrenan y rehacen las filas con admirable concierto, juntando estribos.

—¡Hubiéramos herido! —protesta el joven don Welf.

—Sosiégate, hermano —le dice don Gualberto—. Hoy no te faltará ocasión de herir.

En el palenque, el moro viejo tuerce el gesto cuando ve pararse la espolonada cristiana. En las caras de los moros sabedores se aprecian manifiestas señales de pesar.

—Vienen avisados —dice Rachid Benkirán, el hermano del rey—. Y ved que sus caballos no se espantan de los tambores, sino que andan con las orejas flojas.

El moro viejo piensa: «No será como en Alarcos», pero se guarda de manifestarlo no sea que el visir lo tome como heraldo de la derrota y lo aparte de su sombra.

No están los moros del consejo satisfechos de cómo se apareja el día ni de cómo el Miramamolín conduce sus asuntos. Le falta la prudencia y el buen juicio de su padre.

Atruenan el aire los tambores. Los moros que han corrido el campo manifiestan su ardor con redoblados gritos. Algunos escapan de la fila de lanceros para retar a los cristianos. Los santones de barba crecida muestran alcoranes verdes encima de sus cabezas y gritan jaculatorias que los aspirantes al martirio corean.

¡Gran algarabía de moros! A cientos y a miles se agitan, como ola negra, detrás de los lanceros que aguardan impasibles.

Notad que la distancia entre los dos ejércitos se ha reducido a no más de cuatro tiros de ballesta.

De detrás de los piqueros salen varios escuadrones de arqueros a caballo, los turcos de Firouz, las caras redondas, bigotes lacios, ojos gatunos rasgados, con perpuntes de cuero y gorros de piel de zorro. En caballos pequeños y ligeros describen súbitas carreras cruzándose entre ellos y esquivándose sin jamás toparse ni estorbarse, lo que es maravilla que no parece sino que hombres y caballos están llenos de ojos. Se acercan y se alejan de los cristianos, dominando el campo en medio. Los más cercanos lanzan flechas con gran tino sin dejar la cabalgada. Una hiere la cabeza de un caballo, que se espanta y derroca al jinete, otra se traba en la gualdrapa del jaco de don Pero de Villalobos, sin hacer sangre; otras dos hieren a dos caballeros, uno en el muslo y otro en la garganta pasando las mallas.

Algunos peones moros, enardecidos, salen al campo a hostigar a los cristianos.

Los que rodean a don Diego lo miran impacientes, aguardando órdenes, pero él parece que está pensando en otra cosa, como si no viera caer las flechas tan cerca de su tropa. Respiran aliviados cuando sale de su ensimismamiento y ordena que los ballesteros se adelanten veinte pasos a la fila de caballos. Salen los ballesteros, con sus bonetes adornados y sus repletas aljabas de cuero

pendientes de la cintura. A cada uno lo acompaña un peón de lanza que porta un pavés largo lo bastante grande para cubrirlos a los dos.

Los peones afirman los paveses a la distancia atinada, no muy juntos, para dejar espacio a los caballos. A su resguardo, cada ballestero asienta en tierra el estribo de su arma y tensa el bramante con ambas manos. Cruje la cureña, se tensa el arco de acero, encaja el anillo del disparador en el tope de la nuez.

—¡Armada! —avisa cada ballestero a su maestre.

—¡Tiro largo! —ordena éste—. ¡A los que más alborotan!

Mientras escoge el blanco, el ballestero tantea en la aljaba en busca de un pasador de aletas de cuero. Cebado el canal, encara el arma, apunta al caballo del arquero turco en su parte central, cuando viene de frente, un poco desviado, por si también alcanzara al jinete.

Los turcos se aproximan todavía más sin dejar de flechar, con gran celeridad, unas veces de lado, otras de frente, incluso al alejarse se tornan y disparan sin perder el tino. Varios paveses reciben flechas turcas, empeñoladas, fuertes, las puntas sueltas en forma de caperuza, que atraviesan la tabla y sobresalen un palmo.

Disparan los ballesteros, a discreción. Alcanzados en su carrera, varios caballos turcos ruedan por el suelo. Algunos jinetes tornan grupas y ponen a salvo, fuera del alcance de las ballestas, a los descabalgados que pueden valerse. Los pocos que quedan en el campo se tornan más prudentes. Vuelven a correr, pero disparan prematuramente y las flechas se quedan cortas; galopan sesgado, a lo ancho, describiendo quiebros, para estorbar la puntería de las ballestas, pero aun así caen algunos. No faltan ballesteros diestros en la caza que aciertan apuntando dos cuerpos por delante del ciervo en fuga.

A un turco un virote le pasa el muslo, lo cose al caballo y hiere el corazón de la bestia que rueda por tierra boqueando sangre. El hombre aúlla con el muslo sano aprisionado debajo de la cabalgadura. Dos camaradas acuden a socorrerlo, echan pie a tierra

y pugnan por rescatarlo. Uno intenta aserrar el virote entre el muslo y el caballo con su navaja dentada mientras el otro lo jala de los brazos. Los ballesteros los alcanzan con nuevos tiros. Al ver fenecidos a sus tres camaradas, los otros turcos se arredran y desamparan el campo.

—¡Ajá! —aprueba don Diego—. Nuestros tábanos espantan a las avispillas del moro.

Protegida por la ballestería, la línea de don Diego gana el campo, un poco adelantada en las alas y costaneras. Avanzan ordenadamente los jinetes cristianos rebasando el cerrete de las Cañadillas del Calvario hasta fincar a un tiro de ballesta de los moros, que se extienden como una cinta oscura por los altozanos contiguos. A tan corta distancia se distinguen las caras morenas y huesudas, los ojos febriles orlados de oscuro, los pómulos salientes, los dientes lobunos en las bocas prietas que se desgañitan gritando. Algunos llevan turbantes negros o azules; otros, cofias de piel. Abundan más los albornoces que los perpuntes.

A las voces de sus adalides, los piqueros hincan la rodilla en tierra e inclinan hacia los cristianos las picas de acerada punta, los regatones clavados en el suelo y pisados. Otros piqueros se ordenan detrás, de pie, al tresbolillo, las picas apuntando por entre las cabezas de los delanteros, formando barrera. Y aún detrás de éstos se agolpa una multitud de arqueros y honderos. Cada arquero clava en tierra, delante de él, un puñado de flechas. Los honderos se cuelgan del pescuezo, sobre el pecho, las talegas con sus cantos.

Los piqueros moros aguardan imperturbables y silenciosos la embestida de la caballería. Detrás de ellos, la turba enardecida corea jaculatorias y aporrea los escudos con piedras y pomos. Santones de barba crecida van de un lado a otro blandiendo el libro de su secta y gritando alcoranías.

Las roncas consignas resuenan como en bocina por todo el contorno de los cerros. Entre los tambores del moro y los galopes de la caballería, la tierra retumba como si el cielo se desplomara sobre

los montes. Así lo recordará, años después, el obispo de Cuenca narrando la batalla a sus sobrinos.

El caballero don López Fe-Figueroa, de los cofrades de san Antón, está ansioso por acometer. Anima a su compadre don Arias de Saavedra: «¡A ellos, a ellos, ni pollas!»

Cabeza Brava lo reprende severamente:

—¡Conteneos, león! Que nadie ose adelantar a los estandartes. Recordad: la rodilla pegada a la del vecino, caballos al hilo, que nadie se destaque.

Los jefes de mesnada sofrenan a los caballeros más jóvenes.

La chusma de peones moros que sigue a los jinetes turcos se retrae agitando sus armas y profiriendo alaridos.

Desde el corral del Miramamolín, los moros viejos ven con gran pesar que sus enemigos no se vencen a sus argucias y provocaciones.

—¡A los alfonsos les tiembla la barba! ¡El pavor les encoge los ombligos! —dice un jeque joven.

—Más bien se muestran avisados —lo corrige otro de los viejos—. Habrá que esperar a que aguigen contra la línea de picas. Con el auxilio de Alá, entonces podremos enturbiar sus filas y despedazarlos.

Don Diego respira profundo el aire caliente de la mañana. Se está levantando mucho el sol y pronto el calor calentará las lorigas y los yelmos y será insufrible. Más vale no demorar la batalla.

Se adelanta un poco y mira a un lado y otro que las líneas estén formadas.

—¡Trompeta, que se vuelvan los ballesteros!

Avisados por la trompetada, los ballesteros despejan el campo y se retraen con sus paveses detrás de los caballos antes que los atropellen.

Don Diego se alza sobre sus estribos.

—¡Millán, Castilla, Yago, cierra! —grita.

—¡Esforzaos, cerrad! —grita Cabeza Brava.

Don Lope agita el estandarte, los de las costaneras, que aguardaban la orden, lo imitan. Arrancan al unísono las tres filas de jinetes, dos lanzas de distancia entre ellas. Las dos primeras levantan una nube de polvo que envuelve a la postrera y emborriza a los peones que las siguen.

Tiembla la tierra debajo de la caballada. Llueven nubes de flechas y cantos de honda sobre don Diego y los suyos cuando hieren en la morisma, embrazados los escudos, las lanzas bajas.

Don Fernando Lamuño y Lamuño, señor de Salas, hiere de recio en la morisma clamando a grandes voces: «¡Monte de merda; fillos da putaña idevos foder todos no inferno, cabrons!»

Ved con cuánto corazón lidian asturianos y gallegos, don José Bernaldo de Quirós, don Manuel de Valdés y don Francisco de la Buelga.

¡Viérades tanta flecha clavada en las lorigas y en las gualdrapas de los caballos! A don Guillem de Aguilon, de la mesnada aragonesa, le acierta un canto entre el almófar y el nasal del yelmo, allá donde la faz se descubre, que le descuelga un ojo y le quiebra el hueso del carrillo. Se retira dolorido, el ojo en la mano, escupiendo dientes, y le dice a don Arnaldo de Alascon, que viene detrás:

—¡Guardadme la lid que me consuelo un poco y ya mismo vuelvo!

—Mal te veo, hermano —le dice don Arnaldo.

—¡Medio mal! —lo corrige—. ¡Me queda el otro ojo!

Una descarga de gorguees emplomados horada muchas lorigas y escudos y hiere a caballeros y caballos. Caen, que no se levantarán, don Guillen de Castelnuevo, señor de autoridad y estima, y don Francisco de la Buelga, el buen lidiador. ¡Tristes de las madres que

los parieron! Los que vienen detrás tropiezan en ellos y ruedan por tierra.

Don Pere Vernet, el de Terrassa, hiende muchas cabezas con la espada abriendo gran surco de muertos y llagados mientras grita: «¡Arrencapèls, cony arrugados!»

Llegan moros más osados a atajarlo y por las dos partes lo ofenden con muchos golpes. La sobrevesta lleva teñida de la sangre que le chorrea por el brazo hasta el sobaco y luego por el pecho hasta la cintura, de manera que parece llagado sin todavía estarlo, sino que el rostro lleva demudado del calor y de la fatiga. Un moro trasero le falsa la loriga con el hierro del chuzo debajo de la tetilla izquierda, derecho al corazón. Vedlo que sigue lidiando: ¡si no es muerto, bien cerca está de la muerte!

Ya llegan don Diego y los suyos a la barrera de las picas que apuntan al pecho de los caballos. ¡Quién supiera contaros el golpe seco, los relinchos agónicos de los brutos empalados, el chasquido de los huesos tronzados, el siseo de los hierros irrumpiendo en las entrañas, los aullidos de los heridos!

Al santón moro Tasufín Mójame, el asceta de Fez, que anda animando a su tropa con letanías del profeta, una espadada le destapa la cabeza por encima de los ojos. Los sesos, que tiene muy fluidos del mucho estudio, se le derraman la cara abajo hasta la boca, y él, cegado por su propia sangre, y desnortado, sin saber qué ha ocurrido, saca la lengua y los toca por saber qué es aquello caliente que le dan. Luego, se viene al suelo y ya no vuelve a parecer.

Don Tomás de Lupián, fiel escudero de don Diego, criado en su casa, hijo de un mesnadero suyo finado en Alarcos, se adelanta a don Diego, desobedeciéndolo, lo que nunca antes hiciera, y precipita

su percherón sobre las picas, delante de don Diego, por preservar a su señor. Dos de ellas ensartan al caballo a todo lo largo, entrando por el pecho y saliendo por la palomilla y la cadera, y una tercera pasa al jinete. Un chorro de sangre espesa le brota por la espalda y salpica a don Diego y a la compaña. El impacto de la montura con su montador, con el peso acrecido por la carrera, abre ancha brecha en la hila de piqueros derrocando y aplastando a cuatro de ellos y a no sé cuántos de atrás. Por el portillo irrumpen don Diego y don Lope atropellando y alanceando y tras ellos muchos mesnaderos que, tomando a los piqueros el revés, hacen en ellos gran carnicería con chuzos y espadas.

¡Cómo lidia don Diego, el alférez de Castilla! Astillada la lanza, descuelga la maza del arzón y torciendo las riendas a su diestra recorre por dentro la enturbiada fila de los piqueros aplastando calaveras y quebrando huesos al tiempo que grita:

—¡Millán, Yago! ¡Castilla! ¡Esforzaos, lobos!

¡Oyerais los gritos en tantas parlas! Ved a don Raimón de Canet con la mesnada catalana. ¡Qué buenas armas hacen cuando caen sobre los moros al grito de: «Jordi! ¡So metent, Aragó, Jordi, Aragó, Aragó!»

Ved a don Hugo de Tours, el fiero con sus enemigos, cómo se interna entre los moros alanceando y gritando: «¡Montjoie, Sant Denis!»; a don Teobaldo de Blasón, el gran torneador, que por su virtuosa mano hace perecer infinita morisma, cómo hiende los cuerpos clamando: «*Justibol, justibol*!»;[51] a don Angus de Lichfield, que hace muchas caballerías dignas de ser contadas; a Pero Garcés de Arroniz, el buen espadero del rey Sancho, que con saña ciega descarga el hacha sobre cabezas y pescuezos al grito de «*¡Mairu urde alaenak, ittoko ahal zarete!*».[52]

En la costanera siniestra, don Alonso Pérez de Malavilla grita a su mesnada:

—¡Herid, cabrones fulos de puta! ¡Ferro, ferro! ¡Folladlos, verracos en celo!

—¡Yago y espuela! —se escucha la voz ronca de Cabeza Brava entre el tumulto de gritos y relinchos.

En la polvareda, ¡qué gran carnicería! Como el río caudaloso que crecido se sale de madre y abate el cañaveral, así muchos caballos se empalan en las picas y por su peso y empuje atropellan, aplastan y deshacen a veinte o treinta moros antes de detenerse fenecidos o coceando sobre sus tripas vertidas, un buen trecho dentro de la morisma. Un caballo enloquecido y sin jinete galopa entre la chusma sarracena y antes de perecer deja tras él un rastro de moros maltratados y tullidos.

¡Como la mar alisa las arenas en las playas, así la carga de los caballeros alisa las filas de piqueros y peones que los moros en gran muchedumbre habían juntado en el llano! Aniquilados los piqueros, rotas o embarazadas las lanzas, los caballeros empuñan espadas y mazas y avanzan hendiendo y machacando cabezas a un lado y a otro abriendo paso a los peones que con chuzos, porras y cuchillos los siguen, degollando y rematando a los moros heridos que por los suelos yacen y a los que empavorecidos se dan a merced.

¿Quién sabría decir cuántos perecen allá? En medio del polvo y de la confusión, los que quieren huir dan en las lanzas de los que quieren luchar y, enredados unos con otros, se entorpecen y quedan a merced de los caballeros que sin desmayo avanzan como los segadores en las mieses, alanceando, hendiendo, aporreando.

Don Welf, la furia desatada, pierde el caballo en el primer salto al tiempo que ensarta a dos moros. Cae su montura finada aplastando a un turbión de paganos. Don Gualberto lo acorre, le tiende la mano y lo rescata para que tome otro caballo. Juntos acometen a la morisma y, pasando por ella como el jabalí entra en el sembrado, dejan detrás de ellos un rastro de moros finados o malheridos que los escuderos rematan. Así alcanzan la eminencia del cerrete desde la que muchos jinetes turcos flechan a la polvareda del tumulto, sin cuidar si matan cristianos o moros. ¡Tantos son y tan cerrados que ni rebullirse pueden!

Don Gualberto y don Welf acometen, tajan y estoquean: a sus golpes los perpuntes de cuero se faisán como si de papel fueran. ¡No estropicia menos la zorra codiciosa en el gallinero!

Ved al moro Tanausú, el del gran hígado, cómo lucha con don Gonzalo Gustioz. Trabados en mortal abrazo, caen entrambos al suelo entre los cascos de los caballos. Tanausú queda debajo y con las manos traspasadas quiere parar la daga del energúmeno que tiene encima, famoso por su fuerza y porque es capaz de desnucar a un ternero añal de un puñetazo. Gonzalón va venciendo las fuerzas del moro y le clava lentamente el arma camino del corazón. El moro se afloja poco a poco hasta que se abandona y el hierro entra de golpe hasta el tope de la cruz. Mientras muere, Tanausú, que solía vivir en un palacio de Meknés rodeado de jardines, piensa en las esposas que allí deja, una de ellas rubia, comprada a un mercader de nórdicas, lo que le causa gran contrariedad. Reposa la cabeza en la tierra ensangrentada casi con dulzura, tose levemente, le sobreviene un vómito de sangre, estremece un poco las piernas y queda exangüe, flojo, muerto. Don Gonzalo Gustioz se incorpora, limpia la daga en la barba del muerto y manda a su escudero que le traiga un caballo descansado.

Mirad los piqueros moros enturbiados y sin orden. Los que sobreviven se juntan en cuadrillas, los hierros puestos en derredor, como puercos espines. Vienen más moros en su ayuda con jabalinas, con porras, con saetas. Arrecia la nube de piedras y flechas. Caballos y caballeros están como acericos con muchas flechas clavadas en los escudos, en las lorigas y en las gualdrapas, unas llagándolos y haciendo sangre, otras no, sino que quedan prendidas en los anillos de hierro y en el cotón de las gualdrapas sin más ofensa.

¿Quién diría la confusión de carnes desgarradas, los chorros de sangre humeante, los huesos y astiles tronchados? Mejor fuera pintarlo que decirlo. Oíd los gritos de agonía, de pavor o de ira. Caballos y caballeros fenecidos o malheridos siembran el campo sin que se vea la tierra y por cada uno de ellos veinte moros o más.

Tanta es la mortandad que algunos caballeros, fatigados de matar, chorreando la sangre que baja del brazo de la espada hasta el sobaco, han de retirarse a vagar y a refrescar las fauces y las gargantas quemadas del polvo y de la grita.

Don Simón de Mercia, el buen caballero, contempla desde la eminencia del real la polvareda de la batalla, y percibe el estruendo, como de tormenta, que forman los tambores y el combate. ¡Cómo quisiera el buen caballero andar allá abajo cumpliendo honrosamente sus armas si no le bajaran por la nalgas los hollejos de las lentejas que cenó la víspera!

—La cagalera parece que va a peor —le dice contristado a doña Ermengarda—. Hermana mía, ¿cuándo me aliviará vuestra medicina?

—Paciencia, hermano —le recomienda ella—. Se conoce que la tomasteis demasiado tarde, cuando ya el tósigo de las gachas había hecho su mal en las tripas. Ahora sólo cabe aguardar a que la naturaleza obre y arregle la desmesura de los humores líquidos. Si acaso, tomad otra taza de la medicina y reforcemos el efecto de la cura.

Capítulo CXXIV (124)

De cómo prosigue la batalla con mucha mortandad de los dos lados y el rey de Marruecos mira la sarracina de los suyos

Llegan nuestros caballeros al caíd de los turcos que con su arco dorado ha abatido a muchos caballeros. Don Gualberto, pasando a su lado, le asesta tal golpe en la cabeza con la manzana de la espada que le rompe la calavera y le derrama los sesos por los cascos. Viendo fenecer al jefe, otros turcos desmayan y se retiran dejando muchos finados en el campo.

En medio del estruendo infernal de tambores, relinchos, alaridos, ayes y crujir de astas y hierros, apenas se escuchan las letanías enronquecidas de los santos morunos que recorren las filas de atrás, donde los golpes no llegan, entonando sus salmodias: «¡Pensad en el paraíso —vocean—. En las huríes que os recibirán, la leche, la miel…!»

Retroceden los piqueros moros disimulando miedos, sin dar la espalda a la avalancha de caballeros que se cierne sobre ellos. Sus almocadenes les descargan crueles bastonazos para que vuelvan a la lucha. Algunos adalides viejos degüellan a los que acobardan.

El rey de Marruecos, desde la sombra de la tienda bermeja, mira la dispersión de peones que salen desarmados de la polvareda y otros que van a ella, gritando y blandiendo sus armas. Mira el sol calentando sobre los montes, piensa en sus jardines de Marruecos y acaso se pregunta qué hace aquí si a él le desplacen el mando y la guerra y tanto añora la paz y la tranquilidad del palacio. Desmayado

de pensar en las grandes calores del día, mete la mano en un lebrillo de plata y se la pasa mojada por la nuca y las muñecas. Bien ajeno está a las palabras que los peritos en la guerra dicen y a los comentos de los jeques ancianos que lo rodean. Mira marchar a su hermano Rachid Benkirán y piensa: «Este hubiera sido mejor capitán; a él le gusta la pelea.» Llama al jeque de más confianza que le explique lo cumplidero.

—Ahora, señor, cuando ataquen los cristianos de la medianera, haremos avanzar a las cabilas y la caballería desplegará sus alas para que la victoria sea nuestra, si Alá quiere.

Mira An-Nasir a sus gentes en la turbación de los polvos que el combate levanta y se alarma de que sea más cerca de él que del real de los cristianos, pero, con todo, encorazona su corazón y sigue el consejo de los sabedores de la guerra.

¡Cómo hierve la sangre en los jinetes de las cabilas, los feroces guerreros del desierto, los veloces jinetes almohades enardecidos y dispuestos a rivalizar en arrojo y valor! Dos nutridos escuadrones de jinetes ligeros, casi todos bereberes, ocupan las costaneras, cabriolean y profieren alaridos excitándose a la pelea. Unos montan a la jineta, con estribo corto, visten perpuntes de lino y alcotón y se cobijan con escudos de cuero de antílope; otros se cubren con buenas lorigas genovesas y yelmos labrados. Todos blanden buenas lanzas.

Los moros viejos sabedores de la guerra no se apuran. Miran morir a los suyos con ánimo imperturbable. Tantos moros allá abajo faltos de armas y de defensas sirven para agotar a los adalides cristianos. «Cuando los cristianos de la medianera se sumen al combate y después de una hora estén tan cansados y heridos que no puedan levantar el brazo; cuando la espada les pese el doble, cuando sus caballos estén consumidos y la espuma en las bocas les cubra los pescuezos, ya cercanos a caer fenecidos con la hiel reventada por el esfuerzo, entonces sus almocadenes lanzarán la caballería fresca y con todo su ímpetu derrotarán a los cristianos, si Alá quiere.»

—Cuando esto ocurra —le dice un moro perito a An-Nasir—, nuestros jinetes ligeros rodearán a los pesados de los cristianos y, cuando les hayan enturbiado filas y haces, nuestros peones entrarán entre los caballeros matando hombres y caballos y los habremos derrotado como en Alarcos.

Capítulo CXXV (125)

De los acuerdos de don Diego y de cómo se endereza la batalla

Don Diego pelea, rodeado de los suyos, empecinado en lavar con sangre la vieja afrenta. «¡Esta vez no me falsáis el plan!», murmura por más enardecerse.

Sabed que antes de la espolonada le ha encomendado a sus maestres de campo:

—¿Veis aquellos jinetes que bullen en las costaneras de los moros, detrás de la muchedumbre, los coletos de cuero y gorros de piel de perro? Esos son los flecheros turcos a los que han de tirar las ballestas antes que se metan a enturbiarnos. En cuanto se os pongan a tiro, los herís. Y os cuidáis de ellos porque vendrán al tornafuye.

—¡Ballesteros, a las costaneras! —ordena don Martín Muñoz de Finojosa al maese Pitaluga.

El genovés agrupa a sus hombres.

—¡A las costaneras! Los cuadrillos son para los jinetes de ropaje oscuro. ¡Tomadles puntería sin apremio!

Don Pietro sabe que sus hombres tiran en salvo, sin cuidarse de los tiros contrarios, pues la peor ballesta aleja más que el mejor arco turco.

Los turcos aguardan su momento, agrupados sobre sus pequeños caballos de largas crines, conversando tranquilamente,

mientras los peones cristianos avanzan en el campo tomado degollando y maceando a los heridos.

Don Gonzalo Núñez de Lara, el valeroso adalid que manda la medianera, se impacienta y encoge los hombros por aliviar el peso de la loriga. Mira a un lado y a otro comprobando que los almocadenes han alineado a sus hombres. Sudan los caballeros parados bajo el sol que calienta las mallas de hierro. Piafan los caballos, inquietos.

Los llagados se retiran de la batalla, unos por sí mismos, a lomos de sus cabalgaduras, muchas de las cuales cojean y habrá que sacrificar; otros, a pie, descabalgados, auxiliados por sus escuderos o por los peones. Muchos traen astiles de flechas clavadas en sus cuerpos a que los saquen los cirujanos.

Los infanzones que rodean a don Gonzalo, jóvenes leoneses impacientes por combatir, aguardan la señal, embrazados los escudos, las lanzas apoyadas en el suelo o en la estribera. Don Gonzalo, un poco adelantado, cruza una mirada tranquila con don Ruy Díaz de Cameros, que manda la diestra medianera. Asiente el otro con la cabeza como diciendo: «Ya está maduro el campo y no se ve nada con tanta polvareda, vayamos a ellos antes de que don Diego desmaye.» Manda tañer la trompeta. A su señal, el alférez tremola dos veces el estandarte. Don Gonzalo, alzándose sobre sus estribos, grita con la fuerza de su garganta:

—¡Sus, cierra Yago! ¡Esforzad, castellanos! ¡Por Millán y Lesmes! ¡Ferid de recio!

Las tres filas de caballeros aflojan las riendas, pican espuelas y acometen, estribo con estribo, sin que una cabeza de caballo sobrepase la otra.

—¡Castilla, Castilla!

—*¡Alakbar, alakbar*!—gritan los moros.

Los moros avanzan como una masa prieta, ululando y golpeando los escudos.

—¡Las ocas migrando no gritan menos! —comenta Corbario, el patrón de los trudentes, mientras desarraiga distraído un yerbajo del suelo con la punta de su tajadora—, pero igualmente acaban ensartadas en nuestros asadores. ¡Hoy tendremos carne fresca!

—¡Carne de moro! —dice el trudente Valmor.

—¡No, carne de potro! —bromea el jefe.

Vuelan las flechas africanas y los cantos honderos, como granizo abatiéndose en nubes sobre los caballeros. Caen algunos. Un caballo se encabrita con un saetazo en el hocico y descabalga a su jinete.

¿Quién podría pintaros la espesa muchedumbre que llena valles y colinas y no deja ver la tierra, las apretadas filas de caballos, el temblor de la tierra bajo cientos de cascos pesados que galopan al unísono cargados de hierro, las espesas nubes de flechas que sin cesar surcan el aire?

Allá van las segundas escuadras a lidiar cada una acompasada a la otra para herir a un golpe. La muchedumbre de moros cede campo y huye cuesta arriba. Algunos denodadamente combaten hasta que desmayan también y desamparan a los suyos malheridos. Los caballeros rebasan la turba doliente dejándola a los escuderos y peones que vienen detrás como el espigador sigue al segador.

La segunda fila de caballeros llega con ímpetu y atropella a los piqueros que todavía se mantenían. Pere Muntaner, escudero del conde de Barcelona, que ondea el pendón de san Jorge, va gritando.

—¡Aragó! ¡Al moro, al moro, collons!

Un peón moro muy fiero e iracundo se lanza contra él y quiere derrocarlo, pero don Pere lo toma por los cabellos y le pasa la espada por la garganta.

Ved los jinetes moros cómo aguardan sobre otra colina alargada, en filas y escuadrones. ¡Tantos son que la tierra resulta estrecha para albergarlos! Los que encabezan, enlorigados de la cabeza a las rodillas, brillan al sol como lunas en la noche oscura. ¡Filas tan apretadas que no lanzarás una manzana contra ellos que no golpee

a hombre o a caballo! Embrazan los escudos, como un apretado bosque, y apuntan al enemigo, prestos a galopar, enardecidos por la sangre.

Se combate en las navas, en las colinas y en los arroyos. En la costanera izquierda, los aragoneses han desbaratado las primeras filas de moros y han tomado algunos prisioneros principales a juzgar por sus arreos de lujo y sus buenas jacas.

—¡Que nadie los mate, que son mazmutinas contantes, refrenad! —grita García Romeu, mientras sus hombres los maniatan y los apartan de la batalla.

Los santones de barba crecida recorren la morisma salmodiando coranes y letanías que arrancan alaridos de las gargantas de los creyentes.

—¡Mafomete, Mafomete, *alakbar, alakbar*!

Los caballeros intrusos en medio de la morisma tajan a diestra y siniestra, amputando miembros y hendiendo cabezas. Sucumbe al hierro filoso la morisma armada con chuzos, palos y cuchillos, pero también, entre muchos, derrocan caballeros y sujetándolos al suelo los matan de muy crudas muertes.

¡Vierais el campo sangriento con infinitos jinetes fenecidos por tierra, tantos caballos destripados agonizando, tantos sin jinete, vagando, quienes cojos, quienes malheridos, con los huesos fuera del cuero, los ojos espantados, resoplando los dilatados ollares!

Capítulo CXXVI (126)

De cómo los caballeros andalusíes se hurtan de la batalla

El Miramamolín, que se ha levantado de pie, por mejor ver, aunque sin salir de la sombra, la capa de Ibn Tumart dejada a un lado por el calor, mira la matanza del llano e inquiere, con grande y grave pensamiento:

—Nos matan como a ovejas en Ramadán. ¿A qué esperamos para soltarles las cabilas?

El moro viejo que a su lado contempla la sarracina calmosamente le dice:

—Señor, no es tiempo todavía. Sosegaos. Los que fenecen son los mujaidines que han venido a padecer el martirio y a ganar el Paraíso. Matar a esa muchedumbre cansará a los perros y cuando den señales de fatiga atacarán las cabilas y obtendremos la victoria, si Alá así lo permite.

En el llano de las Méricas, la caballería cristiana prosigue su metódica matanza en cuña, sin descomponer las pinas de las mesnadas. Los caballeros que por descuido quedan aislados perecen rápidamente rodeados de moros que les cortan las riendas, los derrocan del caballo, los despedazan y lanzan al aire, entre aullidos de victoria, sus despojos sangrantes. Así perece don Rodrigo de Lizana, cuyo cuerpo queda tan maltratado que lo conocerán por el meñique de la mano izquierda, que tiene torcido de nacimiento.

Dura ya un buen rato la matanza y los cristianos sólo han adelantado dos tiros de piedra. La segunda línea ha avanzado hasta

situarse a treinta pasos, sobre el terreno cubierto de cadáveres, como mieses abatidas, en el que algunos peones viejos auxilian a los caballeros tullidos o rematan a los moros.

El visir de los moros manda aguijar a los escuadrones de caballeros andalusíes. Equipados a usanza cristiana, con percherones, lorigas y almófares, aguardaban el momento de lidiar. Vedlos avanzar al paso. Cuando tienen a la caballería cristiana a un tiro de piedra, engolfada en la turba de peones, y sin espacio para impulsar nueva arrancada, los andalusíes se repliegan con mucho orden y parsimonia hacia las costaneras y pasan delante de los pelotones de jinetes turcos, fuera de la lid.

—¡Traición, traición! —grita el jeque Ajmed el Mani desde las alturas del corral.

Sabed que los caballeros andalusíes se han conjurado para desertar y salirse de la batalla en venganza por la ejecución del alcaide de Calatrava, al que apreciaban y del que muchos eran primos.

El moro viejo entiende lo que acontece. Mira al Miramamolín y piensa: «Ya le advertí a este asno rezador que se indispondría con la nobleza de al-Andalus. Éstos son los frutos amargos de su torpeza», pero se abstiene de manifestar sus sentimientos.

En la zaga cristiana, los tres reyes notan el movimiento.

—Se van los justadores —dice el arzobispo don Rodrigo con gran contento—. ¡El moro desampara la lucha!

—Pueden urdir una celada —dice don Alfonso, precavido—. Ganemos ese campo que dejan, pero no echemos campanas al vuelo.

En el centro de la nava, una mezcolanza de hombres y caballos que se acomete sañudamente con espadas y mazas, con chuzos, cuchillos y porras. Los turcos quieren rodear otra vez las filas cristianas, pero los ballesteros les matan muchos caballos y los contienen.

Desde el real, en la Mesa del Rey, muchas mujeres y pajecicos descuidan quehaceres por asomarse al valle a ver la batalla. Guillem de Cabestany, el trovador, con los otros tañedores de vihuela, mira moverse las tropas y piensa en su corazón que cuando regrese a su Rosellón natal se dejará de trovas de amor para componer un gran cantar de esta batalla. ¡Que los juglares lo reciten en plazas y en las tabernas o frente a las chimeneas de los castillos, que él haya muerto y el cantar siga vivo, turbando a los escuchantes, sin saberse quién lo escribió! A su lado, pálido de faz, en camisa, don Simón de Mercia, el cuitado caballero, contempla la batalla en los ratos que le consiente su agravado despeño de tripas. Se le acerca el conde don Gutierre Rodríguez, que tampoco puede lidiar porque tiene un brazo en cabestrillo.

—Parece que muerde el polvo la morisma, don Gutierre —le dice —. La polvareda se va moviendo hacia el real de los moros. Vos tenéis mejor vista, ¿qué me decís?

—¿Qué os he de decir, don Simón? Un grave pensamiento me inquieta: los de la medianera avanzan pero los delanteros están parados y no ganan terreno. Si se apiñan mucho, se estorbarán mutuamente. Los que empujan no dejarán espacio para que los delanteros retraigan a los cansados o heridos, ni podrán cubrir sus huecos frente al moro. Y queda mucha pelea, monte arriba. Temo que se fatiguen y que no puedan sostener la espolonada de los moros de la zaga, que están frescos y todavía no han lidiado.

—¡Y son los mejores! —añade don Simón con gran pesar en el semblante.

Capítulo CXXVII (127)

Del corral de los cirujanos, donde doña Eliabel se afana con doña Ermengarda

El corral de los cirujanos, en el rodal más ventilado del real, es también el más atareado. Pajes y chusmeros de continuo acarrean agua del arroyo y allegan leña para las candelas. El herrero calienta los cuchillos de los cauterios y afila las sierras de las amputaciones. Don Arnaldo el Anglo y los otros cirujanos se afanan en remendar a los dolientes. Doña Ermengarda y doña Eliabel, en las calderas, calientan agua, lavan heridas, aplican emplastos, vendan, vierten en las fauces de los llagados el caldo de misericordia donde se cocieron las adormideras. Cuanto amaneció limpio, con frazadas y mesas y muchos lienzos blancos prevenidos, ahora está teñido de sangre y hiede a mierda, a vómito y a vinagre. ¡Olierais con vuestras narices la carne quemada de los cauterios que impregna el aire; vierais el cuero ensangrentado que se adhiere al sudado pellejo de los lorigones y sale con él!

Traídos por sus deudos y criados llegan muchos caballeros deteriorados con llagas de muerte, los huesos desconcertados, las cabezas abiertas con los sesos asomando, quien sosteniéndose las tripas con la mano, otro sin brazo o sin pierna sangrando la vida por el tocón. Las llagas grandes que de verlas causan espanto y los tocones de los miembros cercenados quieren cauterio. En una candela grande se consume el cadáver de un peón gordo al que los moros mataron por la mañana. De su barriga, que ha reventado por

la fuerza de los tocinos derretidos, toma el físico la manteca con un cucharón de hierro y la vierte hirviendo en las llagas abiertas de las amputaciones. Los llagados sudan a chorros, aúllan de dolor, muerden la mordaza hasta quebrarse los dientes, echan mocarreras por las narices, ponen los ojos en blanco y pierden el seso del mucho dolor que padecen, como si durmieran. Prestamente los llevan a sus tiendas donde yacerán hasta que el Criador disponga que mueran o sanen.

Los angarilleros que suben al real los heridos, antes de tornar a la batalla, descansan un poco echados en el suelo, jadeantes, mientras los pajes del aposentador les llenan los pellejos de vinagrillo, con el que remediarán la sed de los que reciamente pelean.

El niño Gahete, atento a cuanto le mandan, prepara vendas y frazadas, lleva botes vacíos, trayéndolos llenos. Marmite aviva las candelas, prepara caldos, va de un lado a otro con más diligencia de la que su mucha grosura consiente. Gozo, atento a lo que doña Ermengarda le manda, menea caballetes, arma mesas, ayuda a los llagados que de continuo llegan, poniéndoles la mordaza de cuero en la boca para que mejor aguanten las curas, acarrea finados fuera del corralillo, los que pasan desta presente vida antes que los curen y cosan.

Ved a doña Eliabel, la saya ensangrentada, fatigada como nunca se vio, la cara hinchada, desfallecida del cansancio, que no parece ella, ¡cómo la hermosea su preñez y ese bucle de cabellos rubios mojados y sudorosos que se le escapa de la cofia!

En ella piensa don Gualberto, que tiene a Melipicra en la mano teñida de sangre, cuando, en un cabo de la batalla, retirado a vagar, le limpia las espumas con un paño al hocico de su caballo. Ya no es *Alferza*, que quedó herida y la dejó en medio del campo. Este zaino que monta ahora no sabe cómo se llama.

Capítulo CXXVIII (128)

De las menudas suertes de la batalla y de cómo los reyes lidiaron en ella

Don Diego López de Haro reposa guardado por los suyos, unos sentados en tierra, otros acostados, jadeantes. Algunos beben vinagrillo y se riegan con él las llagas, unos a otros se las vendan y se atan las correas. Con paños mojados se enjugan y refrescan los semblantes hinchados de la fatiga y ennegrecidos de polvo antes de ajustarse otra vez las cofias y los almófares.

—Vamos, hijos míos —los exhorta don Diego—. No desmayemos ahora, que si la carne se enfría dolerá y aún nos falta el último apremio.

El trompeta los convoca. Otra vez cabalgan don Gualberto y don Welf. Juntos se meten en la nube de polvo donde crudamente se combate, ahora con más esfuerzo, monte arriba, por lugares asaz desaguisados.

Don Diego se abre paso entre la morisma falsando cuanto encuentra con su maza. Acaso sólo acierte en un hombro, pero aun así deja maltrecho al moro y a punto para que Marro, su escudero, que viene detrás, lo remate con el chuzo.

Don Ferrán Núñez se detiene a tomar aliento, el corazón en la boca. Se restriega los ojos, medio cegados por el polvo y el sudor, con el cabo de la manopla y contempla lo que queda de la cuesta, apenas un tiro de piedra hasta la estacada del corral.

Un canto de honda le acierta en el hombro y por esquivarlo se viene al suelo. Un moro lo acomete. Luchan bravamente revolcándose. El moro, más ligero, queda encima y le corta las correas del almófar para meter el cuchillo y degollarlo. Don Fernán le empuja con una mano en la cara buscándole los ojos. El otro abre la boca para morder, él le introduce la mano guarnecida con la manopla de acero y tira hacia abajo de la quijada hasta que se la saca del encaje del hueso. Viérades al moro que quiere apartarse, dolorido, la quijada colgando en el pecho, pero don Ferrán lo agarra del albornoz y lo derroca nuevamente. Mientras el moro atiende a su quijada por volverla a su sitio, don Ferrán le abre la cabeza con una piedra. Busca luego su maza perdida entre los muertos y en hallándola se retira del combate, con ella en la mano, a buscar un caballo.

Los freires en su costanera lidian fuerte y sin desmayo y adelantan hasta la enseña de don Diego. Fray Guillen de Monredón, maestre de los templarios de Aragón y Provenza, mientras alancea moros va gritando:

—*Endavant! Maleïts, fatxes, cagacalçons…*[53]

Ved qué mal parecen estas malas palabras en un hombre de Iglesia.

Arremeten los moros de la cabila y derrocan con lanzas y pedreros a muchos caballeros. Hieren al maestre Gómez Ramírez. Sus escuderos toman a su caballo de las riendas y lo sacan de la pelea. Los que quedan no son bastantes para contener a los lanceros cabileños.

El moro viejo del corral que atentamente sigue los lances le dice al Miramamolín:

—Comendador de los Creyentes: la arrancada de los cristianos pierde fuerza. Se están juntando tantos en medio de la cuesta que pronto se embarazarán unos a otros y no podrán valerse si damos sobre ellos. Es el momento de lanzarles la zaga, antes de que intervengan con la suya. De esa guisa nuestra caballería se puede

rehacer y cuando los reyes vengan y se junten todos en la cuesta los rodearemos, como en Alarcos.

El jefe del diván Ajmed el Mani es de diferente parecer:

—No así, altísimo señor, sino mejor aguardemos a que los cristianos comprometan su zaga y ganen un poco más de tierra, porque así los tendremos en lo más agrio de la cuesta y cerca del corral, donde ellos podrán valerse mal y nosotros desde dentro de la empalizada, con la cava en medio, los tendremos al alcance de nuestras jabalinas.

—Que las cabilas avancen ahora —aconseja Mójame Doramas con aprensión—. Los perros rodearán el cerro y atacarán nuestro real en cuanto vean que flaqueamos allá abajo.

Sabed que este Mójame Doramas pertenece al número de los que, mitad por desconfianza, mitad para mostrar su mucha entrega al rey de Marruecos, han traído consigo sus oros y sus mujeres y tienen toda su hacienda comprometida en el real. Los que tal hicieron, al ver torcerse la jornada, se arrepienten del entusiasmo con que concurrieron a la guerra santa.

Altercan tantos, con tan distantes pareceres, quitándose palabra y autoridad entre ellos, que el rey de Marruecos, al que le duele la cabeza, no se determina a seguir ninguna opinión, sino que le pregunta al más viejo sabidor de la guerra, el cual dice:

—¡Oh, Comendador de los Creyentes! Ved que en el real tenemos tropas bastantes para contener a los cristianos. Si vienen contra nosotros ahora, enturbiaremos su zaga y los degollaremos. Reforcemos a los que pelean ante el corral.

—Lo que propone el ilustre Ajmed Acaimo está muy en razón —dice el otro consejero viejo—. Sidi, no es el momento de vacilar sino de actuar. Que ataque la zaga y con la ayuda de Alá destriparemos a los perros y tú ganarás hoy tanta gloria como tu padre, el victorioso.

Cinco jeques se muestran de acuerdo y otros seis en desacuerdo. El Miramamolín duda. Con manos sudorosas aferra el Alcorán que

acompañó de victoria en victoria a Ibn Tumart. En Iyiliz y en Tasgimut el *mahdí* venció a sus enemigos muy superiores desde una situación asaz desventajosa. ¡Si el talismán tuviera la virtud del profeta y lo socorriera en la presente angostura…!

—Sidi —le suplica Mójame Doramas—, tus mejores tropas aguardan impacientes. Lánzalas contra los perros cristianos y cubre de gloria al islam. ¡Tu nombre se venerará por los siglos! ¡Ganaremos la casa de la guerra!

Mira An-Nasir la batalla y espesos sudores le mojan la camisa. Por su gusto estaría a mil leguas, en su jardín de Marraqués, silencioso y fresco. El Miramamolín envidia al panadero que una vez le regaló un pan en Meknés y cuando iba a recompensarlo le dijo: «Guárdate tu oro, sidi. Ya tengo lo que necesito. Me basta encender el horno cada mañana.»

En la falda del cerro de los Olivares, a un tiro de piedra de la lucha enconada, la línea de sangre progresa lentamente cuesta arriba. La zaga almohade, las tribus fieras del desierto, aguardan como el águila carnicera antes de caer sobre su presa. Miles de rostros morenos, cenceños, huesudos, de ceños torvos, se tornan al corral ansiosos por ver levantarse las señas verdes, la señal del degüello.

El Miramamolín abandona la alfombra, se acerca a la barrera de negros, los cuales se hincan de hinojos en su presencia, y se sube a la tarima de los adalides, para que los cabileños lo vean desde el campo en derredor. Levanta sobre su cabeza el libro verde haciendo sombra sobre los ojos.

—¡Atacad a los perros! —grita—. ¡Herid en ellos! ¡Que Alá nos conceda la victoria!

¡Mirad cómo los señaleros moros ondean las señas verdes avisando a las tribus! Los últimos que estaban sentados se levantan. Escuchad el alarido que exhalan miles de gargantas, poderoso como para secar las hojas en los árboles: «*¡Alakbar, alakbar, alakbar!*» Los

jeques de las tribus se vuelven a sus guerreros, hombres diestros en la pelea, y abaten las señales en la dirección del combate.

¡Mirad los mirantes! La espesa muchedumbre que ha esperado toda la mañana en la ladera prorrumpe en alaridos: «¡Mafomete, Mafomete!», al tiempo que pisotea vigorosamente la tierra con los pies desnudos. Moros membrudos con largos perpuntes de cuero tachonados de hierro, los que bajaron de los montes africanos y los que salieron del desierto, los hábiles con la lanza y ligeros con la espada, alzan los escudos, blanden las armas, echan a andar. ¡Tiemblan las montañas con su clamor cuando descienden, tan fieros, al encuentro de los cristianos!

¡Escuchad! Los timbaleros alteran el ritmo de la tamborada con el redoble que anuncia la arrancada de la zaga. Las cabilas se lanzan cuesta abajo, una muralla moviente de escudos y picas, arrolla a los cristianos delanteros y choca con los de las vanguardias y medianeras, que están confundidas en una y apenas avanzan. Metidos entre ellos, los santones barbudos de albornoces blancos se desgañitan gritando conjuros en el estruendo de la batalla.

¡Cómo retiñen los montes, cómo tiembla la tierra, cómo parece que el cielo se derrumba!

¡Ved el tumulto, mirad el daño! Los guerreros que han nacido para morir en este día, en lo más vigoroso de su edad, contrarios a las leyes naturales, se embisten como carneros enloquecidos. Llueven golpes mortales que faisán escudos, tajan miembros, perforan lorigas y carnes, machacan rostros, quiebran huesos. ¡Mirad la batalla peleada de todos contra todos, carne y acero amasados con sangre! Quien combate con tres y quien con ninguno, sino que busca donde herir y acaso acuchilla el costado del que con otro peleaba o descarga la maza en una espalda y le rompe el espinazo. A muchos llega la muerte del que no esperan ni miran, en la confusión de los cuerpos, sin que falte quien, por infortunio, marra el golpe y hiere en amigo.

Por el llano de las Méricas, sorteando cadáveres tempranos, avanzan los tres reyes con la zaga, y los ballesteros en las costaneras. Don Alfonso, al pasar, ha reconocido el cadáver de don Nuño Pérez de Guzmán, un pelirrojo galgueño que luchó como bueno en Alarcos y luego perdió media quijada en el asedio de Álava. Contristado se pasa la mano por la cara, enjugando el sudor que escuece en los ojos, y mira al cielo del que cae plomo derretido, el sol inclemente en lo alto, calentando cascos, almófares y lorigas, ahogando el aire, levantando vapores de sangre vertida.

Caballos sueltos sin jinete, espantados, vagan por las navas entre los caballos destripados y los hombres muertos.

Don Pedro Fernández, el merino real, cabalga al costado de su amigo el canciller y deán don Diego García. Antes de abrocharse la barbera del almófar le dice:

—Padre cura, os he de confesar una cosa antes de entrar en la lid. Cuando era escudero de don Lope Díaz de Fitero, una vez me mandó llevar unos blandones de cera a Santa María de Nájera. Me quedé solo en las tumbas del atrio y robé un perro de madera que había a los pies del sepulcro de doña Sancha, de la cual estaba enamorado y por la que padecí mucho cuando murió. El perro de palo me ha acompañado toda la vida. Quisiera ahora retornarlo a su lugar, a los pies de la difunta. Sabed que lo tengo en mi casa, encima del vano de la alcoba, casi oculto por una viga.

Don Diego García mira a su amigo un poco espantado, tampoco mucho.

—Lo tendré en cuenta, Pedro, y si tú no lo retornas por tu mano lo haré yo. ¡Que Santa María te guarde!

—Y a ti también —murmura don Pedro Fernández desde su mordaza de malla.

Caminan un poco apartados, luego el merino real torna al estribo de su amigo, le pone la mano en el brazo y le dice: «¿Sabes qué te digo?: ya casi hemos gastado el natural galardón de la juventud, ¿qué nos queda sino una mala vejez doliente y marchita? ¡Mejor

pasar ahora, en medio del sol, en el esplendor de la batalla, mascando la gloria de lo que somos y no las cenizas amargas de lo que fuimos!»

Sin aguardar respuesta, tira de las riendas y se alinea para la arrancada.

¡La batalla! ¡Denuestos y relinchos de muerte, quebrar de lanzas y falsar de hierros resuenan en valles y barrancas! Vierais a don Gualberto que, con la sangre en el sobaco, taja, hiende y clava a Melipicra, teñida y caliente. Virtuosamente combaten los dos hermanos, don Gualberto y don Welf, roncos de gritar, las caras pavonadas de sudor y polvo, el gesto espantable de extenuación y de ira. Por donde pasan dejan un rastro de muerte. Con gran ahínco se meten entre los enemigos, don Welf con Mortera, don Gualberto con Melipicra, la de la miel amarga. ¡Fieramente resisten los africanos, pero don Diego y los suyos avanzan!

Ved a los freires templarios agrupados tras su *beauseant* blanco y negro por mitades, guardado por los siete campeones más ejercitados en las armas, de los cuales han muerto ya cuatro, pero otros los suceden.

Cargan los almohades furiosamente pendiente abajo con sus lorigas remachadas y sus escudos redondos. ¡Oíd cómo gritan alcoranes y denuestos mientras detrás de ellos resuenan los tambores! Don Diego y las vanguardias sofrenan contra el muro de hierro y pechos. Unos perecen, otros pierden pie. ¡Momento supremo en que unos y otros se entregan al esfuerzo de la muerte! ¿Quién prevalecerá? Ved cómo desmayan y retroceden los cristianos. Caballeros y peones están tan apretados que algunos no hacen pie y los lleva en volandas la oscilación de la muchedumbre. No queda espacio para levantar los brazos o bajarlos. Algunos desamparan la espada y hieren con la daga. Otros no pueden bajar el brazo y aguardan a que los delanteros caigan para llegar al moro mientras muchas saetas, jabalinas y piedras llueven del cielo sobre ellos y los hieren y llagan. ¡Los muertos se mantienen en pie sostenidos por los vivos, tan apretados están!

Ved cómo se encuentran don Gutierre Hermengildo, Gran Prior de San Juan, con el cadí de Lucena al Hudrami, aleonado y furioso. Descabalgados tras embestirse con las lanzas, en brava batalla, se vienen a abrazar estando el uno a veces arriba y a veces el otro, haciéndose mutuamente muchas llagas con las dagas hasta que el prior sobrepuja al cadí y le mete la hoja por el sobaco del perpunte tachonado y el moro vomita un golpe de sangre manchándole la cara, en lo que conocemos que le ha llagado los bofes y el corazón. Este al Hudrami era hombre leído, de no menos doctrina que el prior de San Juan, sólo que lastrado en sus juicios por los yerros del falso profeta.

¡Hora de angustia y luto para la hueste cristiana! Ved ahora que los moros de Azcore, los más cuajados del África, dejados los caballos, echan pie a tierra y se lanzan a la refriega como leones hambrientos. ¡Buenos lidiadores, esgrimidores de cuchillos corvos, hacen asaz daño a los cristianos en las caras donde el almófar no guarda! A su empuje cede el centro de los nuestros y muchos trastabillan y caen al topar con los cadáveres que atrás dejaron. Acuden al refuerzo caballeros de las costaneras. ¡Vedlos lidiar estrechamente bajo la lluvia mortal de saetas y cantos! Muchas y fuertes son las heridas de una y otra parte. La morisma es abundosa, descansada y con la ventaja de la cuesta mientras que los cristianos andan fatigados y sin aliento después de horas de agrio batallar. Perdidos muchos caballos, los caballeros aguantan como peones. Mirad acá la milicia de Madrid, que desde la primera hora ha lidiado con empeño y valor. Muertos sus adalides Antón García López, Pero Sánchez y Martín González, y llagados los otros, flaquean los delanteros, comienzan a cobardar y se dejan entrar por los moros. Pocos a pocos y muchos a muchos reculan y desamparan a las mesnadas nobiliarias entre las que lidiaban. Los que huyen tropiezan con los que llegan, lo que les acrecienta el pavor.

—¡Herid en esos follones cobardes! —grita don Diego, ronco—. ¡Adelante, Yago!

A don Juan González de Ucero, el de los Girones que siempre lleva la contraria, una pedrada le acierta en la cara y casi lo derroca. Se recompone en el arzón, escupe varios dientes sobre la manopla y murmura algo con sus labios reventados y ensangrentados.

—¿Qué decís, señor? —le pregunta su sargento de armas.

—¡Digo que me cago en los muertos de ese moro hijoputa, el que me acertó con la piedra!

Mientras esos lances y otros mayores se guisan, los tres reyes han avanzado con la zaga hasta situarse a cincuenta pasos de la lucha, los ballesteros delante con sus paveses prestos a repeler a los arqueros turcos.

Los que guardan al rey Alfonso miran con angustia lo que acaece en las delanteras del campo.

—¡Acorramos a los de la primera haz que está en grande afincamiento! —dice don Alfonso.

Por dos veces ha querido atacar el rey, pero don Fernando García de Villamayor, con voz esforzada y respetuosa, le aconseja aguardar un poco más.

Todos padecen y miran al rey cuando ven titubear a sus conmilitones y parientes, los de las delanteras, que por momentos se engolfan en la marea de la morisma despeñada por las faldas del cerro como torrente impetuoso. La polvareda se mantiene a media falda y de abajo cada vez se desprenden más peones en fuga; caballeros, menos.

Entre la polvareda, don Alfonso distingue un estandarte que se retira.

—¡Vedes como torna la seña de don Diego! —se alarma—. ¡Ah, Diego, ahora tornas al pavor como en Alarcos! ¡Malhaya el que fía en ti!

—¡No es don Diego, señor! —interviene Andrés Roca, adalid de Medina del Campo—. La mancha prieta que veis en el estandarte

blanco no son los dos lobos de don Diego, que son el oso y el madroño de Madrid. Los villanos se retiran, no los caballeros.

«Como en Alarcos», piensa el rey y alguno más con él. Cedemos terreno y enseguida sobrevendrá la desbandada.

Alfonso se vuelve al arzobispo de Toledo y con gesto demudado le dice:

—¡Muramos aquí, yo y vos, arzobispo!

—De ninguna manera —responde don Rodrigo con voz tranquila —. Al contrario, señor: aquí venceréis a vuestros enemigos, pero si Dios quisiere otra cosa, todos estamos preparados a morir con vos.[54]

Don Rodrigo, enlorigado, más parece guerrero experimentado que clérigo educado en latines y Escrituras en las aulas de Bolonia y París. Le tiende su lanza al escudero y se abrocha con destreza el babero del almófar. Recupera la lanza y mira a su canónigo Domingo Pascual de Almoguera, que se mantiene a su costado derecho, la cruz arzobispal en una mano y una maza ferrada en la otra, sin escudo. ¿Qué mejor escudo que la cruz?, como él dice.

El rey inspira un par de veces, superado el momento de pánico, y abate la lanza como el arzobispo.

Entonces don Gonzalo Rodríguez y sus hermanos avanzan a rienda suelta, sin descomponer la fila, embrazados los escudos, sintiendo ya las primeras flechas, que descienden del cielo y se clavan delante de ellos sobre los moros muertos y la tierra ensangrentada que cubre el campo.

Avanzando, don Céntulo de Astarac le dice a su escudero Ambrós, con el que ha vivido desde que ambos eran niños:

—Te diré una cosa, Ambrosillo: si algo pasara cuídate de que mis huesos reposen en Oñoro con los de mis padres. Antes de salir he repartido lo mío. Mis hijos sabrán valerse.

Después hablan de halcones cetreros, de caballos, de echar yeguas y de otros asuntos indiferentes.

¿Qué es la muerte?: la he mirado a la cara muchas veces, vivimos en su compañía, ¿nos debe sorprender? La muerte llega cuando menos la esperas, misericordiosamente. Sólo necesitas un buen amigo que te ayude en el trance si la herida es de las que te hacen padecer sin esperanza de sobrevivir.

Como un canto que rodara, así desciende la batalla del cerro al valle.

Mirad ahora cómo el rey se alza sobre su estribera y le grita al alférez don Álvaro Núñez de Lara:

—¡Ya basta de todo! ¡A ellos, conde, la enseña, por caridad! ¡Millán y Lesmes! ¡Isidro y Yago, Castilla!

Don Álvaro ondea dos veces la seña real con la Virgen María y el Niño, el castillo y la cruz. En las filas se eleva un clamor.

—¡Esforzad, castellanos, Millán y Castilla, Castilla cierra!

El canónigo don Domingo Pascual pica espuelas primero y se adelanta un cuerpo con la cruz del arzobispo en la mano, el astil sujeto firmemente y la maza en la otra.

—¡Al moro, al moro cabrón, quien haya cojones que me siga! —va gritando.

Pica espuelas don Alfonso y se lanza al grito de: «¡Ferid, ferid, castellanos!»

Ved a los de don Diego en qué apuro están debajo del aluvión morisco que sobre ellos derrama, de moros membrudos descansados y esforzados. En tal angustia, ¿quién los socorrerá? Algunos caballeros miran atrás catando si viene repuesto. Cabeza Brava, el animoso, clava las espuelas en el vientre sangrante de su yegua y grita:

—¡El rey llega! ¡Castilla viene! ¡Apretad, que llega Alfonso, herid en ellos!

¡Escuchad los aullidos de dolor y de miedo! La fuerza de la arrancada arrolla las dos primeras filas de moros, y sólo fenece en la

tercera.

Ved a don Gualberto, cubierto de sangre, furioso como león, jadeante: derriba con el maltratado escudo, hiere mortal con Melipicra, la terrible, ora de filo, ora de punta, tajando y quebrantando. Le escuece el sudor que baja de la empapada cofia y él sigue lidiando sin fatiga, hendiendo cabezas, decapitando, rompiendo huesos.

El adalid José García, de los de San Antón, metido en lo más espeso de las picas, dice a grandes voces:

—¡Acorredme, cabrones, hijos de Satanás! ¿No os hiede la vida? ¡Al moro hideputa! ¡Que no quede uno! ¡Millán, Isidro, cierra!

Visto el avance de sus delanteros por los reyes de Aragón y Navarra, adelantan sus pendones y arremeten contra el moro por las costaneras, de las gargantas clamando: «¡Navarra! ¡Sancho! ¡Aragó! ¡Pedro, Pedro!»

—*¡Mairu sasikume, halakoak!*[55] —grita el alférez del rey Sancho agitando la seña del águila negra.

—*¡Jainkoa mendekatuko dugu zuek egin dizkiozuen gaizkiez!*[56] —le responde don Sancho picando espuelas como el más mozo de su mesnada. Las piernas las tiene hinchadas y dolidas, pero los brazos sanos: el moro al que acierta su maza entra de inmediato a gozar del paraíso de las huríes.

Ved a los tres reyes rodeados de sus mejores y más bravos hombres, los que a su mesa comen, los que con ellos justan y cazan.

¡Ved los pendones de Aragón, la cruz de Alcoraz, roja en campo blanco, con sus cuatro cabezas sangrantes! Vedla cómo atraviesa el campo, atropellando heridos y cadáveres, para arremeter contra los cabileños que han rebasado las dos primeras líneas cristianas e intentan rodearlas. No hay lanza que no atraviese un cuerpo palpitante. Muchas cosen jinete y caballo. ¡Gran mortandad! Acometen ahora con espadas, mazas, hachas, manguales, prestos a

morir, rompen las haces de los moros, acorren a don Diego y a los cristianos delanteros de la innumerable muchedumbre que los rodea.

Mirad los leoneses que avanzan fieros gritando sus alaridos: «¡Yago, Yago, León, cierra!»

A don Martín Muñoz de Finojosa, sobrino del señor de Haro, una flecha le atraviesa el escudo y el brazo. La punta chorrea sangre de la otra parte. Al conde de Fernán Núñez una piedra le acierta en la frente: amortecido cae hacia atrás, sobre el arzón. Su sargento don Gonzalo de Ávila lo sostiene.

—¡Esforzad, señor!

El conde vuelve a su seso un poco aturdido. La sangre que le mana de la frente, en la que la pedrada le ha clavado algún anillo del almófar, le ciega un ojo. Se recompone y empuña la maza que pende de su cincha. Espolea el caballo.

—¡A ellos, cierra, cierra!

El sargento lo sigue. Crujen los huesos bajo sus golpes, como el ramón de olivo cuando crepita en la hoguera. Detrás de él queda un reguero de cuerpos maltrechos, cráneos y costillares hundidos.

En medio del estruendo casi no se percibe el rumor de tormenta lejana de los tambores marruecos, monótonamente batiendo a lo lejos. Se acercan cuadrillas de ululantes moros en caballos chicos. Lanzan sus venablos y tornan riendas en el tornafuye. Los ballesteros toman puntería de lejos, entre el polvo, y abaten a algunos.

En un alcor, un grupo de moros montados atiende las órdenes del famoso caudillo Rachid Abudrar, resplandeciente en su loriga terliz dorada y coronado de un alto yelmo persa.

—Oye, Bartolo —le dice Guillem Folch, el de Cardona, a uno de sus peones, diestro con la ballesta—, ¿le puedes acertar a aquél?

Bartolo mira donde su señor señala.

—Está muy lejos, don Guillem, pero se puede intentar. Como hacen piña, si no le doy a él quizá le acierte a otro o a un caballo.

Bartolo tiene la ballesta cargada. Cambia de virote a otro más fino, con punta de pluma y apunta con cuidado. Pulsa la palanca. El cuadrillo parte con un zumbido. El moro poderoso, el que manda caravanas de oro al Sudán, el señor de cien pueblos, el que viste una loriga dorada que vale más que una ciudad, se desploma de su caballo con la cabeza atravesada por la vara de tejo. Los que lo rodean se dispersan empavorecidos gritando: «¡Abudrar es muerto!»

—¡Por aquí, por aquí! —convoca don Guillem a sus mesnaderos —. Aquel cerrete —les indica—. ¡La loriga dorada es mía!

Los jinetes cierran filas y embisten. Por la vaguada que los separa del cerrete, los moros van de retirada, muertos sus adalides. Los mesnaderos de don Guillem acuchillan a algunos y atropellan a otros pasándoles los caballos por encima. Los peones degüellan a los heridos.

La loriga del caudillo muerto es digna de un rey, con trenzado doble, minuciosamente trabajada. También lleva una daga curva con empuñadura de oro e incrustaciones de marfil y pedrería. Don Guillem las examina complacido.

—¡Alfonso ha prohibido el despojo antes que termine la pelea! —le recuerda su hijo Remón Folch.

—¡A la mierda Alfonso! La loriga es mía.

Capítulo CXXIX (129)

En el que el caballero menesteroso realiza muy señaladas hazañas

Ved a nuestro caballero don Gualberto lidiando como león furioso con un golpe sin dolor en el costado que no le impide seguir avanzando. Levanta la espada, hiende a un jinete que intentaba alancearlo, ve caer la cabeza atrás sólo sostenida por un pingajo de carne. Levanta la espada, la descarga sobre la cabeza desnuda de otro más joven que quería huir, la hiende apenas, se maravilla del peso que, de pronto, siente en el brazo y de que el campo se ensombrezca a sus ojos como si hubiera caído noche repentina o eclipse del cielo. Siente menos fuerza en los muslos, se apoya en los estribos y en el respaldo del arzón, respira y el aire caliente duele en la garganta seca. Un caldo riscoso le desciende el muslo abajo.

Ved a don Gualberto, nuestro caballero menesteroso, catad su semblante los que me oís. El guerrero que ha desfilado en triunfo por las calles de Zara, el que ha combatido bajo las murallas de Calcedonia y Crisópolis, bajo nubes de flechas que tapaban el sol, el que ha pisado alfombras de sangre en las galeras de Alejo, el que ha asaltado naves en los Bósforos del Asia, el que ha desembarcado entre sedas y banderolas en Gálata, al otro lado del Cuerno de Oro, el que bebió en copas cinceladas en la mesa del kan de Bulgaria y durmió, sobre tocas de seda, entre los brazos de nieve de la princesa Arma Comnena, el que conoció, antes que su presente pobreza, la riqueza sobrada, oros, paramentos de plata, vajillas,

carbunclos, satenes, sedas, cibelinas, camelotes, armiños. Ved ahora todo su patrimonio en los hierros militares que viste y empuña, en la bestia extenuada que cabalga, la tercera desde el comienzo de la batalla. Sin añoranza ni congoja ha visto alzarse el día que puede ser el postrero de no se sabe cuántos, el que ha visto renegrear la muchedumbre de moros que esparcida por navas y cerros no deja ver la tierra. Mira la muchedumbre de enemigos, como si en ellos se hubiera juntado el mundo, con la misma resignada indiferencia con que el segador mira mieses doradas por el sol. Por su pensamiento tornan paisajes y palabras que en otro tiempo pronunciaron labios y oyeron oídos, Mosynópolis, Bucoleón, Blanquerna, Tesalónica, Creta, las caras de los amigos que se perdieron u olvidaron, la mirada de miel caliente de la que nunca volverá, y sobre ella, pero no más viva, la de doña Eliabel, cuyas lágrimas todavía salan sus labios rotos y encostrados. Todo eso que el caballero lleva a su pensamiento se perderá como suspiros en el viento, como lágrimas en el mar. Ha sonado el toque de degüello. Palmea el pescuezo del caballo, lo llama «*Alferza*, bonita, la buena yegua», sin memoria de que *Alferza* hace horas que murió. Afloja las riendas.

Mirad a los caballeros de la vanguardia, don Diego y los suyos, que han refrescado sus cuerpos en el retiro del campo. Arrecia la polvareda y parece que la batalla está en tablas porque ninguna parte avanza ni retrocede, pero la aguijada de los reyes y sus buenos adalides prevalece y los cristianos tornan a ganar terreno, despaciosamente, cuesta arriba, comprimiendo y derrotando a los lanceros y espaderos almohades y a sus caballeros.

Ved acá el moro Atalnacid, el dejativa, el que ha peregrinado a La Meca y ha estudiado Coranes en la escuela del célebre Alsilafi en Alejandría de Egipto. Aunque está a las puertas de la ancianidad y es más diestro en escrituras que en armas, se ha empeñado en pelear. Antes que levante la espada pasa a su lado un mesnadero navarro que lo golpea del revés con su maza entre las dos paletillas. Cae Atalnacid sobre el pescuezo del caballo y no se puede alzar, con el espinazo roto. De esta guisa queda, en medio del campo, el caballo parado, hasta que dos peones que no lo ven moverse se llegan a él

y lo alancean en los riñones y el pecho hasta echarlo en tierra, muerto.

Ved a Aymar de Mosset, Pere Vernet, Andrés de Castell Rossellion y Guillem de Olms, las cinco hoces catalanas, cómo siegan moros y van dejando tras ellos un rastro de muertos y llagados que Guillem de Cabestany y Raimon de Vives rematan detrás con sus mazas. ¡Poco dejan que espigar a los peones!

Mirad acá a los adalides moros, Eiunche el agorero, y Ablal el pedrero, a Ekade el duro y a Alí Abudrar el montañero, los esforzados que tantos cristianos matan, cómo quieren derrocar la enseña de Castilla, pero Domingo Pascual le abre la cabeza a Abudrar con la cruz de su diestra y a Eiunche le aplasta el costillar con la maza. El chorro de sangre que de su boca brota rocía al arzobispo don Rodrigo, el cual, sin cuidar que lo ciega, taja la cabeza del moro Ekade y falsa su perpunte y se la deja colgando. ¡Mala hora para los moros esforzados, los de las caras chupadas y óseas y los ojos alcoholados! Ablal se retira malherido llevado por dos sobrinos. Viéndolo perecer, los de su harka desmayan.

Reverbera el sol sobre las navas de las Méricas alfombradas de cadáveres y miembros amputados entre arroyuelos de sangre que la tierra seca empapa. No parece que el sol se mueva sino que se asoma a ver la carnicería y se complace en ella, como cuando Josué. Los caballeros cierran filas y, faltos de aliento, se toman un instante para que los que lo han menester refresquen el caballo antes de acometer el corral del Miramamolín.

Ved al rey Alfonso de Castilla, el asolador de naciones, el hendidor de escudos, el perforador de corazas, el expugnador de lugares inexpugnables, el destetador de infantes, el forzador de fortalezas, el hacedor de yermos. ¡No flaquea ya, ni desmaya su ánimo! Levanta su sangrienta tajadora y grita: «¡Castilla y Santa María! ¡No dejéis ni uno con vida, destripadlos a todos, arreadles fuerte en las cervices!» Furiosos, sus caballeros abaten las lanzas y acometen. ¿Quién los detendrá? ¿No dejó dicho Anna Comnena, la abuela de la que serenaba el ánima de don Gualberto, que ni

siquiera los muros de Babilonia bastarían para frenar semejante avalancha de hierro?

La postrer barrera, en las avanzadas del corral, son los guerreros de las comarcas de Azdora, los de las caras apergaminadas y los pómulos huesudos. Enemistados con el Miramamolín desde los tiempos de Yusufe Almanzore y reconciliados ahora, han prometido perecer para que sus hijos retornen a la gracia del califa. Fieles a su palabra, se enfrentan a la caballería, matando y desventrando jacos con ciega furia, sin importarles sus heridas, hasta que, arrollados y alanceados, fenece el último de ellos.

Ved que los moros, sin lugar para cabriolear ni tentar sus tornafuyes, empujados por la hueste de los cruzados, se comprimen contra el corral. Tomados entre la fuerza de los cristianos monte arriba y el ribazo del cerro, se aprietan unos en otros como rebaño balador. Los arqueros no pueden extender el brazo y los peones no pueden maniobrar ni menear la lanza. Perdidos los escudos, todo lo que cae sobre ellos hace sangre. Algunos muertos siguen de pie, sin espacio para desplomarse. Ved los piqueros sinhaya cómo trastabillan y caen en los agujeros que ellos mismos abrieron para romper las patas de los caballos. Se precipitan al foso por docenas. Desesperados, intentan trepar por la parte opuesta, pero resbalan y vuelven al fondo.

Capítulo CXXX (130)

De los pensamientos de don Gualberto en la angostura de la vida terrenal

Ved a don Gualberto mientras la rida fenece a su alrededor. En medio de la cruenta batalla, piensa el caballero en Anna Comnena, por la que tanto combatió en los desiertos de Bulgaria. Acaso regresa la princesa de la honda muerte y llegándose a él lo reconoce, le tiende una mano de nieve, yerta y blanca, y le acaricia los ojos enrojecidos del polvo y del sudor. ¡Cómo lo alivia el frior de esa mano! Los dedos de la hermosa muchacha recorren sus sienes bajo la cofia empapada y las anillas quemantes del almófar. Perciben en las sienes húmedas y calientes los acompasados latidos del corazón. Se inclina sobre don Gualberto, los ojos entrecerrados, y junta sus labios, suaves como la piel de las uvas, a los del caballero, ásperos y resecos de la sed y del pavor. Siente la lengua fría sobre sus dientes y prueba la saliva templada del caballero, espesa como barro, que sabe a sangre.

—¿Eres tú? —le dice queriendo mirarla aunque la vista nublada no se lo consiente.

Ella asiente, le sonríe levemente y lo toma de la mano.

—¿Eres tú, amor?

Anna Comnena, la que parecía feliz y bien contenta pero un día, al regreso de su campaña, encontró colgada de una viga de cedro en la cámara algaliada donde solían solazarse de sus cuerpos y a veces de sus ánimas. Nunca lo entendió, que ella ocultara aposentos

remotos en su ánima a los que él no llegaba, y esa amargura lo acompaña siempre.

Cierra los ojos el caballero y, amortecido, no sabe si es la gota de sudor que le desciende de la cofia o una hormiga que le sube por la cara.

Capítulo CXXXI (131)

De cómo los tres reyes entran el corral del moro y ganan la jornada

Sabed que don Diego dispuso la víspera, con los reyes, las trazas de cómo asaltarían el corral del moro. Los primeros caballeros alcanzan sus barreras en medio de un turbión de jabalinas y flechas que hieren y matan a muchos. Los caballos heridos relinchan enloquecidos. Redoblan los tambores cercanos, como cuando se entrenaban en Toledo. A las voces de los adalides, en el centro y en las costaneras, se aparta la caballería. Pasan los paveses y adelantan en medio de la mortandad. Repiquetean contra ellos las flechas sin daño. A su amparo, los ballesteros abaten a los adalides moros que defienden la empalizada y los peones atan cabos de soga a los maderos. Amarrada a los atalajes de los caballos, la barrera de palos cede al instante, pues la tierra está recién removida y no se ha asentado. Los canastos terreros que la defendían se vacían sobre la cava colmatándola. Por los pasos se cuela la caballería, los más esforzados y diestros delante abriendo paso a los pendones y a los reyes.

Bien se defienden los moros porque dentro del corral tienen gente esforzada, pero al cuarto combate les entran algunos jinetes cristianos por diversas partes más allá de los encadenados y ensogados. Ved al alférez real don Alvar Núñez de Lara, que saltó el primero, hiriendo y matando en los moros del revés. Los que están dentro se tienen por perdidos, desmayan y desamparan los puestos por donde el ímpetu de los enemigos les entra en número crecido.

En la costanera siniestra, los otros catalanes de don Ferrando, el hermano del rey, don Andrés de Castell, don Ramón de Torrellas y don Pere de Barbera, pisando cadáveres, sus cuerpos y las coberteras de los jacos erizadas de flechas, atropellan a los últimos moros. Al grito de «*Aragó, Aragó, Sant Jordi*!», pican espuelas en los flancos sangrantes de los caballos y se lanzan contra el muro de palos del corral. Una estaca ensarta el caballo de don Aymar de Mosset. «*Fills de put, cabrons*!», grita. Descabalga de su montura moribunda, un coursier que tenía en gran aprecio, el segundo que pierde en la batalla, lo que, siendo de natural roñoso, le produce gran saña. Vedlo saltar el primero al foso pleno de morisma y hacer gran mortandad en ella, al tiempo que grita, descargando cada golpe: «*Malparits! M'heu espifiat dos cavalls que valien un regne!*»[57]

Por el hueco abierto por don Aymar se precipitan don Ferrando y otros tres caballeros de la mesnada del conde don Sancho y otros escuderos y peones del Rosellón que arremeten contra los negros encadenados y los despedazan con sus espadas. Allá perece don Guillem de Olms pasado por una lanza que le falsa la doble loriga y le brota un palmo por la espalda. A don Guillem de Cabestany un tajo le salta un ojo, por lo que en adelante lo conocerán como Guillem *el ull.*

¡Cómo llueven las azagayas desde dentro del corral hiriendo y matando bestias y hombres de una y otra parte! A don Sancho de Navarra le han matado dos caballos, pero su escudero Efrén Gómez le acerca otro, un coursier negro como la noche, con gualdrapa blanca acolchada que bien encaja las flechas. Lo cabalga y se lanza gritando denuestos sin que el ahogo de sus castigados bofes, ni la grosura de su cuerpo ni la edad desmientan la fiereza de su caballería. Los moros han dejado dos pasos del foso sin cavar para amparo de los suyos pero son tantos los que se retiran a ellos que, empozados en el tumulto, se atropellan, los caballos arrollando y pisando a los peones y los peones a los heridos, que postrados claman ayuda.

Como el lobo hambriento a las ovejas, así acuden los adalides de Castilla a la morisma apiñada que desampara las armas para retraerse al seguro del corral. Francisco Cano Ramiro, peón esforzado, levanta en vilo a un jeque almohade con la punta de su lanza. A Guadarfía, un conde moro de los más esforzados, don Gonzalo Yáñez alancea y derroca por tierra. Ved cómo el mesnadero Pedradas, que lleva el pendón de los lobos de don Diego, le pone la rodilla en el pecho que no se mueva, le alza el almófar y le rebana el gaznate.

Viendo la batalla ganada, don Rodrigo, el de Toledo, se vuelve al rey:

—¡Señor, Dios os permitió vengar la afrenta y el denuesto de Toledo, cuando Yaqub sitió la ciudad y nos devastó las huertas!

Don Alfonso asiente y no dice nada, los ojos arrasados.

¡Quién podrá decir la mortandad y el dolor que allá se ve! Por doquier vuelan lanzas en piezas, crujen astiles, entran astillas en las carnes, se tronzan huesos y menudean los ayes suspiros de los murientes.

En los aledaños del corral, un moro que ha perdido el seso se desgañita gritando victoria. Los otros desmayan en su ánimo viendo ascender la cuesta, ya sin impedimento, la caballería cristiana.

Muestra la guerra su cosecha de finados. La tierra, antes parda, se nutre de roja sangre. Cadáveres como piedras en majano, tendidos en todas las posturas, unos sobre otros en montones que estorban el paso a los caballos. Un sembrado de miembros cercenados, de huesos tronzados, de astas quebradas, de escudos deshechos que sólo eran unas tablas mal encoladas a un lienzo, ved los yelmos abollados, las lorigas falsadas, abiertas a lanzadas. Los caballos despanzurrados, las entrañas humeantes abiertas al sol.

¡Qué bien lidian los reyes! Alfonso, juntamente con don Diego, se pone a su estribo y le va gritando: «Herid, conde, herid, por Alarcos.» Y el conde, sin voz, ronco, denuesta al moro y aunque la

fatiga le saca el corazón por la boca prosigue su venganza más que ningún otro.

¡Mirad a don Pedro, alto entre sus campeones, qué bien juega la espada a diestro y a siniestro, como el arado hendiendo la sementera y dejando atrás un barbecho de cabezas que las cornejas y los buitres avizoran! Trae una lanzada en el perpunte por el que se escapa el algodón del relleno, pero no le llegó a la carne.

¡Mirad al rey de Navarra, como una torre sobre el caballón que más parece elefante! ¡Cómo descarga golpes de su maza a un lado y otro, abriendo sementera de finados! El que recibe un golpe suyo tiene en tierra posada.[58]

Ved al moro Rachid Benkirán, el hermano del rey de Marruecos. Ha matado muchos cristianos por su mano y la sangre le tiñe el brazo y le salpica el pecho. Con mucha furia, viendo que sus gentes se retraen de Sancho de Navarra, espolea su caballo y se abre camino hasta él gritando:

—¡A mí, perro, Sanchuelo!

Sancho vuelve la cabeza al oírse llamar con el nombre familiar con el que solía llamarlo su amigo moro. Se para, el sangriento cetro en el aire, y atisba al caballero que viene contra él. El moro cubre su faz con un yelmo de amplias carrilleras que sólo le descubre los ojos, pero don Sancho reconoce al instante la loriga de Rachid Benkirán, persa, de doble anillo, finamente tejida.

¡Rachid, el moro hermano de la hermosa Naila que lo engañó con que si pacificaba a los moros rebeldes se casaría con su hermana y recibiría como dote el gobierno de al-Andalus!

Rachid es alto y membrudo, los brazos fuertes como palancas. El moro se ha presentado con sus mejores armas y se ha perfumado la cabeza para que, si perece, sea distinguida como de persona principal cuando esté en el montón con las otras.

Don Sancho reconoce al felón que le arruinó el reino y el casamiento. Con rabia brama: «¡Rachid, perro sarnoso, traidor

fementido, por fin nos encontramos! ¡Ahora pagarás tu deuda y arderás en el infierno!»

Rachid pica espuelas y va contra él, con la misma furia, la espada en alto. Chocan los dos caballones de lado, como dos colosos. El de don Sancho tropieza con las cadenas de dos mujaidines que yacen muertos en el suelo y pierde pie arrodillándose sobre las patas delanteras. El percance desvía el tajo de la espada de Rachid, que resbala contra el yelmo de Sancho. Se sostiene el navarro en el respaldo de su silla mientras golpea con su mazo dentado el escudo de Rachid. ¡Ved el golpe poderoso: ha cortado en limpio el cantel del escudo y quebrado las tablas por la mitad y con ellas los dos huesos del antebrazo! Rachid aúlla dolorido, pero se sobrepone, y levanta la espada para vengarse de su enemigo. ¡Tarde acudes, el moro garrido, el de la barba rubia recortada! Antes de que Rachid acierte a tajar, don Sancho lo golpea del revés, le hunde el costillar y le quiebra el espinazo. Rachid se amortece, cae de espaldas y se desliza hasta el suelo, el pie prendido en la estribera. Don Sancho va a gritar a sus hombres que no lo rematen, pero antes de que la orden salga de su boca ya el peón Blas Zuberoa lo ha alanceado con su chuzo falsándole la loriga dorada sobre el corazón.

Antes de tornar a la pelea, don Sancho se alza sobre los estribos y le grita al alférez don Gonzalo Gómez García de Agoncillo: «¡Quiero esa loriga y el yelmo! ¡Que nadie ose tocarlos! ¡El muerto es mío!»

Bulle el corral del Miramamolín como hormiguero pisado. Por tres portillos lo entran los cruzados. Muchos caballeros pican espuelas por llegar los primeros a la tienda bermeja, los peones que dejan atrás rodean a los negros encadenados y los acuchillan. Algunos querrían huir, pero, atados de dos en dos como están, no llegan muy lejos. Don Diego, enloquecido, ronco, va de un lado a otro impartiendo órdenes.

Al otro cabo del palenque, el lúgubre parcheo de los tambores se silencia de pronto. Los cristianos han llegado allí, y están degollando a los atabaleros, quienes, ensimismados en su industria y sordos por oficio, no han escuchado el griterío cercano y seguían parcheando,

los ojos entrecerrados por tomarle el punto a tal arte, mientras el mundo perecía a su alrededor.

«Todo está perdido», piensa el moro Ajmed Acaimo. Vedlo mellar contra una piedra su espada que ha combatido una vida al servicio de dos califas. Se sienta en el suelo, se cubre los ojos con el turbante y se deja alancear por unos chusmeros cristianos que, desde una prudente distancia, observaban codiciosos su albornoz plateado.

En el corral, los negros de turbias pupilas han desmayado y se abandonan a la muerte como ovejas. Un peón joven e imberbe recorre el interior de la empalizada, con un cuchillo ensangrentado en la mano y los va degollando uno tras otro. Cuando se cansa, le cede el cuchillo a su compadre, que continúa. Detrás llegan despojadores que cortan los grilletes con un cincel y recogen las cadenas.

El Miramamolín, el santón Abu Madyan Yaza, el mayordomo Ajmed el Mani y los moros principales han huido con buenos caballos, dicen que por salvar de la profanación las reliquias del *mahdí*, de al-Mumín y los otros santos almohades. Los que vivos quedan en el campo, cuando ven que los jeques del consejo de los Cincuenta siguen a su señor con sus buenos corceles y sus tesoros, piensan cada uno para su corazón: «Más vale que digan aquí huyó que aquí murió.» Cada cual escapa como puede, desamparando armas y estandartes, aunque algunos tienen vergüenza y se quedan a morir como mártires a fin de alcanzar los beneficios del paraíso.

En el corral tomado, sólo quedan sirvientes, físicos moros y adalides llagados que valer no se pueden. Se juntan unos con otros ayudándose en el redil. Ved los malos semblantes y las expresiones de pavor de los que no quisieran terminar acá sus días, en un lugar sin nombre, tan lejos de sus padres, de sus hijos o de sus mujeres. Algunos recitan alcoranes contándose ya en el número de los mártires; otros permanecen callados y aguardan su suerte, indiferentes.

Los mesnaderos ultramontanos de don Arnaldo Amalarico los rodean indecisos. Se abre camino entre ellos el arzobispo, el báculo en la mano, la sobrecubierta ennegrecida y ensangrentada. Los mira en silencio, el gesto adusto, la boca apretada. Se lleva la mano al crucifijo que pende de su cuello. Tras la duda, ordena: «*Tuez le tous*! ¡Matadlos!»

Los caballeros ultramontanos pican espuelas y atropellan a los moros con sus jacos. Los peones llegan tras ellos alanceando y maceando a los que quedan en pie hasta abatirlos a todos. Antes de degollarlos desnudan a los que visten ropas de gran precio, que no se manchen.

Al otro lado del corral, el alférez de don Diego, don Pedro Arias de Toledo, y su compadre García Ordónez atraviesan, cubiertos de sangre, un bosquecillo de aceitunos en el que se acumulan tantos cadáveres que los caballos han de avanzar con rodeos. En un desmonte topan con un morito joven que llora desconsoladamente sobre un agonizante. Al verlos, el zagal se incorpora con la espada del moribundo en la mano. Arias se la hace caer de una patada y lo despacha, casi con hastío, con un revés de la maza. Cruje el cráneo como una nuez bajo la llanta de un carro y el niño cae sobre el hombre malherido al que intentaba proteger.

—¡Cono, Pedro! —lo reconviene García Ordóñez—. ¡Ese mancebico hubiera valido bien para esclavo!

—Nos van a sobrar esclavos —responde, hosco, el alférez.

Prosiguen su camino hacia la tienda bermeja. Don Pedro Arias ha matado más de treinta moros y sale del combate sin una mala llaga, pero la almorrana se le ha reventado, todo el día trajinando en la dura silla de arzones. La sangre le desciende por el muslo y mancha la gualdrapa del caballo.

Tomados el campo y el real, huyen los moros en desbandada, sino algunos pundonorosos que no cejan en la lucha y plantan cara como valientes. De los cristianos que señorean el campo, unos vagan y otros parten al alcance de los huidos.

A los que me preguntáis cuánto ha durado la batalla os diré que desde la media mañana a tres horas después del mediodía, seis horas cumplidas, sin que antes del final se pudiera conocer cuáles tenían lo peor.

Suenan, lejanos, los gritos de victoria en los oídos del caballero que yace boca abajo en la tierra caliente y levemente respira el olor de tierra que moja con su aliento. Una hormiga le sube por la mejilla hasta el ojo vidrioso y él no sabe mover mano para espantarla, le sopla y soplo no sale, cierra el ojo y el párpado no se mueve: lo último que ve en su vida terrenal es la hormiga rubia enorme sobre la pupila y una tierra seca con matojos grises sobre los que discurren cascos, caballos y calzas de hombres que se acometen con un estruendo que no oye, perdidos los pulsos, la negrura de una breve noche antes de la luz cegadora de la puerta que todos hemos de pasar.

Capítulo CXXXII (132)

De los famosos despojos del campo

Bulle el cerrete del corral como una olla hirviente. ¿Qué os puedo contar de aquel lugar aciago? Imaginad la matanza. Después de tantos años pasados, las huesas secas y descoloridas por el sol blanquean en la distancia como si en aquellas navas hubiera nevado.

Nada diré de la mortandad, nada de los desesperados que sin caballo ni alientos para huir acometen con los pechos más recios que piedras, nada del mellamiento de las espadas, del abollamiento de los escudos, del astillamiento de las lanzas. Nada diré de los regueros de sangre que corren por el campo, de los montones de cadáveres esparcidos como gavillas en barbecho, nada de la confusión de finados con agonizantes, sin que nadie acierte a distinguirlos, nada de los clamores de los heridos, de los estertores de los moribundos, del piafar de los caballos desventrados, que cocean en agonía con las tripas enredadas en las patas; nada de los hombres atónitos que claman ayuda, ni de los silentes que vagan sin rumbo con un brazo o una pierna menos, el blanco hueso asomando fuera de la carne rota, o el costillar aplastado por un caballo; nada del horror de los que perecen de sed y extenuación, sin una herida los rostros hinchados como vejigas, después de combatir, durante horas, sin dolor ni fatiga, como bestias ciegas. Nada diré de los hombres robustos criados para morir en este día, de los nacidos de madre en algún lugar preciso, con gentes que los amaban, a las que no volverán a ver. Nada os diré, en fin, de la anónima muerte, de la

furia y de la locura, del pavor y el heroísmo, nada de la cobardía ni del sacrificio.

Pasemos ante la tienda del maestre del Templo, a cuya puerta se agolpa gran duelo de caballeros vestidos de blanco, pues el maestre, muy mal llagado, agoniza.

Mirad a tantos malos cristianos, los villanos más tentados por la codicia que por el honor, cómo desobedecen al rey y al arzobispo y meten el real de los moros a sacomano. Ved con ellos algunos caballeros que por ser aragoneses escapan a la jurisdicción eclesiástica de don Rodrigo y, por tanto, no temen a su excomunión.

Es tanta la morisma muerta que muchos caballeros desfallecen por los calambres del brazo y no más pueden soportar la espada sino que han de reposar y tomar friegas de vinagre antes de embutirse otra vez la loriga y cabalgar al alcance de los que huyen.

Se para don Ferrando de Poblet, que, yendo al alcance de moros, encuentra a su compadre don Aymar de Mosset desentendido del enemigo, con un costal de despojos.

—¿Qué hacéis?

—Ya lo veis: tomar lo ganado.

—¿Cómo, tomar lo ganado? Ved que estamos en el alcance.

—Vosotros estáis. A mí me han matado dos caballos y no sé cuántos mesnaderos. Me he de cobrar.

—Todos nos hemos de cobrar, pero no es justicia que unos sigamos matando moros mientras otros os lleváis la mejor presa. ¡Aquí o follamos todos, o la puta al río!

El despojo que se encuentra en las tiendas de los magnates moros, los platos y vajillas de oro y plata, las monedas morunas y genovesas y venecianas, las arcas de vestidos magníficos bordados en oro y los caballos de gran precio, el pescuezo airoso, la cabeza chica y los tobillos finos, ¿quién los tasará? ¿Quién podría decir el oro y plata en monedas y collares y vestiduras preciadas y vestidos

de seda, muchos y nobles, y otros afeites muy preciados y tantos haberes de otra guisa, así como vasos de gran precio que se hallan en el real de los moros?

—¡Han dejado el cobre y se llevan el oro! —grita, ronco, el portaestandarte Pedradas—. ¡No despojéis miserias! ¡El tesoro lo llevan los moros que huyen a uña de caballo! ¡Al alcance, al alcance…!

Algunos chusmeros creen que se pagará un sueldo por polla circuncisa y se afanan en cosecharlas hasta que uno, más avisado, les dice que no hay tal y dejan de hacerlo.

Los caballeros más ancianos y exhaustos fincan en el real de los moros, entran por las tiendas y registran las que caídas y sin vientos están.

¡Gran ganancia! El real de Marruecos estaba bien proveído de toda clase de bastimentos.

Mirad a los caballeros jóvenes que prosiguen el alcance hiriendo y matando a muchos moros y cautivando a los de parecer noble, por los rescates.

Mirad las moras que despavoridas huyen, unas en sus pies, otras en hacaneas, sin ganas ya de ulular de sus bocas, las lenguas vibrando, como Satán, según hacen para azuzar a sus hombres.

Mirad al fementido traidor Osorimuñoce, que a uña de caballo escapaba. Los mesnaderos de don Martín Muñoz lo han cautivado y, conociéndolo, lo han llevado ante los justicias del rey, los cuales, según es costumbre hacer con felones y otros reos de muerte crudelísima, lo han empalado.[59] La primera cuarta del tormento no la padece el cuitado, por la dilatación que de suyo tiene en la práctica de tomar amores nefandos de otros varones por el vaso equívoco o prepóstero, mas luego, entrándole el palo por las entrañas, chilla y gime como cochino en la mesa tocinera, lo que es de mucho escarmiento y provecho para los escuchantes y mirantes.

Capítulo CXXXII (133)

Del planto que el rey de Castilla hace y de la suerte de la tienda bermeja del rey de Marruecos

Ved la gran tienda bermeja del rey de Marruecos, asaz rodeada de negros muertos muy largos de cuerpo y muy gruesos.

Vedlos desnudos y desarmados porque los peones y chusmeros los han despojado de perpuntes y paños.

Mirad a don Rodrigo el arzobispo, sudoroso, el que ha hecho muy buenas armas y matado muchos moros principales. Despojado de su loriga doblada, cuya pesadumbre sufre mal, trae todavía el velmez desgarrado y muy manchado de sangre mora y suya.

Llegan los reyes y los obispos, descabalgados y juntos. Entran a mirar la tienda bermeja del Miramamolín. Ya la han despojado los caballeros delanteros de algunas vajillas, armas y trebejos, pero aún quedan en ella muchos tesoros y paños de camelín, a los que Alfonso pone guardas que los custodien. Con ánimo suspenso, los reyes, los obispos y cuantos los acompañan miran y palpan los tapices, los damascos, las gruesas alfombras de muchos colores que emparamentan el suelo, las nunca vistas lámparas y las vajillas cinceladas con menudencias morunas.

Al salir los reyes, se ha juntado fuera gran copia de caballeros y peones que los vitorean y entonan trovas procaces sobre el trasero del moro bujarrón, pero don Rodrigo Jiménez de Rada, al que desplacen los improperios, rompe a cantar el «Te Deum laudamus». Oíd cuan prestamente se le unen don Arnaldo y los otros obispos

españoles y francos, así como los abades, frailes y toda la clerecía que acompaña a los prelados. Los reyes y los ricoshombres, los fijosdalgo y los peones se suman al coro, con voces roncas.

¡Día de emoción y victoria, unos y otros disimulando llantos que abundantemente corren por los rostros hinchados y polvorientos!

Resuena, sobrepuesta a las otras voces, potente y disciplinada por los años de coro, la voz de bajo del canónigo don Domingo Pascual. Lleva la sobreseñal teñida de sangre enemiga y en la mano la cruz arzobispal torcida de los golpes con los que ha hisopado las cabezas de tantos moros como envió al paraíso de los mártires.

Cesados los cantos y las ovaciones, los reyes designan los maestros cuadrilleros que han de partir el despojo. Unos ricoshombres castellanos y otros navarros y aragoneses querellan sobre a quién corresponde la tienda bermeja del rey de Marruecos, a la que todos llegaron a un tiempo y todos la entraron a una por distintos sitios.

A lo que el rey de Castilla con mucha gravedad y autoridad, sin tomar consejo ni palabra de nadie, sentencia:

—No será de ninguno sino que la enviaremos al Santo Padre de Roma, que predicó esta cruzada y ha dado perdón y bienaventuranza a nuestros muertos y a nuestras pobres ánimas.

Todos asienten y cesa la disputa. Por doquier resuenan los gritos de victoria y cantos de tedeums de los freires, que bien regaron el campo con su sangre.

Ved ahora a Alfonso el de las Navas que no hace solaz alguno, ni fiesta, sino que se retira a su tienda después de abrazar estrechamente a don Pedro el de Aragón y a don Diego López de Haro, su alférez, y a otros caballeros principales a los que llama hermanos. En llegando a don Sancho, el rey de Navarra, su mortal enemigo, se paran los dos sin palabra ni gesto hasta que el castellano se adelanta y le dice al navarro, que está de sangre teñido de la cabeza a los pies, ninguna suya, sino de moro y hereje:

—Tomad, don Sancho, los tesoros que a mí correspondan, que yo con la parte que me toca de la gloria de este vencimiento me doy por bien pagado. Bien entiendo que aunque no trajisteis hueste numerosa, mucho os corresponde en justicia por lo que habéis lidiado, navarros, que sois más leones que hombres.

Ved ahora al rey Alfonso en su tienda. La cara henchida del esfuerzo, los labios rotos de la sed y la bilis, déjase desarmar por su paje de la sobrevesta, la loriga y el velmez calado de sudor y desgarrado de algunas flechas. Desnudo, dos escuderos le dan friegas con paños de agua fresca y le catan algunas llagas chicas. Un mayordomo le trae vino mirrado que bebe a largos buches. En camisón nuevo, que huele a sahumerio de romero, les dice: «Salid y dejadme solo.»

El rey de Castilla, de hinojos ante Santa María, no muestra señales de placer sino que de sus ojos derrama copiosas y arrebatadas lágrimas mientras en su corazón dice: «Ahora, Señora de los Cielos, ya no me conocerán por la rota de Alarcos sino por esta señalada victoria. Ahora puedes llevarme a reposar con Fernando, mi hijo, que me arrebataste por mis pecados y por tu voluntad divina.»

Estas y otras razones piensa el rey llorando fuertemente de sus ojos hasta que, pasado un rato, escucha la voz de don Rodrigo, que demanda licencia, y él le dice: «Pasad, pasad, arzobispo.»

Entra don Rodrigo en la tienda real y, mirando las lágrimas de Alfonso, lo ciñe con sus brazos como un hijo abraza a su padre, lo que nunca antes hiciera a pesar de la mucha confianza que entre ellos cabe, y, sin una palabra, le marca la cruz en la frente y le unge la sangre que mana de la llaga de su costado como si fuera óleo santo.

—¡Bien defendiste hoy al cielo, rey magnífico! —le dice—. Por tu obra, las generaciones venideras sabrán que son cristianos libres y no moros sujetos y viles.

Capítulo CXXXIV (134)

Del alcance de los moros rugientes

Ved que mientras los caballeros viejos y los peones posan y se adoban las llagas en el real de los moros, los caballeros jóvenes, que guardan aliento por haber lidiado descansadamente en la zaga de los reyes, salen al alcance de los paganos que huyen así como muchos peones y ballesteros que tomaron caballos de refresco de los que vagan desamparados por el campo. Corren los alcanzadores hiriendo y matando a los huidos hasta cuatro leguas bajando de la sierra. Como ovejas sin pastor, vense los moros y moras despavoridos por sierras y frondas, por caminos y veredas ignorados. El alcance dura hasta que lo oscuro de la noche es venido y si muchos moros escapan son más los que perecen alanceados y despedazados en los barrancos o en las vegas, en las cuevas y entre las ramas de los cascajos.

Ved cómo hieren en ellos los alcanzadores, como el que varea bellotas en la corpuda encina: una lanzada o un estacazo derriba al moro y su heridor no se demora en rematarlo sino que lo abandona a los chusmeros que detrás llegan y a las mujeres que le den cruda muerte.

Dura el alcance con el ardor de la victoria otras tres horas hasta que cae la noche oscura y no se distingue si un bulto es amigo o moro. Ahítos de matar, vuelven al real los caballeros, ya tarde, mientras acuden los lobos al venteo de la carroña por sus veredas del monte.

Ved ahora el campo donde tantos han perecido. Quédanse muchos a recoger a los heridos y curarlos antes que se enfríen las llagas y los buitres y los cuervos y los perros y otras animalias del campo vengan a pacer sus carnes. Los que se valen caminan al hospital por su pie y a los otros los llevan en angarillas y bestias, muy maltratados y murientes.

Allá van los reyes a interesarse por sus buenos caballeros yacientes. El de Aragón encuentra a don Andrés de Castell Rossellion que agoniza de una lanzada en los riñones.

—¿Cómo va eso, Andrés? —le pregunta.

—Me muero, señor; pero, por lo demás, muy bien.

En la ribera del arroyo de la Campana, algunos cadáveres de arqueros moros se desangran tiñendo de rojo el agua. Don Raimundo el Anglo manda sacarlos en seco antes de que la podredumbre emponzoñe las aguas. Con unos mulos arrastran fuera del agua el cadáver de un caballo desventrado que va dejando detrás un rastro de tripas y excrementos.

Capítulo CXXXV (135)

De la muerte de don Hugo de Tours y de los despojos del campo

Ved a don Hugo, que ha batallado desde la mañana tan esforzadamente como los más bravos y ha matado a muchos moros. En su cuerpo ha recibido muchas llagas poco hondas y ninguna mortal, pero ha perdido sangre y del cansancio está tan amortecido que apenas se tiene.

Ved a doña Ermengarda, que por el campo anda con su paje Gozo buscando caballeros a los que socorrer. Reconoce a don Hugo, echado en tierra, y lo saluda solícita.

—¿Cómo estáis, don Hugo? ¡Bendito sea el que me permite encontraros!

Don Hugo vuelve los ojos a la abadesa y no dice palabra. No puede hablar, tan hinchada tiene la lengua de la sed. Doña Ermengarda mira alrededor, que no sea vista por nadie, y saca de sus ropas una redomilla de cristal en la que guarda el tósigo de la misericordia que se administra a los heridos sin recuperación. Don Hugo, al oler lo amargo de la ponzoña, intenta resistirse, pero Gozo lo tiene asido fuertemente por la cerviz y con la otra mano le prende la nariz para que trague. Cuando el cuitado abre la boca, doña Ermengarda le vierte en las fauces una porción sobrada. A poco, los músculos de don Hugo se aflojan y la expresión de su semblante se suaviza, vencido por el sueño de la muerte.

Doña Ermengarda se incorpora y suspira.

—Bórrale la cara que no sea conocido de nadie antes que el veneno le ennegrezca la lengua —le dice a su paje.

Gozo aguarda a que su ama se aleje antes de machacar el rostro de don Hugo con una piedra. Cuando se levanta deja atrás una pulpa sanguinolenta, sin facciones.

Desnudo, boca abajo, queda el cadáver de don Hugo, solo y sin duelo, sin misa ni responso, sin nombre ni túmulo, entre la morisma muerta, para que los perros de la tierra y los buitres del cielo se ceben en sus carnes y los gusanos royentes se coman de dentro sus entrañas podridas. Así castiga el Criador las maldades del hombre, a veces con su mano y otras con manos que Su justicia hacen sin advertirlo.

Ved ahora el duelo de don Simón al conocer que don Hugo no aparece, lo que lo cuenta entre el número de los muertos. Entre las cosas que guardaba en su tienda encuentran un pergamino con la profecía que le hizo una sibila.

Dice don Simón, leyéndolo:

—Esta vez erró la adivina, que antes de pasar el Pirineo le certificó que no moriría en esta campal batalla. Vedlo aquí escrito, donde dice: «*Ibis redibis non morieris*» que en romance es «Irás, volverás, no morirás».

Toma don Arnaldo Amalarico el pergamino y, tras examinarlo, corrige:

—No, mi buen amigo, me pesa decir que don Hugo lo entendió mal. Catad esta minúscula vírgula entre las dos últimas palabras. Lo que aquí dice la sibila es: «*Ibis, redibis non, morieris*», que es «Irás, no volverás, morirás». Ello se ha cumplido por la voluntad de Dios.

Antes que se haga de noche, los reyes y los obispos y los ricoshombres, cansados pero asaz alegres, levantan sus tiendas del Cerro del Rey y se mudan al real almohade. El real de los cristianos no ocupa ni la mitad que el real de los moros. Esa noche no salen

los chusmeros por leña sino que alimentan las hogueras con los haces de flechas y jabalinas que encuentran intactas, las puntas protegidas por zoquetas de corcho, en innumerables canastas y cajas.

Dice el rey:

—En esta buena fuente que aquí mana pondremos el hospital donde los llagados sanen sus heridas y allá, a sotavento del real, las fosas donde soterraremos a los muertos. Y sobre ellas edificaremos una iglesia que se llame de Santa Elena en memoria de la santa madre de Constantino, el romano, que encontró la vera cruz que nos ha dado la victoria.

Eso dice el rey y todos lo acatan: amén.

Ved el campo de batalla. En una legua a la redonda, están las navas sembradas de muertos moros y cristianos, caballos y camellos, con asaz arneses y albornoces, venablos, flechas y lanzas, escudos y paveses esparcidos por cerros y collados. Hay, en el real de los moros y en el campo, tal abundancia de vituallas, armas, caballos de guerra, dromedarios y otras bestias que, tomando cada cual lo que quiera, aún dejarán más de lo que se lleven.

Ved el corral de las cabras de los moros, que todavía ignoran que se han quedado viudas.

Pues los bastimentos de boca y las armas, ¿quién los sabría contar? Anda el intendente don López Payer de un lado a otro, atareado, poniendo guardas que nadie del rey abajo ose tocar la munición de boca pues la hueste aún debe proseguir la campaña hasta conquistar cuanto los moros quitaron a don Rodrigo el godo, desde estas sierras a Gibraltar y Tarifa y Almería.

Ved la gloriosa estampa de un campo de batalla ganado. Los montones de muertos dificultan el caminar, señaladamente en el cerro de los Olivares, donde está el palenque del Miramamolín.

Pasados los cuadrilleros con sus mulas para recoger el despojo del campo, chusmeros, mesnaderos y peones espigan lo que los

otros han dejado, que es mucho y bueno. Los escuderos desuellan los caballos muertos y llevan la pelleja al contador para que sus amos reciban la indemnización.

Oíd las mujerzuelas de la chusma cómo prorrumpen en alaridos cuando topan un moro herido y lo sujetan entre muchas mientras otras lo castran, le sacan los ojos y lo rematan con estacas y piedras.

Entre la chusma rebuscadora anda Martín Halaja, el golfín que guió a la hueste por el Camino del Rey y la sacó del apuro. Volteando moros muertos busca al que le robó los conejos y lo deshonró. Cuando ya desespera de encontrarlo y empieza a pensar que habrá huido, reconoce a su moro, el de la cicatriz cárdena de la mejilla derecha. El cadáver tiene la cabeza abierta con los sesos por fuera, blancos, moteados de moscas. Martín sólo lo despoja de un cinturón de cuero verde muy adornado con tachuelas de cobre que valdrá lo que aquellos cinco conejos que le robó. Para que la venganza sea un acto de estricta justicia renuncia a lucrarse de cualquier otro despojo y se retira del campo, las manos vacías, collado arriba, por medio del monte sin veredas, a la paz de su choza. Al llegar a lo alto se vuelve y contempla el campo ensangrentado sobre el que bandadas de buitres urden su vuelo coronado. Casi no le alcanza el barullo de los mesnaderos borrachos que celebran la victoria en las chozas de la chusma y se desquitan, con las putas, de la virtud y continencia observada en los últimos días, cuando guardaban religión por si morían en la batalla.

Como Martín Halaja, el rey don Alfonso se queda con la venganza y no quiere más. Lo que está en el corral del Miramamolín lo deja para los reyes de Aragón y Navarra. Él se conforma con la honra del vencimiento.

Llora el rey sin poder reprimir el llanto cuando imagina la alegría de Castilla cuando tañan las campanas y se conozca la nueva. ¡Qué de sermones, romerías, agasajos de taberna, regocijos, guirnaldas, colchas ventaneras, preñeces satisfechas!

Capítulo CXXXVI (136)

De la suerte de don Gualberto, del planto que por él hace doña Eliabel y de otras materias cumplideras desta historia

Mirad a Gahete, el escudero de don Gualberto, que busca desamparado a su señor, que no aparece entre los llagados que van llegando al hospital.

—¡No sufras, niño! —le dice doña Ermengarda—. Estará con don Welf, entre los que salieron al alcance.

Pero el muchacho sigue buscando en el campo de los muertos con un mal presagio en el ánima porque la víspera soñó que su amo, el buen caballero, vomitaba sangre.

Lo encuentra por fin en la cava del palenque, entre los palos derrocados, sobre un montón de moros muertos. Despojado por los chusmeros de la loriga y de las brafoneras, del almófar y de Melipicra, sólo cubre su desnudez con el velmez desgarrado y ensangrentado. ¡Mirad las fieras heridas por las que al caballero se le escapó la vida! ¡Gran planto le hace el muchacho como lloraría un hijo por su padre muy querido! «¿A dónde iré ahora sin ti, si no tengo en el mundo otro amparo, padre mío?»

Pasan a lo lejos los fossores con sus mulas recogiendo muertos. ¡Tantos cadáveres desnudos y yertos, las pieles azuleando, las llagas negras de moscas, en hileras largas, los brazos cruzados sobre el pecho! Desnudos como muchos están, cuando dudan si será moro o cristiano, miran en su natura si son circuncisos o no y así dejan los

moros insepultos a las animabas del campo y sólo recogen a los cristianos.

¡Mirad el montón de muertos! ¿Quién sabrá cuántos son? Los arzobispos los bendicen y les echan sus responsos antes de darles tierra en fosas capaces que cautivos moros cavan detrás del hospital. ¡Cuántos hombres en la flor de la edad han venido a fenecer en una tierra nunca antes vista, en collados y navas sin nombre! ¡Cuántas viudas se acostarán esta noche sin saber que lo son en Castilla, en Aragón, en Navarra, en Galicia, en León, en Portugal, en Francia, en Inglaterra, en Germania! ¡Cuántas doncellas y donceles que mañana despertarán huérfanos!

Tras la batalla, ha durado el alcance y el matar más que el vencimiento, hasta las puertas mismas de Vilches, a tres leguas, tras de lo cual tornan los alcanzadores al campo de la sangre. Vedlos quebrantados de fatiga, caminando al paso, ya sin apremios, entre el rastro de los cadáveres moros que dejaron en la ida. Van contentos, algunos con sartas de orejas colgadas del arcén y las cabezas de moros principales.

Ved a don Welf, el caballero sin tacha, que ha lidiado seis horas sin desmayo y muerto a tantos moros que no hay en el campo campeón que se le iguale. Ved a los compadres don Fito de Cózar y don Arturo Pérez Reverter cómo regresan, cumplida la jornada, espuela con espuela, las caras hinchadas y negras de sudor y polvo, los escudos deshechos, falsadas las lorigas, sin yelmos ni cofias, los almófares descapuchados sobre los hombros. Dice don Fito:

—Ahora lo puedo decir: en lo más trabado del combate temí no volver a ver a mi mujer y, lo que es peor, mi bodega. Este año tengo veinte pellejos de blanquillo muy bueno, que harán el trasañejo de mis nietos, si es que no me lo bebo antes.

Don Reverter mira el esparcido campo de muertos que remontan sus caballos a rienda floja y no dice palabra. Llega su escudero con una botija de vinagrillo del que beben en abundancia y se rocía una herida del hombro. Reanudando el camino le dice a don Fito:

—Compadre, ¿sabéis aquel chascarrillo del caballero villano que, viéndose aupado a gran estado, quiso cazar un oso muy grande, allende los montes de Segovia, que resultó ser sodomita?

Mirad allá al peón Antón Gonzo, cómo regresa del alcance roto y maltratado, pero crecido y feliz. El pastor de Cuenca, que ha reñido como bueno, ha ganado tres caballos con sus paramentos y sus sillas, una loriga buena, una espada regular, espuelas y otras preseas que le permitirán mudar de estado e ingresar en caballería villana.

Amanece sobre estos y otros caballeros, adalides y peones que llegan al real, antes de la hora prima. Tras la misa solemne de réquiem que ofician los arzobispos y la clerecía, y las grandes honras y muchos responsos que se dicen por los que han muerto haciendo armas por la religión sin desdecir ni darse por vencidos, los presentes asisten a la deshonra de los caballeros que Raquearon delante de los moros. En fila, delante de la tienda bermeja, con semblantes abatidos, sin espuelas, los velmeces infamantes estercolados, el alférez real les corta con tijeras de esquilador el cinturón que ciñe la espada. ¡Cómo volverán a sus lugares y a sus amigas con esa tacha, más les valiera ahorcarse!

Capítulo CXXXVII (137)

Del planto que doña Eliabel hace a don Gualberto

Ved el cuerpo desnudo del caballero sobre el paño, un velmez enrollado por cabezal. Vedlo transfigurado y sereno, hermoso y joven en la muerte, el rostro y el cuello curtidos por el sol y la intemperie y el resto muy pálido, casi femenino, con la lividez de los difuntos. Once llagas le hallaron, de las cuales tres eran mortales, dos en el pecho y otra en la cadera. ¡Bien se ve que riñó como bravo león el que malherido aún lidiaba!

Mirad el cadáver. Lo han lavado entero menos el brazo diestro que, por honor, le han dejado teñido hasta el sobaco de sangre seca de moro.

Ved a doña Eliabel besar el frío cuerpo fuera de sí y arañarse los pechos que él le mamaba tan deleitosamente y lamerle las heridas queriendo sanarlas y otros extremos de extraviado dolor y compasión que derretirían las peñas si hubieran corazón.

Doña Eliabel, que le ha limpiado el polvo de la cara con sus lágrimas, le mira los ojos entreabiertos, velados por la muerte, los que tan vivos la contemplaban en el amor cuando sobre ella le decía abre los ojos y mírame, al derramársele dentro.

—¡Pluguiera a Dios y a Santa María que no te hubiera conocido! —solloza la malmaridada—. ¿Y quién me amará ahora como tú me amabas, quién me cubrirá desnuda, quién dirá palabras de consolación a mi oído, quién me acariciará la espalda con sus dedos sabios, quién mis pezones con sus abiertos ojos? ¡Ay, desdichada de

mí, que te he gozado tan poco, que nunca mujer en el mundo alcanzó tan grandes placeres tanto en su ánima como en su palpitante cuerpo!

Doña Eliabel, con los ojos henchidos del llanto, gastadas ya las lágrimas, hipa y vela el cadáver desnudo de don Gualberto sobre el que cayó amortecida al verlo pasado de la presente vida.

—¡Qué buen caballero y cómo remató su vida! —dice don Welf lloroso.

«Ved cómo se avecinan la dicha y el dolor, el amor y la muerte», piensa, conmovida, doña Ermengarda.

Solloza doña Eliabel:

—¿De qué me aprovecharán las riquezas y los estados si me han privado del placer verdadero que era tenerlo a mi lado? ¿Por qué querré vivir si sólo me quedan dolorosas lágrimas y continuos lamentos? ¡Mal día, mala hora, mal signo tuve cuando me hizo amarlo!

Doña Ermengarda la abraza y la deja hacer su duelo como quien sabe que sacar el dolor del pecho con palabras desconcertadas y ayes serena mucho el ánima. Luego le dice:

—El buen caballero ha pasado de la vida presente, pero os dejó el mejor presente que un hombre puede hacer: el hijo comunal que vive en vuestro vientre.

Doña Eliabel suspira hondamente, la mano en el seno.

—Pues no lo tuve en la vida, lo quiero tener como esposo en la muerte —le dice a su amiga, la abadesa—. Morir no puede quien llevo vivo dentro de mí. ¡Ay, verdadero marido, el que el mundo no me dio sino la fortuna que tan brevemente me contentaba!

Mira al pálido difunto y abrazada a él le dice:

—Sabed, mi amigo, marido mío verdadero, que este vuestro hijo que en mis entrañas vive os heredará Marignane acrecentado con los otros algos del que os lo usurpó y me daba mala vida.

Doña Ermengarda la deja desahogarse un poco más, a solas con el difunto, y luego entra en la tienda y le dice:

—Hija, es menester que ahora vengas conmigo. Dejemos a Gozo que haga lo que se ha de hacer porque maese Marmite tiene la caldera preparada y no nos debemos demorar. Tú también ven con nosotras, Gahete, que don Simón nos espera muy cuitado por su mal y deberás hacerle algún recado.

Se van el muchacho y las mujeres dejando a Gozo a solas con el cadáver. Como otros escuderos hacen a esa hora, Gozo abre con un cuchillo el vientre del muerto para sacarle las entrañas y luego lo despieza por las coyunturas, cuidando no romper hueso, en tajadas grandes que quepan en la caldera de la mesnada. De esa guisa descuartizado, mete los pedazos en un saco de cuero que carga a lomos de mula hasta el cerro Quiñones, donde están las calderas en las que se hierven, a fuego vivo, los carnales despojos de los nobles fenecidos. Ya sabéis que cuando no hay apaños para embalsamarlos es costumbre hervirlos hasta que se descarnan los huesos que los deudos reintegrarán a sus sepulturas familiares en remotas abadías, prioratos y capillas. Las entrañas y la carne desprendida se sepultan en la fosa común, bendecida por los arzobispos, con sus responsos y gorigoris, como es usanza cristiana.

Esa noche don Gonzalo Gómez García de Agoncillo, el alférez real de Navarra, casado con doña Germana de Tours, la hermana de don Hugo, va a ver a doña Eliabel para ofrecerse mucho.

—Señora, quiero besaros la mano y brindaros lo que sea menester para vuestro feliz regreso a Francia y si por ventura queréis venir a Tudela, mi esposa, vuestra cuñada, querrá serviros bien pues lleváis en el vientre el heredero de la casa de Tours. La

pena es que don Hugo haya muerto, con las ganas que tenía de conocer a su hijo.

—Mucho os lo agradezco, don Gonzalo —le dice la viuda—, pero antes quisiera llegar a los estados de Tours sin demora para llevar los huesos de mi marido y reposar antes que mi preñez avance y sea peligroso andar por los caminos. Os ruego que beséis mucho en mi nombre a mi cuñada y que si os place digáis trescientas misas por el alma de don Hugo, aunque por su mucha bondad y piedad tengamos por seguro que gozará de los dones celestiales.

Al oír esto, doña Ermengarda se sonríe en sus adentros y volviéndose a Gozo, que no puede oírla, murmura por responso del finado: «Tanta paz lleve como descanso acá deja.»

Capítulo CXXXVIII (138)

De cómo doña Eliabel y doña Ermengarda regresan a Francia con los huesos de don Gualberto

Mirad los que veis y oídme porque llego al final del román. Vuelven a Francia doña Ermengarda y doña Eliabel con la mesnada de don Simón de Mercia. Miradlas viajar en buena paz en el carromato de las medicinas que hallaron como se dejó, al otro lado de los puertos.

Traen con ellas una bolsa de cuero con los huesos de don Gualberto que la desconsolada viuda Eliabel lleva a sepultar al panteón familiar de Tours como si fueran los de su marido. Allí heredará el condado y parirá al hijo de don Gualberto que lleva en su vientre, al que pondrá de nombre Gualberto Hugo, cuarto conde de Tours.

¡Cómo hermosea la preñez a la viuda, en sus tocas envuelta, las manos sobre el seno que pronto abultará, la leve sonrisa resignada en los labios gordezuelos!

Doña Ermengarda, que toda la mañana ha mirado pasar las aves cotejando augurios, se vuelve hacia su amiga y le dice:

—Cuantas señales veo dicen que pariréis un varón robusto y que será esforzado como su padre y realizará grandes hechos. El rey de Francia lo colmará de mercedes, al conde de Tours y señor de Marignane.

Doña Eliabel se sonríe, la mano en el vientre, y, resignada, piensa que perdió al único amor verdadero de su vida, pero a

cambio ganó un hijo suyo y gran estado y que mejor estará viuda que malmaridada. Mira a doña Ermengarda y le dice:

—Santa María os puso en mi camino, amiga, que por voluntad de Dios, sin tener por qué, dejasteis la comodidad y quietud y santidad de vuestro convento para meteros en estos trabajos por rescatar de su desdicha a esta malmaridada que yo era.

Doña Ermengarda se sonríe.

—No fueron Dios ni Santa María, hija mía, aunque nada ocurre sin su permisión y ayuda, por supuesto, así como en todo hemos de ver la intercesión de los santos del Cielo. Por la voluntad que os tengo debo confesaros que me enrolé en esta cruzada no por ver mundo ni por matar sarracenos, que en nada me han ofendido, sino por librar de males a mi hermano don Simón, al que, en confianza os lo confieso, le provoqué con mis hierbas ese flujo de vientre que lo apartó de la batalla. No es joven ya para combatir y él es cuanto tengo en la vida. Bueno, a él y a mi buen Gozo, que tanto me consuela en mis ardores de viuda.

Y al decir esto descansa una mano distraída sobre el muslo de Gozo, el cual, ajeno a las palabras que no oye, va concentrado en guiar el carruaje por donde menos padezcan los cuerpos de sus amas y los botes y redomas de los remedios.

Detrás cabalgan los mesnaderos, don Simón y Marmite al frente, disputando sobre las muchas virtudes del ajo que en los recios yantares de esta tierra tanto acompaña.

En el cielo azul luminoso vuelan cornejas a la diestra, buen augurio.

Aquí termina el román del caballero menesteroso y la bella malmaridada. Quien lo escribió ¡dele Dios paraíso, amén!

Johannes Eslava lo compuso entre enero y mayo de dos mil XI años. *Laus Deo.*

Postscríptum

Tras la batalla de las Navas de Tolosa, los cruzados descansaron día y medio antes de reemprender la marcha. En jornadas sucesivas conquistaron los castillos de Navas de Tolosa, Vilches y Baños de la Encina, donde ejecutaron a muchos moros fugitivos de la batalla.[60]

El siguiente objetivo fue Baeza, la primera ciudad notable al sur de Sierra Morena cuyos pobladores se habían puesto a salvo en la vecina Úbeda, mejor amurallada, salvo unos cientos que se encerraron en la mezquita mayor y perecieron abrasados cuando los cruzados incendiaron el edificio. Después cayó Úbeda, que ofreció un millón de maravedíes de oro si se respetaban vidas y haciendas, pero los arzobispos exigieron la aplicación estricta de los Cánones Eclesiásticos, que prohibían cualquier trato con infieles. La población fue degollada después de espigar a los que valían para esclavos.[61]

Don Alfonso de Castilla pensaba continuar la conquista, pero una inoportuna epidemia de disentería, causada por la falta de higiene y el calor, a la que cabría añadir el agotamiento de la tropa (de la campaña en sí, y de la frecuentación de las moras cautivas, que aflojaba las rodillas) aconsejaron el regreso a Castilla.

Como consecuencia de la batalla la frontera descendió hasta el castillo y lugar de Vilches, que se convirtió en la avanzada de Castilla al sur de Sierra Morena y punto de partida para reanudar la reconquista, doce años después.

Tras la victoria, don Alfonso de Castilla se mostró magnánimo y cedió algunos pueblos en litigio no sólo al rey de Navarra, que lo auxilió, sino también al de León, que había atacado sus fronteras.

Después de las Navas de Tolosa, el poder almohade se desmoronó, circunstancia que, en 1224, animó a Fernando III, nieto del vencedor de las Navas, a proseguir la reconquista de al-Andalus.

Apéndices

Alfonso VIII y Doña Leonor
en un dibujo de la época

Censo de personajes

An-Nasir (Sevilla, 1179-Marraquech, 1213) Muhámmad An-Nasir era hijo del califa Abu Yaqub Yusuf al-Mansur, el vencedor de Alarcos. En los textos castellanos se le conoce como Miramamolín, derivación romance del árabe *Amir Al-Mu'minin* («Comendador de los Creyentes»). Tenía los ojos azules y la barba rubia, herencia genética de su madre, una esclava nórdica renombrada como Zahar, «flor». ¿De una nórdica?, se extrañará el lector. Pues sí. Los moros pudientes apreciaban mucho a las rubias europeas, más por la carnalidad que por los conocimientos culinarios, cabe presumir, y ello alentaba un activo comercio de beldades. Tanto no ha variado la cosa. Los actuales jeques del petrodólar suelen mostrar preferencia por las rubias, del mismo modo que a los suecos les van las morenazas mediterráneas: a cada cual, su opuesto.

Tras la batalla de las Navas, el joven An-Nasir no levantó cabeza. Deprimido, regresó a Marruecos, abdicó en su hijo Yusuf al-Mustansir, y se encerró en su palacio de Marraquech para entregarse a los placeres y al vino. Que os den morcilla a todos, pensaría, si no estuviera vetado ese alimento a los coránicos. Murió al año siguiente, a los treinta y tres años, se sospecha que envenenado. Era algo tartamudo, retraído y agarrado.

Alfonso VIII de Castilla (Soria, 1155-Ávila, 1214) Cumplida la misión-obsesión de su vida, que era derrotar a los moros y vengar lo de Alarcos, Alfonso murió a los dos años de la batalla, en octubre de 1214. Doña Leonor, su mujer, lo siguió a la tumba tres semanas después. Más amor sólo se observa en las viudas indias.

Era Leonor «sosegada y muy hermosa, sabía honrar en su trato a todas las gentes del reino a cada una según su estado,[62] muy sesuda e mucho entendida e muy buena e muy locana,[63] de

elevadas costumbres, recatada y prudente».[64] Esta reina protegió la cultura y trajo a Castilla las modas literarias de Europa que también aparecen en la novela (la materia de Bretaña, el rey Arturo, la Mesa Redonda, el Santo Grial y la poesía trovadoresca).

Rodrigo Jiménez de Rada (1170?-1247) Nuestro arzobispo, el impulsor de la cruzada, era un navarro de Puente la Reina, con profundas raíces familiares en la castellana Soria. Había estudiado derecho en Bolonia y teología en París. Además de sus lenguas maternas, vascuence y castellano, se defendía bien en latín, italiano, francés, alemán, inglés y árabe. Es probable que también leyera en griego y hebreo. Como arzobispo de Toledo defendió la primacía de su sede y puso la primera piedra de la nueva catedral, de estilo gótico.

Reanudada la reconquista, Fernando III le entregó el adelantamiento de Cazorla, dotado de excelentes rentas, para que conquistara la vía estratégica del Guadiana Menor, hoya de Baza y Almería. Fernando aplicó el mismo plan de conquista que sus antepasados Alfonso VII y Alfonso VIII: dos ejes de penetración en Andalucía que, al llegar al mar, se cerraban, como una tenaza. El eje principal descendía por el Guadalquivir y ocupaba las ciudades más importantes (Jaén, Andújar, Córdoba, Écija, Carmona, Sevilla y Niebla); el secundario partía de Úbeda y Baeza y, tras establecer una plaza fuerte en Quesada, remontaba el curso del Guadiana Menor y cruzaba la hoya de Baza hasta el puerto de Almería. Con los principales puntos del Estrecho en manos cristianas, se evitaban nuevos desembarcos de moros.

El plan se cumplió a medias porque falló la penetración por el Guadiana Menor, encomendada a don Rodrigo Jiménez de Rada, el arzobispo de Toledo, quien no logró pasar de Quesada. Además, la ciudad de Jaén resultó un hueso duro de roer y Fernando III aceptó, a cambio de ella, el vasallaje del rey de Arjona, Alhamar An-Nasir, lo que, a la postre, concedió un respiro a los baqueteados moros y les permitió la formación del reino de Granada dentro de unas fronteras

naturales fáciles de defender. Este reino, próspero y abierto al mar, prolongó su existencia durante dos siglos y medio, hasta su conquista por los Reyes Católicos, en 1492.

Nuestro arzobispo no pasó más allá de la plaza fuerte de Quesada. En la documentación que enviaba al papa, don Rodrigo enumeraba hasta treinta castillos fronterizos que tenía en custodia a sus expensas. El que esto escribe se cansó de buscar los tales castillos cuando preparaba su tesis doctoral y al final llegó a la conclusión de que eran meras alquerías y cortijadas con las que el arzobispo, gran tacaño, justificaba un tremendo gasto que le impedía contribuir a las arcas del santo padre con la generosidad que quisiera.

Murió en 1247 en una barcaza que descendía el Ródano, cuando regresaba del Primer Concilio Lugdunense.

Su retrato, en la sala capitular de Toledo, obra de Juan de Borgoña, nos lo representa con cara de batracio, pero en su momia, conservada en el monasterio de Santa María de Huerta, lo encontramos más favorecido.

Escribió, entre otros libros, la crónica *De rebus Hispaniae*, también conocida como *Cronicón de las cosas sucedidas en España, Historia gótica* o *Crónica del toledano*, en la que narra, de primera mano, la expedición que condujo a las Navas de Tolosa.

Tuvo una hermana monja en las Huelgas.

Sancho VII el Fuerte (1154-1234)

El rey de Navarra medía cerca de dos metros y, como se cuenta en la novela, padecía de varices.

Se casó un par de veces, primero con Constanza de Tolosa, a la que repudió, y después con Clemencia, hija del emperador de Alemania, pero de ninguna tuvo un hijo que lo heredara, aunque engendró unos cuantos bastardos fuera del matrimonio.

Lo de sus campañas en Marruecos a sueldo del Miramamolín es una imaginación de los cronistas que el que esto escribe ha aceptado por embellecer su cuento. La prosaica realidad que parece desprenderse de los documentos es que pasó dos años en Sevilla, negociando con el moro, sin sacar gran cosa en limpio.

Después de la batalla de las Navas se deterioró su salud, lo que lo condujo a encerrarse en su castillo de Tudela y a rehuir el trato humano (de hecho, unos lo conocen por el sobrenombre de «el Fuerte» y otros como «el Encerrado»).

Sus restos reposan en una capilla de la colegiata de Roncesvalles. El monje que la explicaba en 1983, cuando la visité por última vez, señalaba a los turistas que la escultura yacente del rey presenta las piernas cruzadas para disimular su cojera. Servidor le hizo ver que las piernas cruzadas simbolizan que el difunto fue «cruzado» y de ahí que las encontremos con bastante frecuencia en túmulos sepulcrales europeos, lo que desmiente que hubiera tantos cojos. El monje, con esa soberbia que suelen gastar los que están cerca del Evangelio, se me engalló y poco faltó para que me agrediera. Dios lo haya perdonado, como yo lo perdono.

Pedro II de Aragón (1178-1213)

En los tiempos que narramos, la corona de Aragón se extendía por las dos vertientes de los Pirineos, las posesiones del norte ya se perdieron, como el lector no ignora, y ahora pertenecen a Francia, el admirable país cartesiano que no sabemos cómo se las arregla para ampliar sus territorios al menor descuido de los vecinos.

Pedro de Aragón siempre anduvo escaso de dinero, como en la novela se sugiere, y para colmo estaba enfeudado con la Santa Sede, lo que comportaba contribuir con una suma anual al mantenimiento del Santo Padre y sus voraces cardenales. La María de Monferrato que aparece fugazmente en nuestra novela era su amiga o amante porque la esposa oficial, María de Montpellier, andaba por entonces en Roma intentando evitar que el papa le

anulara el matrimonio. Pedro, que se había casado con ella sólo por la dote, la ciudad de Montpellier, parece que se negaba a cohabitar con ella, de manera que para quedarse preñada (del futuro Jaime I el Conquistador) tuvo que engañarlo haciéndole creer que tenía una aventura a oscuras con una dama de la corte. Cuando amaneció y descorrió la cortina, el rey comprendió que había pasado aquella noche de pasión con su aborrecida esposa.

Pedro de Aragón, el más caballero y caballeroso del trío de tenores que cantaron las cuarenta al moro en las Navas, murió al año de la batalla, en Muret, Francia, defendiendo a sus vasallos transpirenaicos agredidos por Simón de Monfort. Al parecer, en plena batalla, uno de los cruzados derribó a un caballero muy alto y gritó: «¡He matado al rey de Aragón!», a lo que Pedro II, que combatía cerca, replicó: «¡Mentís, porque el rey soy yo!» Descubierta su identidad, los cruzados arreciaron contra él y lo mataron.

Dejó un reino en la bancarrota y un heredero de tan sólo cinco años, Jaime (futuro Jaime el Conquistador), bajo la tutela de los que habían matado a su padre.

Diego López de Haro (1152-1214)

El alférez real de Castilla y principal estratega de la batalla murió al año de las Navas, algunas semanas antes que Alfonso VIII. El rey lo había nombrado entre los albaceas de su testamento e incluso regente durante la minoría de su heredero, el príncipe Enrique.

Hay una anécdota sabrosa, pero apócrifa, por eso no la recojo en la novela, según la cual, en las Navas, cuando formaban la línea, se le acercó su hijo don Lope Díaz, Cabeza Brava, y le advirtió: «Padre, portaos hoy de manera que no me llamen más hijo de traidor y que recuperéis la honra perdida en Alarcos.» A lo que el viejo guerrero replicó: «Os llamarán hijo de puta, pero no hijo de traidor.» Entonces don Lope, conmovido, prometió a su padre: «Seréis guardado por mí como nunca lo fue padre de hijo, y en el nombre de Dios entremos en batalla cuando queráis.»[65]

Don Lope Díaz aludía al presunto comportamiento cobarde de don Diego en Alarcos, cuando huyó de los moros. Don Diego, sensiblemente cabreado, le recuerda al hijo su condición de hijo de puta, fundamentada en las costumbres libres de su madre, doña María Manrique. La señora, que salió liviana en amores, quizá porque don Diego la desatendía y se mostraba más proclive a escaramuza con moros que a la remonta conyugal, se había fugado con un herrero de Burgos, fornido y servicial (esto viene en la crónica de Esteban de Garibay).[66]

Este hijo de don Diego, don Lope Díaz, apodado Cabeza Brava, que tendría cuarenta y dos años cuando la batalla, heredó el señorío de Vizcaya y participó en las primeras expediciones de Fernando III en Andalucía, especialmente en la conquista de Baeza, en 1227.

Volviendo al drama familiar de don Diego, plantado por la esposa, es de notar que no se deprimió ni hizo más lástimas que las imprescindibles. Antes bien reincidió en el sacramento matrimonial, esta vez con doña Toda López de Azagra, de una antigua familia navarra con señorío de Albarracín, a la que, faltos de documentos como estamos, hemos de imaginarnos de muy buen conformar, ancheta de caderas, valentona de pechos y con un lunar piloso en la rabadilla que el guerrero, cuando vuelve a casa, despachadas las más inmediatas urgencias amorosas, mientras se recupera para el segundo asalto, le acaricia con la yema del pulgar al tiempo que le dice: «¿De quién es este lunarcito que me voy a comer?» Y a doña Toda, con las cosquillas le entra la risa y suspira: «¡Ay, los hombres!»

Arnaldo Amalarico, arzobispo de Narbona (1160-1225)

Este monje catalán de brillante carrera (abad de Poblet y de Citeaux, legado papal en la cruzada contra los albigenses y arzobispo de Narbona) regresó al Languedoc después de las Navas y prosiguió la cruzada contra los cataros durante la cual moriría Pedro de Aragón, dos años después, en defensa de sus vasallos

transpirenaicos. El papa se apenó de haber perdido tan buen vasallo y relevó a Arnaldo Amalarico de su legación. Entonces Arnaldo centró sus esfuerzos en la reclamación del ducado de Narbona, vacante por la cruzada, pero el papa se lo negó. Contrariado y enfermo, don Arnaldo se retiró a la abadía de Frontfroide, cerca de Narbona, donde falleció en octubre de 1225. Entre los bienes que donó por testamento a la abadía figura un esclavo moro que había traído de las Navas.

Martín Halaja, el pastor de las Navas

No tenemos absoluta seguridad de que existiera Martín Halaja, el providencial pastor de las Navas. Unos cronistas de la batalla lo mencionan y otros lo silencian. El arzobispo de Narbona lo pasa por alto, pero su colega de Toledo lo llama «escoria del mundo», expresión que quizá falta a la caridad viniendo de un arzobispo y desde luego no resulta nada agradecida hacia el que los sacó del gran apuro.[67] Quizá don Rodrigo se dejó llevar por la primera impresión, que no debía de ser muy positiva, ya que, como dice, era «muy desaliñado en su ropa y persona». Si recurrimos a otro testigo presencial, estamos en las mismas. Domingo Pascual (el que repartía mamporros con la cruz arzobispal y luego se quejaba de que se la habían doblado) en su traducción de la historia de la batalla nos dice: «Dios […] embió un home como aldeano, o pastor, home mal vestido, é parecía que era el vestido de poco valor […] E dixo, que el guardara tiempos avia su ganado en aquellos montes, é que tomara por alli en aquel Puerto liebres, é conejos.»

Alfonso VIII, en su carta al papa, dice: «[…] nuestros magnates que iban en la vanguardia, guiados por un rústico que Dios nos envió impensadamente, encontraron allí mismo otro paso bastante fácil».

Son sobre todo las fuentes posteriores y más tardías, y, por lo tanto, menos fiables, las que abundan en noticias del pastor. Alberico en su *Crónica* habla de «[…] un campesino enviado por

Dios, según se decía, se presentó a ellos vestido y calzado con cuero crudo de ciervo». Lucas de Tuy dice: «[…] presentóse por divina inspiración al rey Alfonso un hombre, a modo de pastor de ovejas, que les enseñó un camino ancho». Y en la *Crónica latina de los Reyes de Castilla*: «Entonces envió Dios a uno con aspecto de pastor, que habló en secreto al rey glorioso.»

Tres siglos después, el cronista Argote de Molina le pone nombre y lo llama Martín Alhaja (o Halaja). Según este autor se presentó al rey y le dijo: «[…] que no estuviesen en cuidado, que él los pasaría sin peligro por el camino donde repastaba su ganado, que era lugar de mucha yerba y de buenas aguas».

Inocencio III (1161-1216)

El papa Inocencio recibió la tienda bermeja del Miramamolín y se holgó mucho de ella. Hemos de imaginarlo desplegándola en los jardines de Letrán y haciéndola asperger con agua bendita como lugar donde se ha pecado mucho.

Falleció en Perugia a los cuatro años justos de la batalla, que ya es casualidad (el 16 de julio de 1216) a los cincuenta y cinco años de edad.

Este papa y gran príncipe, uno de los más inspirados e inteligentes que ha dado la Iglesia, parece ser que acabó mal si concedemos crédito a la visión de Santa Lutgarda, a la que se apareció después de muerto, envuelto en llamas, para comunicarle que estaba en el purgatorio por tres faltas que había cometido. Muy graves debieron de ser los yerros porque, preguntado por la monja si le quedaba mucha condena, el desventurado gimió y dijo: «¡Siglos, madre, si no acudís en mi ayuda!» Después desapareció y Santa Lutgarda corrió a comunicarle su visión a las otras monjas a fin de que obtuvieran de ello los provechos espirituales que se derivan del conocimiento de que cuando Dios castiga no se para en barras y lo mismo manda al purgatorio al pecador fallecido en casa de lenocinio que a un papa vicario suyo que acaba de decir misa.

Guillem de Cabestany, el trovador

El trovador Guillem de Cabestany, al que el niño Gahete tanto admiraba, nunca compuso el cantar de la batalla que proyectaba. Regresó a su Rosellón natal con los otros cruzados y allí se enamoró de una dama de alcurnia llamada Saurimonda, esposa del caballero Ramón de Castell Roselló, hombre esquinado y violento y nada aficionado a trovas ni troveros. Enterado de los amores de su esposa, mató a Guillem, le sacó el corazón, lo asó y se lo sirvió a su esposa. Cuando la dama lo hubo comido, le preguntó si sabía de qué era la carne y ella respondió: «No lo sé, pero estaba muy buena y sabrosa.» «Era el corazón de Guillem de Cabestany», dijo el marido y le hizo traer la cabeza del trovador para que viera que no mentía. Ella dijo entonces: «Señor, me habéis dado tan buena carne que nunca jamás comeré de otra.» Y a continuación se tiró por el balcón y se mató.

Guillem de Cabestany asistió a la batalla de las Navas de Tolosa, de eso no hay duda, pero el celoso Ramón de Castell Roselló, casado con la bella Saurimonda en 1198, nunca pudo asesinarlo puesto que falleció antes que él y su viuda contrajo segundas nupcias en 1210.

Sobre el nombre de España y su gentilicio españoles

En la novela se habla a veces de España y los españoles, conceptos que se supone empiezan a aparecer varios siglos después. Lo cierto es que con el nombre de España, derivado del Hispania latino, denominaban los francos a la península Ibérica desde el siglo XII y a sus habitantes los llamaban «españoles». Este gentilicio, españoles, aparece veinticuatro veces en el cartulario de la catedral de Huesca, compuesto entre 1139-1221, y se reitera en la *Estoria de España*, redactada entre 1260 y 1274 por iniciativa de Alfonso X el Sabio.[68]

Sobre la licitud de comerse a un hijo en caso de necesidad

En el capítulo 36 se menciona un caso de canibalismo legal. En el código legal de las *Siete Partidas*, se lee: «[…] segund el fuero leal de España, seyendo el padre cercado en algún castillo que touiesse de señor, si fuesse tan coitado de hambre que non ouiesse al que comer, puede comer al fijo, asin mala estanca, ante que diesse el Castillo sin mandado de su Señor.» Está en la quinta Partida, título XVII, ley VIII.

Sobre Calatrava la Vieja

Las ruinas de Calatrava (hoy llamada «la Vieja» para distinguirla de la Nueva), en el término de Carrión de Calatrava (Ciudad Real), constituyen una visita obligada para el que quiera hacerse una idea de lo que era una ciudad islámica medieval con sus dos partes típicas: la alcazaba y la medina o ciudad. Son admirables el capaz aljibe, las airosas albarranas y la coracha, tendida hasta el centro del río, que sostenía la noria de la que se alimentaba una torre depósito o *castellum aquae*, elementos que, en conjunto, constituyen una disuasoria exhibición de poder frente a las presiones de los reinos cristianos.

Sobre el zancarrón de Mahoma

En el capítulo 95 se menciona la fabulosa reliquia del zancarrón de Mahoma, que, según el *Diccionario de Autoridades*, «llaman por irrisión los huessos de este falso Propheta, que van a visitar los Moros á la Mezquita de la Meca». La leyenda parece que se origina en el *Liber Nicholai*, que dice de él: «*Quare fecerunt arcam deauratam et in ea posuerunt pedem ipsum balsemando et aromatibus involvendo.*»[69]

Sobre el título *Imperator Hispaniae*

En el capítulo 97 se menciona el título de *Imperator Hispaniae*. Conviene advertir que lo usa en 1056 Fernando I de León al considerarse sucesor de los godos y, por tanto, superior al resto de los reyes españoles. En 1077, su segundo hijo, Alfonso VI, se corona *Imperator totius Hispaniae*, título usado también por Alfonso VII de León (1135) con el mismo propósito de subrayar su preeminencia sobre los otros reinos emergentes en la Península.

Sobre el apadrinamiento del rey por el propio Santiago

En el capítulo 109 alude don Diego López de Haro a la imagen articulada de Santiago que hay en el monasterio de las Huelgas de Burgos ante la que se arrodillaba el rey para ser nombrado caballero. En tan solemne ceremonia, el obispo se situaba detrás de la imagen y accionaba su brazo armado de manera que descargara dos espaldarazos en los hombros del nuevo caballero. De este modo se conseguía que apadrinara al rey un padrino de rango superior al suyo, el propio apóstol representado por el muñeco.

Sobre el reino de Aragón y los catalanes de las Navas de Tolosa

Habrá notado el lector que en la batalla de las Navas de Tolosa no faltaron caballeros catalanes que combatieran bajo la señal o bandera del rey de Aragón, su señor natural. La unión dinástica (no territorial ni política) de los condados catalanes (Barcelona, Gerona, Osona, Cerdaña y Ribagorza) y el reino de Aragón había ocurrido setenta años antes de la batalla (en 1150) cuando el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV (1113-1162) contrajo matrimonio con Petronila, hija del rey aragonés Ramiro el Monje. Al ascender de linaje por vía matrimonial, el barcelonés asumió el linaje de Aragón (es decir, pasó a *princeps* de Aragón, consorte de la *regina*, un título más importante que el condal de Barcelona que él aportaba). De este modo se funden en un linaje la casa de Barcelona (y los otros condados catalanes) y la Casa de Aragón.

El hijo de Ramón Berenguer y Petronila, Alfonso II de Aragón (1157-1196), titulado *rex* de Aragón y conde de Barcelona, heredará una corona que, andando el tiempo, abarcará Aragón, Valencia, las Mallorcas, Barcelona, Sicilia, Cerdeña, Nápoles, Atenas, Neopatria, el Rosellón y la Cerdaña. En palabras del historiador José Luis Corral, el matrimonio del conde barcelonés y la princesa aragonesa «dio origen a una formación política que duraría quinientos setenta y siete años y que se convertiría en una de las más firmes instituciones políticas de la historia de Europa: la Corona de Aragón».[70]

Sobre la bandera de las cuatro barras existe cierta divergencia. En realidad no representaba a ningún territorio: era la *Senyal* real de la casa reinante en Aragón, «que tiene Aragón como título y nombre principal» (según señala Pedro IV).

Los aragoneses de este cuento militan bajo la cruz de Alcoraz, roja en campo blanco, cantonada con cuatro cabezas de moro sangrantes. Aquí me he permitido cierta licencia porque, aunque la más antigua aparición de tales armas data de 1281 (en un sello de plomo de Pedro III de Aragón), la batalla de Alcoraz se riñó en 1096, a las afueras de Huesca. Quiere la tradición (tardía, siglo XIV) que San Jorge en persona descendiera del cielo para auxiliar a los cristianos, lo que derivó en vencimiento de los moros con muerte y decapitación de sus cuatro caudillos. Es improbable, sin embargo, que los aragoneses lucieran en las Navas sus famosas barras, cuatro palos de gules en campo de oro, que representan, o han representado en algún momento de su historia, los territorios de la corona de Aragón (Cataluña, Valencia, Mallorca, Sicilia, Cerdeña, Córcega, Provenza, Rosellón y Cerdaña, Nápoles, Montpellier, y los antiguos ducados de Atenas y Neopatria)[71].

Sobre las cadenas del escudo de Navarra

Las cadenas del escudo de Navarra no son, como suele creerse, un recuerdo de las que el rey Sancho rompió o saltó en el corral del

Miramamolín. Sancho VII el Fuerte llevaría a la batalla el símbolo de su linaje, el águila negra (*Arrano Beltza*) que figuraba en sus sellos desde su proclamación en 1194. Su sucesor, Teobaldo I de Navarra, perteneciente a un linaje distinto, recuperó como señal el escudo con ocho barras de refuerzo que confluyen en el centro (carbunclo o bloca) usado por Sancho VI (1150-1194) en sus sellos. Este fue el emblema del que, con el tiempo, evolucionarían las cadenas actuales y la propia leyenda de su obtención en las Navas de Tolosa. Por lo tanto, este escudo es anterior a la batalla: aparece en las llamadas Biblias de Pamplona (1197), en la iglesia de San Miguel de Estella (siglo XII), en la catedral de Chartres (1164) y en el monasterio de Monreale, Sicilia (1183).

La primera mención de la rotura de las cadenas del moro por el rey navarro data de 1276. La encontramos en el poema occitano *La Guerra de Navarra* del trovador Gilhem de Anelier.

Es dudoso que las venerables cadenas que se exponen, sobre un cojín granate, en la sala capitular de Roncesvalles procedan de las Navas de Tolosa.

Sobre monjas y fornicio

A algún lector le habrá sorprendido la liberalidad sexual que muestra nuestra doña Ermengarda, e incluso puede que le haya parecido inadecuada tratándose de una monja. Ello se debe a la imagen que tenemos de las monjas actuales, esas castas y bondadosas criaturas que se entregan desinteresadamente a la práctica y divulgación de las virtudes evangélicas. Las monjas del siglo XIII eran, o podían ser, muy distintas. Por poner un ejemplo, aunque maliciosamente escogido, diremos que, en 1281, la priora del monasterio de Santa María de Zamora solicitó ayuda del cardenal porque las monjas jóvenes de su comunidad recibían visitas de dominicos que pasaban la noche en sus celdas «holgando con ellas muy desolutamente».[72] En ese contexto no sorprende que en los conventos se conociera y usara el consolador u olisbo, llamado

entonces godemiche (del latín *gaude mihi*, «me complace») que nuestra doña Ermengarda usa en el capítulo 58 de esta historia. En Francia se llamaba también *bienfaiteur* («bienhechor»), *plaisir de dames* o *bijoux de religieuse* («joya de monja»). Antes de la aparición del látex solían ser de madera barnizada o de cuero.[73]

En cuanto a San Foutin, al que la reina Ingerna pone una vela cirial para que anime los complimientos conyugales de su esposo, el rey Gorlois, en el capítulo 30, cabe decir que, aunque en algunos repertorios eclesiásticos se considere el primer obispo de Lyon, más recientes investigaciones lo reputan fabuloso y lo consideran santificación del dios pagano Príapo, el del falo erecto. El nombre se relaciona con el francés medieval *foutre* («follar») y de ahí que en la Edad Media fuera tan popular como santo protector de la coyunda, que velaba por la fertilidad de las mujeres y por la potencia sexual de los hombres. Sus devotos acudían en peregrinación al santuario, en Varages (Provenza), y le dejaban como exvoto una picha floja de cera. Se quejaban las devotas de que cuando soplaba el viento, los cipotes cerúleos se agitaban en sus cuerdas y las distraían de sus devociones. En la iglesia de Embrun se veneraba un pene de gran tamaño, supuesta reliquia de san Foutin. Los devotos derramaban vino sobre el bálano que, recogido en la bandeja de la base, se transformaba en «vinagre santo» remediador de la impotencia y la esterilidad.

Todavía en el siglo XVII, las mujeres insatisfechas raspaban el falo de la imagen primitiva (seguramente un Príapo romano) y le hacían tragar las virutas al marido, con agua naturalmente, para despabilarlo en sus deberes conyugales. El falo del santo nunca menguaba porque los curas custodios del santuario lo habían sustituido por un cilindro de madera que atravesaba la imagen y se alargaba cuando era menester empujando el extremo opuesto.

Otros santos de la misma función fueron Ters, o San Ters, en Amberes; los Santos Cosme y Damián venerados en Isernia (Italia); San Guignolé, primer abad de Landévennec (el nombre procede de *gignere*, «preñar»), cuyo santuario resultó destruido en 1793; San

Guerlichon (Greluchon) en Bourg-Dieu; San Gil (o Gilles, de Aegidius) en Cotentin, y San René, en Anjou (nombre que se confunde con la palabra francesa *reins*, «riñones», considerados residencia de la fuerza sexual). En el santuario de San Fiacre, cerca de Meaux, se veneraba una piedra que preñaba a las mujeres con sólo restregar por ella su natura. Un rito similar encontramos en la iglesia de Orcival, de Auvergne (camino de Santiago francés): las mujeres abrazaban un pilar para preñarse (antiguamente era un falo de respetable tamaño, pero lo sustituyeron porque escandalizaba a los pacatos). Cuenta Dulaure que una peregrina entró en el santuario y le preguntó al cura por el pilar que preña a las mujeres. A lo que el sacerdote respondió, risueño y participativo: «Delante de ti lo tienes. Yo soy el pilar.»

Dejémoslo aquí, que me embalo. Y ustedes disculpen si a veces me entusiasmo con el tema y se me va la mano.

Sobre las tácticas de los moros

En la novela se mencionan reiteradamente dos tácticas morunas: el tornafuye y el corral o palenque. Queda suficientemente explicado que el tornafuye consiste en fingir la huida para volver bruscamente las riendas y sorprender al perseguidor que, de cazador, pasa a ser, en un instante, el cazado. De este modo, varios jinetes armados con lanzas ligeras podían alancear a los enemigos más adelantados, generalmente los nobles poseedores de mejores caballos, antes de que el grueso de la caballería los alcanzara. Tornaban entonces a huir y repetían la operación hasta agotar, y acogotar, a los perseguidores. Dice el arzobispo don Rodrigo: «a diestro e siniestro estaban tantos de alárabes que no habla cuento e eran muy ligeros, e muy atrevidos, e fazian gran daño en los que no los avian usado, que cuando orne cuidaba que fuian, entonces tornaban, e cuando cuidaban que eran vencidos, entonces se esforzaban: e cuando hallaban anchura e llano, entonces mataban. Estos andaban de una parte a otra e no tenían haz ninguno porque hiziesen revolver

nuestras hazes e derramar». Alfonso XI adoptó esta táctica musulmana y entrenaba en ella a los caballeros jóvenes.

El corral o palenque es una fortificación improvisada que se hace con estacas o acumulando impedimenta, a veces con foso. Probablemente se inspiraba en los campamentos itinerantes romanos, luego continuados por Bizancio. Ibn Jaldún lo explica así: «Los árabes y bereberes acostumbran a formar detrás de su ejército una línea o atrincheramiento de objetos inanimados —piedras, bagajes, etc.— o de animales —camellos, acémilas—, para tener un sitio en el que su caballería se pueda refugiar en los intervalos de cargas y retiradas y hacer durar así el combate lo bastante para derrotar al enemigo.»[74] En las *Siete Partidas* (II, título XXIII) se describe así: «Corral o cerca [...] e esto fazian de omnes de pie que los parauan en tres haces: unos en pos de otros e atauanlos a los pies, porque non se pudiessen yr e fazianles tener los cuentos de las lanzas fincados en tierra e las cuchillas enderezadas contra los enemigos e ponían cabe ellos piedras e dardos e ballestas e arcos con que pudiesen tirar.»

La disposición clásica de los moros en batalla contra los cristianos la describe el tratadista Al Turtusi pocos años antes de la batalla: «Para resistir el choque hay una excelente táctica que observamos en nuestro país; consiste en poner en primer término a los infantes con escudos completos, lanzas largas y dardos agudos y penetrantes. Formaban sus filas y ocupaban sus puestos, apoyando las lanzas en el suelo a sus espaldas, con las puntas enfiladas hacia el enemigo. Ellos se echaban a tierra, hincando cada cual su rodilla izquierda en el suelo, y se ponían ante sí el escudo levantado. Tras ellos se colocan los arqueros escogidos, aquellos cuyas flechas traspasan las cotas de malla, y detrás de éstos, la caballería. Al cargar los cristianos contra los musulmanes, ninguno de los infantes se mueve de posición en que se encuentra, ni nadie se pone de pie, y así que el enemigo se aproxima, lanzan contra él los arqueros sus flechas, y los infantes los dardos, y los reciben con las puntas de las lanzas hacen después frente a derecha e izquierda y sale la

caballería musulmana por entre arqueros e infantes, y consigue contra el enemigo todo cuanto Alá quiere.»

Sobre los alaridos

En nuestra descripción de la batalla, el lector encuentra una variedad de alaridos o gritos de guerra en los que hemos intentado reflejar el variado origen de los cruzados. Por el juglar del Cid sabemos que Alfonso VI invocaba habitualmente no a Santiago, sino a San Isidoro, patrono del reino de León. El gallego Santiago desplazaría paulatinamente a san Isidoro tras la unión de León y Castilla, en 1230. En tiempos de la batalla de las Navas de Tolosa, los patrones de Castilla eran San Lesmes, muy militar, de origen francés, patrón de Burgos, y San Millán, pero en la batalla también oímos alguna invocación a Isidro (abreviatura de Isidoro) y Yago (o sea, Santiago). El «¡Santiago y cierra, España!» apenas se menciona aunque a los españoles actuales nos suene más debido a su reiterado uso por el Guerrero del Antifaz y el Capitán Trueno. Por cierto, *cerrar* significa «cargar contra el enemigo», o sea «a la carga por Santiago».

El campo de batalla, hoy

El campo de batalla de las Navas de Tolosa es visitable y está perfectamente delimitado por la abundancia de puntas de flecha y otras herrumbres de la batalla que siguen aflorando en él después de tantos siglos. Está a las afueras del pueblo de Santa Elena (Jaén), a unos doscientos metros de la autoría de Andalucía. El campo de batalla se conserva intacto porque nunca se ha cultivado, aunque hoy se presente repoblado de pinos.

Es un placer pasearlo, meditando las mudanzas de la Historia y sobre cómo, a veces, el sacrificio de unos pocos determina la suerte, o la desgracia, de sus descendientes.

En esta novela hemos intentado reconstruir lo más fielmente posible la cruzada de las Navas, la batalla y el espíritu de la época. Entre las licencias que nos hemos permitido figura la de incorporar topónimos actuales a lugares que entonces no estaban nombrados o, caso de que lo estuvieran, han perdido sus nombres primitivos. Entre éstos se cuenta el de la propia batalla, que, efectivamente, se riñó en una tierra desarbolada y llana situada entre montañas (ése es el significado de la palabra «nava»), pero el nombre de Tolosa se lo dio el arzobispo de Narbona en recuerdo de la ciudad francesa de Toulouse, donde la Iglesia luchaba entonces contra los albigenses o cataros.

El Museo de las Navas de Tolosa, instalado en un moderno edificio, está equipado con los más modernos medios audiovisuales, mesas táctiles incluidas, para explicar el sangriento enfrentamiento. Con el correspondiente permiso, se pueden visitar las melancólicas ruinas del castillo Ferral. También son visitables, integrados en la Ruta de los Castillos y las Batallas, de la Diputación de Jaén, los castillos de las Navas de Tolosa, Vilches y Baños de la Encina (www.castillosybatallas.com). En la iglesia parroquial de Vilches se custodian diversos trofeos de las Navas: una bandera, una especie de alabarda y una posible veleta de hierro, objetos que podrían fecharse hacia el siglo XVII. Más original parece el famoso tapiz de las Navas del monasterio de las Huelgas (Burgos) que en la novela sirve de asiento al Miramamolín a la entrada de su *qubba* o tienda bermeja.

Frente al museo de la Batalla de las Navas, en un edificio distinto, existe un Centro de Interpretación del Parque Natural de Despeñaperros que explica la geología, la flora y la fauna de la zona además de su incidencia en la historia.

El viajero que recorra esta zona hará bien en probar el paté de perdiz, así como los hojaldres de Guarromán. En muchas fábricas y cooperativas de la zona venden aceite de oliva honrado y sabroso, nieto del que usaba doña Ermengarda en sus untos.

El llamado *Tapiz de las Navas* (monasterio de las Huelgas, Burgos)

Glosario

Abrojo: instrumento de hierro formado por cuatro clavos unidos de manera que tres puntas se apoyan en el suelo y una queda siempre apuntando hacia arriba, para dañar los pies de las personas o los cascos de las caballerías.

Acorrer: ayudar, socorrer.

Adalid: caudillo experto en la guerra o explorador que conoce el terreno.

Adarga: escudo de cuero ovalado o en forma de corazón. De origen moro, acabó adaptado por los cristianos.

Adobar: arreglar o ajustar algo.

Agotes: Los agotes o cagots del Pirineo constituían una raza maldita, marginada por las poblaciones cristianas incluso en la administración de los sacramentos. Es posible que descendieran de antiguos leprosos o simplemente de grupos migratorios de origen desconocido que jamás fueron aceptados. En el siglo XX todavía quedaban algunos en la localidad navarra de Arizkun.

Aguijada: ataque repentino sobre el enemigo, generalmente de la caballería que espolea o aguija a los caballos.

Alarde: revista militar de toda la tropa armada.

Alcaide (*al caid*): el que tiene a su cargo la defensa de una fortaleza.

Alcanzador: el que persigue al que huye.

Alfaqueque: intermediario entre moros y cristianos, a menudo para redención o intercambio de cautivos.

Alférez: el que lleva el estandarte. Viene del árabe *fars*, «caballo», porque en su origen el estandarte se confiaba al jinete más diestro.

Alférez real: el generalísimo por designación real.

Almocadén: capitán o caudillo de tropa a pie.

Almófar: capucha de malla de hierro que cubre la cabeza y el cuello dejando al descubierto los ojos y la nariz. Puede tener una extensión, la babera, que protege la boca.

Amortecerse: desvanecerse.

Apellido: convocatoria para la guerra o grito de guerra.

Aposentador: el oficial que precede a una columna en marcha y la acomoda en destino procurando que haya leña, agua y pastos.

Arrancada: carga de caballería.

Arriaz: pieza transversal que protege la mano y forma la cruz de la espada.

Arzón: cada una de las protuberancias trasera o delantera del fuste de la silla de montar. El trasero sirve más alto de apoyo a los riñones y sujeta el retroceso del cuerpo cuando alancea; el delantero protege de los golpes las partes nobles del caballero insuficientemente protegidas por las mallas.

Atajador: explorador que corta el paso al enemigo.

Azagaya: dardo arrojadizo. En el campo de batalla de las Navas, los hierros de lanzas alcanzan unos 15 centímetros de largo por tres o cuatro de ancho. Los de las azagayas miden unos 10 centímetros de longitud y los de flecha unos 5,50. Azagayas y flechas son de

cuatro aristas, a modo de pirámide alargada, diseñadas para atravesar las lorigas. Con todo, raramente infligían heridas mortales. Era frecuente que el caballero siguiera combatiendo después de recibir varios flechazos.

Azcona: lanza ligera arrojadiza.

Ballesta de estribera: la que se arma apoyando la cureña en el suelo e introduciendo un pie en el estribo.

Barrunte: espía.

Bastimento: vituallas.

Brabanzones: bandidos que, si se tercia, se emplean como mercenarios.

Brafonera: calza de cota de malla sujeta a la cintura con correrás o trebujeras.

Brega: combate.

Cabalhuste: caballete para conservar las sillas de fuste.

Camelín: tejido de pelo de camello.

Cebadera: morral con el que se da la cebada al animal en campaña, a falta de pesebre.

Cendal: tejido parecido al tafetán.

Cofia: birrete almohadillado que protege la cabeza del roce de la malla.

Conducho: bastimento, despensa, raciones que se dan a los soldados y a los criados en general.

Corral o palenque: fortificación improvisada con estacas o impedimenta (ver Apéndices).

Criazón (hombres de): son los criados junto al rey, a su servicio, por lo general hijos de empleados del palacio o de nobles que los confían al rey.

Derramador: el que abandona la formación para perseguir al enemigo.

Despulla: despojo ganancia.

Echadizo: espía, informador.

Esculca: centinela nocturno, escucha.

Espaldarazo o *pescozada* (véase): en la ceremonia de nombrar caballero, golpe dado por el padrino con el plano de la espada en los hombros del aspirante.

Espuela hita: a galope.

Estivales: calzas que se ponen sobre la carne para proteger las piernas y parte de los muslos del roce de las brafoneras.

Faraute: mensajero.

Fincamiento: peligro.

Godemiche: consolador (ver Apéndices).

Golfines: malhechores o prófugos que viven del bandidaje en las sierras.[75]

Goliardos: clérigos o estudiantes vagabundos de vida disipada y gamberra. Como cultos que eran usaban el respetable latín para componer canciones procaces en exaltación del vino y las mujeres.[76]

Golpada: encontronazo.

Gorguz: lanza ligera.

Guaitas o escuchas: centinelas nocturnos.

Guardia negra del Miramamolín: *Abid al Mahzan*, o servidores del estado: esclavos negros educados desde niños para servir al estado libres de implicaciones familiares, ciánicas o tribales.

Hastial: cada uno de los paños o lados de una tienda.

Herbear: recoger pasto para las caballerías.

Herbero: soldado que herbea, o sea que busca pasto para las caballerías.

Hipocrás: bebida medieval de vino y miel, a menudo especiada con nuez moscada, canela, clavo y jengibre.

Horas de las comidas: las principales son almuerzo, que equivale a nuestro desayuno; yantar, comida de mediodía; merienda, tarde; cena, crepúsculo; y zahora, entrada la noche.

Horas del día: a falta de relojes, en esta época se calculan por las rutinas de los monasterios, anunciadas con toques de campana. Sus equivalencias, muy relativas, pues mudaban según la estación del año, son: a medianoche, maitines; a las tres, laudes; a las seis, prima; a las nueve, tercia; a mediodía, sexta; a las tres de la tarde, nona; a las seis, vísperas; y a las nueve de la noche, completas.

Jamete: tejido parecido al raso.

Lengua de Oc: lengua hablada en la Occitania, o el Languedoc, el sur de Francia medieval, grosso modo en la franja comprendida entre Burdeos y Niza.

Lengua de Oil: la lengua hablada en el norte de Francia de la que procede el moderno francés. El afirmativo «sí» se decía *oil* en el norte y *oc* en el sur.

Loriga: camisa de mallas metálicas o de cuero reforzado con placas de hierro que cubre del cuello a las piernas, además de los brazos.

Loriga cumplida: la que llega a media pierna.

Loriga terliz: la de malla triple o con refuerzos especiales.

Mahdí: mesías entre los musulmanes. En la novela se refiere al fundador Ibn Tumart, al que consideraban enviado de Alá.

Manzana (de la espada o de la daga): pomo abultado que contrapesa la hoja. A veces contiene reliquias.

Maza: arma consistente en un astil metálico o de madera que termina en porra con lisa o con aristas. Suele llevar una correa para

sujetarla a la muñeca. Es la más efectiva contra adversarios protegidos por yelmo o loriga.

Mazmutina (o áureo): moneda de oro, la más prestigiosa de la época.

Medianera: centro de la hueste, entre la vanguardia y la zaga.

Mesnada: grupo de gente de armas que sirve a un rey o magnate.

Mesnadero: el que sirve en una mesnada.

Montero de cámara: criado de la casa real de Castilla que duerme en la cámara contigua a la del rey.

Nava: llano en alto, explanada.

Pasador o virote: flecha corta de ballesta.

Pavés: escudo grande.

Pendón: bandera.

Pendón posadero: el que indica dónde debe establecerse la mesnada dentro del campamento.

Pendón y caldera: privilegio de los ricoshombres de tener gente de guerra propia y mantenida a su costa.

Perpunte: jubón fuerte acolchado y pespuntado que protege el cuerpo. Es menos efectivo y menos caro que la loriga, pero más cómodo de llevar.

Pescozada: colleja en el pescuezo que da el padrino al que arma caballero. Equivale al *espaldarazo* (véase). Según algunos, representa la última ofensa que consentirá sin castigo.

Poliorcética: arte de asediar castillos y plazas fuertes (del griego *polis*, «ciudad», y *erkos*, «cerco»).

Pontazgo: tributo que cobra el señor del territorio por atravesar su puente.

Primeras heridas: primeras intervenciones en una batalla. Los designados para ellas lo consideran un gran honor.

Ración: parte en que se divide el botín de guerra para repartirlo.

Ramonero: el que busca leña para las hogueras de la tropa.

Rebato: alarma, escaramuza confusa o acometida contra el enemigo.

Repuesto: provisión de comestibles.

Ricoshombres: son los nobles antiguos de España, poseedores de extensos territorios, con hueste propia y derecho de pendón y caldera. El rey los llamaba sus primos y les permitía sentarse y permanecer cubiertos en su presencia. Después se han llamado grandes de España o grandeza de España.

Robería: saqueo.

Salto: ataque impetuoso.

Sargento: hombre de armas que acompaña al caballero y combate con él.

Seña: bandera.

Silla: aparejo para montar a caballo, de madera recubierta de cuero o tela y acolchado con algodón, paño o paja en su interior, (véase *Arzón).*

Silla cocera: la de arzones bajos y estribo corto.

Silla gallega: la de arzones altos y estribo largo.

Sillero: el que fabrica o arregla sillas de montar.

Sobrecocinero: el que sirve la mesa, como los camareros actuales.

Sobreseñal o sobrevesta: túnica fina sin mangas que cubre la loriga para disminuir su calentamiento por el sol y a menudo luce los emblemas del que la porta. En el tiempo de las Navas su uso no se

había extendido todavía, aunque ya aparece en un sello de Alfonso II de Aragón de 1186.

Sofrenada: tirón dado en las riendas para frenar bruscamente la caballería.

Tallador o sobrecocinero: el que sirve la mesa.

***Taqiyya*:** así para los musulmanes sunnies, o *kitman* para los chiíes, es el acto de disimular la condición islámica cuando el creyente teme por su vida, en tiempos de persecución o para socavar la sociedad hereje y conducirla al islam.

Tarja: escudo grande. También pavés.

Tirón: bisoño, recluta.

Tornafuye: táctica de los moros consistente en fingir la retirada para volver bruscamente las riendas y atacar al perseguidor.

Trasnochada: marcha nocturna.

Triaca: medicina que lo cura todo.

Trotero: mensajero.

Trovar clus: poesía de difícil interpretación debido a sus complejos conceptos y rebuscado lenguaje. En este sentido podríamos compararla a la culterana o gongorina del siglo XVII español.

Turco (arquero): mercenario kurdo o turcomano (*guzz*; plural *agzaz*) procedente del Turquestán occidental, a sueldo del Miramamolín. Eran temibles arqueros a caballo, según la tradición parta.

Vasera o vaina: funda de cuero o madera donde se guarda espada, puñal o cuchillo.

Velmez: camisón hasta las rodillas que se viste entre el cuerpo y la loriga para evitar que los anillos de hierro lastimen la piel. Si es acolchado, se llama gambax.

Venablo: dardo o lanza arrojadiza.

Vianda: provisiones de boca de la tropa.

Virote o pasador: flecha corta de ballesta.

Bibliografía

Eslava Galán, Juan: «La batalla de las Navas de Tolosa», *Historia y Vida*, núm. 142, Barcelona, enero de 1980, pp. 54-72.

—, «Los castillos del Campo de Calatrava y La Mancha», *Historia y Vida*, núm. 186, septiembre de 1983, pp. 18-21.

—, «Tácticas en la batalla de las Navas de Tolosa», *Cuadernos de Estudios Medievales*, XII-XIII, Universidad de Granada, 1984, pp. 5-23.

—, Los castillos de Jaén, Universidad de Jaén, 2000.

—, El paraíso disputado, ruta de los castillos y las batallas, El País-Aguilar, Madrid, 2004.

García Fitz, Francisco: *Las navas de Tolosa*, Ariel, Barcelona, 2005.

García Ramila, Ismael: *Inocencio III y la cruzada de las Navas de Tolosa*, Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos (1927), Madrid, 1927, pp. 455-464.

Huici Miranda, Ambrosio: *Las grandes batallas de la reconquista durante las invasiones musulmanas (almorávides, almohades, benimerines)*, Instituto de Estudios Africanos, Madrid, 1956. Ed. facsímil con estudio preliminar de Emilio Molina López y Vicente Carlos Navarro Oltra, Universidad de Granada, 2000.

Lago, José Ignacio, y Manuel González Pérez: *Las Navas de Tolosa, 1212, La verdadera cruzada*, Almena, Madrid, 2005.

López Payer, Manuel y María Dolores Rosado Llamas: *La batalla de las Navas de Tolosa. Historia y mito*, Caja Rural de Jaén, Jaén, 2001.

Ruibal Rodríguez, Amador: «Arquitectura militar y vías de comunicación: Caminos de Córdoba a Toledo en los siglos IX-XIII y sus sistemas defensivos», *VI Congreso Español de Historia del Arte, C.E.A.H. Los caminos y el arte*, Santiago de Compostela, 1989, pp. 17-31.

—, «El castillo de Salvatierra», *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 20 (1991), pp. 143-196.

Vara Thorbeck, Carlos: *El lunes de las Navas*, Universidad de Jaén, Jaén, 1999.

* * *

© Juan Eslava Galán, 2012

© Editorial Planeta, S. A., 2012

Ilustraciones del interior: © Ana Miralles, © ICastro, © López Payer

Primera edición: febrero de 2012

Depósito Legal: B. 1.154-2012

ISBN 978-84-08-11073-6

07-10-2012

V.1 Joseiera

NOTAS

[1] Al final del texto, el lector encontrará un glosario de términos o expresiones desusadas actualmente que aparecen en la novela.

[2] «*Candidior folio nivei Galatea ligustri», Metamorfosis*. 13.789.

[3] «*Levior adsiduo detritis aequore conchis», Metamorfosis*. 13.793; «*Matura dulcior uva», Metamorfosis*. 13.795; «*Mollior et cycni plumis et lacte coacto», Metamorfosis*, 13.796.

[4] Esos son, en efecto, versos moriscos inscritos en los muros de la Aljatería.

[5] Vulgata, *Eccli*, 26, 12.

[6] En la edición original en papel, los capítulos pasan del 21 al 23, saltándose el 22. Se respeta el orden original. (Nota del escaneador)

[7] Proverbios, 23: 20-21.

[8] Proverbios, 28: 7.

[9] Proverbios, 23: 2.

[10] Esta cantiga, compuesta por Gómez Pérez Patino hacia 1430, figura en el *Cancionero de poetas antiguos que fizo é ordenó é compuso é acopiló el judino Johan Alfon de Baena*, publicado por Pedro José Pidal, Madrid, 1851.

[11] Andrés el Capellán, *Libro del amor cortés*, Alianza Editorial, Madrid, 2006, p. 152.

[12] Ni la calenda de mayo / ni la hoja de haya / ni el canto del pájaro, ni el gladiolo / creo que me alegren ya, / noble dama gozosa, / hasta que reciba un veloz mensajero / de vuestra bella persona, que me diga / el nuevo placer con que amor me llama, / y hasta que

yazca y me dirija a vos, / dama verdadera, / y hasta que el celoso caiga herido / antes de que yo renuncie.

[13] Alude a Anna Comnena (1083-1153), autora de *La Alexiada* e historiadora de la primera cruzada.

[14] Mateo, 22, 1-14.

[15] Ibn Hazan, *El Collar de la Paloma*, hacia 1022.

[16] El infante Fernando murió de fiebres, a los veintidós años de edad, el 29 noviembre de 1211.

[17] En el 1028 muere García Sánchez y su condado castellano pasa a depender de Sancho III El Mayor de Navarra, que está casado con la hermana del difunto.

[18] A la muerte de Sancho III el condado de Castilla pasa a su hijo Fernando I, quien, en 1065, lega Castilla a su primogénito, Sancho II, elevando de forma oficial su condado hereditario a condición de reino.

[19] Exagera el juglar: sólo fueron tres meses, pero dio tiempo suficiente para que los pájaros anidaran en el techo de la tienda bermeja del Miramamolín.

[20] Tomo este parlamento de la *Primera Crónica General de España*, edición de Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 1977, cap. 1013, p. 693.

[21] Hoy arroyo Valdecabra, afluente del Tajo.

[22] La *Crónica Latina* califica estas muertes de inútiles (*«in frustra»).*

[23] En el código de las *Siete Partidas* (Partida VII, título XXI, *De los que fazen pecado de luxuria contra natura*) se estipula la pena de hoguera para el bujarrón.

[24] Se refiere al escorbuto.

[25] En este tiempo las cartas se usaban ya en España como método de adivinación. Ver Georges Duby, *El domingo de Bouvines*, Alianza, Madrid, 1988, p. 73.

[26] Deuteronomio, 20, 16-17.

[27] Salmo, 59, 5-6.

[28] Josué, 6, 20-21.

[29] Mateo, 5, 25.

[30] Proverbios, 24, 17-18.

[31] Josué, 8, 24-25.

[32] Sab, 11, 24-26.

[33] Ezequiel, 18, 23.

[34] Lucas, 9, 51-56.

[35] Con esas palabras lo dicen los *Anales Toledanos I.*

[36] «*Iniciados al diablo, fuéronse furtando de nuestra hueste, et fuxieron a ascuso et passaronse a los moros et descubriéronles luego… la mingua que era de las viandas*», leemos en la *Primera Crónica general*, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 1906, vol. V, tomo 1, p. 696.

[37] *Fueros del Reyno de Navarra*, edición, 1815, p. 151.

[38] El cronista Lucas de Tuy, en el *Chronicon mundi* (1236) los llama «*logares muy guisados de caer ommes et bestias en priessa; et tanta era y ell angostura de la passada, que la su graueza aun a los desembargados embargarle».*

[39] Con estas mismas palabras lo dice en la *Crónica de Castilla.*

[40] Argote de Molina asegura que éste es el origen del linaje de Cabeza de Vaca cuyo blasón se concedió a los descendientes de Diego López de Haro.

[41] Alude Martín Halaja a don Fernando Rodríguez de Castro, que asesinó a su mujer Estefanía Alfonso, hija bastarda del emperador Alfonso VII y hermanastra del rey de León, porque le ponía los cuernos (1180) y, aunque el rey de León (Fernando II) lo perdonó, no se sintió seguro porque la mujer tenía muchos parientes poderosos y abandonó León para asalariarse con el rey de Marruecos, en cuya corte falleció.

[42] Este hemostático y antiséptico lo usaban ya los legionarios romanos.

[43] Dos plantas antibióticas de probada eficacia.

[44] La ración diaria de un caballo de batalla eran unos catorce kilos de pasto, cinco de avena o cebada y treinta y cinco litros de agua.

[45] Son versos del poema de Fernán González que, aunque compuesto unos cuarenta años después de la batalla, representa muy bien el aprecio del moro en el pensamiento cristiano de la época.

[46] Don Diego hace un juego de palabras con *lupus*, «lobo», y Lope. Recordemos que el escudo de armas de la casa de Haro son dos lobos de sable en campo de plata que, tras la batalla, llevarían en la boca sendos corderos ensangrentados.

[47] *Poema de Fernán González*, 223, 225.

[48] San Lesmes y san Millán, los patronos de Castilla.

[49] De estos conversos al islam dice el texto de las Siete Partidas: «*Ensandecen a veces los hombres que los hay que pierden el seso y el verdadero conocimiento; como hombres de mala ventura y, desesperados de todo bien, reniegan de la fe de Jesucristo y tórnanse moros.*» (*Partida séptima*, Título 25, Ley 4.)

[50] «*Et en las sennas de los tres reyes viníe la ymaien de Saeta María, virgen madre de Dios, la que de la provincia de Toledo et de*

toda Espanna, estido e fue siempre vencedora et padrona», dice la crónica.

[51] En su origen *Deus lo volt*, «Dios lo quiere», el alarido de los cruzados.

[52] «¡Cerdos moros asquerosos, no os ahogaréis!»

[53] «¡Adelante! Malditos, fachas, cagones.»

[54] El arzobispo lo contará con sus propias palabras. Dijo el rey: «Arzobispo, aquí mueramos, ca tal muerte conuiene a nos et tomarla en tal articulo et tal angostura por la ley de Cristo et mueramos en él»; a lo que don Rodrigo respondió: «Sennor, si a Dios plaze esso, corona nos uiene de victoria…; pero si de otra guisa ploguiere a Dios todos comunalmentre somos parados pora morir con uusco et esto ante todos lo testigo yo, pora ante Dios.»

[55] «¡Cochinos moros, asquerosos!»

[56] «¡Vengaremos a Dios de las ofensas que le hacéis!»

[57] «¡Cabrones, que me habéis desgraciado dos caballos que valen un patrimonio!»

[58] El poeta occitano Anelier, escrito hacia 1276, alaba la maza de Sancho de Navarra, «[…] Veríais al rey con su maza manejarla de tal forma que el que hería no había forma de curarlo.»

[59] La recia costumbre de empalar al felón se refleja en el *Poema de Mió Cid*, compuesto en esta misma época que tratamos: «*Que ningún hombre de los suyos / que con él ganaron algo / que no se le despidiese / o no le besase la mano / se le pudiese prender / o fuese alcanzado / tómasele el haber / y pusiésele en el palo.*» (Versos 1251 y ss.)

[60] La *Crónica Generallo* cuenta así: «*unos de los nuestros fueron et çercaron el castiello de Vilches, que es muy fuerte. Et al terçer día de la batalla, en la quarta feria, que era ell miércoles dessa sedmana, llego el rey con la hueste et prisiemos esse castiello de*

Vilches… et tardamos en esto un día.» Por su parte el historiador Argote de Molina señala que «*Los moros se rindieron pensando salvar las vidas, lo cual les sucedió al contrario, que fueron luego todos degollados.*»

[61] Según fray Francisco Rades de Andrada, en su *Chronica de las tres órdenes y cauallerias de Sanctiago, Calatraua y Alcántara: en la qual se trata de su origen y successo, y notables hechos en armas de los maestres y caualleros de ellas: y de muchos señores de título y otros nobles que descienden de los maestres: y de muchos otros linajes de España* (Ed. J. de Ayala, Toledo, 1572), el primero que escaló la muralla de Úbeda «*fue un fijosdalgo llamado Eslava*», como el que esto escribe. Mera coincidencia porque servidor proviene de gentes naturalmente pacíficas y más habituadas a la mancera que a la espada.

[62] *Primera Crónica general*, Edición Menéndez Pidal, pp. 683 y 709.

[63] *Crónica de los veinte reyes*, Edición Ruiz Asencio, p. 273.

[64] *Crónica Latina*, Ed. Charlo, p. 20.

[65] La conversación entre padre e hijo, según la crónica, discurre de esta guisa: «*Pidovos por merced como a padre et señor que pues el rey vos dio la delantera, que en guisa fagades como me non llamen fijo de traydor; et miembre se vos el buen prez que perdistes en la de Alarcos: et por Dios queredlo oy cobrar, ca oy en este dia podredes fazer emienda a Dios, si en algún yerro le caystes. E estonces don Diego bolviose contra él muy sañudo et dixol: llamar vos han fijo de puta, mas non fijo de traydor: ca en tal guisa fare yo con la merced de Dios. Mas yo veré oy en qual guisa aguardaredes a vuestro padre y señor en este logar. E estonces fue a el Lope Diez e besol la mano e dixol: señor padre; vos seredes aguardado de mi como nunca fue padre de fijo: et en el nombre de Dios entremos en la batalla guando querrades.*» (*Crónica General*, fol. 397.)

[66] «*Cuando doña María Manrique murió en satisfacción de su culpa, si bien se mandó enterrar en el monasterio de Huerta, pero no en el capítulo donde estaban sus padres, sino fuera de la iglesia, a la entrada de ella, para que todos hollasen su cuerpo, sobre el cual se puso una lápida de alabastro con su vulto de relieve, donde estuvo hasta los tiempos del emperador Carlos V, el cual pasando por aquel monasterio, y preguntada y sabida la causa de que sepultura tan lustrosa ocupase lugar tan humilde, mandó quitarle de allí y que la pusiesen dentro del capítulo con sus padres diciendo que ya había hecho harta penitencia.*» (Fray Juan de Salazar O.S.B., *De las personas insignes en letras y armas naturales de la ciudad de Nágera.*)

[67] Si no llega a ser por él no sé yo si ahora andaríamos rezando a La Meca cinco veces al día en lugar de pastoreados por Rouco, que se conforma con que vayamos a misa los domingos, no abortemos ni nos divorciemos y señalemos con la crucecita religiosa la declaración de la renta. Además, Rouco nos consiente comer jamón y beber vino, alimentos a los que él mismo es singularmente aficionado.

[68] Véase Benito Ruano, Eloy, *España, reflexiones sobre el ser de España*, Real Academia de la Historia, 1997, p. 25, ISBN 84-89512-04-3.

[69] Lo explica el artículo de Fernando de la Granja «Milagros españoles en una obra musulmana ("El kitab Maqamic Al-Sulban del Jazra-yi")», *Al-Andalus*, vol. XXXII, fase. 2,1968, pp. 311-365.

[70] José Luis Corral Lafuente, coordinador. *¿Qué fue de la corona de Aragón?*, Zaragoza, 2010, cap. 1.

[71] Fue el rey Alfonso II el Casto (1162-1196) el que «*mudó las armas e sennyales de Aragón e prendió bastones*». Algunos autores creen que el origen de esta señal está en los documentos pontificios adornados con una cinta de seda roja con hilos de oro de la que pendía el sello. En tal caso, el rey aragonés la adoptaría como enseña para demostrar su condición de vasallo de la Santa Sede, que lo singularizaba frente al resto de los reinos peninsulares. Otros

autores prefieren pensar que quizá las barras reproducen las tiras metálicas con las que los aragoneses reforzaban sus escudos de madera. Incluso se les busca un origen normando. Sea como fuere, esta heráldica se divulgó a lo largo del siglo XIII. En 1285 el cronista Bernard Desclot escribe: «No pienso que galera o bajel o barco alguno intente navegar por el mar sin salvoconducto del rey de Aragón, sino que tampoco creo que pez alguno pueda surcar las aguas marinas si no lleva en su cola un escudo con la enseña del rey de Aragón.»

[72] El asunto se explica por extenso en el libro de Peter Linehan, *Las dueñas de Zamora. Secretos, estupro y poderes de la iglesia española en el siglo XIII*, Península, Barcelona, 2000.

[73] Lo demuestra el inspirado poema anónimo que reza: «*Por tiesa te deleita la madera / Y por escurridiza la pintura / Poca es la leña para tanta hoguera. / Si a un palo le regalas tal dulzura / Y con el hoy tu sexo así huelga / ¿qué haré yo con la carne que me cuelga?*»

[74] Lo describe en su monumental *Historia universal o Libro de la evidencia, registro de los inicios y eventos de los días de los árabes, persas y bereberes y sus poderosos contemporáneos.*

[75] La crónica de Bernat Desclot *Llibre del rei en Pere d 'Aragó e deis seus antecessors passats* (hacia 1284), los considera «*Aquelles gents que hom apella Golfins son Castellans e Salagons, e gents de profunda Spanya, e son la majar partida. E perço com no han rendes… fugen de llur terra ab llurs armes. E axí com a homens que no saben alre fer, venense'n en la frontera… e aquens passa lo camí de Castella a Cordova e a Sivília, e axí aquelles gents preñen crestians e Serrayns; e estanse en aquells boscatges; e aqui viven; e son molt grans gents e bones d' armes, tant quel rey de Castella no' n pot venir a fi.*»

[76] La corriente goliardica toma en España la forma de estudiantes *sopistas* que alcanza nuestros días en las tunas universitarias e

incluso en aquella inspirada canción de Manolo Escobar: «Viva el vino y las mujeres, porque ellas son regalo del Señor…»